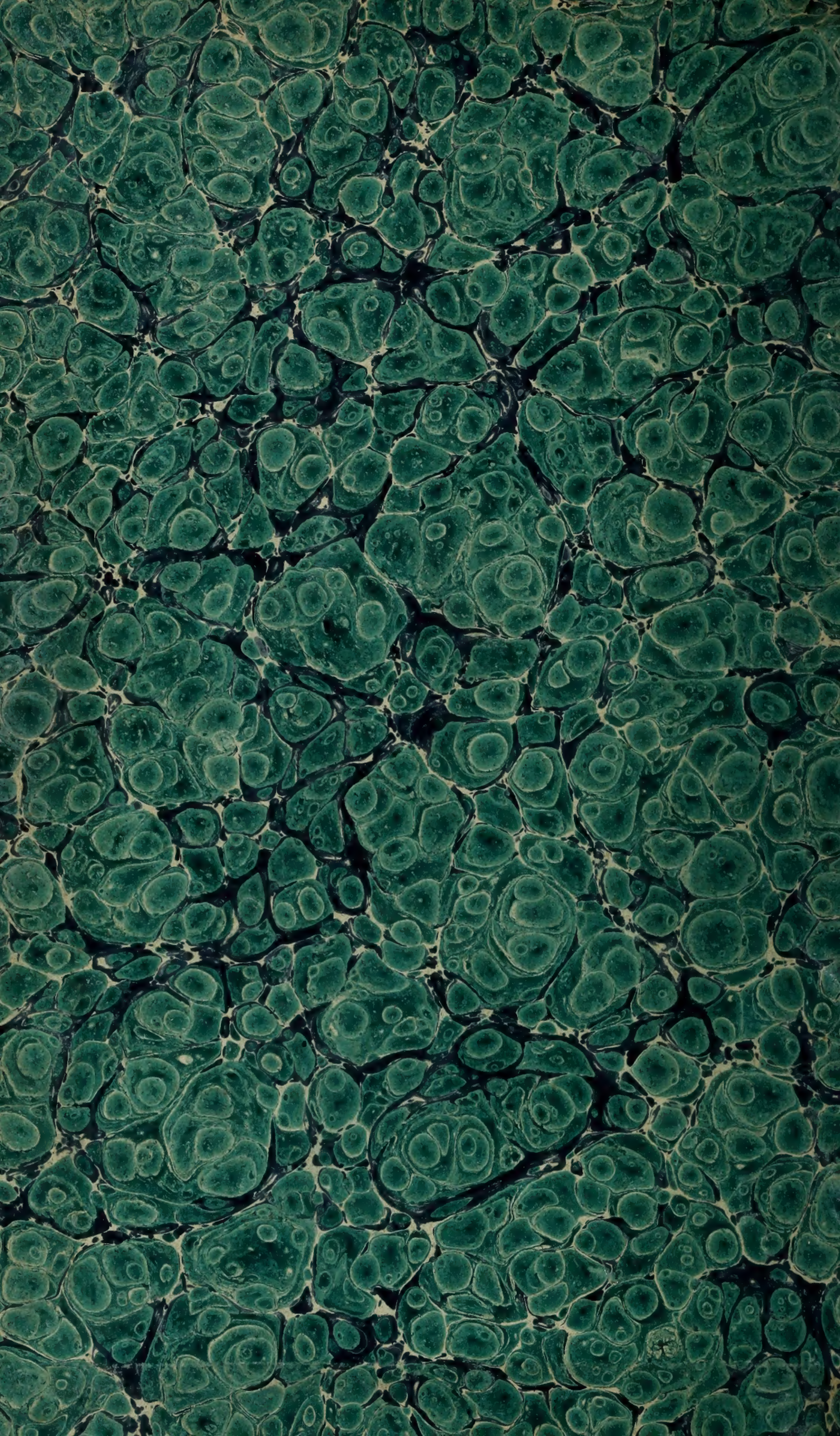
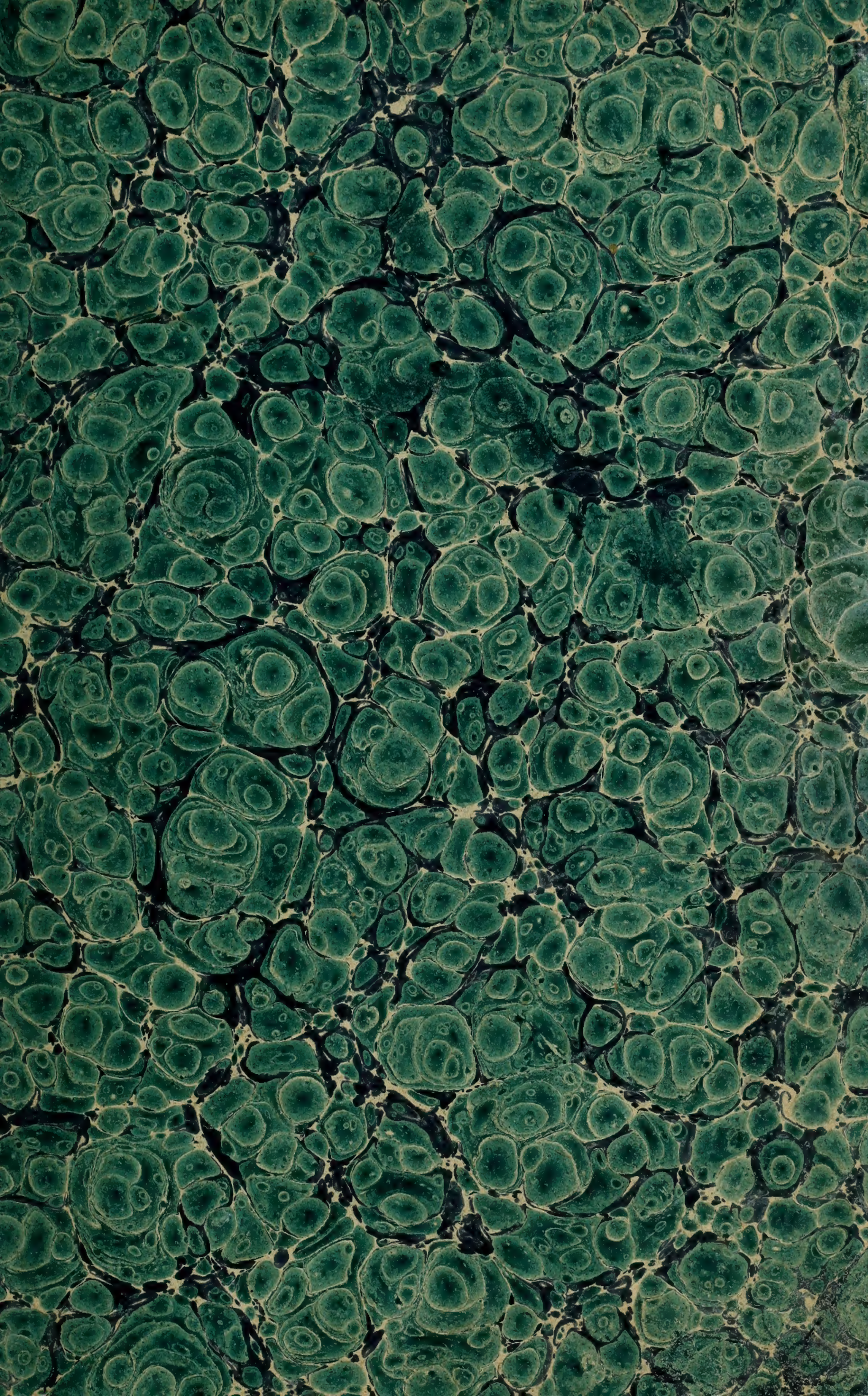

3 1761 08695819 6





GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

EL REY,

EL PUEBLO Y EL FAVORITO.

Novela histórica original

DE D. RAFAEL DEL CASTILLO.

TOMO I.

MADRID: 1867.
Imprenta de la Galería Literaria, Cruz Verde, 12.



POR D. RAFAEL DEL CASTILLO.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

En que se vé lo que ocurria en las galerías del alcázar de Valladolid en 1440.

Eran las seis de la tarde de uno de esos dias frios y nebulosos del mes de febrero.

Conociendo el mes y la hora, fácil es adivinar que la noche habia cerrado, que la oscuridad reinaba en las calles y que los transeuntes debian ser muy escasos.

El alcázar de Valladolid distinto completamente de los modernos palacios de nuestros reyes, era un edificio destartalado, irregular, con una gran puerta de entrada á cuyos lados habia dos soldados de la guardia morisca, un portalon inmenso, una escalera ancha y no muy alta, estensas antecámaras para los donceles, pajes, escuderos y maestre-salas, cámaras severas y modestamente adornadas, y estrechas, tortuosas y oscuras galerías que

ponian en comunicacion los cuatro lados del edificio, y que á la hora en que vamos hablando se hallaban muy debilmente iluminadas por los mezquinos faroles que habia colgados en las paredes á largas distancias.

Solitarias por lo general y un tanto oscuras, fácil es de comprender que servirian muy bien tanto para una cita de amores, cuanto para una entrevista de nobles rebeldes.

Y como en aquella época los amores y las rebeldías eran moneda muy corriente, las galerías habian escuchado mas de una confidencia, que á ser ménos discretas, pudieran haber dado al traste bien con la honra de una dama, bien con la cabeza de algun noble.

A la hora en que vamos hablando, un caballero armado de todas armas, jóven y de varonil aspecto, apareció en una de las galerías y se detuvo en el final de ella, vacilando sobre si dirigirse por la de la izquierda ó por la de la derecha.

—¡Por mi santo patron!—murmuró al cabo de algunos segundos,—que me encuentro en un grave compromiso. Ha tiempo que salí de la cámara de su alteza la reina doña María, y no hago más que dar vueltas por este laberinto sin acertar á salir de él. ¡Por Dios vivo! que ya me voy cansando. No encuentro á nadie, y si encuentro, son enamorados á quienes no quiero interrumpir. ¿Por dónde marcharé ahora?—prosiguió mirando á las dos galerías.—¡Ah! por allí me parece que se aproxima alguien, sí, y viene hácia aquí. Esperemos.

Segun habia dicho muy bien, por la galería de la derecha se aproximaban algunas personas á juzgar por el ligero rumor que producian sus pisadas, y por el murmullo que de su conversacion se percibia.

Al cabo de algunos instantes, el caballero que miraba con avidéz hácia el lugar por donde aquellas se acercaban, hablando con gran interes sin duda, exclamó con acento de disgusto:

—¿Otra vez enamorados? Tal vez algun paje y alguna menina de la reina. ¡Vive Dios! que podian haber elegido otra hora para pasear y no esta en que yo necesito salir de aquí. ¿Quién se atreve á interrumpir un coloquio de amor? Dejémosles que se alejen, y despues tomaré el camino que traen.

Y el caballero consecuente con tan prudente determinacion, perdióse por completo entre la sombra que proyectaban los arcos de las galerías, mientras que la pareja se aproximaba.

Ni el caballero que se acercaba era paje, á juzgar por su traje y por su voz, ni la dama, menina de su alteza.

Perfectamente rebozada en el manto que la cubria, no era posible distinguir su rostro de la misma manera que el de su acompañante.

—¿Con que es decir que hemos de continuar siendo enemigos?—decia la dama con voz contenida.

—Enemigos á pesar de nuestro amor,—repuso el caballero.

—¡Nuestro amor! ¿Y qué porvenir le espera á nuestro amor?

—¿Qué quereis decir, Isabel mia?

—Si el conde llega á descubrirlo, si la menor imprudencia se lo revelase...

—¿A qué pensar en lo que tan lejano está?

—Teneis razon.

—¿Os ofendísteis acaso?—preguntó el caballero sorprendido por el acento conque doña Isabel pronunciara las palabras anteriores.

—¡Ofenderme! ¿Y podeis ofenderme acaso? Entre dos personas que han cambiado sus corazones, ¿creeis que puedan existir ofensas? Nó, Rodrigo, lo insostenible de nuestra situacion, el riesgo que vos correis, es el que me aterra. Os miro, y temo que mis miradas se sorprendan en el camino; os hablo, y tiemblo, como tiemblo ahora, por si alguien pudiera escucharme; y á pesar de eso os amo, y os amo con locura, con frenesí, con idolatría.

—No prosigais, Isabel, no prosigais, porque escuchándoos, subyugado por ese acento que tan dulcemente resuena en mi pecho, temo olvidar la prudencia que tan necesaria me es, para caer á vuestras plantas, adorándoos como se adora á una imágen.

—Por piedad, Rodrigo...

—Nada temais, encerraré el amor que me consume en el fondo de mi pecho, y así evitaré que se desborde. Hablemos de otra cosa. ¿Con que conspira el conde?

—Conspiro yo, y vos no quereis uniros á mí.

—Nací hidalgo y aprendí de mi padre á ser leal.

—Pero es que esa lealtad puede perderos sin que de nada os sirva mi amor.

—En ese caso...

Y la pareja fué alejándose, y el caballero que permanecia oculto en la sombra, y que apenas respiraba, no pudo percibir más.

—¡Diablo!—exclamó cuando los vió á bastante distancia,—siento no haber podido escuchar más. Hé ahí un amante sériamente comprometido. ¿Con que su amada conspira, y un conde tambien? ¿Quién será ese conde y esa doña Isabel, y ese amante que lleva el mismo nombre que yo? Como hace tan pocas horas que estoy en la córte, imposible es que conozca á nadie. Tratemos de no olvidar esos nombres que pueden servirme mucho y veamos de salir de aquí.

Y principió á marchar por la galería que acababa de abandonar la mencionada pareja.

Mas apenas hubo dado cincuenta pasos, se detuvo nuevamente.

Otra galería cruzaba la en que él se hallaba.

—Esto es un verdadero laberinto,—exclamó,—¿si estaré yo condenado á no salir del alcázar?

Y durante ún breve espacio permaneció inmóvil.

Mas pareciéndole que percibia de nuevo rumor de voces, tomó la direccion en que sonaban, diciendo:

—Ea, sea quien fuere, le preguntaré y saldré de aquí.

Momentos antes de que el caballero, á quien llamaremos Rodrigo toda vez que él mismo nos ha dicho su nombre, apareciese en aquel sitio, un alférez de la guardia morisca y una dama que caminaban en opuestas direcciones fueron á encontrarse al final de la galería cerca de uno de los faroles que la iluminaban.

Al reconocerse, dos exclamaciones brotaron de sus lábios.

—Que me place encontrarte, Ismael,—dijo la dama.

—Y yo iba en tu busca, Esther,—repuso el alférez.

—¿Ocurre algo de nuevo?

—Y grave, si no caminamos de prisa.

—Habla.

—Esta tarde ha llegado á Valladolid un caballero que viene desde Francia á ofrecer al rey ó á don Alvaro, que es lo mismo, su espada y la numerosa hueste que manda.

—¿De Francia dices?—exclamó la dama con precipitacion.

—Sí.

—¿Sabes su nombre?

—Lo ignoro. Ha poco sé que estaba en la cámara de la reina.

—Ahora sabré quien es.

—¿Y tú para qué me buscabas?

—Para que me dijeras el resultado de tu entrevista con doña Juana de Pimentel.

—El que esperaba.

—¿Te ama?

—Paréceme que sí.

—¡Oh! entonces mi venganza es segura. Ese amor me vengará de don Alvaro.

—Silencio,—exclamó de repente el alférez,—¿no escuchas?

—Sí, parece que alguien se aproxima por este lado.

—¿Si nos hubieran oido?...

Y el alférez llevó la mano á la empuñadura de su espada.

—Veamos quien es,—dijo la dama.

—¿Quién vá?—preguntó Ismael.

—El Dios de Abraham vele por vos, señor Diego de Villanueva,—dijo una vocecilla débil y cascada.

—¡Es Samuel!—exclamaron á la vez los dos personajes.

—Samuel, médico de su alteza el Señor Rey Don Juan II de Castilla,—repuso la misma voz.

Y un viejo vistiendo la raida hopalanda de los judíos apareció en medio de la claridad que el farol despedia.

—Pláceme,—dijo,—encontraros aquí reunidos, porque precisamente, á vos, mi noble señora doña Beatriz, y á vuestro nobilísimo hermano tengo que decirles algo.

—¿Y qué puedes tú decirme?—preguntó con insolencia el alférez.

—Permitidme que antes hable con vuestra hermana.

Y separándose algunos pasos acompañado de doña

Beatriz ó Esther, pues ya vemos que estos dos nombres tenia, la dijo:

—Señora, desconfiad de vuestro hermano.

—¿Qué decís Ismael?

—Que desconfieis mucho de vuestro hermano.

—¿Pero qué razon teneis?...

—Esta tarde ha llegado á Valladolid, quien va á darnos mucho que hacer.

—¿Quién es?

—Un caballero.

—¿Su nombre?

—Nada me pregunteis ahora: ¿no le veis como nos observa?...

—Mas...

—Iré á veros mañana.

Y el judío separándose precipitadamente de la dama fué á unirse con el alférez, quien le dijo con dureza.

—¿Qué tienes que decirme, perro judío?

—Sin duda os olvidais noble señor de que es uno mismo nuestro orígen,—repuso el médico con acento marcado de ironía.

—Habla pronto.

—¿Seguís amando á vuestra bella hermana doña Beatriz?

—¿Y me lo preguntas todavía?

—Silencio, podría oiros.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque si la amais, es menester que la vigileis bien.

—¿Cómo?

—Desde esta tarde teneis un enemigo poderoso.

—Explícate.

—Imposible. Sospecharía vuestra hermana y...

—Mañana iré á tu casa.

—Id por la noche.

Y el viejo se separó del caballero, viniendo á quedar en medio de ambos.

En este momento, don Rodrigo, que segun dijimos habia tomado la galería en la direccion que percibiera las voces, obligó á nuestros personajes á dirigir sus miradas en la direccion que él traia.

El médico se arrimó á la pared con objeto de quedar más en la sombra.

El caballero llegó hasta el lugar en que se hallaban aquellos.

Detúvose cortesmente al verlos, más al reconocerse mútuamente, tres exclamaciones se exhalaron simultáneamente de sus lábios.

—¡Rodrigo!—gritó la dama con acento de la mayor alegría.

—¡Esther!—dijo Rodrigo lleno de cólera.

—¡El aquí!—murmuró el alférez sorprendido.

Y trascurrieron algunos momentos de silencio.

Esther fué la primera en romperlo.

Dirigióse hácia el caballero; cogióle violentamente

por un brazo, y separándole algunos pasos de aquel sitio, le dijo con acento trémulo y conmovido:

—Rodrigo, necesito verte.

—¿Para qué?—preguntó el caballero.

—Necesito verte porque te amo.

—¡Callad, señora! no pronuncieis esa palabra que hartos pesares me cuesta.

—¿Tú no sabes todavía?...

—Ni nada quiero saber.

—Te lo suplico.

—Está bien,—contestó Rodrigo al cabo de cortos instantes.—¿Dónde vivís?

—En el palacio de Villanueva.

—Iré á veros.

—¡No te olvides!

—Iré.

Y la dama, despues de obtenida esta promesa, alejóse precipitadamente de aquel sitio sin decir una palabra á su hermano que murmuraba:

—Otra vez este hombre ha venido á cruzarse en mi camino; yo sabré apartarlo de él aunque tuviera que matarlo.

—Caballero,—exclamó Rodrigo dirigiéndose hácia él, —¿haréisme la merced de decirme por dónde podré salir fuera del alcázar? Soy nuevo en la córte, y há tiempo que estoy perdido en estas galerías.

—Seguidme si os place, que yo os conduciré fuera de él.

Y los dos caballeros tomaron la galería adelante en opuesta direccion á la que doña Beatriz llevaba.

Apenas los vió el judío alejarse, separóse de la pared, y mirando hácia el sitio por donde se marchaban, murmuró con voz trémula:

—Ya se ha visto mi sobrino con los dos, y los dos le conocen; preciso es que yo esté muy alerta para que pueda salvarle, y para que pueda vengarme de los dos.

Y tras de algunos momentos de meditacion alejóse lentamente de aquel lugar.

CAPITULO II.

En que damos algunos detalles sobre los personajes que ya han visto nuestros lectores.

Hácia las cuatro de la tarde del mismo dia en que pasaron los sucesos anteriores, se dirigian por el camino de Búrgos á Valladolid dos caballeros completamente armados, aguijoneando sin cesar sus cabalgaduras, que cubiertas de sudor y fatigadas amenazaban dejar á sus dueños antes de descansar aquella noche en la ciudad.

En el porte distinguido del uno, en el dorado creston de su casco ornado de plumas blancas y azules y en el escudo que embrazaba, en cuyo centro de azur se veía un águila remontando el vuelo con este mote: «Aun mas alto me elevo,» se comprendia que era un gran personaje, y que el otro de casco sin cimera y de es-

cudo de hierro tresdoblado sin emblema de ningun género, era su escudero.

Largo trecho anduvieron sin hablar más palabra que alguna que otra interjeccion á cada tropiezo ó á cada parada de las cabalgaduras, hasta que al volver un recodo del camino desde donde se distinguia clara y distintamente la buena ciudad de Valladolid, córte de don Juan II, el que parecia señor del otro, alzándose la celada y empinándose sobre los estribos, exclamó con voz conmovida:

—Salve Valladolid, ciudad que tanto deseaba ver, Dios quiera que no arrojes de tu seno algun dia al hijo, como en otro tiempo lo hiciste con el padre.

—¿Y quién os habia de desterrar?—preguntó el otro personaje frunciendo el entrecejo.

—¿Quién?—contestó el interpelado:—¿Quién desterró á mi padre, buen Ferrando? Las parcialidades de la minoría de don Juan II: y hoy, ¿está acaso Castilla mejor que en aquella época? Navarra, Aragon y Portugal amenazan sus fronteras, y en el interior las guerras civiles, las luchas intestinas, esas cuestiones de favoritismo, en las que por pretexto de lo mal gobernado que está el reino, los nobles deseando paz, se sublevan, reunen sus mesnadas y tratan el país, para quien quieren prosperidad y ventura, como si fuera enemigo: y en este estado, ¿crees tú que yo que vengo de Francia decidido á prestar mi brazo á mi legímo rey, yo que merced á la prodigalidad con que he vertido mi sangre en

la guerra de Inglaterra tengo algun nombre, no he de causar envidias y rivalidades entre esos cortesanos suspicaces que creen ven siempre sombras en el horizonte de su ambicion?

—Despláceme entonces haber venido á un país donde tan mal se premia la lealtad. ¿A qué hemos abandonado nuestra Francia, donde tan justamente han recompensado vuestros servicios?

—Ya te he dicho que en el estado en que hoy anda Castilla, faltan buenos y leales caballeros que sostengan la vacilante corona de don Juan II; que sin afecto á ningun partido, sin relaciones con ninguno de los que se disputan el poder, obre como su conciencia y su corazon le dicte; por eso yo con mis lanzas y peones vengo no á defender á este ó al otro, sino al rey, á mi legítimo señor.

—¡Buen señor!—murmuró Ferrando,—que desterró á vuestro padre confiscándole sus bienes y dignidades.

—Si don Juan II hizo todo eso con mi padre, razon tuvo; fué un rebelde y como tal se le debió tratar; mi padre olvidó que era un vasallo y fué castigado, pero yo olvidando á mi vez ese pasado, vengo á ofrerle mi sangre.

—Siempre vuestro pundonor nos ha de ser fatal.

—¿Por qué?—preguntó el caballero.

—Porque por él nos venimos á poner en la boca del lobo; porque por servir al rey, que no os devolverá vuestros títulos y rentas, os vais á indisponer con ese don

Alvaro, que dicen es la causa de todos los males del reino, y todo por vuestra caballerosidad; ni más ni ménos, que cuando tuvimos en nuestro poder aquella judía que tanto daño os hizo porque os casasteis con mi señora, que Dios tenga en su gloria, tambien vuestra delicadeza os hizo desoir mis consejos, y la dejasteis en libertad, y eso que yo os decia:—«no la solteis, señor, no la solteis; estas mujeres saben componer bebedizos para las personas que no las aman, estas mujeres, son hermanas del diablo, y como tales son sus hechos;»—vos no me hicisteis caso, y á los pocos dias ya visteis si anduvimos poco apurados con vuestra enfermedad.

—Un tabardillo, consecuencia de una marcha de catorce horas sin descansar, y bajo un sol abrasador.

—Si os empeñais, será igual que la muerte de vuestra esposa al poco tiempo, y el venablo que rozó vuestra frente en la cacería.

—Ya sabes que se atribuyó á algun cazador torpe en el manejo de ellos.

—Venablos en una caza de volatería con alcones y azores, vaya que sois incrédulo hasta más no poder, pero yo repito que cuanto malo nos ha pasado ha sido obra de aquella mujer, y que aún no hemos concluido; ese ginete que con tanta obstinacion y con tan diferentes trajes nos sigue desde que salimos de Francia, es cosa de ella.

—Vamos, calla Ferrando, ya sabes cuanto me incomodan tus necedades,—repuso el desconocido un

tanto amostazado;—¿qué hallaste en esos hombres que tanto te choque? Una cosa natural en un camino. Un mercader ambulante, un fraile que regresa á su convento, un trajinero, en fin, personas que van á sus negocios sin ocuparse siquiera de nosotros, y en prueba de ello, que hoy no hemos visto á nadie más que á algunos gitanos que nada de sospechosos tenian.

—¡Cómo se conoce que sois mozo! ¡Dichosa edad!—dijo el escudero atusándose el ceniciento bigote; veis un grano de arena donde hay una montaña; pero á mis años cuando tanto se ha visto y se ha oido, se teme de todo, se duda de todo, y especialmente de las mujeres, que son como luces que atraen á las mariposas para que se abrasen en su fuego.

—Si ellas te oyeran...

—Se lo repetiria una y mil veces,—refunfuñó el escudero.

—¿Qué murmuras?

—Nada, señor. Inútil será que yo murmure y trate de aconsejaros, cuando vos no quereis hacer caso de mis murmuraciones ni seguir mis consejos.

—Siempre desconfiado.

—Eso os probará mi cariño. Tengo que ser desconfiado para precaver todo el mal que pueda sucederos.

—¿Pero qué interés tiene nadie en hacerme daño?

—Tiénelo, y muy grande, esa maldita judia á quien Dios confunda.

—¡Una mujer!—exclamó Rodrigo con un ligero acento de desprecio.

—Jamás debe despreciarse á un enemigo por pequeño que sea. En fin, señor, ya que os empeñais en confiar, hacedlo en buen hora, yo velaré por vos.

—¿Pero de qué temes? ¿de qué desconfias?

—De todo. De ese fraile á quien encontramos, del mercader que en Búrgos nos ofreció sus baratijas, y de ese trajinero que quiso entrar en conversacion con vuestros hombres de armas.

—Vamos, vamos, calma tus temores.

—Pluguiera á Dios que mis recelos fueran infundados.

Iba Rodrigo á replicar; pero en aquel momento se aproximaron los campeadores que llevaba la hueste del caballero, y reunido este con ella, dirigiéronse á Valladolid, cuyas torres se distinguian con bastante claridad.

CAPITULO III.

En que se demuestra que en ocasiones salta la liebre donde ménos se espera.

I.

A las puertas de la ciudad esperaba al caballero su mayordomo, el cual fué sirviéndole de guia por entre el laberinto de sucias calles que constituian la córte del señor rey don Juan II.

Aquella mesnada que en son de guerra, y cuyas enseñas nadie conocia, atravesaba las calles de Valladolid, llamaba la atencion de los vecinos y demás gente menuda de la ciudad, consiguiendo atraerla mucho más de un grupo de ginetes que desembocó en la plaza de san Pablo al mismo tiempo que ella.

Componíase este grupo de el monarca castellano, su hijo don Enrique, el rey de Navarra, primo de don Juan II, el condestable don Alvaro de Luna y otra por-

cion de caballeros castellanos, navarros y aragoneses que regresaban de una cacería en los bosques del Abrojo.

Una hueste tan numerosa, tan bien armada, y dentro de la poblacion, sin que de ello tuvieran anticipadas noticias el rey ó el condestable, necesariamente habia de sorprenderles.

Detuviéronse, y don Juan II preguntó á su favorito:

—¿De quién es esa brillante mesnada? ¿Qué armas son esas que no conozco en mis reinos?

—Vanamente estoy mirando su enseña,—contestó don Alvaro,—veo las lises de Francia en campo de azur y en Castilla nadie las tiene.

—Allí parece que se divisa al jefe de ella. ¿Tenemos acaso alguna embajada pendiente?

—Ninguna, señor.

—¿Entonces?...

—Ahora saldremos de dudas.

Y el condestable, dirigiéndose á uno de los caballeros que cabalgaban á corta distancia de él, dijo:

—Id, Alvar Gomez, id á ver á quién pertenecen esas lanzas, y qué objeto trae quien así penetra en la córte de Castilla.

II.

El caballero abandonó la régia comitiva, y dirigiéndose á Rodrigo, que comprendiendo quien eran los otros señores, se habia detenido respetuosamente, le preguntó

quien era, y una vez satisfecho, volvió á don Alvaro y le dijo:

—Es don Rodrigo Nuñez Osorio que viene de Francia á poner á disposicion de Su Alteza su brazo y su mesnada.

—¡Ah!—dijo entonces el condestable,—es ese bravo jóven cuyas hazañas tanto han dado que hablar en la guerra de Francia, y cuyo padre fué desterrado hace años, confiscándole sus señoríos, y quitándole sus títulos. ¡Noble accion por vida mia la de don Rodrigo!

—¿No te parece,—dijo el rey con timidez á su favorito,—que nosotros debiamos pagársela devolviéndole sus títulos?

—Ya lo creo; en la ocasion presente en que lo que faltan son espadas leales,—y dirigió una mirada muy significativa á su alrededor,—el proceder de ese jóven es altamente digno de recompensa. Id Alvar Gomez, id, y decidle que Su Alteza desea que venga.

Partió Alvar á desempeñar su cometido, y todos se quedaron ocupándose del recien llegado y su lucido escuadron.

—Vamos,—decia el señor de Piedrahita al doctor Periañez,—he ahí un jóven que entra bajo buen pié en la córte.

—No diré que nó,—contestaba el doctor,—pero desde luego le auguro una continuada série de disgustos debidos á ese mismo favor con que entra hoy;—y dirigia una maliciosa mirada á su interlocutor.

—¿No os encoleriza como á mí,—decia el conde de Castro al de Benavente,—ver esa vergonzosa tutela del rey? ¿habeis oido la humildad conque ha pedido parecer, ó mejor dicho permiso al condestable, para devolver á ese jóven sus títulos?

—Todo lo he observado,—contestó el de Benavente,—pero no paseis cuidado, que poco tiempo le durará su privanza.

—¿Sabeis,—decia por otro lado el almirante de Castilla, á Pero Manrique,—que son unas lanzas dignas de la mesnada de un rey? ved que rostros tan atezados por el sol y las batallas, que robustos y que bien armados.

—Poderoso auxiliar para el condestable,—contestó aquel.

—¡Oh! ¿si pudiéramos atraerlo á nuestro partido?

III.

Entretanto, aquel que era objeto de todas las conversaciones, habiendo recibido recado del rey, abandonó su escuadron, y se dirigió á la real comitiva.

Llegado á ella, echó pié á tierra, y acercándose al rey, hincó la rodilla y besó la mano que don Juan le tendia.

—Alzáos conde de Právia,—le dijo el nieto de don Juan I con aquel ademan lleno de majestad, que en muy

raras ocasiones se le veia tomar,—alzáos. Persona que con tanta lealtad me sirve, no á mis plantas, en mis brazos debe estar.

—Señor,—murmuró Rodrigo, confundido con tan distinguido recibimiento,—no creo haber hecho una accion señalada; cada uno de los caballeros aquí presentes, lo hubieran hecho ha haberse encontrado en mi lugar. No hago más que cumplir con el deber de todo castellano.

—Y el rey,—contestó don Alvaro,—que no puede ménos de agradecer vuestro leal proceder, os devuelve vuestros estados y vuestros títulos, pues la falta de los padres, queda borrada con la fidelidad de los hijos.

—¡Oh! no sentiria más, sino que se comentase esta gracia como compra de mi persona y de mis soldados,—dijo don Rodrigo al escuchar el ligero murmullo que las últimas palabras del condestable habian producido.

—¿Y quién las habia de comentar?—contestó el condestable con altivéz,—¿qué vasallo se atrevería á ver en la voluntad soberana otra cosa que una recompensa digna de ella, y de la persona á quien se le hace?

Hubo un momento de silencio, pues cada uno de los presentes se hallaba dominado por la terrible influencia de don Alvaro. Todos á pesar de tenerle casi cogido, temian á aquel hombre que ni olvidaba ni perdonaba, y cuyo prestigio con el rey era tan inmenso, que á cada instante creian ser ellos los que tenian el seguro real y no él, al que el rey de Navarra se lo habia concedido.

IV.

Por fin, conociendo don Juan II, que aquel era momento de hablar cualquier cosa que disipára la impresion que embargaba á todos sus cortesanos, dijo dirigiéndose á Rodrigo.

—Sabeis, conde, que vuestro escuadron es de lo mejor que he visto en mi vida, con perdon sea dicho del condestable, cuyas lanzas son las mejores del reino.

Al oir esto, todos los caballeros de la parcialidad del rey de Navarra y del infante don Enrique se miraron, mirada que fué sorprendida por el condestable, y pagada con otra de orgulloso desprecio.

—Señor,—contestó Rodrigo con modestia,—lo mejor que tienen mis soldados, más que su bizarra apostura y sus brillantes arneses, es el deseo de que todos se hallan animados de verter su sangre por Vuestra Alteza.

—Si como,—dijo don Alvaro de Luna,—vos pensasen todos los caballeros del reino, hoy estaria Castilla más poderosa que como la dejó don Juan I, pero como abundan tanto por desgracia los traidores,—y la pupila del condestable fué á clavarse brillante y altiva en los rostros de los condes de Castro y Benavente,—de ahí,—prosiguió,—que la nacion esté convertida en un país de fieras, en que las unas devoran á las otras, envidiosas de su fuerza ó de su hermosura.

A este último insulto tan directo, todos los semblantes palidecieron, y todas las manos se dirigieron involuntariamente á las espadas, pero considerando sin duda los enemigos del condestable, las pocas fuerzas con que en aquel momento contaban en Valladolid, en comparacion de las de su adversario poderosamente auxiliadas por las lanzas del conde de Právia, detuviéronse y guardaron para más tarde su venganza.

Rodrigo comprendia perfectamente lo que estaba pasando entre todos aquellos señores, y disgustábale en gran manera, tanto el estado de Castilla, cuanto el haber sido causa de semejante incidente.

El monarca conociendo tambien la falsa posicion en que todos se hallaban, y deseoso de terminarla dijo:

—Señores, paréceme que ya es hora de retirarnos á descansar. En cuanto á vos, don Rodrigo, acompañadnos al alcázar, y os presentaremos á la reina.

Y diciendo y haciendo, púsose la comitiva en marcha, mientras Nuñez Osorio daba algunas órdenes á los oficiales de su mesnada, despues de las cuales pasó á reunirse con el rey.

V.

Llegados á palacio, el rey de Navarra seguido de sus partidarios, se dirigió á sus habitaciones, mientras don Juan II, el Condestable y Rodrigo atravesaron exten-

sos salones y espaciosas antecámaras, hasta llegar á la habitacion en que se hallaba la reina.

VI.

Doña María de Aragon estaba ya prevenida de la presentacion que se la iba á hacer.

Uno de los pajes del rey la habia pedido su vénia, y en virtud de ella, penetraron en la régia estancia.

—Señora,—la dijo el rey,—aquí os presento á don Rodrigo Nuñez Osorio, á quien acabo de hacer conde de Právia, y que viene desde Francia á ofrecernos su espada y su mesnada en la azarosa época que atravesamos.

—Pláceme en gran manera,—contestó doña María, —una accion semejante, porque nos demuestra que aún posee Castilla vasallos nobles y leales que no reniegan de su patria, y que acuden á la defensa de su rey; pero pluguiérame mucho más,—prosiguió fijando una mirada intencionada en el condestable,—que el auxilio del conde fuese mas bien para entrar por las fronteras musulmanas, que no para servir de apoyo á un rey que se ve envuelto en discordias civiles provocadas por la ambicion de algunos, el favor de otros y el descontento de muchos.

—La nobleza de Castilla es turbulenta,—repuso el

condestable,—y mas se ocupa de beneficios propios, que no de añadir cuarteles á sus escudos ganados en las tierras de los moros.

—¿Y quién tiene la culpa de esas ambiciones?—preguntó doña María fijando una mirada harto expresiva en el rostro del favorito.

—Paréceme, señora, que no tendrá vuestra alteza la idea de hacerme responsable de esas ambiciones.

—Mucho pudiera deciros ya que tan directamente me preguntais.

—Basta,—exclamó el rey que deseaba terminar aquella escena, que no era mas que una repeticion de las muchas que diariamente ocurrian en palacio,—creo que más debemos ocuparnos del conde que nos trae un corazon leal y una mesnada aguerrida, que nó de los ambiciosos que hacen necesario el auxilio de ese corazon y de esa mesnada.

—Teneis razon, señor; don Rodrigo es un vasallo leal, muy leal, y deber vuestro es recompensar á los leales dignamente, ya que tantas recompensas dísteis á los traidores que las han sabido apreciar con acciones ruines y cobardes solamente.

—Señora,—repuso Rodrigo inclinándose respetuosamente,—si recompensa alguna deseara, harto recompensado me hubiera escuchar á vuestra alteza las lisonjeras frases que ha pronunciado; pero como en mi proceder nada de extraordinario existe, ni he ambicionado otra cosa que derramar mi sangre en defensa de mis reyes,

como cumple á todo caballero, espero con ansia que llegue un momento semejante porque con eso quedaré complacido y recompensado.

—Que me place,—dijo alegremente el rey,—¿no te parece, condestable?

—La accion del señor conde,—contestó este,—es de aquellas que ni con palabras ni con obras se la puede recompensar. Apréciianse en lo que valen y su recuerdo se graba para siempre en el corazon.

—Ya lo sabemos, don Alvaro,—contestó el rey,—y en prueba de ello, haremos todo cuanto debamos hacer. Ahora ya que hemos cumplido con un deber de cortesanía, al cual estábamos obligados por el proceder del conde, no es justo que le detengamos aquí privándole del reposo que tan necesario debe serle.

—Viéndome tan honrado no tengo necesidad alguna de reposo.

—Sin embargo, conde, las fuerzas humanas tienen su límite tambien, y no es justo abusar de ellas.

Y la reina, dando por terminada con estas palabras la entrevista, tendió su mano al conde, el cual la besó respetuosamente, saliendo de la estància á los pocos momentos.

Rodrigo se encontró entonces en un verdadero compromiso.

Ignorante completamente de la localidad en que se hallaba, anduvo largo tiempo errando por las galerías del alcázar, hasta que tropezó con los personajes á quienes hemos visto ya en el capítulo anterior.

CAPITULO IV.

Dos hermanos que se parecen muy poco á la generalidad.

I.

Un año antes de los sucesos que acabamos de referir, los honrados vecinos que ocupaban las casas contiguas al destartalado y antiguo casaron de los condes de Villagarcía, despertaron una mañana asombrados por el espectáculo que á sus ojos se ofrecia.

Cerrado hacia mucho tiempo el palacio, creciendo la yerba en sus patios, destruidas las ensambladuras de sus ricos artesonados, agrietado por todas partes y sucio y descuidado, vióse de repente que una multitud de operarios le invadia, que se restauraba su fachada, que se limpiaban sus patios, que se cubrian las grietas, y que poco despues una cuadrilla de alarifes árabes invadia las cámaras, se tapizaban las paredes de sus salo-

nes con cuero de Córdoba, se alicataban los frisos, se escultaban primorosamente las cornisas, y aquellos techos delicadamente tallados, recobraban su antigua belleza y el palacio en conjunto despertaba de su ruinosa postracion á una vida más ostentosa que la que tuvo en sus primeros tiempos.

Apenas los operarios le dejaron libre, cubriéronse las habitaciones de ricas alfombras, de magníficos tapices y de muebles de gran valor, á los cuales siguieron una turba de pajes y escuderos en las antecámaras, de lacayos en las escaleras, de hombres de armas en los patios y de dueñas y doncellas en el interior.

Por espacio de muchos dias, las comadres de la vecindad y los eruditos del barrio, parábanse horas enteras contemplando el enorme escudo que habia reemplazado al antiguo de los condes de Villagarcía.

Pero por más vueltas que le dieron, solo pudieron sacar en limpio que las barras de Aragon, estaban enlazadas con el leon de Castilla, y que las personas á quienes pertenecia, eran una nobilísima dama llamada doña Beatriz de Villanueva y un su hermano, don Diego, alférez de la guardia morisca del señor rey don Juan II.

La corte se ocupó tambien de los nuevos habitantes del palacio.

Olvidáronse por un momento las rebeldías que diariamente ensangrentaban al reino, haciendo conjeturas á cerca de doña Beatriz, hasta que el condestable don Alvaro de Luna, la presentó en la corte como descendien-

te de don Pedro de Villanueva, muerto en la corte de Aragon algunos años antes, adonde habia pasado á refugiarse despues del desenlace del famoso drama de Montiel, que dió la corona de Castilla á la casa de Trastamara.

II.

Doña Beatriz fué admitida en la cámara de doña María de Aragon, y su hermano don Diego, entró al servicio del rey como alférez de su guardia morisca.

Desde el momento de su aparicion en la corte, todos los caballeros la rindieron á porfía sus adoraciones, de la misma manera que las damas, quizá por espíritu de oposicion, reservaban sus más encantadoras sonrisas, y sus más tiernas miradas para el gallardo alférez.

De este modo, fueron durante algun tiempo los dos hermanos, el uno héroe de todas las conquistas femeniles, y la otra, heroina de los desafios, trovas y galanteos de los señores castellanos.

Dados estos antecedentes, únicos que por el momento hemos podido adquirir, digamos algo de lo que ocurria en el palacio de los Villanuevas, el mismo dia en que Rodrigo penetraba en Valladolid.

III.

Hácia las cinco de la tarde, la hermosa doña Beatriz sentada en uno de aquellos sitiales de alto respaldo primorosamenta tallados, verdaderas obras maestras del siglo XV, con la frente apoyada sobre su mano y el codo descansando sobre una mesa de blasonado tapete, se encontraba altamente preocupada, á juzgar por su inmovilidad.

Largo rato llevaba en aquella postura, hasta que alzando de repente su hermosa cabeza, cogió un pergamino que á su lado tenia, y murmuró despues de haber leido.

—¿Si será cierto que llega hoy? El aviso no deja duda alguna, y sin embargo, no sé por qué, dudo. Hé esperado tanto tiempo... No sé si tendré valor para volverle á ver. Si la alegría mata, yo debo morir de felicidad. ¿Seguirá desdeñándome? Imposible: yo separé de mi camino el obstáculo que se oponia entre él y yo, y hoy, no tendrá mas remedio que amarme. ¿No soy acaso la dama más hermosa de la corte? Toda esa brillante juventud castellana, ¿no se arrastra á mis piés, mendigando una sonrisa, y pidiendo por favor una mirada? ¿Por qué no ha de hacer él lo que todos? Sí, me amará, y yo seré completamente dichosa.

Y tras estas palabras doña Beatriz tornó á caer en su

meditacion, y sabe Dios el tiempo que se habria llevado así, á no sacarla de ella el ruido producido por un caballo que acababa de penetrar en el patio.

—¿Si será Diego?—murmuró.

Y no teniendo paciencia para esperar á la persona que habia llegado, se lanzó hácia la puerta de la estancia.

Pero al mismo tiempo que iba á franquearla, el alférez de la guardia morisca apareció en ella.

—¿Le has visto?—preguntó la dama, fijando una impaciente mirada en su hermano.

—Sí.

—¡Oh! ¡loado sea el Dios de Israel! Bendito seas Diego por la noticia que acabas de darme, y dime, dime, ¿viene tan galan como siempre? Habla, no ves que me muero de impaciencia.

Pero Diego no decia una palabra.

Sus ojos brillaban con un resplandor siniestro y la cólera trastornaba sus facciones.

—¿Conque le amas tanto?—dijo por fin con voz sorda.

IV.

Al escuchar este acento, y al contemplar con detencion aquellas descompuestas facciones, la jóven conoció que habia cometido una imprudencia, porque repu-

so inmediatamente ahogando los latidos de su corazon y dando á su acento una entonacion distinta:

—¡Amarle! Sí, le amo.

—¡Esther!

—Le amo como se ama la venganza esperada durante muchos años, le amo como tú no puedes comprender.

—¿Por qué?—preguntó Diego.

—Porque tú no sientes en tu corazon el roedor deseo de la venganza; porque tú no has amado y no te has visto desdeñado, ultrajado y escarnecido; tú no puedes comprender mi amor.

—Te engañas, Esther,—repuso Diego de Villanueva con siniestra sonrisa.

—¡Como!

—Mira, Esther, arrojemos la máscara conque nos cubrimos ante esa corte estúpida, y seamos por un momento tú la hija ó la sobrina de Habakuc y yo su esclavo. ¿Recuerdas lo que te dije el dia en que murió el judio y tú me hablaste de venganzas?

—Sí,—contestó con frialdad la dama.

—Yo te dije entonces:—si necesitas un brazo que obedezca tu pensamiento, una voluntad firme y un corazon arrojado, cuenta con el mio porque te amo.

—Y yo te contesté:—antes que tu amor está mi venganza.

—Pero es que en esa venganza entra por mucho otro amor.

—Y qué, ¿tratarias acaso de querer imponerme tu voluntad?—preguntó la judía posando una mirada llena de orgullo sobre el alférez.

Este no contestó.

Aquella mirada le aturdia, le fascinaba y le dejaba sin fuerzas para resistir.

Indudablemente la hebrea debia estar acostumbrada siempre á obtener aquel triunfo sobre su débil esclavo, porque una sonrisa de esas que parecen expresar todo un pensamiento, se dibujó en sus lábios.

El señor Diego de Villanueva estaba vencido.

Su hermana ó su dueña, segun mejor queramos comprenderlo, sin cambiar la inflexion de su voz le preguntó:

—Y de nuestros asuntos particulares; ¿qué hay?

—Lo de siempre,—contestó el hebreo no muy satisfecho.

—¿Se han vendido otra vez esos hombres?

—Sí; los condes de Benavente y de Castro, han conseguido un arreglo, en el cual ellos han llevado la mejor parte. El monarca ha pedido un seguro para su favorito mientras se arreglan las cuestiones que hay pendientes, y que ambos partidos han ajustado una tregua momentanea sí, pero que al fin es una suspension de hostilidades.

—¿Con qué es decir,—repuso doña Beatriz con acento que denotaba la cólera que sentia,—que por esta vez tambien se nos ha escapado ese hombre maldecido? Im-

bécil condestable: se ha dejado coger en el lazo, y tarde ó temprano quedará vencido. Tiene enemigos poderosos y no sabe encontrar el medio de deshacerse de ellos. ¿Qué hacen Pero Lopez de Ayala, Pedro de Quiñones y el conde de Ledesma?

—Esperan una ocasion favorable.

—¿Y don Juan Pacheco y el maestre de Calatrava?

—Me han dicho que todo estará terminado dentro de pocos dias.

—Dilaciones sobre dilaciones: ganar tiempo para ver si el monarca les arroja nuevos castillos y nuevas villas. ¡Oh nobleza castellana! mentira parece que vayas degenerando tanto. ¿Y es eso todo cuanto puedes decirme?

—Todo.

—Está bien: déjame sola.

—Pero. . .

Y el alférez fijó una mirada suplicante en Esther, mirada en la cual se traslucia un amor tal, que la dama no pudo ménos de comprenderlo, y le contestó dulcificando un tanto la entonacion de su acento:

—Ya te he dicho, Ismael, que antes que tu amor, antes que todo, me debo á mi venganza. Despues, ¿quién es capáz de saber lo que sucederá?

Y señalando al alférez la puerta de la estancia con un movimiento lleno de orgullo y de imperio, le obligó á que la dejase sola.

V.

Poco tiempo despues doña Beatriz abandonaba el palacio dirigiéndose al alcázar, donde tuvo el encuentro que nuestros lectores han visto en el capítulo anterior.

Durante el dia que siguió á la noche en que se verificó el encuentro de Esther con Rodrigo en las galerías del alcázar, la hebrea llena de impaciencia esperaba anhelante que Nuñez Osorio se presentase en su casa.

Pero pasó el dia sin que el deseado personaje apareciese en el palacio.

Cerró la noche; las campanas tocaron la queda, y los buenos vecinos de Valladolid, se disponian á descansar de sus faenas del dia.

Unicamente el palacio de los Villanuevas permanecia abierto, viéndose el inmenso portalon iluminado por dos faroles pendientes del techo, lujo inusitado en aquel tiempo, y que habia hecho murmurar á más de una comadre del barrio y á alguno que otro noble arruinado de los que vivian por sus contornos.

Penetremos resueltamente en el ancho zaguan, y veamos de qué nacia, que las puertas del destartalado casaron permaneciesen abiertas á pesar de haber sonado la hora en que generalmente acostumbraban á cerrarse.

Atravesemos una série de salones, á la puerta de

cada uno de los cuales, un servidor se apresurará á levantar el tapiz que la oculta, y llegaremos á la cámara de la opulenta castellana.

Nada mas fantástico que aquella habitacion. En ella, la arquitectura gótica, estaba hermanada con el buen gusto árabe; esbeltas columnas de mármol sostenian la cúpula; arcos de esos que tanto admiramos aún en la Alhambra; agimeces de primorosos calados; paredes de cuyo fondo de azul y oro, se destacaban amores, ninfas y sátiros en sus más provocativas danzas, en su más dulce abandono; perfumeros de plata, sostenidos por bellas estátuas de mármol negro; negros tapices, divanes de seda damasquina, todo, en fin, respiraba esa molicie, esa sensualidad infinita, peculiar á las razas orientales.

Si de la descripcion del aposento pasamos á la de las personas que lo ocupaban, diremos que estaba en perfecta armonía.

Sentada doña Beatriz en un magnífico divan, vagando indolente su mirada por las sombras de los arcos, ataviada con el lujo deslumbrante de la época, se destacaban maravillosamente los purísimos contornos de sus formas, del fondo oscuro de la pared.

Húmedos de placer los lábios, agitado el turgente seno, medio veladas sus brillantes pupilas por las luengas pestañas negras, envuelta en una blanca nube de aromas que exhalaban los perfumeros, abstraida en uno de esos deliciosos ensueños del alma, parecia mas bien

una creacion fantástica, próxima á desvanecerse como la niebla que la envolvia, que un ser de carne y hueso como todos los demás.

Un musulman que la hubiera visto, tomárala por la más bella de las hurís del sétimo cielo.

Un cristiano la hubiera creido un ángel puro y diáfano como el manto en que se envolvia.

El musulman la hubiera deseado.

El cristiano la hubiera adorado.

VI.

Apoyado en una de las columnatas estaba nuestro conocido el alférez de la guardia morisca, fijando una mirada ávida, intensa en su supuesta hermana.

La hermosura típica del hebreo, resplandecia en aquel momento que el amor se reflejaba en su rostro.

Largo rato permanecieron en esta postura, hasta que el sueño de doña Beatriz debió hacerse más encantador, puesto que su seno se agitó con doble rapidéz.

Sus lábios sonrieron, y sus ojos brillaron húmedos de placer. A semejante espectáculo, una sombra amarga de celos se esparció por la fisonomía del jóven, y con un movimiento convulsivo estrujó los ricos brocados de su traje.

Al ligero ruido que produjo, despertó su hermana, y

fijando una mirada de desden en el apuesto caballero, exclamó:

—¿Todavía estas ahí?

—¿Acaso te incomodo?—contestó aquel con un acento que más bien parecia un gemido.

—Incomodarme nó, pero de pocos dias á esta parte, parece que te tomas algunas libertades, que si bien no me incomodan, me causan el trabajo de tener que despreciarlas; creo que te quieres erigir en mi señor y. . .

—¡Tu señor yo! ¿acaso tengo mas voluntad que la tuya? tus caprichos más ligeros, ¿no son órdenes para mí?

—¿Y de qué nace esa obediencia pasiva? de tu cobardía en no atreverte á ponerme obstáculo á mi deseo. ¿Quieres que vea en tu servilísmo otra cosa que la degradacion más completa?

—Mira Esther,—contestó el alférez con un acento en que se traslucia el dolor que le torturaba; me llamas cobarde, cuando únicamente tu amor ha sido el que me ha hecho que lo sea.

—¿Y por qué me has amado?

—¿Por qué? porque tú necesitabas un esclavo que obedeciese todos tus caprichos, un brazo para tu cabeza de hierro, un hombre que no vacilara en cometer los mayores crímenes, si tú con acento dulce y penetrante se lo suplicabas; fijaste en mí tus ojos, y adivinaste que yo podia ser ese hombre; yo era un judío, un hombre envilecido por los castellanos, pero honrado en medio de la infamia que pesaba sobre mi raza: tu me miraste, nues-

tros ojos se cruzaron, me hablaste, y tu acento hizo despertar las fibras adormecidas del corazon. Yo deseaba vengar á mi pobre madre, sacrificada cobardemente por los cristianos, tu halagaste mi venganza, me hablaste de la tuya que tenia el mismo objeto, me anegaste en el fluido de tu mirada, y desde entonces mi voluntad fué tuya; al ennoblecerte tú, me ennobleciste tambien á mí, pero mi pobre corazon era tu esclavo: nunca me he quejado de ese yugo en cambio del cual solo te he pedido un poco de amor. Tienes razon en llamarme cobarde, toda vez que no me he atrevido á tomar lo que de derecho me pertenecia: ¡pero te amo tanto!... ¡te amo tanto!... esta alma que tú crees falta de energía, guarda en su seno tesoros de ternura infinita; si no te veo, el mundo no tiene luz para mí; la naturaleza está muerta si tu sonrisa no le da la existencia. Cuando esos galanes castellanos, cantan al pié de tus ventanas esos bellos romances llenos de amor, cuando te dicen una lisonja, cuando ponen sus lábios en tu mano, un pensamiento de odio y de celos se revuelve en mi imaginacion, y me hace llevar involuntariamente la mano á mi puñal, y mataría, Esther, mataría, porque mis ojos se velan por una nube sangrienta, y los celos devoran mi corazon.

—Si siempre tuvieras esa energía, tal vez te podria amar, pero como tan pronto se auyenta, al ver la hediondez del esclavo, olvido la dignidad del hombre.

Y la mirada de la hebrea se fijó en el rostro del jó-

ven, húmeda, amorosa, intensa, tanto que le hizo bajar la suya y caer de rodillas, murmurando:

—¡Oh!... ¡siempre así!... siempre esa mirada... aunque luego me desprecies.

—¡Insensato; escucha,—prosiguió doña Beatriz cambiando de tono,—nuestra venganza está cerca.

—¿Qué me importa la venganza, estando á tu lado?

—¡Eres mi esclavo, y como tal debes obedecerme!

El pobre alférez, exhaló un suspiro y se puso á escuchar á la jóven.

—¿Cómo están tus amores con doña Juana? ¿cree en tí? ¿tiene confianza?

—Tanta que nada hace sin participármelo.

—Bien; veo que tienes la astucia del zorro aunque te falta la fuerza de leon, si la tuvieras, entonces...

—¡La tendré! la tengo, pero léjos de tí; en la corte soy tenido por valiente, por galan; únicamente en tu presencia soy cobarde, pero puesto que tú quieres que siempre lo sea, lo seré, tu mismo amor, amor que me enerva, me dará fuerzas, yo te lo juro, que seré valiente, sí, Esther, porque quiero vengarme yo tambien y porque te amo.

VII.

Efectivamente, la fisonomía del hebreo se habia trasfigurado al pronunciar las últimas palabras. Su ca-

beza se alzaba altiva, sus negros ojos resplandecian de entusiasmo, sus mejillas se enrojecian, su moreno cutis brillaba, y en todas sus facciones se daguerreotipó una expresion tal de audacia y de valor, que su fingida hermana no pudo ménos de exclamar:

—¡Oh! ¡siempre así, y te podré amar!

Escucha, Ismael, para conseguir nuestro objeto es necesario un nuevo sacrificio de tu parte.

—Habla, y por costoso que sea, lo haré.

—Es preciso que te hagas amar de una vez por la esposa del condestable.

—¡Por doña Juana de Pimentel!

—Por la misma, es preciso herir á ese hombre en sus pasiones, en su orgullo y su ambicion.

—¿Pero decir yo palabras de amores á otra mujer que no seas tú? Harto me cuesta ya lo que hago.

—Es necesario toda vez que mi cariño te compensará cuanto sufras.

—¡Oh! entonces lo haré.

En esto apareció en la puerta un maestre-sala, que con voz campanuda dijo:

—El alto y poderoso señor don Rodrigo Nuñez Osorio.

VIII.

Al oir este nombre, los rostros de los dos hebreos expresaron distintas sensaciones.

El de Esther resplandeció de amor.

El de Ismael se oscureció de cólera.

—Véte, dijo la primera al segundo.

—¡Nunca!—murmuró éste con voz sorda.

—He dicho que te vayas,—repitió la dama con la expresion más glacial de desden, y su mirada altiva y fria, cayó á plomo sobre el jóven que anonadado, aturdido, no tuvo fuerza para contrarestarla, y vacilando como un hombre embriagado, salió por una puerta perfectamente simulada en los adornos del aposento.

Ya era tiempo; en el mismo instante, bajo el tapiz que con respetuoso ademan sostenia un paje, se dibujó la gallarda figura del conde.

Durante el pequeño espacio que tardó éste en acostumbrarse á la débil claridad que reinaba en la estancia, tuvo tiempo doña Beatriz de componer su semblante.

Al aspirar Rodrigo aquel ambiente saturado de voluptuosidad, no pudo ménos de extremecerse; sin embargo, recobrando su impasibilidad, avanzó algunos pasos saludando á doña Beatriz con toda la grave cortesanía de la época.

La dama no podia pronunciar una palabra, su alma por decirlo así, se habia reconcentrado en sus ojos, que en su lenguaje más elocuente, expresaban el inmenso placer que sentia.

Aquella atmósfera tibia y perfumada, aquella luz suave, aquellas figuras provocando amores, y sobre todo aquella mujer muellemente reclinada en los cogines de

seda, lanzando de sus negros ojos dos focos de luz que fascinaban, no podian ménos de hacer una profunda impresion en el más austero caballero. De ahí que Rodrigo, debemos decirlo en su honor, luchó valerosamente contra los encantos de la hebrea, quiso evitar aquel círculo de deleite que le oprimia; pero todo fué en vano, aquella mirada intensa, acariciadora, le perseguia, le alcanzaba y lo atraía hácia sí; aquellos lábios entreabiertos, húmedos, incitantes, le recordaban las casi olvidadas sensaciones de otro tiempo, aquellas formas tan ligeramente indicadas, dejaban adivinar tanto placer, que el conde despues de un gran rato de lucha, no pudo ménos de caer á los piés de la jóven murmurando dulcemente.

—¡Esther!

—¡Rodrigo!...—contestó ella, posando su mano sobre los lábios del caballero.

Y su alto seno se agitaba con creciente rapidéz.

Y sus ojos se agitaban dulcemente.

Su garganta articulaba algunos débiles sonidos, que se perdian en la bóveda del aposento.

Rodrigo la contemplaba extasiado.

Jamás habia visto una hermosura más expléndida.

Era hombre, en fin, y fué vencido.

Entró con el ánimo más resuelto de anonadar á la hebrea bajo el peso de su enojo, y en vez de esto, la irradiacion de sus pupilas, le esclavizó completamente.

Largas y extensas debieron ser sus confidencias,

pues trascurrieron bastantes horas antes que el conde de Právia abandonase la casa de los Villanuevas, saliendo por un postigo que daba á una callejuela excusada, en el que resonó un doble beso al separarse el conde de la puerta.

Casi al mismo tiempo se destacó del oscuro tapial un bulto que al oir el ruido del ósculo amoroso, llevó la mano á la cintura en busca de algun puñal sin duda; pero despues de un momento de reflexion la separó, y llevándosela á la frente, se le oyó murmurar con acento desesperado:

—Otra vez ese hombre ha venido á interponerse entre Esther y yo. Será preciso luchar y veremos quien vence en esta lucha: he servido hasta aquí de juguete á los caprichos de esa mujer; pero, ¡guay de ella ahora que el juguete se ha separado de sus manos! Me ha dicho que no tenia más que la astucia de la serpiente sin la fuerza del leon; veremos si encuentro esa astucia para engañarla, y la fuerza de éste para herirla.

Y diciendo estas palabras aquel hombre en quien nuestros lectores habrán reconocido al alférez de la guardia morisca, desapereció entre las tortuosas calles de la corte de los monarcas castellanos.

CAPITULO V.

Que puede muy bien suprimir todo el que no sea aficionado á la historia.

I.

Antes de seguir adelante nuestra narracion, nos es de absoluta necesidad decir la situacion en que Castilla se encontraba en la época á que nos referimos.

De resultas de las mercedes concedidas por don Enrique, al subir al trono su hermano don Pedro, Castilla era patrimonio exclusivo de la nobleza que orgullosa con sus priviligios y concesiones, no tuvo reparo en hollar las instituciones más santas, los fueros más venerados de la nacion.

Las Córtes, guardas sagradas de los derechos y libertades del pueblo, se bastardearon, y en vez de ser el eco de todo el reino, fueron un instrumento para el despotismo de los favoritos.

La larga minoría de don Juan II, durante la cual, si el regente don Fernando de Antequera no hubiera ascendido al trono de Aragon, pudiera haber tenido grandes beneficios el país, á pesar de la avaricia y el orgullo que tenia, vicios comunes á casi todos los príncipes de aquel tiempo, fué el prólogo de la série de calamidades que afligieron á Castilla, durante su reinado y el de su hijo don Enrique IV.

II.

Descontenta la nobleza, al ver que al principio de su regencia se faltó al testamento del difunto rey don Enrique, privando de la educacion del príncipe á Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco, y concediéndosela á la reina, subió de punto su disgusto al conferírseles los maestrazgos de Alcántara y Santigo á don Sancho y don Enrique, hijos del regente á quienes dispensó de su corta edad el papa Benedicto XIII, conocido antes como gran cardenal de Aragon, bajo el nombre de don Pedro de Luna.

Sin embargo, á pesar de haber demostrado su descontento, el carácter enérgico del infante le contuvo por el momento; pero al dejar á Castilla para ocupar el solio aragonés, se desembozó completamente, le malquistó con la reina, y esta, ayudada por el arzobispo de Toledo, por el justicia mayor Diego Lopez de Zúñiga, y el conde de

Haro, se alzó con la regencia en 1416, despues de muerto el de Antequera.

Esta fué la señal de los desórdenes y desgracias que ocurrieron durante la minoría de don Juan II, minoría prolongada indefinidamente por la vergonzosa tutela en que le tuvo don Alvaro de Luna.

III.

Seria extremadamente pesado seguir paso á paso toda la série de humillaciones, que parte de la nobleza ambiciosa y avezada á las rebeldías, hizo pasar al rey; aquel menoscabar la dignidad real, llevándole hecho un zarandillo, primero el conde de Castrogeriz, que lo condujo á Madrid, donde lo hizo jurar rey en 1419; despues el infante don Enrique de Aragon, tratándole como el último vasallo, poniéndole preso en Tordesillas en completa incomunicacion, pidiendo por su libertad su enlace con la infanta doña Catalina, hermana de don Juan II, enlace que se verificó poco tiempo despues que el del rey con doña María de Aragon; y finalmente, toda la nobleza, que envidiosa del poder de don Alvaro, veían en él, rey de hecho, y se coaligaban, escarnecian y luchaban contra el rey de derecho, que no tenia más defecto que no conocer el siglo en que vivia.

Tal era en globo la situacion de este gran reino, jaqueado siempre por Navarra, Granada y Portugal; des-

trozado en sí mismo por ciertos nobles sin honor, y por un clcro que bajo el hábito de ministros del Señor, ocultaban las cotas de soldados: la justicia inclinando su balanza al lado donde estaba el oro, exhausto el Erario, destruido el comercio y dominando este cuadro el opulento favorito de don Juan II, el condestable, don Alvaro de Luna, este mito semi-fantástico del siglo XV, y cuya elevacion fué tan inmensa como su caida, resistiendo impávido los ataques de los nobles que ansiaban ocupar su puesto, y que hubieran hecho en su lugar exactamente lo mismo que él.

IV.

Sentados ya estos antecedentes, justo será que demos á conocer á nuestro héroe, hasta el momento en que lo presentamos en escena.

En los primeros años de don Juan II, don Rodrigo Nuñez Osorio padre del que ya conocemos, deseoso de librar á su país de las plagas del favoritismo, tomó partido por los que peleaban contra la innovacion de lo dispuesto por don Enrique III referente á la regencia, pero fué vencido y tuvo que emigrar á Francia donde fué poco tiempo despues á reunírsele su esposa y su hijo.

V.

El antiguo favorito de don Enrique II concentró todo su cariño en su hijo, vivo retrato de una mujer adorada, y que en sus tiernos años demostraba el carácter firme y decidido de su padre, y la bondad y dulzura de su madre; pero poco le duró ese goce: minado por sus cavilaciones desde que abandonó á Castilla, padeciendo contínuamente de sus numerosas heridas, y con el corazon profundamente ulcerado desde la muerte de su esposa, entregó su alma al Criador encargando á su hijo que si algun dia el rey de Castilla se hallase en situacion apurada, olvidase el pasado y se sacrificase por él, y al leal Ferrando, que velase por su hijo como si fuera él.

Ferrando cumplió su deseo, y á los diez y seis años, Rodrigo era el doncel mas seductor de la corte de Cárlos VII de Francia, mediano músico, trovaba como el mejor de su tiempo, fuerte y membrudo manejaba una lanza como Beltran Duguesclin, y galante y cariciador podia competir con los primeros galanes de la córte. Belicoso por naturaleza se hizo soldado, valiente hasta la temeridad llegó á capitan; dotado de pasiones ardientes; amaba con furor y olvidaba con rapidéz: tuvo su vida amorosa episodios bien halagüeños para su corazon de enamorado, no siendo el que citó en otra parte

Ferrando, el que ménos peripecias tuvo, hasta que en la guerra que sostuvo Francia con Inglaterra, se portó tan bizarramente, que el rey añadió nuevos cuarteles á su escudo, y realizó uno de los casamientos mas brillantes de la época con doña Margarita de Borbon, nieta del célebre duque de Borbon, y enlazada por lo tanto con la casa real de Francia.

Pero como la felicidad es una nube que tan pronto desaparece; á los pocos meses de casado, enviudó.

Su dolor fué cruel, inmenso; pero como Dios ha puesto en su infinita bondad, en el corazon del hombre, ese modo de atenuar los recuerdos, pasaron dias y la pena se amortiguó, y de la bella doña Margarita de Borbon no quedó más que una sombra impalpable que vivia perenne en su imaginacion, cual recuerdo dulce de un placer perdido.

Por aquel tiempo se supo en Francia, la situacion tan comprometida de Castilla, y acordándose del encargo de su padre, no vaciló en venir á auxiliar á su verdadero rey, y aderezando su mesnada tomó el camino de Castilla acompañado de su fiel Ferrando que viejo y gruñon, no queria dejar un momento á su hijo, como le llamaba en los ratos de espansion.

Conocida ya la historia del conde, seguiremos adelante con nuestra narracion.

CAPITULO VI.

En que se demuestra que quien más habla de amor, á veces es quien lo siente ménos.

I.

Indudablemente que nuestros lectores al ver en el capítulo tercero la rápida inflamacion del corazon de nuestro héroe al encontrarse en el retrete de doña Beatriz, ó habrán formado un juicio desfavorable de la judía, ó habrán creido asaz impresionable y enamorado á nuestro caballero.

Y les habrá sorprendido esto tanto más, cuanto que en el primer momento que los presentamos al encontrarse en la galería del alcázar, en Rodrigo habia repulsion y cólera, mientras que en doña Beatriz se advertia el cariño y la impaciencia.

Esto demostraba que se conocian, y que conociéndose, que existia en su pasado alguno de esos miste-

rios que formando una época en la existencia, dejan en ella siempre grabado su recuerdo, sin que sea posible que se borre.

Efectivamente, el misterio existia, y nuestros lectores tienen un derecho á conocerle, toda vez que les es muy necesario para la comprension de los sucesos que van á seguir.

Ya hemos dicho que Rodrigo se puso á servir en las filas del rey de Francia, y de tal modo expuso su vida, y tantos cintarazos repartió entre los ingleses, que el monarca francés le dió tierras y señoríos bastantes para mantener en pié de guerra un buen número de lanzas, y no contento con eso, enlazóle con una parienta suya, aunque muy lejana, honra que sobrepujó en mucho á las esperanzas de Rodrigo.

Poco antes de que se verificaran estos sucesos, hallábase Rodrigo en París, cuando una noche al regresar á su casa, percibió algunos lamentos en direccion opuesta á la que llevaba, lamentos que le obligaron, primero á detenerse, y despues á lanzarse en la direccion que se percibian.

Al final de una calleja estrecha y oscura, como estaban la mayor parte á la sazon, habia una pequeña casa ruinosa que los vecinos del barrio miraban llenos de supersticioso terror, haciendo devotamente la cruz al pasar por delante de ella.

En aquella casa vivia un astrólogo llamado Habakuc.

Contábanse prodigios de su ciencia para hacer un horóscopo, levantar una figura y predecir lo porvenir.

Gran químico al mismo tiempo, sus filtros y sus bebedizos eran buscados con afan por más de una desdeñada por su inconstante galan, ó por un doncel que queria hacerse propicia la voluntad de una dama.

De vez en cuando, y á través de las ojivas de un torreoncillo, sobre el cual se destacaba el negro cañon de una chimenea, veian al viejezuelo con su raida hopalanda, atizar con furia el fuego de sus hornillos, y entonces los vecinos se alejaban precipitadamente diciendo:

—El diablo está haciendo sus conjuros, el Señor sea con nosotros.

Pero esta supersticion tenaz del vecindario, no implicaba nada para que apenas cerraba la noche, y el toque del *cubre fuego* (1) se exhalaba de las lenguas de bronce de Nuestra Señora, varios bultos cuidadosamente rebozados con las capas ó los mantos, llamasen á la puerta de la casa, y penetrasen en ella.

De esta casa se exhalaban los lamentos que percibia Rodrigo.

---

(1) Nombre importado de Inglaterra, equivalente al toque de la queda segun se decia en Castilla.

II.

A la puerta de ella, una mujer demandaba socorro, mientras que en el interior, entre gritos ahogados se escuchaban imprecaciones, votos y juramentos.

Al mismo tiempo que Rodrigo se acercaba á la puerta, un personaje apareciendo detras de la jóven, la cogió bruscamente por un brazo y atrayéndola hácia sí, le dijo con voz ruda.

—¡Callarás, hija del diablo! ven aquí y no espantes con tus chillidos á las lechuzas del barrio.

—Piedad, señor, piedad,—repuso la jóven con voz desfallecida.

—Aunque me condene voy á demostrarte que los soldados del rey saben tener piedad de las muchachas bonitas, ya sean judías ya sean cristianas.

Y diciendo y haciendo, estampó un sonoro beso sobre las mejillas de su víctima, al cual contestó esta con un grito de vergüenza y de dolor.

Rodrigo pudo percibir estas palabras, y tirando de la espada lanzóse hácia la puerta, y de un solo tajo, tendió á sus piés al forzador de la jóven.

—Nada temais,—dijo á esta que pálida de terror se habia refugiado en el fondo del portal.

—Venid, señor, venid,—contesto la jóven;—venid y salvad á mi padre y á Ismael.

Y así diciendo, guió al caballero por una estrecha escalerilla de caracol que terminaba en el torreon de que hicimos mencion anteriormente.

Un espectáculo repugnante se ofreció á su vista.

El viejo Habakuc, con el semblante cadavérico, horriblemente dilatados sus ojos y temblando como un azogado, estaba en medio de cuatro soldados que le pinchaban en la planta de los piés con las puntas de sus espadas, diciéndole al mismo tiempo.

—Habla, ¡viejo del diablo! ¿dónde guardas tu oro?

—Por el Dios de Israel os juro que no tengo más que lo que os he entregado. Mi hija y yo nos vamos á quedar reducidos á la miseria; tened piedad de mí.

—Ya conocemos tus mañas, ya sabemos que en esas vasijas de cristal haces oro siempre que quieres.

—Responde pronto, ó juro por mi nombre que voy á introducirte entre cuero y carne la punta de mi espada.

—¡Ay! ¡ay!—gritaba el judío al sentir la realizacion de aquella amenaza.—El Dios de Jacob venga en mi ayuda.

En este momento apareció Rodrigo siguiendo á la jóven.

—¡Atrás miserables!—gritó con voz de trueno el caballero.

Y cayendo sobre el que tenia más cerca, antes que tuviera tiempo de defenderse, lo tendió á sus piés de una estocada.

Apenas los otros tres reconocieron al antagonista con



—Atrás, miserables,—gritó con voz de trueno el caballero.

quien tenian que habérselas, abandonaron al judío y se precipitaron hácia la puerta de la calle, no sin que recibieran antes de llegar á ella algunos pinchazos del inesperado salvador de Habakuc.

Aquellos soldados habian penetrado en la casa del judío, bajo el pretexto de que les dijera su horóscopo, y una vez dentro, habian maniatado al esclavo del judío, obligando á este á que les entregara el dinero que tenia.

El judío codicioso y avaro como todos los de su raza, se negó hasta el último momento, y entonces les dió un miserable puñado de monedas de cobre, con lo que escitó doblemente la cólera de los soldados.

Rodrigo tranquilizó al anciano, desató al esclavo y su mirada fué á fijarse finalmente sobre la hija del hebreo.

III.

Al encontrarse con la mirada de esta, el caballero que se habia lanzado más de cien veces en lo más récio de los combates, sin contar el número de sus enemigos, que habia arrostrado la muerte más de cien veces sin temblar ni palidecer, bajó los ojos como si hubiera recibido un choque deslumbrador, y palideció de una manera intensa.

Esther, que así se llamaba la hebrea, poseía esa be-

lleza típica de la raza desheredada, belleza cuyo conjunto fascina y enamora, subyuga y enloquece.

En sus negros ojos se adivinaba la pasion que no habia despertado todavía, y en la acentuacion de sus facciones, la energía, la resolucion y la fuerza de voluntad más indomable.

La hebrea posaba sobre el caballero una mirada insistente y tenáz, cuya expresion verdadera no era muy fácil comprender.

Rodrigo estaba acostumbrado á los amores fáciles de su vida de soldado.

Principiaba á adivinar que existia un amor distinto del que hasta entonces sintiese, pero sin poder definirle.

Esther se hallaba en esa edad de transicion en que la niña se convierte en mujer, y en que á sus juegos de la infancia suceden las sensaciones de la adolescencia.

Rodrigo era gallardo y atrevido.

Esther era hermosa, y estaba agradecida al servicio que el caballero la prestara.

Puestos en estas condiciones, fácil es adivinar el resultado.

Rodrigo habló de amores á Esther, y Esther, dejó reflejar en sus ojos lo que pasaba en su corazon.

Despertadas de repente las pasiones de la hebrea, concentró su vida en el amor de aquel hombre.

Cuando se la ocurría, que era muy raras veces, que él pudiese olvidarla, fruncíanse sus cejas; contraíanse sus facciones, y con voz sorda murmuraba:

—Me vengaría de él.

Y sucedió lo que ella no creía.

Ismael, el esclavo del judío Habakuc habia sorprendido la primera mirada cambiada entre Rodrigo y Esther, y mientras el caballero palideció de emocion, él palideció de celos.

Corazon astuto y cobarde, sensual y ambicioso, ahogaba dentro de sí las impresiones que recibia, sin dejar que su rostro le hiciese traicion.

Desde aquella noche espió á los dos jóvenes.

Y sorprendió su amor y dotado de una vista perspicaz y conocedora, adivinó que no tardaría mucho Esther en llorar el abandono de Rodrigo.

Al adquirir esta certeza, una sonrisa de satisfaccion vagó por sus delgados lábios.

Y cuando llegó el dia que Rodrigo escaseó sus visitas á la mezquina casa del judío, cuando escuchó los reproches de Esther y se convenció de que el caballero abandonaba la casa para no volver jamás, entonces se restregó las manos lleno de satisfaccion murmurando.

—Ya es mia.

Pero Esther ahogó dentro de su pecho sus celos y su desesperacion.

Ni una lágrima brotó de sus ojos, ni el judío tuvo el placer de encontrar la pena ó el despecho en su semblante.

IV.

Pasaron los dias y murió Habakuc.

Pocas horas despues de su muerte, Ismael dijo á la jóven.

—Esther, á la misma hora que tu padre espiraba, tu amante Rodrigo daba su mano á doña Margarita de Borbon.

La hebrea fijó una mirada indescribible en el esclavo y le preguntó.

—¿Es cierto lo que me dices?

—Te lo juro por la memoria de tu padre.

—Está bien.

—Hoy te quedas sola,—continuó el judío acreciendo la solemnidad de su acento,—hoy tienes que llorar á tu padre muerto, y vengar tu corazon vilmente engañado. Mi corazon te pertenece como el espacio á las aves; necesitas un brazo y aquí tienes el mio. Te amo, mándame que hiera, y tu esclavo herirá sin vacilar.

Esther volvió á fijar su mirada poderosa en el semblante de Ismael y le dijo al cabo de algunos segundos:

—Acepto tu brazo: desde hoy no eres mi esclavo, serás mi hermano.

Dos dias despues, Ismael y Esther desaparecieron de la mezquina casa que habitaban.

La noticia dada por el esclavo á la hebrea, respecto al casamiento de Rodrigo, era sobradamente cierta.

Ya hemos dicho en otro lugar, que el monarca francés, deseando dar una nueva prueba de su afecto al jóven caballero, le habia dado por esposa á una dama enlazada con la familia real.

Era demasiado favor el que al jóven se le hacia, para que lo rechazase sin un motivo justificado.

Margarita era un tesoro de bondad y de belleza.

Rodrigo creyó ser completamente feliz con el amor, y efectivamente lo fué.

La pasion que la hebrea le habia inspirado, no fué más que un deseo, fuegos fátuos que nos seducen en la juventud, y que se olvidan con la misma facilidad con que se sienten.

Durante algun tiempo, Rodrigo no supo nada de Esther, aunque debemos decir en su obsequio, que tampoco hizo grandes diligencias para conseguirlo.

V.

Pocos meses llevaba de matrimonio, cuando un dia recibió un pergamino concebido en estos términos:

«Rodrigo: el que paga amor con desvío, debe encontrarse tarde ó temprano el dolor que él mismo ha provocado.

»Hiciste sentir amor y hoy te acecha la venganza.

»El halcon no pierde de vista al neblí, y, ¡ay de él, el dia en que abandone su nido.

»Fuiste traidor: debes sufrir el suplicio de los traidores.

»El amor correspondido, se sacrifica por el objeto amado.

»El amor desdeñado, se venga del objeto que le desprecia.»

Inmutóse algun tanto el caballero al leer estos renglones; pero esta impresion fué puramente pasajera.

Sin embargo, Ferrando, antiguo escudero de su padre y compañero y guarda incorruptible del jóven, al referirle éste la extraña misiva, meneó la cabeza en señal de disgusto y murmuró:

—Andando una mujer en el asunto, debemos andar con gran precaucion. Placiérame más habérmelas con un centenar de ingleses, que con una de esas mujeres que son la peor alimaña que hay en el mundo.

—Segun tú, crees que hay motivo de temor.

—Y muy grande.

—¡Bah! ¿quién hace caso del despecho de una mujer?

—Quien tiene la experiencia que yo, y ha visto lo que yo he visto.

—No tengas miedo, Ferrando.

Y el caballero continuó tranquilo, mientras el escudero redoblaba sus precauciones respecto á su jóven señor.

Pero estas no sirvieron de nada.

Pocos dias despues, Margarita de Borbon falleció casi de repente, sin que los médicos pudieran designar de una manera positiva la causa de su muerte.

Tan luego como esta se verificó, el escudero murmuró al oido de Rodrigo:

—Hé ahí las consecuencias del anónimo.

Una terrible sospecha cruzó entonces por la imaginacion del caballero.

Púsose á buscar con un ardor extraordinario á Esther; pero todo fué en vano.

La judía habia desaparecido ignorándose su paradero.

Estando fuera, imposible era que hubiese cometido aquel crímen.

Por lo tanto, tranquilizóse respecto á este incidente, y sin guerras en Francia, á la sazon, y sin el amor de una mujer que le sujetase en aquel país, decidió regresar á Castilla, donde jamás habia estado, y donde le llamaba su afecto y su deber.

VI.

Trascurrió algun tiempo, y de la misma manera misteriosa que la primera vez, recibió otro pergamino, cuyo lacónico contenido era el siguiente:

«La venganza sigue velando contra tí.

»Pagaste amor con olvido, y el amor desdeñado no perdona jamás.»

Despreció esta nueva amenaza, y pocos dias despues, acompañado de varios caballeros franceses, salió á cazar por los extensos dominios de uno de ellos.

La cacería era de volatería, y segun las costumbres de la época, debia hacerse con halcones y azores amaestrados.

De repente un venablo, lanzado sin duda por un brazo bastante diestro, pasó rozando por la frente de Rodrigo.

Semejante incidente llamó la atencion de cuantos lo presenciaron, y aunque por el momento se trató de averiguar quién fué el atrevido, nada se encontró en el bosque, conjeturándose que quizás algun cazador furtivo habia tratado de vengarse de los señores que tan encarnecidamente los perseguian.

Rodrigo creyó lo que los demás, y únicamente Ferrando murmuró:

—Apostaria cualquier cosa á que la autora de ese anónimo, ha sido quien ha lanzado ese venablo.

Pero Rodrigo, incrédulo siempre, desdeñó cierta clase de precauciones que le recomendaba el escudero, viéndose este obligado, á pesar de sus años y de sus fatigas, á ejercer respecto al jóven la vigilancia más escrupulosa.

VII.

Por este tiempo llegaron á Francia noticias del triste estado en que Castilla se hallaba, y Rodrigo no vaciló más.

Su lealtad le llamaba al lado de su legítimo soberano, y decidió, segun ya hemos visto, pasar á ofrecerle su brazo y su mesnada.

Ya hemos visto su llegada á la corte y su encuentro inesperado con Esther.

Al volverla á ver al cabo de tantos años, presentóse confuso en su imaginacion el recuerdo de su muerta esposa, y de que aquí nació su primer movimiento de cólera.

Mas una vez en su casa, los encantos de la hebrea se ofrecieron de una manera seductora á su pensamiento, é incomodóse consigo mismo ante lo infundado de sus primeras sospechas.

La judía habia adelantado poderosamente.

Cuando Rodrigo la conoció en París, no era más que el boceto aunque rico, espléndido y voluptuoso, de un cuadro que anunciaba ser más espléndido y magnífico.

Al verla en Valladolid, el cuadro se habia desarrollado; habia aumentado sus encantos, y era terriblemente deslumbradora.

La aparicion del alcázar, despertó un recuerdo.

El recuerdo estaba lleno de voluptuosidad y de placer, y Rodrigo, hombre como todos, en el momento en que se vió frente á frente de aquella mujer que emanaba de sí un perfume de seduccion irresistible, cedió y volvió á encontrar en doña Beatriz de Villanueva á la seductora y enamorada Esther.

Pero de la misma manera que algunos años antes habia equivocado en París el amor con la pasion, se equivocó en Valladolid.

Quince dias despues de aquel en que tuvo su primera entrevista con la dama, principió á entibiarse su amor, y sus visitas fueron ménos frecuentes.

Es verdad que de ello tuvo mucha culpa el incidente que vamos á referir.

CAPITULO VII.

Donde se ve que cuando ménos se piensa, puede encontrar un caballero, espada, amigo y mujer.

I.

La corte castellana, en la época que vamos hablando, no era otra cosa, y permítasenos esta frase, que un foco de corrupcion, donde las intrigas políticas lo envolvian todo, donde el amor no era más que un cálculo, la deshonra un medio, y donde la relajacion, tanto en la alta como en la baja clase, habia tomado proporciones verdaderamente alarmantes.

Rodrigo, como todos los caballeros de su época, era valiente hasta la temeridad y galanteador por costumbre.

Aficionado á las aventuras, y ofreciéndole la corte castellana ancho campo para ello, apenas el toque de la queda resonaba en la poblacion, envuelto en su capa

y convencido de que su espada y su puñal jugaban perfectamente en sus vainas de cuero, abandonaba su palacio, bien para entrar misteriosamente en la casa de doña Beatriz, bien para recorrer las calles de la poblacion.

En una de estas noches, habia corrido varias calles sin ver otra cosa que algunos bultos que se deslizaban silenciosamente, arrimados á los sombríos tapiales de las casas, cuando le pareció percibir el choque de algunos aceros en el extremo de una calle en que acababa de penetrar.

Ignorando la causa de aquel combate, y resuelto sin embargo, á ponerse de parte del más débil, lanzóse en la direccion que se percibia el ruido, y á la luz de un mezquino farol que ardia delante de un nicho donde habia una imágen, pudo ver un caballero que se defendia trabajosamente de cuatro rufianes que le atacaban con furor.

El combate era silencioso y terrible.

Ni una palabra se exhalaba de los lábios de los cinco combatientes.

Rodrigo tiró de su espada y gritó con voz poderosa:

—Animo, caballero; ahora vereis qué buena cuenta damos de esos bergantes.

Y diciendo y haciendo arrojóse sobre ellos.

II.

Pocos momentos despues, dos habian caido á tierra, y los dos restantes huian precipitadamente.

Entonces el caballero á quien habia socorrido Rodrigo, dejó caer el embozo que cubria su semblante, y le dijo:

—Gracias, don Rodrigo; os debo la vida, porque sin vos ignoro lo que hubieran hecho de ella esos bribones.

—El condestable,—exclamó nuestro amigo reconociendo á don Alvaro de Luna.

—Justamente, el condestable á quien aborrece esa nobleza turbulenta y ambiciosa, y de quien quiere deshacerse á todo trance, sean los que fueren los medios que hayan de emplear.

—¿Pero sospechais que la nobleza tenga parte en este crímen?—preguntó Rodrigo, á quien repugnaba creer semejante bajeza.

—Ahora os convencereis.

Y aproximándose al nicho en que estaba el farol, le descolgó sin respeto alguno, y le aproximó á uno de los muertos.

—¿Reconoceis este blason?—preguntó á Rodrigo indicándole el que se veia sobre la vesta del muerto.

—¿El de don Juan Pacheco?

—Justamente. El del favorito del príncipe don Enrique. Ved ahora este otro.

Y el farol fué á alumbrar el del segundo cadáver.

—El conde de Plasencia,—dijo Rodrigo.

—E indudablemente los otros dos que han huido serian servidores del rey de Navarra, del infante don Enrique ó del conde de Haro.

Desengañáos, don Rodrigo, la nobleza de Castilla aspira á mi puesto, y todos los medios para separarme de él los cree buenos y justos.

—Pero es que esa nobleza mancha sus cuarteles de una manera indigna.

—Cuando lleveis un año entre ella, si es que el contagio no se ha apoderado tambien de vos, podreis decirlo con más razon.

—¡Contagiarme para cometer infamias! nunca.

—Ruegoos que no hableis á nadie de este incidente. Esta clase de crímenes, deben mejor sepultarse en el olvido que no lanzarse á la luz del dia.

—Os lo prometo.

—En ese caso, repitiéndoos de nuevo las gracias por vuestra accion, regresaré á mi casa, en cuya marcha me han interrumpido esos miserables.

—Permitidme que os sirva de guarda hasta ella.

—Como gusteis.

Y los dos caballeros, envolviéndose en sus capas, se dirigieron hácia la habitacion del condestable.

III.

Durante algunos segundos, no se cruzó palabra alguna entre ellos.

El condestable parecia profundamente pensativo, y Rodrigo respetaba su meditacion.

De repente alzó don Alvaro la cabeza y exclamó.

Esas gentes que han visto la importancia que tenian para luchar conmigo, que han visto de cuan poco les ha servido el tratado de Castro Nuño, quieren concluir de una vez quitándome la vida. Sea en buen hora, acepto la lucha aunque tengo la conviccion de que tarde ó temprano sucumbiré.

—¡Qué decís!—exclamó Rodrigo.

—La verdad caballero. Conozco el carácter del rey, y conozco tambien la clase de gente que me rodea. Hoy lo único que me duele, es haber desconocido el siglo en que vivia. Me tachan de ambicioso y tienen razon. He tenido la ambicion de hacer de Castilla uno de los reinos más florecientes. Yo, niño todavía y de posicion humilde cuando entré en la cámara del rey, miraba á mi alrededor, y solo veia nobles que se enriquecian con la sangre de los pueblos, nobles que bramaban desvergonzadamente en presencia del mismo, y pequeños reyezuelos cuya fuerza era mayor que la del legítimo soberano. Yo quise cortar de raiz el mal, quise encerrar á

esa nobleza dentro del círculo del poder real, quise que esos esfuerzos gastados en sus discordias civiles se reuniesen para ensanchar las fronteras castellanas, y ya lo veis, nada he podido conseguir. Ahogo una conspiracion y brota mañana otra nueva, un solo momento que me separe del monarca me pierde, y sin embargo, don Rodrigo, os lo juro por mi fé de caballero, no he tenido otro deseo, no he conocido mas ambicion que la de engrandecer á mi país á quien esa nobleza turbulenta veja y empequeñece. Me acusan de ambicion, me acusan de avaricia, y es una acusacion injusta. He tenido que adquirir señoríos, he tenido que gastar muchos cientos de maravedises, porque he necesitado recompensar á los que me servian, porque tengo que costear lanzas que me defiendan en la lucha, porque el dia que yo desaparezca del lado del monarca, Castilla se convertirá en patrimonio de esos buitres blasonados que la despedazarán á su capricho. Ya lo conoce el mismo rey tambien, y ya lo conocen algunos de esos mismos que me hacen la guerra cuando de los dos destierros á que me han conducido me han sacado ellos mismos. ¡Oh! pero esto es una lucha cruel, es una lucha insostenible porque las fuerzas se abaten y el espíritu vacila.

—Y que haceis que no cortais de raiz el mal,—exclamó Rodrigo impetuosamente.

—¿Y de qué modo?—preguntó el condestable sonriendo con tristeza.

—Hiriendo á esa nobleza en el corazon; cogiendo á

sus principales caudillos y haciéndoles sufrir la pena de los traidores.

—Imposible caballero, imposible. ¿Creeis que se puede hacer sufrir esa pena al rey de Navarra, al infante don Enrique, á la reina de Castilla y al hijo del monarca? ¿Creeis que puedo hacer sufrir esa pena al conde de Haro, al de Medinaceli, al de Benavente y al almirante que representan las primeras casas de la nobleza castellana? ¿Creeis que puedo hacerla sufrir á esa multitud de personajes enriquecidos por mí, elevados desde el polvo de la nada, como ese don Juan Pacheco á quien yo hice entrar en la cámara del príncipe, á quien yo he elevado poco á poco y que hoy es uno de mis más encarnizados enemigos? ¿Creeis que puedo castigar á esa desventurada princesa doña Blanca que traje de Navarra para enlazarla con el príncipe, creyendo que su pureza, que su virtud y que su candor serian bastantes á dulcificar la intemperancia de costumbres y la mala fé de ese niño que más tarde será árbitro de estos reinos, y que se ha encontrado unida á un hombre que la hace desgraciada, que la desprecia y que me aborrece porque ve en mí la causa de su desesperacion? Imposible, caballero. Hay existencias á quienes una fatalidad incontrastable persigue sin descanso, y la mia es una de ellas. Lucharé mientras pueda; pero recurrir al medio que me indicais, es imposible.

IV.

Calló don Rodrigo comprendiendo la justicia de aquellas razones. Al entrar en Castilla odiaba al condestable porque le creia de buena fé, uno de esos favoritos venales y corrompidos que se aprovechan del favor del monarca para vejar á los pueblos que debian proteger.

Mas desde el momento en que pudo apreciar debidamente á la nobleza castellana, desde que conoció á don Alvaro y pudo aquilatar con toda verdad las cualidades que le adornaban y la situacion escepcional en que se hallaba colocado, varió por completo de opinion y se puso decididamente á su lado.

Compadecíale el infortunio de aquel hombre, en vez de envidiarle la suerte de que parecia disfrutar.

Veia la lucha que estaba sosteniendo, y adivinaba que don Alvaro tenia razon, que tarde ó temprano sucumbiria en ella.

Así fué, que silencioso y preocupado caminaba al lado del favorito, y llegó á su casa sin que entre ellos se cambiase otra palabra.

Rodrigo trató de separarse de don Alvaro; pero este le dijo:

—Dispensadme, caballero, quisiera demandaros una gracia.

—Celebro que se me presente esta ocasion para complaceros. Decid.

—Quisiera presentaros al conde de Fuente de Cantos. Dos corazones leales y generosos como los vuestros deben simpatizar en el momento.

—Hónrame lo que vos hagais, y podeis disponer de mí.

El condestable penetró en su casa, y Rodrigo fué siguiéndole, atravesando varias cámaras hasta llegar á la en que estaba el conde de Fuente de Cantos conversando con el contador Alonso Perez de Vivero.

—Precisamente en este momento nos estábamos ocupando de vos, dijo el conde al ver á don Alvaro.

—¡De mí!

—Impacientábanos vuestra tardanza, y ya estábamos decididos á salir á vuestro encuentro, añadió Alonso Perez.

—Gracias podeis darle á Dios y á este caballero por encontrarme sano y dispuesto á vencer de nuevo á mis enemigos.

Y el condestable, al decir estas palabras, señaló á Rodrigo, que repuso con modestia:

—Yo no merezco gracias. El puñal de una docena de asesinos no vale á veces lo que la espada de un caballero; eso es lo que nos ha dado la victoria. Eramos dos, y ellos cinco, por cuya razon el éxito no ha sido dudoso.

—Pero sin vuestro auxilio...

—Ya me los entregábais rendidos.

—Es inútil que trateis de eclipsar vuestra hazaña: yo no la olvido ni estos caballeros, amigos mios verdaderos, no la olvidarán tampoco, y como quiero que mis leales compañeros se conozcan y se aprecien, conde de Fuente de Cantos, y vos, don Alonso Perez de Vivero, dad vuestra mano á don Rodrigo Perez de Vargas.

Los tres caballeros por un movimiento expontaneo unieron sus diestras y Rodrigo repuso:

—Duéleme que de la misma manera que nosotros nos unimos en este momento, no lo hagan todos los caballeros de Castilla, y den al olvido sus rencores y sus animosidades.

—Otra fuera la suerte de estos reinos si así se hiciera.

—Y quien sabe si podrá suceder algun dia.

—Muy lejano está amigo mio,—repuso con tristeza el condestable.—Para eso seria necesario que el rey fuese un rey verdadero, un rey de energía, que no tuviera favoritos y que rigiese el reino con tanta firmeza como acierto. Hoy no puede ser. Ya conoceis á don Juan II, y su hijo don Enrique será mucho peor que él.

—Triste porvenir aguarda entonces á este desventurado país.

—Muy triste, teneis razon,—dijo el conde de Fuente de Cantos.

—¿Que noticias habeis adquirido de los condes de Haro y Benavente?

—Que están desesperados por la inutilidad de todos

sus esfuerzos, que siguen conspirando y que los Zúñigas por fin se han unido á ellos.

—¡Oh! esos Zúñigas siempre han de ser los mismos: siempre ambiciosos é inconsecuentes. Está bien; retiraos don Fernan Gomez, prosiguió el condestable dirigiéndose al de Fuente de Cantos. Harto habeis trabajado en estos dias por mi causa y....

—No hice más que cumplir con mi deber lo mismo que Periañez, Villamizar y Vivero. Todos estamos ligagados á vos con los vínculos del mas sincero afecto, y lo único que nos duele, es ver lo infructuoso de nuestros afanes.

—Desde hoy paréceme escusado deciros que cuando os hagan falta un buen centenar de lanzas y una espada leal, conteis con las mias, repuso Rodrigo.

—Os agradezco la oferta, y quiera Dios que no tenga que utilizarla, más pronto de lo que creeis.

—En cualquier ocasion y de cualquier modo son vuestras. Ahora don Alvaro, descansad que necesidad teneis de reposo.

—Id con dios y vos tambien Fernan, Vivero se quedará para despachar algunos asuntos de interés.

Pocos momentos despues, el conde de Fuente de Cantos y Rodrigo salian de casa del condestable.

CAPITULO VIII.

Seguimos tratando del mismo asunto.

I.

Don Alvar Gomez, conde de Fuente de Cantos y señor de Arlanza, era uno de los más simpáticos y apuestos caballeros de la corte de don Juan II.

Amigo y partidario su padre, de don Alvaro de Luna, el hijo se unió al favorito con una de esas amistades francas y desinteresadas, de las cuales daba muy pocos ejemplos aquella época de apostasías y de ambiciones.

Ninguna merced, ningun aumento en sus títulos y dignidades aceptó jamás el conde, único medio segun él decia, de que se conservase pura y digna su amistad.

Incorruptible y pundonoroso, habíanse disputado mas de una vez su adquisicion los bandos que ensangrentaban el reino, pero todo era en vano.

Ocupábase solo en sus galanteos y en servir á don Alvaro, y tanto por los unos como por el otro, habia tenido más de un lance en el cual su generosidad habia corrido parejas con su valor.

Mas de una vez habia dejado flotar al aire su pendon, y al frente de una corta hueste de valientes, se habia metido por tierra de moros, cuando las treguas se rompian, y siempre habia vuelto con un riquísimo botin y con un gran número de laureles.

—Ni era altanero como la generalidad de sus compañeros, ni tan corrompido como la mayor parte de los caballeros de su tiempo.

—Franco y generoso, gallardo y audáz, jóven y galanteador, viósele en una época en que de público se decia que se iba á casar con la hermosa doña Mencía de Padilla, sobrina de don Iñigo Hurtado de Mendoza; permanecer impasible, ante el casamiento de esta con Hernando Carrillo capitan de la guardia morisca, y aún, aún, lanzarse con frenética alegría á los placeres, sin demostrar sentimiento alguno, lo que probaba que el corazon del conde no era capáz de sentir un verdadero amor.

—Sin embargo, si alguno de aquellos cortesanos ambiciosos y turbulentos, hubiese fijado su mirada escrutadora en el conde como lo hizo el bachiller Cibdadreal, de fijo habrian comprendido que la alegría del conde era ficticia, y que más bien buscaba los placeres, para ver si en ellos se aturdia, que no por verdadera pasion.

—Pero nadie tenia el talento ni el espíritu observador del médico del rey, y por lo tanto se juzgaba del conde por las apariencias que ofrecia.

Conociendo como ya nos es conocido el carácter de Rodrigo, fácil es de comprender que no tardaria mucho en establecerse entre ambos esa primera simpatía, base de toda amistad profunda y duradera.

II.

—Apenas salieron á la calle dijo el de Fuente de Cantos:

—¿Sería indiscrecion preguntaros adonde os dirigís?

—Ya sabeis que sois muy dueño de hacerlo. He salido de mi posada al acaso. Hace algunos dias que estoy en Valladolid y me gustan las aventuras.

—Y sois feliz en ellas, contestó con acento intencionado el conde.

—Ignoro qué motivo tengais para hacer semejante suposicion.

—No lo es.

—¡Cómo! ¿Afirmais?...

—Lo que afirma toda la corte.

—¿Qué quereis decir?

—Hace poco que habeis llegado segun antes digisteis, y sin embargo, lo dama mas altiva de la corte, la que

hasta ahora ha causado la desesperacion de todos nuestros caballeros, ha dejado caer toda su altivez y su desden al veros.

—¡Señor conde!

—Así se dice amigo mio, así se dice.

—¿Y el nombre de esa dama?

—Harto mejor que yo debeis saberlo.

—Sin embargo...

—Doña Beatriz de Villanueva dicen que está perdida de amores por vos.

—Murmuraciones de corte.

—Pero murmuraciones que aseguran que penetrais á altas horas de la noche, por puertas que solo se abren para amantes, ó para conspiradores.

—Se habrán equivocado los que así murmuran. Es doña Beatriz mucha dama para consentir que así se comente su honra.

—En ese caso, conspirais con ella.

—¡Conspirar!

—Doña Beatriz es una de las damas que más conspiran en la corte, y cuidado que las hay famosas. Ahí teneis á las condesas de Benavente y Rivadeo, y á doña Mencía de Padilla, que son verdaderamente temibles respecto á ese punto; pues sin embargo, doña Beatriz deja atrás á todas.

—¿Y sospechais que yo conspiro?

—O enamorais. Una de dos.

—Pues estais en un error.

—Muchos debemos estarlo, porque esta es la voz pública en la corte.

—He conocido á doña Beatriz en París hace algun tiempo, y natural era que al llegar á Valladolid reanudase nuestras antiguas relaciones.

—Desplaciérame que os ofendiérais por lo que acabo de decir.

—Puedo aseguraros que lo que verdaderamente me duele, es el juicio desfavorable que respecto á esa dama se forma por su condescendencia en haberme recibido en horas quizás no acostumbradas.

Don Fernan Gomez, no contestó.

Comprendia la delicadeza de Rodrigo, y queria aparentar que le creia.

Y decimos que queria aparentarlo, porque no era fácil hacerle creer de veras que las visitas nocturnas hechas á doña Beatriz durante las altas horas de la noche, eran completamente desinteresadas.

Las visitas de pura amistad, se hacian de dia y sin recato alguno.

Pero cuando se entra y se sale por puertas excusadas, cuando esto se hace entre las sombras de la noche, y cuando á través de la entreabierta puertecilla se distingue la confusa silueta de una mujer que con voz temblorosa dice: —«Hasta mañana», —no es posible dudar.

Y estas palabras, y esta silueta, y estas salidas, habian sido observadas por varios caballeros que tenian

interés en averiguar algo de la vida de la hebrea, y circulaba de boca en boca.

III.

El conde de Fuente de Cantos habia sido uno de estos observadores; pero debemos decir en su obsequio, que no habia sacado partido de su certeza para criticar ni á la dama ni al caballero.

Rodrigo tenia una delicadeza exagerada, si así podemos calificarla.

No podia quejarse dama alguna de las que le habian favorecido, de que hiciera traicion á su confianza.

Ni jamás habia revelado los favores propios, ni habia criticado los ajenos.

Por lo tanto, y conociendo su prudencia, se habia visto más favorecido que la generalidad.

Porque las mujeres, por regla general, prefieren al hombre callado, y que sabe respetarlas, á aquel que hace alarde de los obsequios que recibe.

El conde de Fuente de Cantos puesto al nivel, por decirlo así, del carácter de su nuevo amigo, respetó su carácter y se dió por satisfecho con lo que le decia.

Así fué, que desviando la conversacion de la senda sobre que resbalaba, dijo al cabo de breves segundos:

—¿Y decís que habeis salido en busca de aventuras?

—Sí. No tenia objeto alguno. Además, como no he

encontrado en la córte más que semblantes astutos y rebeldes, que parecian tan solo esperar una ocasion favorable para hablarme de sus conspiraciones y rebeldías, ni he podido intimar relaciones con nadie, ni he podido gozar de cuanto la córte castellana encierra en su seno.

—Pues para eso puedoos servir de mucho,—contestó alegremente don Fernan,—no queda mechinal que no conozca, ni aventura donde yo no juegue algun papel. Odio á los conspiradores por conviccion, pues sé que nada pueden hacer bueno, por cuya razon me rio de ellos. Mi vida no es otra cosa que una série de placeres segun dicen cuantos me conocen, y yo no quiero tomarme la molestia de desmentirlos. Por lo tanto, seguidme, caballero, seguidme, y vamos en busca de una aventura.

El acento del conde, al pronunciar estas palabras, hubiera engañado tambien á la mayoría de los cortesanos de don Juan II; pero no así al bachiller, el cual habria exclamado:

—Este hombre encierra una herida horrible en el alma.

Rodrigo, sin ser bachiller, habia adquirido escuchando á la multitud de personas que lo habia hecho durante su larga carrera de aventuras, tanto en los campos de batalla, como en la córte, cierta experiencia que le hacia comprender más que la generalidad.

Así fué, que en la loca alegría y en la volubilidad de su amigo, creyó entrever más bien el roedor desespe-

rado de un dolor inmenso, que el olvido y el abandono del placer.

Pero prudente siempre, no quiso precipitar los acontecimientos, esperando que más adelante podria conocer más á fondo el corazon de su amigo.

—Busquemos, y por mi ánima os juro, que buena ó mala la aventura que se nos presente, no he de dejarla sin darla feliz terminacion.

Esta contestacion de Rodrigo, dada con cierto acento de forzada alegría á fin de ponerla á la altura de las palabras de su amigo, dió por resultado sostener la conversacion en un tono de locura, si se nos permite esta frase, violenta hasta cierto punto, pero que estaba en completa consonancia con su edad y con el objeto que se proponian.

Anduvieron un buen espacio cruzando calles y callejuelas sin encontrar más que algunos galanes departiendo con sus damas, lo que hizo decir á nuestro amigo:

—Por mi nombre que para esto no valia la pena de que dos hidalgos se molestasen en recorrer las calles de la córte.

—¿Quereis venir á visitar los mechinales y las mancebias del Campo Grande?—preguntó Fernan.

—Me repugna descender hasta ese terreno.

—Como querais. A mí tampoco me agrada mucho ver á esas desgraciadas que se revuelcan entre el fango á que las condenan los bandos y las disposiciones del

rey, ni entrar en conversacion con los bandidos y rufianes que habitan en aquellas zahurdas; pero cuando en la ciudad no encontramos nada que nos satisfaga, necesario es ir á buscarlo en los arrabales.

—Busquemos aún por la ciudad.

—Como querais.

Y los dos amigos diéronse nuevamente á correr por las calles, cuando de repente percibieron á lo lejos el resplandor de algunas luces que hácia ellos se aproximaban.

—¡Por mi ánima! que ya creo hemos encontrado lo que deseábamos.

—Escuderos con hachones y una litera conducida por dos jayanes; ¡magnífico! O esto es alguna treta de conspiracion, ó alguna dama aventurera, en uno ó en otro caso, sea cuestion de espada ó cuestion de amores, ya hemos encontrado con qué entretenernos.

IV.

En tanto que hablaba el de Fuente de Cantos, aproximábase el cortejo á que se referia.

Componíanle dos pajes con antorchas, delante de los cuales, y á guisa de descubierta, marchaban dos escuderos con la espada desnuda.

Detras una litera conducida por dos jayanes y otros dos escuderos cerrando la marcha.

Nuestros amigos se detuvieron en medio de la calle, y al verlos los dos escuderos exclamaron:

—Dejad el paso franco, quien quiera que seais.

—Sobradamente altanero es el lenguaje para que hagan caso de él don Rodrigo Nuñez Osorio y el conde de Fuente de Cantos,—contestó este sin moverse.

—Señor conde,—repuso uno de los escuderos con acento más respetuoso,—suplícoos que nos dejeis el paso franco.

—No será sino decís á quién perteneceis,—dijo Rodrigo.

—Perdonad; pero no os importa.

—En ese caso no pasareis,—contestó Fernan.

—Señor conde, por última vez.

—Señor escudero, es inútil cuanto digais.

Iban ya los escuderos á lanzarse sobre nuestros dos imprudentes amigos, cuando asomando una linda cabeza por la portezuela de la litera, con acento dulce y armonioso preguntó:

—¿Qué sucede, Fortun?

Rodrigo, que no apartaba sus ojos de la litera, escuchó el acento, aunque no vió la cabeza, y se apresuró á contestar con voz fuerte:

—Señora, mi noble amigo, el conde de Fuente de Cantos, y vuestro humilde servidor, desean ofreceros sus respetos y serviros de guarda hasta vuestra casa.

—Aproximáos, conde,—dijo la voz.

V.

Fernan y Rodrigo se acercaron á la litera, y á la luz de uno de los hachones que sostenia un paje, vió Rodrigo un peregrino semblante que le hizo palidecer, y mirárle con avidéz, mientras que el conde exclamaba:

—¡Vos á estas horas por las calles de Valladolid, doña Catalina! ¿Ignorais que los bandidos olfatean desde muy lejos la presa, y vos sois una y muy buena para ellos? Pláceme en gran manera haberos encontrado para serviros de guarda.

—Os agradezco la merced,—repuso la dama,—he tenido que salir á ver á mi tia de quien Cibdadreal dice que no hay esperanza, y como al amanecer ha de llegar mi hermano de Búrgos, no he querido que me encontrase fuera de nuestro palacio.

—Sobradamente ligera anduvisteis exponiéndoos así, y bendigo mi estrella que tan buena suerte me proporciona. ¿Qué decís á esto don Rodrigo?

—Que ibamos buscando aventuras y nos ha salido al encuentro la ventura misma.

Doña Catalina miró á Rodrigo, y tal expresion tendria la mirada de este, que la dama no pudo ménos de bajar la suya ruborizada, diciendo al escudero con acento un tanto turbado:

—Podemos continuar, adelante.

CAPITULO IX.

Un caballero poco escrupuloso, y una dama terriblemente comprometida.

I.

La dama á quien Rodrigo y su amigo acompañaron hasta su casa y que tal impresion causara al primero, era doña Catalina Lopez de Silva, hija del adelantado de Murcia, don Pero Lopez de Silva muerto años antes en una correría que hicieron los moros por aquellas fronteras.

Privada de su madre muy niña todavía, y alejada de su padre por el cargo que desempeñaba, viose confiada á manos extrañas, y obligada á amar á otras personas que no eran de su familia.

El adelantado tenia otro hijo llamado como él, y que tenia cuatro años más que Catalina, hijo que tuvo á su lado desde que pudo andar, y á quien educaba á la

manera ruda y bravía que caracterizaba á los nobles del siglo XV.

Catalina creció al lado de su nodriza, mujer de un antiguo escudero de su padre, y que profesaba á la hija de su señor un cariño ilimitado.

Pero á pesar que Beatriz, nombre que llevaba la nodriza, poseia esa ternura y sensibilidad solo concedida por la naturaleza á las mujeres, estaba lejos de poseer esa delicadeza especial, esa adivinacion instintiva por decirlo así, que caracteriza á las madres.

Respecto á sus hijos, Beatriz lo era como todas, sorprendia en la mirada el deseo, en su rostro el dolor, y en su acento la alegria; más respecto á Catalina, aunque la amaba mucho, no poseia esa segunda vista de la madre respecto al hijo.

Y sin embargo, no podia reprochársela por esto.

Cuidadosa y vigilante, cariñosa y honrada, cuidaba de su niña y la inculcaba las sencillas y buenas máximas que ella siempre habia profesado.

Queria á Catalina un punto ménos que á sus hijos, y mucho, muchísimo más que al otro hijo de su señor, muchacho robusto, záfio y orgulloso como él solo.

Mas sin embargo, este cariño no era el que necesitaba Catalina.

Su orfandad la hizo ser mujer antes de tiempo y pensar, y el cariño de Beatriz no podia prestar consuelo á aquella alma que tantos necesitaba; que no tenia palabras para explicar las sensaciones de su corazon,

que no podia llenar el vacío que habia en su alma, por la muerte de su madre, y el despego y frialdad de su padre.

II.

Si Catalina hubiera tenido una hermana, tal vez en ella habria encontrado el alivio que necesitaba, pero como en vez de esto, tenia un hermano cuyo placer consistia en matar los pajaritos que ella cuidaba, y en tronchar las flores que preferia, en vez de amarlo con todo el cariño de su alma, se estremecia involuntariamente en su presencia, y trémula y asustada procuraba evitar encontrarse con él.

Pero cuando su sufrimiento se hizo mas terrible, mas doloroso, fué á la muerte de su padre. Entonces empezó para ella la verdadera tiranía. Dotado, como ya hemos dicho antes, su hermano, de un carácter fuerte, irascible y voluntarioso, sacrificaba sin compasion á aquella pobre víctima, que no tenia ni fuerzas para oponerse, ni palabras para desarmar su cólera, ni una persona que la defendiera de los groseros modales de Pero Lopez. De ahí que esta alma tierna, reconcentrase todas sus afecciones deseando encontrar en una persona una mirada de cariño, una palabra de consuelo para entregarle en cambio, tesoros inmensos de adoracion, de lágrimas y de placer.

En este estado la sorprendieron los diez y seis años, esa edad en que el corazon se abre al amor, como las flores habren sus cálices á la brisa matinal; esa edad de las emociones desconocidas, esa edad no comprendida hoy en nuestra precoz generacion; en este estado, repetimos, sintió Catalina doblemente el vacío que habia en su pecho, echaba de ménos en su pasado el amor puro y grande de su madre, y en su presente no veia la realidad del fantasma que forjaba su imaginacion viva en su pensamiento, y hacia palpitar su corazon con extraordinaria rapidéz.

Y se reprochaba estos latidos como un crímen.

Creia que era un robo al cariño que debia profesar á su madre, y la desgraciada lloraba y pedia perdon á Dios de aquellos nuevos sentimientos.

Y cada vez el vacío se hacia mas sensible.

Mil veces estuvo tentada de pedir á su nodriza la explicacion de aquel misterio de la naturaleza.

Pero con ese tacto exquisito de las imaginaciones privilegiadas, comprendió que Beatriz no se lo podria decir, porque no la podria entender.

Y el fantasma iba creciendo más cada dia.

Y cada dia era mas seductor.

Y aunque procuraba buscar alguno que se le pareciese, en la sociedad de conspiradores que se reunia en casa de su hermano, no lo podia encontrar.

Y pasaban dias, y Catalina languidecia como las plantas privadas de aire.

Cuando una mañana, al abrirse las ventanas de su aposento, reparó en unos ojos que la miraban, como nunca lo habian hecho otros.

Y la pobre niña se ruborizó, sin atreverse á levantar los suyos.

—Pero cuando haciendo un poderoso esfuerzo, miró al que con tanta insistencia la miraba, comprendió que no era el tipo que en su imaginacion habia formado, que aquel hombre no correspondia al bello ideal de su pensamiento.

—Efectivamente, el personaje que la miraba, era el hermano de doña Beatriz, Diego de Villanueva, y este, aunque su fisonomía fuese agraciada, aunque sus facciones guardasen una perfecta armonía, guardaba en el foco de su mirada, algo de terrible y siniestro que causaba terror y repulsion á la par.

—La pobre niña, en vez de sentir simpatías hácia aquel hombre, que parecia contemplarla con cariño, le fué antipático y su corazon se oprimió como si presintiera algun peligro desconocido.

Desde entonces evitó asomarse al balcon.

Y el fantasma de su pensamiento cada vez más acariciador, la causaba un dolor inmenso y un placer infinito.

Placer, porque la halagaban sus miradas.

Dolor, porque no escuchaba su voz.

III.

En este estado, pasaban los dias.

—Pero Lopez se cuidaba muy poco de su hermana, ocupándose tan solo de conspiraciones y rebeldías.

—Ambicioso y turbulento; era contrario del condestable, porque le habia pedido el adelantamiento de Murcia, que su padre desempeñara, y aquel se lo habia negado.

Desde entonces fué su enemigo.

—Enérgico, tenáz é infatigable, siempre estaba recorriendo los castillos de sus parciales y la noche en que Catalina se encontró con Rodrigo y el conde, debia volver de una de estas espediciones.

Apenas la jóven entró en su cámara aquella noche, dejóse caer pensativa en uno de los sitiales.

—La imágen de Rodrigo correspondia precisamente á el ideal de su pensamiento.

—Sin saber por qué, sus ojos se llenaron de lágrimas y la sorprendió la llegada de su hermano sin haber podido conciliar el sueño.

—Refirióle el encuentro que habia tenido aquella noche, y él la prometió dar las gracias al caballero don Rodrigo Nuñez Osorio, pues en cuanto al conde, no se hablaban de resultas de las distintas parcialidades á que pertenecian.





— ¡Salid!

—Dos dias despues, y sentada en una cómoda banqueta de cuero, delante de una magnífica luna de acero pulimentada, la hermana de Pero Lopez, abandonaba negligentemente su cabeza y su cuerpo, en manos de tres traviesas y vivarachas doncellas, que bajo la severa inspeccion de una amojamada dueña, estaban encargadas de su tocado.

—Los rayos del sol que penetraban por las ovaladas ventanas del aposento, los suaves trinos de un ruiseñor que, aprisionado en una bellísima jaula, pendía del techo, las risas comprimidas de las juguetonas camareras, y el busto grotesco de la dueña que se habia dormido con el rosario en la diestra y la caja de polvo en la siniestra, bajo aquella atmósfera tibia y embalsamada con los mas suaves aromas, formaban el cuadro más bello que se puede formar la mente.

—Mas como nada en este mundo es duradero, la brusca aparicion del rebelde vasallo de don Juan, apagó las risas en los lábios de las doncellas, interrumpió el centésimo ronquido de la dueña, detuvo al ruiseñor en medio de sus cantos, y despertó á su hermana del éxtasis que la embriagaba.

Sentóse en un ancho sitial, no sin haber antes deshecho un juanete á la dueña, y asustado al ruiseñor con las plumas de su birrete, y con ademan imperativo, dijo dirigiéndose á las camareras y á la dueña:

—¡Salid!

IV.

—No fué necesario que repitiera la órden; al ver su gesto, mas bien que al oir sus palabras, todas abandonaron la estancia, quedando solos los dos hermanos.

Catalina temblaba instintivamente.

Su hermano plegaba el entrecejo.

La pobre niña temia la explosion de aquella nube.

Por fin Pero Lopez se mordió las puntas de su encrespado bigote y dijo:

—¿Sabeis señora, que se me hace un recibimiento bien extraño en vuestros aposentos?

La pobre Catalina no le contestó, porque no podia.

El acento, los modales y la presencia de su hermano, la aterraban.

Doblemente irritado este por su silencio, prosiguió:

—¿Perdísteis la palabra, señora? ¿Nada me contestais? ¿Acaso no soy digno de oir vuestra voz? ¡no parece sino que mi presencia os infunde espanto! Ya es tiempo de que cesen todas esas niñerías; soy vuestro hermano, y ni debo, ni quiero tolerar todos esos miedos ridículos que me ofenden.

—Pero si mi ánimo no es ofenderos,—contestó la jóven con los ojos bañados en lágrimas, que aumentaron la cólera del noble señor.

—Y ese llanto, ¿á qué viene ahora? Pues tened presente, que desde hoy en adelante habeis de presentaros en todas partes; recibir á todas las personas que me parezca conveniente, y alternar, en fin, con toda la nobleza castellana, como cumple á una dama de vuestro linaje.

A este final, que tan poco se adaptaba con la soledad y aislamiento en que hasta entonces se habia encontrado la jóven, no pudo ménos de estallar su dolor.

La sociedad del siglo XV, forrada de hierro, y siempre fraguando conspiraciones, no era la más á propósito para halagar á un alma tímida y agena á las ideas de poder y de orgullo, inherentes á las discordias civiles del reinado de don Juan II.

Sin duda Pero Lopez de Silva, no tuvo por conveniente hacer alto en la nueva explosion de su hermana, porque no entraría en sus miras exacerbadas, puesto que se contentó con estirarse furiosamente los bigotes, y dulcificando su acento cuanto pudo, la dijo:

—Vamos, Catalina, no llores, duéleme mirarte así. ¿Qué causa hallas en mí para temblar de ese modo? ¡qué diablo! tras de que quiero que te diviertas y que no estés tan retirada, ¿todavía te afliges?

—Y ya sabes tú que yo tambien te quiero; pero al oirte dar esas voces, al ver tu rostro descompuesto por la cólera, no soy dueña de reprimir un movimiento de espanto, que no dejo despues de reprocharme.

—Niñerías: tú, acostumbrada á tus doncellas y á tus

pajes, tan afeminados como niñas, te chocan mis ademanes de soldado y mis voces de batalla; pero eso se pasa y queda solo tu hermano que te ama, que quiere distraerte, y que en prueba de ello, ha convidado á comer al más gentil caballero de la córte, y cuya conquista es menester que hagas.

—¡Pero!...—murmuró la pobre niña, bajando los ojos ruborizada.

—¿Qué hay en eso que te ofenda?

—No te exijo un sacrificio de tu honor; que es el mio, y que todo el mundo debe respetar; me he explicado mal, y tú no me has podido comprender. Mira, Catalina, —prosiguió bajando la voz y haciéndola mas insinuante, más persuasiva:—tú ya sabes que yo aborrezco de muerte al condestable; pues bien, hace pocos dias que se le ha presentado un auxiliar poderoso.

—¿Y yo qué tengo que ver?...—preguntó la pobre niña alentando apenas.

—¿Sabes quién es ese poderoso auxiliar?

—Lo ignoro.

—Es el caballero que te acompañó hace pocas noches con el conde de Fuente de Cantos.

—¡Don Rodrigo!—exclamó vivamente Catalina ruborizándose inmediatamente por su ligereza.

—El mismo,—repuso Pero Lopez sin dar valor alguno á la expresion de su hermana.

—¿Le has visto?—preguntó esta con timidéz.

—Sí, he ido á darle las gracias por su accion.

—Y... ¿es tan noble caballero como sus hechos daban á entender?

—Antes de pasar á su casa, tomé los informes que creí necesarios, y ví que podia servirme de mucho.

—¿Segun eso, fuiste á verle por tu propia conveniencia?

—¡Ira de Dios!—contestó brutalmente el señor Pero Lopez,—¿paréceos, señora hermana, que yo tengo mi tiempo para desperdiciarlo en visitas que ningun provecho me dan? Eso se queda para los barbilindos cortesanos, no para los nobles como yo. Ese don Rodrigo mantiene un centenar de lanzas que valen un reino, y nos conviene su apoyo. Por eso he ido á verle, y por eso quiero casarle con vos.

A estas inesperadas palabras, el corazon entero de Catalina asomó á su semblante, y con un acento indescribible exclamó:

—¡Casarle conmigo!

—¡Qué! ¿no os place? pues prevéngoos, que no me vengais con repulgos necios. Me conviene esa union, y es necesario que se haga. Yo le he visto; me ha hablado de tí, y...

—¿Y qué?—preguntó anhelante Catalina.

—Paréceme que á poco que pongas de tu parte, es nuestro.

—¿Cómo nuestro?

—¿Crees que de otro modo consentiria yo? Hoy vendrá don Rodrigo; tendreis ocasion de hablar, y las mu-

jeres, que sois el diablo, sabeis demasiado lo que teneis que hacer para que un hombre se enamore. Oblígale á que te ame; me pedirá tu mano, se la concederé, y una vez marido tuyo, pertenecerá á nuestro bando.

Al escuchar estas palabras, que en toda su hediondéz demostraban el corazon de Pero Lopez, su dignidad de mujer se sublevó, y Catalina no pudo ménos de exclamar:

—¡Pero es un vergonzoso trato el que me proponeis, y al que nunca podré dar mi consentimiento!

—¡Ola! ¡ola! ¿qué quiere decir eso?—repuso su hermano con una calma más aterradora cien veces que su cólera, iluminándose su mirada con una expresion tal, que la desgraciada víctima, sin fuerzas para oponerse, inclinó la cabeza esperando la descarga del enojo de su hermano.

Este prosiguió diciendo con la misma sangre fria.

—Veo que sois una niña, y que he usado demasiadas contemplaciones con vos; yo soy vuestro hermano, y como tal me debeis obedecer; he mandado, y quiero que se haga lo que he dicho; no tardará en venir don Rodrigo, y es preciso que os arregleis de modo que mañana sea enemigo del condestable.

V.

Dicho esto, se levantó; se envolvió en su capa, y se dirigió á la puerta, desde la cual se volvió, y fijando su vista en la trastornada Catalina la dijo:

—Tened cuidado con lo que haceis; mañana don Rodrigo Nuñez Osorio ha de ser nuestro partidario, y sino guardaros vos y él; y levantando el tapiz desapareció, dejando á su hermana sin saber qué hacer en la extraña alternativa en que se hallaba.

Largo tiempo pasó de este modo, sendas lágrimas corrieron por sus mejillas, hasta que la atiplada voz de un pajecillo la sacó de su ensimismamiento, diciendo desde la puerta:

—El alto y poderoso don Rodrigo Nuñez Osorio, desea ofrecer sus respetos á vuestra señoría.

—Díle que espere un instante, mi buen Gaston, díselo, y vuelve en seguida.

El niño desapareció, y Catalina se puso á escribir en un pergamino que cerró con cera y selló con su sortija diciendo:

—¡Oh! mi confesor, el buen abad de San Diego, me prestará fuerzas. Toma,—prosiguió viendo aparecer al paje,—ve al momento y dále esto á mi confesor: vuela, mi buen Gaston, vuela y cuida que nadie note tu salida ni sepa dónde has ido.

CAPITULO X.

Donde se demuestra que en el siglo XV, hasta las mismas reinas conspiraban.

I.

Lo que el conde de Fuente de Cantos digera á Rodrigo, respecto á que las damas mas principales de la córte conspiraban sin descanso, y aun eran mas infatigables que los hombres, era la pura verdad.

La condesa de Benavente, la de Rivadeo, doña Beatriz, doña Mencía de Padilla y la misma reina, eran una prueba evidente de ello.

Y las damas conspiradoras, tenian una enorme ventaja sobre los hombres.

¿Cómo resistir á sus encantos? ¿Cómo resistir á aquellos acentos dulces, amorosos é insinuantes que pedian, que suplicaban y que enloquecian?

Duchas en la intriga, envolvían al que trataban de

conquistar para su bando en redes tan sutiles, que cuando querian desenvolverse ya era tarde.

Los jefes de todos aquellos bandos, comprendian muy bien lo ventajosos que les eran semejantes auxiliares, y á ellos les encomendaban muchas veces el trastornar un plan de los enemigos, quitándoles una parte de sus fuerzas.

El único mal que estas conspiradoras tenian, era que solo trabajaban para sí:

La una solo aspiraba al engrandecimiento de su esposo, la otra porque la halagaba ser soberana en la reducida córte de sus parciales.

La reina fomentaba todas estas conspiraciones, y estaba por decirlo así, al frente de todas las damas que conspiraban.

Don Alvaro conocia todos los medios que se empleaban para combatirle, y sin embargo, luchaba y vencia.

La llegada de Rodrigo á Valladolid, hizo que todas las parcialidades se pusieran en movimiento, y que de todas las casas partiesen invitaciones y visitas para explorar su ánimo, y ver el partido que de él podrian sacar.

Pero, Nuñez Osorio, se preciaba de prudente y poseia la ciencia de saber callar.

Así era, que nadie sabia lo que pensaba.

II.

Dos dias despues de los sucesos narrados en el capítulo anterior, hallábase la reina doña María sentada en una de las cámaras del regio alcázar.

Los últimos rayos de sol penetraban á través de los vídrios de colores que cubrian las ogivas del edificio, y su luz triste y opaca revestía de una tinta fantástica todos los objetos de la habitacion.

Sentada en un nada cómodo sitial, apoyada la cabeza en sus manos blancas como el armiño, doña María de Aragon se hallaba entregada á sérias meditaciones.

Nada interrumpia el silencio que reinaba en la estancia, más que el acompasado pasear de los donceles que hacian la guardia á la puerta, y el ligero crugir de sus armaduras.

La reina doña María de Aragon, era una dama que podría tener unos veinte y cuatro años; su hermosura era expléndida, si se nos permite decirlo así, era esa belleza característica á la edad media, y cuyos tipos mas pronunciados pertenecian á las razas aragonesa y navarra, cutis ligeramente moreno, ojos negros, rasgados, abrasadores, pelo negro, boca y nariz regular, lábios encendidos y dientes de marfil. Tal era la reina doña María, dotada de pasiones violentas, amaba con frenesí y odiaba con furor.

Niña aún, las razones de Estado la hicieron casar con un rey niño tambien, y asáz y enamorado para que la admirase el primer dia, y el segundo abandonase sus brazos por los de otras de sus cortesanas.

Casada sin amor, olvidada por su esposo en medio de una córte que todo era aventuras galantes, y conspiraciones, no podia hacer otra cosa que conspirar y dejarse enamorar.

Don Alvaro, que contaba con la poderosa hermosura de la reina para embriagar á don Juan II, no pudo ménos de temblar al ver que salian falsas sus esperanzas, y que la reina entregada á sus enemigos, era un arma terrible, que tal vez pudiera darles la victoria.

En su consecuencia, la inutilizó haciéndose amar de ella.

Así pasó algun tiempo, hasta que empezó á entiviarse aquel cariño, viniendo poco despues el olvido.

Acabado el amor, vino á ocupar su lugar el odio, y doña María excitada por los émulos del privado, puso en juego cuantos medios pudo para derribarle. Dificil era, puesto que en aquellos dias, en que parecia haberse eclipsado completamente su estrella, aquel hombre dominaba, hacia temblar á los mismos que creian tenerlo en su poder. Sin embargo, estando en Valladolid todos sus mas poderosos enemigos, teniendo el condestable todas sus lanzas repartidas en diversos puntos lejanos de la córte, interceptadas todas las comunicaciones, poco se podia prolongar su caida.

III.

En tal estado las cosas, y con semejantes esperanzas, la presentacion en Valladolid del conde de Právia al frente de cuatrocientas lanzas, hizo variar completamente el estado de las dos facciones.

Habian notado en don Rodrigo demasiada aficion al rey, para venderse á los rebeldes, y don Juan II, para ellos, representaba á don Alvaro de Luna.

Forjáronse mil planes, hiciéronse mil tentativas, pero el de Právia permaneció firme, encerrado entre su lealtad y su honor.

La reina contrariada al ver aquel refuerzo tan poderoso, como no esperado, que le venia al condestable, desesperó y ponia en tortura su imaginacion, buscando un medio para deshacer aquel obstáculo.

Tal era la situacion en que se encontraba la reina doña María de Aragon, en el momento que la presentamos al lector.

Mucho debian preocuparla sus pensamientos, cuando no advirtió que un paje alzaba el tapiz que cubria la puerta, y que anunció:

—El señor conde de Právia.

Alzó la reina sus ojos y los fijó en Rodrigo, que lle-

gándose á ella, le hizo una reverencia, y arrodillándose dijo:

—¿Me permitireis, señora, que tenga la honra de besar vuestra mano?

—Tomadla, pues lo mereceis; sois el único que se acuerda que en una de las cámaras del alcázar habita una pobre mujer que tiene un esposo que la abandona, y una corona de nombre.

—Señora, permitidme que os diga que el rey don Juan, si se aleja de vos, no es por su voluntad, demasiado veis el estado en que se halla Castilla, para que no comprendais que los negocios son los que le arrebatan de vuestro lado.

—¿Y entonces de que le sirve el condestable?—dijo doña María con un acento de marcada ironía.

—Hay asuntos que solo un rey puede despachar.

—Tal vez, el irse á adormecer en los brazos de alguna de las cortesanas que le arroja su privado.

—¡Señora!...

—¿No teneis que contestarme? conoceis que mis palabras son verdaderas, y os callais.

—Lo que veo, es que estais muy prevenida contra el condestable.

—¡Prevenida contra el condestable! pues qué, ¿le juzgais vos mas favorablemente?

—Veo en él, el delegado de mi rey, y como tal le juzgo.

—Y esas tropelías que en nombre de un rey, que en

nada, ni para nada se toma su parecer se hacen, esas justicias que se ejecutan, esas vejaciones de los pueblos, todo eso, ¿cómo lo juzgais?

—Como una cosa necesaria, para obligar á una nobleza turbulenta y orgullosa, á que reconozcan el poder de un legítimo señor.

—¿Luego vos le admirais?—dijo la reina con un acento en que se notaba el despecho que sentia.

—Sí, señora; le admiro, porque únicamente él pudiera hacer lo que ha hecho, porque él únicamente pudiera sostener la lucha tantos años con los dos poderes mas formidables del reino, la iglesia y la nobleza; porque únicamente él pudiera sin perjuicio de las contiendas civiles que tienen dividido el reino, haber ajustado las paces con Portugal, rechazando los moros de sus fronteras, y sostenido la guerra con el rey de Navarra. Creedlo, señora, para los tiempos que atravesamos, hace falta un hombre de hierro que haga respetar las leyes y la corona.

—¡Unas leyes dadas por él, y una corona que casi es suya tambien! pero por Dios señor conde, ¿os ha hechizado ese hombre, como dicen que ha hechizado al rey?

—Me han hechizado sus hazañas. Don Alvaro podrá ser ambicioso, pero eso no quita para que sea un buen caballero.

—¿Y sin duda por efecto de esa admiracion que le profesais, habreis puesto á su disposicion vuestras mesnadas?

—Mis gentes y yo, hemos venido á servir al rey, y el condestable es la personificacion de su alteza don Juan II, todo lo que sea en su servicio lo haré, y el dia en que no quiera prestarles mi apoyo, me volveré á Francia; pero asociarme á esos bandos de rebeldes, nunca lo haré.

IV.

Miróle profundamente doña María, y mordiéndose los lábios con furor, dejó caer la cabeza entre sus manos, permaneciendo largo rato en esta postura. Rodrigo la contemplaba sin atreverse á romper el silencio que reinaba en la cámara.

El dia declinaba sensiblemente; y los débiles rayos de luz que penetraban por las ventanas, bastaban á penas á iluminarla, revistiendo de sombras las paredes del aposento, de cuyo fondo oscuro se destacaba la bella figura de doña María de Aragon.

Por fin levantó esta su cabeza, brillando en sus ojos dos lágrimas, através de las cuales, lanzó á don Rodrigo una mirada intensa, dolorida.

El conde sostuvo aquella mirada con valentía, pero poco á poco sus pupilas no pudieron sostener la dulce irradiacion de las de la reina, y con voz conmovida la preguntó:

—¿Llorais, señora?

—Sí, lloro porque me veo sola, abandonada completamente en la soledades inmensas del alcázar; lloro porque no tengo un corazon que se asocie á mis pesares, que me consuele y me dé fuerzas en la lucha que estoy sosteniendo; lloro porque entre tantos caballeros como hay en Castilla, ninguno presta su apoyo á una pobre reina que se ve sin esposo, porque el condestable se lo arrebata; á una pobre madre que se ve sin hijos, porque ese mismo condestable los aleja de su lado; lloro, en fin, porque me veo escarnecida, humillada por ese hombre que nacido del polvo, se alza orgulloso y trata sin respeto á una mujer, nieta de reyes, y esposa de su monarca.

—Calmaos, señora calmaos, deploro la fatalidad que ha hecho que vos y don Alvaro vayais por distinto camino, pero no está en mi mano poderlo remediar. Llorais porque os falta un corazon que se asocie á vuestros pesares; uno tengo; grande, enérgico, leal, y que me atrevo á ofreceros. ¿Quereis aceptarlo? tendreis ese amigo que apeteceis, amigo que os consolará, y que siempre permanecerá leal á su rey.

—Acepto vuestra oferta,—contestó la reina con efusion, y despues preguntó con encantadora coqueteria:

—¿Y seguireis siendo partidario del condestable?

—Señora,—dijo Rodrigo con respetuosa entereza;—los hombres de mi raza nunca han faltado á sus palabras; he jurado pleito homenaje al rey don Juan II, y si mañana, otro que el condestable se me presentase investi-

do con los poderes de su alteza, le obedeceria, porque él no me representaria, tal ó cual nombre, sino el rey.

No pudo contener la reina un ligero movimiento de despecho, ocasionado por las últimas palabras del conde pero reponiéndose en seguida dijo:

—Dejemos ya esa conversacion; me habeis ofrecido vuestra amistad, y yo la he aceptado, más habeis hecho vos, que hace pocos dias me conoceis, que mis castellanos que hace años me tienen á su lado; ¡no podeis figuraros cuanto bien me habeis hecho!—prosiguió la reina, queriendo ocultar bajo aquellas palabras de afecto, el profundo disgusto que la causaba la lealtad fanática del conde;—me parece que ya no estoy tan sola en el mundo. ¡Oh! la amistad es el consuelo de las almas doloridas, y creo que voy á rogar á Dios esta noche con más fervor, puesto que he encontrado ese amigo que tanto anhelaba.

—Vos me recordais una cosa que habia olvidado, la hora de vuestras oraciones.

—Sí, el bálsamo de los que sufren, es la oracion: ahora en vez de uno, tendré dos consuelos. Id con Dios señor conde, y no dejeis de venir á verme.

—Es demasiada honra para mí, para que la olvide. El cielo guarde á vuestra alteza.

Y besando la mano que la reina le tendia, se dirigió á la puerta, se inclinó profundamente, y desapareció tras el tapiz que la cubria.

Apenas la reina quedó sola, exclamó dejando estallar la cólera que habia contenido tan largo espacio:

—¿Con que no podemos contar con ese hombre? ¡Oh! Ese miserable don Alvaro ha sido más astuto que nosotros. ¡Triste situacion la de Castilla! Pero yo me he propuesto derribar ese orgulloso favorito, y lo conseguiré. ¡Ola!—continuó alzando la voz.

Levantóse el tapiz, y un paje apareció en la puerta.

—Dí á su alteza que es necesario que le hable al momento.

Inclinóse el pajecillo, y pocos instantes despues, penetraba nuevamente en la cámara.

—¿Viene mi esposo?—le preguntó la reina.

—Su alteza me ha contestado que no era posible, porque está escuchando las nuevas jornadas de «La Celestina» que ha escrito el señor Juan de Mena.

—¿Y es antes la lectura de esos malhadados versos que atender al llamamiento de su esposa?

—Así me ha ordenado el rey mi señor que lo diga á vuestra alteza.

—Está bien, vete.

Y el paje salió mientras la reina con voz temblorosa por la cólera murmuraba·

—Nada, nada, es imposible vencer á ese hombre.

V.

Casi al mismo tiempo que pasaba la anterior escena en el alcázar, en uno de los magníficos salones de Villanueva, un caballero, envuelto completamente en su tabardo, se paseaba impaciente haciendo resonar sobre la mullida alfombra los dorados círculos de sus espuelas.

En vano habia procurado dominar su impaciencia admirando las lujosas paredes de la estancia, forradas con los más esquisitos tapices de Asia: los ricos encasetados de los frisos, los artesonados del techo y los suntuosos muebles que adornaban el aposento; la dueña de la casa no se presentaba, y el desconocido, que iba perdiendo la paciencia, exclamó al fin:

—¡Ira de Dios, y cómo se hace esperar! ¿Quién creerá que soy? casi me dan tentaciones de marcharme; pero nó, esta mujer nos puede servir de mucho; el príncipe la ama ó la desea, que es lo mismo, y ella puede dar el golpe de gracia á ese aborrecido condestable.

Sabe Dios adonde hubiera llegado nuestro incógnito en su monólogo, sino hubiera llegado á interrumpirlo el ligero crugir de una puerta, y la voz de un maestresala, que anunció solemnemente:

—La alta y poderosa señora doña Beatriz de Villanueva.

El desconocido se descubrió dejando ver una fisonomía dura y brava un tanto envejecida, y al desembozarse, un traje lujoso al par que guerrero, bajo su tabardo.

Doña Beatriz se presentó ataviada, con toda la expléndida magnificencia de una rica hembra castellana, y su hermosura resplandecia doblemente bajo las galas que ostentaba.

El caballero, despues de haberse inclinado respetuosamente ante ella, la besó una mano que tendió, y la condujo al estrado, junto al cual permaneció de pié.

—Sentaos, conde de Benavente,—dijo la dama con encantadora amabilidad,—no puedo consentir que permanezca en pié un caballero como vos.

—Señora, me honrais demasiado,—respondió el conde sentándose.

—Y su alteza el rey de Navarra, y el infante, ¿siguen bien?

—Siempre admirando vuestra hermosura y el ardor conque seguís nuestra causa.

—Cuando se desea una venganza, ella misma nos presta valor y fuerzas para conseguir el objeto; pero se nos hace esperar tanto...

—Precisamente vengo á hablaros de eso; de vos depende la realizacion de nuestro proyecto.

—¡De mí! Hablad.

—Es menester que el príncipe abandone el alcázar y se vaya á la posada del almirante.

—¿Y con qué objeto?

—El rey, como es natural, se pondrá furioso; la reina por su parte, le incitará, y se le enviará órden de regresar á su palacio, y el príncipe entonces se hallará en el caso de imponer condiciones que por evitar un escándalo no dejarán de ser aceptadas.

—¿Y qué condiciones serán esas?—preguntó ligeramente sobresaltada doña Beatriz.

—Ya sabeis que de las cuatro ó cinco personas mas adictas que tiene hoy el condestable en Valladolid, las principales son Alfonso Perez de Vivero, Villamizar y el doctor Periañez: arrebataremos de su lado estas tres personas y quedará aislado.

—Pero vos no contais conque don Alvaro no accederá á semejantes condiciones.

—No tendrá más que aceptarlas, toda vez que nada sabrá hasta que esté hecho.

—Explicaos más, pues no acierto á comprenderos,—dijo doña Beatriz con un leve acento de impaciencia.

—Señora,—contestó el conde,—voy á hablaros con entera franqueza, y os ruego no os ofendais por lo que voy á deciros, pues me es de absoluta necesidad. Los que abrazamos un partido hemos de sacrificar á él nuestras afecciones, nuestras vidas y... hasta nuestro honor...

—¿Pero dónde vais á parar?

—El príncipe, como la mayor parte de los caballeros que os han visto, no ha podido ver vuestros encantos sin

admiraros, y... os ama. Ha solicitado de vos una entrevista y siempre le ha sido negada, ¿comprendeis?...

—Os confieso que mucho ménos que antes.

—Pues bien,—dijo el conde haciendo un esfuerzo,—lo que vos podeis hacer es concederle esa entrevista.

—¡Caballero!

—Cuando se abraza una causa, todo se sacrifica á ella; pero cuando como vos, esa causa no es más que un pretexto para vengaros del condestable, creo, señora, que por conseguirlo debeis de dar ese paso, que no comprometer á vuestra reputacion en lo más mínimo: vuestra casa tiene postigos á calles extraviadas, y nosotros somos caballeros para saber guardar un secreto; además, que no hay necesidad de que perdais vuestra honra por el príncipe; ya sabeis que es un niño voluntarioso, fascinadlo en vuestras miradas, adormecedlo con vuestro acento, y estoy seguro de que triunfaremos.

—Pero una concesion semejante, hará al príncipe más atrevido y despues...

—Despues, señora, negad: nosotros, los conspiradores, debemos considerar á los hombres como instrumentos, y despues que los hayamos utilizado debemos alejarlos de nuestro camino.

—¿Con que mi honra, hasta hoy respetada, se ha de ver escarnecida mañana?

—Mal nos conoceis. Cinco personas sabremos lo que suceda, y desde el rey de Navarra hasta don Juan

Pacheco, el doncel del príncipe, creo que no hareis la justicia de creer que lo olvidaremos.

—Y decidme, ¿cómo el condestable no ha de poder conjurar el golpe que le amenaza?

—Porque pasado mañana se va de caza con el conde de Právia, al que ha convidado, y durante su ausencia se verificará cuanto os he dicho.

Quedó un rato pensativa doña Beatriz y al cabo de él, dijo al conde Benavente:

—Conde, siento mucho no poder acceder á vuestra demanda.

El de Benavente ahogó una exclamacion de cólera, pronta á exhalarse de sus lábios, y dijo:

—Es decir que nos abandonais.

—No tal.

—En ese caso no puedo comprender la significacion de vuestra negativa.

—La demanda que me habeis hecho es la demanda de mi honra.

—Permitidme os diga, que el entrar por una puerta secreta y el departir dos horas en vuestra cámara, no envuelve la pérdida de vuestra honra.

—Es que hasta ahora no se han abierto para nadie, las puertas secretas de mi casa.

—¡Señora!...

—¿Lo dudais acaso?—preguntó doña Beatriz con altivez, ofendida por la sonrisa que vagó por los lábios del conde al escuchar sus últimas palabras.

VI.

Pero este no se desconcertó por esta altivez.

Por el contrario, fijó una mirada atrevida en la dama, y repuso:

—No dudo señora, tengo la certeza de que esas puertas á que aludís, se han abierto más de una vez.

—¡Caballero!

—Os lo repito, don Rodrigo Nuñez Osorio ha salido por ellas y esto no podeis negarlo.

A esta acusacion tan enérgicamente formulada, palideció la jóven.

Sin embargo, trató de resistir.

—¿Quién ha dicho semejante villanía?—preguntó:

—Varios caballeros que conmigo lo han visto. Harto sé que vos sois muy dueña de recibir en vuestra casa á quien mejor os acomode; pero si habeis podido abrir esas puertas para vuestro amor, paréceme que tambien debíais abrirlas para vuestra venganza.

—¿Y quién os ha dicho que al penetrar el conde de Právia por ellas no lo hacia para esa venganza de que hablais?

—No os comprendo.

—Habeis supuesto que el conde era mi amante, y os habeis engañado conde.

—Yo no os digo...

—Os habeis engañado,—repuso la hebrea con irritado acento.—Juzgais con harta ligereza; porque os habeis acostumbrado ya á las liviandades de esta córte corrompida. Si don Rodrigo ha penetrado en mi cámara con misterio y recatándose, ha sido llamado por mí, ¿y sabeis para qué? para ver si le atraia á vuestro bando.

—Perdonad, mas yo y los que conmigo estaban...

—Juzgásteis mal. Harto debiera habérseme ocurrido; pero el daño ya está hecho, y debo aceptar sus consecuencias.

VII.

—Doña Beatriz se habia puesto á la altura de su situacion y la dominaba con su audacia.

Roto el misterio de sus entrevistas con Rodrigo, era necesario sacar partido de él.

—No os molestaré mas,—repuso el conde,—creimos que accederíais y...

—Tanto más cuanto que tenia un amante,—interrumpió doña Beatriz con acento de punzante ironía.

—Ignorábamos por completo vuestra intencion.

—Está bien, decid al príncipe que puede venir.

—¡Señora!

—Dado un paso, no debemos ya detenernos en medio del camino. Avisadme la noche que debe venir.

—Pero...

—Dijísteis bien conde, en nuestra situacion debemos jugar el todo por el todo, debemos arriesgar hasta nuestra honra por vengarnos de ese hombre.

—¿Tanto le aborreceis?

—¡Oh! ¡mas que vosotros!...

VIII.

Y fué tan terrible la expresion que se pintó en el semblante de la hebrea, que el conde tuvo miedo de aquella mujer, que bajo unas formas delicadas y perteneciendo á un sér débil por naturaleza, odiaba y tenia mas energía y pasiones mas fuertes, que cualquier hombre en aquella época.

—Entónces, señora, no me resta nada que deciros, ya recibireis una peticion del príncipe, á la que contestareis remitiéndole la llave de una de esas puertas.

—Está bien.

—Pero si esto os contraría, creed que recurriremos á otro medio, antes que disgustaros en lo más mínimo.

—Harto me ha disgustado el juicio que se ha formado de mí.

—Júroos que mi voz se levantará siempre para defenderos. Os juzgué, no culpable, sino enamorada, lo confieso francamente; pero lo que acabais de decirme, modifica por completo mi opinion.

—Gracias, conde.

—Es un deber el que os defienda el mismo que os ha ofendido.

—En nuestro estado, no puede haber ofensas. Vos mismo lo dijísteis.

—Veo que me guardais rencor todavía.

—Nada de eso. Disponed como gusteis de vuestra fiel aliada.

—¿Me permitís besar vuestra mano? Esa honra será prueba de que he obtenido mi perdon.

La hebrea tendió su mano al conde, y poco despues abandonaba este el palacio de Villanueva, mientras que doña Beatriz exclamaba con voz trémula de furor.

—Es decir, que en la córte se murmura de mí, es decir, que yo he perdido mi honra por el hombre que me desprecia, ¡oh! yo me vengaré de él.

CAPITULO XI.

La terminacion de una caceria.

I.

Doña Beatriz de Villanueva estaba desesperada.

Conocianse sus misteriosas entrevistas en la córte, comentábanse entre aquellos cortesanos ávidos de aventuras escandalosas, y cuando ella habia sacrificado su reputacion por un hombre á quien amaba, veia que este la dejaba de nuevo sumida en el abandono y en el olvido.

El conde de Právia era en Valladolid, lo mismo que Rodrigo Nuñez Osorio en París.

Unos cuantos dias de embriaguez, algunas horas de felicidad, y despues olvido é indiferencia.

Y para hacer mas cruel la herida, el señor Diego de Villanueva, la refirió gozándose en su martirio que ha-

bia oido decir á Pero Lopez de Silva, que él atraería al conde de Právia á su bando casándole con su hermana doña Catalina.

Semejante noticia, acabó de exasperar á la hebrea.

Averiguó que Rodrigo habia estado en el palacio de Silva, y que pasó una hora en la cámara de la jóven, hasta que llegó el abad de San Diego á interrumpir su plática.

Entonces ciega de cólera buscó un pergamino, y con mano temblorosa escribió lo siguiente:

—«Sois tan menguado caballero, como veleidoso amante.

—»Despues de haber pisoteado mi honra pregonais vuestro triunfo.

—»Dos veces habeis pagado amor con olvido. Guardaos, porque las mujeres como yo no perdonan jamás.»

—Firmólo apresuradamente, lo enroyó, y sellándolo con su sello, dió orden á un escudero para que lo pusiese en manos de Rodrigo.

II.

El caballero lo leyó con suma atencion, y doblándolo con la mayor tranquilidad, contestó al mensajero:

—Decid á vuestra señora que estoy enterado, y que puede obrar como mejor la plazca.

Semejante respuesta, hizo llegar á su colmo la cólera de la jóven.

Desde aquel momento no tuvo más pensamiento que el de la venganza.

Rodrigo entretanto, se cuidaba muy poco de ella.

La imágen de Catalina le habia impresionado, y si bien su corazon, no habia decididamente tomado su partido respecto á ella, estaba muy predispuesto, si nuevas complicaciones no lo estorbaban.

El dia que visitó á Pero Lopez de Silva, este no se presentó bajo pretexto de no hallarse en su casa, viéndose obligada á recibirle Catalina.

La timidez, el rubor, y las amenazas exigentes de su hermano, hacian que la pobre niña contestase apenas á las palabras que el caballero la dirigia.

Felizmente el abad de San Diego á quien Catalina habia mandado á llamar segun vimos, llegó á poner término á una conversacion harto embarazosa.

Rodrigo permaneció todavía algunos minutos en la cámara, abandonándola despues, llevándose un dulcísimo recuerdo de la jóven.

Al dia siguiente recibió una invitacion del condestable para una cacería, y accedió gustoso á pesar de que acababa de recibir el pergamino de Esther.

Pero la judía habia muerto ya.

Su amor fué solo un amor de los sentidos, que una vez satisfecho, no podia durar mas.

Por lo tanto, no hizo caso del pergamino y marchó á

la cacería tranquilo y sonriente, departiendo con su amigo el conde de Fuente de Cantos y Rodrigo de Cotta.

Este era uno de los poetas mas famosos de la córte de don Juan II.

Juan de Mena, Jorge Manrique y el marqués de Santillana, le habian protegido, y el jóven, á la sombra de aquellos ingenios, se habia desarrollado dando alas á su fantasía y campo á su pensamiento.

Juan de Mena especialmente, habia cobrado grande aficion á Rodrigo de Cotta y él le hizo entrar al servicio del condestable, quien le llevó hasta la misma cámara del rey.

El jóven poeta era una de las figuras mas simpáticas de la córte.

Corazon crédulo, impresionable y puro, estasiábase con todo lo bello, con todo lo grande, con todo lo noble que encontraba.

En sus azules ojos, soñadores y lánguidos, se adivinaba la pureza y el candor de su alma.

En su ancha y pensadora frente surcada por alguna precoz arruga, se veia bullir y agitarse el pensamiento creador.

III.

Rodrigo Nuñez Osorio, no pudo verle sin sentirse atraido hácia él por una simpatía irresistible.

El poeta era muy amigo de Fernan y un admirador entusiasta del condestable, que le amaba tambien.

Sorprendióle á Rodrigo la nube de sombría tristeza que se reflejaba en el rostro del jóven, y al interrogar al de Fuente de Cantos sobre ella, le dijo éste:

—El poeta ha nacido para sufrir, segun varias veces he oido decir al dócto Juan de Mena, y Rodrigo de Cotta es una prueba de ello.

—¿Por qué?

—Porque ama de una manera extraña para la época en que vivimos. Está locamente enamorado de la condesa de Benavente, y ya veis que el imposible que le separa del objeto de sus amores, es harto terrible.

—Teneis razon. El conde tan záfio y tan salvage como es, dá largas esperanzas de vivir.

—Sin embargo, en la vida de rebeldías y de desórdenes que lleva, no se puede decir nada. Un buen bote de lanza ó una estocada, puede poner término á esa existencia tan robusta.

—Es verdad. ¿Y la condesa le corresponde?

—Ese es un secreto entre Rodrigo y Dios. Nadie ha podido jamás descubrir el menor indicio.

—Entonces, si ama y no es correspondido, harto comprendo su dolor.

Y nuestros amigos no volvieron á ocuparse de este incidente.

Habian pasado dos dias entregándose con ardor al ejercicio de la caza, cuando á la caida de la tarde del

segundo, llegó á toda brida un escudero del condestable que se aproximó á él y le dijo algunas palabras en voz baja.

El efecto que en don Alvaro causaron, fué terrible.

Volvióse hácia los caballeros que le acompañaban y con trémula voz les dijo:

—A Valladolid, señores; corramos á Valladolid, que nuestros enemigos nos atacan.

Y sin aguardar á cerciorarse de si sus amigos le seguian, cabalgó precipitadamente y se lanzó por el camino que conducia á la córte.

Rodrigo, Fernan y los demás caballeros, hicieron lo propio, y algunas horas despues penetraban en el palacio del condestable.

Hé aquí lo que habia motivado la precipitada carrera del escudero, y lo que este dijo á su señor.

IV.

La córte castellana estaba sumamente preocupada con un acontecimiento inesperado.

Aquella mañana, y sin recatarse para nada, el príncipe don Enrique abandonó el alcázar por instigacion, segun se dijo, de su favorito don Juan Pacheco, significando su intencion de irse á vivir á la casa del almirante de Castilla, enemigo acérrimo de don Alvaro.

Noticioso de esto el monarca, y sériamente alarmado

por las consecuencias que podria tener aquel lance, dió órden al conde de Castro y á Ruy Diaz de Mendoza, que fuesen á buscarle.

Pero al significarle la voluntad del monarca, impúsoles el príncipe por condicion para volver al palacio, que habia de desterrar el rey al doctor Periañez, á don Alonso Perez de Vivero, contador mayor del rey, y á Nicolás Fernandez de Villamizar, hechuras los dos últimos del condestable, y defensores suyos los tres.

Tal respuesta, que era un reto al poderoso privado, puso en terrible confusion al débil rey; pero que instigado por su esposa doña María, que odiaba al favorito, accedió al fin, y las órdenes de destierro fueron firmadas.

Un acontecimiento de esta especie, que sino demostraba una completa caida, por lo ménos daba á entender que el poder del condestable amenguaba, no pudo ménos de ocasionar grandes reuniones de los partidarios de entrambas facciones, que acudieron en seguida á las casas de sus respectivos jefes.

Describir el furor que se apoderó de don Alvaro al saber la separacion de sus tres amigos, seria imposible: baste decir, que el doctor Periañez era su cabeza, Perez de Vivero su corazon y Fernandez Villamizar su brazo.

El los habia elevado, los habia ennoblecido, y ellos le pagaban con una adhesion sin límites.

Paseándose á largos pasos en la extensa cámara de

su palacio, estaba don Alvaro de Luna, abstraido completamente en sus ideas.

Hernando Velasco, su paje favorito, que acababa de llegar de palacio, se mantenia de pié á respetuosa distancia, contemplando tristemente el mudo dolor de su amo.

El Conde de Fuente de Cantos, Rodrigo de Cotta, el conde de Právia y otros caballeros de su parcialidad, se entregaban tambien quizás á análogos pensamientos, que el condestable.

Largo tiempo permanecieron en silencio, hasta que don Alvaro, parándose delante del paje, le preguntó:

—¿Pero estás cierto de lo que me has dicho, Hernando?

—Por desgracia, demasiado: he visto yo mismo las órdenes de destierro.

—¿Y tan perentorias eran que no han podido venir á darme el adios de despedida?

—Como que no se les daba más tiempo que el preciso para montar á caballo y partir.

—Han querido evitar que yo viera al rey y le hiciera variar de resolucion; esto significa que ó me temen, ó me desprecian. ¡Oh!... ¡si así fuera!... pero nó, nó, vete, mi buen Hernando, descansa que bastante necesidad tendrás de hacerlo.

Salió el paje, y el condestable se dejó caer en un sillon, donde sepultando su cabeza entre sus manos, permaneció largo tiempo silencioso.

Don Alvaro de Luna, hijo del antiguo copero del rey don Enrique III, y de una mujer de baja esfera, fué puesto por su tio el arzobispo don Pedro de Luna, en la cámara del rey don Juan, cuando este era aún muy niño.

Dotado de una inteligencia superior á su edad, comprendió el inmenso partido que podria sacar de la situacion en que la córte se encontraba.

Doña Catalina de Lancaster, madre del rey, era asaz impresionable todavía, para no reparar en el travieso paje, y sobradamente hermosa para que á este no le satisfaciese su conquista.

Dado este paso, el segundo solo dependia del tiempo. Muchos años consagró á apoderarse del corazon del rey, y como por su suerte este era demasiado débil, abandonó en manos de su favorito una corona harto pesada para aquellas sienes femeniles.

La hábil negociacion de Tordesillas, que dió por resultado el casamiento del infante don Enrique con la hermana del rey, y el casamiento de este poco antes, con doña María de Aragon; añadieron al favorito el título de conde de Santisteban de Gormaz, y el señorío de la villa del mismo nombre.

Entonces su ambicion se desembozó completamente, y la nobleza castellana se apresuró á coligarse contra aquella potencia que se elevaba, y que amenazaba á sus fueros y privilegios.

Esto como era natural, tuvo sus consecuencias, que

fueron las de obtener el condestable nuevas rentas y nuevos señoríos, para sostener las lanzas que le hacian falta, para sofocar las rebeliones que su poder siempre en aumento le suscitaba.

El enemigo mas poderoso que tenia era la reina, él lo conoció así, y procuró inutilizarla por medio del amor, segun digimos ya; doña María tenia esa hermosura bravía de la edad media, de pasiones fuertes y abrasadoras: el amor del niño rey, no bastaba á aquella alma fogosa, y el audaz condestable tan enamorado como ambicioso, añadió aquella nueva flor á la corona de sus triunfos: mas como la pasion de la reina era cada dia mas exigente, y el fuerte del condestable no era la constancia, de ahí que aprisionado en las redes de otros nuevos amores, se olvidó de doña María, olvido que esta no le perdonó, aborreciéndole tanto como antes le habia amado.

El aspecto de don Alvaro, en la época que lo presentamos al lector, causaba una mezcla de miedo, veneracion y desprecio, imposible de describir.

Jóven todavía, pues solo tendría cuarenta y cinco años, la grandeza de los pensamientos que en su imaginacion bullian, habian surcado su frente de profundas arrugas, la costumbre de mando y orgullo que le dominaba, habian dado á su boca una expresion desdeñosa y altiva, y los inmensos dolores que sufrió, las decepciones de que era víctima y la contínua lucha que estaba sosteniendo, habian impreso en su semblante una sombra de hastío, de desaliento, imposible de describir; únicamente

aquel corazon soberbio que jamás se abatia, se reflejaba en sus grandes ojos negros, en los que podia decirse que se habia reconcentrado toda su vida.

Tal era á grandes rasgos, el opulento magnate, el alto y poderoso condestable de Castilla, el privado del rey don Juan II.

V.

Algun tiempo trascurrió sin oirse otro ruido en la estancia, que la respiracion anhelante del condestable y alguno que otro murmullo que se escapaba de los lábios del conde, cuando aquel alzando su cabeza y sacudiéndola como si quisiera alejar las ideas que le preocupaban, volviéndose al de Fuente de Cantos le dijo:

—¿Que piensas de lo que está sucediendo?

—Que si esto hace el príncipe ahora que es un niño, cuando tenga cinco años mas, nos vá á dar mucho que hacer.

—No ha salido el golpe de él, no, todo ha sido obra de Pacheco, ese doncel que yo introduje en su cámara, y que hoy como todas mis hechuras, se vuelve contra mí.

—Buen remedio, inutilízalo ántes de que pueda hacerte daño.

—¿Y qué me servirá? ¿crees tú que la muerte de un

hombre pueda alejar de mi cabeza el golpe que me amenaza?

Moriría uno y quedarian cien; haria lo mismo con estos, y brotarian otros nuevos; la reina vengativa como mujer, y doblemente como mujer desdeñada, es un enemigo poderoso, al cual no puedo destruir sin causar mucho ruido; el rey de Navarra, y el infante don Enrique, los condes de Castro, de Benavente y otros, Alonso de Zúñiga, y su primo Diego; estos Zúñigas á quien Dios confunda, y que son mis más encarnizados enemigos, todos ellos no me causarian espanto en un campo de batalla, pero en Valladolid, donde tengo adversarios, donde habita un rey débil, que se inclina al último parecer, que lo mismo que ha firmado las órdenes de destierro de mis amigos, firmará mañana la de mi muerte si se lo dicen, me dan miedo; ¡á mí que nunca lo he conocido!

—Pues reunamos nuestras lanzas, y arrojémoslos de la ciudad.

—¿Y crees tú que si no hubiera tenido mis gentes en Bonilla, estaría en el caso en que me encuentro? caro hubiera pagado ese rey que se entromete á gobernar casas agenas, y esa nobleza que en su mayor parte me debe lo que es, el haber atendido á mi poder; pero estoy solo, completamente solo.

—No te entiendo.

—Permitidme que os diga,—repuso Rodrigo mezclándose en la conversacion,—que no sea obstáculo para vuestros planes, el que no tengais en Valladolid vuestras

lanzas. Ahí están las mias, y sin que esto sea arrogancia, bien se pueden poner frente á frente con las de los rebeldes.

—Gracias don Rodrigo, os agradezco tal merced, pero no quiero exponer á este desdichado país á los horrores de otra guerra civil.

—Pero si os atacan.....

—Me defenderé como pueda.

—Es que los rebeldes achacarán á debilidad vuestra quietud.

—Eso no, vive Dios. Ya saben que don Alvaro de Luna no es cobarde ni débil.

—Entonces dirigíos al alcázar, dijo otro de los caballeros, todos nosotros os acompañaremos, y demandad al rey la vuelta de los desterrados.

—Dice bien el señor de Arlanza. Vamos al alcázar.

—Esperad, señores, esperad.

—Yo tambien soy de esa opinion, añadió el de Fuente de Cantos. Yo y conmigo todos estos caballeros no os abandonaremos.

—¿De qué me sirves tú, y dos ó tres cientos de buenas y leales lanzas, contra las fuerzas de mis enemigos? ¿De qué me sirve mi astucia si no puedo preveer de dónde viene el golpe?

¿Crées tú que yo hubiera podido precaver que ese Pacheco, ese hombre alzado por mí del polvo, págara mis beneficios hiriéndome en lo más sensible de mi corazon, en mi amistad,—y prosiguió el condestable con un

acento de amargura inmensa;—á pesar de que no debia extrañarme eso, porque á cuantos he hecho beneficios, otros tantos me han sido ingratos; yo he ennoblecido á mis criados, y se han vuelto contra mí, yo casé al infante don Enrique con doña Beatriz, que lo llevó en dote el señorío de Villena, y está trabajando para mi ruina, yo, finalmente, he hecho respetar á Castilla por los moros, he ajustado la paz con Portugal, he hecho de ella un reino que respetan hasta los extranjeros, y en pago el rey sacrifica mis afecciones, me abandona á mis pocas fuerzas, y me deja á merced de esa turba de rebeldes, que desean mi caida para disputarse mi puesto.

—¡Oh! pero ese caso no llegará jamás: diez espadas de traidores, no valen tanto como la de un leal, y en último caso, abandonaremos la ciudad, nos retiraremos á cualquiera de las villas mas cercanas, apellidaremos la tierra, y reuniremos nuestras mesnadas, dejaremos flotar al aire nuestros pendones y veremos quién vence en la lucha.

—¿Y tú crées que nos dejarian salir de Valladolid; ni que yo tampoco lo habia de abandonar? Desengáñate, Fernan, no nos queda mas remedio que luchar, luchar y morir con honor si llega el caso, que llegará; ya me faltan las fuerzas, esta lucha incesante me cansa, aún no se ahoga una conspiracion, cuando brota otra nueva. Yo he servido al rey con lealtad, y si me ha dado cargos y dignidades, ha sido en premio de mi sangre derramada por su causa; yo he gastado mi vida en estas luchas contínuas, mi carácter siempre franco y leal, ha tenido

que doblegarse á ser traidor para sorprender las traiciones de mis enemigos, enemigos que tenia y tengo; porque he aspirado á la unidad de la corona, á la centralizacion del poder, porque no podia soportar la mengua de que en un reino hubiera cien nobles que fueran mas reyes que el que de legítimo derecho debia serlo; he luchado, he sido envuelto en un torbellino de infamias y de traiciones, y he podido contrarestarlo hasta ahora, porque os tenia á vosotros que érais mis brazos; pero hoy próximo á quedarme solo, tengo miedo, estoy débil, viejo, porque esta contínua guerra, ha secado mi corazon, ha encanecido mis cabellos, y ha destruido mi cuerpo; aislado completamente despues de haber sido tanto tiempo verdugo, me llegará mi vez de ser víctima; entónces prosiguió con un acento en que se traslucía una agonía infinita, irá mi nombre á la posteridad envuelto con el ódio de mis enemigos, que harán de él una página sangrienta en la historia; pasaré como una de esas nubes terribles que dejan tras sí una huella profunda de luto y desolacion.

Moriré sin haber sido comprendido siquiera.

VI.

Al pronunciar estas últimas palabras, volvió á inclinar la cabeza, y el conde no pudo ménos de sentir y respe-

tar el inmenso dolor de su amigo, por fin, al cabo de algun tiempo le dijo:

—¡Qué diablo! no hay que perder la esperanza, quizá todavía tengamos algun remedio.

—¡Oh!—exclamó de repente el condestable alzando la cabeza. — Un solo medio hay. Es necesario oponer astucia contra astucia. ¡Ola!

VII.

Al llamamiento de don Alvaro acudió inmediatamente su paje, Hernando Velasco.

—¿Sabes dónde conducen á mis amigos?

—El señor Alonso Perez de Vivero va al castillo de Benavente, y el doctor Periañez y el señor Nicolás Fernandez de Villamizar escoltados por el capitan de la guardia morisca, van al castillo de Haro.

—Está bien, vete.

Salió el paje, y el condestable exclamó:

—Eso es, van á los castillos de mis enemigos. Piensan tener rehenes para obligarme. Veremos.

Y cogiendo de un brazo á Rodrigo de Cotta lo llevó al hueco de una ventana, y le dijo en voz baja:

—¿Me amais, Rodrigo?

—Como á mi padre, señor,—contestó el poeta.

—¿Estais dispuesto á servirme?

—Mandad.

—¿Sois amado por la condesa de Benavente?

A esta pregunta palideció el poeta.

El condestable seguia interrogándole con la mirada.

—Este secreto no ha salido de mi pecho más que para vos,—contestó,—sí, señor.

—Gracias. Hablad á la condesa, ella puede poner en libertad á Vivero.

—Está bien; la hablaré,—repuso lacónicamente Rodrigo.

—En vos confio.

—Podeis hacerlo.

Entonces don Alvaro se aproximó á Fernan y llevándoselo á otro lado, le dijo:

—Fernan, amigo mio, voy á exigirte un sacrificio penoso, pero necesario.

—Ya sabeis que podeis disponer de mi vida.

—Es más que eso.

El caballero palideció á su vez.

Sin embargo, se repuso y preguntó:

—¿De qué se trata?

—Es necesario que veas á doña Mencía de Padilla.

—¡Oh!

—Ya sé cuán costoso te debe ser; pero ella puede arrancar de manos de su marido á Periañez y á Villamizar.

El conde reflexionó algunos segundos.

Despues repuso con acento lleno de confianza:

—Se salvarán.

El condestable le estrechó la mano, y volviéndose á sus amigos les dijo:

—Ahora, señores, id á reposar, confio en Dios y en mi ánima que muy pronto podremos saber si somos vencidos ó vencedores.

Pocos momentos despues, los parciales del condestable abandonaban su palacio haciendo distintas congeturas respecto á los misteriosos mensajes confiados á Fernan y á Rodrigo.

CAPITULO XII.

Donde estaba doña Beatriz cuando fué á buscarla don Rodrigo Nuñez Osorio.

I.

Apenas nuestro amigo el conde de Právia abandonó la casa del condestable, quiso tambien por su parte hacer algo en favor de los desterrados.

Callóse prudentemente delante de don Alvaro, pero se acordó de doña Beatriz y decidió ir á verla.

Su antigua amada era segun ya hemos dicho, una de las conspiradoras mas temibles, y ejercia una influencia bastante marcada sobre sus compañeros.

Así fué, que sin vacilar un momento, se dirigió al palacio de Villanueva.

Pero contra lo que esperaba, doña Beatriz no estaba en él.

Rodrigo creyó ver en esto, más que un hecho cierto, un medio indirecto para no recibirle.

Furioso por este contratiempo y herido en su amor propio, regresó á su casa disgustado por no haber podido realizar lo que deseaba.

Doña Beatriz habia salido de su casa, y como nosotros no estamos en el caso de Rodrigo, diremos á nuestros lectores donde habia ido.

Por el año de gracia de 1839, es decir, un año antes del que comienza nuestra narracion; en una casa del barrio de san Pablo, deshabitada algunos años á causa de cierto olor de hechicería que se exhalaba de ella; se habia instalado el judío converso Samuel, no sin haberse anunciado pomposamente, como una notabilidad en astrología, medicina y en decir horóscopos.

Hizo algunas curas con buen éxito, compuso muy buenas medicinas, bajo la severa inspeccion del bachiller, Cibdadreal, médico de su alteza don Juan II, y su fama quedó perfectamente sentada; observaba los ritos de su nueva religion con perfecta escrupulosidad, pagaba sus tributos al contado y nadie tenia que hablar del judío.

Nadie sabia nada de su vida anterior, y escepto las horas que permanecia en su tienda, era un misterio su existencia.

II.

Sentados estos cortos antecedentes, describiremos aunque sucintamente, la casa en que vamos á penetrar.

Completamente encajonada entre dos altos y denegridos casarones, se alzaba un edificio de un solo piso, de cuya techumbre sobresalia una chimenea que arrojaba durante la noche densas nubes de un humo negro y espeso.

Una puerta ojival y dos ajimeces sobre ella, era lo único que se veia en el esterior; pero atravesando la primera, se entraba en un estrecho zaguan, húmedo y bajo de techo, en cuyo fondo se veia una pequeña tienda, sostenida por columnitas delgadas de marmol, dejando ver en el gracioso arqueo de sus techos y en los frisos primorosamente escultados, el buen gusto de la arquitectura oriental.

En los tableros que circuian toda la tienda, se veian vasijas y drogas para confeccionar las medicinas, dispuestas por el mismo Samuel.

En cuanto al interior, á escepcion de la habitacion en que recibia las personas que iban á que les dijera su horóscopo, nadie conocia la casa: únicamente Fortun, criado de Samuel, y bastante entrado en años, era el que podia dár algunos detalles; pero era un criado con-

tra la costumbre general, muy reservado y guardaba fielmente los secretos de su amo.

Sin embargo, nosotros á fuer de novelistas, conduciremos al lector á las diversas habitaciones de la casa.

En el fondo de la oscura tienda, bajo un pequeño arco de herradura, se habria una puerta que dejaba ver una escalera de seis ó siete peldaños, que daba paso á un estrecho corredor, á uno de cuyos lados, habia una habitacion sombría, redonda y abovedada; de dia, las celosías que cubrian los ajimeces, dejaban penetrar una luz opaca, que apenas bastaba á iluminar el aposento.

En uno de los rincones habia un hornillo apagado á la sazon, y á su lado una gran mesa, sobre la cual se veia un reloj de arena y algunos pergaminos en los que habia caracteres arábigos escritos con tintas rojas.

III.

Esparcidos por el suelo se veian algunos libros, y en en los andenes, crisoles retortas vasijas, calaveras de diversos animales, pájaros disecados, y dos ó tres esqueletos perfectamente conservados; cuyos diversos objetos eran capaces de imponer terror en el corazon más valiente.

Junto á la mesa, habia un sillon de alto respaldo,

destinado al mago, que á impulso de su vara mágica evocaba las sombras de otras edades.

La escalera que daba á este aposento, tenia una puerta que encajaba perfectamente en la ensambladura del corredor; no hacia sospechar siquiera que hubiera comunicacion entre ambas habitaciones.

Siguiendo este corredor, habia otra puerta tambien oculta bajo la ensambladura, que daba paso á una extensa cámara, antítesis completa de la habitacion del nigromante, y cuyos detalles merecen describirse.

Era un salon de regulares dimensiones, cuyas paredes estaban cubiertas de cuero recamado de estrellas de oro, bastante deteriorado en algunos puntos, efecto sin duda del tiempo.

El friso primorosamente trabajado, y el techo, en el que se veian pintados algunos pasajes del Koran, no desdecian del conjunto árabe de todo el edificio.

No tenia ventana alguna, y del techo pendia una lámpara que derramaba sobre los objetos del salon una luz pálida y triste.

Al fondo en la pared, se veia un gran escudo, en el que cualquiera, un poco versado en la ciencia heráldica, hubiera conocido el blason de los condes de Fuentidueña; á entrambos lados habia dos arneses completos, uno de córte y otro de batalla, y otros dos más inferiores destinados sin duda para los escuderos: en los espacios que dejaban libres, habia colgadas dagas, espadas y puñales, y en los rincones sendas lanzas de roble.

En fin, para completar el extraño mueblaje del salon, se veian en las paredes colgados diversos trajes castellanos, desde el coleto del pechero, hasta el sayo de brocado del señor. Siguiendo adelante el corredor, se encontraba un zaquizamí, donde dormia el criado de Samuel; un poco más allá el dormitorio de este, y al fondo una escalera que daba á un patio húmedo y de cortas dimensiones, en cuyo denegrido paredon se abria una pequeña puerta que daba á la calle del Ataud.

Nos hemos detenido en la descripcion de la casa del judío, pues nos era necesario para el completo conocimiento de tan extraño personaje.

IV.

Son las nueve de la noche, largo tiempo ha pasado desde que se cerró la puerta de la tienda, sentado en un pequeño escabel, en su reducido aposento, Fortun el criado de Samuel, ha visto pasar hora tras hora, las trascurridas desde que anocheció hasta entonces, un candilon de hierro colgado de la pared, derrama una luz sombría sobre los objetos que hay en la habitacion. El buen Fortun, sin duda para matar el tiempo, paseó, rezó un sin número de oraciones, hasta que cansado de pasear y rezar, se acomodó en su asiento y se dispuso á dormir; pero no le placeria al destino dejarle gozar de su sueño, toda vez que un golpe seco y fuerte que sonó, le hizo

levantarse y dirigirse hácia la puerta del postigo, la que al abrirse dejó paso á un embozado, á quien sin duda conoceria mucho Fortun, toda vez que le hizo una profunda reverencia y despues de cerrar, se dirigió hácia el interior, alumbrando al desconocido.

Ambos subieron la escalera, y el caballero tocó en la ensambladura un resorte, y la puerta que daba á la cámara de el blason, y que el lector ya conoce, quedó franqueada; entraron y habiéndose quitado el tabardo en que se envolvia el incognito, dejó al descubierto una fisonomía noble y expresiva, aunque un tanto acabada, y en cuya frente los trabajos, más bien que la edad, habian trazado profundas arrugas: sus ademanes inspiraban esa dignidad de raza, que en vano se quieren imitar, y que es muy dificil perder.

Su traje era de hidalgo pobre; y en su cintura pendiente de su talabarte de cuero, se veia una espada con empuñadura de acero y un magnífico puñal.

Desciñóse las armas, y mientras se desnudaba preguntó á Fortun que permanecia inmóvil á alguna distancia:

—¿Quién ha venido?

—Nadie, señor.

Siguióse un momento de silencio, y al cabo de él dijo el desconocido:

—Pronto creo, mi buen Fortun, dejaremos nuestros disfraces para ser yo el poderoso señor don Beltran Nuñez Osorio, y tú mi montero mayor.

—¿De veras?—dijo Fortun resplandeciendo de gozo su semblante.

—Sí, el condestable está amenazado de muerte; hasta el príncipe se ha atrevido al fin á mostrarse su enemigo.

—¿Y quién ha podido vencer su irresolucion?

—Doña Beatriz de Villanueva.

—¡Ella!...—dijo Fortun con un gesto de terror.

—¡Ella! lanza enemigos á su...

—¡Calla! mi venganza se ha de cumplir y se cumplirá.

—Pero señor eso es horrible.

—Tambien fué horrible el crimen, ¡acuérdate Fortun, acuérdate hace veintidos años!

Inclinó el escudero la cabeza bajo el recuerdo que su señor evocara, y este prosiguió:

—La fortuna favorece mi venganza, la hija ha heredado la hermosura de su madre, y un alma enérgica, indomable, que incitada por mí, cumplirá mis deseos. Todos la adoran en la córte, como á su madre, el rey, el príncipe y el condestable, la aman y la desean.

—¡Tambien él! ¡Dios mio!—murmuró Fortun alzando la cabeza.

—¿Tambien la idolatra Ismael?—dijo el caballero, acentuando marcadamente cada palabra.

—¿Y ella le ama?—preguntó anhelante el criado.

—Los dos se quieren con un amor de Satanás.

—Pero señor, vos podeis evitar todos esos crímenes

que se preparan, hacedlo, vos tan bueno, tan generoso en otro tiempo...

—Basta Fortun, los pecados de los padres los pagan los hijos, y sus crímenes me vengarán cumplidamente.

V.

Durante este tiempo, se habia quitado sus ropas de hidalgo, y puéstose una hopalanda oscura, y en su rostro una barba blanca, que con una peluca del mismo color lo habian trasformado en el judío Samuel, sin que fuera fácil reconocer bajo su disfraz, el bravo y galante señor de Fuentidueña, segun antes habia dicho él mismo.

—¿Dices que no ha venido nadie?...—dijo un tanto pensativo el de Fuentidueña, á quien llamaremos así, toda vez que sabemos su verdadero nombre.

—Nadie, señor.

—¡Es extraño!... ¿no haberme enviado recado alguno el abad de San Diego?... la situacion de esa pobre Catalina me tiene con cuidado; su padre era brusco, arrebatado, pero tenia honor; en cambio su hijo es un bandido con nombre de caballero. Y Nuñez Osorio, la ama. ¡Oh! por mi nombre que son dignos uno de otro, pero y Esther que adora al conde, segun ella me ha confesado... ¿Que vá á suceder cuando lo sepa?... ¡Y luego Ismael enamorando á la esposa del condestable!... ¿Dios mio, llevaré mi venganza más allá de los límites

que debia?... Pero no, tú lo has dicho, «ojo por ojo, diente por diente;» él me arrebató mi honra, yo le robaré la suya: él acibaró mi existencia, yo emponzoñaré sus últimos dias.

VI.

Dos golpes que sonaron en la puerta de la tienda, interrumpieron su monólogo, y volviéndose á Fortun que tambien estaba pensativo, le dijo:

—Enciende una luz, éntrala en mi laboratorio y baja á abrir.

Trajo el escudero un gran velon de metal, y habiéndole encendido, lo dejó sobre la mesa de que ya hemos hecho mencion.

Otros dos golpes que se dejaron oir, demostraban que la persona que estaba á la puerta, no era muy aficionada á esperar.

—Dáte prisa Fortun, que á ella no le gusta esperar.

—¡Con qué es ella!—dijo con un acento de terror el buen Fortun.

—Sí, pero anda, que se impacienta.

Bajó no de muy buen talante los siete escalones que separaban la tienda de las habitaciones, y abriendo la puerta, penetró por ella una dama envuelta completamente en su manto, que volviéndose á sus escuderos, que llevaban una litera, les dijo con acento imperioso.

—Esperad.

Y se entró en la tienda, subió la escalera, y entró en el laboratorio dejándose caer en una banqueta frente á el caballero, que al verla en aquel estado hizo un ligero movimiento de sorpresa.

La dama al sentarse separó el manto que la cubria, dejando ver las bellas formas de la alta señora doña Beatriz de Villanueva, pero que estaba desfigurada bajo el peso de la gran emocion que sentia.

Sus hermosos hojos negros, se veian empañados en lágrimas, sus mejillas estaban densamente pálidas, y sus lábios los agitaba un temblor convulsivo. Al verla en semejante estado, no pudo ménos de preguntarla el caballero.

—¿Qué teneis señora?

—¡Oh, buen Samuel! nunca mas que ahora necesito de tu ayuda.

—¿Pero qué os sucede?

—Que me está engañando infamemente.

—¿Quién?

—¿Quién á de ser sino Rodrigo? el hombre por quien he sacrificado mi honra, por quien hubiera dado mi vida, porque le amaba con todo mi corazon.

—Pero explicaos, señora, explicaos,—dijo Samuel que al oir nombrar á Rodrigo; habia palidecido levemente.

—El conde de Právia ama á doña Catalina de Silva, la hermana de ese oso de Pero Lopez de Silva, esa gazmoña que nunca levanta los ojos del suelo, y por quien ha suspirado mas de un caballero de la córte.

—¿Pero estais cierta de lo que decís, señora?

—Si que lo estoy.

—Y bien, señora,—dijo el astrólogo perfectamente tranquilo,—¿en qué os puedo servir?

—Vosotros poseeis el secreto de ciertas yerbas que matan; pues bien, necesito un tósigo de esa especie.

VII.

Ni un solo músculo se alteró en la fisonomía del de Fuentidueña, pero sus dedos apretaron convulsivamente la hopalanda que le cubria, y haciendo un violento esfuerzo, preguntó:

—¿Y qué más?

—Quiero un bebedizo que haga desfallecer de amor, que inspire una pasion vehemente á quien lo toma, respecto á la de quien lo recibe; quiero que Rodrigo me adore como yo á él; y quitado el obstáculo de doña Catalina, podré disfrutar feliz de su amor, sin miedo á ninguna otra rival.

—¿Y nada más quereis, señora?

—Sí; quiero que me cumplas una palabra que me diste hace tiempo: digiste que habias conocido á mi familia y quiero saber mi historia.

—Bien, señora, tendreis cuanto deseais.

—¿Y me dareis el tósigo y el bebedizo?—preguntó

anhelante doña Beatriz, mientras sus ojos brillaban con un fuego deslumbrador.

—Os lo daré.

—¡Oh! ¡Cuánto tendré que agradecerte! Ahora no te falta más, sino que satisfagas la segunda parte de mi deseo.

—Podeis escucharme, señora.

CAPITULO XIII.

La historia del judío Samuel.

I.

Doña Beatriz, presa de una agitacion febril, fijaba una mirada anhelante en Samuel.

Este inclinó la cabeza apoyándola en sus manos, como si tratara de concentrar sus recuerdos.

Y sin duda debian preocuparle en alto grado, porque olvidándose de que estaba allí la dama, murmuró:

—Sí, eso es; el crímen se cometió hace muchos años, pero los vengadores existen.

Y tornó á callar y otra vez sonidos inarticulados se exhalaron de su garganta.

Impaciente doña Beatriz y sin poderse callar por mas tiempo, le preguntó:

—¿Pero quieres hablar?

Al escuchar la vibracion de éste acento, alzó vivamente la cabeza el judío y fijó una mirada indescribible en la jóven.

Pocos momentos despues, con voz reposada, dió principio á su narracion, en los términos siguientes:

Mucho tiempo ha pasado de lo que voy á referiros.

Hace veinte y cuatro años que entró por la calle de Búrgos, un rico señor castellano, que al frente de su mesnada y con su pendon desplegado, habia estado guerreando contra los moros, hasta que ajustadas las treguas, volvia á sus hogares cargado de gloria y de botin.

Retirado en las extensas cámaras de su palacio, veia pasar tristemente las horas y siempre retraido y melancólico, no encontraba placer, ni en los saraos de la reina doña Catalina, ni en los torneos y justas que se celebraban.

A todo el mundo extrañaba tal conducta y las especies mas absurdas, los comentarios mas ridículos, se hicieron sobre su aislamiento.

Y sin embargo, todos se equivocaban; el caballero sufria, sufria de amores, pero no los que el vulgo creia; no por unos amores desengañados cruelmente, ó á los que se ha correspondido con el olvido y la infamia, sino por un amor sin objeto, sin forma; por un amor, que sin un sér á quien aplicarlo, hacia sufrir mil tormentos al desdichado que lo sentia.

Habiendo pasado la mayor parte de su vida en las fronteras de Andalucia haciendo continuas talas en las tierras de los moros, combatiendo desde el momento en que su brazo fué capáz de manejar una lanza, su corazon no habia sentido más que una pasion, la gloria; y su alma, no más que un sentimiento, la compasion.

Valiente y esforzado en el combate, era dulce y compasivo con el vencido; sus años tal vez se hubieran deslizado del mismo modo, si la fatalidad no hubiera traido las treguas que le llevaron á Búrgos, donde tenia su solar.

.Una noche que vagaba distraido por las calles de un jardin que tenia en su palacio, una voz dulcísima rasgando el silencio de la noche, vino á herir las fibras de su alma y debilitando su vibracion, se perdió otra vez en el espacio, remontándose al cielo, segun creyó el admirado caballero.

Largo tiempo permaneció en el jardin esperando que aquella argentina voz volviese á sonar, pero en vano, nada volvió á interrumpir el silencio.

Profundamente contrariado, se retiró á su habitacion, y allí solo siempre, zumbando en su oido aquel eco maravilloso, despertó su alma del sueño en que yacía, y desplegó ante la asombrada vista del caballero, todos los infinitos goces del amor.

Muchas noches volvió á oir aquella voz y cada una de ellas añadia un quilate más á la violenta pasion que devoraba su pecho. Buscó, aunque en vano, entre las

damas de la córte, una á quien aplicarle los encantos que él se formaba en su mente, y no hallándola, se refugió en su aislamiento, y en él, soñando con su fantasma, atravesaba una existencia dolorosa y triste.

De este modo pasaron algunos meses, hasta que llegó la primavera, y con ella el bajar al jardin el caballero, en las primeras horas de la mañana.

Al lado de su palacio habitaba el judío Leví, joyero de la reina, y calados ajimeces, cubiertos de espesas celosías pertenecientes á su casa, daban al jardin del caballero.

Una mañana que este, abstraido en su pensamiento vagaba por las calles de tilos y limoneros, un ligero ruido que sintió en una de las celosías, le hizo levantar la cabeza, y una mano hermosísima, una de esas manos que hacen adivinar en la mujer á quien pertenecen, tesoros de hermosura y de pureza, agitó un lienzo de finísima batista, como saludando á su melancólico vecino.

Este sorprendido al principio, y admirado despues, estuvo algunos momentos contemplándola hasta que al ver la tenaz persistencia de su saludo, se llevó la mano al corazon, y el lienzo tras otra agitacion más violenta, desapareció con la mano que lo sostenia.

Y siguieron por espacio de muchas mañanas estos mútuos saludos.

Y el caballero empezó á respirar más libremente.

Su semblante se fué esclareciendo.

Sus sueños tuvieron un objeto.

Y este objeto fué su vecina, la dueña de aquella mano que con tanto afan le saludaba.

Deseó conocerla, y fué á que el judío le leyera su horóscopo.

Al entrar en el laboratorio del hebreo, distinguió las esbeltas formas de una mujer, en el fondo de un sombrío corredor, y que esta mujer alzándose la toca que cubría su rostro, le saludaba con una dulce expresion.

Todo esto fué rápido como el rayo.

Pero en aquel brevísimo instante, la mágica belleza de la hija del hebreo, se desplegó ante los asombrados ojos del caballero.

Leví le hizo entrar.

Le leyó su horóscopo, y en él anunciaba que una mujer de otra raza causaría su perdicion.

Pero el caballero habia amado mucho tiempo á un fantasma para que al encontrar la realidad, retrocediera ante una vaga supersticion.

Y abandonó la casa del hebreo con el corazon rebosando de amor y de placer.

Al otro dia paseó con más entusiásmo por el jardin.

Las flores le parecian más aromosas.

El cielo más puro.

Las auras, más suaves, más armoniosas.

Porque su amada á través de las espesas celosías, prestaba á las flores su aliento.

Al cielo el color de sus ojos.

Y las suaves inflexiones de su voz á las auras.

Y anhelante esperaba aquella mano de marfil, que aunque no podia contar, al ménos adivinar los latidos de su corazon.

Pero la mano no apareció más que un momento.

El suficiente para arrojar un ramito de espino egipcio, en medio del cual, campeaba un clavel rojo, y volverse á retirar.

El caballero se apresuró á recogerlo, y un momento despues, se paseaba completamente abstraido, y dibujándose en su rostro una viva satisfaccion.

Vos, señora, que tambien conoceis las costumbres árabes, pues vuestra cuna se ha mecido con ellas, comprendereis el significado de un ramo de estas dos flores; ya sabeis que una flor, una cinta, una hoja arrancada de un árbol, son expresiones de una lengua solo conocida de nosotros y que explican elocuentemente esas pasiones que en las mujeres de nuestra raza son más fuertes, más abrasadoras.

O el lenguaje ardiente apasionado del amor.

O el punzante de los celos.

O el enérgico é implacable de la venganza.

Y que reasume en sí todo el corazon de la mujer.

Aquel espino egipcio que significaba la esperanza, y el clavel el amor, eran más que suficientes para llenar de entusiasmo el corazon del caballero, y hacerle olvidar el horóscopo de Leví, jurando en su interior ha-

blar á aquella mujer y oir de su boca las palabras de que las flores eran emblema.

. . . .

Y pasaron dias, y se trocaron palabras, y una noche, despues de la queda, una mujer se descolgó por uno de los ajimeces de la casa del hebreo, y cayó delirante en los brazos de un caballero que un momento despues cabalgaba por el camino que conducia á Valladolid, á la portezuela de una litera llevada por robustos jayanes, y escoltados por algunos ginetes.

Dentro de la litera iba Rebeca, la hija de Leví, y el caballero que cabalgaba á su lado, era su amante.

—Esos fueron vuestros padres, señora.

. . . .

II.

Concluidas las últimas palabras, inclinó Samuel la cabeza, como bajo el peso de un dolor terrible; su acento, que por grados se habia ido volviendo triste y sombrío, concluyó por asemejarse á un gemido, y durante algunos momentos, nada interrumpió el silencio que reinaba en la estancia.

Doña Beatriz contemplaba con sorpresa al hechicero, y aspiraba con avidéz sus palabras; ansiosa de conocer

los misterios de los que la habian dado el ser, y los pormenores de su desgracia, habia creido escucharlos de unos lábios indiferentes, que relatasen su historia del mismo modo que refirieran alguna antigua conseja, y no de unos lábios que acentuando sus palabras, imprimiesen á ellos el dolor ó la amargura que su corazon sentia, y que deplorasen aquellas desgracias que al cabo de tanto tiempo estaban aún frescas en la imaginacion del que las relataba; así que, respetando la abstraccion de Samuel, nada le dijo.

Al cabo de un momento prosiguió este:

—Por espacio de un año vivieron en Valladolid, donde vuestra madre abrazó la religion de su amante, y se hizo una alta y poderosa señora al enlazarse vuestro padre con ella.

Pero llegó un dia, en que el moro entró talando las tierras castellanas, y vuestro padre, fiel á la voz del honor, abandonó los amantes brazos de su esposa, y se fué á la guerra, llevando en sí el funesto presentimiento de una desgracia, tanto más terrible, cuanto que era más desconocida.

Y razon tenia en presentir.

¡Desgraciado del hombre que fia su honra en una mujer!

¡Es un vaso tan quebradizo, que el menor choque basta para hacerlo mil pedazos!...

¡Oh!... ¡si las mujeres comprendieran la inmensidad del amor que hacen sentir!...

Pero ellas aman con un objeto particular, y casi nunca al hombre que muere de amor por ellas.

. . . .

III.

Era tan sentido, tan lúgubre el acento de Samuel al pronunciar estas palabras, que doña Beatriz no pudo ménos de extremecerse involuntariamente.

Despues comprendió que en sus últimas expresiones casi acusaba á su madre, y no pudo ménos de decirle:

—Judío, si en la vida de mi madre hay algun lunar, no eres tú quien debe reprochárselo; habla.

Repuesto algun tanto Samuel, prosiguió inmediatamente:

Por aquel tiempo empezaba ya á privar con el rey su antiguo paje, que se llamaba don Alvaro de Luna, tan galanteador como cortesano, y tan astuto como enamorado.

Tiempo hacia que apasionado de vuestra madre, buscaba una ocasion para verla sin testigos, y con la ausencia de vuestro padre, lo consiguió.

Introducido por un criado infiel, habló á Rebeca... y cuando al amanecer salió de palacio... ¡diz que iba delirante de alegría!...

—¡Mientes judío!... gritó doña Beatriz sin poderse contener.

—¡Por el Dios de Abraham, que mejor hubiera sido que me hubiese engañado! dijo Samuel con un acento lúgubre y sombrío: pero en el que sin embargo se traslucia tanta verdad, que la dama no pudo ménos de estremecerse, y le dijo interrogándole más con la vista que con las palabras.

—¡Segun eso, mi madre!...

—Nada más sé, señora;—dijo el hebreo envolviéndose en su reserva habitual.—Lo que pasó con vuestra madre y don Alvaro, fué un misterio para mí; pero que sin embargo, tuvo un desenlace terrible.

Una noche estaba don Alvaro en la cámara de vuestra madre, sentado á sus piés, cuando de pronto se aparece en el umbral de la estancia, el conde de Fuentidueña, pálido, excesivamente pálido; pero severo.

Vuestra madre dió un grito.

Y su amante se puso en pié de un salto y sacó la espada.

Pero el conde sin hacer caso seguia avanzando, y su mirada glacial caía á plomo sobre el rostro de su infiel esposa.

Que fascinada no podia apartar la suya de su esposo.

Don Alvaro impasible, contemplaba aquella escena con una indiferencia estóica.

Y vuestro padre llegó junto á Rebeca.

Y su mirada se hizo más intensa, más terrible.

Y su mano buscó la empuñadura de su daga.

Y brilló el acero en alto.

Mientras que su esposa, paralizada por el terror, nada se atrevia á hacer.

De pronto un grito desgarrador resonó en la estancia; la daga del ofendido esposo, se hundió hasta el pomo en el pecho de vuestra madre, que cayó al suelo para no levantarse nunca.

Don Alvaro no pudo ménos de palidecer.

Y un extremecimiento frio recorrió su cuerpo, al ver el semblante fatídico de vuestro padre, que sin decir una palabra tiró de su espada y avanzó hácia él.

Y las espadas se cruzaron.

Ambos luchaban con furor.

Y la ventaja no estaba en favor de ninguno de los dos.

Pero el amante empezó á retroceder, aunque sin dar ventaja á su contrario.

Vuestro padre redoblaba sus esfuerzos.

Y don Alvaro seguia retrocediendo.

Vuestro padre en su cólera, no podia adivinar el movimiento de su contendiente.

Y de éste modo, llegaron cerca de la puerta de la estancia.

Entonces por medio de un salto, rápido como el rayo, franqueó el umbral, cerró la puerta, y la punta de la espada fué á clavarse en ella.

Ciego de furor, la hizo saltar de una patada; pero el mal caballero, estaba ya muy léjos y no pudo alcan-

zarlo, haciendo ánimo de arrojarle al inmediato dia su guante, en medio de toda la córte.

Pero ¡ay!... ¡no sabia el conde, el hombre con quien trataba!...

Roboan, el perfumista con quien os habeis criado, y que era tio de vuestra madre, fué llamado por el conde, y le confio vuestro cuidado, ocultándole la catástrofe que habia amargado sus dias.

El hebreo le ofreció guardaros como á su propia hija, y os llevó con él.

Entonces fué cuando estalló el inmenso dolor del conde.

¡Habia amado con delirio á su esposa, que en pago le habia dado el deshonor y la infamia!

Y cada reproche que hacia á el inanimado cadáver de Rebeca, aumentaba el odio que sentia más rugiente cada vez, hácia su infame seductor.

Este entretanto, no se habia descuidado, y merced á sus buenos oficios con el rey, antes de amanecer fué preso vuestro padre, acusado de traicion, y al dia siguiente confiscados sus bienes.

IV.

Calló Samuel al decir estas últimas palabras, y su palidez cada vez más escesiva, y el temblor convulsivo

de sus lábios, denotaba lo penoso que le habia sido evocar aquellos recuerdos.

Esther habia escuchado aquella historia, y su semblante habia reflejado enérgicamente los sentimientos que su relato la habia inspirado.

Orgullosa por saber que su padre era noble y rico, no podia perdonar al condestable que la hubiera privado de sus títulos y riquezas.

Amante y deseosa de las caricias de una madre á quien no habia conocido; pero que sin embargo habia amado, odiaba y sentia crecer más su aborrecimiento hácia don Alvaro, que habia tenido la culpa de que no las pudiera disfrutar, y aunque conocia la ligereza de su madre, su corazon de hija la disculpaba, y hacia recaer todo su resentimiento sobre el hombre que la habia seducido.

Y tan pensativa como Samuel, permaneció largo tiempo sin decir una palabra hasta que al fin le dijo:

—¿Y de mi padre, qué ha sido?

Alzó el judío vivamente la cabeza; por un momento sus ojos brillaron con una luz fuerte y sombría, sus lábios se agitaron convulsivamente; pero al cabo de un momento, tras un esfuerzo poderoso de su voluntad, desapareció aquella expresion de su rostro, y con un acento lúgubre, contestó:

—Ha muerto destrozado por el dolor, maldiciendo en sus últimos momentos al condestable, y legando á su hija su venganza.

Doña Beatriz contempló á su vez el rostro del judío.

Pero este que al escuchar la anterior pregunta de la jóven no habia sido dueño de reprimir su agitacion, se habia repuesto, no dejó ver á través de la inmovilidad marmórea de su rostro, lo agitado de su pecho.

—Conque mi padre me legó su venganza,—dijo la dama con voz opaca.

—Sí, señora.

—Está bien, yo la cumpliré y te juro que será terrible. Has hecho bien en revelarme esa historia. Yo aborrecia ya al condestable; pero desde este momento... Adios, judío,—prosiguió doña Beatriz abandonando su asiento,—necesito estar sola para pensar en lo que debo hacer. No te olvides de los dos encargos que te hice.

—¿El tósigo y el bebedizo? Descuidad, los tendreis,—repuso con acento lúgubre el judío.

—El Dios de Israel sea contigo,—añadió Esther abandonando la estancia.

—El os ayude en vuestra empresa.

Y la dama salió de la casa, penetró en su litera y dió órden de que la condujesen á su palacio.

Por esta causa no pudo encontrarla Rodrigo cuando fué á verla.

CAPITULO XIV.

Amores de poeta.—Conspiradora y mujer.

I.

Precisamente en el momento que doña Beatriz estaba escuchando de los lábios del judío la historia que nuestros lectores han visto en el capítulo anterior, Rodrigo de Cotta abandonaba la casa del condestable para dirigirse á cumplir el encargo que le diera este.

Teniendo en cuenta el carácter del poeta, fácil es de comprender lo que sufriria, teniendo que desempeñar una comision semejante cerca de la condesa de Benavente.

Y no era porque le pesase el servir á don Alvaro.

Todo lo contrario, le amaba, segun ya hemos dicho, de esa manera exaltada, impetuosa y ardiente que caracteriza las pasiones de determinadas personas.

Lo que le causaba pesar era que por la primera vez en la vida de su amor, iba á usar del influjo de este para servir á su causa.

Rodrigo de Cotta, en su idealismo especial, creia y no sin fundamento en nuestra opinion, que el amor, en su verdadera acepcion, estaba muy por encima de todas las pasiones humanas, y que era prostituirlo por decirlo así, tomarlo como instrumento para las ruindades y flaquezas del corazon humano.

Abrigaba la íntima conviccion de que las alas del ángel perdian toda la pureza en el momento que se rozaban con el fango de la tierra.

Sin embargo, habia llegado el momento en que debia utilizar aquel amor, y esto mismo prueba el inmenso afecto que profesaba al condestable, puesto que solo por él daba al traste con todas sus convicciones.

Pero esto debemos confesarlo tambien, le causaba un grandísimo pesar.

II.

La condesa de Benavente doña Juana Lopez de Zúñiga, era una de esas mujeres que personificaban exactamente el tipo de la dama en la edad media.

Mitad tímida y mitad audáz, oprimíase dolorosamente su corazon ante el espectáculo de una desgracia, y no

vacilaba en arrostrar toda clase de peligros por conseguir el objeto que se habia propuesto.

Ambiciosa por naturaleza, no la placian los términos medios.

En amor y en posicion, en virtudes y en poder, queria ser la única.

Una vez lanzada en el camino, no era fácil hacerla detener.

Impetuosa y ardiente, dulce y enérgica á la par, por nada vacilaba, y sus dudas eran de muy corta duracion.

Casada con el conde de Benavente sin cariño alguno, como se hacian la mayor parte de los casamientos en aquella época, vivia iniciada en ciertos misterios de la vida, sintiendo inmediatamente un vacío enorme, que no llevaba por ningun concepto el hombre con quien la habian unido.

El conde de Benavente, gastado por los escesos y por la vida turbulenta y agitada á que venia entregado desde mucho tiempo antes, záfio y duro, arrebatado y colérico, su único deseo, su principal aspiracion, era una sed devoradora de regir los destinos de la nacion.

Odiaba al favorito, no por ser don Alvaro de Luna, sino por gobernar el reino bajo las apariencias de la delegacion del monarca.

Artero y astuto, nadie como él urdia una conspiracion, y nadie tampoco como él la sostenia hasta el último momento.

En todas las rebeldías del reinado de don Juan II y del de su hijo don Enrique IV, jugó un gran papel el conde, condenado siempre á ver cómo medraban los demás, sin poder conseguir el puesto que ambicionaba.

Con semejante carácter, y entregado exclusivamente á su pasion, fácil es de comprender que no podia llenar las aspiraciones de doña Juana.

Alma ávida de sensaciones, corazon lleno de cariño encerrando tesoros de ternura y de abnegacion, vivia precisada á conservarlos dentro de su pecho sin poderlos dar la espansion natural por la distancia que la separaba de su esposo.

Este, con aquella rudeza y aquel cinismo, hasta cierto punto propios de una época en que el cálculo desunido y sin las formas conque nuestra moderna sociedad ha sabido encubrirlo lo dominaba todo; la dijo pocos dias despues de su boda:

—Doña Juana: no se me oscurece que vos no me amais, ni debe oscurécerseos que yo no os amo; pero como esto no ha sido razon bastante para que vuestro padre haya dejado de creer que hacia un buen negocio casándoos conmigo, y yo que podia ganar casándome con vos, se ha verificado nuestra boda, y no tenemos más que conformarnos. Pero no creais que pueda seros enojoso mi yugo: sereis mi aliada y nada más: respecto á mi honra, sé que por vos misma la guardareis lo bastante para que pueda dormir tranquilo. Obrad como os plazca; consultadme, si os parece bien, lo que tratais de

hacer, en la inteligencia de que al trabajar, prestándome vuestro auxilio, lo haceis en pró de vos misma.

III.

Semejante discurso causó alguna impresion en doña Juana; pero inmediatamente tomó su partido: ya que no podia amar ni ser amada, fué á olvidar entre los punzantes goces de las conspiraciones el grito de su alma que la demandaba amor.

Así pasó algun tiempo.

Su buen discernimiento, su disimulo y su perseverancia, la dieron muy pronto un lugar entre las principales conspiradoras de su época.

La condesa, siguiendo una antigua costumbre, iba á misa todos los dias muy temprano al inmediato convento de San Pablo.

A semejante hora eran muy escasos los asistentes, y la noble dama tenia la seguridad de poderle pedir á Dios fuerzas para acallar aquella voz de su alma, sin temor de que ningun oido indiscreto pudiera apercibirse de lo que pedia.

Uno de estos dias, apenas entró en el templo, sus ojos tropezaron con la gallarda figura de un mancebo, muy niño todavía, á juzgar por el finísimo bozo que

cubria su lábio superior, cuya mirada vagaba perdida por la inmensa nabe del templo.

Este jóven era Rodrigo de Cotta.

Su alma soñadora se trasparentaba en sus ojos, que al vagar perdidos por el espacio, parecian sumergirse en un dulcísimo letargo de infalibles goces y de plácidas venturas.

Más de una vez los ojos de la dama se dirigieron involuntariamente hácia el mancebo.

Pero este seguia soñando, y nada de esto veia.

De repente la campanilla, agitada por el acólito que acompañaba al celebrante, le hizo despertar, y bajando la vista trémulo y azorado, fué á tropezar con la de doña Juana, que precisamente en aquel momento le estaba contemplando.

La mirada del poeta reflejó una admiracion tan grande, una tan cándida adoracion, que la dama sin saber por qué sintió que sus mejillas se encendian, y que palpitaba su corazon con doble rapidéz.

Rodrigo de Cotta no separó de ella sus ojos, mientras se celebraba el santo sacrificio.

Apenas terminó, doña Juana inquieta y azorada, abandonó con precipitacion el templo, no sin haber dirigido una última mirada al apuesto adolescente.

Pasó el dia mal, y deseaba y temia, que llegase el siguiente.

Y llegó, y de nuevo se encontró en la iglesia con Rodrigo.

Y tornaron á mirarse, y ambos se ruborizaron.

Al tercer dia hablaron sus ojos, y se entendieron sus corazones.

—Doña Juana, que hubiera rechazado con altivéz, el amor de uno de aquellos caballeros audaces y atrevidos que la rodeaban, no tuvo fuerzas para rechazar aquella adoracion tímida, dulce y elocuente, que se reflejaba en el rostro del mancebo.

Poco tiempo despues, y á favor de las tinieblas, doña Juana escuchaba ruborosa y palpitante, las elocuentísimas frases de un amor infinito y puro que se desbordaba de los lábios del poeta.

Entonces supo que eran contrarios en opiniones.

Rodrigo defendia, y estaba unido al condestable á quien todo se lo debia como la sangre al cuerpo humano.

La condesa, militaba y servia al bando que le hacia la guerra.

Mas sin embargo, aquellas dos almas enérgicas y apasionadas, hicieron un convenio sublime.

Ni el uno ni la otra habian de hablarse jamás de las aspiraciones, de los deseos ó de las intrigas puestas en juego pàra hacerse mútuamente la guerra los dos bandos á que pertenecian.

Desde aquella noche las entrevistas se repitieron, pero envueltas en tal misterio, cubiertas tan bien las apariencias, que nadie pudo obtener la certeza de ello.

Susurrábase en la córte, que Rodrigo amaba á la condesa.

Pero nadie podia decir que doña Juana le correspondia.

El poeta no daba pié para ello, con una palabra ligera ó con una mirada imprudente, y siempre que sus amigos le habian dirigido alguna frase respecto á esto, supo eludirla con tal destreza, que nadie tenia derecho á decir ni á sospechar nada.

IV.

Dados estos antecedentes tan necesarios, para el mejor conocimiento de la situacion de personajes que tan importante papel han de jugar en nuestra obra, seguiremos á Rodrigo que, abismado en sus meditaciones, se dirigia hácia el palacio de la condesa.

Una vez llegado á la calle en que esta habitaba, detúvose á la puerta de una modesta casa que apoyaba sus derruidas paredes, en las robustas del soberbio edificio, dió dos golpes y un momento despues, se abria esta dejando franco el paso á nuestro amigo.

Aquella era la casa que habitaba.

Un antiguo criado de su casa acompañado de su esposa vieja como él, le servian.

Amábanle con extremo, y él les pagaba de la misma manera.

Una vez Rodrigo en su aposento, verdadera habitacion de poeta, con su agradable tesoro, y su mesa revuelta y polvorienta, dijo á sus criados que se iba á recoger y cerrando la puerta, dirigióse resueltamente á la alcoba.

Separó de un rincon de ella un enorme arcon que no debia estar muy lleno á juzgar por la facilidad conque le movia, y oprimiendo un boton que sobresalia en el suelo, dejó al descubierto la boca de una estrecha y revuelta escalera, por la que se precipitó.

Apenas habia bajado unos veinte y cinco escalones, cuando se encontró con una puerta cuyo resorte hizo ceder, y franqueada ya, volvió á descender de una manera más rápida, hasta que se encontró con otra trampa, salvada la cual, se ofreció á su vista el estrecho jardin de los condes de Benavente.

Arrimado á las tapias del edificio, y mirando cautelosamente á su alrededor, llegó hasta una puerta en la cual habia una mujer esperándole.

Cogióle silenciosamente de la mano, arrastróle tras de sí, y pocos minutos despues, se hallaba en una reducida cámara adornada con extraordinario lujo é iluminada profusamente.

Su conductora arrojó el manto que la cubria, y dejó ver á los enamorados ojos de Rodrigo, la espléndida hermosura de doña Juana.

Arrojóse esta en sus brazos, y mirándole con una expresion indescribible de amor y de felicidad, le dijo con dulcísimo acento.

—¿Cómo has tardado esta noche?

—Duéleme haberte hecho esperar, luz de mis ojos, respondió el poeta contemplando con delicia á aquella mujer tan hermosa y tan enamorada.

—¿Pues que razon ha habido para que así te detengas? ¿No comprendes que ansío con impaciencia llegue la noche para poder quebrar esta máscara conque me encubro durante el dia?

Juana, las circunstancias son muy díficiles, y es imposible que podamos adivinar lo que puede sucedernos de un momento á otro.

—¿Qué quieres decir?—preguntó la condesa fijando en su amante una mirada llena de asombro.

V.

Hasta entonces, no habia reparado en la expresion de este.

La tristeza que resplandecía en el rostro de nuestro amigo, iba tomando un carácter mas marcado en la proporcion que se aproximaba el momento en que debia cumplir el empeño contraido con el condestable.

Doña Juana se aterró al contemplar á nuestro amigo, y llevándolo al estrado que habia en el fondo de la cámara, le preguntó con voz alterada:

—¿Qué sucede, Rodrigo? Habla por piedad, ¿qué me han querido decir tus palabras?

—Que por fin se ha realizado lo que tanto temia. ¿Recuerdas que un dia te dije, ambos militamos en opuestos bandos pero á pesar de eso nada podrá separar nuestros corazones, porque uno y otro guardaremos siempre un profundo silencio acerca de las intrigas que se pongan en juego para obtener el triunfo ó la derrota del contrario? ¿Recuerdas esto?

—Sí,—contestó con voz opaca la dama.

—Pues bien, hé aquí que sin quererlo, las circunstancias han sido más fuertes que nosotros.

—No te comprendo.

—Hoy han sido presos por tus parciales tres hombres, que eran tres de mis mejores, de mis únicos amigos.

—¿Vivero, Periañez, y Villamizar?

—Sí, Juana, sí, hoy son mis amigos, mañana tal vez, seré yo mismo, y, ¿cuál será nuestro porvenir entonces?

—¡Oh! este estado es horrible; esta atmósfera de rebeldías y desafueros que aspiramos, ahoga las más santas, las más sublimes pasiones. Todo lo consume, y lo devora todo. ¿Por qué no terminamos de una vez, y no estamos dándonos una muerte tan lenta?

—¡Oh! qué pensamientos tan horribles.

—Desengáñate Juana, al extremo que han llegado las

cosas, no puede ménos de suceder lo que acabo de decirte. Hoy principian nuestros amigos, mañana terminaremos nosotros. Es una lucha de muerte la que hay entablada entre las facciones rebeldes y el poder legítimo, lucha en la cual no tiene más remedio que sucumbir uno de los dos.

—¿Pero por qué hablamos de esto?

—Porque he recibido la herida en medio del corazon y aún está destilando sangre.

—¡Rodrigo!

—Sí, Juana, en mi corazon no hay más que dos afecciones santas, grandes é inmensas que llenan todo mi sér, que ellas dos me dan la vida; la una es el amor que te profeso, la otra la amistad para los hombres que me han dado su apoyo, su cariño y su proteccion. De la misma manera en mi mente no hay mas que dos ideas, una es la de la gloria, pero una gloria imperecedera como el mundo para podértela ofrecer, para que tú la saborees con delicia, porque tú la has alentado y sostenido; la otra es la de sacrificarme por esos amigos á quienes debo consejos y amistad, posicion y lecciones, que han influido notablemente para mis adelantos: ahora bien, si estos amigos por consecuencia de la anómala época en que estamos desaparecen, si se los veja, se los prende y se los destierra, si á consecuencia de estos mismos trastornos que hieren tan hondamente la santa afeccion de la amistad, te ves mañana separada de mí, ¿qué va á sucederme entónces? ¿cuál será mi existencia? Juana mia,

hemos soñado con un cielo sin nubes, tranquilo, plácido y sereno como nuestras almas, y hemos despertado envueltos en una atmósfera cargada, en una atmósfera que presagia tempestad horrible y en la cual nosotros seremos quizás las primeras víctimas que arrastre entre sus revueltos torbellinos.

—Nunca,—contestó con decision la dama,—antes rompería todos los vínculos que nos sujetan al bando del príncipe don Enrique, del rey de Navarra y del infante su hermano, que consentir en que se inmolase el objeto de mi amor. ¿Crées acaso que podria vivir sin él? Mi alma adormecida desde el primer dia de mi union con el conde, despertó de repente bajo el influjo de tus miradas. Mi corazon ansioso de un algo desconocido, ávido de sensaciones, se arrojó ciegamente en ese mundo de las intrigas y de las conspiraciones para acallar esa voz que sin cesar me gritaba:—el amor es la vida, amar es vivir.—Y yo te amé y desde el momento de amarte una nueva existencia circuló por mis venas. Miré el mundo bajo otro prisma y todo me ha sonreido desde entonces, y cuando tanto gozo, cuando con tal delicia aspiro los embriagadores aromas de esa inmensa vida que tengo concentrada en tí, ¿crées que iría á renunciar á ella, crées que iría á renunciar á sus inefables goces por un cuartel más en el escudo de mis armas, ó por un señorío que agregar á los que poseo? ¡Nó! Perezcan en buen hora las tramas, las conspiraciones y las intrigas, deshagase todo ese tejido de rebeldías que con tan artificiosa

maña he venido construyendo; pero sálvese el objeto de mi amor.

—¡Pobre Juana!—repuso Rodrigo, estrechando con frenesí la adorada cabeza de aquella mujer. ¿Y de qué te servirá querer si sobre tu voluntad está la de los que te rodean. ¿Puedes tú sola acaso poner en libertad á esos amigos á quienes conducen á las fortalezas de Haro y Benavente nuestros soldados?

—Sí.

—Cuidado Juana, cuidado con dar un paso que te comprometa, y que pudiera costarnos mucho mas caro. Me he propuesto salvar á mis enemigos; pero por Dios vivo te juro que preferiré verlos perecer y perecer yo con ellos, á que en lo más mínimo pudieras tú comprometer tu fama ó arriesgar tu prestigio.

—¿Qué has dicho de perecer?—exclamó la condesa con un acento en que se traslucía el efecto que semejantes palabras le habian causado.—¿Perecer tú y vivir yó? ¡Insensato! Para que un caso semejante, llegara, seria preciso que hubiese yo exhalado el último suspiro, antes de obtener tu salvacion. ¿No comprendes que te amo con idolatría?

VI.

Rodrigo no podia dudar de las palabras de la condesa.

Tiempo hacia que conocia su amor, que habia podido apreciarla quilate por quilate, y que en la impetuosidad de su pasion era muy capáz de hacer cuanto decia.

Así fué, que trató de calmarla inmediatamente, diciéndole:

—Comprendo cuanto me amas; porque juzgo tu corazon por el mio, y como en este reinas tú solo, como que tu imágen no se aparta de mi pensamiento, como mis ojos te ven flotar en todas partes y eres la única, la sola, la constante idea que imprime movimiento á todas mis acciones, graduando que el amor hace de dos personas una con idénticas pasiones, con iguales sentimientos y con ideas completamente homogéneas, concibo perfectamente lo que harás, porque yo tambien estoy dispuesto á hacerlo. Pero no se trata de eso; no es necesario que tu reputacion, esa honra que yo á costa de mi vida conservaría ilesa, se pierda por un paso imprudente. Mucho quiero á mis amigos, muy ligado me hallo con el condestable; pero si los viese en peligro de muerte, si tú tuvieras que colocarte en una situacion extrema para salvarlos, entregaría sin vacilar mi cabeza al verdugo para salvarte del compromiso que respecto á mí creyeras haber contraido.

Fué tan enérgico, tan resuelto y decidido el acento conque Rodrigo pronunció estas palabras, que la condesa no pudo ménos de extremecerse, y pálida y temblorosa y agitada, exclamó:

—Calla por Dios, Rodrigo. ¿Y eres tú el que me amas?

¿Eres tú el hombre que hace tal alarde de cariño y de abnegacion? ¡Imposible! ¿A qué hablar de muertes y de desgracias, cuando yo, solo quiero felicidad y vida? No temas, no comprometeré mi honra; no pondré en ridículo esa reputacion que hasta hoy nadie ha tenido derecho para empañar. Sacrificaré las exigencias de mi amor sin que por ningun estilo pueda nadie motejarme por ello. Ocúltate detras de ese tapiz.

Y la condesa indicó con un movimiento enérgico á Rodrigo, uno de los rincones del aposento.

—Pero...

—Haz lo que te digo.

VII.

Dominado nuestro amigo por el acento y la mirada de la condesa, obedeció sin replicar.

Entonces esta salió del aposento, atravesó varias antecámaras, hasta que abriendo la puerta de una de ellas gritó:

—¡Ola!

Un paje apareció á los pocos segundos.

—Dile á Garci Perez del Pinar que necesito hablarle.

El paje se inclinó respetuosamente delante de la condesa, y desapareció para cumplimentar sus órdenes.

Pocos momentos despues, ésta se hallaba de nuevo en su habitacion y á corta distancia de ella, en actitud respetuosa; un hombre mitad soldado, mitad cortesano, esperaba sus órdenes.

Decid, Garci Perez, dijo la dama al cabo de algunos segundos de reflexion: ¿qué disposiciones se han dado respecto á esos amigos del condestable, á quienes se ha preso hoy?

—Dos de ellos son conducidos con buena escolta á vuestro castillo de Benavente.

—¿Y el otro?

—El otro ha debido salir hoy para la villa de Haro.

¿Quién manda la escolta que marcha á mi castillo de Benavente?

—El alférez Ruiz Dávalos.

—Está bien; preparaos para marchar dentro de cinco minutos, y corred á toda brida hasta encontrar al alférez.

—¿Y despues que lo encuentre?

—Le entregareis un pergamino que os daré ahora, y volvereis á darme cuenta de lo que ha hecho Ruiz Dávalos.

—Sereis obedecida.

—Puedes retirarte y está preparado para el tiempo que te he dicho.

Salió Garci Perez del aposento, y doña Juana, aproximándose á una mesa, cogió un pergamino, escribió en él

algunos renglones, firmó y tomando una barra de cera encarnada, la derritió sobre el pergamino, lo selló con su sello, enrollólo, unió los dos extremos del cordon que lo sujetaba con un nuevo sello y lanzóse fuera de la cámara á tiempo que Garci Perez puesto ya el arnés de campaña, se dirigia hácia ella.

—Cuidad de que este pergamino sea entregado á Ruiz Dávalos, antes de que llegue á mi castillo de Benavente.

—Lo haré, señora.

Cogió el soldado el pergamino, y momentos despues se oía el rumor producido por el casco de un caballo al chocar contra el desigual empedrado de la calle.

La condesa penetró de nuevo en su cámara; dirigióse resueltamente hácia el tapiz tras el cual estaba Rodrigo, y le dijo:

—Ya has visto; dentro de algunas horas quizás estarán en libertad dos de tus amigos; en cuanto al tercero, ignoro si podré conseguir que el conde de Castro lo deje en libertad.

—Basta Juana; harto te comprometes por mí.

—No es compromiso. Te juro que esta accion ha de darme mayor prestigio para todos mis parciales.

—Mas. . .

—No pases pena alguna: te he dicho ya que mi amor arrostrará por todo, y no debes ignorar que á la mujer enamorada, jamás le faltan recursos para conseguir lo que desea.

—¡Oh! bendita seas, exclamó Rodrigo atrayendo dul-

cemente hácia sus lábios la blanca y tersa frente de la còndesa.

VIII.

Poco tiempo despues, y con el mismo misterio conque penetró en su aposento, salió de él nuestro amigo, y entrando en su casa, cogió el sombrero, envolvióse cuidadosamente en su capa, se cercioró de que la espada y la daga jugaban perfectamente en sus respectivas vainas, y salió á la calle dirigiéndose hácia el palacio del condestable.

Una vez en él y franqueada su puerta, penetró en la cámara donde éste se hallaba sentado todavía, buscando en su fecunda imaginacion un medio para despejar del todo la situacion en que se hallaba.

Al ver á Rodrigo no fué dueño de contener una exclamacion de sorpresa, mientras que su interrogadora mirada se fijaba en el semblante del poeta.

Este comprendió la muda pregunta que en ella se encerraba, y se apresuró á decir:

—En este momento ha salido un ginete á todo el galope de su cabalgadura, en busca del alférez que conduce á Periañez y á Villamizar, al castillo de Benavente.

—¿Qué dices? exclamó don Alvaro sin atreverse á dar crédito á lo que oia.

—Que dentro de poco estarán en libertad.

—¿Pero qué habeis hecho?

—Sacrificar lo que hasta ahora me habia reservado, la pureza y la santidad de mi amor.

Don Alvaro apreció en lo que valia la accion de Rodrigo, y estrechándole entre sus brazos, le dijo:

—Gracias, Rodrigo; teneis un noble corazon y me enorgullezco de llamaros mi amigo.

Para el corazon del poeta era esta suficiente recompensa.

Miró lleno de satisfaccion á su noble protector y le dijo:

—El dia que necesiteis un hombre que muera por vos, contad conmigo.

Y dichas estas palabras con el orgullo y la altivéz del hombre que ha cumplido con su deber, abandonó la cámara dirigiéndose otra vez hácia su casa.

—Media docena de hombres como éste,—murmuraba entretanto el condestable,—y yo, limpiaria Castilla de traidores y revoltosos. Pero un corazon como el de Rodrigo y un brazo como el del conde de Právia, no hay más que ellos. ¿Qué le hemos de hacer? Luchar, luchar y morir sin gloria.

CAPITULO XV.

El compromiso del conde de Fuente de Cantos.—Doña Mencía de Padilla.

I.

Si preocupado habia salido de casa del condestable para cumplir la mision que éste le confiara, nuestro buen amigo Rodrigo de Cotta; no lo estaba ménos Fernan Gomez, á fin de dar felice fin al asunto que se proponia.

Y tenia motivos para estarlo.

Aunque en distinta situacion que el poeta, aunque diametralmente opuestas las circunstancias que en ambos concurrian, el fondo era el mismo.

La delicadeza les impedia afrontar de lleno una cuestion de suyo harto embarazosa, y mucho más por la especialidad de coincidencias que en la vida de ambos existian.

El conde de Fuente de Cantos encerraba dentro de su corazon un profundísimo misterio respecto á doña Mencía de Padilla, de la misma manera que Rodrigo de Cotta, respecto á la condesa de Benavente.

No habia más diferencia, sino que en este no habia más que conjeturas sin certeza de ninguna clase, mientras que en el conde habia la conviccion íntima de lo que habia existido.

Doña Mencía de Padilla, dama de nobilísima estirpe, sobrina de don Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana, rica hembra castellana y distinguida siempre por los monarcas, habia pasado á la cámara de doña Blanca de Navarra, cuando esta vino á la córte de Castilla á celebrar su desposorio con el príncipe don Enrique.

El conde de Fuente de Cantos, valiente, hermoso y enamorado, habia conseguido interesar el corazon de diamante de doña Mencía, en tales términos, que se hablaba de su boda como de un acontecimiento que debia realizarse dentro de un continuo plazo.

Doña Mencía demostraba la satisfaccion grande que aquel enlace la causaba, y el conde no hacia esfuerzos de ninguna clase para ocultar su satisfaccion y su ventura.

Sin embargo, contra todas las conjeturas, contra todo cuanto él esperaba y dando un mentís solemne á las palabras que ambos habian pronunciado y á la voluntad del rey, significada de una manera bastante clara y terminante respeto á aquel enlace, esparcióse de repente

la voz que doña Mencía de Padilla se casaba con Hernando Carrillo, capitan de la guardia morisca de su alteza el rey don Juan II y el oso montés más completo que jamás halla vestido un arnés y embrazado una lanza.

Todas las miradas se fijaron en el conde como buscando en su rostro la esplicacion de aquel enigma.

Pero este permaneció reservado y silencioso respecto á aquel asunto, aunque alegre decidor y calavera, como de ordinario, si bien en su rostro habia un tanto más de palidéz que la ordinaria, y en sus ojos un destello sombrío que ocultaba cuidadosamente á las miradas que le espiaban.

Y doña Mencía se casó con Hernando Carrillo, y el conde siguió enamorando á cuantas mujeres encontraba, sin demostrar en lo más mínimo, que le fuera sensible aquella pérdida.

—Y observóse, porque en la córte siempre hay personas que se ocupan en averiguar vidas agenas, aunque nada les importe, que doña Mencía y Fernan, no solamente no se hablaban al encontrarse por casualidad; sino que ni aun sus miradas llegaban á tropezarse.

De esta manera pasó el tiempo, olvidándose por completo aquel incidente, entre las revueltas y trastornos que sucedian sin interrupcion.

II.

Puestos en esta situacion estos dos personajes, fáciles son de comprender las dificultades conque tenia necesariamente que tropezar el conde, para conseguir el objeto que se propusiera.

Sin embargo, de la misma manera que Rodrigo, Fernan Gomez lo sacrificaba todo al cumplimiento de lo que el creia un deber.

Así fué, que una vez delante de la casa de doña Mencía, no vaciló, penetró resueltamente en ella, y se hizo anunciar por uno de los maestresala de la nobilísima dama.

Pocos momentos despues, abriánse con estrépito las puertas de la cámara, y el conde con el corazon palpitante y el rostro pálido y contraido penetraba en ella.

De repente se detuvo en medio de la estancia.

Por una puerta opuesta á la que él acababa de franquear, se adelantaba una dama temblorosa, con los ojos fijos en el suelo y encendido el rostro.

Detúvose á su vez, y sus ojos se fijaron en el caballero.

—¡Fernan!—murmuró con una voz dulcísima

—¡Oh más hermosa que antes!—exclamó el caballero con indefinible acento.

Durante un largo espacio, permanecieron ambos silenciosos dominados por una profunda emocion.

Despues y por un movimiento simultáneo, alzaron sus ojos, cruzaron sus miradas, y tan elocuente fué su lenguaje, que Fernan trasportado de felicidad, fué á caer á los piés de la dama murmurando:

—¡Mencía!

Esta temblorosa y palpitante, reclinó la cabeza sobre su hombro y estrechándole entre sus brazos, dijo con voz opaca:

—¡Dios mio! ¿Será cierto que mata la felicidad?

Y se llevó entrambas manos al corazon como si positivamente creyese que se le iba á escapar del pecho.

III.

Doña Mencía en la época que hablamos era una mujer de veinte años, en la que resplandecia una juventud enérgica, vigorosa y pura.

Blanca con esa nitidez de la nieve, destacábanse de su rostro, dos ojos negros, grandes y rasgados que despedian torrentes de pasion y ternura, á través de sus largas y sedosas pestañas, y bajo el arco primorosamente modelado de sus espesas cejas.

Sonrosados sus lábios, respiraban esa pureza que admiramos en el entreabierto capullo de la rosa.

Su cuello admirablemente modelado, se apoyaba en unos hombros redondos, mórbidos y suaves, que á su vez servian de nacimiento á dos brazos perfectamente en armonía con aquellos.

Su continente era majestuoso y altivo, su estatura mediana, y su talle esbelto y elegante, acababa de completar aquel encantador conjunto.

En el momento que la presentamos á nuestros lectores, la belleza espléndida de doña Mencía resaltaba doblemente.

Mitad ángel, mitad mujer, tenia el cuerpo en la tierra mientras el espíritu se mecia en aquellos momentos en el cielo del amor y de la felicidad.

Largo rato permanecieron silenciosos, porque se encontraban en uno de esos instantes en que el alma reconcentrada en sí misma, saborea con inefable delicia ese goce inmenso é infinito del amor.

Pero situaciones semejantes, no pueden prolongarse mucho.

El conde fué el primero en romper el silencio.

Cruzó un pensamiento por su imaginacion, pensamiento torcedor, horrible y punzante sin duda, porque se contrajeron sus facciones, y con un acento de angustia imposible de describir, exclamó:

—¡Por qué te he vuelto á ver!

—Mucho has tardado en hacerlo: te he esperado mucho tiempo y Dios sin duda á tenido piedad de mí.

—En cambio yo experimento en este instante una

mezcla confusa de cólera y de placer, de amor y de desesperacion que tú no puedes apreciar sin duda, porque has elegido tú misma el estado en que te encuentras.

—¿Y si á pesar de ese estado te dijera que mi corazon no ha cesado de amarte un solo momento?

—¡Mencía!—exclamó Fernan mirando á la dama con una expresion de dolorosa sorpresa imposible de retratar.

—Si yo te dijera que mi alma entera volaba hácia tí en el momento de pronunciar ese sí fatal que unia por siempre mi destino al de otro hombre.

—¡Mencía!

—Si yo te dijera finalmente que puedo presentarme á tí todavía vírgen de alma y de pensamiento, si yo te dijera que el velo de las vírgenes puede aún ornar mi frente; ¿que dirias?

—¡Mencía!

Cada una de estas tres exclamaciones fué pronunciada con una entonacion que expresaba perfectamente la impresion que le causaban las palabras de la jóven.

Pero al terminar las últimas, fué tanta su sorpresa como su incredulidad; y permaneció durante un largo espacio contemplando á Mencía.

—¿No lo crees acaso?—preguntó esta adivinando en la expresion de los ojos del conde lo que pasaba en su corazon.

—Entonces, ¿por qué te casaste con ese hombre?

—Porque sobre mi voluntad existía otra cosa más sagrada.

—No te comprendo.

—Harto sabes que los individuos de mi raza, han sido todos valientes, arrojados y más que todo, leales. Yo creo haberle sobrepujado á todos con la accion que he realizado, porque tú no sabes nada Fernan, tú no sabes lo odioso que es para mí el hombre á quien estoy unida, tú no sabes que antes que compartir con él mi tálamo, creo que me habria dado muerte.

—Pero entonces, ¿por qué te casaste?—preguntó el conde á quien le parecia completamente inconcebible todo cuanto estaba oyendo.

—¿Dudas de lo que te digo?

—No dudo, tengo celos exclamó el conde con explosion.

—Celos, celos, ¿y me estás escuchando? no te comprendo, Fernan: crei que tenias la fé suficiente en mí para creer mis palabras, pero me he engañado.

—Perdóname, Mencía, es imposible que puedas comprender el infierno de amargura y desesperacion que se encerraba en mi pecho.

—Por eso sin duda te entregabas á las locuras mas escandalosas, y no se referia aventura en la córte en la cual tu nombre no anduviese mezclado. Pero tal vez cuando pasabas por mi lado, cuando mis ojos te buscaban, tú esparabas los tuyos y te alejabas de mí tran-

quilo, indiferente y desdeñoso. ¿Era hijo acaso todo eso de tu amor y de tu desesperacion?

IV.

El acento de la dama habia vibrado con una ironía tal, al pronunciar estas palabras, que Fernan no pudo ménos de extremecerse contestando:

—¿Y desconocias que mi afectada tranquilidad, mi estudiada indiferencia, y mi desden eran un medio solo para ocultar el verdadero estado de mi corazon? ¿no comprendias que en esas locuras en que me arrojaba, en esos escándalos que provocaba cien y cien veces, no llevaba otra idea que la de aburrirme? ¡Ay Mencía! si hubiera sido posible mirar á través de un cristal mi pobre corazon en esos momentos, habrias visto si encerraba amor respecto á tí.

—Entonces, ¿por qué no viniste á provocar la explicacion que has provocado hoy?

—Es que debo advertirte una cosa Mencía. No he venido á pedirte explicaciones.

—¿Pues á que veníais entonces, señor conde?—preguntó Mencía que merced á un violento esfuerzo cambió súbitamente de expresion su semblante y de inflexion su voz.

—Tú me conoces lo bastante para no dudar ni un momento de la lealtad de mis palabras. Mal ó bien haciéndome favor ó declarándome culpable, jamás he ocultado ni he tratado de disculpar mis acciones. Te he amado con delirio, concentré mi vida en tí y si entreveia en mis horas de embriaguéz un porvenir lleno de gloria y felicidad, era el porvenir que me trazaba tu amor. Yo tenia reasumido el mundo en tí los placeres en tu sonrisa y la felicidad en tu alma, y á pesar de tu inconcebible cambio, á pesar del abandono en que me dejaste rompiendo con mi amor sin decir una palabra siquiera, sabes muy bien que ni un reproche brotó de mis lábios por mas que se quejase mi alma. Yo te veia unida á otro hombre, veia que otro gozaba esa inmensa dicha conque tantas veces me habia recreado, y á pesar de eso no podia dejar de amarte; por el contrario mi amor era cada vez más furioso más devorador; pero lo encerraba dentro de mi alma y solo aparentaba para todo el mundo la indiferencia más completa, el olvido más absoluto, y á pesar de tanto cariño jamás, puedes creerlo Mencía, hubiese venido á pedirte esplicacion alguna de tu conducta: yo no era el culpable, yo amaba cuando tú me olvidaste, yo confiaba en tí, cuando tú burlaste mi confianza, yo habia demandado tu mano y despues de habérmela concedido tú misma, me la arrebataste para concedérsela á otro. Comprende por esto, que no era yo quien debia pedir explicaciones. Si hoy he venido á tu palacio, si hoy he traspasado los umbrales de esta casa, me ha traido

un deber, una vez aquí nuestros corazones han hablado mas de lo que queriamos nosotros mismos, y de una vez hemos salvado esa distancia que tú habias puesto entre los dos. Salvada ya, no puedo arrepentirme, Mencía, soy demasiado dichoso, me has concedido harta felicidad para que yo tratase de rehusar!

V.

En el acento de Fernan habia una sinceridad tal, respiraba tanta franqueza y tanta lealtad, que era imposible escucharle sin convencerse.

Mencía debia conocerle mucho porque tendiéndole su mano le dijo:

—Gracias, Fernan, pláceme encontrarte tan noble y tan generoso como en otro tiempo: tienes razon, fuí yo la que falté y duélenme las circunstancias que para ello concurrieron; no hablemos más de ese pasado.

—Por el contrario, creo que al terreno que hemos llegado es muy necesario que yo conozca toda la verdad.

—¿No me has hablado de un deber en virtud del cual viniste aquí?

—Sí.

—¿Y qué deber es ese?

—Antes debo hacerte una pregunta, Mencía, y te rue-

go que me contestes con aquella misma franqueza de otro tiempo.

—Habla.

—¿Debo considerarte como amiga, ó como enemiga?

Mencía no contestó.

Fijó sus hermosos ojos en el conde con una expresion tal, que este no pudo ménos de caer nuevamente á sus plantas deslumbrado por la purísima irradiacion de aquellas pupilas, murmurando.

—¡Bendita seas!

—Ahora que estás convencido, confíame ese deber, dijo la dama atrayendo junto á sí al caballero.

—Hoy ha salido desterrado ó prisionero Alonso Perez de Vivero, y es tu esposo quien va guardándolo.

—Ten muy presente Fernan, que Hernando Carrillo no es mi esposo, es mi marido.

—Perdóname.

—¿Y qué quieres que haga yó?

—Deseo que pongas en libertad al contador mayor del rey.

—Pero ese hombre, es enemigo nuestro.

—Ese caballero, Mencía, es amigo mio; porque lo és del condestable; tú eres indudablemente una de las más poderosas cabezas en esa conspiracion perenne que se agita en derredor de don Alvaro, y por eso me he dirigido á tí.

—Y has hecho bien. Hernando Carrillo me obedecerá, porque tiene el deber de hacerlo, y si despues de la

prueba de amor que voy á darte, te atreves á dudar de mí todavía, ignoro Fernan, qué podria hacer por tí para demostrarte que Mencía de Padilla no siente más que un amor en su pecho y un pensamiento en su imaginacion.

Y de la misma manera que momentos antes la condesa de Benavente, se habia aproximado á la mesa y escrito varios renglones en un pergamino, Mencía escribió en otro, lo selló con sus armas y llamando á un escudero, le dió órden para que saliese inmediatamente en busca del capitan del rey y le diese aquel escrito.

Una vez hecho esto, tornó de nuevo á sentarse en el estrado, diciendo al conde con un acento dulcísimo.

—¿Crées ahora que te amo?

—Sí; pero si me amabas; ¿por qué te casaste con ese hombre? volvió de nuevo á preguntar el conde, de cuya imaginacion no se apartaba un solo instante aquella torturadora idea.

—Ya te lo he dicho antes, sobre mi amor estaba mi lealtad, y los Padillas lo han sido siempre.

—Te confieso que hay para mí una oscuridad tan grande en todo cuanto dices, que por mas que busco la luz en los mismos deseos de mi corazon, no la encuentro. ¿De qué lealtad quieres hablar? ¿Qué deber tan grande podria existir que fuese bastante para hacerte olvidar el que tenias contraido con mi amor?

—¿No has oido hablar nunca de esos fieles servidores que se sacrifican por salvar la honra de sus señores?

—Pero tú, dama de la princesa doña Blanca, ¿qué honra tenias que guardar á costa de un sacrificio semejante?

—Harto conocido te era que Hernando Carrillo me abrumaba con sus galanterías, galanterías de las cuales nos reiamos siempre todas las damas de la princesa. Debes recordar tambien las aspiraciones no muy encubiertas de ese caballero aragonés, Juan Rodriguez del Padron, aspiraciones que dieron que murmurar á la córte y que estuvieron á punto de comprometer la honra de una princesa tan desgraciada como virtuosa.

—Y tú fusite la víctima de esas imprudencias.

—Sí, una noche Juan Rodriguez escaló la ventana de mi aposento con ánimo, sin duda, de pasar al de doña Blanca que estaba contíguo al mio: el príncipe instigado por sus miserables consejeros, buscaba una ocasion para acusar de liviandad á su esposa y estaba en acecho en el jardin. Sobrecogida de espanto por la presencia de aquel hombre, lo aumentaron mucho más, las voces que escuché en el jardin. Entonces lo comprendí todo, era necesario salvar á mi señora á todo trance y no vacilé un momento, corrí á la antecámara donde se paseaba silencioso Hernando Carrillo. Entonces era alférez de la guardia; le cogí violentamente por un brazo y atrayéndole hácia mi aposento, le dije rápidamente y en voz baja: Es preciso que digais que habeis escalado la ventana de mi cuarto. Si lo decís, dentro de ocho dias seré vuestra esposa. Y obligando á Juan Rodriguez á que se ocultase,

dejé que el príncipe don Enrique, su favorito Pacheco, el maestre de Calatrava y Enriquez del Castillo, me sorprendiesen departiendo amorosamente con el que hoy es mi marido.

—¡Oh! exclamó Fernan, que tejido de infamias.

—Sí, Fernan,—repuso con acento de amargura la dama,—la córte de Castilla no es más que un lodazal en que no hay más remedio que enlodazarse para no sucumbir. Todos me juraron guardar secreto acerca de aquella misteriosa entrevista, y ocho dias despues era la esposa de Hernando Carrillo; pero habia salvado la honra de la princesa.

—Perdóname Mencía, perdóname todo lo injusto de mis acusaciones, pero sufria tanto....

—¿Y crées acaso que yo no padecía tambien? Mucho, Fernan, mucho. Pero era necesario realizar hasta el fin mi sacrificio y aparecer tranquila, alegre, feliz y satisfecha, cuando tenia desgarrado el corazon. Pero felizmente todo ha terminado, hemos vuelto á encontrarnos y ya no nos separaremos.

—Nunca, nunca,—exclamó el caballero estrechando con frenesí entre las suyas las manos de la jóven.

Esta dejó caer su cabeza sobre el pecho de su amante, y fijó en él una mirada lánguida, enamorada y abrasadora, mirada en la cual se fundió, por decirlo así, el alma ansiosa y apasionada de Fernan.

CAPITULO XVI.

Donde se demuestra que quien juega mucho con el amor, al fin y al cabo se quema.

I.

Tres dias despues de los sucesos narrados en los capítulos anteriores, andaba la córte de Valladolid bastante preocupada con los sucesos que habian ocurrido y que hacian variar mucho las circunstancias.

En primer lugar, Alonso Perez de Vivero, Villamizar y Periañez, habian conseguido escaparse del poder de los guardias que los conducian á sus respectivas fortalezas.

Y en segundo, don Enrique Enriquez, don Lúcio de Quiñones, el conde de Alva y Pero de Quiñones, presos de órden del rey en las fortalezas de Roa y Portillo, como conspiradores, habíanse evadido de sus prisiones juntamente con los alcaides de ambos puntos.

Esto era obra de las dos mujeres que habian contribuido á la salvacion de los amigos del condestable.

La condesa de Benavente dió el ejemplo.

Para justificar su órden de libertad respecto á Periañez y Villamizar, necesitaba ejecutar otra hazaña que equilibrase el efecto de aquella.

En efecto, reunió sus joyas, y mandó á uno de sus más fieles servidores al castillo de Roa.

El alcaide como la mayor parte de los caballeros de su tiempo, no rehusaba hacer un favor si la recompensa era crecida, y como en este caso lo fué, no tuvo inconveniente en aceptar y marcharse con los nobles que guardaba, despues de mandar un mensaje al monarca, diciéndole que se separaba del pleito homenaje que le prestara en virtud de las injusticias que cometia prendiendo y persiguiendo á la flor de la nobleza castellana.

Al saber esto doña Mencía, aunque ignorando la mano que lo hiciera, se la ocurrió hacer lo mismo con el alcaide de Portillo.

Llamó á su marido, dióle instrucciones para él, diciéndole que con la evasion de Alonso Perez, se habia hecho un amigo al lado del condestable; pero que en el juego de córte era necesario usar de dos barajas por si acaso alguno de los bandos quedaba vencedor.

Hernando Carrillo no tenia mucho de Salomon, y su mujer hacia cuanto queria de él.

Así fué, que aun sin comprender nada, montó á caballo y tambien supieron hablar sus doblas, que el alcaide Portillo siguió el ejemplo de su compañero el de Roa.

Esto era arrojar al condestable cuatro enemigos poderosos y vengativos.

Pero ambas mujeres debian de una ú de otra manera justificar para con sus parciales la libertad de aquellos tres hombres.

II.

En el momento que vamos hablando, acabábase de recibir en Valladolid, la última noticia respecto á estos sucesos.

Nuestro antiguo conocido Diego de Villanueva ó Ismael, se paseaba á largos pasos por la cámara de su hermana, murmurando con un acento en que se advertía la cólera y el despecho:

—¡Otra vez engañado!... Esa mujer está abusando de mi cariño y, ¡guay de ella! Esto no puede durar más. Ha ido á casa de Samuel á buscar un bebedizo para dárselo al conde de Právia. ¡Dios de Israel! Un bebedizo para un hombre que no la ama, mientras que yo... Ea, resolucion,—prosiguió, deteniéndose de repente en medio de la estancia,—es necesario que ese hombre desaparezca y que Esther quede sola para que sea mia.

Sabe Dios cuanto hubiera durado su monólogo

á no haber sido interrumpido por la aparicion de la dama.

Ismael, absorto en su meditacion, no se apercibió de su llegada hasta que esta le dijo:

—Diego, ¿qué ocurre que con tanta urgencia has deseado verme?

Volvióse bruscamente el alférez de la guardia, y al encontrarse su mirada con la límpida y serena de la hebrea, no fué dueño de contener un movimiento de supersticioso terror ó más bien de espanto.

Esther sin hacer caso de él, volvió á preguntarle de nuevo.

—Habla, ¿qué es lo que ocurre?

—Ocurre, que yo no puedo vivir así por más tiempo, —repuso Diego con voz sorda.

—No te entiendo,—contestó con un desden glacial la jóven.

—Mira, Esther,—repuso Diego haciendo un esfuerzo. —Ha llegado el momento de que hablemos y quiero hacerlo, aunque sé muy bien que de esto debe resultar mi eterna condenacion. Pero prefiero esto al suplicio lento y doloroso que estás inponiéndome tú misma.

Doña Beatriz no contestó una palabra.

Encogióse de hombros con indiferencia; pero al mismo tiempo fijó una mirada interrogadora en el semblante de su supuesto hermano, más elocuente que cuantas palabras hubiera podido decir.

Diego la comprendió y se apresuró á contestar.

—Hace muchos años yo me acerqué á tí en un dia memorable y te dije:—Necesito tu amor para vivir, pídeme mi sangre y te la daré gustoso; pero concédeme al ménos una hora de felicidad.

—¿Y qué te contesté yó?—preguntó Esther con una frialdad extraordinaria.

—Me dijiste.—Puesto que quieres mi amor, gánale sirviéndome.

Yo acepté y desde entonces he sido tu brazo, he sido el instrumento de tus venganzas, he sido el perro que recibe los golpes de su dueño sin quejarse, dispuesto siempre á sacrificarse por él.

—¿Y te quejas acaso?...

—Sí.

—¿A quién debes entónces lo que eres?

—Mas que á tí, á tu interés especial.

—¿Qué importa que haya sido mi interés ó mi corazon quien te haya elevado, si esa élevacion existe y nadie reconoce en tí al hijo de una raza proscripta y miserable?

—Tú perteneces á esa misma raza.

—¿Y quiéres compararte conmigo?

Y el acento de la hebrea vibró con una expresion tal de orgullo y de desden, que Ismael no pudo ménos de extremecerse.

Y miró á la jóven, y al sentir en la suya el choque de la mirada que esta le dirigia, se sintió deslumbrado é inclinó la vista subyugado completamente.

Por los lábios de Esther, vagó una de esas sonrisas indefinibles que expresan en determinados momentos más que cuanto el lábio pudiera decir.

Ismael al rehacerse, apercibió esta sonrisa, comprendió lo que significaba, é irguiéndose con altanería repuso:

—Así no podemos continuar.

—¿Cómo?

—He sido durante mucho tiempo tu esclavo, he sido el brazo á quien has dicho «hiere» y he herido; he sido el instrumento de tus tenebrosas venganzas, pero instrumento vulgar, instrumento á quien por mucho que haga no se da valor alguno, y á quien tú has despreciado porque amabas con todo tu corazon á ese don Rodrigo Nuñez Osorio, que ni te ha amado ni te amará jamás, que te aborrece y te desprecia de la misma manera que tú me desprecias y me aborreces.

Esta vez el tiro habia dado en el blanco.

Doña Beatriz palideció de una manera intensa, y repuso con voz sorda:

—Ismael, ¿qué quiere decir esto?

—Esto quiere decir, que estoy resuelto á que terminemos de una vez; esto quiere decir que me encuentro ya cansado del papel que me haces jugar hace mucho tiempo. Si yo te hubiese servido para una venganza terrible, inmensa y devoradora, contra los enemigos de nuestra religion y de nuestra raza, contra esos soberbios señores que nos arrebatan nuestro dinero y despues nos

desprecian, jamás me hubiera quejado. Pero en vez de eso, solo he servido á tus amores, he sido asesino por que tú amabas á un hombre y necesitabas que ese hombre quedase libre para que pudiera pertenecerte por entero, y mi brazo te sirvió por más que nada consiguieras. Has jugado con mi amor, y hoy mi amor se vuelve contra tí; cada dia con mentidas esperanzas, cada dia con promesas nuevas, te has burlado de mi amor sin tener en cuenta que yo lo veia todo, que todo lo observaba, que contaba tus enamorados suspiros, que sorprendia tus amantes miradas, que percibia las palabras que dirigias á ese hombre en esas noches de voluptuosidad y de amor que han durado tan poco, y cada una de ellas ha hecho destilar de mi corazon una gota de sangre, hasta que lo han dejado completamente esprimido. Finalmente sé que, loca, desesperada y celosa, has pedido un bebedizo para hacer que el conde te ame, y un tósigo para deshacerte de doña Catalina. Pues bien, yo no quiero ser ya cómplice de mas infamias, he dejado de amarte, y nada de comun existe entre nosotros.

III.

Este último golpe causó un efecto extraordinario en aquella mujer que por nada se inmutaba.

Hízose lívida su palidéz, y su pecho se agitó á impulsos de la cólera que en su corazon rugía.

Comprendió que la defeccion de Ismael era un golpe terrible para todos sus proyectos.

Además el judío poseia todos sus secretos, estaba iniciado en todos los misterios de su vida, y podia muy fácilmente ponerla en un grave compromiso.

Sin embargo, ni una frase de queja ni de temor se exhaló de sus lábios.

Contentóse con mirarle, y esta mirada como todas las de aquella mujer, encerraba una elocuencia suprema.

Ismael al percibirla se extremeció, contestando inmediatamente.

—Puedes despreciarme en buen hora, pero ten muy presente, que ni tu desprecio ni tu cariño podrian conseguir nada de mí. Hoy tengo más aspiraciones que eso, quiero hacerte que llores, y por el Dios de mis padres, que has de llorar. Ese don Rodrigo ha de pagar muy caro el haberte inspirado tanto amor: esa será mi venganza. El dia en que te vea llorar á tí que no has llorado nunca, será el único en que estaré satisfecho.

A estas últimas palabras, ya no pudo contenerse la hebrea.

Fulminó una terrible mirada sobre el alférez, y le dijo.

—Basta ya miserable; ignoro como he tenido paciencia bastante para escucharte tan largo espacio. ¿Des-

de cuando te habias podido imaginar, que el corazon que sentia amor por un caballero, pudiese sentirlo tambien por un miserable como tú? ¿Acaso has soñado alguna vez, compararte con mi noble don Rodrigo. ¡Insensated y locura! ¡Me arrojas en cara los servicios que me has hecho! ¿Y cómo te he pagado esos servicios? Honrándote, ennobleciéndote y dándote todo aquello á que tú jamás habrias podido aspirar. Te he sacado del polvo, y no pensaba que siempre guardabas en tu corazon un resto del cieno en que habias nacido. Vete en buen hora, te desprecio, pero guardate de ponerte en mi camino, porque harto sabes que ni olvido ni perdono. Jamás esperes mi amor; amo á un hombre solo, y antes que descender hasta tí miserable esclavo, me arrancaria el corazon sin vacilar. Vete.

—¡Oh! — rugió sordamente Ismael dominado por aquel acento vibrante y aquel ademan de reina.—¿Con que tanto le amas?

—Como tú no comprenderás jamás. Sal de aquí vuelvo á repetirte, abandona esta casa, ó por el Dios de Abraham te juro, que te arrojaré yo misma.

Y la hebrea altiva, enérgica y dominadora, se aproximó á Diego, le cogió violentamente por un brazo, y le arrastró hasta la puerta de la cámara, sin que él dominado por completo por aquella mujer, pudiera decir una palabra ni oponerse á su voluntad.

Unicamente cuando estuvo fuera, cuando Esther ya habia desaparecido de su vista arrojando una mirada



Le cogió violentamente por un brazo, y le arrastró hasta la puerta de la cámara.

indescribible sobre aquella puerta que acababa de cerrarse tal vez para siempre, exclamó:

—¡Oh! yo me vengaré de tí y del miserable que me roba tu cariño.

Y desalado, frenético, delirante, salió de la estancia, y poco despues del palacio de Villanueva, llevando la desesperacion en el alma y la venganza en el corazon.

CAPITULO XVII.

En que se ve que la córte de Castilla no podia estar tranquila mucho tiempo.

I.

A pesar de que la noticia de la evasion de los rebeldes caballeros, parecia que debió afectar al condestable, nada se notó en él por algun tiempo que lo indicase.

Habíase de nuevo apoderado del ánimo del monarca; y el paso dado por el príncipe, solo sirvió para dar un escándalo más en la córte, sin ventaja alguna para el país, que no recibia más que latigazos, si esta frase se nos permite, de parte de todos aquellos señores; que gun decian, solo trabajaban por su bien.

Alfonso Perez de Vivero, el doctor Periañez y Villamizar, habian vuelto á Valladolid, y los nobles quedaron convencidos con esto, de que era completamente inútil el pensar en derribar á aquel hombre.

Pero en una córte ociosa y en la cual existía un gérmen perenne de disgustos y de ambiciones, no era posible que la paz se sostuviera.

Así fué, que á los pocos dias de la entrevista de Diego con su hermana, el pueblo de Valladolid despertaba sobresaltado al anunció de que los condes de Haro, de Castro y Benavente, el almirante de Castilla y el maestre de Calatrava, habian reunido sus mesnadas en Medina del Campo, y mandado á la córte un mensajero encargado de manifestar al rey lo que deseaban.

Semejante noticia que para el pueblo significaba otra nueva era de exaciones, de pechos y de alcabalas, amen del destrozo de sus campos y de la pérdida de muchos de sus hijos, causó una general consternacion que no pudieron ménos de advertirla los pocos caballeros que permaneciendo leales al rey, corrian á palacio á poner á su disposicion sus huestes y sus espadas.

El mensajero enviado por los rebeldes á quienes mandaba el infante don Enrique, primo del rey, trajo en nombre de aquellos la exigencia de que separase de su lado al favorito, causa de todos los males que afligian al reino segun ellos, ó que de lo contrario, le alzaban el plèito homenaje que le prestaran entrando á sangre y fuego en todas las villas y lugares de Castilla.

Sorprendido quedó el monarca con semejante noticia.

Su natural pacífico, se avenia mal con aquellos belicosos alardes, y además profesaba demasiado cariño al condestable para consentir en separarse de él.

II.

Sabido por Rodrigo lo que ocurria, mandó á sus pajes que le vistieran precipitadamente, y se dirigió al alcázar.

Prévia la oportuna vénia, penetró Rodrigo en la régia estancia; y un momento despues, le preguntó el Rey:

—¿Qué os parece, conde, del mensaje que se han atrevido á mandarnos el infante don Enrique, y mis buenos vasallos los condes de Castro y Benavente?

—Que mensaje de esa especie no tiene más que una contestacion;—respondió el de Právia, con su habitual franqueza.

—¿Y cuál es?

—Que aderecen vuestros nobles y leales vasallos sus mesnadas, y ellos sean los que les lleven la respuesta en los hierros de sus lanzas, y en las pelotas de sus bombardas.

—Ya lo habeis oido, señores; dijo el monarca, volviéndose hácia los demás caballeros: el parecer del conde está en completa armonía con el mio; reunid vuestros soldados, y dando al aire nuestros pendones, vamos á castigar la audacia de esos rebeldes.

—No se trata ahora de eso, señor, contestó el condestable: cada uno de nosotros sabe lo que debe de hacer en este caso: la cuestion ahora es que el remedio urge, y mis lanzas están en mi castillo de Piedrahita, mis peones en Escalona y mis ginetes en Rioseco, que necesito tres ó cuatro dias para reunirlos, lo mismo que le sucede á todos estos señores cuyas huestes están diseminadas en sus diversas villas y lugares; la cuestion ahora no es de consejos, es de socorros.

III.

Inclinó el rey la cabeza, y el fugitivo relámpago de majestad y valentia que habia brillado en su fisonomía, desapareció bajo el peso de las palabras del privado, volviendo á su indiferencia habitual, de la que no fué suficiente á distraerlo el murmullo de asentimiento con que los caballeros acogieron las últimas palabras del condestable.

Rodrigo no se desalentó por estos murmullos, antes al contrario; irguiendo su cabeza con noble altivéz, y dirigiéndose á todos en general, contestó:

—Cuando yo doy un consejo, es porque si veo que nadie lo toma, me encuentro dispuesto á ejecutarlo. Creo, señor, que recordará vuestra alteza, que el dia que entré en Valladolid, os ofrecí mi sangre y mi mesnada,

y una y otra están dispuestas esperando solamente vuestro permiso para ir á derramarla, luchando con vuestros enemigos.

Esta conclusion sorprendió á todos los cortesanos que estaban esperando ver á que bando se inclinaria aquel poderoso auxiliar, y doblemente á don Alvaro, que contaba con un apoyo inmenso; pues los soldados de Rodrigo, toda gente aguerrida y aleccionada en otra escuela, más adelantada que la castellana, eran doblemente temibles en un campo de batalla.

Volvió don Juan II la cabeza hácia su privado, consultándole con su tímida mirada lo que habia de contestar, y aquel que temia se le escapase su inesperado socorro, dijo dirigiéndose al rey:

—¿Habeis oido, señor, la oferta que nos hace el conde de Právia?... ofertas como ésa, solo á un rey toca admitirlas y premiarlas, pues cuando los caballeros leales faltan, el que se halla dispuesto á sacrificar su vida por la legítima causa, solo en el poder de un monarca está el demostrarle su agradecimiento.

Volvió el rey la cabeza hácia el conde, y alentado por las palabras de su favorito, le dijo:

—Mi parecer está conforme con el del condestable, y acepto vuestro socorro con efusion. No se lo que podreis desear, pero si en pago del servicio que me haceis, deseais algo que esté en el poder de un rey concedéroslo, hablad y sereis satisfecho.

—Señor,—contestó Rodrigo,—el aceptar cualquier

merced de vuestra mano, seria venderos mi sangre y la de mis soldados; dejad que pierda mi vida en vuestra defensa, y estoy suficientemente recompensado.

Un murmullo de admiracion que se oyó entre todos los cortesanos, fué el elogio mayor que se pudo hacer de la accion del conde.

Efectivamente, habia motivos para ello, porque en aquella época en que un noble ponia precio á su lealtad, causaba extrañeza que un caballero espontáneamente ofreciese á un rey su formidable apoyo, pidiendo por toda recompensa la honra de verter su sangre por la causa real.

IV.

Don Juan II fué el que más se admiró del proceder del conde.

En su calidad de poeta, cuya alma habian fecundizado las dulces trovas de Juan de Mena y del docto marqués de Santillana, tenia ese gusto esquisito de lo bello y de lo grande, y el conde de Ledesma bajo su doble aureola de valentía y desinterés, le admiraba tanto como á los héroes de Homero, y puesto en parangon con el hijo de Príamo, y con el amigo de Patrodo, dudaba si existía mas valor y mas nobleza en Nector y en Aquiles, que en Rodrigo Nuñez Osorio.

Otra persona todavía admiraba mas al conde, si bien su admiracion nacia de su mismo egoismo; esta persona era el condestable, para el cual, el socorro de Rodrigo representaba el poder, su existencia de mando, y su reinado absoluto.

Para él no habia héroes griegos, ni troyanos, solo habia un hombre que ponia á su disposicion tres mil combatientes, y en aquella época, en que no tanto se contaba por el número cuanto por el valor, puestas aquellas tropas frente á los insurrectos, aunque inferiores en gentes, ganarian la victoria que le aseguraba su posicion.

Considerado bajo este punto de vista, el más admirado, el más contento y el más agradecido de todos, era el favorito, y mientras el rey lo comparaba á los héroes ensabiados por el parnaso griego, le contestó don Alvaro:

—Permitidme, caballero, que en nombre de su alteza, y en el de todos los señores que componen su consejo, os dé las gracias por el servicio que acabais de prestarnos, gracias y expresiones que son infinitamente frias, para las que sienten nuestros corazones.

—Señor condestable,—interrumpió Rodrigo,—hacedme el obsequio de cesar en vuestros elogios, que no merezco, pues no he hecho más que lo que debia, y como vos dijísteis antes muy bien, el tiempo vuela y desearia suplicáseis á su alteza me conceda su venia para marchar inmediatamente contra los rebeldes.

—Ya lo oís, señor,—dijo el favorito dirigiéndose al monarca,—el conde de Právia espera que le concedais la honra de besar vuestra mano, para partir con sus lanzas hácia Medina.

—No mi mano, sino mis brazos concederé yo al leal vasallo que vá á derramar su sangre en mi defensa,—contestó el buen rey, y uniendo la accion á la palabra, se levantó del blasonado sillon y tendiendo los brazos á el conde, que se habia adelantado algunos pasos para besarle la mano, le estrechó entre ellos con la misma efusion y el mismo cariño que si hubiera sido su hijo.

V.

Dado el ejemplo por el rey, fué seguido inmediatamente por el condestable y demás señores, que á porfía se disputaban los plácemes y enhorabuenas, á los que el conde puso término, diciendo:

—Ea, señores, puesto que el monarca se ha servido admitir mi oferta, dejemos para cuando vuelva vencedor todas esas expresiones y haced en cambio votos para que triunfe de los enemigos de mi rey;—y volviéndose á el monarca, le dijo:—dentro de una hora salgo de Valladolid, y dentro de dos dias, sentaré mis reales frente

á el enemigo, y con la ayuda de Dios, antes de seis sabreis mi victoria.

Y despues de haber besado la mano que el rey le tendia nuevamente, abandonó la estancia.

Al mismo tiempo que él, salió de la real estancia nuestro amigo el conde de Fuente de Cantos.

Aproximóse alegremente á nuestro amigo y le dijo:

—¡Sabes que has estado admirable, Rodrigo!

—¿Por qué?

—Por la accion que acabas de hacer. De esta hecha ya puede decir don Alvaro que á tí solo te debe su poder, pues todos aquellos caballeros, es muy posible que hubieran permanecido silenciosos é inactivos á no tomar tú la iniciativa.

—Paréceme que andan muy tímidos los señores castellanos, y que es preciso que alguien les indique el camino que han de seguir.

—¿Supongo que habrás contado conmigo?

—Desde luego.

—Quisiera quebrar alguna lanza con ese famoso Suero de Quiñones que está sobrado orgulloso y altanero despues de su famoso paso de la Puerta de Orbigo.

—Pues ocasion te se presenta y buena para satisfacer tu deseo, porque preveo que dura y apretada ha de ser la batalla si solamente mis lanzas se presentan en la lucha.

—¿Y cuándo partimos?

—Dentro de dos horas.

Poco despues, los dos condes entraban en el palacio de Rodrigo, preguntando el de Fuente de Cantos á su amigo.

—¿Y de doña Catalina de Silva, has adelantado algo?

—Nada, dos veces he hablado con su hermano, quien sin duda esperaba ganarme para su partido, segun las insinuaciones que me hizo, y como escuchó mi respuesta, supongo rotas por completo nuestras relaciones, toda vez que hace cuatro dias le encontré en el alcázar y ni me saludó, ni aun se dignó mirarme.

—¡Oh! esos Silvas son unos rebeldes de primer órden, y seguro estoy que has perdido para con Pero Hernandez todo cuanto habias ganado acompañando á su hermana y sirviéndola de guarda en aquella memorable noche.

—¡Pues vive Dios! que si doña Catalina me ama como me asegura no sé que voz misteriosa que siento en mi corazon, no han de valerle á su hermano todas las oposiciones que haga.

—Y yo te ayudaré con todas mis fuerzas.

—Gracias Fernan; pero dejemos esto y ocupémonos de lo principal.

—Tienes razon; corro á mi casa á vestirme la armadura, y dentro de una hora me tendrás junto á tí al frente de mis escuderos.

—¡Hola!.... Garcés, Ferrando, pronto avisad á mis valientes mesnaderos, disponeos todos, traedme mi arnés de guerra, aderezad mi caballo de batallá, mi lan-

za de dos hierros, dentro de media hora salimos de Valladolid para ir á buscar á los rebeldes, corred hijos mios, hemos perdido un tiempo precioso.

Instantáneamente todo el palacio se puso en movimiento, los escuderos ceñian á su señor las diversas piezas de su arnés, mientras los clarines sonaban en los estensos patios, y los soldados enjaezaban sus caballos, afilaban los hierros de sus lanzas y limpiaban los caño-nes y las chimeneas de sus pesados mosquetes.

Ferrando se habia rejuvenecido, si se nos permite decirlo así, aquellos preparativos para entrar en batalla, en la cual su señor como siempre se llevaria toda la gloria; aquellos bélicos sonidos de los clarines, el choque del hierro contra el hierro, la detonacion de alguna bombarda cuyo cañon se probaba para cerciorarse de que no faltaria en presencia del enemigo, todo este conjunto de gritos, relinchos y ruidos diversos, trastornaba la mente del antiguo soldado.

VI.

Casi al mismo tiempo que esto sucedia, una de las ventanas de una casa de pobrísima apariencia que frente al palacio habia, se abrió sigilosamente, y una mirada ávida, curiosa, se fijó en el extenso zaguan de la ca-

sa de Rodrigo, y siguió con creciente sorpresa el movimiento que se efectuaba en su interior.

No satisfecha la curiosidad del observador, pues era un hombre, se retiró, y pasando á otra pieza inmediata, dijo dirigiéndose á un escudero que habia en ella.

—Hernando, ¿no me digiste que conocias á uno de los pajes de nuestro vecino el conde de Právia?

—Sí, señor, contestó el interpelado.

—Pues bien, es menester que inmediatamente vayas á enterarte de qué proviene el movimiento que reina en su casa, y vengas á informarme en seguida.

—Voy señor.

Y salió el escudero dirigiéndose á cumplir la órden de su amo.

VII.

Diego de Villanueva, pues creo qne nuestros lectores habrán reconocido en el curioso observador al supuesto hermano de Esther, empezó á pasear á largos pasos por la estancia, murmurando entre dientes.

—Es preciso que yo sepa los proyectos de ese hombre, para desbaratárselos; despues de la escena que entre Esther y yo ha mediado, una partida de muerte está empeñada entre nosotros, y la ganaré. Es preciso que ese hombre muera, y morirá.

—¿Qué hay Hernando? prosiguió Diego, volviéndose á el escudero que entraba á la sazon en la estancia.

—Señor, que el conde va á partir dentro de breves momentos para batir á los condes y al almirante que han sentado sus reales en Medina; que el rey ha aceptado la oferta que de sus tropas le ha hecho, y..... ¿oís?.... sus clarines dan la señal de partida, y sus escuderos y pajes están formados ya, esperando que su señor monte á caballo.

—¡Ira de Dios!....—dijo iracundo Diego,—pronto, mi arnés, mi caballo, Hernando, y tú disponte á seguirme inmediatamente, necesito adelantarme cuatro horas siquiera á ese hombre. Anda, ¿qué haces ahí todavía?

—¡Señor! ... ¿y nadie más os vá acompañar?

—Nadie, nadie, vé pronto.

—Está bien, señor.

Y tras estas palabras salió el escudero, oyéndose minutos despues el galopar furioso de dos caballos que se dirigian espoleados sin cesar por sus ginetes, hácia una de las puertas de Valladolid.

VIII.

Entretanto, Rodrigo habia bajado á el patio, armado con su lucido arnés de guerra, y ciñéndose su fuerte

espada de combate, cabalgó en el poderoso corcel, que á duras penas podian contener dos escuderos.

Despues de haber pasado revista á sus soldados y satisfecho de su continente y marcial apostura, volvióse á uno de sus alféreces que llevaba en la mano un pendon rojo, en el que campeaba un leon de oro con tres flores de lis, emblema de sus armas, y le dijo:

—Adelante Ruy Gomez, desplegad al aire mi enseña, y vamos hácia los campos de Medina.

Y dicho esto salió por el ancho zaguan, precedido por el alférez que llevaba su pendon, acompañado de Fernan y de otros varios caballeros, seguidos de sus pajes y escuderos, que llevaban su adarga y su lanzon de dos hierros, y escoltado por sus hombres de armas.

Nunca cortejo mas brillante se paseó por las calles de Valladolid, y mas de una dama fijó su mirada anhelante en el gallardo mancebo que mandaba tan bizarra hueste, y mas de un voto femenil se hizo porque volviera triunfante.

CAPITULO XVIII.

Moros y cristianos.

I.

Segun el conde de Právia ofreciera al monarca dos dias despues al frente de su mensada y de algunos centenares de lanzas que habian podido reunirse, tanto del condestable, cuanto de varios nobles adictos á él sentaba sus reales frente á los rebeldes, y daba sus disposiciones para el combate que habia de tener lugar al siguiente dia.

Durante la noche cruzáronse mensajes entre los dos campos, mensajes reducidos por parte de los rebeldes, á tratar de atraerse á su bando al noble adalid y á negativas cada vez mas terminantes por la de este.

Algunos prelados trataron de interponer su poderosa influencia á fin de evitar la efusion de sangre, pero ni los del bando del rey ni los contrarios cedian, sino mer-

ced á exigencias inaceptables por completo para ambas partes beligerantes.

Apareció, por fin, el dia deseado por Rodrigo, y despues de oir devotamente la misa que ofició el arzobispo de Toledo, dispuso sus huestes, y los clarines dieron la señal de acometer.

Las fuerzas de los confederados eran más numerosas que las de los leales; pero á pesar de eso, la táctica que tenian los soldados de Rodrigo duramente aleccionados en las guerras de Francia con Inglaterra, les daba una superioridad inmensa sobre sus enemigos.

Así fué, que el combate, aunque encarnizado y vigoroso no fué de larga duracion.

Batiéronse con denuedo ambas huestes, hasta que el infante don Enrique, viendo destruidas por completo una de las alas de su ejército, y prisioneros varios de los caballeros que le aconpañaban, dió la señal de huida y abandonó el campo.

Imitaron su ejemplo los demás que le acompañaban, y Rodrigo pudo hacer descansar aquella noche á sus gentes en el mismo lugar donde algunas horas antes acampaban las de los contrarios.

Pero este hecho de armas no bastaba á satisfacer las aspiraciones del conde.

Habia lanzado al aire su enseña, habia salido al campo en son de guerra, y no queria que su victoria se redujese solamente á destruir un puñado de rebeldes.

En tal situacion, volvió los ojos hácia las fronteras

de Andalucía, por las cuales los moros quebrantando la tregua, habian penetrado arrollando las tropas conque el adelantado de Murcia, habia tratado de hacerles frente.

Ayub-Ebn-al-Gedar, sobrino del alcaide de Baza, fijó su codiciosa mirada en las fértiles campiñas de la antigua tierra de Tadmir, y cayó como una tromba al frente de sus taifas sobre Lorca y Orihuela, destrozando cuanto se oponia á su marcha, y amenazando con la misma suerte á la ciudad de Murcia.

Este fué el momento en que Rodrigo formó el plan de dirigirse contra ellos, y á costa de penosas marchas, calmó el terror que se habia apoderado de los buenos murcianos, entrando al frente de su brillante mesnada, en la amedrentada ciudad, cuando se veian á lo lejos las nubes de polvo que levantaban en su carrera los árabes corceles de los fanáticos sectarios del Islam.

II.

Grande fué la sorpresa de Ayub, cuando á la mañana siguiente vió salir por las puertas de la poblacion, aquellos soldados, cuyos brillantes cascos, acerados petos y marcial apostura, eran muy diferentes de los que él habia desbaratado en Lorca, y su admiracion creció

de punto, cuando vió que aquel puñado de hombres que eran infinitamente inferiores en número á sus tropas, formaban sus batallas, disponiéndose á atacar su campamento.

Aunque no se atrevia á dar crédito á sus ojos, no por eso dejó de dar sus órdenes, y momentos despues los atabales y las atakeviras resonaban en todo el campo, á cuyos belicosos sonidos, se iban ordenando las taifas, para resistir el ataque de los cristianos.

Entretanto Rodrigo, segun antigua costumbre de los soldados castellanos, escuchaba con religioso recogimiento la misa que el obispo de Cartagena celebraba al aire libre.

Concluido el santo sacrificio, volvieron á ordenarse las tropas, y aprovechándose de aquel momento, dijo el conde á su escudero:

—Escucha Ferrando, si por acaso llego á morir, jura cumplir el encargo que te voy á dar.

—¡Eh! callad señor, ¿vos que habeis vencido á los normandos, que valian más que esos perros descreidos, iriais á dejaros matar por tan débiles enemigos?

—¡Quién sabe lo que puede suceder!—contestó con un acento tan lúgubre Rodrigo, que el viejo Ferrando sintió correr por sus venas un frio glacial.

—Vamos, señor, hacedme el favor de no decir esas cosas.

—Aún no me has contestado á mi pregunta:—dijo el conde con un acento reposado.

—¡Pero!..

—Nada, ¿quiéres ó nó?

—¿Qué si quiero? Todo lo que vos querais, escepto el dejaros matar, porque lo que es en esa parte, entro acuchillando á los moros á vuestro lado, y ¡ay! del que haga la menor demostracion contra vuestra persona.

—Gracias, Ferrando, gracias; escúchame: si muero...

—Señor, ¿volvemos otra vez?

—Calla. Si muero, registras mi cadáver, y hallarás en mi pecho un relicario de oro. Allí es necesario que derrames el oro hasta llegar á doña Catalina de Silva; y la entregas el relicario, diciéndola: que he muerto pronunciando su nombre y que conserve siempre ese recuerdo de mi amor.

III.

Calló el conde al decir estas palabras, y tras un récio tiron de su bigote, dijo el escudero:

—¿Y creeis, señor, que si vos morís, podrá vuestro servidor desempeñar semejante comision?

—¿Y por qué nó?

—Porque donde vos caigais, tambien habrá un lugar para mí, y ya que juré á vuestro padre ser vuestro guarda constante, cumpliré mi juramento.

—¿Es decir, que rehusas obedecerme, que no quieres cumplir el último encargo de tu amigo?

—¡Señor!...

—Veo con sentimiento que tú, el único en quien yo confiaba, rehusa complacerme.

—No digais eso, señor;—contestó Ferrando, cuya alma era presa de mil encontradas sensaciones:—ya sabeis que os he obedecido en todo, que seria capáz de hacer por vos, todos los sacrificios imaginables; pero exigirme que yo viva, si vos morís, es superior á mis fuerzas.

—Tú mismo te acabas de contradecir; si estás dispuesto á sacrificarte por mí, hazlo; lo que exijo de tí no es más que un sacrificio.

—Pues bien, señor, lo haré;—contestó el escudero despues de algunos momentos de silencio y vacilacion.

—Gracias, Ferrando, dame tu mano en prueba de que aceptas mi encargo,—y despues queriendò sustraerse á la emocion que le causaba la profunda pena que se pintaba en el rostro del anciano, gritó dirigiéndose á los soldados:

—Vamos, hijos mios; vamos á mostrar á esa gente que los que han sabido vencer á los ingleses, tambien lo harán con los árabes. Adelante, Ruy Gomez; desplegad al aire mi enseña, y corramos hácia ellos, mis valientes.

Y atronando el espacio los clarines con su bélico sonido, al que se unian las voces de «Santiago y Castilla» que daban los soldados del conde, lanzáronse al galope de sus caballos sobre la musulmana hueste.

IV.

Entretanto que sucedia lo que anteriormente hemos narrado, Ayub-Ebn-al-Gedar habia reunido junto á sí á todos los walíes (1) de su ejército, y dirigiéndose á el más anciano, le preguntó:

—Dime, Abu-Huz, ¿qué te parece la arrogancia de esos rumis (2)?

—Digo que debes de andarte con mucho cuidado, poderoso emir (3).

—¿Por qué?—preguntó con impetuosidad Ayub; ¿qué vale un grano de arena ante los furiosos torbellinos del simon? ¿Crees que ese puñado de hombres puedan contrarestar á el ímpetu de mis zenetes?

—Solo el Señor altísimo y único sabe lo que está escrito.

—¿Qué quieres decirme con eso? ¿Acaso no hemos vencido á las tropas conque el walí de los cristianos ha querido impedirnos el paso en Lorca y Auriola (4)?

---

(1) Capitanes.
(2) Cristianos.
(3) Príncipe.
(4) Orihuela.

—¿Y quieres comparar,—repuso el anciano,—al débil arbusto con la robusta encina?

—¡Por Alhá! que cualquiera diria que tienes miedo Abu-Huz.

V.

Un relámpago que brilló en la pupila del anciano, respondió mas elocuentemente que sus palabras.

—¡Por el santo Profeta! que si otro que tú, emir, me hubiera dicho esas palabras, mi yatagan lo hubiera tendido á mis plantas, para demostrarle que aún hay fuerza en mi mano y aliento en mi corazon.

—Entonces, no te comprendo.

—Tú me has pedido mi parecer y te le he dado.

—¿Luego crees?. . .

—Que esos soldados son muy diferentes de los que hemos vencido, que aquellos era gente floja y valdía, y estos son aguerridos hasta más no poder; además sus maniobras, que tu habrás observado, son en un todo diferentes á las de los otros cristianos, y ó mucho me engaño, ó nos han de dar bastante que hacer.

—¿Y tú qué opinas, Kaleb? dijo el príncipe volviéndose á otro de sus walíes.

—Mi parecer, poderoso emir, es en un todo conforme al de Abu-Huz; que debemos dejarlos á ellos que empiecen la batalla para observar su modo de pelear; pues aunque pocos, me parecen más diestros y más valientes que los que hasta ahora hemos vencido.

Quedóse un momento Ayub pensativo, y al cabo de él, despues de haber fijado su mirada de águila en los soldados de Rodrigo, preguntó á todos los demás walíes:

—¿Y todos estais conformes con lo que han dicho Abu-Huz y Kaleb?

—Sí, respondieron todos haciendo una profunda zala ó reverencia.

—¿Y tú que has adivinado tanto, Abu-Huz, no podrias decirnos qué hemos de hacer para estar más prevenidos?

—Señor,—contestó este que hacia algun tiempo tenia su vista fija en los cristianos;—por de pronto es mi parecer, que envies inmediatamente uno de tus arrayaces (1), para que la caballería zenete vaya á defender en el costado izquierdo á los ballesteros de Baza.

(1) Alféreces.

V.

Y como si hubiera querido corroborar la eficacia del consejo del anciano, en medio de torbellinos de polvo, una parte de los hombres de armas del conde de Právia, fué á caer sobre el ala izquierda de los moros, que los recibieron con una nube de ballestas.

VI.

—A ellos mis walíes, «Le galib ille Alhá (1),» gritó Ayub blandiendo su alfanje damasquino.

Y haciendo ondear ante sí el sagrado estandarte del profeta en cuyo rojo fondo se veian escritas las palabras del Korán, se lanzó á encontrarse con el conde de Právia, que venia hácia él.

Ambos ejércitos chocaron con un ímpetu extraordinario. Los ballesteros árabes no pudiendo resistir el empuje de los ginetes de Rodrigo, se arremolinaron confusamente, y á no ser por el pronto auxilio de Abu-

(1) «Solo Dios es vencedor.» Este era el blason de los reyes de Granada, y su grito de guerra.

Huz con la caballería zenete, lo hubieran pasado muy mal.

Al poco tiempo estaba el campo sembrado de marlotas, alquiceles y tocas moriscas, alternando con los abollados cascos, los penachos y las lanzas hechas astillas de los cristianos.

Estos, si bien tanto en el ala izquierda como en el centro peleaban con ventaja, en el ala derecha se sostenian con dificultad, hasta que por fin volvieron la espalda, cargando sobre ellos y acuchillándolos sin piedad un peloton de soldados berberís, á cuyo frente iba el mismo Ayub.

Ver esto Rodrigo, y lanzarse seguido de todos sus escuderos á contener los fugitivos, fué obra de un momento.

VII

Reanimados estos con la presencia de su caudillo, volvieron á hacer frente á los moros, y Rodrigo llevado de su ardor, se metió en medio de ellos abriéndose ancho campo con su pesada espada de combate, hasta encontrarse con el alférez que llevaba el estandarte del profeta.

Verle, dirigirse á él, hendirle de un tajo descomunal

el cráneo, y apoderarse del estandarte en el momento en que el moro caia del caballo, todo fué obra de un momento

Al ver los infieles su veneranda enseña en poder de los cristianos, un terror pánico se apoderó de ellos; terror que Ayub quiso desvanecer lanzándose al frente de sus mejores soldados sobre Nuñez Osorio.

En un instante se vió éste cercado por un enjambre de ellos. En vano su brazo abria un círculo sangriento á su derredor; detras de los que caian, aparecian otros nuevos que cargaban sobre él más furiosos. Ya el cansancio se iba apoderando de él, la sangre que brotaba de sus heridas le debilitaba, y ya le creia Ayub tener en su poder, cuando Ferrando seguido de algunos escuderos de su señor, cayó sobre ellos con furioso empuje, haciéndose lugar hasta Rodrigo que empezaba á desfallecer.

Destruida la única esperanza de los moros, llevando al cabo de seis horas la peor parte de la batalla, y viendo en poder del enemigo su bandera, empezaron á cejar; entonces los cristianos renovaron su ataque con más furor, y momentos despues huian á la desbandada sin que los esfuerzos de Ayub, Abu-Huz y los demás walíes, bastasen para quitarles el miedo terrible que se habia apoderado de ellos.

El conde no quiso empeñarse en su persecucion, hasta no dar algunas horas de descanso á sus soldados, y al cabo de ellas, salieron con direccion á Valladolid

unos cuantos ginetes, llevando al rey los prisioneros y la bandera cogida á los infieles, mientras que por otra puerta salia Rodrigo al frente de su mesnada en direccion á Orihuela, hácia donde se habian dirigido los moros.

CAPITULO XIX.

En que se vé que nada puede la fuerza contra la astucia.

I.

Asentado en el fondo de un ameno valle, á dos leguas de Orihuela, el ejército vencido de Ayub, ha establecido sus reales.

Sentado sobre un monton de pieles de tigre, apoyada la cabeza en sus manos, se encuentra el caudillo árabe solo en su tienda, considerando todo el baldon que sobre él ha de recaer por la derrota que ha sufrido.

Es de noche: de cuando en cuando cruzan por el espacio los gritos de los atalayas, que vigilan todas las avenidas del campamento.

Escepto esos gritos, todo reposa en un profundo silencio en el campo de los moros.

Delante de la tienda del emir se pasean dos soldados africanos, cuyo rostro tan negro como la noche, resplandece bajo las blancas tocas que cubren sus cabezas.

II.

De pronto se detienen, y cruzando sus lanzas de dos hierros, quedan inmóviles á la puerta de la tienda.

La causa de su inmovilidad ha sido la aproximacion de dos bultos, que conforme se han ido acercando á ellos se han podido distinguir mejor sus formas.

El uno de ellos cubierto con un largo caftan negro, es un árabe; el otro armado á la usanza castellana, es un cristiano.

El primero avanzó hasta la puerta de la tienda.

El segundo se detuvo á algunos pasos de ella.

—Franquead el paso, dijo el moro á los soldados.

—¿Quién sois? preguntaron ellos.

—Miradme.

Y el árabe desembozándose del caftan, mostró á los africanos su rostro sin duda muy conocido de ellos, cuando apartando las lanzas, dijeron:

—Pasad, walí.

Y el walí levantó el tapiz que cubria la entrada de la tienda, y se encontró frente á frente con Ayub.

—Que el Dios altísimo y único te proteja, emir,—le dijo, haciéndole una zala tan profunda como el absolutismo musulman exigía.

—Que él sea contigo Kaleb; ¿qué me quieres?

—Nuestros atalayas han cogido un cristiano que venia, segun ha dicho, á comunicarte nuevas de un gran interés.

—Bien, mañana me las dirá.

—Es que ha dicho que urge para tu seguridad y la de nuestros soldados, que te hable en seguida.

—¿Eso ha dicho?... ¿será tal vez algun lazo?...

—Le recogeremos sus armas y...

—Calla Kaleb, Ayub-Ebn-al-Gedar no ha temido nunca, que pase.

—¿Quiéres que llame á tus soldados para que esten prevenidos?

—Nó, déjame solo con él.

III.

Kaleb salió de la tienda y despues de haberse asegurado Ayub, que su yatagan salia con facilidad de la vaina, esperó con serenidad la llegada del cristiano.

Entró este, se alzó la visera del casco, dejando ver la dura expresion del rostro de Ismael, y dijo:

—Dios te guarde, moro.

—¿Qué me quieres?—le preguntó Ayub.

—Darte lo que deseas:

—¿Y qué es lo que yo deseo?—dijo sorprendido el emir.

—La venganza.

La sorpresa de Ayub crecia, y no pudo ménos de exclamar:

—Y dí, ¿quién eres tú que así adivinas mi pensamiento?

—Un hombre que como tú desea vengarse, y que te necesita para que le ayudes.

—Habla; ¿de qué modo lavaré mi afrenta?

—Dentro de una hora estará sobre vosotros el conde de Právia con su gente, y sereis vencidos otra vez.

—¡Por Alhá! que me das una noticia satisfactoria.

—Escucha hasta el fin; para conseguir nuestro objeto, es menester que todos tus infantes se pongan en marcha y vayan á internarse en los jarales que hay á legua y media de aquí.

—Ya penetro tu intencion, quieres dividir mis tropas para hacer más fácil su destruccion; ¿y tú no sabes lo que el emir Ayub hace con los traidores?

—Poco me importa lo que haga;—contestó con desden Diego de Villanueva, ¿pero si hubiera querido hacerte traicion, ¿crées que hubiera venido á decírtelo?

—Es verdad; prosigue.

—Haz que se prepare tu caballería, que un peloton se

adelante para hacerles frente y empeñarlos en la accion, en seguida empezais á retroceder hácia los jarales, el conde se lanza en vuestra persecucion, entretanto otro cuerpo de caballería carga por la espalda sobre los cristianos, á favor de la noche el conde no puede ver vuestros movimientos, creerá vuestra huida real, y llegará hasta vuestra emboscada con tan poca gente, que sereis ó muy cobardes ó muy necios, si no vengais vuestra derrota.

—No me parece mal,—repuso Ayub, despues de un instante de meditacion, ¿pero quién me responde de que tú no me engañas?

—Mi vida que te entrego hasta que hayas salido bien de la empresa.

—Aceptado: ¡Hola! Kaleb.

El walí se presentó en la tienda.

—Mis armas, mi caballo, y avisa á mis walíes que se levante el campo.

IV.

Un cuarto de hora despues, una masa informe se dirigía con el mayor silencio hácia los jarales de Orihuela, mientras una descubierta de caballería avanzaba por el camino donde habia de venir Rodrigo.

CAPITULO XX.

En que se vé que la caridad, es una virtud un tanto perjudicial para las mujeres.

I.

Era por aquellos tiempos rey de Granada, Mahomet-Ebn-Otsman, que escarmentado por los soldados castellanos habia ajustado treguas con don Juan II, enviando por alcaides de sus fronteras, hombres de sano juicio, capaces de contener á sus soldados, si por acaso se les antojaba hacer alguna algara (1) por las tierras de los cristianos.

El alcaide de Baza, era uno de estos hombres, Muza-Ebn-Otsman era primo del rey de Granada, y únicamente á él hubiera confiado el monarca granadino, la alcaidía de la principal villa de sus fronteras.

(1) Correría.

Valiente hasta la temeridad, su juventud la habia pasado haciendo talas en las tierras de los cristianos, ó en los campos de batalla; siempre en las zambras, en los juegos de cañas, de sortija y en los torneos, habia sido el que más habia brillado, y añadiendo á esto un corazon magnánimo, una nobleza de sentimientos extremada, y una generosidad sin límites, tendremos una idea aproximada de lo que era Muza-Ebn-Otsman en su juventud.

Sin embargo, corrieron los años, y si bien la mayor parte de sus buenas cualidades no se extinguió, se amenguó por la inmensa avaricia que sustituyó á su escesiva prodigalidad.

La profusion conque derramó su oro, en sus juveniles años, habia casi destruido sus pingües riquezas, y ya en su vejéz se hizo extraordinariamente avaro.

II.

Este fué uno de los motivos que le impelieron á solicitar del rey, la alcaidía de Baza, donde lejos de las fastuosas fiestas de Granada, podria realizar mejor su plan de economía.

Mahomet-Ebn-Otsman, que conocia las buenas dotes que favorecian á su pariente, no titubeó en conce-

dérselo, le dió por esposa á su ahijada Zobeiba, hija del walí Alamin-Jucef, y el nuevo alcaide reunió en pocos años un capital considerable, capital que en vez de disminuir, su avaricia la excitó más, hasta el punto de tener espías que le avisasen cuando pasaba algun rico señor castellano por la frontera para apresarlo, y exigir despues por su libertad un cuantioso rescate.

Aparte de este defecto, Muza-Ebn-Otsman, era un cumplido caballero, noble, instruido y valiente, á pesar de sus años, casi se le podia disimular su avaricia por las otras buenas cualidades que poseia.

Zobeiba, habia heredado todo lo bueno de su madre, y una caridad inmensa, una compasion profunda de las desgracias ajenas, cualquiera que fuese la persona que las sufriera.

III.

Hermosa hasta la idealidad, le cuadraba perfectamente el nombre que la fantasía de los árabes le habia puesto; era una hurí del sétimo cielo, segun las comparaciones de los bardos orientales, era el ángel Azrael, tan cariñosa como bella, y tan bella como el lucero de quien llevaba el nombre.

Para los musulmanes indigentes, era un ángel del paraiso que el profeta ofrecia á sus elegidos.

Para los cristianos que gemian en las mazmorras del alcázar de Muza, era otra Santa Casilda, que bajaba á socorrerlos y consolarlos.

Zobeiba, pues, era querida de todo el mundo y especialmente de su esposo, que tenia toda su confianza depositada en su pariente Ayub, poderoso emir africano.

Sin embargo, Ayub, no era todo lo bueno que á Muza parecia; hipócrita hasta lo sumo, sabia encubrir sus defectos bajo una máscara de nobleza y lealtad infinita.

La belleza espléndida y pura de Zobeiba, habia exaltado la impureza de sus deseos; impureza que ocultó bajo la forma del amor; pero la esposa de Muza, con ese instinto peculiar á las mujeres, sea la que quiera su condicion ó sus principios, sin poderse explicar el motivo, sentia hácia Ayub una repulsion invencible.

En vano el jóven habia procurado vencer aquella antipatía, la esposa del emir, habíale manifestado terminantemente, que ni le amaba ni le amaría jamás, y el emir estaba furióso por semejante desprecio.

IV.

El alcázar de Baza, era más bien una fortaleza que un palacio. Dominando la poblacion en la cima de una pequeña eminencia, sobre robustos cimientos, se asentaba su inmensa mole de piedra, formando cubos, bas-

tiones y murallas cubiertas de saeteras, y coronadas de caprichosas y caladas torrecillas que formaban un extraño contraste con los cuatro denegridos torreones que defendian los ángulos del edificio.

Un puente de madera sostenido por gruesas cadenas de hierro, daba entrada á el castillo, que rodeado de un profundo foso, hacia impracticable la entrada por cualquier otro lado.

Ballesteros africanos de atezados rostros, paseaban sobre sus adarves, y en lo alto de los torreones se veian los atalayas; todo indicaba que Muza-Ebn-Otsman, no era hombre que dejara de tomar bien todas sus precauciones para no ser sorprendido.

V.

En el fondo de un sombrío calabozo, sobre un monton de paja y alumbrados débilmente por la luz que entra á través de un altísimo ajimez, el conde de Právia acompañado de su amigo Fernan Gomez, cautivo tambien como él, miran tristemente como desaparece el dia.

—Ya no tardará nuestro ángel custodio,—dijo al cabo de un largo silencio, Rodrigo.

—Demasiado creo que le parecerá siempre á nuestra impaciencia; contestó Fernan.

—¿Y quién será? Cuantas veces se lo hemos preguntado, ha eludido la respuesta.

—¡Ah! á mí solo me basta saber que es hermosa...

—¡Hermosa! nunca se ha alzado el velo que cubre su rostro.

—¿Cómo has podido verla?

—Adivinándola.

—No te comprendo.

—Ni yo tampoco te lo puedo explicar, pero me atrevería á jurar que la mujer que tiene un alma como la suya, la que posee ese acento tan dulce, tan armonioso, tan seductor; ese talle tan esbelto, sobre todo esa compasion tan infinita, no puede ser más que un ángel, y ya sabeis que los ángeles siempre son hermosos.

—Veo que te explicas con demasiado entusiasmo,—dijo el conde sonriéndose,—cualquiera diria que te habias enamorado de nuestra incógnita bienhechora.

—¡Yo!...—dijo sorprendido Fernan.

—Sí, tú: ¿y qué tendria eso de particular? ¿No eres jóven, no estás aún en esa edad de ilusiones y de quimeras en que se ama todo lo extraordinario? Sí, ámala, porque es muy hermosa.

—¿La has visto?—preguntó vivamente el caballero.

—Sí, el otro dia fué á hacer un movimiento, que apartó el velo de su semblante, y te confieso ingénuamente, que su hermosura me deslumbró.

—¡Ya lo decia yo bien!

—Amala, ¿quién sabe si ella te amará tambien? Y si así fuera, serian dos grandes triunfos para tí: uno por el amor, y el otro por la religion; pues para enlazarse contigo, seria menester que se hiciese cristiana.

—Mira, ya me parece que se acerca.

—Efectivamente, se oyen pasos.

Abrióse con estrépito la puerta de la mazmorra, y en vez de la bella aparicion que esperaban, entró un alférez africano, seguido de algunos soldados, y dijo:

—El poderoso emir, Muza-Ebn-Otsman, desea que el walí de los cristianos, me siga.

—¿Qué me quiere Muza?—preguntó el conde.

—El Señor altísimo y único lo sabe, contestó el moro.

—¿Y yo, no voy?

—Solo el walí de los cristianos ha de venir conmigo.

—No te impacientes, Fernan:

—Pero, ¿y si van á matarte?

—¿Te asusta eso?—preguntó con severidad el conde, —te creia más familiarizado con la muerte para que no la temieras.

—Demasiado sabes que no la tengo miedo; pero ya que mueres, quisiera muriéramos juntos.

—Allá nos reuniremos despues. Adios Fernan, si me sobrevives, conságrame alguna vez un recuerdo, y sé feliz.

—¡Que sea feliz! ¿qué me queda en el mundo?

—El amor.

Y tras estas palabras se desprendió de los brazos del jóven, y siguió á los soldados africanos.

VI.

Era una cámara ochavada: esbeltas columnas sosteniendo airosos y calados arcos, se entrelazaban, sirviendo de apoyo á la cúpula. Ricos perfumeros de plata embalsamaban la estancia; ruiseñores encerrados en jáulas de oro, lanzaban al aire sus melodiosos trinos.

Sentado sobre un divan de brocado, estaba un anciano.

Arrodillada á sus piés, una esclava de hermosura expléndida, agitaba ante su rostro un abanico de pluma.

Otras dos sentadas sobre las ricas alfombras de Pérsia, arrancaban de tiempo en tiempo un flébil sonido de las cuerdas de su laud de nácar, sonido que iba á perderse entre los arcos del aposento, las armonías de los ruiseñores, y las nubes de humo de los perfumeros.

Todo respiraba allí molicie y voluptuosidad.

Era una página viviente del Korán.

Era el abandono encantador de la vida musulmana.

De pronto se alzó el tapiz que cubria la puerta de la cámara, y un árabe apareció en ella.

Despues de haber hecho una profunda reverencia, dijo:

—El walí de los cristianos espera tus órdenes poderoso emir.

—Házle que entre, Agiab.

Salió el alférez, y al cabo de un momento, entró Rodrigo seguido de los soldados.

—Idos todos, dijo el anciano.

Abandonaron los soldados la estancia, y despues de haber estado contemplando un largo espacio el emir á el conde, le dijo:

—¿Eres tú el que ha destrozado las tropas de mi sobrino?

—Sí, contestó con entereza el conde.

—¿Y sabes la muerte que te espera?

—Tambien.

—¿Y no tiemblas, cristiano?

—El miedo se queda para tus soldados, moro, para tus soldados que han huido delante de un puñado de hombres, como huyen las palomas ante el gavilán, nó para un noble castellano; tus verdugos me verán morir tan sereno como si estuviera en el campo de batalla.

—Mal cuadra esa altivéz estando cautivo.

—Vive Dios, que si tus gentes no hubieran sido traidoras, y hubieran combatido lealmente, no estaria cautivo en tus mazmorras; pero comprendieron que á falta de su valor, tenian la traicion para vencerme.

—¡Por la santa Kaaba! que no se qué me contiene para

mandar que te empalen.... insultas á mis soldados y.....

—¿Y no son dignos acaso de ello? ¿Quién ha roto las treguas haciendo algaras en nuestras tierras, más que vosotros? ¿quién ha saqueado las villas, cobardes, que os habeis atrevido contra pueblos indefensos, contra soldados bisoños, y que habeis huido miserablemente ante las poderosas lanzas de mi mesnada?

Es imposible pintar el furor que se retrataba en el semblante de Muza. Dos ó tres veces llevó la mano á la empuñadura de oro de su yatagan; las esclavas estaban aterradas, y solo Rodrigo, con el fuego del valor y de la indignacion en su rostro, esperaba impávido la explosion de la ira del musulman.

Levantóse éste del divan, y trémulo de coraje, avanzó con los puños cerrados hácia Rodrigo, diciéndole con sordo acento.

—¡Miserable! juro por el Profeta hacerte pagar muy caras las palabras que has pronunciado.

—Puedes matarme, hace tiempo que lo deseo, y quizá tus sayones no me tengan el miedo que las ballestas de tus soldados me han tenido.

—¡Matarte!....—si yo te matara era hasta hacerte un favor; lo que quiero es que expíes por medio de una vida de sufrimientos la altanería de tus palabras, y arruinarte por la inmensa cantidad que me has de dar, si quieres rescatar tu vida del prolongado suplicio que la espera. ¡Tu muerte! ¿Y de qué me serviría?

—¿Y tú no sabes, que interin yo habite en tu alcázar,

tendrás un enemigo terrible de tu sosiego, que las lanzas del rey de Castilla traspasarán las fronteras para salvarme, y que te verás obligado á responder á tu rey de las desgracias que sobrevengan?

—Entonces, rescátate.

—¡Rescatarme! ¿es decir que para tí no hay honor; te he insultado en tus soldados, hiero tu honor tratándote con la misma altivéz y el mismo desprecio que á un judío, y sin embargo, para lavar tu honor me pides oro? ¡Raza degenerada y cobarde, quien hubiera creido que dejárais la espada de los valientes, por la codicia de los mercaderes!

—¡Oh! ¡tu vida cristiano, tu vida!—gritó Muza lanzándose con el yatagan desnudo sobre el conde,—¡tu vida por tus insultos!

Rodrigo aguardó sereno el golpe del furioso musulman, golpe que hubiera cortado su existencia, si destacándose de uno de los arcos de la estancia una mujer, no hubiera detenido el brazo de Muza, exclamando:

¡Señor!

VII.

Profundamente pensativo y cabizbajo quedó Fernan cuando el conde de Právia salió del calabozo.

No dudando que Rodrigo iba á morir, y que á él le

estaba reservada la misma suerte, se preparaba para dejar la vida con la mayor resignacion posible.

—En el desgraciado combate en que por la infame accion de Diego, cayó cautivo el de Právia, Fernan, que no se separaba de su lado, no queriendo dejar en poder de los infieles el blason de su amigo, lo arrancó del asta, ocultándolo bajo su ropa, y se lanzó sobre los árabes, hasta que prisionero como Rodrigo, los pusieron juntos en la misma mazmorra.

Algunos momentos habian trascurrido desde que el conde abandonó la prision, cuando un ligero ruido que se oyó hácia la puerta, y poco despues el rechinar de los cerrojos, hizo alzar al alférez la cabeza y levantarse para recibir dignamente á sus verdugos, como él no dudaba que serian.

Abrióse la puerta, y una mujer vestida á la usanza mora, cubierta con un velo bastante espeso, apareció en ella.

Una exclamacion de alegría salió de los lábios de Fernan, que cogiéndole una mano, sin que hiciera mucha resistencia, la acercó á sus lábios diciendo:

—¡Gracias á Dios, que me ha permitido ver un ángel antes de mi muerte!

Un ligero movimiento que no pudo ocultar la encubierta, hizo decir á Fernan.

—¿Os sorprendeis, señora? Ahora mismo acaban de llevarse á mi amigo, y debo esperar que pronto seguiré su misma suerte.

—¡Oh! nunca, exclamó con fuerza la mora.

A su vez, le tocó sorprenderse al alférez.

—Qué, ¿sería yo tan feliz,—dijo,—que os interesáseis por mí?

Una mirada apasionada, larga, intensa, fué la única contestacion que tuvo, quedando algunos momentos silenciosos ambos personajes.

Al cabo de ellos, Fernan apretando tiernamente con una mano aquella otra que temblaba entre las suyas, apartó suavemente la toca que cubria el rostro de la dama, y exhalando un grito de admiracion, cayó á sus plantas.

VIII.

Efectivamente, que la hermosura de la mora era espléndida, era la divinidad humanizada, si se nos permite decirlo así.

Sobre un rostro oval ligeramente moreno, se asentaban unos ojos negros, de esos legados por la raza árabe á las hijas del mediodia, cuyas pupilas velaban voluptuosamente largas y pobladas pestañas, una nariz recta, unos lábios de carmin que al entreabrirlos dejaban ver dos hileras de perlas, y como sirviendo de marco á cuadro tan encantador, espesas y apiñadas trenzas de cabellos, tan negros como sus ojos.

Ricamente vestida segun la costumbre mora, su belleza resplandecia doblemente bajo sus ajorcas de brillantes, faldellines de seda damasquína, sus encajes de Alepo y sus chapines bordados de pedrería.

Motivo tenia el conde de Fuente de Cantos para sorprenderse, si bella estaba Zobeiba en su estado natural, más bella estaba en aquel momento en que un encendido rubor cubria sus mejillas, y trémula, confusa, palpitante, era la imágen más perfecta de la venus pudorosa de Zenxis.

Aquella situacion no podia prolongarse mucho:

Alzó Fernan la cabeza, y fijó sus ojos en Zobeiba.

Zobeiba bajó los suyos y los fijó en Fernan.

Por un momento aquellas dos miradas se encontraron, chocaron y se confundieron.

Y á través de ellos se hablaron sus almas.

Y su lenguaje mudo; pero elocuente, les expresó más que cuanto sus lábios pudieran haber pronunciado.

Y continuó el silencio.

El dia amenguaba progresivamente.

El calabozo estaba más sombrío.

Y sin embargo, en su interior reinaba una felicidad infinita.

Y las miradas seguian acariciándose.

Y las almas comprendiéndose.

Aquello era un idilio sublime.

Por sitio, tenian una mazmorra.

Por arrullo, el estridente sonido de las cadenas que arrastraban los cautivos.

Por perspectiva la muerte.

¿Pero qué les importaba á ellos el lugar, el rumor, y el porvenir, si se amaban?

IX.

—¡Oh! amada mia, dijo Fernan, despues que sus lábios hubieron sancionado lo que sus almas se habian dicho, nuestra felicidad nos hace injustos: nos hemos olvidado de mi amigo, á quien los verdugos de tu esposo se han llevado.

—Tienes razon,—contestó Zobeiba, con un acento tan dulce como el murmullo del aura entre las flores,—veré á Muza y si aún es tiempo, no morirá.

—Y yo te adoraré como ningun caballero lo ha hecho; porque te deberé las dos felicidades más grandes que he disfrutado en mi vida, vuela Zobeiba, vuela, si aún es tiempo ruega á tu padre, y si lo que quiere es una víctima, que me sacrifique á mí en vez del conde.

—¡A tí!—dijo con un acento desgarrador la mora,—¿sacrificarte á tí? ¡morir tú cuando eres la luz de mi alma! Nó, tú no morirás porque yo te seguiria y mi padre me ama demasiado para consentir en mi muerte.

—Los instantes pasan, y quizá dependa de uno de ellos la vida de don Rodrigo, si me amas, si ese amor que he leido en tu alma me pertenece, sálvale, Zobeiba, sálvale; porque ese mismo hombre ha salvado la mia más de una vez en los campos de batalla.

—Voy en seguida.

Y sus ojos volvieron á encontrarse en un dulcisimo adios.

Y Zobeiba se lanzó fuera de la mazmorra y subió hasta las habitaciones de su esposo, llegando á tiempo de detener su brazo cuando iba á herir á Rodrigo.

Este fué nuevamente conducido á su calabozo, mientras el alcaide reuniendo á sus walíes y vacires y ahines les daba cuenta de lo ocurrido, y les pedia parecer acerca de la suerte que merecia el caballero.

La opinion fué unánime.

Merecia la muerte y á ella fué condenado.

Antes de continuar, daremos á nuestros lectores algunos antecedentes respecto á Zobeiba, á fin de que pueda conocerse la tristísima herencia que de sus padres habia recibido.

CAPITULO XXI.

De lo que aconteció en Granada veinte años antes de los sucesos que vamos refiriendo.

¡Bendita seas Granada!

¡Bendita seas! con tus altas y esbeltas torres de robustas almenas, de saeteras estrechas y de calados ajimeces.

¡Bendita seas! con tus cúpulas destellando á los ardientes rayos del sol los cambiantes de sus tejas de colores, con tu torre de la Vela, y tus estrechas y revueltas calles.

¡Bendita seas! con tu verde y florido Generalife, con tu pintoresco Albaicin y tu barrio del Hajeriz (1).

¡Bendita seas! con tu Alhambra, con ese palacio en-

(1) Barrio del Deleite.

cantador ideado por los génios y edificado por Alhamar.

¡Bendita seas! en fin, con ese cielo que trasparenta en su nitidéz y pureza el azul de los ojos de Dios; con el verdor perenne de tu suelo, con la nieve de tus montañas, con las mil aldeas que, como blancos nidos de tórtolas, esmaltan á trechos el verde esmeralda de tu vega, con tus cien riachuelos y tu sol árdiente, abrasador y vivificante.

¡Bendita seas! tú, la *cándida y la clara*, como te llaman los descendientes del Profeta.

. . . .

Corria el año de 1420 de la Era Cristiana, y el 711 de la Egira.

Los *muetzines* acababan de anunciar á los buenos creyentes desde el *mirab* de las mezquitas, que la hora del reposo habia llegado.

Acababa de oscurecer y al movimiento, á la animacion y á la algazara que durante el dia reinaba en Bib-a-Rambla, en el Zacatin, en la Alcaicería y en la Alhambra, sucedió el reposo y la quietud.

A las horas de los negocios, seguian las horas del deleite y del amor.

La casa del *walí* Alamin-Jucef, se encontraba como todas, sumida en el más profundo silencio.

El walí se hallaba en las fronteras rompiendo lanzas contra los cristianos, y durante su ausencia, no habia en su ostentoso palacio mas, que sus mujeres y sus esclavos.

Largo rato hacia que la luna habia principiado su silenciosa marcha, cuando un musulman jóven y apuesto, á juzgar por la marcial desenvoltura de su paso, envuelto en su blanco alquicel, se aproximó á las tapias que cerraban los jardines del walí, y haciendo uso de una llave que sacó de entre los pliegues de su ceñidor de la India, franqueó una pequeña puerta que se abria en el tapial.

Volvió á cerrarla cuidadosamente, é internándose por las umbrías alamedas del jardin, llegó al palacio, y sin duda debia conocer perfectamente el camino, pues de tres escaleras que daban al jardin tomó resueltamente la de la izquierda. Internóse por un estrecho corredor, atravesó varias habitaciones, hasta que alzando un espeso tapiz que cubria un primoroso arco de herradura, se encontró en un magnífico aposento.

Muellemente reclinada sobre los mullidos divanes, estaba una mujer de maravillosa hermosura.

Nada mas bello que aquellas dos personas reunidas en una habitacion tan llena de encantos.

El musulman podria tener algunos veintiseis años, y su arrogante apostura, lo robusto de sus miembros, lo bien redondeado de sus formas y la expresion de sus ardientes y rasgados ojos negros, le hacian poderosamente seductor para las mujeres y enemigo terrible para los cristianos.

Un casco de plata con arabescos y filetes de oro cubria su cabeza: una túnica de brocado ceñida á su cin-

tura por su faja de seda, unas calzas de grana con primorosos bordados, y unos borceguíes de tafilete recamados de pedrería, completaban el rico traje del gallardo mozo.

Atravesado en la faja llevaba un yatagan y un puñal, armas completamente inofensivas por aquel momento, á juzgar por la apasionada mirada que posaba en la dama.

Esta representaba casi la misma edad que él.

Todo el vigor, toda la fuerza de pasiones, toda la exuberancia de vida peculiar á las razas orientales, estaba sintetizado en ella.

Rostro ligeramente moreno y ovalado, al cual servian de marco anchas y espesas trenzas de cabellos negros y lustrosos que se escapaban del riquísimo turbante de crespon y pedrería que cubria su cabeza; ojos garzos, grandes, ardientes, abrasadores; lábios encendidos, sonrientes, incitantes y perfumados como una rosa de Alejandría; cuello de garza, hombros redondos, mórbidos y suaves, seno alto y abultado, talle reducido y esbelto, manos de ángel, y piés de niño, constituian el conjunto de aquella mujer que fijaba en el musulman una mirada ansiosa, húmeda y enamorada.

Su traje era rico y demostraba la fortuna de su dueña.

Esta era Fatimah esposa del poderoso walí Alamin-Jucef.

El musulman, que en medio de la estancia se encontraba fascinado por la ardiente irradiacion de sus pupi-

las, se llamaba Ebn-Halifax, y pertenecia á la tribu de los abencerrajes, enemigos declarados de los zegríes.

¿Por qué se encontraba Ebn-Halifax en el interior de las habitaciones del walí, santuario misterioso, vedado á cualquier otra planta que no fuera la del dueño del palacio?

El amor era el culpable.

Un año antes de estos sucesos, acababa de romperse la tregua ajustada con los cristianos.

El rey de Granada, seguido de sus walíes, y al frente de sus taifas, iba á ponerse en marcha para atravesar la frontera y caer como un torrente devastador, sobre las tierras de Castilla.

Los caballeros musulmanes querian despedirse de Granada con una fiesta, y la plaza de Bib-a-Rambla no podia contener la multitud que esperaba impaciente que los añafiles y las chirimias diesen la señal para dar principio á las cañas y á la sortija.

En el estrado real, y á corta distancia de las mujeres del monarca, hallábanse las del poderoso walí Alamin-Jucef su favorito.

Fatimah se destacaba entre todas como la rosa entre las demás flores.

La cuadrilla de abencerrajes que habia de competir con los gomeles, zegríes y gazules, iba mandada por Ebn-Halifax.

Ninguno más airoso, más diestro, ni más galante que él.

En el torneo, su lanza siempre quedaba vencedora.

En los juegos, siempre se llevaba el premio.

Ebn-Halifax vió á Fatimah y palideció.

Fatimah fijó sus ojos en el abencerraje, y sintió que su corazon palpitaba con rapidéz, y que sus mejillas se enrojecian.

Al dia siguiente, Alamin-Jucef y Ebn-Halifax, seguian á la hueste que iba á la guerra.

El abencerraje recibió una herida en la primera escaramuza que tuvieron con los cristianos, y regresó á Granada á restablecerse.

Curada la herida del cuerpo, buscó la curacion de la herida que tenia en su alma.

Fatimah, era jóven y hermosa.

Alamin-Jucef, viejo, colérico y celoso.

La mora temia, pero no amaba á su marido.

Su corazon tenia sed de amor, y Ebn-Halifax ansiaba el cariño de su corazon vírgen y apasionado.

Puestos en contacto estos dos deseos por la mirada que se cruzó en Bib-a-Rambla, necesariamente debian encontrarse.

El oro allanó el camino, y los dos amantes se vieron más de una vez.

Alamin-Jucef, seguia su campaña contra los cristianos, y su esposa y el abencerraje en el abandono de su pasion, se cuidaban muy poco de su llegada.

En el momento en que los presentamos á nuestros lectores, Fatimah á pesar de la alegría y la pasion que

respiraba su semblante al ver á Ebn-Halifax, un observador ó un amante debian descubrir en sus ojos las huellas del llanto, y en sus mejillas la palidéz del dolor.

El abencerraje era lo segundo, y necesariamente debia apercibirse de ello.

Al ligero ruido producido por la aparicion del musulman, incorporóse vivamente la dama, y el rubor del placer y de la impaciencia satisfecha, coloreó sus pálidas mejillas.

—¡Fatimah!—exclamó el moro deteniéndose en medio de la habitacion.

—¡Por fin has llegado!—murmuró la dama fijando su poderosa mirada en él.

Y abandonando el divan en que estaba sentada, arrojóse en los brazos del recien llegado, exclamando con un acento indescribible:

—¡Sálvame, Ebn-Halifax, sálvame!

El abencerraje, pues á este bando pertenecia el musulman segun indicaban los colores que vestia, la condujo otra vez á los mullidos almohadones, obligóla á sentarse, y arrodillándose á sus piés la preguntó:

—¿Qué tienes, luz de mis ojos? ¿Qué riesgo te amenaza? ¿Por qué á las rosas de tus mejillas ha reemplazado la palidéz de las azucenas? Habla, ¿por qué hay lágrimas en tus ojos y agitacion en tu pecho? Respóndeme por piedad. ¿Por qué lloras? Déjame que beba esas perlas que se desprenden de tus párpados, y que te adore como á una hurí del sétimo cielo.

—Para nosotros ha terminado ya la felicidad,—repuso la esposa de Alamin con voz ahogada por la emocion. —Mi llanto es tan amargo como horrible el dolor que me devora.

—¿Qué estás diciendo, Fatimah?

—Que nuestra ventura ha concluido; que nuestra felicidad se ha desvanecido como un sueño; que apenas hemos llegado á entrever el paraiso, cuando nos hemos hundido para siempre en el infierno. ¡Ah! ¿Por qué te he conocido?

Y la jóven, al pronunciar estas frases con desgarrador acento, dejó caer su cabeza sobre el pecho de su amante.

—¡Por el Santo Profeta!—exclamó este,—que necesito saber lo que pasa. ¿De qué nace esa desesperacion que llena de espanto mi alma, y que hace tiemble medroso mi corazon? Habla, estrella del encantado cielo de Andalucía, habla, porque si no calmas esta sed de impaciencia que me consume, espiraré á tus plantas como las tiernas florecillas privadas de los rayos del sol.

—El Santo Profeta no quiere tener piedad de nosotros.

—¿Por qué?

—Mañana apenas el sol se haya alejado de estos lugares para iluminar otras tierras, Alamin-Jucef, mi esposo y dueño, entrará en Granada al frente de sus taifas.

Estas palabras, pronunciadas lentamente por Fatimah,

cayeron como otras tantas gotas de hielo en el corazon de Ebn-Halifax.

—Sí, amado mio,—prosiguió la jóven con un acento dulcísimo,—adormecidos y embriagados en nuestra mútua felicidad, nos habiamos olvidado de todo, de todo, hasta de mi esposo. Es verdad que antes de conocerte ¡era tan triste para mí la vida!... Todo me parecia pálido y frio; el sol de tu amor no alumbraba el mundo en que vivia, y no encontraba ni encantos en el cielo, ni armonías sobre la tierra: las flores estaban sin aroma, los pajarillos sin cantares, mi corazon estaba triste, porque tú no vivias en él. Pero el Dios único y omnipotente tuvo piedad de mí y te presentó á mis ojos. Desde entonces encontré aroma en las flores, armonías en los pájaros y vida en mi corazon. ¿Por qué la felicidad dura tan poco?

Ebn-Halifax escuchaba embebecido las palabras de su amada.

Esta continuó cada vez con el acento más triste y dolorido.

—Hoy todo ha concluido para mí; hoy, dentro de poco tal vez, esposa adúltera, voy á tener que expiar mi crímen de una manera horrible y afrentosa. ¿Por qué te he conocido?

—¡Cruel!—exclamó el moro con desesperacion,—me reprochas tu amor, y aún te atreves á hacer de él un crímen. ¡Cuán injustas sois las mujeres! Por ahorrarte una lágrima de esos tus ojos negros, cien vidas que tu-

viera las daria sin vacilar. Si eres tú la sultana de mi alvedrío, si la vida que tengo la aspiro en tu mirada, si necesito los latidos de tu corazon para que palpite el mio, ¿qué imposible habria que no realizase? ¿Quieres que huyamos de aquí? habla: mi yegua cordobesa no espera más sino que tú cabalgues sobre ella para volar. Abandonaremos esta tierra donde el dolor ha sucedido al placer, y pasaremos á Africa: allí, en la tierra de nuestros padres, en medio de los oasis del desierto, á la sombra de aquellas palmeras gigantes puestas por la mano de un génio protector de los desvalidos, encontraremos ventura y calma, quietud y reposo: una *luna* sucederá á otra, y cada una de ellas añadirá un quilate más á tu hermosura, y un átomo más de amor al que abrasa mi alma. Huyamos, luz de mi vida: el Santo Profeta protegerá nuestra fuga y seremos dichosos.

Mientras habló el árabe, Fatimah le estuvo escuchando trémula, fascinada por la ternura de aquellas frases y por el amor infinito que de ellas se desprendia.

Hubo un momento en que sus ojos se encontraron.

Y era tanto el fluido que se exhalaba de los del musulman, que la jóven enloquecida por aquella mirada, doblegó su cabeza sobre el seno del abencerraje.

Pero este vértigo no duró mas que un momento.

Fatimah alzó su cabeza.

Un tinte de sombría desesperacion se habia esparcido por su semblante.

Rechazó dulcemente á Ebn-Halifax y le dijo:

—¡Oh que locos somos! pensar en la felicidad cuando el dolor nos estrecha entre sus apretados lazos. ¿Acaso porque huya contigo dejaré de escuchar ese terrible acento que á cada instante está reprochándome mi conducta? No, amado mio: déjame sola con mi amargura y mi desesperacion. Vete, nuestro amor no ha sido más que un sueño, cuyo despertar es necesario que sea terrible solo para mí.

—O tú no te has explicado bien, ó juro por el Santo Profeta, que no te he comprendido. Dices que me aleje; dices que yo vaya á buscar en los amores de otra mujer la ventura que pierdo con el tuyo. ¡Nunca, Fatimah, nunca! Si tu corazon es de los que olvidan, si has querido jugar con el amor de un creyente como el niño con el objeto que le presentan, arrójalo en buen hora lejos de tí, desdeña el juguete que te entretuvo, pero no para justificar tu olvido recurras á medios tan bajos y tan arteros.

—¡Calla!—gritó Fatimah, herida por las palabras de su amante.

—¡Así sois las mujeres! mucho cariño ayer y mucho olvido hoy.

—Escúchame.

—¡Y yo que te amaba tanto!

—Pero si jamás te he olvidado,—gritó la jóven que ante el gemido del alma que se exhalaba por los lábios del árabe, sentia despertarse su amor más grande, más impetuoso.—Si yo te amo cada vez con más delirio, ¿no

sabes lo que yo sufro sin tu amor? eres injusto: ¿no sabes lo que es pasar largos dias de angustia y desesperacion, sin que una voz amante murmure en nuestro oido esas palabras que el aura, las flores y las aves repiten á cada instante? ¿No sabes tú lo que es pasar noches de insomnio, sin que el ángel del amor extienda sobre nosotros sus brillantes alas? ¿No sabes tú lo que es sentir en el alma un amor infinito, grande como la inmensidad, imperecedero como el mundo, y no encontrar á nuestro lado un objeto que satisfaga ese amor? Yo he sufrido todo eso; pero te ví en Bib-a-Rambla y te entregué mi corazon. Por tí solo, mi alma despertó de su letargo; tus palabras me enloquecieron, y me fascinaron tus miradas; tú eras la encina y yo la hiedra que buscaba mi apoyo en tu robusto tronco. ¡Cuán dichosa he sido! Despues ha llegado la noche, la noche sombría, lúgubre y aterradora, la noche de las sombras y de los dolores, la noche de la angustia y de la desesperacion. ¡Cuánto he llorado desde ayer! ¡Parece imposible que en el corazon haya tantas lágrimas para llorar nuestros dolores! ¿Y aún te atreves á decirme que no te amo? ¿aún te atreves á insultar mi amor porque quiero sufrir yo sola, mientras que deseo la felicidad para tí?

—Es que yo no la quiero sin tí,—repuso Ebn-Halifax poderosamente impresionado por las palabras de su amada.

—¿Es que yo tengo un esposo?...

—¿Pero me amas?

—¡Santo Profeta! ¿y me lo pregunta todavía?

El abencerraje la contempló de una manera ávida é insensata, pálido reflejo de la gran emocion que sentia, y estrechándola entre sus brazos, murmuró:

—Sí, mia para siempre.

—Mientes,—gritó una voz á sus espaldas.

Un grito ronco, inarticulado y un ligero extremecimiento del cuerpo de Fatimah, dieron á conocer á Ebn-Halifax antes que pudiese ver quién era la persona que pronunció la anterior frase.

El abencerraje depositó á la jóven desmayada en los almohadones en que momentos antes estuvo sentada, y se volvió hácia el sitio de donde habia partido la voz.

En una puerta perfectamente oculta por las ensambladuras de las paredes, un hombre pálido, letal y terrible, con la cólera impresa en sus facciones, posaba una mirada insistente y tenaz en el grupo formado por los dos amantes.

Aquel hombre era el walí Alamin-Jucef.

El abencerraje le reconoció inmediatamente, y llevando la mano á la empuñadura de su yatagan le dijo:

—¿Qué quieres, Jucef?

—Tu vida y la de esa mujer,—contestó el walí con voz sorda.

—Ven por ella si te atreves.

Y el desnudo acero brilló en la mano del musulman.

Pero Alamin no hizo movimiento alguno.

Su mirada, irradiando un poderoso fluido de ódio y

de venganza, se desplomaba sobre el abencerraje haciéndole vacilar á pesar de su valor.

Habia en la mirada del walí algo de la magnética influencia de la serpiente.

—Vamos, ven á matarme,—exclamó Ebn-Halifax.

—No te impacientes, ya voy,—contestó el walí con una calma glacial.

—Te espero.

Pero Alamin no hizo movimiento alguno.

Permaneció impasible, y únicamente sus ojos en los que parecia haberse concentrado toda su vida, brillaban como los del tigre, fascinando y aturdiendo al abencerraje.

Al cabo de algunos segundos, mudo, sombrío, acompasado como la estátua del comendador, se adelantó hácia el amante de su esposa, que sin fuerzas para resistir al influjo de su mirada, no pudo dirigir la punta de su arma al pecho de su contrario.

Hizo cuanto era posible para romper aquel encanto que encadenaba su voluntad; pero no pudo conseguirlo.

—Vamos, ya me tienes aquí,—le gritó el walí acercándose á él,—defiéndete cobarde.

—¡Oh!

Y Ebn-Halifax trató de levantar su arma; pero ante la fuerza de aquella magnética mirada, tornó á bajar su brazo.

Entonces una sonrisa horrible, sonrisa de fiera, cuando olfatea el olor de la sangre, vagó por los lábios del walí.

Sacó el puñal que llevaba atravesado en la faja que ceñia su talle, y antes de que el abencerraje pudiera hacer movimiento alguno, le hundió dos veces en su pecho.

Ebn-Halifax cayó para no levantarse nunca.

Contemplóle breves segundos Alamin, y murmuró con un acento que nada de humano tenia:

—Por el Santo Profeta que aún has tenido una muerte dulce, miserable. Yo he debido recrearme en tu desesperacion, arrancarte gota á gota tu aborrecida sangre para poderme gozar en tu agonía. Tú me has dado un infierno de desesperacion, y yo te he dado una muerte sin sufrimientos.

Despues se aproximó á Fatimah.

Su frente ardia, sus ojos estaban inyectados de sangre, y un temblor convulsivo agitaba sus miembros.

Arrancó el humeante puñal del cuerpo del abencerraje y lo levantó sobre el pecho de su esposa.

Dos veces alzó el brazo para herirla, y dos veces cayó el brazo á lo largo de su cuerpo.

Entonces miró de nuevo el cadáver de Ebn-Halifax.

Y como si este excitante fuera lo que su cólera necesitaba, con un frenesí salvaje se lanzó sobre su esposa murmurando con una expresion horrible:

—Muere, infame: ve á reunirte en el infierno con el amante á quien habias querido reunirte sobre la tierra.

Fatimah no hizo más que algunos ligeros movimientos.

Despues quedó inmóvil.

Pasó de la vida á la muerte, sirviéndole de tránsito

el súbito desmayo que le produjo la aparicion de su esposo.

Este, despues de haber saciado su venganza, permaneció silencioso durante algunos segundos mirando los dos cádáveres.

Despues, una carcajada histérica, ronca y gutural se exhaló de su garganta.

Tras ella se lanzó como un loco á una habitacion inmediata.

Sobre un lecho de encajes y seda dormia tranquilamente una niña de pocos meses.

Despertóla bruscamente de su sueño; la estrechó frenéticamente entre sus brazos, y poseido de un vértigo infernal, atravesó habitaciones y salió á la calle, y corriendo siempre dirigióse hácia la colina Roja, donde el génio y el poder de Alhamar el Nazarita habian construido la Alhambra.

Los atalayas trataron de impedirle el paso; pero el walí era harto conocido y su detencion fué muy corta.

Los oficiales del monarca granadino y los etiopes de su guardia contempláronle atónitos.

—Quiero ver al rey, quiero verle,—gritaba Alamin.

Y á este deseo, formulado con tal energía, al par que rechazaba con dureza á los que trataban de detenerle, no fué posible oponerse, y el walí penetró en la estancia del monarca.

Mahomet-Ebn-Otsman estaba recostado en los mullidos divanes que rodeaban su cámara.

A corta distancia de él, algunas esclavas arrancaban flébiles sonidos de sus guzlas de marfil con cuerdas de oro.

El sultan aspiraba con voluptuosidad el humo que se exhalaba de la boquilla de ambar de su larga pipa, y saboreaba con la delicia de un verdadero creyente, el aroma del tabaco, los perfumes de las flores y las armonías de las guzlas.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, despertó de su letargo.

Una exclamacion de enojo y de sorpresa brotó de sus lábios.

Alamin-Jucef, pálido, jadeante y ensangrentado, estaba delante de él.

—¿Qué quieres, walí?—le preguntó el rey.

—Señor,—contestó Alamin con voz ronca al par que ponia su hija sobre la mullida alkatifa de Persia en que se hundian los piés del monarca,—aquí tienes á mi hija, la pongo bajo tu amparo: acabo de atravesar el pecho de su madre adúltera, y el de su infame seductor, y como todo crímen necesita castigo, aquí tienes el mio.

Y antes que el monarca pudiera impedirlo, el walí se dirigió una puñalada tan terrible sobre el corazon, que quedó muerto instantáneamente.

Aquella niña, que se llamaba Zobeiba, fué recogida por el rey, y educada en el interior del harem real.

Veinte años despues, Zobeiba tenia que aceptar como



Aquí tienes á mi hija, la pongo bajo tu amparo.

esposo al anciano emir-Muza-Ebn-Otsman, primo del rey de Granada.

Quedó huerfana en el año 711 de la Egira, ó sea el 1420 de nuestra Era, de modo que al saltar los veinte años que hasta su casamiento sucedieron, volveremos á encontrarla en el trascurso de nuestra obra, mujer ya, y habiendo recibido por única herencia de sus padres la sangre de ambos.

CAPITULO XXII.

Un astrólogo que tiene poderosas relaciones con el emir Ebn-Ostman.

I.

La noticia del desastre ocurrido en Orihuela, llegó á Valladolid por los caballeros que separándose del campo de Rodrigo, se dirigieron á la córte, y por Ferrando y Lope escuderos de ambos condes, que llegaron á fin de poder arreglar las cantidades precisas para sus rescates.

Mientras en la córte se trataba de enviar una comision al emir para obtener la libertad de los cautivos, el judío Samuel á quien ya conocen nuestros lectores, tuvo una entrevista con doña Beatriz de Villanueva, entrevista despues de la cual, llamó al criado que le servia, y le dijo:

—Nuño, es necesario que partas inmediatamente para la alcaidía de Baza.

—¡Cómo! señor,—exclamó el escudero,—¿otra vez?

—Pero vas á ir tú solo.

—¿Y vos?

—Yo permanezco aquí.

—¡Luego no abandonamos á Valladolid!—dijo el escudero con indefinible acento.

—Aun no se encuentra terminada la mision que me ha traido aquí:

—¿Y qué voy á hacer en Baza?

—Entregar una gacela al emir para poner en libertad al conde de Právia.

—¡Con que está cautivo!

—Sí. Acaba de decírmelo Esther, y de pedirme que le salve.

—¡Ella!—exclamó con terror el escudero.

—Sí, ella le ama.

Durante algunos segundos permanecieron ambos sin hablar una palabra.

Despues murmuró el escudero:

—Es una familia maldita.

—Tienes razon,—contestó Samuel.—Nosotros no somos otra cosa que instrumentos de la fatalidad que sobre ella pesa. Anda Nuño, anda, prepárate para marchar al momento.

El escudero preocupado y silencioso abandonó la estancia, mientras el judío trazaba sobre un pergamino varios caracteres arábigos.

Hecho esto, le enrolló cerrándolo con su sello, y

momentos despues salia Nuño de Valladolid, llegando á Baza á los pocos dias.

Hízose anunciar al emir y no se hizo esperar mucho la contestacion de este.

Nuño fué introducido hasta su presencia:

—Que el Dios grande y poderoso te guarde, emir,—dijo el escudero, que vestido á la usanza mora, afectando su mismo lenguaje, hizo tres zalas tan profundas al entrar en la estancia, que el árabe mas perspicaz y más etiquetero, nada hubiera tenido que tacharle.

—¿Qué quieres?

—Poner en tus manos esta gacela que el astrólogo Samuel, mi señor, me ha dado para tí.

Tomó Muza el pergamino rollado y sellado que Nuño le entregaba, quitó el sello de cera que tenia, los hilos que lo cerraban y lo leyó.

Nuño no apartaba sus ojos del rostro del alcaide. A medida que este iba leyendo, su semblante se oscurecia, y cuando concluyó, profundas arrugas surcaban su frente, y quedó sumamente pensativo.

II.

Por fin le dijo:

—Bien sabe Alhá, que lo que tu señor me escribe afecta muy dolorosamente á mi corazon.

—¿Qué hay en la gacela que pueda entristecer al poderoso Muza-Ebn-Otsman?

—Si hubieras venido hace dos dias, aún hubiera sido tiempo.

—¿Y ahora?..—preguntó Nuño sin poder contener un ligero extremecimiento.

—Ahora es demasiado tarde.

—¿Acaso?..

—El conde de Právia, siendo mi cautivo, se ha atrevido á insultarme, y si no murió en el acto, puede decir que debe la vida á mi esposa, que detuvo mi brazo en el momento de herirle, considera tú si despues de tamaña ofensa, hay dinero suficiente para pagarme su rescate.

—¿Es decir, que te niegas á lo que mi señor desea?

—Y puedes decirle que tengo un pesar inmenso; Samuel me salvó la vida, y nunca me ha exigido nada por semejante servicio, hasta ahora que no puedo complacerle.

—Pero el conde es rico, y por su rescate daria lo que tú quisieras.

Una marcada expresion de codicia se reflejó en los ojos de Muza, que desapareció en seguida, dando lugar á otra de odio y venganza implacable, contestando:

—Su crímen solo merece la muerte.

Siguióse otro largo silencio:

—¿Conque decididamente no accedes?

—No. Dile á tu señor que me pida otra cosa, que me pida cuanto pueda depender de mí, y lo tendrá.

—¿Pues acaso la libertad del conde, no depende de tí?—dijo Nuño.

—Mis walíes conocen ya lo que ha pasado, saben que ese cristiano ha insultado á mis tropas, y ellos mismos han dado la sentencia.

—¿De muerte?

—De muerte.

—¿Y se ha ejecutado ya?

—Pasado mañana.

—Piensa, que mi señor goza gran favor con el rey de Granada, Mahomet-Ebn-Otsman, y que podias tener un disgusto por esa ejecucion.

III.

Vaciló un momento Muza; pero en seguida contestó con arranque.

—Suceda lo que quiera, es mi voluntad que muera y morirá.

—¿Sin temor á las consecuencias?

—¿Qué me importan? Ea, basta ya; te he contestado lo que debia, y nuestra conversacion ha concluido, repite á tu señor todo cuanto te he dicho.

—Conserva tú tambien en tu imaginacion lo que te he anunciado, si te sobreviene una desgracia, á nadie culpes más que á tí. En la casa del santo faquí, Ebn-Ismail estoy, allí esperaré tu resolucion hasta pasado mañana.

—Será la misma que hoy, vete.

—Que Alhá ilumine tu espíritu, emir.

Y tras estas palabras, despues de haberle hecho una profunda reverencia, abandonó Nuño la estancia, y poco despues la fortaleza de Baza.

IV.

Han pasado los dos dias que Nuño dió de tiempo á Muza para que resolviera acerca de la suerte del conde.

Sentado en un divan en la casa del faquí (1) de la Santa Kaaba (2) de Baza, no puede disimular el profundo disgusto que la conducta del alcaide le causa.

—Hé ahí lo que son los hombres, decia el escudero á Ebn-Ismail, que sentado á su derecha murmuraba algunos pasajes del Korán. Mucho ofrecimiento cuando se les hace un servicio, y cuando se les exige una recompensa, no la dan.

—Hijo mio,—contestó el anciano,—solo Dios es perfecto, los hombres todos estamos expuestos á cometer

(1) Sacerdote.
(2) Mezquita.

torpezas, ó á dejarnos llevar por nuestras pasiones. Ya te he dicho lo que el walí cristiano dijo al emir, y comprenderás que sus palabras fueron muy atrevidas.

—Fueron muy justas, sino hubiera sido por la traicion de ese mal caballero, no hubiera caido el conde de Právia en poder de los soldados de Ayub, y sobre todo, algo se ha de disculpar á el hombre que se vé esclavizado.

—Ya te he dicho que la paciencia no es la virtud que más distingue al poderoso Muza.

—Entonces que no se queje de lo que le suceda, cuando Mahomet-Ebn-Otsman sepa lo que ha pasado.

—Yo por mi parte, ni por mi carácter, ni por las funciones que ejerzo, estoy por esas venganzas crueles sobre enemigos indefensos, además que el Santo Profeta las prohibe, y tanto por eso, cuanto por complacer á mi buen amigo Samuel, he hecho cuanto he podido para salvar al conde; pero todo ha sido infructuoso, tal vez Muza hubiera cedido, pero Ayub no puede perdonar á el cristiano la derrota de Murcia.

—Pues que hubiera sabido batirse como él,—contestó impetuosamente Nuño.

—Tengamos paciencia, ¿quién sabe aún lo que podrá suceder?

—¿Pero teneis alguna esperanza?

—Alhá es grande y todo lo puede.

En esto apareció en la puerta de la estancia un esclavo, que inclinándose profundamente, dijo:

—Un hombre desea verte, santo faquí.

—¿Ha dicho quién és?

—No.

—Pues bien, que entre.

Salió el esclavo y al poco tiempo apareció un moro en la estancia, que dijo, dirigiéndose al anciano:

—Alhá guarde al querido del Profeta.

—El sea contigo, ¿qué quieres?

—Ver al que ha venido á tu casa para tratar del rescate del rumí cautivo.

—Ahí lo tienes,—contestó Ebn-Ismail, señalándole á Nuño.

—Mi señora me ha encargado poner en tus manos esta gacela.

—¡Tú señora!..—dijo Nuño sorprendido,—¿y quién es tu señora?

—Ya lo verás; he cumplido mi comision y nada más tengo que decirte, Alhá os guarde.

Y antes de que Nuño ni el faquí hubieran vuelto de la sorpresa que el extraño mensaje les habia causado, abandonó el moro la habitacion.

—¿Qué os parece?—preguntó Nuño al faquí.

—Que lo que importa es que veais lo que esa gacela os dice, y quizá por ella sepamos quien es esa señora.

V.

Desarrolló el escudero el pergamino, y su sorpresa creció al ver que estaba escrito en castellano, miró á la firma y no pudo contener un grito de alegría.

—¿Qué os sucede?—preguntó Ebn-Ismail.

—Mirad,—dijo Nuño, enseñándole los gruesos caracteres de la firma del pergamino.

—¡El conde de Právia!

—Leed, leed.

Y el anciano leyó:

«A vos, quien quiera que seais el que habeis venido á tratar de mi rescate, os suplico que esta noche cuando el muctzin (1) desde el miral (2) de la Kaaba llame á los creyentes á la oracion, esteis con dos caballos ensillados, y con armas á la puerta de los jardines del castillo, por la parte que dá al mediodía, y tendrá el gusto de expresaros de palabra su agradecimiento, el conde Právia.»

Quedáronse algunos momentos sin decir una palabra, mirándose ambos con una estupefaccion inmensa.

¿Con qué inteligencias, con qué recursos contaba el

(1) Especie de sacerdotes mas inferiores que los faquíes, que desde las torres de las mezquitas avisaban á los fieles las horas destinadas para la oracion.

(2) Torre.

conde para abandonar el tan bien guardado castillo de los árabes?

Todos estos pensamientos cruzaron por la imaginacion de los dos, hasta que Ebn-Ismail, alzando los ojos al cielo, exclamó con una uncion infinita.

—¡Solo el Dios único y todo poderoso, sabe lo oculto!

—¿Qué os parece,—preguntó Nuño.

—¿Qué piensas tú hacer, hijo mio?—le dijo el faquí.

—Cumplir el deseo del conde, suceda lo que quiera.

—Yo tambien estoy por lo mismo; indudablemente cuando él se arriesga á ello, contará con probabilidades de éxito, y no conviene dejarle abandonado; Alhá protege siempre á los justos y os favorecerá.

VI.

Haciendo los preparativos para la fuga, se les pasó lo que restaba del dia, y á la hora marcada, Nuño envuelto en un alquicel, teniendo tres caballos del diestro, estaba oculto en las quebraduras, y entre los árboles, á donde daba la puerta del mediodía del jardin de la alcazaba.

Entretanto nuestros cautivos, no podian disimular su impaciencia; la hora de su libertad se aproximaba, y no podian verla sin que su corazon palpitase con más rapidez que de ordinario.

—Silenciosos ambos, con el oido atento al menor ruido, su impaciencia tenia algo de febril, era una especie de tortura que no podia prolongarse mucho tiempo.

—¿Habeis oido señor?—preguntó el alférez con una voz apenas perceptible.

—Sí, me ha parecido oir pasos como de mucha gente, sin duda, alguna ronda de los moros.

—¡Si habrán sospechado algo!

—¡Quién sabe! en todo caso haga el cielo que su venganza caiga solo sobre nosotros, no sobre esa alma pura y buena que nos ha de facilitar la huida.

—Y ya tarda mucho,—dijo el alférez con angustiado acento, ¿si el esclavo de quien se ha fiado la habrá hecho traicion?

—No, aun no es tiempo, aun no se ha oido la voz del muctzin, de la grande aljama, todavía podemos esperar.

VII.

En aquel momento se oyó á lo lejos la voz del muctzin que llamaba á los fieles á la oracion.

Seria imposible describir la situacion de nuestros personajes al oir aquel acento que el viento llevaba hasta ellos.

Sus manos se tocaron, sus miradas se encontraron

en medio de la profunda oscuridad que los circundaba, y únicamente ellas pudieron explicarles lo que sentian.

Algunos minutos duró este estado.

Por fin unos pasos ligeros se dejaron oir, de los cautivos.

Poco despues una llave crugió en la cerradura, y los cerrojos rechinaron.

La puerta se abrió.

Rodrigo y Fernan, dieron un grito de júbilo y cayeron á los piés de Zobeiba, que se apresuró á levantarlos, diciendo:

—Callad, callad, vamos pronto.

Y ligera como una sílfide, adelantó por el jardin seguida de los dos caballeros.

A los pocos pasos, Fernan se adelantó, y estrechando una de las manos de la mora, la dijo con una profunda emocion.

—¡Cuánto te amo Zobeiba!

VIII.

Una mirada de una dulzura infinita, fué la contestacion de la hija de Muza.

—¿Y ahora estás decidida á seguirme?

Mi esposo me ha dicho que mañana habias de morir.

—¿Qué dices?—preguntó el alférez con los ojos centellantes:—¿y tú que vas á hacer?

—Lo que tú quieras, porque te amo:—contestó con una indescriptible expresion de candor y de inocencia, la mora.

—Pues bien, acércate, conde:—contestó Fernan Gomez:—sé, tú, testigo del juramento que hago de respetar á Zobeiba, como una hermana, hasta el momento en que purificada por el bautismo, pueda tomarla por esposa. ¿Quieres seguirme ahora?

—¡Oh! sí; porque ya en mi corazon habia tambien jurado no ser de otro más que tuya.

—Que Dios os bendiga, hijos míos, como yo lo hago,—contestó el conde, no sin exhalar un suspiro al contemplar aquella felicidad que él tambien podia haber disfrutado con doña Catalina de Silva.

Llegaron á la puerta del jardin, crugió la llave que llevaba Zobeiba, en la cerradura, y un momento despues se encontraban en el campo.

Un grito de una alegría delirante, se escapó de los lábios de los dos caballeros, grito que no fueron capaces de contener al verse en libertad.

¡Pero, ay! que á aquel grito, contestó una carcajada sarcástica, infernal, estridente, y al mismo tiempo que Nuño se acercaba con los caballos, una voz terrible cruzó el espacio, dejando petrificados á nuestros personajes diciendo:

—¡Alto ahí, miserables!

Y un grupo de árabes, saliendo de entre los árboles, se acercaban paso á paso y con precaucion.

Al oir el acento del que habia hablado, Zobeiba, tras un ligero extremecimiento, cayó desvanecida en los brazos de Fernan, murmurando débilmente:

—¡Ayub!...

CAPITULO XXIII.

En que se continuan los trabajos de nuestro héroe.

I.

El primer movimiento del conde al oir la voz del príncipe, fué llevar instintivamente la mano á su costado izquierdo, buscando su famosa espada; pero ¡ah! que el arma hacia bastante tiempo que habia abandonado á su dueño, y sereno, resignado, mirando el peligro sin inmutarse, esperó cruzados los brazos sobre el pecho, la operacion de sus enemigos.

Fernan, por el contrario, furioso doblemente por perder otra vez su libertad y su amada, rechinaba los dientes de cólera, se retorcia las manos con furor y miraba sombriamente el inanimado cuerpo de Zobeiba, que sostenia entre sus brazos.

Entretanto, Ayub y sus gentes se acercaban.

Se aproximaba el momento decisivo, y si aquellos hombres sentian algo en su pecho, era un odio infinito, un deseo inmenso de vengarse, deseo cuya impotencia les enfurecía más y más.

Tras algunos extremecimientos nerviosos, Zobeiba abrió los ojos.

II.

Su primera mirada fué para su amante, mirada que expresando una angustia infinita, no por ella sino por el hombre á quien amaba, aumentó más la desesperacion de aquel.

—¡Oh! estais perdidos,—gritó la pobre niña.

—Ha llegado el momento de obrar,—dijo Rodrigo, volviéndose hácia Fernan y Zobeiba.

—Habla, conde.

—Es menester que vos, señora, volvais precipitadamente á entrar por el jardin, y ocultaos en vuestras habitaciones.

—¡Abandonaros! nunca:—contestó con arranque la esposa de Muza.

—Es que de ese modo os exponeis á participar de nuestra suerte.

—¿Y qué me importa? ¿Si Fernan muere, para que quiero yo la vida? no os canseis, quiero permanecer á vuestro lado.

—No, Zobeiba mia:—dijo el jóven, estrechando en sus brazos con ternura á la jóven;—no puedo consentir en que te quedes; pues el pensar que tú podias morir por defenderme, me quitaria el valor.

—Además, que vuestra retirada es la única esperanza de salvacion que nos queda; nosotros infinitamente inferiores en número á los que nos acometen, caeremos en sus manos; y libre vos, sin que pueda sospecharse la parte que en nuestra evasion habeis tomado; podeis encontrar otra ocasion más favorable y con mejor resultado que esta.

Zobeiba iba cediendo, aunque á su pesar. Las razones del conde la convencian, pero su amor gritaba mas alto, y no podia resolverse á abandonarlos en aquel momento tan crítico.

—Por ese mismo amor que teneis á Fernan, os suplico que os alejeis; junto á vos, peligra más su vida, solo conmigo, aún podemos salvarnos.

Estas últimas palabras de Rodrigo, la convencieron.

III.

Efectivamente, en el carácter celoso y vengativo de Ayub, al ver á Zobeiba con sus dos enemigos, hubiera sacrificado sin compasion á estos por los celos que aquella le causaba, y como la esperanza es la última flor que

se marchita en nuestro corazon, la pobre niña confiaba en que tal vez pudiera suceder lo que el conde le habia indicado, respecto á su salvacion.

Sin embargo, no se atrevia á marcharse.

Breves instantes estuvo contemplando con dolor inmenso el expresivo rostro del conde de Fuente de Cantos, cuyos ojos fijaban en ella una mirada dolorida, intensa.

Ninguno de los dos podia hablar.

Aquella despedida, tal vez para siempre, era demasiado grande, demasiado terrible, demasiado solemne, para que sus lábios pudieran expresarla.

Al fin, por un mismo impulso, ambos tendieron sus brazos; sus manos se encontraron, y sus lábios se confundieron en un beso prolongado.

¡Ay! tambien dias antes, sus lábios se encontraron, pero entonces era en la alborada de su amor, mientras que ahora tal vez se reunieran en su ocaso.

—Vamos, señora, valor, el tiempo vuela, ya están cerca, alejáos.

A el acento breve é imperioso del conde, Zobeiba se separó de los brazos de Fernan, y despues de haberle dirigido una última mirada, desapareció por la puerta del jardin.

Ya era tiempo, las pisadas se sentian más cerca, y de un momento á otro, se encontrarian frente á frente Ayub y Rodrigo.

—¡Dos contra ciento,—dijo este á Fernan,—poco pueden hacer!...

—Somos tres, si place á vuestra señoría,—dijo Nuño, que durante toda la escena anterior habia permanecido en un respetuoso silencio.

—Gracias, buen amigo, pero seria indisculpable por nuestra parte el dejaros participar de los peligros que nos amenazan.

—Tres buenas espadas valen por cincuenta de esos infieles, contestó sentenciosamente el criado de Samuel.

—Hé ahí precisamente lo que nos hace falta; dijo el alférez terciando en la conversacion; si tuviéramos armas nada temeríamos, y si moriamos, no sería sin llevar delante de nosotros una docena de esos traidores.

—No os apureis por eso, señores, tomad.

Y diciendo y haciendo, puso en manos de nuestros amigos dos magníficas espadas de combate.

IV.

En aquel momento crugió más fuerte la maleza, y formando un semicírculo en derredor del conde y sus compañeros, aparecieron unos treinta soldados berberiscos, capitaneados por Ayub.

Durante algunos momentos, permanecieron unos y otros observándose. La actitud resuelta del conde y sus compañeros, contuvo á los moros; pero alentados por su excesivo número y por la presencia de Ayub, que á su

frente esgrimia con furor su yatagan damasquino, dieron algunos pasos hácia los cristianos.

—Rendíos, perros,—gritó el emir.

—¡Nunca, cobardes!—contestó con entereza el conde.

A este insulto, un rumor de amenaza se exhaló de la masa de los árabes.

—Sí, cobardes,—prosiguió Rodrigo;—toda vez queno atreviéndoos á luchar de hombre á hombre, os reunís para asesinarnos, no para pelear como caballeros.

—¿Y acaso lo sois?—contestó ciego de furor Ayub,—demasiado os honramos, cuando en vez de entregaros al verdugo, os hacemos la honra de que murais á nuestras manos.

—¡Callen las lenguas, que donde hay espadas, las palabras están de sobra, acercáos y aprendereis como mueren los caballeros!

V.

Efectivamente, de un salto rápido como el rayo, ganó el conde la tapia del jardin de Muza, y resguardado por ella, tiraba furiosos tajos á la turba de infieles que le cercaba.

Fernan y Nuño tampoco estaban ociosos; dando sendas cuchilladas se abrieron paso hasta el lado del conde, y secundaban maravillosamente sus esfuerzos.

Y la pelea seguia con encarnizamiento por ambas partes

De pronto un nuevo personaje apareció en la escena, y con voz harto conocida de Rodrigo, pronunció estas palabras, al mismo tiempo que cargaba valerosamente á los árabes:

—No desmayeis, señor, que aquí está vuestro leal Ferrando para ayudaros.

Y cambiando de lenguaje, sirviéndose del francés que en su estancia en la corte francesa habia aprendido, prosiguió:

—Un esfuerzo, señor conde, no lejos de aquí tengo caballos dispuestos, y en las fronteras nos esperan vuestros valientes mesnaderos.

—Dificil será que podamos escapar,—contestó el conde;—tenemos muchos enemigos, y el ruido del combate atraerá más.

—Pues procuremos vencer á estos antes que lleguen los otros,—dijo el valiente escudero.

Y diciendo y haciendo, empuñó con entrambas manos la formidable tizona, y dejándola caer sobre el más inmediato, le hizo medir el suelo con el cráneo deshecho; y formando despues un terrible molinete con su arma, dejó en un instante libre un ancho círculo á su derredor.

Y el combate era más vigoroso, más terrible, más sostenido.

A los gemidos de los moribundos y las imprecacio-

nes de los heridos, se unian los gritos de rabia, de alegría ó de dolor de los combatientes.

VI.

Ligeramente herido el conde, la sangre que derramaba le escitaba doblemente.

De pronto, un ¡ay! que sonó á su lado, una espada que se escapó de unas manos, y un cuerpo que cayó en tierra, le hicieron extremecerse.

Volvió el rostro, y su extremecimiento se convirtió en espanto, al ver que el caido era el amante de Zobeiba, su mejor amigo, el conde de Fuente de Cantos.

Los árabes quisieron cargar sobre el cuerpo del desventurado jóven, pero el conde poniéndose delante de él le sirvió de escudo, dando tiempo á que Ferrando lo levantase, y lo defendiese á su vez con el brazo que le quedaba libre.

En este momento, se oyeron á lo lejos voces y gritos, que anunciaban la llegada de nuevos refuerzos á los árabes.

En semejante situacion, perdida toda esperanza de salvarse el conde, se volvió hácia Ferrando, y en el mismo idioma de que se habia servido antes, le dijo:

—Ferrando, llevate á Fernan, y puesto que tienes caballos cerca, huye con él.

—Jamás, señor, ya que ha hecho la suerte que esté á

vuestro lado, no me separaré de vos, quiero compartir lo que os esté reservado.

—Gracias Ferrando, pero comprende que tu sacrificio seria inútil, y arrastrarias contigo á Fernan, cuya vida he jurado salvar; además que libres vosotros, podeis servirme mejor que estando prisioneros conmigo. Anda, aprovecha los momentos que nos restan, y acompañado de este hombre generoso que ha querido asociarse á nuestra desgracia, salva á mi amigo.

—¡Pero dejáros solo!....

—No te apures por mí, tengo amigos en el alcázar, que auxiliados por vosotros, me librarán otra vez.

Apresúrate, prosiguió el conde al sentir más cerca la vocería de los enemigos.

Ferrando vacilaba; el cariño que profesaba al conde, no podia consentir en dejarlo solo, expuesto á los furores de los soldados berbericos de Ayub; pero el respeto que le tenia, hacia que mirase sus menores deseos como órdenes terminantes.

—Vamos, Ferrando, anda pronto, huye con nuestro amigo, te lo mando.

A el imperioso acento del conde, no tuvo ya el escudero fuerza para oponerse, y cruzando algunas palabras con Nuño, empezaron á desviarse poco á poco del lugar del combate, y momentos despues, cargó el escudero sobre sus hombros el cuerpo inanimado de Fernan, y dióse á correr por la montaña abajo seguido de Nuño, que de cuando en cuando se volvia para hacer frente á

el escaso número de los que iban en su persecucion, número que disminuia extraordinariamente á cada embestida que les daba el escudero de Samuel.

VII.

Entretanto el conde reunió todo su esfuerzo, empuñó con entrambas manos la espada, y por medio de un salto cayó sobre Ayub, que desprevenido no pudo evitarlo, dándole tan fuerte cuchillada en la cabeza, que cayó á tierra como herido de un rayo, sin poder exhalar un gemido.

Acto continuo, se cruzó tranquilamente de brazos sin oponer resistencia á los árabes, que asombrados un instante por la rápida accion del conde, se volvieron furiosos hácia él, deseando vengar la muerte del emir.

Terrible fué aquel momento para Rodrigo; diez golpes distintos le amenazaban, y sin embargo, veia acercarse la muerte sin palidecer.

Pero de pronto, un grupo numeroso de árabes penetró en el claro bosque, y una voz harto conocida y respetada de los soldados, gritó:

—¡Alto canalla! cogédmelos vivos.

Y todas las armas se bajaron, los soldados retrocedieron algunos pasos, y á la luz de las antorchas que traian algunos esclavos, Muza-Ebn-Otsman, avanzó hasta donde estaba el conde.

CAPITULO XXIV.

Zobeiba y Fernan.

I.

Antes de proseguir nuestra narracion, nos parece muy oportuno tanto para justificar la accion de Zobeiba, respecto á nuestros amigos, cuanto para el mejor conocimiento de las escenas que ha de sucederse, dar algunos antecedentes respecto á la manera con que la mora conoció á los dos jóvenes y como nació el amor que la consumia.

Atravesando el puente levadizo que defendia la entrada del fuerte castillo de Baza, se encontraba un ancho zaguan, en cuyo fondo se destacaba una maziza puerta de roble, asegurada por gruesas planchas de hierro, que daba paso á un magnífico jardin, en cuyos costados se abrian otra infinidad de puertas arqueadas y

llenas de candados y cerrojos que ocultaban las mazmorras donde gemian los infelices cautivos de Muza.

A entrambos lados del zaguan se abrian dos magníficas escaleras de escasos y anchos peldaños de mármol, en cuyas respectivas mesetas, se paseaban constantemente, en la una dos soldados de la guardia berberisca, y en la otra dos eunucos con las manos siempre puestas en las empuñadoras de sus alfanjes, y el ojo siempre alerta y fijo en la subida de la escalera.

La puerta de la derecha daba á los salones de recibo, audiencia y habitaciones de Muza-Ebn-Otsman.

La de la izquierda daba á el serrallo.

Estensas salas con pavimentos de mármol, y calados ajimeces que daban á el jardin, tazas de pórfido en las que se elevaban caprichosos surtidores de agua cristalina, flores en vasos de oro, pájaros en jaulas de nácar y coral, y mullidos almohadones de seda y terciopelo, eran los accesorios de aquella encantadora parte del edificio.

Mujeres de la hermosura más espléndida, desde la griega de purísimos contornos, hasta la doncella castellana de robustas formas, y de continente altivo y severo.

Todas las naciones, todas las razas del mundo estaban represèntadas en el serrallo de Muza-Ebn-Otsman.

El moravitho (ermitaño) más austero, no hubiera podido ménos de arder en un fuego impuro, al cruzar aquellas salas, donde entre flores, perfumes y fuentes, la africana de cútis de ébano, lucia sus arrogantes formas, ante la inmensa luna de acero bruñido, que pendia

de la pared, donde la indolente hija de la Georgia envuelta en el manto que su negra y espesa cabellera la prestaba, se reclinaba con molicie en los mullidos cogines de damasco, mientras que la griega, tipo de pureza, de líneas y de belleza de contornos, se miraba con coquetería en las aguas cristalinas que encerraban las tazas de pórfido de las fuentes.

Aquella triple embriaguez de la belleza, de los perfumes y de los cantares, llevaban en pós de sí otra más grande, más impetuosa, más ardiente, que era el amor, y el corazon más insensible, más frio, no hubiera podido resistir á aquella tentacion que bajo tan seductoras formas se presentaba.

II.

En la misma parte del edificio, aunque algo alejada de las habitaciones de las mujeres de Muza, se alzaba un pabellon, que más bien parecia hijo de la fantasía de un génio, que mansion edificada por los hombres.

Delgadas y airosas columnas de mármol sostenian una cúpula más airosa todavía; pavimentos de mosáicos, pájaros y flores, perfumes y seda, todo lo de más gusto, más rico, más voluptuoso, llenaba la estancia de Zobeiba *la horra* (la honesta), mujer legítima de Muza.

III.

Sentada sobre los mullidos cogines de seda damasquina, Zobeiba, la hermosa entre las hermosas, segun la apellidaban los árabes, escuchaba indolentemente los sonidos de la guzla de cuerdas de oro que una esclava tañía y aspiraba con voluptuosidad el ambiente que agitaba á su derredor otra esclava, con un abanico de pluma.

Largas horas se pasaron no escuchándose en la estancia mas que los flébiles sonidos que arrancaba la esclava de la guzla, hasta que alzando perezosamente Zobeiba la mano, indicó á sus mujeres que se alejasen; tan luego como desaparecieron bajo el elegante arco de herradura que servia de entrada á la habitacion, se levantó con ligereza y dirigiéndose á un ajimez, fijó á través de las doradas celosías, sus ávidas miradas en el jardin.

Solo entonces sus bellos ojos se animaron, solo entonces su seno se agitó con rapidez, y solo en aquel instante aquella fisonomía indolente y asoporada momentos antes, resplandeció con una llama nueva que al esparcirse por su rostro le hacia lucir su espléndida hermosura.

¿Qué habia en el jardin que tanto llamaba la atencion de Zobeiba?

Indudablemente no sería Muza-Ebn-Otsman; porque en aquel momento se hallaba gravemente preocupado y consultando á su consejo de walíes, alimes y wacires, sobre un mensaje que el rey de Castilla le enviara.

Y la mirada de Zobeiba no era una mirada indiferente, sino tierna, dulce, acariciadora.

Y la agitacion de su seno, era esa palpitacion fuerte, animada del amor.

¿Por qué, entonces, latia enamorado el corazon de la honesta Zobeiba, si no era por Muza?

Casada, como ya hemos visto, en virtud del mandato soberano con el arrogante pariente del rey de Granada, su corazon habia sentido hácia él respeto, pero jamás amor; más, educada por una mujer sencilla y buena, nunca habia faltado al alcaide de Baza, no porque los más galanes caballeros de las diversas tríbus que poblaban la córte de Mahomet, no la hubiesen tributado sus obsequios, sino porque la rectitud de su corazon los habia rechazado, valiéndole su conducta noble y honrada el epíteto de la honesta, que la pusieron sus admiradores.

IV.

¿Qué significaba entonces la avidez conque miraba al jardin, y la enamorada expresion que tenia su rostro?

Significaba que Zobeiba era curiosa, como todas las

hijas de Eva, sea cualquiera la raza á que pertenezcan, y por curiosidad habia visto á Fernan.

Tambien era muy compasiva, y sus infortunios la habian lastimado profundamente, y aguijoneada sin cesar por la curiosidad y la compasion, que son las avanzadas del amor, la esposa de Muza habia mirado más de lo que debia á otro hombre que no era su marido, y que se presentaba bajo la doble aureola de su juventud, de su belleza y de su desgracia, y la consecuencia de todo esto era que Zobeiba á los veintidos años sentia un amor terrible, punzante, devorador hácia el conde de Fuente de Cantos.

Habia luchado con ese amor, cuyo solo pensamiento la ofendia, pero demasiado se sabe que las luchas en esta pasion la aumentan mucho más, y tras largas noches de insomnio, tras largos dias de aislamiento y de lágrimas, la bella mora se convenció de que el cautivo ocupaba por entero su corazon.

De ahí nacia el afan conque miraba al jardin, y la caridad que afectaba para con los pobres cautivos, caridad que la permitia ver más de cerca á Fernan.

. . . .

La puerta de la mazmorra donde sufria por segunda vez todos los horrores del cautiverio el conde de Právia, daba enfrente de los ajimeces de las habitaciones de Zobeiba.

Aquel dia su ansiedad, su impaciencia era mas grande, habia llegado á sus oidos los rumores del casti-

go que pensaban imponerle por su frustrada evasion, y esto la tenia más agitada que de costumbre.

Pero nada veia que pudiera satisfacer su curiosidad; el jardin estaba mudo, nadie pasaba por él que pudiese calmar la febril impaciencia de la enamorada esposa de Muza.

V.

Por fin abandonó el ajimez, y dando con un mazo sobre la plancha de oro, á su metálica vibracion, un eunuco apareció en la puerta de la estancia.

—Que entre Leila,—le dijo la mora.

Desapareció el repugnante guarda del harem, y al cabo de algunos momentos, una mujer jóven entró en la habitacion, á cuya vista, exclamó Zobeiba, dirigiéndose con ansiedad hácia ella.

—¿Dime Leila, qué hay?

—Calmaos, señora, dominad vuestra agitacion, no corre ningun peligro.

—¡Oh! gracias,—contestó con efusion Zobeiba, pintándose en su fisonomía una expresion de felicidad inmensa, ¿has sabido lo que hay? ¿qué suerte le aguarda? ¿qué quieren esos mensajeros que han llegado de Castilla?

—¡Oh! por Alhá, señora, te ruego que te tranquilices.

Si lo estoy; ¿pero tú no comprendes mi impaciencia, no comprendes que le debo mucho, y que no puedo escuchar otra cosa que no sea de él?

—Pues por la misma razon que tanto le debes, es menester que estes muy tranquila para escuchar lo que tengo que decirte.

—¡Tú!..—dijo asustada doblemente Zobeiba, tanto por la extraña entonacion del acento de Leila, cuanto por la triste expresion de que se revistió su rostro.

Siguióse á estas palabras un doloroso silencio; la esposa de Muza adivinaba algo de terrible en las extrañas palabras de su esclava, que estaban en armonía con los presentimientos de su alma, y con lo que habia escuchado en el jardin.

El amago de una desgracia que pudiera arrebatarle al hombre que habia salvado á su amante, puesto que ya sabia se escapara Fernan, la aterrorizaba, punzaba en lo más íntimo su corazon, trémula y temblorosa, no acertaba á interrogar á Leila, temerosa de descubrir aquella realidad terrible.

Esta por su parte, comprendia el estado de su señora, y temia aumentar su pena con las malas noticias de que era portadora.

Pero Zobeiba no era de esas naturalezas que tardan en tomar una resolucion, y sobreponerse á la desgracia que las amenaza.

Alzando fieramente la cabeza, más hermosa todavía bajo aquella aureola de dolor, pero dolor que se dominaba, tranquilizó su rostro, y si bien con el corazon latiendo apresuradamente, preguntó con voz serena á la

asombrada nodriza, que no sabia como explicarse la extraña trasformacion de su señora.

—Habla, ¿qué hay? ya estoy serena.

—¡Pero!...—balbuceó la jóven sin atreverse á decir una palabra más.

—¿No me has oido? volvió á decir la dama con un acento duro y un tanto irritado, quiero saberlo todo, todo, ¿lo oyes? por terrible, por dolorosa que me sea la verdad, necesito saberla.

VI.

A tal expresion era imposible seguir guardando silencio.

Leila lo comprendió así y contestó:

—Pues bien, señora, bien sabe el Altísimo y único señor que no queria entristeceros, pero vos lo quereis...

—A lo que importa,—la interrumpió impaciente Zobeiba.

—Anoche, como tú mejor que nadie sabe, se quiso escapar el walí de los cristianos acompañado de su compañero.

Calló algunos momentos Leila, quién sabe si para tomar aliento, ó temerosa de entristecer á su ama con lo que seguia, pero esta, que anhelante la escuchaba, y que ya estaba resuelta á apurar hasta las heces la copa del padecimiento, la dijo:

—Sigue.

—Fueron sorprendidos, y don Fernan escapó segun han dicho.

—Ya lo sé, tambien su amigo le cubrió la espalda y se dejó coger para que él se salvara, hiriendo á Ayub.

—Así fué.

—¡Oh! ¡siempre noble y grande!—dijo con entusiásmo la mora,—¿y despues?...

—Despues, señora, lo cogieron, lo encerraron en la mazmorra, y para evitar otra evasion, lo han cargado de cadenas.

—¡Oh!....—dijo,—¿y mi esposo qué ha hecho, qué piensa hacer?

—El alto Sidy Muza-Ebn-Otsman, ha reunido su consejo, y creo que el resultado no ha sido el más favorable para el conde.

VII.

Al oir estas últimas palabras, todo el valor de Zobeiba desapareció dejando su lugar al corazon de la mujer.

Torrentes de lágrimas inundaron sus ojos, y suspiros entrecortados salian de sus lábios.

Leila contemplaba con amargura el inmenso dolor de su señora.

Creyente fiel de los dogmas del Korán aborrecia de muerte á los enemigos del profeta, pero demasiado

afecta á Zobeiba de quien era más amiga que esclava, no encontraba una palabra para vituperar su conducta, y sufria y lloraba tambien, al ver su impotencia para aliviar el pesar de su señora.

Largo rato estuvo esta entregada á su dolor, y en la estancia no resonó otro ruido que el de los sollozos de ambas mujeres.

Por fin, gradualmente se fueron secando las lágrimas, se debilitaron los suspiros, y Zobeiba alzó su cabeza, pálido el rostro pero sereno; en sus ojos brillaba un sombrio resplandor, y dirigiéndose á Leila, la dijo:

—Es menester salvar al conde.

—¡Salvarlo señora!..—contestó sorprendida la esclava; y mirándola fijamente, pues creia hijas de su acalorada fantasía las palabras que habia pronunciado.

—Sí, salvarlo, ¿acaso crées que nó?

—Muy imposible me parece, señora.

—Nada me arredra, yo sabré vencer todos los obstáculos, ¿quiéres ayudarme?

—¿Pero lo decís de veras?

—Nunca acostumbro á decir lo que no pienso hacer, ¿quiéres servirme? responde.

—¿Y pudiérais dudarlo, señora?

—Entonces creo que lo salvaremos, vé, averigua cual ha sido la resolucion del consejo, y vuelve á participármela.

Salió Leila de la estancia, y Zobeiba se quedó esperando su vuelta, entregada á sérias meditaciones.

CAPITULO XXV.

En que se vé hasta qué punto llegan los celos de una mujer.

I.

Creemos que recordarán nuestros lectores, que digimos que Muza se hallaba muy preocupado con cierto mensaje que habia recibido del rey de Castilla.

Y así era la verdad. Por fin don Alvaro habia resuelto pedir al alcaide de Baza la entrega del conde de Právia y de Fernan, amenazándole, en caso contrario, con todo el poder de Castilla, y con el enojo de Mahomet-Ebn-Otsman, á quien tambien participaba lo ocurrido, apoyándose en las treguas que entre ambos reyes mediaban para afear la accion de Muza.

Al recibir tal mensaje, que exigía una respuesta categórica, y que de no ser favorable complicaría extraordinariamente la situacion del orgulloso alcaide, no pudo

ménos este de reunir su consejo y aplazar á los mensajeros, para contestarles al siguiente dia.

Habíasele sentenciado ya en las primeras horas de la mañana, segun dijera Leila, más despues, la llegada de los castellanos vino á dar nuevo giro á las ideas, que respecto á él se abrigaban.

Largos debates, sérias discusiones hubo para ver si convenia á la dignidad de Muza y del ejército que lo habia hecho prisionero, entregarlo así sin más ni más; pero la prudencia de Muza, y la necesidad en que ya se encontraban, sopena de ser reprendidos ó castigados por el rey de Granada, de devolverlo, les hicieron consentir en que el conde saliese de las mazmorras del castillo.

Ayub tambien, aunque fuertemente resentido del golpe que habia recibido la noche anterior; pero que gracias á la toca de mallas que cubria su cabeza, no habia hecho más que atontarle y causarle algunos cardenales, consintió ahogando sus deseos de venganza en su partida, vista la necesidad imperiosa que habia.

II.

Son las once de la mañana. Todo lo más noble que encierra en su seno Baza, se halla reunido en el salon de las grandes ceremonias del castillo.

Formados en semicírculos se veian los nobles, los

sábios y los ancianos y los capitanes de Muza, y á este mismo en el fondo del salon, bajo una especie de dosel, teniendo á su derecha á un alférez con el estandarte, en cuyo centro campeaba el famoso «Le galib ile Alhá» y rodeado de sus guardias.

Estuvieron hablando algunos momentos, hasta que abriéndose de par en par las puertas del salon, anunció con voz fuerte un maestresala.

—Los nobles enviados del alto y poderoso rey de Castilla.

Compusiéronse todos los semblantes, tomando un continente severo y digno de la gravedad del caso, y avanzaron hasta el centro de la sala, nuestros antiguos conocidos, Alonso Perez de Vivero y Hernando Carrillo, seguidos de algunos soldados que se quedaron á la puerta.

Prévios los saludos de ordenanza, levantóse Muza de los cojines que le servian de asiento, y les dijo:

—Nobles y valientes enviados del rey de Castilla. Reunidos todos los poderes del estado, asociado de los wacires y de mis walíes, hemos impetrado del Profeta con el rostro vuelto hácia la Santa Kaaba, que nos iluminase, y nuestra inteligencia esclarecida por la llama divina del querido del Señor, nos ha hecho comprender toda la justicia de vuestra demanda, y por lo tantó hemos accedido á ella. Que pase el cautivo,—dijo dirigiéndose á uno de sus oficiales.

Salió este, y á los pocos minutos volvió acompañado

de Rodrigo, que nada sabia de cuanto habia sucedido, y que no pudo ménos de sorprenderse al ver al esposo de doña Mencía y á Vivero, y mucho más cuando el alcaide dirigiéndose á él, le dijo:

—Estás en libertad, cristiano. Tu rey nos ha pedido que te entreguemos á él, y hemos accedido á su deseo, puedes salir cuando quieras.

Nada expresó el rostro del conde, pudiera decirse que ya le era indiferente su libertad como su cautiverio.

Cuando más embebidos estaban sus amigos en felicitarle, se oyó ruido de fuertes pisadas que se fueron acercando hasta que apareció en la puerta la gigantesca figura de Ayub, que armado de todas armas,—exclamó al ver al conde en poder de sus amigos:

—¡Eh! ¡alto ahí! aún no estás libre perro cristiano,—y dirigiéndose á Muza y á los asombrados caballeros que formaban el consejo, dijo con voz en que se advertia una cólera no del todo contenida.

—Yo, el emir Ayub, ante vosotros lumbreras y brazos del Islam, y ante vosotros tambien emisarios del rey de Castilla, declaro al walí de los cristianos, traidor y mal caballero, y le acuso de seduccion en la persona de Zobeiba-la-Horra, y á ella de cómplice en la fuga de los demás cautivos.

—¡Mientes! miserable,—gritó Rodrigo rugiente de furor, dirigiéndose con los puños cerrados convulsivamente sobre el calumniador.

—¡Mientes!—repitió tambien Muza, pálido de coraje.

—¿Quién estuvo anoche á visitarte en tu calabozo?—preguntó Ayub á Rodrigo.

—Nadie,—contestó este con firmeza.

—Miente este hombre como un cobarde, anoche estuvieron dos mujeres á verle, la una á prodigarle palabras de resignacion, de consuelo, á derramar sobre sus heridas el dulce bálsamo de la caridad; la otra, á embriagarse con sus amores, á enlodazarse en impuras, caricias, á las que pusieron término, estampando el cautivo sus lábios en la mano de la infiel, ante los ojos del carcelero y ante los mios, que habia estado escuchando todo cuanto habia pasado. La primera era Zoraya, tu hermana, Muza, la segunda, Zobeiba tu esposa. ¿Habrá alguno que me desmienta? yo lo he visto; y desnudándose de uno de los guanteletes, lo arrojó en medio de la estancia, exclamando: y lo sostendré contra todo el mundo.

III.

A semejante testimonio todos enmudecieron. El mismo Rodrigo callaba tambien, aunque por razones distintas.

Descubrir la verdad, era comprometer más á Zobeiba.

Y en esta situacion, antes que disculparse de modo que nadie creeria ya, resolvió callar y esperar resignado su suerte.

Muza tambien callaba; pero su silencio era feroz, terrible, dos veces llevó la mano á la empuñadura de oro de su yatagan, y dos veces la volvió á bajar. Por fin, dominando algun tanto la tempestad que bramaba en su corazon, dijo dirigiéndose á dos de sus oficiales.

—Ahatar, encárgate del preso, y tú mi buen Abemet, prende á mi esposa,—y dirigiéndose á los mensajeros castellanos, que nada comprendian casi de cuanto habia pasado, les dijo:

—Decidle á vuestro rey lo que habeis visto. Decidle que estaba dispuesto á entregarle el cautivo que tenia; pero que ha faltado este á todas las leyes del decoro, deshonrándome en la persona de mi esposa, y que por lo tanto, ya no debe esperar salvacion mas que del Señor Altísimo y único, á cuyo fallo nos remitimos. Tú puedes marchar.

Quisieron oponer alguna resistencia, tanto Hernando Carrillo como Vivero; pero Muza hizo rodear al conde por sus guardias, y conociendo aquellos su impotencia, se retiraron dejándole en manos de sus verdugos.

Entonces Ayub, volviéndose á uno de sus escuderos que le habia seguido, le dijo:

—Ebn-Jaguar, corre y publica por los cuatro ángulos de la ciudad la acusacion que yo he hecho, y lo dispuesto que me hallo á sostenerla, sometiéndolo al juicio del Dios único y vencedor;—y tras estas palabras, salió de la estancia con el semblante sombrío y amenazador.

Así que se vió solo Muza, dió rienda suelta á su do-

lor, era esposo, y sus sentimientos, aunque ahogados por sus deberes de juez delante de las personas extrañas, lejos de ellas, renacian y le hacian padecer.

Al cabo de algunos momentos llamó á uno de sus oficiales y le dijo:

—Que venga mi esposa, quiero verla.

CAPITULO XXVI.

Cómo habia descubierto Ayub las visitas de Zobeiba á las mazmorras de los cautivos.

I.

Antes de continuar, debemos á nuestros lectores una explicacion y creemos muy justo no demorarla, tanto porque servirá para esclarecerles ciertos hechos pasados, cuanto por lo mucho que puede influir para el mejor conocimiento de los que han de sucederse.

Dias antes del cautiverio del conde de Právia y de su amigo el de Fuente de Cantos, habia llegado á Baza la sultana Zoraya, hermana menor del emir y parienta como él, del rey de Granada

Zoraya era una mujer especial.

Casada por la voluntad de su régio pariente con Aboul-Hassan, walí de las Alpujarras, fué á vivir con él en lo más agreste de aquellas sierras, donde tenia un poderoso castillo, próximo á las fronteras.

Habiendo fallecido Aboul-Hassan en un encuentro que tuvo con los cristianos, su esposa no tanto por cariño, cuanto obedeciendo á un sentimiento de venganza, se armó como el más apuesto caballero, cabalgó en un poderoso corcel y al frente de sus taifas se arrojó como una avalancha sobre los pueblos de la ribera del rio Almanzor, los pasó á sangre y fuego, se apoderó de dos castillos cristianos, pasando á cuchillo á sus alcaides y á sus soldados, y regresó al «Nido del Aguila» como denominaba á su fortaleza: satisfecha su venganza y arrastrando tras de sí un riquísimo botin y un sin número de cautivos.

Dió parte á Mahomet-Ehn-Otsman de aquella hazaña, remitiéndole los cautivos, y el rey tan admirado quedó, que la dejó en pacífica posesion de la alcaidía de su esposo.

Zoraya no quiso admitir el yugo de ningun hombre.

Viuda de Aboul-Hassan, sin cariño los dos años que duró su mision, fueron para ella un martirio horrible.

Pero enérgica y dotada de una fuerza de voluntad indomable, ahogaba su dolor y su desesperacion dentro del pecho, sin dejar que asomase á su rostro.

Y en su pensamiento se habia forjado un ser ideal creacion de una fantasía ardiente y soñadora, al cual amaba con idolatría.

Y temblaba al pensar si llegaba el dia en que le encontrase realizado sobre la tierra, porque comprendia que si este caso llegaba, á pesar de toda su fuerza de

voluntad, no podria resistir al ascendiente de aquel hombre sobre ella.

Mas por su dicha no se presentó y murió Aboul-Hassan, y entonces el vacío que en su corazon existía se hizo mucho mayor.

Y vagaba por las quebradas de aquellas sierras y descendia hasta cerca de las atalayas cristianas, y ni entre los guerreros del Islam, ni entre los caballeros castellanos encontraba el tipo de sus sueños.

Zoraya sufria mucho.

Habia llegado á esa edad en que las pasiones enardecidas por la concentracion en que durante largos años se las ha tenido, rugen y se desencadenan con inescitible furia, y la dama no podia satisfacer aquella pasion que la consumia.

Su corazon la demandaba amor y no encontraba el ser que respondiese á él.

Disgustada en todas partes, sin sosiego, intranquila siempre y mirando constantemente con anhelantes ojos al horizonte que ante su vista se extendia, no veia jamás llegar el ser que esperaba tantos años.

Un dia mandó llamar á sus oficiales.

Les dió sus órdenes, y al inmediato acompañada solamente de Aliatar, y una veintena de soldados, se dirigió á Baza, donde residia su hermano.

Las fiestas que este hizo en su obsequio, no consiguieron distraerla.

Las galanterías que la prodigaron los capitanes del

emir, no fueron suficientes á disipar la nube de profunda melancolía esparcida por su semblante.

Zoraya poseia una de esas bellezas que reducen é imponen á la vez.

Sus ojos negros, grandes y rasgados encerraba en su pupila un foco siempre ardiente, siempre sombrío que atraia, deslumbraba é imponia.

Su altivo y severo continente, sus lábios encendidos y ligeramente entreabiertos y sus mejillas pálidas, causaba una impresion extraña en las personas que la veian sin pasion, que las obligaba á amar á aquella mujer y á temerla al mismo tiempo.

La llegada de los prisioneros hechos por Ayub merced á la infamia de Diego de Villanueva, cambió completamente la situacion de Zoraya.

A través de las celosías que cubrian los ajimeces de su estancia los vió, y al observar á Rodrigo, dió un grito y se llevó entrambas manos al pecho murmurando:

—¡Poderoso Alhá! ¡si es él!

Efectivamente, la realizacion del encantado ser que vivia en su pensamiento era el conde de Právia.

Durante algunas horas permaneció inmovil.

De repente llamó á su servidor Aliatar, y le dijo:

—Aliatar tu eres fiel y discreto y quiero darte una comision en la cual va envuelta mi dicha.

—Habla, sultana,—contestó el moro,—el corazon de tu fiel Aliatar, es callado como una tumba. ¿Qué deseas?

—Que averigües quien es ese cristiano que acaba de llegar cautivo.

—Han llegado muchos.

—El que yo quiero saber es el mas alto de todos, uno que por su apostura por su traje y por su bizarría no puede confundirse con los demás.

—Quedarás satisfecha, sultana.

Y Aliatar salió y poco tiempo despues, habia satisfecho cumplidamente todas las exigencias de la dama.

Zoraya supo por su hermano las arrogantes contestaciones de Rodrigo, y su amor despertado con insólita violencia, la surgía los más disparatados proyectos para librar á aquel hombre á quien tanto tiempo amaba, y á quien habia conocido en tan desgraciada situacion.

Una noche, la siguiente á la abortada empresa de la fuga de los cristianos favorecida por Zobeiba, Rodrigo, solo en su calabozo, se entregaba por completo á las consideraciones que su suerte le sugería.

El conde veia pasar ante sus ojos todas las ilusiones, todos los goces de su vida, goces, ilusiones y esperanzas, que desaparecian para no volver jamás.

Nada sabia de Catalina, y graduando por el pesar tan intenso que sentia, el que sufriría su amada si Ferrando habia cumplido el encargo que le diera, su dolor se aumentaba y en veinticuatro horas que habian trascurrido desde que volvió á entrar en la mazmorra, habia pade-

cido más que en todos los dias de cautiverio que habia llevado.

Abstraido en lo más profundo de su pensamiento, no advirtió el ligero murmullo de algunas personas que, al parecer hablaban cerca de su prision, y solo salió de su meditacion al ruido que hicieron los cerrojos de su puerta al correrse, dejando franca la entrada de aquel antro.

Una mujer se adelantó por ella, llevando una lámpara en la mano, que dejó sobre el pilar que sostenia la cadena del conde.

II.

Este, sorprendido al principio, volvió á su estado de completa indiferencia, y alzándose de la paja que le servia de lecho, la dijo:

—El cielo os guarde Zobeiba.

Alzó la dama vivamente la cabeza, y fijando en Rodrigo, á través del velo que la cubria el rostro, sus ojos, en los que brillaba un resplandor siniestro, le dijo:

—Te equivocas, cristiano, no soy la que crées.

—¿Pues quién sois entónces? —preguntó á su vez el conde con alguna viveza.

—Soy otra mujer no ménos hermosa que Zobeiba, y tan compasiva como ella, puesto que á lo que parece tambien ha venido á visitarte,—dijo la incógnita con un leve acento de amarga ironía.

—Padeceis un error, señora, Zobeiba no ha bajado á mi prision, hablo de ella; porque he oido decir que Muza tenia una esposa que era el consuelo de los cautivos, y creí que érais vos.

—Yo soy su hermana, y con ademan majestuoso se apartó el velo dejando ver la hermosura, espléndida, provocadora y enamorada de Zoraya.

Rodrigo quedó deslumbrado, por decirlo así, la belleza de la mora, de otro género que la de Zobeiba, se asemejaba mucho á la de doña Beatriz, y como la de esta, fascinaba, enloquecia, aunque esta fascinacion concluyese en un momento en que se le perdia de vista.

Durante algunos momentos, el conde contempló profundamente á Zoraya, que ruborizada, tenia los ojos fijos en el suelo, y aparecia más hermosa aún, bajo aquel rubor que encendia su rostro.

—Os doy gracias, señora,—dijo por fin el cautivo;—pues segun habeis dicho, la caridad os ha hecho bajar á mi prision, y siento no poderos ofrecer donde sentaros; pero ya veis que vuestro hermano no es muy caritativo, y me ha tratado como á el último de sus esclavos.

Y con una ligera sonrisa, un tanto irónica y una mirada más expresiva todavía, la indicó aquellas paredes húmedas, aquella paja medio podrida, aquel poste de piedra, al cual estaba sujeto como un malhechor.

El movimiento que hizo, arrancó de su cadena un ruido estridente que parecia un gemido, y que fué á herir en lo más profundo del alma á Zoraya, que no pudo

ménos de cubrirse el rostro con las manos, exclamando:

—¡Oh! ¡esto es horrible!

Y mil entrecortados suspiros salieron de su pecho.

Y torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos.

III.

Rodrigo agradecia infinitamente á aquella mujer el interés, que parecia tomarse por su suerte.

—¿Llorais, señora?—la dijo con su voz más tierna, más dulce, más elocuente.

Alzó la mora sus ojos empañados aún por las lágrimas, y á través de ellas, lanzó á el conde una mirada tan intensa, tan expresiva, tan poderosamente impregnada de amor, que Rodrigo no necesitó preguntar, no necesitó averiguar qué clase de sentimiento conducia á la dama á su lado, y sorprendido, triste, contrariado, retrocedió algunos pasos esperando á que Zoraya hablase.

Por fin lo hizo esta.

El movimiento del conde no se la habia escapado.

Las mujeres tienen un instinto especial para conocer la clase de impresiones que causan, y la que Rodrigo sintió, se habia retratado demasiado enérgicamente en su rostro, para que ella pudiera dudar.

Mordióse los lábios, y amortiguando el brillo de sus ojos, le contestó:

—¿Y quién seria capáz de ver tus desgracias sin conmoverse? aunque pertenezcas á otra religion diferente de

la mia, sufres, y el sufrimiento es digno de compasion, cualquiera que sea la persona que lo sienta.

—¡Oh! gracias, señora, ese pesar de que hablais, se disminuye algun tanto, cuando hay personas tan buenas como vos, que se compadecen de él. Ya veis si tendré motivos para estar triste, cuando me veo lejos de mi patria, de mis amigos, de mi...

—¿De tu amada tal vez?—se apresuró á decir Zoraya con un acento incisivo y punzante.

—¿Para qué os lo he de negar? ya que por mí os tomais ese interés, permitidme que os confie todas mis penas, todos mis disgustos, ¡se desahoga tanto el corazon cuando deposita sus pesares en un seno amigo!.. ¿pero qué teneis?.. ¿palideceis?.. ¿os poneis mala acaso?...

—No... no... no es nada,—contestó la mora con voz trémula, tal vez la atmósfera que se respira aquí dentro...

La verdad era que Zoraya se encontraba mal; pero no era por la atmósfera, sino porque la franca revelacion del conde habia destruido todos sus sueños de felicidad, todas sus esperanzas de amor.

Rodrigo preferia de una vez deshacer el encanto de la dama de un modo indirecto, á tener despues, ó que avergonzarse por haberla dicho un amor que no sentia, ó que más brusca, más directamente hubiera tenido necesidad de haber desdeñado su cariño.

En el corazon de Zoraya, luchaban la pasion y el orgullo.

Como mujer, amaba; pero como mujer, tambien era orgullosa, y aquel desden indirecto la humillaba, heria su amor propio y hacia esfuerzos por ahogar aquella pasion y odiar al conde con el mismo furor conque antes le habia amado.

IV.

Dominándose algun tanto, le dijo:

—Ea, sigue tu confidencia, ¿amas segun me has dicho?

—Muchísimo, señora.

—¿Y te corresponden?

—Si así no fuera, una ballesta de vuestros soldados me hubiera muerto hace mucho tiempo.

—¿Y es muy jóven tu amada?

—Diez y siete años tiene.

—¿Siendo tú noble, sin duda que tambien lo será ella?

—Lo és.

—¿Y es muy hermosa?

—Tanto como vos.

Una tinta muy leve de carmin, coloreó las pálidas mejillas de Zoraya. Era el primer elogio, la primera palabra algo más dulce, más cariñosa que le habia oido á Rodrigo, y aunque llegaba á ella únicamente por la comparacion con la otra, sin embargo, su corazon se extremeció de placer.

Pero acto contínuo reflexionaba, que aquel hombre

no sentia por ella más que agradecimiento, indiferencia tal vez, y estos sentimientos que en todas las razas del universo se distinguen tanto del amor, en el conde se marcaban con caracteres demasiado significativos para que ella pudiera hacerse ilusiones.

—¿Y tanto la quieres?—le dijo con un acento marcado de celos.

—Con un amor tan grande como la tierra, y tan duradero como el sol,—contestó con firmeza Rodrigo.

Esta vez ya no fué dueña de contener un ligero grito que partió del fondo de su alma y de llevarse entrambas manos al pecho, como si quisiera ahogar los latidos de su corazon.

Las últimas palabras del conde, la quitaban toda esperanza, y pálida, contraida, desesperada, le dijo con una expresion indefinible, dando algunos pasos para salir:

—Te agradezco la confianza que me has hecho, y procuraré en lo posible endulzar tu suerte. Adios.

—El sea con vos, señora,—le contestó el de Právia, adivinando la tempestad que rugía en el pecho de la dama.

Conteniendo apenas sus lágrimas, salió esta del calabozo, y ya en el jardin, dió rienda suelta á su llanto.

Largo rato paseó por las solitarias calles del jardin, haciendo esfuerzos para consolarse, y apelando á su razon, cuando un nuevo incidente vino á complicar más la situacion de Rodrigo.

V.

Hemos dicho, que todas las habitaciones de las mujeres de Muza daban al jardin, ocupando el centro del edificio el harem, y los dos ángulos las habitaciones particulares de Zoraya y Zobeiba.

Próxima á retirarse ya la primera, vió abrirse cautelosamente la puerta del pabellon de Zobeiba y salir una mujer cubierta con un velo blanco, que llegándose á la puerta de la mazmorra del conde, el carcelero la franqueó la entrada sin obstáculo alguno.

Recordó en aquel momento que la primera palabra del cautivo al verla, habia sido nombrar á Zobeiba, y tomando este pensamiento formas gigantescas en su imaginacion, creyó que mediaban amores entre ambos, y que aquella mujer de quien él la habia hablado, no era otra que Zobeiba.

Loca, desatentada, corrió á la puerta de la prision, donde se paseaba tranquilamente el guarda de los cautivos.

—Por tu vida, Hagib,—le dijo balbuceando de cólera, —¿quién es esa mujer que ha entrado en la prision del walí nazareno?

El pobre diablo se quedó parado por tan brusca interpelacion y todo tembloroso, no sabia que contestar.

—Habla pronto, y cuenta con no engañarme, necesito

saber quién es esa mujer, y tu cabeza me responde de la verdad de lo que me digas.

—Pues bien, señora, es la esposa de nuestro poderoso walí.

—¡Zobeiba!.... ¿con qué era ella?....—dijo rugiente de celos la hermana de Muza,—¿y ha venido otras veces?

—Sí, señora.

—Está bien; sube inmediatamente á las habitaciones del emir Ayub, y dile de mi parte que, si el estado de su herida se lo permite, que baje, tengo necesidad de verle: pero guardate muy bien de decir á él ni á nadie lo que ha pasado.

Hizo Hagib una profunda zala, y sin responder una palabra se perdió entre la oscuridad que reinaba en el jardin.

VI.

Entretanto Zobeiba, pues era ella, muy agena de la conspiracion, que en su contra se fraguaba, departia con Rodrigo acerca de lo que debia hacerse en aquellas circunstancias.

Agradecida y resuelta á todo trance á libertarlo de la muerte, que ella comprendia perfectamente que le esperaba, habia aguardado impaciente á que llegase la noche, para verlo y combínar con él, la mejor manera para su evasion.

—¡Oh! gracias os doy, señor conde,—le decia Zobeiba, hablándole en otro lenguaje mas respetuoso, escluyendo el *tú* familiar de su raza;—gracias por haber llevado vuestra generosidad hasta semejante extremo.

—No las merezco, hija mia, he cumplido solamente con mi deber, él es jóven, tiene un rico porvenir con vuestro amor, mientras que yo vivo triste, acongojado, y la vida me es una carga insoportable; conque así ya veis como es mucho mejor que Fernan se haya salvado porque tarde ó temprano sereis felices, mientras que yo solo espero por única felicidad el momento en que me entreguen al verdugo.

—Callad, ¿creeis acaso que yo os dejaria? jamás: tengo una deuda contraida con vos, que necesito satisfacer, compraría todos vuestros guardas, todos los soldados de mi esposo si fuera necesario, pero os salvaria.

—Pobre criatura, dijo el conde profundamente enternecido por el lenguaje cariñoso y entusiasta de la esposa del alcaide, pensad en vos, tratad de uniros á vuestro amante, y dejadme á mí que siga mi suerte; figuráos que hiciésemos otra tentativa y fuesemos descubiertos, vuestro esposo es demasiado severo, demasiado inflexible para ahogar todos sus sentimientos de esposo, y condenaros como á una cómplice mia, ¿y creis que yo pudiera mirarlo sin remordimiento? ¿vuestro mismo amante, no me acusaria de vuestra pérdida?

—Fernan sentiria mi suerte, pero agradeceria mi comportamiento. Nada de cuanto me digais me hará variar

de resolucion, lo que únicamente deseo, es, que me den noticias suyas, para que unidos podamos obrar.

—Sois demasiado buena, Zobeiba, y deseo que seais feliz.

Y lo seré, si vos os prestais á hacer cuanto yo quiera, le dijo sonriéndose, Zobeiba, con un gesto de infantil coqueteria.

—Bien, pero con la condicion de que os vendreis conmigo.

—Aceptado, contestó la jóven dando algunos pasos hácia la puerta. Tened confianza y hasta mañana.

Y diciendo así, abrió la puerta, y tendiendo su mano á Rodrigo, dijo besándosela respetuosamente:

—Adios, y que él os proteja.

Y tras estas palabras abandonó la mazmorra, y ligera, desapareció por las revueltas calles del jardin.

—¿Lo habeis visto? preguntó Zoraya, trémula de furor á Ayub, que torvo el semblante habia contemplado el final de la escena anterior en virtud del llamamiento que le hizo la dama por medio de Hagib.

—Sí, lo he visto, y por el santo Profeta os juro, que lo han de pagar bien caro.

Y ambos se dirigieron hácia el palacio.

De aquí nació la acusacion lanzada por el walí á Rodrigo y Zobeiba como han visto nuestros lectores en el capítulo anterior.

CAPITULO XXVII.

Entrevista matrimonial.—Fatalidad.

Zobeiba se olvidaba de su estado pensando que Fernan habia quedado libre.

Ayub creyendo perjudicarla la hizo feliz.

Porque su felicidad estribaba en libertar á su amado.

Poco la importaba el peligro que ella corriese, poco la opinion que se formara.

Fernan estaba en libertad, se habia acusado á otro de su complicidad en aquellos amores, y nada tenia que temer.

Rodrigo era quien no acertaba á esplicarse la verdadera situacion.

Repugnábale creer que su amigo le abandonára en aquel trance y repugnábale, más todavía, que dejase á Zobeiba, sin esperanza de salvacion cuando solo por él se habia comprometido.

El noble conde abrigaba la esperanza de que en el momento supremo se presentaría Fernan, no tanto para salvarle á él, como para arrancar á la mora de la terrible situacion en que se hallaba colocada.

Zobeiba no abrigaba esta esperanza.

Corazon completamente desinteresado lo que mas lejos tenia era que Fernan pudiera acudir en su socorro.

Es mas, ha habérselo dicho, habria sufrido de una manera terrible, porque comprendiendo el peligro que iba á afrontar, para ella los peligros del hombre amado la causaban mucha mas impresion que los propios.

Así era, que las dos víctimas de la implacable venganza de Ayub, sufrian relativamente mucho ménos que el emir Muza-Ebn-Otsman.

El anciano alcaide de Baza, padecia extraordinariamente.

Aquel hombre que á su edad habia recibido de manos de su pariente el rey de Granada, aquella purísima flor criada en los jardines de su harem, que habia concentrado en ella mas que el cariño de un esposo el afecto de un padre, que la habia respetado siempre admirando su pureza y su candor, se veia cruelmente engañado.

Y buscaba en su imaginacion recursos para defender á aquella desventurada y no encontraba ninguno.

La acusacion de Ayub habia sido tan pública que quitaba toda posibilidad de salvacion.

Sin embargo, la muerte, pero una muerte horrible,

afrentosa y llena de inmensos sufrimientos esperaba á aquella mujer tan querida y era preciso á todo trance salvarla.

Por esta razon la mandó llamar.

Le parecia inconcebible que Zobeiba hubiese faltado de una manera tan indigna á la confianza depositada en ella.

Sorprendióle desde luego la tranquilidad que resplandecia en el semblante de la jóven, y sospechó si esta tranquilidad podia ser un efecto de la paz de su conciencia, de lo inocente que estaba del crímen que se la suponia.

Por otra parte, en el conde no habia visto el rostro avergonzado y descompuesto del culpable; vió en él mas bien la sorpresa del inocente, que la angustia del criminal descubierto.

¿Podria haber en aquello alguna funesta equivocacion?

Esto pensaba el alcaide y le hacia sufrir.

Por esta razon queria ver á Zobeiba: si era inocente preciso era salvarla.

Si era culpable, atenuar en cuanto fuera posible su desgracia.

Porque el poderoso emir no era vengativo.

Consideraba á la jóven como á una hija. ¿Y qué padre hay que castigue severamente al hijo, por más que este haya sido culpable respecto á él?

Zobeiba, pues, fué conducida á la presencia de Muza.

En este momento la cámara del alcaide no ofrecia aquel cuadro de indolente voluptuosidad que hemos admirado otras veces.

Allí faltaban los ruiseñores en jaula de oro, las guzlas árabes pulsadas por las esclavas georgianas; allí faltaba la alegría, en una palabra, y todo era melancólico y triste, como la tumba que dentro de poco iba tal vez á abrirse para la jóven.

Al verla Muza aparecer ante sus ojos, no fué dueño de contener su infinito cariño, y exclamó:

—¡Zobeiba!

La musulmana aproximóse silenciosamente á su esposo y dueño, y arrodillándose delante de él, le dijo con voz conmovida:

—¡Perdóname, señor!

Al escuchar estas palabras operóse una trasformacion inmensa en el semblante de Muza: hasta aquel momento habia dudado.

Desde entonces era imposible la duda.

Solamente el culpable pide perdon.

El inocente para nada lo necesita.

Este pensamiento, que instantáneamente se ofreció á la imaginacion de Muza, obligóle á arrojar una mirada iracunda sobre la jóven, diciéndole con voz sorda:

—¿Con qué era cierto? ¡Poderoso Alhá!—prosiguió cada vez con la entonacion más terrible.—¿En qué te ha ofendido este mísero creyente para hacerle sufrir de tal manera el peso de tus iras?

—¡Perdon, señor!—volvió á exclamar la jóven con una humildad extraordinaria.

—Pero, ¿qué has hecho, desgraciada?—preguntó el alcaide con voz ronca.

—Ya lo sabes.

—¿Con qué es cierto?

—Sí.

—¿Y te atreves á decirlo? Tú, Zobeiba-la-Horra, es decir, la honesta; Zobeiba la pura, la sin mancha, ha perdido su honestidad, su pureza y su virtud, al ver ante sí á un miserable cristiano que la ha vuelto loca.

—¡Oh, no!—exclamó la mora con un acento tal de sinceridad que hizo extremecer de alegría al anciano emir.

—¿Qué has dicho?—la preguntó este alentando apenas.

—Soy culpable de amar, no culpable por haberme entregado á las caricias de ese cristiano.

Una nube de triste desaliento se esparció por el rostro del emir.

—¡Le ama!—murmuró.

—Sé que debe ofenderte este amor; sé que soy muy culpada por ello. Por eso no me quejo de mi suerte. Alhá el grande, el único, el poderoso y el infalible, así lo ha querido, y debo resignarme con mi suerte.

—Pero, ¿qué te ha dicho ese hombre? ¿Qué ha hecho para que de ese modo y con tal rapidez, tú, la firme y la

honrada, hayas podido olvidarte de tu deber y de mi cariño?

—Nada.

—¡Oh! ese miserable walí cristiano, morirá contigo, y yo quedaré vengado.

—Es que yo no amo á ese walí.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Muza fijando una mirada indescribible en el rostro de la jóven.

—Ahora te lo puedo decir todo.

—Habla, exclamó anhelante el alcaide.

—El que yo amo se encuentra ya libre de tu venganza; el que yo amo es ese walí que ha huido la otra noche.

—¡Poderoso Alhá! ¿Y aún dice esta desgraciada que le ama?

—¿Por qué no?

—¿No comprendes que ese hombre al dejarte en peligro y al separarse de tí en tan supremo instante, no es digno de ese amor que le profesas? ¿No comprendes que quien de tal modo procede, ni es caballero ni es leal?

—¿Y eso qué importa para que yo le ame?—repuso la jóven con poderoso acento.

Muza la contempló silencioso durante algunos segundos; despues aproximándose á ella, la dijo con bondad.

—Mira Zobeiba, flor encantadora del paraiso que el Profeta ofrece á sus creyentes, dime una sola palabra para que yo pueda tomar tu defensa. Te he tenido á mi lado como la santa hija de mi corazon, aunque mi es-

posa en la forma, por ser así la voluntad del rey de Granada. Te he considerado siempre como á una hija. Pues bien, por ese cariño santo que te tengo, por el inmenso dolor que me causa tu suerte, dime una sola palabra, dime que Ayub ha mentido y yo te salvaré.

Y el anciano fijó sus ojos con una expresion de ansiedad indescribible en el rostro de la jóven.

Anhelante esperaba sus palabras; porque en ellas creia encontrar la justificacion de Zobeiba.

Pero en vez de esto, le contestó con su voz dulce y tranquila:

—Ayub no ha mentido.

Algo de horrible pasó por la imaginacion del emir al escuchar esta contestacion; porque sus ojos se velaron con una nube sangrienta, su semblante se contrajo, tembló su blanca barba y su mano se agarró con furia á la empuñadura del corvo yagatan.

Pero esto duró solo un instante.

Ahogó aquella cólera infinita, y dijo con un acento que respiraba más bien el dolor que la furia:

—¡Desgraciada de tí! Has olvidado tu honra, tu religion y tu deber por un miserable cristiano, por un hom- que se olvidará de tí como de una de sus más fáciles conquistas, por un hombre que te abandona y te desdeña.

—Alhá solo es grande,—repuso la jóven.—El ha permitido que yo adore á ese cristiano y que sufra la suerte que me amenaza.

—La suerte á que te ha hecho acreedora tu deshonra.

—Nó, mi deshonra nó; mi cariño sí:

—¿Qué quieres decir?

—Que Ayub puede no haber mentido respecto á mi amor; pero en lo que ha dicho de mi abandono y de mi deshonra, sí:

—¡Zobeiba!

—Escucha señor, escúchame y tú que siempre has tenido fé en mis palabras, no la pierdas ahora. Venida á tí por la voluntad de nuestro señor el poderoso Mahomet-Ebn-Otsman pasé de una servidumbre á otra sin quejarme, sin comprender que entre la afeccion que profesaba á Mahomet y á tí, y el amor que debe existir entre la esposa y el esposo habia una diferencia muy notable. Pero tú, más conocedor del corazon que yo, me hablaste con un lenguaje nunca escuchado por mí. Comprendiste que en el cariño que yo te profesaba habia mucho del de la hija, respecto al padre, y me trataste como tal. Tu esposa en la forma, era tu hija en el fondo. Me dejaste libre mi corazon, y mi cuerpo y mi corazon es lo único que he entragado: has tenido fé siempre en mis palabras, continúa teniéndolas y crée que tu hija no era capáz de deshonrarse haciendo dueño á otro de lo que tu habias respetado. Ahora que ya sabes esto, déjame que sufra mi suerte: si ese cristiano que el Santo Profeta ha puesto en mi camino por mi desgracia ó por mi fortuna, se olvida de mí, más vale que yo muera. Aunque viviese nos separaria siempre una distancia que ninguno podríamos salvar, por lo

tanto, para vivir desgraciada, vale más que muera feliz.

El alcaide escuchó con profunda atencion las palabras de la mora.

Y cuando terminó, incapaz de contener la emocion que esperimentaba, la dijo:

—Es que tu no morirás; porque yo no lo quiero, ¿Acaso no soy el amo aquí?

—Para salvarme nó. Júrame por la Santa Kaaba que jamás saldrá de tus lábios el secreto que voy á confiarte y comprenderás la verdadera causa de la persecucion de Ayub.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Muza sorprendido.

—Júrame lo que te he dicho y lo sabrás.

—Habla. Juraré cuanto quieras; pero por el Dios Altísimo y único, que quiero saber lo que oculta ese terrible misterio.

—Pues bien, Ayub se venga porque ha mucho tiempo venia requiriéndome de amores sin que jamás mis ojos hayan alentado su esperanza, ni mi acento haya respondido á sus enamoradas frases.

—¡Desgraciado de él!

—Recuerda lo que me has jurado.

—Es que yo te salvaré á pesar suyo.

—Tu no harás eso Muza. Recuerda que en la córte de Granada, tienes ya muchos enemigos. Ayub podria acabarte de perjudicar y no quiero que padezcas.

—¿Pero consentir en semejante infamia?..

—Yo sufro contenta mi suerte. Si viviera, viviría sufriendo, y tú no puedes quererlo.

El alcaide comprendió que la jóven tenia razon.

Trató de resistir todavía; pero Zobeiba le dijo con resuelto acento.

—Repetiria cien veces que amaba á ese cristiano hasta que el pueblo irritado concluyese con mi vida.

—¡Oh! desgraciada como tu madre.

—¿Conocias acaso la historia de mi madre?—preguntó anhelante la esposa del emir.

—Sí.

—Cuéntamela.

Entonces Muza la principió á contar con todos sus detalles aquella lúgubre historia.

Cuando terminó, la jóven con los ojos llenos de lágrimas y el acento trémulo y conmovido, exclamó:

—¡Oh madre mia! irá tu hija á reunirse contigo y lloraremos juntas la desgracia que á entrambas nos ha herido.

CAPITULO XXVIII.

La justicia de Dios.

I.

Han pasado seis dias desde la entrevista de Zobeiba con su esposo, un silencio terrible reina en el castillo de Baza.

Son las siete de la mañana.

El *Muetzin* desde el *mirab* de la gran mezquita ha señalado la hora.

Todos los habitantes de las plazas fronterizas á los dominios de los castellanos, se dirigen apresuradamente hácia la campiña.

Cuanto de bullicio y agitacion habia en la ciudad, en el castillo es calma y abatimiento.

Y no es porque nada falte en él.

Por el contrario los centinelas se pasean por los adarves y sobre la ancha plataforma se ven formadas en apiñados pelotones, las tropas berberiscas.

Sin embargo, tanto en el semblante de los centinelas cuanto en los del resto de las taifas hay algo de triste, apenado y meláncolico que contrista el ánimo.

Diríase que algun acontecimiento doloroso, estaba pesando como una plancha de plomo sobre aquella gente.

De repente suenan los atabales y las atakebiras y cae rechinando con estrépito el puente del castillo.

Un peloton de etiopes con sus largas picas, y sus blancos caftanes le atraviesan precipitadamente.

Detras de estos aparece el pregonero, especie de hombrecillo seco y jorobado que lee de cuando en cuando, y con voz gangosa un pergamino que lleva en la mano.

Los roncos atabales sonando de una manera fúnebre le siguen y tras ellos el verdugo rodeado de sus satélites que conducen algunos haces de leña perfectamente seca.

Detras de ellos sentada en un palanquin llevado por cuatro esclavos africanos aparece Zobeiba, la esposa adúltera de Muza-Ebn-Otsman, segun la acusacion lanzada por Ayub.

La jóven pálida, muy pálida, pero serena al mismo tiempo, se deja conducir al suplicio sin exhalar una sola queja.

A pocos pasos de la adúltera marcha su cómplice, es decir, el cómplice que la habia dado Ayub.

Muza sabe ya que Rodrigo no es culpable, y sin embargo, como necesita descargar el peso de su cólera sobre alguno, no ha querido revelar que aquel hombre era inocente.

Rodrigo encadenado aparece aun mucho más noble y mas hermoso bajo la aureola de su martirio.

Detras de todos el walí Ayub ginete en un magnífico corcel árabe de raza pura, armado de todas armas llevando á su derecha el estandarte azul con caracteres rojos del Profeta, y seguido de sus taifas de soldados, cerraba la marcha.

Al pasar toda esta comitiva por delante de los soldados, y despues por la de los vecinos que corrian al campo, no podian ocultar la pena que les causaba la suerte de la angelical Zobeiba, mientras que denostaban á grito herido, al conde diciéndole *rumí* en todos los tonos y con los acentos más denigrantes, y los ademanes más despreciativos del mundo.

Zobeiba correspondia á aquellas muestras de cariño con una sonrisa melancólica y triste, y algunas veces, una lágrima pura y trasparente como una perla brillaba en sus ojos.

El conde á cada insulto, contestaba con una mirada tan terrible, que los más audáces se extremecian al pensar en lo que podria sucederles si aquel hombre no estuvieses sujeto, y á cada desprecio que le hacian, contes-

taba con una sonrisa más despreciativa cien veces.

Zobeiba se sublimaba por medio de su martirio.

Rodrigo adquiria proporciones fabulosas con el heróico silencio que guardó en todos los dias que habian mediado desde los últimos sucesos, hasta el en que vamos hablando.

II.

Nada habia podido Muza sacar en limpio de la entrevista que tuvo con la jóven, segun ya hemos visto.

El interrogatorio del conde habia sido demasiado corto, y habia dado muy pocos resultados.

Nada habia dicho.

Le preguntaron, y no contestó.

Le amenazaron, y se encogió de hombros.

Los jueces no sabian que resolver.

No quedaba mas recurso que recurrir á los juicios de Dios, haber si el Altísimo é infalible daba la verdadera y justa sentencia á los culpables.

Este pues, fué el acuerdo definitivo.

Zobeiba escuchó semejante fallo resignada, y cuando se encontró sola, se arrodilló y rogó á Dios con todo el fervor y con toda la pureza de su alma.

Cuando concluyó su súplica, estaba mas tranquila.

Zobeiba habia rogado al Dios de los cristianos.

Amaba, y su amante era nazareno.

Y como nada hay que se aproxime tanto á Dios como el amor, la mora estaba muy próxima á convertirse al cristianismo.

Al saber Rodrigo la suerte que le esperaba, ningun músculo de su fisonomía se alteró.

Con una expresion de indiferencia glacial, escuchó la sentencia.

Despues oró tambien, y puso su confianza en Dios.

Y pasaron dos dias.

III.

Durante ellos, en medio del campo se habia formado un extenso círculo, con tablas y árboles, al que se entraba por cuatro puertas, que correspondian á los cuatro puntos cardinales.

A la derecha se habia levantado un estrado magnífico, para el alcaide y sus oficiales.

Las ricas alcatifas (alfombras) de Alepo, cubrian las tablas que formaban el pavimento.

El oro, el tisú, la seda, completaban los demás accesorios.

Otras dos galerías que habia á los costados, adornadas con más inferioridad, estaban destinadas para los ricos musulmanes.

Y finalmente, para el pueblo no habia estrado ni galerías, sino el duro suelo, y por techumbre el firmamento.

Frente al estrado principal se alzaban dos cadalsos cubiertos de negro.

En el uno de ellos se veia una banqueta y un poco mas lejos, un madero perpendicular sujeto al tablado, y grandes haces de maderas resinosas cerca de él.

En el otro, habia un banco grosero y un hornillo, dentro del cual habia unos hierros, y al pié de él, se veian á duras penas contenidos por esclavos africanos, cuatro caballos de pura raza.

Entre los dos cadalsos se alzaba una magnífica tienda, y á su lado otra mas sencilla.

En la puerta de la primera sobre dos astas, habia en la una un cartel, y en la otra un escudo.

En la puerta de la segunda no habia nada.

Aquella era la del acusador, la de Ayub.

Esta pertenecia á los jueces del campo.

Algunos soldados guardaban las cuatro entradas de la liza.

IV.

Hacia un sol abrasador.

El pueblo que desde muy temprano se agolpaba contra la valla, demostraba su impaciencia por ligeros murmullos que progresivamente iban creciendo hasta convertirse en un clamor horrible, desenfrenado y atronador.

Los *muetzines* señalaban las nueve de la mañana.

Se oyó á lo lejos el ronco sonido de los atabales, y el chillar de las atakebiras.

Las nuevas oleadas de curiosos que llegaban, anunciaron á los que estaban esperando, la aproximacion del cortejo.

Nuevos gritos se oyeron entonces.

Los recien llegados oprimian sin compasion contra las vallas á los que estaban primero.

Todos querian mirar, y como no veian gritaban y se golpeaban unos á otros.

Por fin la comitiva llegó.

Al bajar Zobeiba del palanquin, un murmullo de simpatía, de compasion, llegó hasta ella.

Subió al cadalso y al ver los preparativos para su suplicio, no pudo ménos de extremecerse.

Su debilidad de mujer se demostraba.

Pero alzando sus hermosos ojos al cielo, pidió fuerzas al Ser Supremo, que ampara á los débiles y consuela á los afligidos, y se quedó más tranquila.

Al subir Rodrigo á su tablado, un grito ronco, amenazador, retumbó en el espacio.

El conde lo despreció con una sonrisa.

Miró indiferente los caballos, y se le oyó decir:

—Son fuertes, no me harán padecer mucho.

Y sentándose tranquilamente en su banquillo, paseó sus serenas miradas sobre toda la multitud, que tenia sus ojos fijos en él.

Ayub tambien entró en su tienda y tras él, sus pajes y escuderos.

Los jueces del campo, tambien entraron á su vez.

Momentos despues, Muza-Ebn-Otsman, seguido de su pequeña córte, apareció en el estrado destinado para él.

Las galerías ya se habian llenado.

De pronto sonaron los atabales.

Y cuatro escuderos puestos en las cuatro puertas de la valla, leyeron á su turno el siguiente cartel.

«Buenos y leales muslimes. Hé aquí la sentencia que se ha de ejecutar en la persona de Saida Zobeiba, la esposa del poderoso y magnánimo Sidy-Muza-Ebn-Otsman, y del traidor rumí que ha abusado indignamente del candor de Saida Zobeiba. Si para cuando los muetzines avisen la oracion de la tarde, no se ha presentado ningun campeon á pelear por la inocencia de Zobeiba, contra el más ilustre de todos los del pueblo escogido, el valiente de los valientes, el querido del señor, el emir Ayub-Ebn-Al-Mokar; la paloma sin mancha hasta ahora, la inocente gacela de los bosques, Saida Zobeiba, será arrojada á la hoguera, y en cuanto á su miserable seductor, se le sacarán los ojos y el corazon, se arrojarán al fuego y su cuerpo será despedazado por cuatro caballos del desierto. Esta ha sido la sentencia dictada por el más ofendido de los esposos, la poderosa columna del Islam, el poderoso Sidy-Muza-Ebn-Otsman, en la alcaidía de Baza á 10 de setiembre del año 842 de la Egira.»

Y tras estas palabras volvieron á sonar los músicos sus desacordes instrumentos, y todo volvió á quedar en calma.

Y pasaron algunas horas.

V.

Hubo algunos valientes musulmanes de corazon generoso, que no creyeron la acusacion de Ayub, y que aceptando su desafio salieron á combatir con él, pero ¡ay! eran demasiado débiles para aquel gigante que no tenia en el ejército árabe ninguno que pudiera competir con él.

Todos midieron la arena, y ya nadie más pensó en defender á la inocente hija del alcaide.

Durante algunos momentos se habia notado en los rostros de la multitud una marcada expresion de esperanza, confiaban en que Dios haria un milagro y salvaria á la pobre jóven.

Pero el tiempo se pasaba y no se realizaba el milagro.

Y conforme se iba acercando el momento de la ejecucion, nobles y plebeyos, ricos y pobres, oficiales y soldados sentian el corazon dolorosamente oprimido.

El tiempo trascurria con creciente rapidez.

Todas las miradas se dirigian hácia el campo, y de este á las torres de las mezquitas donde habian de aparecer los muetzines.

Y nada se veia en el campo.

Las cinco de la tarde iban á ser.

La oracion de la tarde iba á sonar.

Una ansiedad febril se retrataba en todos los semblantes.

Y en algunos brillaron algunas lágrimas,

Los *muetzines* aparecieron por fin en las ventanas de los *mirab*.

VI.

Un grito de angustia infinita se exhaló de todos los pechos.

Los verdugos de Zobeiba soplaron las teas conque habian de prender fuego á la hoguera.

Los del conde, aproximaron los hierros y el hornillo para que se hiciesen ascua.

Los jueces del campo, los escuderos, los heraldos, los pajes y finalmente Ayub, salieron de sus tiendas respectivas.

Iba á echarse el último pregon.

Se oyó el primer grito del muetzin.

Al mismo tiempo los pregoneros leyeron la sentencia, y los escuderos de Ayub, su desafio.

Sonaron por última vez las atakebiras.

Nada respondió á su último sonido.

No habia esperanza alguna.

Los muetzines seguian chillando en las mezquitas.

A sus gritos se mezclaban los de toda la multitud que llorando y con vivas instancias pedia el perdon de Zobeiba.

Una lágrima brilló en los ojos de Muza.

El pueblo tuvo esperanza.

Pero secándola prontamente con su mano, revistió su semblante de su serenidad acostumbrada y dió la señal para la ejecucion.

—Todo el mundo calló.

La misma emocion que sentian les hizo enmudecer.

Ya los verdugos habian puesto su mano sobre Zobeiba, y ya acercaban á los ojos de Rodrigo los hierros candentes, cuando un sonido distinto y prolongado vino á suspender todo aquello y á hacer exhalar de todos aquellos pechos un grito de alegría delirante, infinita, inmensa.

Rodrigo miró á Zobeiba y fijó sus ojos en el cielo con una expresion de gratitud indefinible.

Efectivamente, si por alguien sentia lo que iba á suceder, no era por él, era por Zobeiba, por aquella pobre víctima, de cuya muerte, él era la causa, aunque involuntaria.

Entretanto el clarin se habia oido más claro, más cerca, hasta que finalmente un caballaro armado de todas armas á la usanza castellana y seguido de dos escuderos se presentó á la puerta del palenque.

VII.

Dicho que hubo su nombre á los jueces, avanzó hasta el estrado de Muza, se inclinó respetuosamente, dió vuelta y al pasar por delante del cadalso de Zobeiba, se llavó la mano al corazon al hacerla un saludo con toda la gracia de un cumplido cortesano.

En seguida llegándose á la tienda de Ayub, se detuvo delante de su escudo, y cogiendo el hacha de armas que llevaba colgada á el arzon de la silla, le hizo pedazos, gritando el en árabe más puro, más castizo:

—Rompo estas armas porque son las de un traidor y un perjuro, y las rompo del mismo modo que le partire el corazon, por haber mentido villanamente, diciendo que Saida Zobeiba estaba deshonrada.

Una aclamacion inmensa fué á herir los oidos del incógnito paladin.

Entretanto el número de los moros que se agolpaba á las vallas, se habia aumentado considerablemente.

Ciego de cólera Ayub salió de su tienda y cabalgando precipitadamente en su magnífico corcel de batalla, dijo á su contendiente con voz trémula de furor:

—Necesito tu vida, infiel.

—Guarda la tuya, bandido,—le contestó el encubierto.

—Y ambos partieron á tomar campo á todo el galope de sus cabalgaduras.

Situáronse los jueces en sus puestos, y un instante despues, los sonidos de los instrumentos árabes daba la señal de acometer.

Una ansiedad indecible reinaba en todos los espectadores.

Con poderoso estruendo se encontraron ambos campeones.

Las lanzas volaron hechas astillas.

La del desconocido falseó el coselete de Ayub y á no haber sido por el sayo de mallas que llevaba debajo, no hubiera quedado muy bien parado.

En cambio el africano, habia encontrado al caballero en el guardabrazo izquierdo, con tan terrible golpe que su lanza saltó en mil pedazos.

Nadie dijo una palabra.

Entre aquellos quince mil espectadores no habia uno que no siguiese con vivísimo interés todos los incidentes del combate.

Ambos lidiadores echaron mano, el uno á su corvo alfanje damasquino.

El otro á su ancha espada de combate.

Entonces en medio de aquel silencio profundo, se oyó un martilleo horrible, atronador.

Parecia que hercúleos cíclopes estaban golpeando sobre un yunque gigantesco.

Las fuerzas estaban perfectamente equilibradas.

Ayub era más forzudo; pero el desconocido era más ágil.

Los terribles polpes que el moro le dirigía, los esquivaba con maravillosa destreza.

VIII.

Pronto se vieron por el suelo, plumas, pedazos de tela y trozos de armadura.

Donde caia el alfanje ó la espada, arrancaban un trozo de acero envuelto en un centenar de chispas.

El brazo izquierdo del castellano estaba descubierto.

El costado derecho del africano habia perdido la pieza de armadura que le defendia.

Y ambos luchaban con furor.

Nadie se atrevia á respirar.

Fijos los ojos en ambos combatientes, todo el mundo esperaba con viva ansiedad el resultado del combate.

La espada del desconocido se alzó con fuerza sobre la cabeza de Ayub.

Cayó sobre su redondo casco, y se partió como si fuera de cristal.

Ambos echaron mano, el uno á el hacha que llevaba al arzon de su caballo.

El otro á la pesada maza de armas que llevaba.

Y el combate se hacia cada vez más terrible.

Y debia de durar muy poco.

Jadeantes ambos de cansancio, únicamente la cólera los sostenia.

Atento cada uno á los movimientos de su contrario, espiaban el menor descuido, que pudiera con un golpe asegurarles la victoria.

Zobeiba rezaba con todo fervor al Dios de los cristianos.

Rodrigo impetraba la bondad divina para la inocente esposa de Muza.

Muza pedia á Alhá que salvase á la jóven.

Y el pueblo, vivamente excitado, seguia con las miradas las peripecias del combate.

IX.

Ayub y el encubierto hacian prodigios de valor.

Las diversas piezas de sus armaduras, yacian destrozadas por el suelo.

Sus adargas abolladas y hechas pedazos, eran holladas á cada paso por sus cabalgaduras.

Cada vez que el hacha ó la maza caian, se alzaban tintas en sangre.

La rabia de ambos habia llegado á su mayor grado de exaltacion.

De pronto el hacha de Ayub cayó aplomo sobre el almete del caballero.

Vaciló este algunos momentos, y si no es por su caballo que dió una vuelta, indudablemente hubiera sucumbido al segundo golpe conque el africano le amenazaba.

Un grito de angustia salió de todas las bocas.

Sin embargo, se repuso algun tanto el desconocido, y empuñando con ambas manos la pesada maza, la dejó caer con tal furia sobre la cabeza de Ayub antes de que pudiera resguardarse, que abriendo este los brazos, cayó al suelo exhalando entre bocanadas de sangre, un suspiro de agonía.

—*¡Le galib ile Alhá!*—gritó el pueblo entusiasmado.

Zobeiba fijó sus humedecidos ojos en el cielo.

Rodrigo tambien.

Una lágrima brilló en los de Muza.

Y el pueblo tambien lloraba y seguia gritando.

Pero interin las atakebiras y los atabales resonaban.

Y los heraldos anunciaban la justicia del Dios único y misericordioso, un sonido agudo, prolongado, que dominó á todos los demás, resonó en el espacio.

Era el desconocido, que con un pié apoyado sobre el cuerpo del africano, tañía con fuerza una preciosa corneta de oro y marfil.

Inmediatamente se notó un movimiento extraordinario entre la multitud.

Mientras que á lo lejos se veía una polvareda inmensa.

El dia iba amenguando visiblemente.

Un tropel de moros, arrollando las guardias que impedian la entrada en la liza, penetró en ella y subió al tablado del conde de Právia.

Otro peloton subió al de Zobeiba.

Entretanto la polvareda se aumentaba y se acercaba más.

—Ya estais libre, señor,—dijo uno de los árabes al conde.

—¡Ferrando!—gritó este con alegría al reconocer á su escudero.

Zobeiba, levantada en brazos de los moros, fué bajada al palenque.

—¡Oh! ¡cuánto quiere el pueblo á mi hija!—murmuraba Muza extremecido.

X.

Pero de pronto se arrugó su frente, se alzó con viveza de su asiento, y echando mano á su yatagan, exclamó con furia:

—¡Traicion, traicion: cerrad las puertas! A ellos, mis valientes caballeros, á ellos!

Y bajó al palenque seguido de sus caballeros y de sus guardias.

La causa de esto habia sido que el desconocido habia cogido á Zobeiba en sus brazos, y seguido de los dos pelotones de moros, á cuya cabeza iba el conde, ginete en un caballo que habia salido sin saber de donde.

En vano quisieron los soldados oponerse á su salida, poderosamente secundados por otros moros que habia fuera, salieron al campo libre en medio de los gritos del

pueblo, de las amenazas de Muza, y de las trompetas que se oian más cerca.

Entonces corrieron á la desesperada.

Muza, seguido de sus soldados, los perseguia encarnizadamente.

Por fin, al volver un recodo del camino, un bosque de lanzas se abrió para dar paso á los fugitivos, cerrándose á la aproximacion de sus perseguidores.

En el frente de estas lanzas se enseñoreaba las banderas de los condes de Právia y Fuente de Cantos.

Depositada Zobeiba en los brazos de algunos criados del conde, se armó este á la ligera, y tomando su lanza de manos de un escudero, dijo volviéndose al desconocido que les habia salvado la vida:

—Adelante, Fernan; desplegad nuestras enseñas, y castiguemos de una vez á esos infieles.

Momentos despues no se veia más que un confuso tropel de hombres y caballos, del que se exhalaban de cuando en cuando, en medio de los gemidos de los moribundos y de las imprecaciones de los combatientes, estos dos gritos de guerra:

—*¡Le galib ile Alhá!*

—¡Castilla y Leon!

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Que era lo que acontecia en la villa de Madrigal el 10 de agosto de 1447.

Desde bien temprano las campanas de la iglesia, las bombardas de la fortaleza y los clarines de las huestes acampadas junto á los muros de la villa de Madrigal residencia á la sazon del rey de Castilla, anunciaban que algun acontecimiento grande se iba á verificar.

Efectivamente, este acontecimiento que de una manera tan notable influyó en la futura suerte de Castilla, era el casamiento que iba á verificarse del monarca con doña Isabel de Portugal.

Algun tiempo antes, habia fallecido la reina doña María de Aragon, coincidiendo su muerte con la de la reina doña Leonor, achacándose estos dos fallecimientos á yerbas que para el efecto se les dieron.

Teniendo en cuenta las liviandades de ambas reinas no es dificil creer que, bien por alguna venganza, bien por efecto de algun esceso, aquellas naturalezas gastadas, por decirlo así, se aniquilasen simultáneamente, dando lugar con esto á las murmuraciones del vulgo y que algunos mal intencionados achacaran ambas muertes á la enemistad del condestable; pero sea de ello lo que quiera, como es uno de esos tenebrosos misterios que la historia guarda entre sus ocultos pliegues, nadie se ha atrevido á profundizarlo, ni es tampoco nuestro propósito lanzar acusacion alguna, cuando faltan pruebas que lo justifiquen plenamente.

Las turbulencias de Castilla habian aumentado de una manera extraordinaria, tanto en el tiempo que Rodrigo y el conde de Fuente de Cantos estuvieron cautivos, cuanto en el que medió desde los acontecimientos narrados al final del libro anterior, hasta el momento en que volvemos de nuevo á principiar nuestro relato.

Rodrigo, el conde y Zobeiba habian desaparecido sin que nadie supiera en Castilla cual habia sido su paradero.

Ferrando regresó á Valladolid con las lanzas que pudo recoger despues del combate que siguió á la libertad de su señor, diciendo que en lo más récio de la pelea y cuando creian haber ya vencido á sus contrarios, presentáronse nuevas fuerzas que los derrotaron por completo, apoderándose de aquellos tres personajes sin que hubiera podido saber que suerte habian corrido.

Sospechóse con algun fundamento, que estarían de

nuevo en poder de Muza; pero al mandar desde Castilla una embajada al emir para saber la verdad del caso, este contestó que no solamente ignoraba el paradero de las personas que le reclamaban, sino que ignoraba á quien podrian pertenecer las taifas de moros que se apoderaron de ellos:

Doña Mencía de Padilla y doña Beatriz de Villanueva, cada una por su parte hicieron todos los esfuerzos posibles para averiguar el paradero de aquellos hombres tan queridos; pero de la misma manera que Alvaro y Ferrando viéronse obligadas á renunciar por completo á sus pesquisas.

Al mismo tiempo, los acontecimientos que se sucedian sin interrupcion en la córte, de más importancia para la generalidad que la vida de aquellos dos hombres, hizo que poco á poco se les fuese olvidando, no guardando en memoria más que cinco personas que eran, Ferrando el escudero de Rodrigo, doña Beatriz de Villanueva, Mencía y doña Catalina de Silva, á quien Ferrando habia hecho presente el encargo de su señor, aunque sin perder la esperanza de que algun dia habían de verle entrar por las puertas de Valladolid.

El condestable tenia razon en recordar á entrambos condes.

La fidelidad y el auxilio de los dos, le eran sumamente necesarios, porque á cada paso tropezaba con amigos traidores que le vendian ó con rebeldes que le insultaban

Coaligáronse de nuevo los conspiradores, persiguiéronle sin tregua ni sosiego hasta que la batalla de Olmedo llegó á poner fin por entonces á las turbulencias que ensangrentaban el suelo castellano.

Don Alvaro se habia visto obligado á hacer un tratado vergonzoso.

Conoció que uno de los enemigos más temibles que tenia era el príncipe don Enrique, y trató de inutilizarle haciendo una alianza con su favorito don Juan Pacheco, alianza, por la cual ambos se comprometian á no hacerse la guerra y á aumentar sus patrimonios particulares á costa de patrimonios y riquezas de los rebeldes vencidos.

Como consecuencia de esto, hizo el príncipe las paces con su padre y don Alvaro, creyó asegurada su privanza.

Pero ya lo hemos dicho en otro lugar, el condestable en nuestro juicio, desconoció por completo la época en que vivia y ésta fué indudablemente, la primera causa de su desgracia y de muchos de los cargos que se le hacen.

Don Juan Pacheco, doncel colocado por don Alvaro en la cámara de don Enrique, persona á quien aquel habia enriquecido y elevado lo mismo que á su hermano Pedro Giron, no podia satisfacerse con ser el favorito de un príncipe, cuando podia serlo de un rey; y decimos esto, porque las rebeldías de don Enrique contra su padre, si bien fundadas en la animada union que al con-

destable profesaba, sabiendo el afecto que el monarca le tenia, no tendian más que á arrojarle del trono, ú obligarle á que compartiese la corona con su hijo.

Así fué, que la reconciliacion de padre é hijo y de favorito y favorito, no fué ni podia ser tampoco durable ni sincera.

De aquí que las conspiraciones volvieron á aparecer, siguiéronse á ellas las violencias, las prisiones de los nobles se aumentaron, irritáronse los bandos, y el condestable conoció que le era preciso poner al lado del rey otra persona que siendo enteramente suya, le pudiera ayudar á sostenerse en aquellos momentos, en que el peligro por su misma intensidad, pudiera hacerle zozobrar.

Para esto, y con aquella audácia que no le abandonaba nunca, ajustó las bodas de don Juan II con doña Isabel de Portugal, sin tener en cuenta para nada la voluntad del régio contrayente, y este se encontró casado cuando ménos lo esperaba, y cuando se encontraba en peor disposicion para ello.

Pero esto importaba poco al favorito.

Necesitaba una aliada segura y fiel al lado del rey, y creyó tenerla en doña Isabel, á quien daba un trono como el de Castilla y de la cual esperaba que por agradecimiento le ayudase.

Pero en esto, como en casi todo lo que hizo, se equivocó don Alvaro, y esta equivocacion más que todas, fué la que le llevó al cadalso.

Pero no anticipemos los sucesos y sigamos con la narracion del acontecimiento que preocupaba á los vecinos de Madrigal el 10 de agosto de 1447.

De los pueblos circunvecinos y aún de la misma capital habia acudido una multitud considerable atraida por la novedad del espectáculo.

Años antes, tambien habia presenciado Castilla y saludado con extraordinarias muestras de afecto la llegada de la desventurada princesa doña Blanca de Navarra, para enlazarse con el príncipe don Enrique, y no pasó mucho tiempo sin que esa misma princesa saliera del reino repudiada por su esposo, que la achacaba una falta que él solo tenia, segun los cronistas de aquel tiempo.

Así era, que en medio de la general alegría, algunos espíritus pensadores, se preocupaban por sí á la nueva reina doña Isabel, cabia una suerte idéntica á la de doña Blanca, aunque por una causa totalmente distinta.

Pero esto no era más que en muy reducido número, y la generalidad con sus trajes de fiesta, ó bien se marchaban al camino porque habia de llegar la reina, ó bien se situaban delante de las casas que ocupaba el rey ó por las calles que habia de atravesar la comitiva.

Sobre las diez de la mañana, el repique de campanas y los tiros de las bombardas anunciaron que el rey don Juan, seguido de su córte, iba á salir al recibimiento de su esposa.

El monarca de Castilla contaba cuarenta y dos años á la sazon.

Alto y enjuto, sin expresion en su rostro y sin dignidad, por decirlo así, en su conjunto, la raza de Trastamara, degenerada completamente, se reflejaba de una manera pálida y opaca en don Juan.

No se encontraba en él nada de aquel indomable carácter ni de aquella enérgica voluntad características en Alonso XI, padre del fratricida Enrique II, ni aun el talento extrictamente necesario para gobernar sus asuntos domésticos y gobernar á su familia.

La nulidad para el gobierno, la torpeza más absoluta, no solamente para el manejo de sus negocios propios, sino para la administracion de sus pueblos, se hallaban hermanadas en él con el ingenio más claro, la sensibilidad más esquisita y el conocimiento más exacto respecto á las letras.

A no haber sido por esto el reinado de don Juan II no seria otra cosa que una mancha asquerosa y repugnante en la gloriosa historia de la monarquía castellana.

Pero como para ser buen rey no es solamente necesario que se proteja á las letras y á las artes, que se tenga el ingenio claro para hacer una crítica literaria y mucho más en aquella época, sino que se necesitaba ser arrogante y fiero, enérgico y audáz; de aquí que Castilla andaba revuelta siempre, vejados los pueblos, escarnecido el principio de autoridad, y braveando en sus fronteras los moros de Granada por una parte, y los aragoneses y navarros por otra.

El espíritu de don Juan, sutíl y claro en lo que no

se rozaba con la política y la administracion de sus pueblos, era en este terreno completamente nulo, y todo lo abandonaba en manos de su favorito, quien para sostenerse en aquel puesto, ambicionado por todos, se veia obligado á cada momento á cometer atropellos, violencias y exacciones que le enajenaban el amor de los pueblos, y que le hacian ser el blanco de la animosidad de los grandes.

Tal era, descrito á grandes rasgos, el monarca castellano que, débil en su casa, toleró las liviandades de su primera esposa doña María de Aragon, dió pábulo con su excesiva contemplacion á las rebeldías de su hijo el príncipe don Enrique, y con su apatía á las demasías de don Alvaro y á los desafueros que á la sombra de un trono completamente desprestigiado se cometian.

Este monarca, tan débil como rey, y tan grande como hombre de saber, salia al encuentro de una princesa tan discreta, tan enérgica y tan completamente conocedora de los deberes que iba á contraer, como doña Isabel de Portugal.

Abríanse paso delante del rey los maceros y los timbaleros con sus dalmáticas acuarteladas, á los que seguian los reyes de armas, á vanguardia, Leon, Castilla y Portugal acompañados de una turba de farautes, persevantes y escuderos.

Seguia á estos el alférez mayor del reino con el pendon real, los escuderos del monarca, los halconeros y demás servidumbre del mismo.

El almirante de Castilla, el arzobispo de Toledo y otros varios prelados marchaban detras, siguiéndoles un tercio de la guardia morisca, mandada por el alférez Diego de Villanueva.

A corta distancia de estos, y entre don Alvaro de Luna y su hijo don Enrique, caminaba el rey de Castilla llevando las riendas de su palafren su mayordomo mayor Ruy Dávalos, y el contador del reino Alonso Perez de Vivero.

A su alrededor cabalgaban los condes de Haro y Benavente, don Diego Hurtado de Mendoza y otra multitud de caballeros, vistiendo riquísimos trajes, cerrando la marcha otro tercio de la guardia morisca, mandada por su capitan Hernando Carrillo.

Detras de la guardia iba en litera la servidumbre que el rey destinaba á su futura esposa.

Doña Mencía de Padilla y la condesa de Benavente ambas en sus respectivas sillas de manos conducidas por escuderos de sus casas descollaban entre todas las meninas y camareras de la casa real como dos soles en medio de un cielo de estrellas.

Tras esta brillante cohorte caminaban los capellanes y demás ministros del culto, y cerrando la comitiva real por decirlo así, todos los demás oficios menudos de la casa del rey.

Los caballeros de Santiago con las lanzas, ginetes, infantes y bombardas de la órden; los de Alcántara y los de Calatrava y Montesa marchaban detras, y una multi-

titud de aventureros, tanto españoles como extranjeros se confundian con las masas del pueblo que gritando, y tirando al aire sus caperuzas en señal de alegría, formaba una parte de aquel acompañamiento real quizá la mejor y mas sana de las que al rey acompañaba.

Millares de bocas pertenecientes á esas masas lanzaban á grito tendido el «salve» «salve» equivalente á nuestros «vivas» de hoy, y aquellas voces eran sinceras.

Y sin embargo, este pueblo que costeaba todas aquellas fiestas y todo aquel lujo, este pueblo amante hasta el fanatismo de sus reyes, era el más despreciado el que más exacciones sufria y al que se consideraba ménos.

Puesta en movimiento aquella muchedumbre esmaltada de seda, oro y pedrería, no tardó en llegar al camino de Extremadura por donde habia de llegar la reina.

Una vez allí el pueblo que como ya hemos dicho se habia situado en el camino, se vió atropellado, arrollado y envuelto por aquella nube de ginetes, estallando esa multitud de dichos, de lamentos de imprecaciones y de bufonadas que solo brotan de una multitud cuando por efecto de algun incidente se encuentra apiñada, comprimida y arrastrada de una parte á otra por efecto de esas oleadas que se suceden sin cesar.

—¿Qué estais buscando en mi halda?—Decia una veldad de pergamino á un robusto mancebo que tenia á su lado.

—Por mi santiguada que tonto fuese si os buscase algo,—respondíala con desenfado el mozo.

—¡Deslenguado!

—Vieja bruja,—gritaba por otro lado un estudiante á una vieja que pasando y repasando las cuentas de su rosario miraba con cierta envidia á una garrida doncella que tenia á su lado.—Cuántos bebedizos habeis despachado hoy? ¿cuántas bolsas chupateis? ¿cuántas doncellas engañasteis?

—Jesús María y José, murmuraba una beata.

—Madre, madre,—preguntaba una jóven que habia oido las palabras del estudiante,—¿qué es eso de engañar doncellas?

—Nada te importa.

—Perdonad, pero á mí parecia.....

Y la jóven se ruborizaba, poníase grave y séria la madre, reianse los estudiantes, chillaban las mujeres, votaban los hombres, lloraban los chicos y aquel inarmónico contento se calmaba gradualmente hasta que volvia á oirse por otro lado.

—Teneos que me ajais las tocas.

—Vive Dios que alto ajadas las teneis.

—Vos tuvisteis la culpa por tentarlas.

—El deseo os ciega.

—¡Atrevido!

—¡Carcamal!

—Sois un villano.

—Callad, bruja.

—Madre, mi brial.

—Marido, marido.

—¡A la ronda!

—Ahora es de dia, y la ronda no sale más que por la noche.

—Mi halda.

—Guardadla.

—Apartaos.

—Manos quedas.

—Mis flores.

—Ya las cogí.

—¡Deslenguado!

—Visionaria.

—Bribon.

—Ni de tal.

—¡Socorro, socorro!

—¡Ja, ja, ja!

Y la confusion se aumentaba, crecia el bullicio hasta que de repente, dominando todo aquel estruendo, dispararon á la vez todas las bombardas que el Adelantado de Murcia don Diego Fajardo, tenia puestas en una eminencia cercana y un alarido inmenso, atronador, se exhaló de todas aquellas bocas, que dijeron á la vez:

—¡La reina!

Mientras la comitiva, saliendo de palacio, atravesando las calles de Madrigal, llegaba al camino haciendo brotar con su régio empuje, toda esa granizada de dichos, gritos y silbidos, en una de las literas donde iban las damas de la servidumbre de la reina, pasaba una escena que no podemos dejar que quede desapercibida para nuestros lectores.

CAPITULO II.

Continuacion del precedente.—Dos rivales.

I.

Doña Beatriz de Villanueva y doña Catalina Perez de Silva, sentadas frente á frente en una magnífica litera, formaban parte de la nueva servidumbre de la reina.

Parecerá extraño á nuestros lectores encontrarse de nuevo á estas dos damas, á quienes hemos dejado en otro lugar sin relaciones de ninguna especie y sin conocerse apenas, en una amistad íntima, segun demuestra el ir las dos en una misma litera.

Todo esto era obra de la profunda astucia y del genio calculador de la hebrea.

Enterada como esta se hallaba, de la entrevista que entre Rodrigo y la jóven habia mediado despues de la aventura de Fernan y del conde, y sabedora además de

las esperanzas tan cínicamente formuladas por Pero Perez de Silva, creyó muy prudente, para desbaratar por completo aquel proyecto en caso necesario, y para enterarse minuciosamente del estado del corazon de Catalina, entrar en relaciones con ella.

Esto no era empresa dificil, para quien como ella contaba con tantos recursos de ingenio y de posicion.

Así fué que, aprovechando una cacería á la cual Catalina asistió con la condesa de Benavente, entró en relaciones con la jóven, relaciones á las cuales se prestó muy gustoso su hermano, porque harto le constaba la alta consideracion que en la córte disfrutaba doña Beatriz.

Desde el primer momento comprendió que Catalina amaba con todo su corazon á don Rodrigo.

Y este convencimiento la hizo extremecerse de cólera, cólera que supo muy hábilmente disimular.

Sin embargo, Catalina, instintivamente, sentia hácia doña Beatriz una repugnancia y una especie de antipatía, cuya verdadera causa en vano podia explicarse.

La desaparicion de Rodrigo, los incidentes que terciaron en aquella separacion, y la confidencia que Ferrando hizo á Catalina respecto al encargo que su señor le habia dado poco antes de entrar á pelear con los moros cerca de Orihuela, causaron una enfermedad á la jóven, enfermedad larga y de lentísima curacion, toda vez que radicando el mal en el alma, era impotente la ciencia para combatirla debidamente.

Esta enfermedad produjo, como es fácil de comprender, algun enfriamiento en las relaciones de doña Beatriz y de Catalina, relaciones que volvieron á reanudarse pocos dias antes de la llegada á Castilla de la reina doña Isabel.

En cuanto á Pero Perez, tan luego como desapareció Rodrigo de Valladolid, no creyó necesaria la rigorosa clausura impuesta á su hermana, y la permitió que alternara con las damas de su clase, consiguiendo, finalmente, obtener para ella la gracia de menina de su alteza la reina doña Isabel de Portugal.

Raras, muy raras veces se habia cruzado en las conversaciones de doña Beatriz y de doña Catalina el nombre de Rodrigo.

La jóven esperaba impaciente el resultado de una nueva comision mandada á Granada, poco tiempo antes á ver si podia descubrir algo acerca del paradero de Fernan y del conde de Právia.

En el momento que presentamos entrambas damas á nuestros lectores, caminaban silenciosas y pensativas.

Pocas palabras habian cambiado desde que entraron en la litera.

Doña Beatriz aparentaba, respecto á la jóven, una amistad sincera y una simpatía extraordinaria.

Pero en el momento que fijemos nuestra atencion en ellas, observaremos en las miradas de la hebrea al posarse sobre la jóven, una expresion siniestra, una expresion de celos implacables, de ódio terrible que habla-

ban muy poco á favor de quien tanto cariño y amistad demostraba hácia aquella persona.

Ambas estaban hermosas, y en ambas resplandecia el amor, aunque en caracteres diametralmente opuestos.

En doña Beatriz, era el amor frenético, ardiente, apasionado, capáz de los mayores crímenes, de las mayores infamias.

En doña Catalina era el amor tímido, dulce, tierno, capáz de los mayores sufrimientos, de los más grandes sacrificios.

Ligeramente pálida, aquella palidez impresa en su rostro blanco como el armiño, que dejaba trasparentarse lo azulado de sus venas, era una belleza más en las infinitas que poseia.

Su tocado sencillo, al par que de suma riqueza, la realzaba doblemente y hacia resonar á su alrededor infinitas lisonjas por parte de los galantes caballeros castellanos.

Doña Beatriz, por el contrario, para su belleza enérgica y esplendente, necesitaba trajes tan espléndidos como su hermosura, y cubierta de brillantes, de brocado y de encajes, deslumbraba.

Doña Catalina, era efectivamente el astro rey de la córte.

Doña Catalina era la luna pálida, suave, acariciadora.

—Pero aunque opuestos astros, aunque de diferentes luces, los dos estaban en una misma esfera, los dos brillaban.

II.

—¿Os encontrais mal, doña Catalina?—preguntó la hebrea,—os veo muy pálida, y paréceme advertir que sufrís.

—No estoy muy buena, señora,—contestó aquella con su voz de ángel.

—Permitidme que os diga que habeis hecho mal en venir.

—Mi hermano lo ha deseado, y no he querido disgustarle.

—Todos han de ser lo mismo, ¿querreis creer que el mio tambien me ha forzado á asistir á las fiestas, cuando ménos gusto tenia para ello?

—¿Qué, tambien vos estabais enferma?—preguntó con cuidadoso interés la jóven.

—¡Oh! pero mis padecimientos son de otro género, ¿sabeis vos lo que es la amistad; doña Catalina?

—Nó, señora,—contestó ingénuamente la pobre niña,—privada de mi madre casi al nacer, alejada de la córte casi siempre, entregada á los cuidados mercenarios de mis dueñas y de mis doncellas, no he podido sentir esa afeccion jamás.

—Pues no os pese, mientras no la conozcais, no sufrireis.

—Me parece que he oido lo contrario, que la amistad

en vez de hacernos padecer, calma nuestros pesares, es un lenitivo para nuestros dolores, y un goce más para nuestra alegría.

—Teneis razon; pero cuando la persona con quien estais ligada por los vínculos de una estrecha amistad, la veis padecer, ¿no sufrireis vos tambien? ¡Oh! por evitar un sufrimiento al hombre á quien profesais una amistad sin límites, ¿no sacrificaríais vuestra vida, vuestros placeres, vuestra salvacion, y ya que eso no pudiera ser, no partiríais con gusto sus pesares, no seria vuestra palabra la que le consolara, vuestras miradas las que le fortalecieran, y vuestros brazos los que adormecieran sus sufrimientos? ¿Decidme, señora, no haríais eso?

III.

Catalina tardó algunos instantes en contestar. Aquel lenguaje la extrañaba, la sorprendia, y no sabia explicarse la multitud de ideas nuevas que brotaban en su imaginacion.

—¿Qué amistad era aquella, que tanto se parecia á el amor que ella profesaba á Rodrigo?

—¿Qué amor era el suyo, que tanto se parecia á la amistad que doña Beatriz describia?

Si era la amistad tal como la hebrea la definía, ella no profesaba al conde más que una amistad estrecha.

Entonces, ¿qué era el amor?

Si era amor lo que su corazon sentia hácia Rodrigo, no era amistad la de doña Beatriz. Entonces, ¿qué era la amistad?

De este caos de ideas nacian otras nuevas.

Aquella semejanza de sentimientos, aunque con denominaciones diferentes, ¿no podian recaer sobre una misma persona?

¿Sería á Rodrigo á quien doña Beatriz profesaria esa amistad tan parecida á el amor que ella le consagraba?

¿Sería amistad lo que ella sentia hácia el hombre á quien la dama amaba con tanta exaltacion?

Sus ideas se confundian, su corazon palpitaba con una rapidez desconocida, y su alma sintió un dolor terrible.

¿Qué significaba aquella nueva sensacion?

¿Serian celos?

Catalina no conocia el nombre; pero sufria sin poderse explicar el por qué.

Entretanto la hebrea esperaba su contestacion.

Por fin, viendo que aquella no la decia una palabra, la dijo:

—¿Qué os sucede, señora? ¿Os ha dejado suspensa lo que os he dicho? ¿No opinais como yo?

—Sí; es cierto... —contestó casi maquinalmente doña Catalina.

La hebrea, que se gozaba en la turbacion y los sufrimientos de su rival, quiso aumentarlos, y prosiguió:

—Aclaremos la cuestion, doña Catalina: ambas tene-

mos hermanos, que más que tales, son tiranos que abusan de nuestra debilidad, y en esta semejanza de situaciones, debemos tener confianza la una en la otra; decidme, ¿si vos tuvierais una persona querida, si la vierais que vendida por la traicion habia caido en poder de sus enemigos, que sedientos de su sangre, no habian de vacilar en verterla, ¿qué haríais?

—Exhalar mi último aliento, al par que él exhalara el suyo,—contestó con una profunda emocion la jóven.

—¿Y no querríais vengaros?

—¡Vengarme!... ¿Y para qué? ¿Acaso mi venganza habia de devolver la vida al que la habia perdido?

—Vos no amais entonces, señora.

IV.

Un vivo rubor se notó en el semblante de la pobre niña; dos veces habia resonado en su corazon aquella palabra de que no amaba, y dos veces habia sufrido extraordinariamente al oirla.

—¡Que no amo, señora!—dijo ruborosa y palpitante,—pues entonces, ¿qué es amor?

—El amor es una pasion fuerte, sublime, inmensa, que grande como el mundo, lo llena todo él, y es la soberana absoluta; una pasion que ocupa por entero nuestro pecho, que rebosa hasta nuestros lábios, y derrama raudales de ternura infinita sobre el hombre á quien se

adora, una pasion, que por la persona amada se sacrifica todo, ilusiones, porvenir, vida, hasta la honra; una pasion, que correspondida, se remonta al cielo; pero que desdeñada, se revuelca entre los tormentos del infierno; que si ofenden á la persona á quien se ama, se revuelve contra sus ofensores, y que si muere, la que sobrevive la venga y se mata despues. Tal es el amor, amiga mia: ¿no lo comprendeis del mismo modo que yo?

—Nó, señora,—contestó con encantadora franqueza la jóven.

—Entonces, ¿como lo creeis vos?

—Yo creo que el amor emana de Dios, y como tal, es puro, grande, sublime; que dos personas que se aman, tienen un paraiso con su amor; que el amor es una vírgen púdica que se cierne en medio del aire más cerca del cielo que de la tierra; que una mujer que ama tiene una mision grande que cumplir cerca del hombre: amenguar sus padecimientos, sufrir con resignacion sus dolores, y hablarle siempre de la esperanza, ser en fin, el intérprete de la divinidad cerca de él, que si le ofenden, sea un escudo que le proteja siempre, y si muere, seguirlo á la tumba, perdonando á sus verdugos como Jesucristo.

—Entonces,—dijo la implacable doña Beatriz,—si vos amaseis al conde de Právia. . .

—¿Al conde decís?—preguntó anhelante doña Catalina.—¿Es del conde de quien hablais?... decidme... ¿qué le sucede?... hablad, señora, hablad en nombre de Dios.

—¿Qué os pasa? me asustais, y siento ya haber pronunciado ese nombre; vuestra agitacion...

—¡Oh! por piedad os lo suplico: ¿qué le ha sucedido á don Rodrigo?

—Que se ignora su paradero, y...

—Y qué... ¿No veis que la impaciencia me mata más que vuestras palabras?

—Y que podemos perder las esperanzas de verlo.

V.

Un gemido desgarrador que se escapó de la garganta de Catalina, fué su única respuesta, quedando inmóvil y desmayada en el acto.

Algunos caballeros que acudieron á la llamada de doña Beatriz, la condujeron á una cabaña que habia por allí cerca, donde el bachiller Cibdadreal, que iba en la comitiva, la dió los primeros y más necesarios auxilios.

CAPITULO III.

Un baile en el siglo XV.—La astucia de una mujer.

El incidente ocurrido á doña Catalina, no causó impresion más que á las personas que andaban más cerca, quedando olvidado casi inmediatamente por la próxima llegada de la reina.

El espectáculo que ofrecia aquella multitud brillante de oro y pedrería, aquel murmullo semejante al zumbido de los alados habitantes de una gigantesca colmena, el sonido de los clarines, el voltear de las campanas y el estruendo de la artillería, producian un efecto tal, que el rey no pudo ménos de decir á don Alvaro con cierta sonrisa de satisfaccion:

—Paréceme, don Alvaro, que nuestras doblas de oro deben haberse gastado maravillosamente. Todo este

ruido debe costar algo caro. Pero, ¡bah! no todos los dias se casa un rey.

—Y un rey tal como vuestra alteza: un rey de Castilla.....

—Que es como si dijéramos, un reino con muchos reyes,—interrumpió con un tanto de ironía don Juan.

—Culpa es de los pasados reinados,—contestó secamente don Alvaro;—la nobleza castellana se ha nutrido con ambiciones, y...

—Mira, condestable, dejemos esa conversacion, que es harto enojosa para estos momentos. Parece que no esperas más que un momento oportuno para hablarme siempre de lo mismo.

—Hoy me caso y quiero ser completamente felíz. No podrá quejarse Portugalillo de nosotros,—prosiguió el rey con volubilidad:—en nuestro reino no podrá haber paz; pero en cambio sabemos gastar el dinero.

—Siempre ha tenido fama la córte castellana de ser la más expléndida y magnífica,—repuso el conde de Castro que se hallaba cerca del rey.

—Pluguiera á Dios que tuviérala tambien de ser leal, —murmuró el monarca.

En aquel momento un caballero que, armado de todas armas venia envuelto en una nube de polvo por el camino de Extremadura, se aproximó al rey, y apeándose del caballo, puso una rodilla en tierra, diciendo:

—Señor: la reina doña Isabel habrá llegado antes de diez minutos á este sitio.

—Bien venido seais, conde de Alba,—repuso el monarca:—levantaos, y en prueba del aprecio en que tenemos vuestra noticia, os damos el señorío de la villa de Cereceda.

El conde de Alba habia calculado con verdadera precision el tiempo que la comitiva de doña Isabel tardaria en llegar.

El rey, volviéndose hácia sus caballeros, exclamó:

—Vamos, señores, apresurémonos á saludar á la reina.

Y dando el ejemplo, lanzóse camino adelante seguido de su córte.

Momentos despues ambas comitivas se habian reunido.

El condestable, tan luego como llegó junto á la reina, se apeó al par del rey; aproximóse al palafren que montaba doña Isabel, y poniendo una rodilla en tierra, la ofreció su mano para que bajase.

La reina le dió gracias con una ligera inclinacion de cabeza, y apoyando su breve pié en aquella rodilla, saltó al suelo, donde el monarca de Castilla cogiéndola de la mano y estrechándosela con cariño dijo:

—Sed bien venida á Castilla, señora, y quiera Dios que el cielo os haga tan feliz como yo lo soy en este momento.

La reina, con el semblante encendido por un delicioso rubor, contestó:

—Hace tiempo que mis ruegos se han dirigido al Al-

tísimo pidiéndole que me ilumine á fin de que pueda cumplir mis deberes, tanto cerca de vuestra alteza, como del pueblo entre quien vengo á vivir.

Estas palabras, dichas con una modestia y una dignidad exquisitas, si bien no fueron oidas por el pueblo que se apiñaba á entrambos lados, las comprendió con su admirable instinto y un «Salve,» «Salve» más nutrido y más alegre que los anteriores, se exhaló de sus lábios.

El monarca castellano condujo á su esposa á la litera que la estaba destinada, y cabalgando á su estribo derecho dió la señal para regresar á Madrigal.

Llegados á la villa, celebráronse los desposorios, y el pueblo y los grandes se felicitaban por la adquisicion de aquella reina, que reunia á una perfecta hermosura una completa discrecion.

Unicamante una persona estaba disgustada.

Esta era el condestable.

Aquel matrimonio, hechura suya únicamente, comenzaba á desplacerle.

En el corto tiempo que la reina estaba á su lado, habia comprendido su error.

Paseábase por su cámara profundamente abstraido en su pensamiento, mientras que Alonso Perez de Vivero y Rodrigo de Cotta, sentados delante de una mesa con tapete blasonado, departian silenciosamente acerca del acontecimiento del dia.

De repente se detuvo el condestable y exclamó:

—Paréceme que estoy de desgracia. Portugal nos ha mandado una reina verdadera en vez de una aliada.

—¿Y en qué os fundais, señor?—preguntó el contador del reino.

—No tengo ningun hecho que justifique mi presuncion y sin embargo tengo el presentimiento de que esa doña Isabel ha de dar al traste con todos mis proyectos.

—¿No habeis hecho vos mismo esa boda?—dijo el poeta.

—Sí, Rodrigo; pero como parece que desde hace mucho tiempo equivoco todos los medios que empleo, creo que tambien he equivocado este, y por mi fé de caballero os juro, que esta equivocacion fuérame más funesta que todas.

—¿Sentiríais temor acaso?

—Nó, temor ni lo he sentido ni lo siento, porque entre el temor y la desconfianza, hay alguna diferencia, y yo solo siento esto último.

—Pero si aún no teneis nada que justifique esa presuncion.

—Rodrigo, hijo mio, cuando se ha vivido tantos años como yo, estudiando en el rostro de las personas lo que pasa en su corazon, se llega á adquirir ese conocimiento exacto para poder decir, «esa dama ó ese caballero han de serme fatales,» y lo son amigo mio:

—Muy sombrío veis el porvenir, señor,—repuso Alonso Perez.

—Pluguiera al cielo que me engañase.

—Eso es lo más posible.

—En vuestra calidad de poeta, señor Rodrigo,—contestó el condestable,—os haceis muchas ilusiones, mirais el mundo bajo un prisma encantador, y os duele ver la vida por su lado feo, por su lado repugnante. Hoy se reunen en mí muchas circunstancias que pueden contribuir poderosamente para mi caida. En primer lugar, he perdido la juventud y he perdido la confianza. Estas dos cosas que dificilmente se recuperan, son dos de las principales causas que deben contribuir para mi ruina. Principio á estar cansado de la lucha que desde tantos años vengo sosteniendo, y como á cada paso veo nacer á mi rededor nuevos enemigos, como he perdido aquella seguridad que caracterizaba todos mis pasos mientras iba subiendo, hoy que me encuentro en la cúspide de la montaña, veo que he gastado todos mis recursos, que estoy solo, que se me combate con terrible encarnizamiento y que todos los peldaños que yo habia colocado en esa escalera para que pudieran sostenerme, todos, uno tras de otro han ido desapareciendo. Yo he colocado en la servidumbre de la nueva reina una porcion de damas estrechamente ligadas con el bando rebelde, y ese ha sido otro de mis yerros. Doña Isabel de Portugal tiene más energía, más talento y más severidad de costumbres que la difunta doña María de Aragon, doña Isabel de Portugal, si como creo muy probable, consigue apoderarse del corazon de su esposo, causará mi muerte.

—Entonces, ¿por qué habeis hecho esa boda?

—El pensamiento fué bueno: el resultado sabe Dios el que será. Yo supuse que enlazado el monarca con una princesa á quien no queria, principiaría por hacérsele indiferente desde el primer momento, obligándola á que se amparase de mí á fin de que la protegiese contra la frialdad y el desamor de su real consorte: mas en las cortas horas que han trascurrido desde su llegada, vosotros lo mismo que yo debeis haber advertido la aficion que el rey la demuestra y lo propicio que se halla á cuanto á ella se refiere.

—Pero aún teneis tiempo para combatir ese peligro.

—Muy corto es. Benavente, Haro, Castro, Zúñiga, en fin, todo el bando contrario se halla dignamente representado al lado de la reina. Doña Mencía de Padilla y la condesa de Benavente, serán mañana sus amigas más que sus damas, y el verdadero enemigo, el más formidable lo tendré constantemente junto al corazon del rey, lo tendré en el santuario de su habitacion conyugal, santuario en el cual yo ni debo ni puedo penetrar.

—¿Y qué hacer entonces?

—Luchar y sucumbir,—contestó con voz opaca el condestable.

Siguióse á estas palabras un profundo silencio.

Tanto el poeta como el contador del reino, hallábanse preocupados con lo que acababan de oir.

Entretanto el pueblo muy ageno de las angustias del favorito, se entregaba con delirante alegría á las diver-

siones conque solemnizaba la llegada de la nueva reina.

Dos dias despues, púsose en marcha la córte para Valladolid y si expléndido fué el recibimiento que á doña Isabel se hizo en Madrigal, más expléndido y más magnífico se le hizo en la capital de Castilla.

Dispusiéronse grandes fiestas y entre ellas un baile al cual, por las circunstancias que en él habian de concurrir, no debemos dejar de conducir á nuestros lectores.

Adornóse expléndidamente con tapices uno de los más extensos salones del alcázar, buscáronse las arañas de hierro dorado que servian para las fiestas de las iglesias, cubrióse el pavimento con una tupida alfombra, alzóse un estrado en el fondo del salon, defendido en sus dos extremos por una balaustrada de madera, elevóse otro en el opuesto extremo para la música, y encendidas las velas de las arañas y colocada la córte en el régio estrado, dióse principio al sarao.

La reina doña Isabel y su augusto esposo, sentáronse en dos sitiales de alto respaldo y de dorado blason, y en otro sillon colocado una grada más abajo, el príncipe heredero, don Enrique.

En semicírculo, á entrambos lados del trono, sobre almohadones de terciopelo, las damas de honor, las camareras y las meninas, y detras de ellas en pié y descubiertos, los altos oficiales de palacio, y á los dos extremos del semicírculo, los donceles ó contínuos del servicio del monarca.

A los dos extremos de la galería que daba ascenso al

tablado, los reyes de armas, Castilla y Portugal con sus dalmáticas blasonadas, sus birretes con pluma y sus mazas de plata sobredoradas al hombro, permanecian inmóviles como dos estátuas.

El resto del salon estaba destinado para los caballeros prelados y damas, tanto portuguesas como castellanas que se entregaban con loca alegría al placer del baile al compás de la música semi-bárbara de aquellos tiempos.

En cada una de las puertas que daban ingreso al salon, habia dos maestresalas y dos pajes, mientras que por la parte de afuera, dos soldados de la guardia morisca se apoyaban con indolencia en sus largas picas de roble.

Tiempo hacia que el baile habia principiado, cuando las robustas voces de un maestresala dominando el rumor que se exhalaba del salon, anunció:

—Su señoría el alto y poderoso señor don Alvaro de Luna, maestre de Santiago y condestable de Castilla.

Como si este nombre hubiera poseido un encanto especial, ahogáronse de repente todas las palabras, y todas las miradas se fijaron en la puerta.

Don Alvaro apareció en ella, y desdeñoso, altivo, y como desafiando á sus innumerables enemigos, atravesó el salon, subió al estrado real, arrodillándose delante de los reyes, que le contestaron con un saludo un tanto ceremonioso, que no se escapó á las perspicaces miradas que le seguian, y que produjo un murmullo de no muy buen agüero.

Don Alvaro fijó su mirada desdeñosa sobre aquella multitud, y fué á ocupar el puesto que le correspondia á la izquierda del monarca.

Dominada aquella pasajera impresion, volvieron á reanudarse todas las conversaciones que quedaron en suspenso con la aparicion del condestable.

Doña Beatriz de Villanueva conversaba con Pero Lopez, y su conversacion, como era natural entre dos conspiradores como ellos, solo se referia al condestable, aunque de cuando en cuando la palabra amor se deslizase de sus lábios.

El que el hermano de doña Catalina tan bravío, tan brusco y tan salvaje, segun se le llamaba en la córte, hablase de amor, parecerá un contrasentido tal vez, pero teniendo en cuenta la clase de persona con quien hablaba, no lo es.

Doña Beatriz era terrible en sus venganzas.

Se habia propuesto estorbar para siempre la union entre Rodrigo y la jóven, y para conseguir su objeto, debia principiar por hacerse suyo á su hermano.

Por otra parte, la hebrea, desde que habia perdido su auxiliar poderoso con la defeccion de Diego, necesitaba tener otro instrumento dócil, obediente y sumiso, que obedeciera sin replicar y realizase sin contradecir.

Pero Lopez podia servirle de mucho.

Así fué, que poniendo en juego las baterías de sus encantos, el feroz rebelde, fué poco á poco cediendo hasta el punto de requerir de amores á la jóven.

Doña Beatriz, como coqueta consumada, ni le desalentó ni le dió grandes esperanzas, únicamente se contentó con mirarle de aquel modo cuyo secreto solo ella poseia, y que encadenaba á su albedrío la voluntad del que la contemplaba.

Así fué, que Pero Lopez llegó muy pronto á ser un instrumento más pasivo, más dócil y más útil que el alférez de la guardia morisca.

Con estos ligeros antecedentes y el conocimiento que ya tienen nuestros lectores del personaje, creemos que queda plenamente justificado el que en su conversacion se mezcle la palabra amor.

—Conque decididamente sois de mi opinion, ¿no es cierto?—preguntaba doña Beatriz á Pero Lopez.

—¿Cómo no serlo cuando ya os he dicho que erais la reina de mi albedrío?—contestaba el hermano de Catalina posando una mirada ardiente en la hebrea.

—Pláceme que estemos tan acordes, y estoy segura que vuestra hermana os lo ha de agradecer.

—Impórtame poco su agradecimiento, si á vos os complace.

—Paso, paso, caballero,—repuso doña Beatriz con acento grave;—no quisiera que vuestra hermana pudiera llegar á imaginarse que yo tenia un interés decidido en que se verifique su matrimonio con el conde de Alba. He creido que era un galan que la convenia, y nada más.

—¿Y quién os dice otra cosa?

—Me lastima ver á esa niña abandonada por vos, sola y triste casi siempre, y desearia que tuviese un esposo que llenase el vacío, que á su edad es natural que sienta en su corazon.

—Agradezcoos en su nombre vuestro interés, y solo me resta suplicaros me digais si en vuestro corazon no existe un vacío semejante que pueda llenar mi amor.

—El vacío que en mi pecho existe, no es muy fácil de llenar.

—¿Por qué?

—Porque es muy grande.

—Grande es tambien mi amor.

—El amor es precisamente lo que á veces llena menos, aunque el que lo ofrece crea lo contrario.

—Os juro...

—No jureis.

—¿Por qué nó, si es cierto?

—Amor que necesita juramentos para hacerse creer, no es amor.

—Sois muy cruel.

—Vos lo direis solamente.

—Eso prueba que conmigo no sois tan benigna como con otros.

—Siempre he tenido compasion del que sufre, y he tratado de darle consuelos.

—¿Entonces á mí?...

—Si vos no sufrís.

—¿En qué os fundais?

—En que quien tiene su pensamiento tan ocupado con las conspiraciones y los asuntos del reino, imposible es que pueda ocuparse de otra cosa.

—Mala razon me dais.

—¿No sois de los más formidables adversarios del condestable?

—¿Y no lo sois vos tambien?

—Pero yo no tomo una parte tan activa.

—Sin embargo, para estar preocupada...

—Estais en un error. Los asuntos del reino me distraen, me entretienen, pero no me preocupan.

—¿De veras?

—Mi pensamiento se ocupa de ellos, pero no les entrego mi corazon.

—Puedo aseguraros, señora, que hoy me sucede lo mismo que á vos.

—Imposible.

—Creedme. Antes no trataré de negaros que solo me ocupaba de la política; hoy no me ocupo más que de vos.

—Si fuera posible creeros...

Y doña Beatriz, al pronunciar estas frases, les dió una entonacion dulce y armoniosa.

Sus ojos brillaron voluptuosamente.

Su seno se agitó con más rapidez, y Pero Lopez sintió que se nublaba su vista, y zumbaban sus oidos.

—¡Oh! Me estais matando, señora,—murmuró.

—¿Qué quereis decir?

—Que vuestras miradas son un cielo de ventura para mí, mientras que vuestras palabras me torturan el corazon. O dadme una esperanza, ó concluid con mi existencia.

—Líbreme Dios de semejante crímen.

—¿Entonces?...

—Esperad.

Iba Pero Lopez á expresar su alegría por semejante concesion quizás de una manera harto imprudente, cuando un incidente inesperado le obligó á dominarse.

El maestresala, que se hallaba en una de las puertas del salon, ahuecando la voz extraordinariamente anunció:

—El rey de armas Leon, solicita vénia para pasar al estrado.

—Que pase,—contestó el monarca.

Un silencio extraordinario reinó entre la multitud.

Todas las miradas se fijaron en la puerta donde apareció el rey de armas Leon, llevando en la mano derecha la maza y en la izquierda un pergamino enrollado.

Adelantóse gravemente hasta el estrado real; descubrióse; hincó una rodilla en tierra, y dijo con voz clara y penetrante:

—Señor: yo, Leon, rey de armas de vuestra alteza, humildoso é fincado en tierra, demándoos licencia para leer la peticion que viene en este pergamino, la cual se

me ha entregado con ruego de que sea leida ante vuestra señoría, y en presencia de la muy noble y virtuosa señora la reina doña Isabel, del señor príncipe don Enrique, y del alto y poderoso señor condestable de Castilla, don Alvaro de Luna, y de los infanzones, ricos-hombres, nobles, hidalgos y mesnaderos del reino, para lo cual merced os pido.

—Concedida tienes la licencia que pides. Lee, mi buen rey de armas.

Levantóse el rey de armas; cubrióse con su birrete, y leyó el pergamino que decia lo siguiente:

«Siendo la primera causa del nobilísimo lugar que hoy ocupa la esclarecida órden de la caballería, el afan de merecer eterna loa é imperecedero renombre, justo es é cumplidero que quien la profesa demuestre con sus hechos en lo que la tiene; por tanto, yo, Pedro Giron, gran maestre de Calatrava, en union del conde de Benavente y Pero Lopez de Silva, he pensado que cuando olvidados añejos odios é ayuntados todos los buenos caballeros con motivo de la venida á estos reinos de la muy noble y virtuosa doña Isabel de Portugal, debemos festejar su llegada, como es de ley hagan los que de galantes con las damas se precian, y diestros se creen en las justas.

»Por tanto, demandamos á vuestra señoría se digne consentir y darnos su real licencia para que en el Campo Grande se hagan armas bajo las condiciones de que yo y los que conmigo son, romperemos tres lanzas

con hierros de Milan, con todo aquel caballero que probarse quiera y queriendo yo, como capitan que soy del dicho paso de armas, que se galardone al mejor caballero de dichas pruebas, he mandado aderezar una muy lujosa banda con lazo de piedras balajaes, la cual banda ha de ser puesta, prévia la vénia de vuestra señoría, por la muy alta, muy noble y muy virtuosa reina doña Isabel de Portugal al caballero vencedor, para lo cual, yo y los que conmigo son, la elegimos por reina de las justas. Item más: entendiéndose, como es de ley, que no ha de entrar en la liza para hacer pruebas de armas ni vuestra alteza ni el príncipe don Enrique, ni el muy poderoso condestable don Alvaro de Luna.»

Un murmullo de aprobacion sucedió á la lectura del pergamino.

Consultó un breve espacio el rey con su esposa, el príncipe y el condestable, diciendo despues:

—Leon, mi buen rey de armas, díle á mi noble vasallo don Pedro Giron, maestre de Calatrava, que no tan solo es de ley le otorguemos la licencia que demanda, sino que nos loamos de la buena ocasion en que se le ha ocurrido, y que aceptamos el nombramiento que de reina de las justas ha hecho él y los caballeros que con él son.

Un aplauso general acogió las palabras del monarca, aplauso á que puso fin el rey de armas colocándose en medio del salon, y dando la *grida* siguiente:

—«Sepan todos los caballeros y gentiles-hombres del

reino como su alteza, el señor rey don Juan II de Castilla, concede licencia para estas armas, salvo que ni el rey, ni el príncipe, ni el condestable don Alvaro de Luna, puedan probarse en ellas.»

Este incidente, como es natural, principió á quitar algo de animacion al baile, siendo el objeto de todas las conversaciones aquellas justas, que por lo inesperadas, tenian doble atractivo.

CAPITULO IV.

En que doña Beatriz principia á elevarse á una altura verdaderamente fabulosa respecto á su odio al condestable de Castilla.

I.

Perfectamente acogido, segun hemos visto en el capítulo anterior, el paso de armas propuesto por el maestre de Calatrava, abandonaron los caballeros el sarao despues de haber pedido á sus respectivas damas permiso, para adornarse con los colores que cada una prefería, y salieron del alcázar resueltos á tratar de ganar en la justa el galardon ofrecido para depositarlo ante las plantas de la señora de sus pensamientos.

Las damas gozosas por aquella nueva ocasion que se les ofrecia tanto de lucir sus atractivos, cuanto de ver hasta qué punto eran amadas de sus caballeros, hiciéronlo tambien formando mil proyectos para el dia del torneo.

Doña Beatriz fijando una mirada en Pero Perez, le dijo con un ligero acento de reproche.

—Bien habeis sabido guardar el secreto: mucho me holgaré de que seais el vencedor.

—Trataré de serlo por vos, contestó el hermano de Catalina.

Y se despidió la dama del caballero, y este se quedó más enamorado que nunca y muy resuelto á hacer todo lo posible para ganar el premio ofrecido y depositarlo á los piés de doña Beatriz.

Dejemos pasar todo el resto de aquella noche, y penetremos al dia siguiente á las cinco de la tarde, en el palacio de Villanueva.

Estamos en una de sus encantadas habitaciones de verano.

Sostenida por airosos arcos primorosamente calados, se eleva una ligera cúpula de mármol.

Nacen del jaspeado pavimento, cristalinos surtidores de agua, cuyo suave murmullo se aduna con el de los ruiseñores que encerrados en jaulas de alambre dorado, lanzan por el espacio sus melodiosos trinos.

A través de los festonados ajimeces se descubre el jardin, penetrando por ellos el dulce aroma de las flores que entreabren sus cálices y esparcen á las brisas su fragancia.

Sentada sobre los ricos almohadones de seda damasquina, doña Beatriz la encantadora hurí, de aquel más encantado paraiso, fija de cuando en cuando su

indolente mirada, en el alférez su hermano, que pasea de un lado á otro de la estancia.

—Creo que me digiste hace mucho tiempo,—dijo al cabo de un instante doña Beatriz,—que el condestable te habia sorprendido á los piés de su esposa.

—Sí, hace un año y recuerdo tambien que tú celosa por el desvío de Rodrigo, me impediste que continuara para que fuese á vigilar los pasos de tu ingrato amante; contestó Diego con mal encubierto despecho.

II.

Un ligero resplandor que brilló en la pupila de la hebrea, fué la sola señal de la sensacion que aquel recuerdo la causaba, prosiguiendo despues con acento enteramente tranquilo.

—¿Y dime, Diego, que sucedió despues?

—¡Despues! ¿de qué?—preguntó aquel sosprendido de la calma glacial de doña Beatriz.

—Despues de que el esposo te encontró arrodillado ante su esposa.

—No lo sé; porque tan decidido me encontraba, que á la menor palabra que me hubiera dicho, le atravieso con mi puñal.

—¡Siempre el puñal!.. nunca la espada, —murmuró con un desden punzante la dama.

—¿Y quién ha puesto en mi mano el primero, quitando de ella la segunda?.. ¿quién más que tú, quién?

—No se trata ahora de eso,—interrumpió con su calma glacial Esther, fijando en el mancebo su pupila fria y dominadora,—solo quiero saber cómo el condestable no te dejó tendido á sus piés en venganza de su ofensa.

—Esos son misterios de él con doña Juana, que aún no he podido penetrar, porque no pude oir las palabras que mediaron entre ambos, solo sé, que volviéndose á mí al cabo de un momento me dijo:

—«Id descuidado, Diego, el soldado cuya vida habeis pedido á mi esposa con tanto afan, será perdonado» yo me quedé sin saber que contestarle, y él fijando en mí su mirada recelosa y suspicáz, volvió á preguntarme «¿me habeis oido, Diego?» Entonces ya no pude ménos de contestar dándole las gracias de una cosa que no sabia.

—¿Y despues?

—Despues seguimos hablando de cosas indiferentes hasta que me marché.

—¿Pero ese soldado?...

—Era un pobre diablo de la guardia morisca, que estaba sentenciado á muerte, y cuyo perdon sirvió, sin duda á doña Juana, para disculpar mi postura.

—¿Y lo perdonó?

—Sí, á el otro dia vino á darme las gracias y á ofrecerme la vida que le habia salvado sin haber hecho nada para ello.

—¿Conque doña Juana está tan enamorada de tí?

—Muchísimo; pero su amor no equivale, no és ni la

mitad del que yo te profeso. Mira Esther, es muy dura la prueba que me haces pasar, ¿si vieras cuánto tengo que sufrir para decir amores á otra mujer que no eres tú?..

—Pero la esposa de don Alvaro es demasiado hermosa para que sufras enamorándola.

—Sin embargo, ¿qué vale su belleza junto á la tuya? ¿crées que hay la misma hermosura en el sol que nace, que en el que se oculta?.. Tú eres el sol que brilla resplandeciente, que bajo su fúlgida aureola de luz, se muestra más hermoso, y cada paso que dá por el azulado firmamento, lo reviste de más galas, é inunda el mundo entero con sus nítidos fulgores, mientras que doña Juana, es el mismo sol; pero pálido, abatido, que despues de haber prestado sus fulgentes rayos á el mundo, marcha á ocultar su amarillenta luz, entre los pliegues del ocaso. ¿A cuál de los dos hemos de amar?.. ¡Oh!.. dejemos ya esta lucha ó concluyámosla de una vez, ó partir el corazon á ese hombre de quien deseas vengarte, ó vámonos á los fantásticos oasis de nuestra patria, á las abrasadoras arenas de nuestros desiertos, ó á el paraiso de Granada, en cualquiera de esos tres sitios que estarán más hermosos si tu presencia los embellece, correrá nuestra vida tan dulcemente como el agua que se desliza por esas tazas de mármol, y tú arrullada por mi amor, y yo embebido en tus encantos, esperaremos en su delicia infinita los delicados placeres que el profeta guarda para sus elegidos.

III.

—Hé ahí un magnífico idilio; pero que no es ocasion ahora de escucharlo,—contestó con su acento más indiferente doña Beatriz,—ni tus amores he de aceptarlos ahora, ni he de abandonar por ellos mi venganza.

—¡Siempre lo mismo!—dijo con dolor el alférez.

Desde que vimos á Diego de Villanueva abandonar el palacio de su supuesta hermana, jurándola vengarse, era aquella la primera vez que tenia con ella una entrevista á solas.

A fin de justificar, para con la córte su separacion, se dijo que teniendo horas de servicio completamente distintas, y conviniendo á un jóven otra clase de vida muy opuesta á la que podia llevar al lado de su hermana, por las consideraciones que tenia que guardarla, era más conveniente para ambos, vivir separados.

En su consecuencia, tomó Diego de Villanueva la casa en que ya le hemos visto, frente á la que habitaba Rodrigo Nuñez Osorio, y aunque todos los dias visitaba el palacio de Villanueva, jamás habia penetrado en la cámara de la hebrea.

Ausente algun tiempo, con objeto de deshacerse del hombre á quien habia jurado perder, tornó á la córte sin que nadie supiera cuál habia sido el objeto de su misterioso viaje.

La acusacion de Rodrigo por Ayub en presencia de los enviados del monarca castellano, y la desaparicion posterior del caballero, acabaron de tranquilizarle respecto á aquel hombre.

Mas las nuevas galanterías de doña Beataiz, lo que en la córte comenzaba á hablarse respecto á lo bien que aceptaba los amores de Pero Lopez de Silva, hicieron hervir de nuevo la sangre en las venas del judío, obligándole á marchar á presentarse en casa de su hermana.

Esta que por otra parte tenia necesidad de conocer para la nueva intriga que estaba urdiendo, la altura á que se hallaban, los amores de Diego con la esposa del condestable, amores envueltos en el más profundo misterio y que nadie habia podido descubrir jamás, hicieron que le recibiese aunque desde los primeros momentos le trató con una frialdad tal, que la cólera del alférez iba creciendo de una manera terrible.

A la última exclamacion lanzada por Diego al sentir el punzante desden conque habia pronunciado la hebrea sus últimas palabras, esta con un acento desdeñoso y frio, le dijo:

—Ignoro porque te causa extrañeza oirme hablar así: harto sabes que mi mayor deseo ha sido siempre, el hacerte olvidar el puñal por la espada.

—Y si no lo has conseguido, ¿ha sido acaso la culpa mia?

—De quién es entonces.

—¡De tí!

—¿Que yo tengo la culpa, dices?

—Sí, ¿quien puso el puñal en mis manos por primera vez?

—Es decir que porque me hiciste un servicio que yo te demandé, quieres ahora reprocharme todo lo abyecto de tus pensamientos.

—No fué un servicio lo que me exigiste.

—¿Pues qué fué?

—Tu me ofreciste un premio, y el hombre más honrado, el más santo no vacilaría en arrojarse á cometer un crímen, si tú con esa encantadora sonrisa, con esa mirada que el infierno, sin duda, ha dotado de irresistibles atractivos, le mirabas y te sonreias. Yo te pedia amor, tu me lo ofreciste en cambio de mi albedrío, en cambio de mi pensamiento.

—¿Y no te pagué bastante?

—No.

—Es decir que tú aspirabas á una posesion inmediata cuando harto sabias que yo tenia deberes muy sagrados que cumplir, y que hasta que estos estuviesen satisfechos yo no podia entregarme á ningun amor.

—Pues si no podias amar, si no podias conceder á ningun hombre ese tesoro infinito de celestiales ternuras y de tiernísimos placeres, ¿por qué ingrata, perjura y falsa, me negabas á mí el amor á que tú misma me diste un derecho para concedérselo á otro hombre?

—¡Ismael!—gritó la hebrea con acento colérico.

—Sí, para entregárselo á otro hombre.

—¡Mientes!

—Harto sabes que digo la verdad.

—Mientes, repito,—volvió á gritar con voz rugiente la dama.

—Tengo pruebas, y tú misma lo sabes. Don Rodrigo ha entrado en esta casa recatándose y con sigilo.

—Ha entrado para hablar de asuntos agenos á la cuestion de amores.

—Ha entrado,—prosiguió con acento implacable el alférez; —ha entrado con misterio; ha permanecido en tu cámara largas horas; al cabo de ellas se ha abierto la puertecilla del callejon, ha salido don Rodrigo por ella, y tú, en la puerta ligeramente entornada, con ese acento trémulo, acariciador y enamorado, con ese acento que solo posee la mujer cuando se encuentra dentro de una atmósfera de amor y de voluptuosidad, le has dicho: «Hasta mañana:» y eso lo he visto yo; esas frases las han escuchado mis oidos, y yo clavaba las uñas en mi carne para ahogar la voz en mi garganta y para impedir que blandiendo mi espada atravesase con ella el pecho del miserable.

—¡Diego! —gritó con voz terriblemente escitada la hebrea.

—Y en aquella noche, mientras miraba alejarse á aquel hombre que se llevaba mi amor escarnecido y tu honra mancillada, hice juramento de vengarme de él.

—¡Diego!

—Y me vengué.

—¡Oh! ¡miserable de tí!

Y la judía, alzándose del sitial en que se hallaba, pálido el semblante, contraido el lábio, é irradiando sus pupilas un resplandor siniestro, se lanzó hácia Diego con una expresion tan terrible que este no pudo ménos de extremecerse y dar algunos pasos hácia atrás.

Al ver esto la hebrea se detuvo, y arrojando una carcajada histérica y desdeñosa exclamó:

—¡Cobarde y miserable! ¿qué habias de vengarte de Rodrigo cuando retrocedes ante una mujer? ¿Y cómo era posible que te amase yo, cuando te he visto siempre tan bajo y tan rastrero? Yo puedo amar lo grande, lo noble, lo digno, no puedo hacerlo con lo pequeño, con lo ruin y con lo mezquino. Adoro al águila porque se eleva hasta las nubes; desprecio al inmundo reptil porque se arrastra sobre la tierra. ¿Que yo te ame á tí? ¿Y pudíste soñar que la mujer que es capáz de llegar hasta el crímen por el amor de un hombre, fuera á abrasarse en el impuro amor de su instrumento? Vete, Diego, vete de mi presencia, porque hasta el escucharte solo que has pensado en vengarte de Rodrigo, me irrita y desconcierta.

Y la hebrea, con un movimiento de desprecio terriblemente insultante, volvió la espalda al alférez dirigiéndose al sitial que ocupaba.

Diego habia escuchado la invectiva de doña Beatriz, pintándose en su rostro la impresion que sentia.

Escesivamente pálido, apretados los dientes y encendidos sus ojos con el siniestro resplandor de los de la hiena, apretados los puños y temblando de ira, volvió á ganar los pasos que antes perdiera, y exclamó:

—A pesar de todo cuanto has dicho me he vengado. Al cesar de amarte, toda la hediondéz de mis pasiones excitadas por tí, se apoderó de mi corazon: busqué en tu pecho la fibra que más daño pudiera hacerte al herirla, y yo mismo me fuí á buscar á Ayub; yo le entregué á tu amante; yo le he espiado sin cesar, y hasta que no le he visto revolverse entre su aborrecida sangre, no he vuelto á Castilla. Tienes razon, soy cobarde, pero tú me has enseñado á serlo; tú has ahogado en mi corazon los instintos del caballero para dejarme las criminales pasiones del asesino. Mi brazo no tiene fuerza para levantar el puñal; pero mi pensamiento astuto, envuelve á la víctima en redes tales que sucumbe, y mi vista se recrea ante la sangre que no he tenido valor de verter. Ahora, óyeme bien; lo mismo que me he deshecho de tu primer amante, me desharé de tu nuevo amante Pero Lopez de Silva, del príncipe don Enrique, del condestable don Alvaro y de todos cuantos te requieran de amores, de todos cuantos tú prefieras, de todos cuantos ames. Rodrigo ha muerto para tí, los que vengan detras llevarán la misma suerte de Rodrigo.

Al terminar el hebreo, doña Beatriz, que le habia estado escuchando con ansiedad creciente, que apoyando sus crispadas manos en los brazos del sillon, se habia

ido incorporando lentamente, arrojóse como una pantera sobre el alférez; arrancóle violentamente la daga, y blandiéndola sobre él, que trémulo y aterrado permanecia inmóvil, gritó con voz rugiente:

—¡Muere, miserable!

En este mismo momento la voz del maestresala anunció desde la cámara contigua:

—El alto y poderoso señor don Pero Lopez de Silva.

CAPITULO V.

Continuacion del precedente.

I.

El inesperado anuncio del maestresala, salvó la vida del alférez.

En lo aterrado que estaba, imposible le hubiera sido defenderse.

Doña Beatriz habia llegado al paraxismo de la cólera, y no hubiera vacilado en atravesar con la misma daga del alférez, aquel corazon tan miserable y corrompido.

Pero la voz del maestresala, cambió completamente la situacion.

Doña Beatriz dejó caer el brazo á lo largo de su cuerpo, mientras el alférez enderazaba su estatura.

La hebrea, haciendo un violento esfuerzo, cambió

la expresion de su rostro, y tírando la daga á los piés del judío, le dijo con un acento indefinible:

—¡Véte!

Diego no se hizo repetir aquella órden.

Cogió la daga, y arrojando una última mirada respirando venganza sobre su supuesta hermana, abandonó la cámara al mismo tiempo que iba á penetrar en ella el hermano de doña Catalina.

Algunas palabras que cambiaron los dos, permitieron á doña Beatriz acabar de componer su semblante, en términos que cuando Pero Lopez penetró en la estancia, no era posible adivinar en la expresion de su fisonomía la terrible escena que acababa de tener lugar.

—Paréceme que algo extraño acontece á vuestro hermano,—dijo el caballero despues que hubo saludado á la hebrea y tomado asiento en un sitial próximo al que ella ocupaba.

—No tiene nada de particular,—contestó esta con indiferencia.

—¿Acaso alguna discusion doméstica?

—¿En qué familia no existen?

—Por mi fé que teneis razon; poco hace he sostenido una contienda con mi hermana, que me ha desagradado en extremo, por más que esté convencido que mi voluntad se ha de cumplir.

—¿Con vuestra hemana?

—Sí, señora.

—¿Pues en qué os ha ofendido doña Catalina?

—Aprensiones, niñerías que carecen de fundamento, pero á las cuales no se debe ni se puede atender.

—Explicaos.

—He ido á hablarla respecto al proyecto que hemos formado.

—Dispensadme, Pero Lopez, pluralizais ese asunto, y vuelvo á repetiros lo que os dije anoche. Yo no impongo mi voluntad para el enlace de vuestra hermana. Os he hablado del conde de Alba, porque sé que está prendado de los encantos de doña Catalina.

—Bien, señora,—repuso bruscamente el caballero;—impórtame poco que seamos vos y yo quien estemos interesados en esa boda, ó solamente yo: la cuestion es que se case, y se casará.

—¿Acaso se opone?—preguntó con una candidez admirablemente fingida la hebrea.

—De una manera desesperada.

—¿Y en qué funda su oposicion esa niña?

—Fúndala en sus pocos años, en el disgusto que siente al separarse de mí; y en otras mil necedades por el estilo; pero juro á Dios. . .

—Reparad que estais jurando,—interrumpió doña Beatriz con incisivo acento.

—Perdonad, señora; pero la cólera que esperimento al recordar ese incidente...

—Pues olvidadle.

—Teneis razon, lo olvidaré en vuestra presencia para recordarlo cuando esté en mi casa.

—¿No estais en ella acaso?

—Sois un ángel, doña Beatriz,—prosiguió Pero Lopez completamente domesticado, si se nos permite esta frase, por la mirada que acompañó á las últimas palabras de la hebrea.

—Galanteador venís.

—No son galanterías las que brotan de mis lábios, harto sabeis que os amo y que cuantas palabras brotan de mis lábios, es solo mi corazon quien las dicta.

—Hablemos de otra cosa, si os place.

—Demandáraos yo hablaros de amores solamente.

—Muy de prisa vais, caballero.

—Y vos muy despacio.

—Si la dicha llega, nada importa el tiempo que tarde.

—Importa mucho.

—Esperad y tened confianza esperando.

—Me hareis desesperar.

—¿No observásteis nada de particular anoche en el sarao?

—¿Qué otra cosa podia reparar más que vos?

—Conseguireis que me enoje.

—Desplaciérame en alto grado.

—Entonces dejadme que hable, respondez: ¿nada observásteis?

—Nada.

—No vísteis al poeta Rodrigo de Cotta.

—Ocúpome muy poco de esa gentecilla.

—¿Gentecilla llamais á uno de los poetas favoritos de

su alteza y á uno de los más fieles amigos del condestable?

—Razon demás para que así lo califique.

—¿Despreciáis á vuestros enemigos?

—Y qué tenia anoche de particular ese Rodrigo de Cotta.

—Mucho.

—Explicaos.

—La condesa de Benavente es hermosa é insinuante.

—Vos lo sois mucho más.

—Si continuais así, conseguireis impedirme que hable.

—Os doy mi palabra de no enterrumpiros más, proseguid.

—Iba diciendo, que la condesa era sobradamente hermosa y sobradamente jóven, mientras que el conde tiene mucho de viejo, de záfio y de adusto.

—¿Y supondríais?...

—Nada supongo. Refiero únicamente lo que veo.

—¿Y qué vísteis?

—En primer lugar, sorprendí miradas de esas que solo se cambian entre los amantes, de esas miradas en las cuales hay una conversacion mucho más elocuente que cuantas los lábios pudieran sostener.

—¿Y juzgais por esas miradas qué la condesa pueda conceder á alguien el amor que roba á su esposo? Pues aventurado seria el juicio en ese caso, toda vez que si alguien sorprendiese nuestras miradas, podria sospechar tambien.

—Y sin embargo, nada existe.

—Os equivocais.

—¿De veras?

—Al ménos existen las esperanzas,—repuso doña Beatriz con una encantadora sonrisa.

—¡Oh! gracias,—contestó con efusion Pero Lopez.

—Iba diciéndoos que sorprendí esas miradas entre la condesa de Benavente y Rodrigo de Cotta.

—¿Y podríais imaginar que la condesa descendiera hasta el punto de amar á un miserable poeta?

—No sois justo Pero Lopez. El señor Rodrigo de Cotta en primer lugar es un muy hidalgo caballero y un gentil amador.

—Ennoblecido por su amo el condestable.

—Ennoblecido por su mismo ingenio; ennoblecido por su destreza en la ciencia del bien trovar.

—Ennoblecido porque el señor rey don Juan II se precia más de tener á su lado poetas aduladores como Juan de Mena, Jorge Manrique y ese Rodrigo de Cotta, que buenos caballeros é infanzones de su reino. Ya se vé, como á don Alvaro le conviene así, entrega al rey en brazos de las musas para que se olvide de la política de su reino.

—En poco estimais el brillo de las letras castellanas.

—Importárame más el brillo de sus armas.

—Lo cierto es, que la condesa de Benavente, ama ó está muy próxima á amar al señor Rodrigo de Cotta, lo cual pudiera causarnos un gravísimo perjuicio.

—¿Cómo?

—Supongamos que la condesa ame al poeta. Ya sabeis que nada hay que haga perder la cabeza como el amor; secreto que la condesa de Benavente poseyera respecto á nuestros planes seria secreto que inmediatamente conoceria el condestable.

—¡Diablo! pues teneis razon, señora,—exclamó Pero Lopez sorprendido por la sutileza del ingenio de la hebrea.

—¿Quién sabe si ese Rodrigo no será un espía utilizado por el condestable?

—Necesario nos es de todo punto inutilizar á ese hombre. ¿Pero estais bien segura de lo que decís?....

—Nada afirmo, nada aseguro; pero tened en cuenta mi aviso por lo que pueda sobrevenir.

—¿Temeis?

—Todo lo temo de la sagacidad de don Alvaro. Hasta ahora nada se ha murmurado de la condesa, nada se ha dicho ni la más mínima palabra se ha pronunciado que pudiera manchar su limpio honor: quizás sean solo presunciones mias, pero sea de ello lo que quiera, debemos vivir muy prevenidos.

—Teneis razon, y en prueba de ello, que corro inmediatamente á ver al conde de Benavente y.....

—Cuidado Pero Lopez, no camineis tan de prisa que lo echeis á pèrder, espiad, averiguad cuanto podais y entonces obrais en su consecuencia, pero siempre tened muy en cuenta la manera conque descubrís al conde

un hecho que de tal manera puede afectar su honra.

—Confiad en mí.

—Ahora, marchaos.

—¿Os molesto acaso?—preguntó Pero Lopez con acento cuidadoso.

—No volvais á pronunciar jamás esa palabra, no me molestais nunca, mas necesito estar sola porque espero una visita.

La mirada de Pero Lopez se fijó en el semblante de la hebrea, llena de recelo y desconfianza.

Permaneció silencioso breve espacio hasta que por fin preguntó:

—¿Una visita decís?

—Sí; la de don Alvaro de Luna.

—¿Y creeis que vendrá?

—Vendrá porque á él le interesa más que á mí todavía.

—Toda sois misterios, señora.

—Pero misterios que para nada perjudican á la persona á quien yo conceda mi.....

—Concluid,—repuso el hermano de Catalina con anhelante acento.

—Mi aprecio por ahora,—contestó doña Beatriz destellando una mirada enloquecedora sobre su interlocutor.

Pocos momentos despues, Pero Lopez abandonaba la estancia de la hebrea, mientras esta se quedaba murmurando:

—Por mi fé que este hombre ha de servirme mucho más que Diego.

Hablará de una manera imprudente al esposo de la condesa, provocará un escándalo y el final será quitar de en medio á ese Rodrigo de Cotta, que es uno de los mejores servidores de don Alvaro. Entretanto, yo dominaré á este, despues que le tenga vencido, veremos como escapa de mi venganza.

Permaneció pensativa algunos momentos hasta que incorporándose de repente exclamó con fuerza:

—Y ahora que recuerdo, ¿qué ha querido decir Diego al hablarme de Rodrigo? ¿será acaso cierto que él ha tenido parte en su muerte? ¡Imposible! Sin embargo, Diego tiene la cobardía y la vileza suficiente para no atacar de frente á su contrario; pero sí para deshacerse de él á traicion. ¡Si fuese cierto! Es necesario que yo lo averigüe.

Y doña Beatriz, en cumplimiento de este deseo, iba á levantarse de su asiento, cuando el maestresala gritó con campanuda voz:

—El alto y poderoso señor condestable de Castilla.

—Ya está ahí,—murmuró con satisfaccion la dama, mientras que en sus lábios se dibujaba una sonrisa siniestra.

Pocos segundos habian trascurrido cuando don Alvaro, vestido con expléndida magnificencia, y con la cabeza altanera y erguida, penetraba en la estancia de doña Beatriz.

Inclinóse profundamente ante ella, y despues de haber cambiado los saludos de ordenanza, la dijo:

—Supongo, señora, que me perdonareis la libertad que me he tomado demandándoos esta entrevista.

—No teníais necesidad de hacer demandas para venir á una casa que há tiempo debíais considerar como vuestra, y que honrásteis con vuestra presencia algunas veces.

—Entonces hérais mi amiga.

—¿Y acaso he dejado de serlo?—preguntó doña Beatriz fijando una mirada escrutadora en el semblante de don Alvaro.

—Paréceme,— repuso este,—que habiéndoos hecho muy amiga de mis contrarios, debeis ser un tanto enemiga mia.

—Os equivocais, señor condestable; puedo muy bien ser amiga de vuestros contrarios sin haberos por eso retirado mi agradecimiento y amistad.

Y la hebrea, al pronunciar estas palabras, fijó en el rostro del privado una de sus miradas más encantadoras.

El condestable sintió el fuego de aquella mirada, y haciendo un esfuerzo para disimular su turbacion, repuso:

—Cuando como yo llega un hombre á encontrarse en situacion de que le vendan sus amigos, aun los que mayores favores le deben, natural es que desconfie de todo.

—¿Y desconfiais de mí?

—Os he visto tan severa conmigo...

—Aprensiones, señor condestable.

—No lo creo yo así, doña Beatriz. Al haceros amiga de mis enemigos...

—No volvais á pronunciar esa palabra,— repuso la dama interrumpiendo á su interlocutor,—podré ser amiga de la nobleza castellana, mas no por eso me olvido de lo que me debo á mí misma y á las personas que me han favorecido.

—Pero es que yo no estoy en ese caso.

—Muy olvidadizo sois.

—Confieso ingénuamente que no sé á qué os podeis referir.

—¿De veras?

—¿Y lo dudais?

—¿No recordais mi venida á la córte?

—Señora, la aparicion del sol en medio de un cielo oscuro y tenebroso, no es fácil que se olvide nunca.

—Habia oido decir que érais muy lisonjero.

—Si lisonja se llama al decir la verdad, apellidanme con razon lisonjero, porque no sé decir más que verdades.

—Al venir á la córte me presenté á vos.

—Lo recuerdo.

—Y os pedí vuestra proteccion.

—Suplícoos que no hablemos de eso.

—Por el contrario, debo hablaros.

—Si así os place.

—Pláceme porque vuestra acogida no se ha borrado de mi memoria, y en mi corazon existe siempre una gratitud inmensa hácia el hombre que me franqueó la entrada entre la nobleza castellana.

—Ese hombre no hizo nada: os la habíais franqueado vos misma con vuestra nobleza, con vuestra hermosura y con vuestro ingenio.

—Mucho me elogiais.

—No tanto como mereceis.

—Iba diciéndoos que quien sabe ser agradecido, ni puede olvidar los favores que recibe, ni puede ser jamás enemiga de quien se ha portado de la manera que vos lo hicisteis conmigo.

—Veo que os empeñais en realzar mi accion.

—No la realzo, la recuerdo. Motivos más de queja puedo yo tener toda vez que os habeis alejado de mi lado sin que haya podido comprender el motivo que para ello existia. Os lo confieso ingénuamente, causóme un dolor muy grande vuestro alejamiento y me habeis hecho pasar dias muy crueles.

—¿Qué decís, señora?—exclamó don Alvaro, á quien la novedad de aquella situacion desconcertaba completamente.—¿Habeis sufrido por mí?

—Como se sufre por aquella persona, que despues de habernos hecho un favor se aleja y se aparta sin una razon que lo justifique. Yo os debia mucho y no he podido olvidarlo.

La mirada conque doña Beatriz acompañó estas pa-

labras, acabó de turbar al condestable.

Hábil actriz la hebrea, sabia dar perfectamente á su rostro todas las tintas que la convenia, á su voz las inflexiones más encantadoras y á sus ojos la expresion más tierna, más acariciadora y más amante que puede imaginarse.

Don Alvaro no iba prevenido para esto.

Así fué, que al recibir aquel choque tan imprevisto, vaciló é inclinó sus ojos ante la irradiacion poderosa de los de la hebrea.

Pero debemos decir en su obsequio, que esta vacilacion fué momentánea.

Dominó la situacion por medio de un violento esfuerzo de su voluntad, y sacudiendo la cabeza como si tratara de romper aquella atmósfera de magnéticos encantos, posó una mirada tranquila y fija en el semblante de la dama.

Despues la dijo con acento incisivo.

—Vamos, señora, contestadme con franqueza, hace una hora que os estoy preguntando, y aún no me habeis querido contestar.

Doña Beatriz, jugando distraidamente con las plumas de su precioso abanico de nácar y oro, no daba muestras de haber escuchado lo que su interlocutor acababa de decir.

Al cabo de un momento alzó su hermosa cabeza, y lanzando al condestable una mirada llena de voluptuosidad, le preguntó:

—¿Qué me decíais, señor condestable?

—Veo, señora, que os soy muy indiferente, cuando tan poca atencion poneis á lo que os digo,—contestó aquel con un acento en que se notaba un tanto de amargura y de orgullo herido.

—¿Que me sois indiferente, habeis dicho?—y un fuego extraño brilló en los ojos de la dama,—¿qué me sois indiferente?...—y despues como temiendo haber dicho demasiado, bajó la vista ruborizada, prosiguiendo,—dispensadme, pero...

—¿Que os dispense, señora?.. que os dispense, cuando esa misma distraccion me ha permitido oir...

—¿El qué?—dijo la hebrea, alzando su cabeza con altivez.

—Nada, señora.

II.

Y siguió un momento de silencio, al cabo del cual volvió á decir el condestable.

—Os preguntaba, si podia contaros como amiga ó como enemiga, en la situacion en que me encuentro, casi enteramente aislado, necesito saber quienes son de veras mis amigos.

—¿Y habeis podido dudar de mi amistad, señor condestable? De poco os puede servir, es cierto, pero franca, leal, cuanto puede haber en mi corazon para endul-

zar vuestros pesares, todo os pertenece. Dicen que la amistad es el bálsamo más dulce que hay para las heridas del alma, que Dios compadecido de los dolores del hombre, hizo brotar en otros corazones un sentimiento, una fibra, cuya vibracion, esenta de todo egoismo, de todo interés, adormeciese los pesares de aquellos, una especie de crisol, donde al confiarse las penas se purificasen, devolviéndolas al mismo que las sentia, dolientes siempre, pero más dulcificadas, más suaves, trasformadas en una dulce melancolía, sin aquellos raptos de desesperacion que llevan consigo todos los dolores.

Era tan tierno, tan acariciador, y al mismo tiempo tan verdadero, el acento de doña Beatriz, estaba tan hermosa bajo aquella aureola de compasion y de ternura en que se envolvia, brillaba en sus ojos un sentimiento tan profundo, tan penetrante, que el condestable se sentia magnetizado por aquella mirada, adormecido por aquel acento, y subyugado, por decirlo así, por el álito de pureza y de hermosura que emanaba aquella mujer.

III.

Todavía permaneció algunos momentos escuchando las lejanas armonías de aquella voz, que se iba perdiendo gradualmente por los arcos de la habitacion, y cuando su última vibracion se perdió completamente, experimentó una sensacion parecida á la del mendigo que vé

tristemente perderse en el Occidente el último rayo del sol que calentaba sus entumecidos miembros. Entonces, como quien despierta bruscamente de un sueño dulcísimo, dijo:

—Proseguid, señora, ¡resonaba tan dulcemente vuestra voz en mi alma!.. Teneis razon, la amistad es un don precioso, y creo que disfrutaba ya de sus favores, seguid, seguid, no sé que mágia, no sé que encanto particular teneis, que no se os puede ver sin sentir, oiros hablar sin amaros, y amaros... ¿sin llegar á la idolatría.

—Creo, señor condestable, que saltamos ese escalon tan peligroso que hay de la amistad al amor.

—No será mia la culpa en ese caso.

—¿Pues de quién?

Y una mirada lánguida, intensa, fascinadora, fué á herir de lleno al condestable, mientras que la agitacion del seno de la dama le revelaba los latidos de su corazon.

—¡De vos!—contestó don Alvaro, trémulo aún por la emocion que experimentaba.

—¿De mí?...

—Sí, doña Beatriz, os lo he dicho antes, y ahora os lo repito; estar á vuestro lado sin hablaros de amor, mirar vuestros ojos sin embriagarse en su dulce irradiacion, ver vuestro seno agitarse y no ansiar que esa palpitacion le pertenezca á uno por entero, es imposible, señora; de mí se deciros que he entrado cuerdo en vuestra casa y saldré loco de ella.

—Veo, que nó en vano se dice en la córte, que sois un galanteador consumado.

—Cuando el corazon habla, no hay nada de galantería en su lenguaje.

—¡El corazon!... ¿Vuestro corazon es el que habla?

—¿Y qué os sorprende, señora?

—Que agostado por la política, por los negocios, saturado por los amores infinitos que habeis sentido, me parece muy extraño que aún sintais agitarse vuestro corazon.

—¡La política!... ¡los amores!... teneis razon; la primera es el gusano que roe nuestro corazon, y los segundos los verdugos de nuestra alma. La política cuando es noble, grande y poderosa, cuando tiende á un fin de honor y de gloria, hace brotar en nuestro pecho sensaciones nuevas, goces infinitos; pero cuando en vez de esto, tiene que rebajarse hasta impedir mezquinas ambiciones, salvar asechanzas y lazos tendidos á un hombre porque ocupa un puesto mas elevado que los demás, cuando en vez de la gloria de una nacion, solo se ven campos talados por los bandos rebeldes, brazos arrancados á la industria, cadalsos y ejecuciones, y por cualquier parte que se tienda la vista no ver más que cadáveres y sangre, y nuevas traiciones, y nuevos insultos, entonces nuestro corazon se contrae, se ahoga, y llega hasta perder su sensibilidad.

IV.

Era tan sentido, habia tanta amargura en el acento del condestable, que no pudo ménos de mirarle doña Beatriz con una expresion mezclada de interés y de odio. Don Alvaró prosiguió:

—Yo era bueno, señora, sentia grandes deseos de gloria, y mi cabeza concebia vastos planes; desde muy niño habia fijado la vista en mi patria, habia sondeado sus heridas y me encontraba con alientos para curar el mal de raiz. Yo veia un pueblo que habia sido grande y poderoso, hecho un juguete de las ambiciones mezquinas de los ricos-homes, que cada uno se creia rey en sus villas, fortalezas ó señoríos.

Gobernado por una mano débil, doña Catalina de Lancaster, era un autómata que solo se movía bajo la direccion del *buen condestable* don Ruy Lope Dávalos, direccion no por cierto la mas acertada. Entonces ambicioné, pero mi ambicion fué noble, fué la de libertar á mi patria de aquel yugo de hierro conque cien reyezuelos la oprimian, y durante largos años me dediqué á cautivar el alma del rey, y lo conseguí; entonces necesité oro para comprar hierro, dí espadas á mis pajes, ennoblecí á mis escuderos, armé mis mesnadas, y deseando sofocar aquella tiranía que pesaba sobre el estado llano, le cargué con nuevos gravámenes; mis pajes, mis escuderos,

mis hidalgos, se volvieron contra mí y engrosaron las filas de los rebeldes; entonces me ví precisado á acumular nuevos tesoros para hacer frente á tantos enemigos, y se me acusó de avaricia, quise poner á cubierto y conservar intacta la dignidad real, y se me llamó traidor, quise reunir en mí los poderes que el rey no sabia manejar, y se me trató como al mas vulgar de los favoritos. Entonces me atacaron al descubierto, despues de haberme herido en mis sentimientos, en mi honra, y en mis ideas, quisieron herirme en el cuerpo; la sangre corrió, los pobres vasallos, víctimas inocentes de los caprichos y de las ambiciones de sus señores, caian muertos en los campos de batalla. La desmoralizacion que yo habia querido cortar, habia vuelto á desarrollarse, y desde entonces, señora, estoy sosteniendo una lucha de gigantes, una lucha en que he perdido el corazon, lucha que ha encanecido mis cabellos, y lucha en la que por fin perderé la cabeza, y sin embargo, en medio de estas contiendas yo he hecho que respeten á Castilla, Navarra, Aragon y Portugal, he ajustado las paces con el moro, que si bien ya las ha roto, otra vez tendrá que aceptarlas, he reprimido las rebeliones de los nobles, que aunque siempre brotan de nuevo, esa es una partida que yo juego con ellos, partida que si me dan tiempo suficiente, aún espero ganársela. ¿Pero y qué creeis que despues de haber vencido me quedará, señora? un vacío inmenso en mi pecho, un remordimiento frio, punzante, desgarrador, y en todas partes creeré

estar viendo los espectros sangrientos de esas víctimas, que aunque yo no haya tenido la culpa de sus rebeliones, sin embargo, á mí acusarán de sus muertes. ¡He ahí lo único que me quedará! unido al grito de reprobacion de todo ese pueblo para quien yo soñaba una era de felicidad, y al que le he arrebatado sus hijos, sus hermanos y sus padres, ese remordimiento y esa maldicion será lo único que me restará.

V.

Calló concluido de decir esto el condestable, y su cabeza se inclinó pesadamente como bajo el peso de aquel remordimiento y de aquella maldicion.

Doña Beatriz fijó en él una mirada indescriptible; con su instinto de mujer, admiraba todo lo grande que habia en aquel hombre, pero con su sentimiento de hija, y de hija herida en la honra de su madre, y en la vida de de su padre, el odio sofocaba su admiracion.

Tan pensativa como el condestable quedó algunos momentos, y su pensamiento no tuvo mas objeto que buscar un medio para herir mas dolorosamente á aquel hombre que tan herido estaba.

Habia observado hacia ya tiempo, la solicitud, el interés conque la miraba el condestable, habia advertido en su acento un tanto más que amistad; el amor se habia mezclado alguna vez en sus conversaciones, y ella com-

prendió que para aquel hombre á su edad ya, seria el amor un dolor terrible.

Torturar aquella alma con los dolores de los celos.

Anegarla otras veces con los goces infinitos de la pasion.

Mezclar un tanto de acibar, en la dulzura de su amor.

Enloquecerlo, hacer esclavo suyo aquel hombre que á su vez habia esclavizado á su rey.

Concluir de desesperar aquel corazon que tan desesperado estaba, fué el pensamiento de la hebrea.

Así concebido, fué prontamente puesto en ejecucion.

VI.

Alzó su cabeza, fijó una de sus más enloquecedoras miradas en el privado, y con un acento dulce, compasivo y tierno, le dijo:

—No seais tan desconfiado, señor condestable, que no todos os maldecirán, tal vez habrá alguien que os admire..... y..... que sienta hácia vos..... alguna compasion.

Y doña Beatriz aparentando confusion, bajó modestamente la vista, encendido de rubor su rostro. Sorprendido por aquella voz, despertado, por decirlo así, el condestable de aquel sueño sombrío, por aquel acento dulcísimo, levantó su cabeza, y su mirada anhelante se

encontró con la ardiente de la dama, cuyas reticencias y confusion, le hicieron exclamar cogiéndola una mano, que solo opuso una débil resistencia.

—¿Hablais de vos señora?

—¿Y por qué nó?—dijo al cabo de un instante la dama con voz resuelta,—esos, que la canalla os cita como crímenes, para mí son hechos grandes: ¿teneis acaso la culpa de que los hombres sean bajos y cobardes? os lo repito, os admiro como admiro todo lo grande, todo lo altivo, todo lo noble que hay en vos; os admiro tanto como desprecio á esa turba de caballeros y ricos-homes cuya alma incapáz de un sentimiento leal, no es más que una sentina de crímenes y traiciones, y si creeis que mi amistad puede endulzar vuestras penas y mitigar vuestros dolores, tomadla entera, os la ofrezco, grande como vuestro corazon, capáz de sacrificarse por vos, como os habeis sacrificado por vuestra patria.

El amor habia sido siempre el lado vulnerable de don Alvaro, y la adulacion, esa otra pasion que todos los hombres sienten: él, hombre tambien, la conocia, y era imposible que pudiera resistir á un amor que de aquella manera le adulaba; así qué contestó:

—Gracias, señora, gracias, vuestra respuesta ha superado á cuanto yo podia esperar: he soñado con vuestro amor, he visto con él, horizontes de felicidad, pero jamás habia creido que se llegara á realizar mi sueño.

—Creo, señor condestable, que nada os he dicho de

amor,—dijo doña Beatriz,—y creo que nunca me atreveria.

—¿Por qué?

—Porque llevais fama de no haber amado nunca.

—Quien eso dice no me conoce, señora, ó mejor dicho no os conoce á vos; si en esas voces creeis, pedidme una prueba que pueda demostraros si os amo ó no.

—Cuidado caballero, cuidado lo que ofreceis, porque tal vez cayera en la tentacion,—contestó la dama, irradiando de sus ojos un resplandor tan ardiente, tan intenso, tan enamorado, que acabó de trastornar la razon del condestable, que cayó á sus plantas diciéndola:

—Os amo, señora, os amo, y sacrificio alguno no me seria doloroso, con tal de que os pudiera probar mi amor; pedidme una prueba, señora, pedídmela y por costosa, por grande que sea la tendreis.

—Pues bien, sea. Dadme un pergamino con vuestra firma.

VII.

Fijó don Alvaro su mirada penetrante en el rostro de la hebrea, así que oyó su extraña demanda, y una duda horrible cruzó por su imaginacion, pero era tan encantadora, tan pura, tan inocente la expresion de su rostro, que desechó toda sospecha y la dijo:

—Concedido, á pesar de que no deja de parecerme extraordinario lo que me habeis pedido.

—Pues por esa misma razon lo he hecho; si os hubiera pedido una villa ó una fortaleza, solo hubiese sido para vos una mujer vulgar que se vende por un puñado de oro, y que no sirve más que de pasatiempo, y de hastío, á un hombre como vos, pero si me entregais esa firma, vereis en mí la mujer que necesitais, y yo el hombre que busco. Ahí teneis pergaminos en esa mesa, y plumas tambien, en la mano llevais vuestro sello, conque podeis satisfacer mi capricho; ¿pero vacilais, me habia engañado acaso?....

—No, señora,—contestó el condestable, con acento resuelto,—voy á concederos lo que pedís, y llegándose á la mesa, firmó el pergamino, le puso el sello, y entregándoselo á su enemiga la dijo:

—¿Y ahora, me amareis?....

—Creo que llegaré á hacerlo,—contestó la dama.

CAPITULO VI.

En que se vé que en aquellos tiempos las damas enfermaban de amor.

I.

Tiempo es de que digamos al lector algo de doña Catalina Lopez de Silva, la tierna amante del conde de Právia, y cuya ausencia le hizo tomar la desesperada resolucion que ya conocen nuestros lectores.

Encerrada en una de las cámaras más retiradas y más sombrias de su palacio, sin pajes, sin doncellas, y bajo la salvaguardia del fiel escudero de don Pero Lopez, y de una dueña tan gruñona y tan severa como él, la pobre niña languidecia cada vez más, y se ahogaba en aquel reducido aposento de altas ventanas con dobles hierros, privada de la luz, del aire y del sol; como un pajarillo encerrado bajo una campana de cristal.

Para aquella alma que se habia despertado, que se

habia vivificado, por decirlo así, bajo el influjo del amor de Rodrigo, la privacion de este, era el mayor pesar que podia haber amargado su existencia, era la muerte.

Siempre sola, siempre con su pensamiento fijo; y doblemente escitada por los injustos tratamientos de su hermano, su pobre alma se sentia desfallecer, y dia por dia sus mejillas empalidecian, sus pupilas se amortiguaban y demacrada, débil, y carcomida por el dolor, empezó á causar serios temores á sus celosos carceleros, que enviaron escuderos por diversos puntos avisando á su señor, el peligroso estado de su hermana.

II.

Era una mañana del mes de setiembre, un sol de Otoño derramaba sus tibios resplandores sobre la ciudad de Valladolid, sol del que la pobre prisionera no podia disfrutar.

Sentada en una tosca banqueta de cuero la pobre Catalina, miraba pasar tristemente las horas, que se le hacian mas largas por la inmensa soledad y aislamiento en que se encontraba.

De pronto la puerta de la cámara se abrió y apareció en el umbral de ella la sombría figura del noble señor don Pero Lopez de Silva, cuyo semblante resplandecia con un gozo cruel.

Un débil grito se escapó del seno de Catalina, grito

intraducible, que tanto podia significar el terror porque sus males se aumentasen, ó la alegria porque con su venida tuviesen un término.

Adelantó algunos pasos el caballero y fijando en su hermana una mirada de hielo, la dijo:

—¿Es decir, señora, que os habeis empeñado en moriros?

—Al ménos muriéndome dejaré de sufrir.

—¡Sufrir!... ¡sufrir!—contestó con acento duro su hermano:—¿y quién tiene la culpa de vuestro sufrimiento?

III.

Alzó sus bellos ojos la jóven, y los fijó en su hermano, con una expresion tan triste, con una especie de acusacion tan dulce, que este no pudo por ménos de bajar los suyos involuntariamente, contestando á aquella muda acusacion:

—¡Ea! dejémonos de niñerías, señora, todo lo que ha pasado, démoslo al olvido; desde ahora mismo vuelve á empezar para vos vuestra antigua existencia, y preparaos para asistir á las justas que han de celebrarse en loor de la reina doña Isabel.

Fué tan grande el asombro que se pintó en el semblante de doña Catalina, tan enérgico, tan espansivo, que no pudo ménos de notarlo su hermano que prosiguió sonriéndose:

—¿Qué, te extraña mi conducta ahora?... Tengo poderosos motivos para ello, y entre ellos el principal es no tener que temer nada de la persona que me habia obligado á usar contigo tanto rigor.

El acento conque pronunció Pero estas palabras, hizo extremecerse á la pobre niña; la expresion que se retrató en su semblante aumentó su temor, y una sospecha cruel hirió su imaginacion tan poderosamente que sin poderse contener exclamó:

—¿Y quién es esa persona de quien ya no teneis que temer?

—Vuestro amante, digo mal, aquel necio que quiso aspirar á vuestra mano.

—¡Rodrigo!...—murmuró con voz débil Catalina que empezaba á entrever algo de horrible en la satánica expresion del rostro de su hermano y en su extraño acento.

—Sí, Rodrigo Nuñez Osorio, ese conde de Právia, tan fanático partidario del condestable, cuyas lanzas destrozaron nuestras mesnadas en los campos de Medina.

—Y... ¿qué le ha sucedido?... —preguntó Catalina, cuyo temblor crecia por momentos.

—Nada, que llevado por su extrema arrogancia se ha entrado por las fronteras de los moros, y despues de haberlos destrozado, ha caido á su vez prisionero, y el alcaide de Baza se habrá cobrado en su cabeza la sangre de sus soldados.

IV.

Al oir estas palabras, dichas con la más cruel indiferencia, pero que la corroboraba lo que doña Beatriz la digera dias antes, sintió la jóven que todas las fibras de su alma se partian en mil pedazos, y tras un grito desgarrador, un grito que expresaba una agonía infinita, cayó casi cadáver sobre el frio pavimento de la estancia.

Lanzóse á socorrerla su hermano; tocó su frente y estaba helada; cortó con su daga los cordones de su vestido; puso su mano sobre el corazon de la infeliz amante, y el corazon no latia; entonces un remordimiento sombrío, terrible, se alzó en su pecho, y casi loco se echó fuera de la cámara gritando:

—Hernando, Perez, Farfan, todos id en busca del bachiller Cibdadreal, pronto, traedme un médico, que se muere mi hermana, idos ó temed mi cólera.

Temerosos del furor de su amo, salieron algunos criados en busca del médico de su alteza, el célebre Fernan Gomez de Cibdadreal, y á los pocos minutos volvió Hernando con el judío Samuel, pues no estando en su casa aquel, fueron á buscar á este que, como ya sabemos, era otro de los más famosos médicos de su tiempo.

V.

Entró en la estancia de doña Catalina adonde Pero Lopez la habia hecho trasladar, y desentendiéndose de este que, sentado en un sitial junto al inanimado cuerpo de su hermana, se mesaba los cabellos con desesperacion, se puso á observar con una atencion profunda á la pobre niña.

En la severa expresion de su rostro, en la tristeza que se esparció sobre él, cuando tocó el pulso de la enferma, comprendió el caballero que no habia esperanza alguna, y dió rienda suelta á su furor, acusándose de ser el verdugo de su hermana.

—No es tiempo ahora de recriminaciones, vuestra hermana vive,—dijo Samuel, que despues de haber aplicado un frasquito de esencia á la nariz de la dama, habia sorprendido una débil pulsacion en su muñeca.

—¡Oh!... ¡gracias!... ¿no me engañais?... hablad, pedid cuanto querais; pero salvadla.

—Lo único que ahora quiero es quedarme solo con ella; su estado es grave, y necesito estudiarlo.

—Pero...

—Un médico sabeis que tiene ciertas exigencias que son necesarias satisfacer.

—¿Pero vivirá?—insistió Pero Lopez.

—Ahora vive; despues os diré si vivirá.

Habia en la mirada y en el acento del judío un cierto no sé qué, que imponia á Pero Lopez, y sin atreverse á contradecir sus deseos, abandonó la cámara seguido de las dueñas, doncellas y pajes que en ella habia.

VI.

Solo ya Samuel con Catalina, sacó de un bolsillo de su ropilla un pomito de cristal herméticamente, cerrado con un tapon de oro; lo destapó cuidadosamente y se lo hizo aspirar á la jóven que tras un fuerte extremecimiento y un prolongado suspiro, abrió los ojos.

—¿Cómo os sentís, hija mia?—la preguntó con paternal acento el médico.

Catalina dejó vagar su mirada incierta por toda la estancia sin fijarla en ningun objeto; pero de pronto una luz terrible hirió su espíritu, y exclamó:

—¡Ha muerto!

—Vamos, calmaos y decidme la causa de vuestro dolor, eso os aliviará, porque las penas al confiarlas á otra persona, desahogan algun tanto nuestro corazon.

Era tan tierno, tan paternal, por decirlo así, el acento del médico, que la pobre niña que hacia tanto tiempo no habia oido una voz semejante, se volvió vivamente hácia él, y le preguntó:

—Y vos que os compadeceis de mí, vos que me ha-

blais de un modo como nadie lo ha hecho hasta ahora, ¿quién sois?

—Un hombre que ha sufrido como vos, que como vos no ha encontrado en mucho tiempo quien le consuele de sus dolores, hasta que no esperando nada de los hombres, volvió sus ojos á Dios; Dios tuvo compasion de él, y desde entonces se ha dedicado á hacer con sus semejantes lo que ninguno hizo por él, á consolarlos en sus dolores morales, y á mitigar sus padecimientos físicos; soy médico y amigo, señora. Ya sabeis quien soy, ahora, ¿quereis dejarme que cure vuestro corazon?

—¡Mi corazon!—repuso Catalina con una sonrisa triste,—mi corazon está tan profundamente ulcerado, que es incurable.

—No digais eso, porque me haríais creer que no escuchais ni observais los consejos que os dá el venerable abad de San Diego.

—¿Le conoceis?

—Hace mucho tiempo que es mi único amigo.

—¿Y os ha dicho?..

—Todo lo que de un ángel podia decirme, á pesar de que de una madre como la vuestra...

—¿Tambien conocisteis á mi madre?

—¡Tambien!

VII.

Sin duda este recuerdo debió escitar en Samuel algo de doloroso, porque inclinó la cabeza y permaneció silencioso algunos momentos.

Entretanto Catalina que simpatizó con aquel hombre, tanto por la bondad que se reflejaba en su rostro, cuanto por ser amigo del abad de San Diego, y haber conocido á su madre, es decir, á los dos séres á quienes ella habia amado y respetado más, desahogó su corazon antes que con las palabras, con un torrente de lágrimas, cuyo peso la estaba oprimiendo hacia algun tiempo.

—Llorad, niña, llorad,—dijo,—vos que aun teneis lágrimas para desahogar vuestra pena, llorad cuanto querais, y despues si me juzgais digno de vuestra confianza, decidme la causa de vuestra afliccion.

—¡Ya lo habeis oido, ha muerto él!

—¿El conde de Právia?—preguntó sorprendido el médico.

—Sí, ha sido cogido por los moros, que ya le habrán muerto.

—¿Y por dónde habeis sabido semejante cosa?

—Mi hermano me lo ha dicho.

—¡Lo reconozco en eso, siempre cruel y vengativo!

—Ya veis como os decia que mi mal no tenia remedio.

—Os equivocais, lo tiene.

—¿Cuál és?—preguntó anhelante la jóven.

—La esperanza.

—¡La esperanza!.. ¿de qué?

—De que tal vez aún viva don Rodrigo.

—¿Qué decís? ¡Dios mio! ¡si fuera cierto!.. pero no, vos quereis engañarme, quereis consolarme con esa esperanza que no se ha de realizar nunca.

—Vos no conoceis la costumbre de los moros, antes que todo quieren el dinero, y como no haya muerto en el campo de batalla, me atrevo á responderos de que aún vive el conde.

—¡Dios mio!.. ¡haced que sea verdad!

—Rogad, hija mia, rogad al que todo lo puede, y ahora decidme, ¿sabeis dónde han cogido á vuestro amante?

—Me parece que he oido decir algo de Baza.

—¡Ojala y sea cierto!

—¿Por qué?

—Porque en Baza tengo amigos que pronto le sacarían de su cautiverio.

—Sí, sí,—contestó Catalina animada por las palabras de Samuel,—ahora recuerdo que me dijo mi hermano que el alcaide de Baza se cobraria en su cabeza los soldados que Rodrigo le habia muerto.

—Entonces confiad, ahora mismo voy á enviar á Baza, quien nos dará cumplida razon de todo.

—¡Oh! gracias, gracias, no sé qué encanto tienen vuestras palabras que siento mas tranquilo mi corazon.

—Tampoco quiero que os abandoneis á una dulce esperanza y que despues se os defraudase.

—¿Entonces, qué he de hacer?—preguntó con angustiado acento Catalina.

—Poner vuestra confianza en Dios,— contestó Samuel.

VIII.

Siguióse un momento de silencio, al cabo del cual dijo el médico sacando de su escarcela otro pomito, y dándoselo á la jóven:

—Tomad, si alguna vez sentís, un malestar extraño en el corazon, pesadez en la cabeza, vértigos, y cierta tirantez en los músculos, bebed unas cuantas gotas de lo que contiene este frasco y avisadme en seguida.

—¡Pero!.... ¡no comprendo!....—dijo Catalina sorprendida del acento conque el médico habia dicho las últimas palabras.

—Es muy fácil, vuestra naturaleza está muy predispuesta para una enfermedad que empieza con esos síntomas, y que es necesario combatirla inmediatamente. Entretanto, vuelvo á repetiros, que os tranquiliceis, que dentro de pocos dias tendreis noticias del conde, y creo que estas, os pondrán mucho mejor que podrian hacerlo todas mis medicinas.

—¡Dios os oiga!

—Cuidad de no dar á entender á vuestro hermano nada de lo que os he dicho.

—¿Por qué?

—¿Por qué?.... porque no os conviene.

—No sé.....

—Vamos, sed franca; ¿quereis depositar toda vuestra confianza en mí?

—Siendo el amigo del abad de San Diego, habiéndolo sido de mi madre y sobre todo, habiéndome hablado con ese cariño paternal, al que tanto tiempo no estaba acostumbrada, ¿cómo no he tener confianza en vos?

—Entonces, nada digais á vuestro hermano.

—Pero....

—Yo velaré por vos.

Despues de estas palabras, y haberla dicho que la remitiría un calmante que él mismo confeccionaria, abandonó la estancia.

En la antecámara, encontró á Pero Lopez que esperaba con impaciencia su salida y que le preguntó:

—¿Cómo está mi hermana?

—Fuera de peligro, solo necesita algunos momentos de reposo, y con la bebida que os traerá mi criado dentro de algunos instantes, confio en que la tendreis completamente buena.

—¡Oh! gracias,—contestó con efusion el caballero.

—¿Mandais alguna otra cosa?

—¿Qué os he de mandar yo, cuando despues de lo que habeis hecho, solo deseo serviros?

Mediaron algunas protextas de amistad entre ambos, y tras ellas, abandonó Samuel el palacio de Silva, y se dirigió precipitadamente hácia su casa.

CAPITULO VII.

En que el condestable principia á sentir haber casado al rey con doña Isabel de Portugal.

La súbita aparicion de don Alvaro de Luna en casa de doña Beatriz que hemos visto en uno de los anteriores capítulos, habrá llamado la atencion de nuestros lectores, máxime cuando no tenian antecedente alguno sobre ella.

Mas como entre el vulgo existe un refran que dice, sobre poco más ó ménos, que no puede existir el efecto sin la causa; el efecto de la visita de don Alvaro de Luna á la hebrea, reconocia una causa poderosísima que habia hecho meditar mucho al condestable y aun asustarle algun tanto, si era posible que aquel carácter de hierro y aquella indomable voluntad pudieran sentir el temor.

Desde el primer momento en que se encontró frente

á frente con doña Isabel de Portugal, conoció que tenia que habérselas con un enemigo un tanto respetable.

Creyó de buena fé que Portugal le mandaria una princesa indiscreta y enamorada, dócil y agradecida al favor que la habia hecho poniéndola sobre uno de los tronos más poderosos á la sazon, á pesar de estar combatido por las ambiciones y rebeldías de los grandes.

Mas en vez de esto se encontró con una reina demasiado discreta, demasiado severa y quizás algo predispuesta en contra suya.

La decepcion que recibió con esto, fué mucho más terrible toda vez que habia formado una opinion muy en contrario.

Sin embargo, aquel hombre á quien no le agradaba el tener enemigos embozados sino que queria conocerlos á fin de poderlos combatir en su verdadero terreno, decidióse por abordar con franqueza la cuestion para cuyo efecto se presentó en la cámara de la reina al dia siguiente del baile que ya han visto nuestros lectores.

Doña Isabel de Portugal hallábase sentada en un sillon blasonado, apoyado el brazo sobre una mesa y su cabeza en la mano.

Pálida y pensativa y triste aquella reina casada hacia pocos dias, personificaba de una manera bastante gráfica la estátua de la melancolía y del abandono.

Eran casi las últimas horas de la tarde y los postreros rayos del sol al penetrar á través de los vidrios de colores que cubrian las ojivas de aquella magnífica cá-

mara, arrojaban dentro de ella una luz semifantástica en medio de la cual se destacaba la bellísima figura de doña Isabel.

Ningun ruido turbaba el silencio que reinaba allí, á no ser el acompasado crugir del arnés de los dos contínuos que hacian la guardia en el aposento inmediato.

Escritores ha habido, que se han atrevido á calumniar á aquella reina, ignorando nosotros en qué datos se han apoyado, ni en que fuentes han bebido el veneno que han esprimido en sus escritos.

Digna de loa, por el contrario es la reina, que como doña Isabel luchando primero con la nulidad y el imperdonable abandono de su esposo y despues con la perversidad y avaricia de don Enrique IV, encerrada en aquella misma villa de Madrigal donde se habia desposado, y sufriendo todas las privaciones á que la condenaba su innoble hijastro, educó de una manera tan digna y tan virtuosa á su hija doña Isabel, gran figura mas tarde de la monárquica española, y á la cual debe la nacion entera su unidad, su civilizacion y su riqueza y poder.

Madres que de tal manera saben educar á sus hijos y reinas que de semejante modo atesoran las virtudes, la inteligencia y la energía, tan necesarias en los que deben regir un pueblo, no pueden ser ligeras, no pueden ser livianas, sino por el contrario, dignas de respeto y veneracion.

La reina doña Isabel podia contar en la época que la

presentamos á nuestres lectores, diez y ocho ó diez y nueve años, y su belleza habia servido de mucho para que el favorito la uniese al monarca teniendo en cuenta la extraordinaria sensualidad de este.

Sin embargo, mirándola, bien se comprendia que su belleza no pertenecia al género de las que excitan el deseo sin dejar tras sí otro recuerdo que el de un placer más ó ménos irritante.

Su belleza era más majestuosa y grave; de esas bellezas que imponen y subyugan.

Su mirada, límpida, serena y brillante, imponia mas bien respeto y veneracion que encendia el deseo, y su acento dulce y armonioso sabia tambien tomar una entonacion severa y vibrante que hacia temblar á los más osados.

Dotada de gran penetracion, pudo hacerse cargo desde que entró en Castilla del verdadero estado en que se hallaba el reino y su corazon se oprimió dolorosamente al ver la nulidad del rey, el poderío del condestable y las demasías de los grandes.

Don Alvaro habia cometido una imprudencia poniendo al lado de la reina á las damas más favorables á la parcialidad contraria, y necesariamente doña Isabel tuvo que escuchar de boca de la condesa de Benavente, de doña Mencía de Padilla y de doña Beatriz de Villanueva acusaciones terribles dirigidas al condestable.

El noble corazon de doña Isabel se indignó con semejantes noticias, y se atrevió á hacer algunas indica-

ciones al monarca, indicaciones que este escuchó sí, aunque con algun desagrado; pero de las cuales no hizo caso alguno.

La reina comprendió inmediatamente todo el dominio que en el real ánimo de su esposo ejercia don Alvaro, y de ahí provenia su melancólica tristeza.

Cuatro dias hacia que estaban en Valladolid, y diez escasos que se habian casado, y ya don Juan á pretexto de los negocios que tenia que despachar con el condestable, la dejaba sola en su cámara donde pasaba largas horas de aislamiento y meditacion.

En uno de estos momentos se encontraba al penetrar nosotros en el alcázar, y en este mismo la sorprendió la voz del paje que alzando el tapiz que cubria la puer-anunció:

—El alto y poderoso señor condestable de Castilla demanda licencia para ofrecer sus respetos á vuestra alteza.

Contrajéronse ligeramente las facciones de la reina al escuchar semejante demanda, pero dominándose momentáneamente dijo:

—Que pase.

Pocos momentos despues don Alvaro de Luna se hallaba en presencia de la reina.

Adelantóse hácia ella, y poniendo una rodilla en tierra, dijo con respetuoso acento:

—¿Me concedereis la honra de darme á besar vuestra mano?

La reina, con un acento ligeramente irónico, contestó tendiendo su mano al condestable:

—Extraño es que pidais la mano á la reina, mientras que robais el esposo á la mujer.

—Semejantes palabras parece que envuelven una acusacion, señora.

—Así es ciertamente.

—Es decir que vuestra alteza me acusa.

—No os acuso, caballero, hago más, os acrimino.

A estas palabras, pronunciadas con voz entera y firme, ya no vaciló más el condestable.

Comprendió que sus enemigos habian adelantado mucho terreno, y que la reina estaba puesta á la cabeza del bando contrario.

Semejante descubrimiento desconcertóle en el primer momento; pero no consiguió abatirle.

Alzó la cabeza con orgullo, y replicó:

—Adivino, señora, con gran sentimiento mio que os han predispuesto en contra de mi humilde persona.

—¿Qué quereis decir?

—Que por desgracia en Castilla, tengo más enemigos que amigos. Que mis enemigos rodean el trono y se han prevalido de la excesiva bondad de vuestra alteza para malquistarme en su real ánimo.

—No han sido vuestros enemigos los que tal han hecho, han sido vuestras mismas acciones.

—Es decir, señora, que al acusarme como lo haceis,

obrais ya deliberadamente, obrais decidida á declararme la guerra, ¿no es esto?

—Creo que preguntais á la reina, caballero.

—Cuando la reina dirige cargos de tal magnitud á un vasallo, cuando la reina dando crédito á lo que de este murmuran enemigos envidiosos de su poder, paréceme que el vasallo se encuentra en el deber de demandar con toda la humildad posible la razon de esos cargos á fin de justificarse de ellos, si es posible la justificacion.

—Acabais de pronunciar la verdadera palabra. Decís bien: os justificaríais si fuera posible hallar justificacion, más como esta, es completamente imposible, no teneis más remedio que callar y sufrir las consecuencias de una situacion que vos solo habeis creado:

—¡Señora!..

—Al conceder mi mano al rey de Castilla por vuestra mediacion, si bien habian llegado á mis oidos algunas versiones respecto á vuestros manejos en la córte, y al dominio que sobre el monarca ejercíais, no me era posible creer que las cosas llegasen á un extremo como el que las he encontrado. Pasé la frontera castellana, y desde el primer pueblo principié á escuchar quejas contra vos. Los villanos me victoreaban; ¿y sabeis lo que queria decir su «salve, salve?»

—Sí, señora,—contestó con audacia don Alvaro.

—¿Qué querian decir?—preguntó sorprendida la reina.

—Querian decir, señora: el reino está dividido por las ambiciones de un gran número de nobles. Nos ve-

mos vejados por ellos, la miseria más espantosa nos circunda y confiamos en que vuestra alteza se una con el único hombre que hoy puede combatirlos y exterminarlos para darnos la paz á que tanto derecho tenemos.

—¿Creeis que eso querian decir?

—Sí, señora.

—¿Y no seria más fácil que se quejaran de vos? de vuestras depredaciones, de vuestras tropelías, de vuestros desafueros, que han sido la causa de que la nobleza se coligue contra vos, y ensangrenten el suelo castellano con las contínuas revueltas que estallan á cada paso.

—Me parece, señora, que no vá vuestra alteza muy acertada en la interpretacion de esas palabras.

—Lo que yo he entendido que querian decirme, era: Tu que vienes á este país sin compromisos, tú que no has contraido más obligaciones que la de hacernos felices, hazlo. Mientras nosotros no tenemos que comer, el favorito aumenta rentas y señoríos. Mientras á nosotros se nos maltrata y se nos veja en todo género de exacciones y de subsidios, el favorito derrama á manos llenas nuestro oro entre sus bastardos y sus amigos. Nuestras quejas no llegan al rey; porque él hace que sus oidos permanezcan cerrados. Los moros se muestran orgullosos y recorren la frontera haciendo talas horribles, los Estados de Aragon y de Navarra bravean con orgullo y altivez, y entretanto las lanzas castellanas solo sirven para destruir nuestros campos y mantener bajo un pié insolente la audacia del favorito: «sálvanos de él.» Esta

es la interpretacion que yo dí á aquellos vítores de alegría, y con arreglo á esta interpretacion formé mi resolucion irrevocable.

—Y esa resolucion sería...

—La de hacer la felicidad de mi pueblo.

—Sacrificándome sin compasion, ¿no es así?

—Sacrificando todo aquello que se opusiera á la realizacion de ese pensamiento.

Mientras la reina habia estado hablando, don Alvaro habia fruncido el entrecejo dos ó tres veces, y sus lábios se habian contraido con impaciencia.

Comprendia que el enemigo con quien tenia que habérselas, era formidable y que se hallaba tan prevenido en su contra, que seria muy dificil el poder vencerle.

Sin embargo, no queria confesarse vencido, sino despues de haber luchado con todo el teson y energía de que era capáz.

Fijó en la reina una mirada llena de atrevimiento y osadía, y contestó:

—Perfectamente, señora, me agradan las situaciones despejadas, y la nuestra, aunque por desgracia para mí, se ha despejado lo suficiente para que sepamos cada uno á que atenernos. Veo ya, y lo confieso con dolor que la mala opinion respecto á mí ha hechado profundas raices en vuestro corazon, más á pesar de eso, quiero manifestaros todo lo injusto de los graves cargos que me dirigís.

—¿Acaso hay injusticia en haceros un cargo por la liviandad de vuestras relaciones con doña Catalina de

Lancaster y doña María de Aragon? ¿Acaso es injusto el cargo de que merced á vuestras malas artes habeis llegado á dominar al rey en términos de hacerle el juguete de vuestros deseos y nó el señor á quien debeis vuestros servicios? Paréceme que si de injustas calificais estas acciones, ignoro á qué llamareis justicia.

—Vos, señora, agena completamente al estado en que Castilla se encontraba al fallecimiento del señor rey don Enrique III, no podeis comprender ni apreciar debidamente mi situacion y los esfuerzos que desde el principio me ví obligado á hacer. Educado casi al lado de don Juan II le tomé un cariño de hermano, podeis creerlo señora, le amaba no con el amor venal de quien aspira á á un favoritísmo más ó ménos próximo, le amaba como el hermano mayor fuerte y robusto quiere al hermano mas pequeño tímido y débil porque no podrá negarme vuestra alteza que don Juan II es asaz débil y tímido y su debilidad y timidéz mas que nada producen el calamitoso estado en que estamos.

—¿Os atreveríais acaso á hacer responsable á vuestro rey de las faltas que vos solamente cometisteis?

—No solamente me atrevo sino que en varias ocasiones, se lo he dicho á su alteza.

—Muy capáz os creo de ello,—contestó la reina con un acento que hizo palidecer de cólera al condestable por el desprecio que creyó advertir en él.

Sin embargo dominóse y contestó:

—Si el rey no hubiese sido debil, yo no me hubiera

visto obligado á abusar del poder que se me confiere para dominar ambiciones que solo la voz de un monarca podia dominar: si su indolencia no hubiera sido tan grande al cuidar él mismo de sus reinos, él solo hubiera sido el responsable y sobre él hubiesen llovido las quejas: ¿pero sabe vuestra alteza, lo que contesta el rey cuando van á hacerle una pretension, ó cuando van á demandarle alguna gracia? «Yo no entiendo nada de eso; id á ver al condestable.» Y el condestable que no es rey, el condestable que por la posicion que ocupa tiene cerca de sí muchos odios, y muchas enemistades tiene que adquirirse otros nuevos, porque la mayor parte de las pretensiones son injustas, porque en vez de ser gracias muchas de las que se piden son injusticias. Por eso he dicho á vuestra alteza que el monarca tenia una gran parte de culpa de lo que sucede en Castilla.

—Y tiene acaso el monarca la culpa de que vos olvidando lo que debíais á vuestros señores naturales os atrevierais con doña Catalina de Lancaster y doña María de Aragon.

—Señora en misterios que se rozan con la vida privada de dos reinas, y de dos reinas difuntas, no creo que debamos de fijar la vista.

Era tan justa la observacion hecha por el condestable, que la reina no pudo ménos de ruborizarse conprendiendo que habia ido demasiado lejos.

Durante breves segundos reinó un silencio extraordinario en la estancia.

La reina lo rompió diciendo:

—¿Y puedo saber señor condestable á qué debo el veros en mi cámara?

—Con mi franqueza habitual, franqueza que no excluye por ningun estilo el respeto que os debo, os diré cual ha sido el objeto de mi venida.

—Hablad.

—Al buscar entre las princesas que se hallaban en disposicion de poder conceder su mano á mi señor, deseaba encontrar una que no solamente reuniese la belleza bastante para sujetar su carácter de rey inconstante y veleidoso, sino que reuniera tambien la discrecion necesaria y la energía bastante para que infundiéndosela al rey por medio de su cariño, fijase para siempre el estado de este desventurado país.

—Es decir que queríais proporcionaros una aliada.

—Queria hacer la ventura de Castilla y la ventura de mi rey. Si creeis, señora, en la nobleza del pensamiento que me guiaba, comprendereis que una alianza semejante era necesaria y digna.

—De manera, señor condestable, que habíais pensado hacer de mí un juguete.

—Señora, es demasiado dura la calificacion.

—Me parece que es la verdadera. Estoy demasiado bien enterada de vuestras hazañas en los reinados anteriores, para graduar cuál era la intencion que abrigabais.

—Mi intencion, antes lo mismo que ahora, solo ha

sido la de acabar de una vez con las ambiciones que constantemente rodean al trono; he querido buscar el apoyo de las reinas que junto á él se hallaban, porque debia hacerlo, porque tan interesadas se encontraban como yo.

—Sin que yo trate de culpar á la difunta reina doña María, creo que sin necesidad de vos, podia haberse sostenido y haber acabado de una vez con los bandos que destruyen el reino.

—¿De qué manera, señora?

—Influyendo con su real esposo para que os separase de su lado.

—¿Y cree vuestra alteza que separado yo del lado del monarca mejorase el estado de la nacion? Ejemplo práctico de lo contrario habeis tenido en los dos destierros que he sufrido por las acciones del rey de Navarra y del infante don Enrique. En uno y en otro he vuelto á la córte llamado por el mismo rey, y por los mismos que habian llegado á ocupar mi puesto.

—Esas debilidades son las que han hecho crecer tanto vuestra audacia.

—Mi audacia, señora, no la hacen crecer las debilidades, sino los peligros,—contestó don Alvaro con altivez, alzando la cabeza.

—De mí sé deciros, que si algun dia por mi influencia abandonárais la córte de Castilla, antes que volviérais á ella, regresaria á mi país.

—¿Es decir, señora, que me declarais la guerra?

—No os declaro la guerra, pero quiero que mi esposo sea el rey de hecho, ya que lo es de derecho.

—Paréceme que yo no le habré usurpado ese hecho, sino que él me lo ha concedido libérrimamente.

—¿Por qué os le ha concedido? Porque vos habeis ido secando lentamente en su corazon sus buenos deseos, sus grandes aspiraciones.

—Permitidme, señora, que son muy graves los cargos que me haceis, y cuando en mi conciencia no existe ninguna voz que me acuse, no me parece que os hallais en el caso de hacerlo.

—Soy vuestra reina,—repuso con altivez doña Isabel.

—Y yo soy el primer ministro del legítimo monarca, y solo de él puedo escuchar recriminaciones y recibir quejas.

Y el condestable, fijando una mirada altiva en la reina, esperó á que esta le hablase.

Doña Isabel nada contestó por el momento.

Se habia dejado llevar de su cólera, y sus últimas palabras, hijas de la irritacion más que de la razon, la hicieron decir más de lo que queria.

Mas como no la era prudente retractarse. sin contestar una palabra, señaló con la mano al condestable la puerta de salida.

Este comprendió perfectamente la indicacion, y dando algunos pasos para marcharse, dijo:

—Veo, señora, que á todo trance quereis ser mi enemiga: no me quejaré por ello: he venido á buscaros por-

que era la única esperanza que tenia para poder conducir á feliz término el gran pensamiento que tenia. Lo siento por vos, lo siento por el rey, y lo siento por mi pueblo. Y no crea vuestra alteza que al salir de aquí abrigue la conviccion de que voy á vencer; por el contrario, sé que tarde ó temprano caeré, y caeré tal vez bajo el hacha del verdugo. Pero, ¡ay! de Castilla entonces. Si ese caso llega á suceder, vos misma que habreis tenido fuerzas para derribarme, no las tendreis para contener los ambiciosos que se desbordarán á vuestro lado. El monarca no podrá resistir tambien y caerá, y vuestro porvenir, señora, muerto el rey, y en el trono su hijo don Enrique IV, será muy triste, será muy desgraciado.

Y el condestable, despues de pronunciar estas palabras, salió de la régia estancia altivo y severo, sin que á pesar de la tremenda prediccion que habia lanzado respecto á la suerte que le esperaba, dejase advertir en su rostro la más mínima sombra de angustia y desaliento.

Esta entrevista que habia tan por completo destruido las esperanzas que concibiera al traer á doña Isabel al trono castellano, fué la que influyó de una manera poderosa para que se decidiese por ir á ver á doña Beatriz de Villanueva, apoyo que lo creia bastante fuerte para contrabalancear el poder de la reina.



Pero ¡ay! de Castilla entonces.

CAPITULO VIII.

Donde se vé lo que sucedió en el paso de armas sostenido por el maestre de Calatrava.

I.

Al dia siguiente, al en que tuvieron lugar los sucesos narrados en los anteriores capítulos, desde las primeras horas de su mañana, una animacion extraordinaria reinaba en Valladolid.

Era el dia destinado para el paso de armas que debian sostener don Pedro Giron en compañía de su deudo el conde de Benavente y de Pero Lopez de Silva.

En el Campo Grande habíase atajado una parte de él por medio de un vallado de tablas, habíase apisonado perfectamente la tierra, y echado sobre ella algunas capas de arena, adornándose el espacioso circo con arreglo á las necesidades que aquellos espectáculos tenian.

En uno de los lados habíase alzado un ancho tablado

adornado de tapices y cubierto de alfombras, delante del cual se extendia una gradería que bajaba hasta el lugar destinado á la liza.

Una ancha balaustrada cubierta de paños blasonados con las armas de Castilla y Portugal, cerraba los dos extremos de aquella gradería, y en los sillones colocados en el tablado, se comprendia desde luego que era el destinado para los reyes.

Frente á este habia otros dos más grandes, y aunque adornados con lujo y esplendidez, comprendíase desde luego que estaban destinados para las damas y caballeros de la córte.

En cada uno de los costados del palenque, alzáronse otros cuatro estrados revestidos de paños franceses para los jueces, reyes de armas, escribanos y farautes, ministriles, músicos y caballeros que quisiesen probarse.

En los dos costados inversos á los en que estaban los estrados de los reyes y de la córte, habia dos tiendas lujosamente adornadas, las cuales habian de servir, una para los mantenedores y otra para que se armasen los caballeros que hubieran de justar.

Para el pueblo, verdadero pagano de todas aquellas fiestas y de todos aquellos lujos, le quedaba la valla de tablas formada alrededor del palenque como antepecho, y la menuda yerba del campo, como alfombra.

Pero el pueblo, en todas las épocas se ha preciado muy poco de esto cuando ha tratado de divertirse, y conformándose con su suerte, se ha entregado con todo

el ardor de su ignorancia y de su sinceridad á la diversion que le halagaba; desde antes de amanecer, se apiñaban contra la valla esperando la llegada de la córte y de los caballeros mantenedores.

Poco despues de salir el sol, aparecieron en el palenque los reyes de armas de la casa real y detrás de los altos oficiales de palacio, el rey, la reina, el príncipe y el condestable.

Detrás seguian las damas y los caballeros, cerrando la marcha los *contínuos* del rey y los soldados de la guardia morisca, mandados por su capitan Hernando Carrillo.

Momentos antes, los músicos habian entrado en su tablado, desde el cual y durante el tiempo que tardó la córte en atravesar la liza, estuvieron tocando una especie de himno nacional, que á pesar de su discordancia extremada, llenaba de encanto á las gentes de aquel tiempo, cuyos oidos no eran tan filarmónicos como los de las de hoy.

Colocáronse los reyes de armas al pié de la gradería que daba al palenque, junto á los dos hombres de armas que á caballo embrazadas las adargas, afianzadas las picas y caladas las viseras, parecian dos estátuas de hierro.

Sentáronse los reyes, el príncipe y don Alvaro, poniéndose á los lados del dosel que cobijaba á las régias personas, dos donceles con las espadas desnudas, el alférez mayor del reino sosteniendo el estandarte real y

formando semicírculo, á entrambos lados del trono toda la alta servidumbre de palacio.

Colocada ya la córte entre la vocería del pueblo y los inarmónicos sonidos de la orquesta, abrióse una de las puertas del palenque y doce caballos primorosamente encubertados, sobre los que cabalgaban otros tantos timbaleros y trompeteros, se lanzaron á la arena.

Detras de ellos el alférez del maestre de Calatrava llevando el estandarte de su señor, apareció seguido de cuarenta lanzas de su mesnada.

Los pajes, los persevantes y los escuderos, seguian detras, y el rey de armas, Leon, los farautes y el escribano marchaban detras de ellos.

Los condes de Castro y de Alba nombrados jueces del campo, venian inmediatamente seguidos de sus pajes y escuderos, y tras de un carro donde venian las lanzas y otro en que venia la banda que habia de servir de premio al vencedor, aparecieron los mantenedores seguidos de las respectivas gentes de sus casas.

El maestre de Calatrava armado de todas piezas, sobre las que llevaba un riquísimo camisote de brocado, y rodeado de sus pajes de lanza, hacia descollar su alta estatura entre sus dos compañeros el conde de Benavente y el hermano de doña Catalina, Pero Lopez de Silva.

Dió toda esta comitiva una vuelta por el palenque, colocóse la banda en el estrado real, desaparecieron pajes, escuderos y lanzas, subieron los jueces al estrado que

se les habia destinado, los mantenedores entraron en su tienda, y la liza quedó completamente sola.

Entre las damas que formaban la servidumbre de la reina, hallábanse doña Catalina de Silva, doña Mencía de Padilla, y doña Beatriz de Villanueva.

La esposa del capitan de la guardia morisca, habia decaido de una manera notable desde que nuestros lectores la conocieron en el libro anterior.

Esta mujer despertada de una manera tan brusca al amor del conde de Fuente de Cantos, esta mujer que le amó con todo el fuego y toda la violencia de su corazon, habia sufrido de una manera horrible, cuando vió que pasaban los dias y que el conde no volvia.

Acusó al condestable como causante de aquella desgracia, y su aborrecimiento, respecto á él no conoció límites.

Desde el momento en que adquirió el convencimiento de que su amante habia muerto, en vista de la ineficacia de cuantas pesquisas se hicieron, declaró con más encarnizamiento que nunca la guerra á don Alvaro.

Y consecuencia de esto, igualmente que de las instigaciones de doña Beatriz, era la actitud que la reina habia tomado respecto al favorito.

Doña Isabel estaba seria, grave y preocupada.

En cuanto á don Alvaro, era el mismo hombre de siempre; altanero, audaz y orgulloso.

No se advertia en su semblante la horrible tempestad que rugía en su corazon.

Sus ojos se fijaban de cuando en cuando en la hebrea, y ésta correspondia con una sonrisa á aquella mirada.

Sin embargo, por más que doña Beatriz parecia no fijarse más que en don Alvaro, no separaba su atencion de Catalina.

La pobre niña estaba densamente pálida.

La escena que el dia anterior mediara entre ella y su hermano, segun este dijo á doña Beatriz, la impresionó extraordinariamente.

Segun el giro que habia tomado y la irrevocable resolucion manifestada por Pero Lopez, no tenia más remedio que dar su mano al conde de Alba.

Y ella comprendia que esto era completamente imposible.

Amaba cada vez más á Rodrigo, y aunque sin saber ella misma en que la fundaba, tenia una gran esperanza de que no habia muerto y que tarde ó temprano volveria á verle.

Doña Beatriz observaba la tristeza y el abatimiento de Catalina, y deseando despejar por completo aquella situacion y hacer sufrir algo más á aquella desdichada que cometia el crímen de amar á Rodrigo, la dijo:

—¿Os sentís indispuesta, doña Catalina?

—Nó, señora,—contestó la jóven con voz débil.

—Habeisme puesto en cuidado con vuestra palidez y vuestro abatimiento, y por quién soy, que quisiera conocer la causa de vuestra pena á ver si era posible mitigarla.

—Sois demasiado buena, señora; pero mi pena es de aquellas que no con palabras se puede mitigar.

—Quién sabe.

—Era necesario un milagro, y harto sabeis que en los tiempos que atravesamos no son muchos los que se hacen.

—Si conociese vuestra pena, pudiera deciros con mejor conocimiento si existe remedio para ella.

—Y ahora que recuerdo,—repuso Catalina dejando entrever en su semblante un rayo de esperanza,—vos quizás pudierais hacer mucho.

—¡Yo!

—Sí, señora.

—En ese caso hablad, querida niña. Debeis saber que me hallo dispuesta á serviros en cuanto pueda.

—Mi hermano parece que os demuestra bastante afecto, y quizás si vos le hablárais en mi favor obtuvierais lo que yo estoy segura de no poder conseguir.

—Explicaos.

—Ya sabeis que se halla dispuesta mi boda con el conde de Alba para dentro de pocos dias.

—Lo sé, y me llena de alegría el que un caballero de tan buenas prendas como el conde, que tan bien quisto se se halla en la córte, y que tanto os ama, obtenga al fin el galardon que merece su cariño.

Catalina fijó una mirada tristísima en doña Beatriz, diciendo:

—¿Segun vos, creeis que ese matrimonio me hará completamente feliz?

—¿Y por qué no?

—¿Creeis que pueda existir la felicidad en un matrimonio que repugna á uno de los dos contrayentes?

—¿Acaso no os agrada la eleccion hecha por vuestro hermano?

—No puede agradarme, porque mi corazon há tiempo que ha elegido otro dueño.

Al escuchar estas palabras, brilló un relámpago de celos en los ojos de doña Beatriz.

Palideció de una manera intensa, y tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para ahogar las duras frases que estaban á punto de brotar de sus lábios.

—¿Qué habeis elegido ya otro dueño para vuestro corazon?—preguntó con acento severo.

—Sí, señora.

—¿Y es digno de vos?

—¿Creeis que mi corazon pudiera rebajarse hasta una persona indigna de mí?—preguntó doña Catalina algun tanto herida por las palabras de doña Beatriz.

—Como el amor muchas veces corre una venda ante nuestros ojos, os hice esa pregunta; pero puedo aseguraros que no he tenido el ánimo de ofenderos.

—Lo sé, doña Beatriz: hartas pruebas de cariño y amistad me habeis dado para que ahora pudiese dudar.

—¿Y quién es la persona á quien amais?—preguntó con receloso acento la hebrea.

—El más noble de cuantos caballeros calzan espuela en la córte castellana; el más apuesto y el más desgraciado tambien.

—¡Desgraciado!

—Sí, señora; porque hace mucho tiempo que salió de Valladolid ansioso de gloria, y desde entonces nada se ha sabido de él.

—Esa historia no se refiere mas que á dos personas, sino me engaño: el conde de Fuente de Cantos, cuya conducta ligera no creo que haya sido una recomendacion para vos. . .

—No es él,—se apresuró á decir Catalina.

Entonces, será don Rodrigo Nuñez Osorio.

Y la siniestra mirada de doña Beatriz se posaba de una manera terrible en el semblante de la pobre niña, que confusa y ruborizada, no acertaba á levantar la suya del suelo.

—Vamos, responded: ¿es acaso don Rodrigo?—preguntó con alguna irritacion la dama.

—Sí, señora,—articuló débilmente la jóven.

Algo de horrible cruzó por la imaginacion de aquella mujer al pronunciar Catalina sus últimas palabras, porque todas sus facciones se contrajeron en un instante, y una expresion de odio implacable brilló en sus ojos, al fijarse en la desventurada niña.

Si esta hubiera podido sorprender semejante mirada, desde luego habria adivinado en ella el mudo revelador de la causa de todos sus pesares.

Pero Catalina tenia, segun ya hemos dicho, la vista fija en el suelo, y no pudo advertir nada.

Iba la hebrea á continuar, cuando el sonido de los clarines anunció que se habia abierto el palenque, y que se presentaban varios caballeros á disputar el premio de las justas.

Momentos antes, la reina doña Isabel habia tomado el baston, símbolo de su dignidad en aquellas circunstancias, y lo extendió hácia el estrado de los jueces.

Resonaron los clarines; y aquellos, acompañados de los farautes, del rey de armas y del escribano, bajaron á la tela, reconocieron el terreno á ver si estaba firme y á propósito para las pruebas de armas que sobre él iban á hacer, reconocieron los hierros de las lanzas y volvieron á su estrado, mientras los farautes daban una grida ó pregon, en virtud del cual se prohibia que durante las justas se hiciese señal alguna á los caballeros justadores, ó se les diese algun aviso respecto al contrario, ó se denostase á los vencidos.

Momentos despues, cuatro caballeros aparecieron precedidos de varios pajes, demandando licencia para probarse en armas, al fin de optar al premio prometido en los capítulos de las justas.

Concedida la venia, penetraron en el palenque donde ya les aguardaban los mantenedores, y despues de hechas las probanzas necesarias y elegidos los campeones con quienes cada uno habia de combatir, tomaron campo unos y otros y esperaron la señal de acometer.

Extendió de nuevo la reina su baston é inmediatamente gritó uno de los farautes.

—En el nombre de Dios, partid caballeros, y cumplid con vuestro deber.

Afianzáronse en los estribos, pusieron las lanzas en el ristre y partieron á un mismo tiempo los seis.

Durante algunos momentos no pudo distinguirse nada á través de la espesa nube de polvo en que se hallaban envueltos.

Pero cuando aquella se disipó, vióse que el antagonista del Maestre de Calatrava yacia en el suelo.

El de Pero Lopez habia perdido los estribos, y el del conde de Benavente desguarnecido completamente su costado izquierdo, érale imposible continuar la lucha.

Proclamaron la victoria los farautes, agitaron las damas sus lenzuelos, arrojó el pueblo al aire sus caperuzas, la música ensordeció el espacio y los mantenedores regresaron á su tienda mientras los escuderos de los vencidos recogian los caballos, arneses y armaduras de sus dueños, y los guardas de la tela fijaban miradas impacientes al camino que á la misma conducia esperando la llegada de nuevos justadores.

Terminado este incidente, doña Beatriz volvió á reanudar su interrumpida conversacion con Catalina.

—¿Con qué tanto amais á don Rodrigo?—la dijo con acento ligeramente tembloroso.

—Mucho, señora; la simpatía formó primero este amor, su galante ofrecimiento la noche que me encontró

sola al regresar á mi palacio, y las insinuaciones de mi hermano, aunque basadas en el cálculo de atraerle por mediacion mía al bando contrario al condestable, hicieron nacer este cariño, que hoy es imposible pueda borrar de mi corazon.

—¿Y don Rodrigo lo conoce?

—No debe ignorarlo al ménos, á pesar de que yo nada le he dicho.

—¿No le habeis hablado?

—Una vez sola.

—Con una vez basta para cambiar una frase de amor.

—Pues sin embargo, esa vez de que os hablo, ni don Rodrigo me dijo nada, ni aunque me hubiera dicho yo le hubiera contestado.

—¿No habeis recibido noticia alguna?

—No.

—¿Pero teneis alguna esperanza?

—¡Hay! no sé que voz siento en mi corazon que me dice que no he de tardar en verle. Será una locura, será una esperanza insensata, y mucho más despues de la mision que encargó á su escudero la víspera de entrar en batalla con los infieles.

—¿Qué mision era esa?

Entonces doña Catalina refirió á doña Beatriz todo cuanto saben nuestros lectores referente al encargo que Rodrigo hiciera á Ferrando, y que este desempeñó fielmente tan luego como adquirió la certeza de la desgracia ocurrida á su señor.

Durante el relato de la jóven, habia estado haciendo doña Beatriz esfuerzos extraordinarios para dominar las sensaciones que experimentaba.

La ingenuidad de la pobre niña, la expontaneidad conque la reveló su secreto, en vez de impresionarla favorablemente, produjeron un odio y un deseo de vengarse superior á cuanto nosotros pudiéramos decir.

—Ya que sabeis mis dolores, ya que conoceis todo lo crítico de mi situacion, os suplico, señora, que interpongais toda vuestra influencia con mi hermano, á fin de que esa malhadada union quede completamente deshecha.

—Mucho exagerais mi valimiento con vuestro hermano....

—¿Pero no comprendeis lo mismo que yo, que es de todo punto imposible un matrimonio en el cual no impera el mismo amor en los dos corazones?

—Lo que debeis comprender querida niña,—repuso doña Beatriz con un acento en el cual por más esfuerzos que hacia no podia desconocerse la irritacion que la dominaba,—que os hallais casi sola en el mundo, que vuestro hermano pudiera muy bien faltaros mañana, y que vuestra posicion se haria un tanto dificil. Si hubiera alguna esperanza de que pudiera volver don Rodrigo más tarde ó más temprano, yo sería la primera que os diria esperad; pero si aunque nos aflija mucho debemos renunciar á ello, ¿qué vais á adelantar con impedir ese enlace? Mañana se os presentaria otra de-

manda de matrimonio, no tendríais más remedio que aceptarla, y acaso la persona con quien entonces os casaran no fuera tan digna como lo es el conde de Alba.

—Es decir, que no quereis tener piedad de mí.

—No es eso. Os hago las reflexiones que me parecen más convenientes; pero si á pesar de ellas persistís en que hable á vuestro hermano, lo haré, abrigando la conviccion de que no adelantaré nada.

—Pero, ¡Dios mio! entonces mi hermano quiere mi eterna desesperacion.

—Vuestro hermano quiere vuestra dicha. El amor que hoy sentís se disipará más tarde al lado de un esposo que os adore. Creedme, doña Catalina: olvidad ese amor que no ha sido más que un sueño propio de vuestra edad, y dejad á los que de veras os aman que traten de asegurar vuestra eterna dicha.

—Imposible.

—Vos misma os convencereis.

—Amo á Rodrigo, y únicamente con su muerte pudiera borrarse el amor que siento.

Iba á contestar doña Beatriz tal vez con alguna más acritud de la que el caso requeria, cuando una extraordinaria animacion que se apercibió en el palenque llamando poderosamente su atencion, la obligó á separar sus ojos de la jóven, para fijarlos en un nuevo objeto.

Mientras habian estado conversando, habíanse presentado nuevos campeones, que tuvieron que retirarse vencidos ante la pujanza de los mantenedores.

Pasó algun tiempo sin que ningun caballero se atreviera á presentarse en la liza, cuando ya próxima á suspenderse las justas por acercarse la hora de la comida, percibióse á lo lejos el sonido de una corneta.

Todas las miradas se fijaron en el punto de donde aquel sonido partia, y pocos momentos despues dos caballeros cubiertos con arneses de guerra, pero sin mote en sus escudos y sin emblema por el cual pudieran ser conocidos, se presentaron en el palenque.

Negáronse á levantarse las viseras de sus cascos, y despues de haber prestado solemne juramento de que sus linajes eran tan nobles que podian competir dignamente con los de los mantenedores: penetró uno de ellos en la liza, pues habian manifestado que uno solo habia de vencer á los mantenedores, y si acaso era vencido su compañero le reemplazaría.

El incógnito en que venian envueltos ambos caballeros excitó la curiosidad general, y pocos momentos despues penetraban en la tela dejando al arbitrio de los mantenedores, quién habia de ser el primero que con él habia de luchar.

Al maestre de Calatrava, le correspondia este derecho.

Cabalgó precipitadamente, tomó de manos de sus escuderos un soberbio lanzon, rodeó su caballo y fué á tomar campo frente al desconocido.

Tomó este otra lanza y dada la señal de partida tendieron las lanzas y fueron á encontrarse los dos caba-

lleros con tan recio empuje, que ambas lanzas se quebraron, y el maestre de Calatrava vaciló algunos momentos á efecto del furioso golpe que habia recibido.

—Sabes, don Alvaro,—dijo el rey dirigiéndose á su favorito,—que ese desconocido se conoce que tiene un puño de hierro. Por Dios vivo que para hacer vacilar al maestre, que es despues de tí una de las mejores lanzas, se necesita buen brazo.

—Pues reparad, señor, que el desconocido vuelve á tomar campo como si nada hubiese hecho.

—Ya puede tenerse firme el maestre, porque si no se defiende bien, paréceme que el caballero va á dejarle mal parado.

La prediccion del monarca se cumplió.

Dada la señal para la nueva acometida, encontráronse otra vez los caballeros, con desgraciada suerte para don Pedro Giron.

La lanza del desconocido le desguarneció por completo la guarda del costado izquierdo, y el maestre fué lanzado por los arzones á la arena, donde corrieron á cogerle sus escuderos.

Resonaron alegres los instrumentos de la música, al par que las aclamaciones de la multitud, y el conde de Benavente fué á ocupar el lugar del maestre.

Al primer encuentro el desconocido arrojó de su silla al conde con una facilidad extraordinaria, y con tal destreza, que lo mismo la córte que la gente menuda que se apiñaba contra las vallas, aplaudieron con furor.

Pero Lopez de Silva, se presentó á su vez en el palenque.

El hermano de doña Catalina salió braveando para tener la misma suerte que sus antecesores.

El desconocido tomó una nueva lanza, la puso en el ristro, y encontrando al de Silva, con furioso ímpetu, le falseó la adarga, penetrando el hierro algunas líneas en el costado del mantenedor, que no pudiendo resistir el choque ni el dolor de la herida, cayó al suelo.

El entusiasmo del público no tuvo límites.

La herida de Pero Lopez era asáz insignificante, por cuyo motivo no enturbió la general alegría.

Los jueces declararon que el caballero incógnito habia vencido lealmente á sus tres antagonistas, y que era digno de obtener el premio ofrecido.

En su consecuencia, condujéronle al estrado real en compañía del otro caballero, segun expresa voluntad del vencedor.

Una vez allí, arrodilláronse ante la reina, y las miradas de la córte se fijaban con una ansiedad extraordinaria en aquellos dos caballeros que en tal misterio se presentaban envueltos.

Pero la sorpresa subió de punto cuando al alzarse ambos las viseras dejaron ver los agraciados rostros de don Rodrigo Nuñez Osorio y del conde de Fuente de Cantos.

Si grande fué la alegría de don Alvaro y del momarca, y extraordinaria la sorpresa de la generalidad, lo

que sintieron Catalina y doña Beatriz, es imposible demostrarlo.

La hermana de Pero Lopez lanzó un grito y cayó desmayada por efecto de la emocion que experimentó.

Doña Beatriz arrojó una mirada indescribible sobre el inanimado cuerpo de la jóven, murmurando con un acento de cólera infinita:

—Es necesario quitar este estorbo, y le quitaré.

Este incidente produjo alguna confusion en el extrado real, pero á pesar de ello, don Rodrigo y su amigo tuvieron tiempo de escuchar las frases de bienvenida prodigadas por el monarca y el condestable, y de recibir el vencedor de manos de la reina el premio de las justas.

En cuanto el señor Diego de Villanueva que habia seguido con la vista toda la escena, desde el momento en que Rodrigo subió al estrado, adivinó por la expresion del semblante de la hebrea lo que en su corazon pasaba, y murmuró á la par que se ponia al frente de sus soldados para escoltar á sus altezas.

—Puesto que ese hombre se ha librado de los moros, necesario será buscar otro medio para matarle.

CAPITULO IX.

Que nos es muy necesario para saber cosas pasadas y comprender algunas venideras.

I.

Antes de seguir adelante, y ya que la inesperada llegada de Rodrigo y de su amigo ha venido á excitar nuestra curiosidad y nuestro deseo de conocer en donde habian pasado todo el tiempo que de Valladolid faltaban, y las aventuras que les ocurrieron, dando tregua á la impaciencia de nuestros lectores por seguir la marcha de otros incidentes interesantes tambien, retroderemos al momento en que dejamos al conde y á Fernan luchando con los moros; seguros que al encontrarlos de nuevo en Valladolid los hallaremos mezclados en todos los incidentes que más puedan interesar á los que nos leen.

Digimos entonces que nuestros amigos habian retrocedido conforme peleaban, hasta encontrarse con un pe-

loton de lanzas que pertenecian al conde de Právia y entre las que ya se creian seguros.

Pero no fué así.

Apenas se habian incorporado á ellas, cayeron con tal ímpetu algunas taifas de moros sobre los castellanos, que en un momento estos se vieron deshechos, y Rodrigo, Fernan y Zobeiba en poder de sus perseguidores.

Pero cuando creian que volverian nuevamente á ser conducidos á Baza, vieron que sus guardianes se embreñaban, y que caminando sin descansar los llevaban por montañas casi inaccesibles, hasta que al cabo de dos dias se detenian delante de un formidable castillo.

Este era el de Zoraya.

Tan luego como la mora estuvo convencida de que no habria piedad ni gracia para Rodrigo y Zobeiba, á quienes ella creia amantes, sintió una desesperacion infinita y un remordimiento extraordinario.

Mas esto no era por Zobeiba.

La aborrecía desde el momento en que segun ella tenia la seguridad, era amada por Rodrigo.

Por quien sintió la desesperacion fué por el conde, á quien amaba más desde el momento en que sabia que este no la amaba.

Y desde entonces se ocupó en buscar un medio para salvarle.

Pero esto era imposible.

Sosteníase una vigilancia extraordinaria y no era prudente aventurarse á comprometer, no solamente

el éxito de la empresa, sino su misma reputacion.

Así fué que necesitaba emplear auxiliares completamente agenos á la alcaidia.

Para esto se despidió de su hermano y regresó á su castillo, despues de enterarse perfectamente del dia en que debia verificarse el juicio de Dios.

Una vez allí, llamó á Aliatar, el más fiel de sus capitanes y le dió el encargo de que escogiese la mejor gente de sus taifas, y se dirigiese á Baza, y salvase al caballero.

Aliatar mezcló sus soldados entre la multitud que se apiñaba en derredor del palenque.

Y cuando vió que Fernan no solamente libertaba á Zobeiba, sino que tambien trataba de hacerlo con el conde, hizo la señal á su gente, y llevando la mejor parte en el combate, rechazó á los cristianos y á los moros de Baza y corrió sin descansar por aquellas montañas, hasta que llegó al castillo.

Zoraya le esperaba con impaciencia.

La fiebre la habia consumido durante aquellos dias, pero al distinguir que llegaba la hueste de Aliatar, y que llevaba prisioneros, dirigió una mirada de suprema alegría al cielo, como dándole las gracias por el inmenso beneficio que la otorgaba.

II.

Poco tiempo despues de haber llegado al castillo el capitan, estaba en presencia de su dueña.

Apenas entró en su estancia, hizo las tres *zalas* ó reverencias, y esperó á que Zoraya le preguntase.

Esta no se hizo esperar.

Impaciente, antes de que aquel concluyera sus saludos, le dijo:

—Aliatar, mi fiel Aliatar, ¿llegaste á tiempo?

—Llegué, sultana,—contestó el walí,—el Dios altísimo y único ha querido conceder á su siervo la dicha de poderte ser útil.

—¿Es decir, que está contigo?

—Sí.

—Dónde le cogiste?

—Cuando ya iba á salvarse.

—¡A salvarse! ¿Cómo?

—Varios cristianos, mandados por el caballero que acababa de vencer á Ayub, se arrojaron sobre los guardias.

—¿A Ayub has dicho?

—Sí, sultana; el emir, há ya tres lunas que habrá pasado el *Sirat*, si el Santo Profeta le ha concedido la gracia de entrar en el Pariso.

—Segun eso, llegaste á tiempo del juicio.

—Llegué el dia antes.

—¿Y ese caballero cristiano?...

—Era el que estaba cautivo con don Rodrigo, y que se habia marchado con la embajada que llegó de Castilla.

—¿Y qué hizo ese caballero?

—Cogió á Zobeiba, cortó las ligaduras del conde, y si no andamos listos, tu fiel Aliatar no habria podido corresponder dignamente á tu confianza.

—Y has traido á Zobeiba?—preguntó Zoraya con receloso acento.

—La he traido igualmente que al caballero que trató de salvarla.

—¿Y cómo está Rodrigo? por tu vida, Aliatar, dime cómo está el conde.

—Tranquilo, y altivo.

—¿Sospecha, á caso, adonde le has conducido?

—No.

—¿Te ha preguntado algo?

—Ni una palabra. Encerróse en un silencio tenaz y sombrío desde que se vió en nuestro poder, y aunque he tratado de hacerle hablar, no he podido conseguirlo.

—¿Y ella?—preguntó con celoso acento la musulmana.

—Ella ha cambiado muy pocas palabras con él.

—¿De veras? ¡Oh! por piedad, no me engañes Aliatar, no me engañes.

—No te engaño, sultana. Con quien más ha hablado ha sido con el otro caballero.

—¿Y Rodrigo, no hacia movimiento alguno ni exhalaba ninguna frase que pudiera expresar la cólera y sus celos?

—Nada.

—¿Entonces?...

—Si me atreviera te diria mi opinion, sultana,—repuso Aliatar vacilando.

—Habla.

—Me parece que el conde no ama á Zobeiba.

—¡Oh! Bendito seas, Aliatar, bendito seas,—exclamó Zoraya con explosion,—bendiga el cielo tus palabras, si son verdad.

—Te he dado mi opinion, sultana.

—¿Y en qué la fundas.

—En que durante el camino ha guardado Zobeiba toda su ternura, todos sus cuidados, todas sus miradas, para el caballero que se presentó á salvarla en el palenque.

—¿Y Rodrigo?

—Ya te he dicho que solo la dirigia alguna frase que otra.

—Gracias, Aliatar, gracias, por esas palabras. Alhá te pague todo el bien que me has hecho.

—¿Me necesitas para algo más?

—¿Dónde has dejado los presos?

—Esperan tus órdenes.

—Pues bien, condúcelos á la torre del Sol. En cuanto á Zobeiba, llévala á las habitaciones de mis mujeres.

—¿Y el conde?

—Déjale en la Torre, déjale que descanse, que ya pensaré despues lo que se ha de hacer.

Inclinóse Aliatar delante de su señora, y poco despues abandonaba la estancia.

En cuanto á esta, tan luego como se quedó sola fijó los ojos humedecidos por el llanto en la cortina azulada del firmamento, murmurando con un acento indefinible de pasion:

—Dios de los cristianos, haz que el conde me ame como yo le adoro.

III.

Lo que Aliatar habia dicho á su señora, respecto á la taciturnidad de Rodrigo, era muy cierto.

El conde apenas se vió de nuevo en poder de los moros, sintió que decaia todo su valor.

Y no lo sintió por él.

Era demasiado valiente, y estaba asaz acostumbrado á arriesgar su vida en medio de los combates, para que le asustase la perspectiva de una muerte más ó ménos próxima.

Lo que le asustaba era el riesgo que corrian sus amigos.

Era el riesgo de Zobeiba que amaba con toda la fuerza de su corazon á Fernan.

Era el peligro de este, que una vez en libertad, la habia arriesgado de nuevo por salvar á su amigo y á la mujer que le habia jurado amor y fidelidad eterna.

Por ambos sufria Rodrigo.

En cuanto á Zobeiba, Aliatar habia reparado perfectamente.

La jóven se habia acusado más de una vez durante el viaje de haber causado el cautiverio de Fernan, puesto que sino hubiara sido por ella no se hubiera lanzado el conde de Fuente de Cantos á penetrar de nuevo en los dominios del alcaide de Baza.

Asi era, que sus más encantadoras sonrisas, sus palabras más tiernas, sus miradas más elocuentes, eran para Fernan á quien trataba de recompensar á fuerza de cariño la suerte que le habia cabido.

Pero lo que más preocupaba á unos y á otros era el lugar adonde los conducian.

Habian caido de nuevo en poder de los moros: esto era indudable; ¿pero á quién pertenecian aquellas taifas?

Habian aventurado algunas preguntas á los soldados que los custodiaban; pero estos permanecieron mudos como sus jefes.

Aliatar les guardaba todas las consideraciones posibles; pero su lengua no fué indiscreta ni un solo momento.

Asi era que el misterio de aquel viaje les llenaba de angustia y de temor.

Los terrenos que atravesaban les eran completamente desconocidos, pues jamás ni Fernan ni Rodrigo habian visitado el interior de las Alpujarras.

Asi era que el fatídico silencio de sus guardianes, y la aspereza del país, contribuian de una manera poderosa á ennegrecer su pensamiento y á hacerlos ir tristes y cabizbajos.

Una vez en el castillo, se despejaron algun tanto las frentes de ambos jóvenes.

Creyeron entonces que habian caido en manos de alguno de aquellos feroces capitanes árabes, que exigiria por ellos un cuantioso rescate; pero que por ningun estilo atentaria contra sus vidas.

Y acabó de corroborarles esta opinion la rica habitacion que se les destinó para alojamiento, y que distaba tanto de parecerse á la horrible mazmorra que tenian en el castillo de Baza.

Sin embargo, con lo que ya no pudo transigir Fernan, fué con que le arrebatasen de su lado á Zobeiba.

El caballero castellano, enamorado como sabemos que estaba de doña Mencía, sentia por la mora una afeccion que él no vacilaba en calificar de agradecimiento; pero que á pesar de esta calificacion, se parecia extraordinariamente al amor.

Doña Mencía presentándose en un momento dado ante su vista, hablándole en una situacion puramente

excepcional de su amor, solos ambos en una cámara que llenaba, por decirlo así los expléndidos encantos de la dama, hicieron vibrar en el corazon del jóven multitud de fibras adormecidas mucho tiempo hacia, y que terminada aquella situacion extraña debian extinguir por completo su vibracion.

Sin embargo, en aquel primer momento y aún mucho tiempo despues, Fernan equivocó la fascinacion de un instante con el amor de toda una vida.

Habia entrado en casa de doña Mencía para solicitar una gracia de la mujer que le debia una reparacion.

Creyó anonadarla bajo el peso de su cólera y de sus recriminaciones, y para esto se encontraba resuelto y firme.

Pero en vez de esto halló á la mujer tierna, enamorada y amante, á la mujer digna y leal que se habia sacrificado por salvar la honra de su señora y no tuvo valor para resistir.

Pero una vez fuera de aquella casa, una vez lejos del encanto de aquella mujer, Fernan sentia hácia ella un cariño fraternal, tibio recuerdo del cariño de otra especie que habia profesado á la dama mucho tiempo antes de lo que él creia su perjurio.

Mas á pesar de esto, el jóven se creia de buena fé que le amaba, y cuando más tarde sintió el verdadero amor por Zobeiba, lo equivocó con el agradecimiento del mismo modo que equivocaba la afeccion que le unia á la esposa del capitan Hernando Carrillo.

Hemos dicho que amaba á Zobeiba, y una prueba y grande era la oposicion que estaba haciendo á la separacion de la jóven.

Pero tanto las seguridades que esta le dió, respecto á su cariño, cuanto las que le dió Aliatar y las palabras de su amigo hiciéronle ceder.

IV.

Una vez solos los dos jóvenes, Rodrigo, dirigiéndose á Fernan, le preguntó:

—Con que decidme, amigo mio, ¿qué opinais acerca de lo que nos está pasando?

—He perdido completamente la brújula, querido conde. Que no hemos salido de las manos de los infieles que nos cogieron prisioneros, me parece que no tiene duda. Y siendo así, ¿qué más nos da estar en un sitio que en otro?

—Teneis razon; creo que de todo esto, quien únicamente saldrá perjudicado serán nuestros bolsillos.

—¡Qué! ¿sospechais?....

—Que nos exigirán un cuantioso rescate, y nada más.

—¿Pero quién podrá ser el dueño de este castillo?

—Quizás algun capitan de bandidos. ¿No habeis reparado en lo bravío y montaraz de los rostros de esos soldados?

—He reparado en ellos, y si os he de hablar con

franqueza, ménos repugnancia me inspiran que los cautelosos y astutos de los que hemos visto en Baza.

—Lo que me sorprende es que nos traten de la manera que lo hacen; que nos hayan traido á este torreon, adornado con tanto lujo, y que nos hayan tratado con tantas consideraciones por el camino.

—Eso prueba el buen discernimiento del musulman que habita en este nido de águilas. Pues cuanto mejor nos trate, más derecho tiene á exigir por nosotros un crecido rescate.

—Por mi ánima que deseo ya verle para saber qué es lo que quiere de nosotros.

—Creo que vais á quedar satisfecho.

Estas palabras las habia pronunciado Fernan escuchando el crujido de una llave en la puerta de la torre.

Quedó franqueada esta, y un oficial apareció en ella.

—¿Venís en busca nuestra?—preguntó Rodrigo al verle.

—No es á tí á quien busco, cristiano,—contestó el oficial.

—Entonces será á mí,—repuso Fernan.

—Sígueme,—contestó el moro.

—Gracias á mi santo patron que voy á saber algo,—dijo el de Fuente de Cantos siguiendo á su misterioso guia.

Atravesaron varias habitaciones hasta que por fin llegaron á una en la cual dijo el mulsuman:

—Espérame aquí.

Detúvose Fernan mirando con curiosidad á su guia, que desapareció tras el tapiz que cubria un primoroso arco de herradura que servia de ingreso á otra habitacion, y escuchó atentamente por si llegaba á sus oidos algun rumor de voces.

Pero nada absolutamente percibió.

Las ricas alkatifas de Persia que cubrian los pavimentos, ahogaban el rumor de las pisadas, y quizás la distancia que en aquel momento separaria al oficial del punto en que él se hallaba, le impediria escuchar sus palabras.

Fernan dirigia sus atónitas miradas á todos lados.

La habitacion en que se hallaba, más que de pertenecer á un mulsuman capitan de bandidos, parecia ser una de las encantadoras cámaras del palacio de algun genio.

Paredes tapizadas de cuero de Córdoba, con versículos del Coran en caractéres arábigos.

Ajimeces calados con extraordinaria delicadeza; columnitas de mármol blanco, delgadas y airosas, sosteniendo las distintas bóvedas que formaba la techumbre: alfombras de Persia; perfumeros de oro, y divanes de seda, era lo que en aquella estancia encontraba la asombrada vista de Fernan en completa contraposicion con la apariencia guerrera, desaliñada y sucia que él se habia imaginado.

Su asombro iba tomando proporciones colosales,

cuando vino á sacarle de él, el mismo oficial que hasta allí le habia conducido.

—Sígueme, le dijo.

Y Fernan, sin atreverse á dirigirle pregunta alguna, caminando de sorpresa en sorpresa, atravesó nuevas habitaciones, hasta que al penetrar en una de ellas fué tal la impresion que recibió, que no pudo ménos de exhalar una exclamacion de asombro.

CAPITULO X.

En que se ve que el conde de Fuente de Cantos se encuentra en un verdadero aprieto.

I.

La habitacion en que acababa de penetrar Fernan, era un lindísimo retrete octogonal, cuyo techo lo constituia una cúpula pintada de azul con estrellas de oro, sostenido por ocho columnas de mármol negro, en medio de las cuales, una valladera del mismo color arrojaba de sus ojos dos caños de agua perfumada que caian en un ancho pilon que cubria todo el espacio que dejaban libre las ocho columnas.

Entre estas y la pared habia un ancho divan de raso, dejando espacio bastante para que pudiesen pasar dos personas por delante de él.

Una mullida alkatifa se extendia delante del divan, y en las paredes del aposento se veian pintadas ninfas

y sátiros en sus danzas más provocativas y en su más delicioso abandono.

Estátuas de mármol negro, colocadas simétricamente, sostenian en sus manos, bien riquísimos perfumeros de oro donde se quemaban los más delicados perfumes de Smirna y Alejandría, ó jaulas con alambres de plata donde cantaban pintados ruiseñores.

En uno de aquellos divanes, una mujer de maravillosa hermosura fijaba una mirada distraida en el techo.

La incomparable hermosura de esta mujer, en aquella habitacion saturada por decirlo así con todos los encantos de la vida musulmana, resaltaba doblemente causando una impresion tal en nuestro amigo, que incapáz de contenerse, exhaló la exclamacion de sorpresa que dejamos indicada.

Al escuchar esta exclamacion la dama, en quien nuestros lectores habrán reconocido á Zoraya, fijó sus ojos en los recien llegados y dijo al oficial que acompañabá al conde.

—Puedes retirarte.

El mulsuman se inclinó respetuosamente ante su señora, y quedaron solos Fernan y la dueña del castillo.

El conde no podia separar sus ojos de la dama.

La hermosura de esta le fascinaba, y la atmósfera que reinaba allí le causaba una impresion desconocida.

—Dime, cristiano;—dijo por fin Zoraya,—¿eres capáz de contestar con sinceridad á las preguntas que voy á hacerte?

—Señora, en Castilla á la par que nos enseñan á dominar un potro y á manejar una lanza, nos hacen aborrecer la falacia y la mentira,—contestó Fernan con altivez.

—¿Conoces hace mucho tiempo á tu compañero?

—Lo bastante para saber que es un leal, valiente y honrado caballero.

—He oido que tiene fama de muy galan y muy enamorado.

—Ignoro el valor que tendrá entre vosotros la palabra enamorado; pero si así se llama al rendir el tributo de galanteria que se debe á las damas, mi amigo es muy enamorado.

—Palideció Zoraya al escuchar estas palabras; pero reponiéndose en seguida, continuó.

—Siento que tu amigo tenga un carácter semejante, porque preveo lo mucho que se va á aburrir dentro de los sombrios muros de este castillo.

—Si vos sois la dueña de él, paréceme imposible que pueda aburrirse ningun mortal estando cerca de vos.

—¿Lo crees así? preguntó Zoraya con encantadora sonrisa.

—De mí, sé deciros que me consideraria muy dichoso estando á vuestro lado.

—Teneis fama los cristianos de ser muy galantes caballeros.

—Paréceme que la galantería debe reinar en todos los paises donde existen damas tan hermosas como vos.

—Y tu amigo quiere mucho á esa mujer que ha venido con él.

—Ignoro lo que me quereis decir,—repuso Fernan sorprendido por la inesperada pregunta de Zoraya.

—Mucho debe amarla, cuando segun me ha dicho mi walí Aliatar, estaban á punto de perecer cuando tú te presentaste á salvarlos.

—Es cierto: y ya que á este terreno hemos llegado, y que segun puedo comprender, vos sois la dueña de este castillo, desearia haceros algunas preguntas.

—Habla, cristiano.

—¿Quereis decirme cual ha sido vuestro objeto al cogernos prisioneros?

—Si tú has venido, no ha sido por voluntad mia.

—Eso quiere decir, que tú, solo tratabas de coger á Rodrigo y Zobeiba?

—Hablas con verdad.

—¿Y qué objeto te movia á hacerlo?

—Salvarlos del peligro que corrian.

—Segun eso, ¿tú no piensas hacerles ningun mal?

—¿Tanto se quieren?

—No comprendo lo que querais decir.

Y Fernan fijó su mirada escrutadora en el semblante de Zoraya.

Habíale sorprendido la insistencia con que la mulsumana se habia fijado en la idea de que Rodrigo amaba á Zobeiba.

Principiaba á adivinar que en aquella aventura de-

bia entrar por algo el amor, y resuelto á ver satisfecha su curiosidad, respecto á semejante asunto, pronunció aquellas palabras que requerian, como es fácil de comprender, una explicacion.

—He querido decirte,—contestó la dama,—que si se amaban mucho Zobeiba y tu amigo, porque si no se ámaban, debe serles completamente indiferente al uno la suerte del otro.

—Estais en un error, señora. No es necesario amar, para sentir el riesgo que pueda correr una persona.

—Quieres decir con eso que el conde no ama á Zobeiba.

—El conde quiere á Zobeiba, como puede quererse á una hermana.

—¿Qué dices cristiano?—exclamó Zoraya incorporándose de repente y fijando una mirada anhelante en Fernan.

—Digo que el conde de Právia quiere á Zobeiba como se quiere á una hermana: la profesa el mismo afecto que á mí.

—Pues, y entonces, el suplicio que iban á sufrir juntos y la acusacion causada por Ayub, y las entrevistas del conde y de Zobeiba, ¿qué quieren decir?

—¡Cómo, señora!—exclamó Fernan que habia caminado de sorpresa en sorpresa á cada una de las tres preguntas hechas por Zoraya. ¿Cómo sabeis todo eso? Segun se desprende de vuestras palabras, ¿conocíais ya al conde?

Zoraya conoció la imprudencia que habia cometido; pero ya no era tiempo de remediarlo.

Así fué que arrostrando por todo, contestó:

—Sí, cristiano, yo lo sabia todo; yo sabia que Rodrigo amaba á Zobeiba, y loca, desesperada al ver que él iba á morir, mandé mis soldados para salvarle. Yo que no puedo vivir sin él, y que me habria muerto si él hubiera dejado de existir.

—¿Pero quién os ha dicho que el conde amaba á la esposa de Muza?

—Yo que le ví salir de su prision; yo que supe por Hagib que muchas veces os habia visitado cuando estabais juntos en la mazmorra. ¿Quién me ha dicho que la amaba? él mismo.

—¿Rodrigo os lo ha dicho?

—Confesarme que no podia amar á ninguna mujer, y recibir las visitas de Zobeiba en su calabozo, ¿no es confesar que la ama?

—No señora,—contestó Fernan, como si su corazon se hubiera descargado de un horrible peso.

—¿Qué quieres decir?

—Que si Zobeiba bajaba á nuestra mazmorra, lo hacia al principio impulsada por un movimiento de caridad, y despues...

—Impulsada por el amor, ¿no es eso?

—Sí, señora.

—Ves como tenia razon.

—Pero no era por amor al conde.

II.

Al escuchar estas palabras pronunciadas con un acento de profunda conviccion por Fernan, Zoraya experimentó una emocion tal que no pudo, durante algunos segundos, pronunciar una sola frase.

Dilatáronse sus ojos extraordinariamente, su rostro expresó una sorpresa inexplicable, y cuando pudo articular algunos sonidos su garganta, corrió con precipitacion hácia Fernan, y cogiéndole las manos, presa de una violenta agitacion, le dijo:

—Habla, cristiano, habla; por tu Dios te conjuro que me digas la verdad. ¿No ama el conde á Zobeiba? ¡Poderoso Alhá! ¿será posible que hayas fijado una mirada compasiva sobre tu humilde sierva?

Fernan acabó de comprender lo que habia presumido desde que se cruzaron las primeras palabras entre la dama y él.

—Lo que no podia explicarse, era como Rodrigo, apreciador como el que más de la verdadera belleza, habia permanecido insensible á los encantos de aquella mujer.

Desde aquel momento el misterio habia cesado, y Fernan se hallaba completamente tranquilo.

Puesto que el amor habia sido su raptor, el amor debia salvarles.

Viendo la dama que no contestaba por efecto de la

impresion que le habia causado la inesperada explosion de su interlocutora, volvió nuevamente á decirle:

—Habla por piedad, cristiano, ¿no ves que me estoy muriendo de impaciencia?

—¿Y qué puedo deciros señora.

—Dime que el conde no ama á esa mujer, dime que puedo ser dichosa todavía.

—En cuanto á lo primero, puedo responderos: respecto á lo segundo, es el conde únicamente quien lo puede hacer.

—¿Entonces á quien ama Zobeiba?

—A mí.

—¿Y tú la amas?

—Sí, señora.

—Gracias, gracias, cristiano; tú no puedes comprender lo que es vivir con el horrible harpon de los celos clavado en el alma; tú no sabes lo que es amar y estar viendo siempre ante tus ojos el objeto amado embriagado, adormecido, acariciado por otras miradas, por otras sonrisas, por otras palabras que pertenecen á otra mujer; tú no sabes lo que es estar viendo constantemente el paraiso y vivir en un infierno horrible, de angustia, de dolor, y de desesperacion. ¡Y yo estaba ciega! cuánto he sufrido! Gracias cristiano, gracias porque tú me has dado la única felicidad que he disfrutado hace mucho tiempo. Véte, déjame ya, porque necesito estar sola para poder saborear la inmensa dicha que me proporciona la noticia que me has dado.

—Bendigo mi suerte que me ha proporcionado la satisfaccion de poder derramar una gota de bálsamo bienhechor sobre vuestras heridas.

—Yo soy quien debo bendecirte.

—Os he dicho la verdad.

—Está bien: retírate y quiera el Dios altísimo y omnipotente que esa esperanza que tú has derramado en mi corazon llegue á realizarse.

Fernan se inclinó respetuosamente ante la dama y lleno de asombro todavía, tanto por todo cuanto habia visto, cuanto por lo que acababa de escuchar, abandonó el precioso aposento.

Atravesó algunas de las habitaciones que habia recorrido para entrar en la que estaba Zoraya, hasta que en una de ellas encontró al mismo oficial que le habia conducido y que de nuevo le sirvió de guia para llegar á la torre donde le esperaba Rodrigo lleno de impaciencia.

CAPITULO XI.

Un hombre que segun la opínion de Fernan no merece perdon de Dios.

I.

Cabizbajo y pensativo penetró en su prision nuestro amigo Fernan.

Era tan extraordinario cuanto le acababa de suceder que no podia todavía darse cuenta de ello.

Tan luego como Rodrigo le vió, corrió hácia él preguntándole.

—¿Qué hay amigo mio?

—¿Lo sé yo acaso?—contestó Fuente de Cantos.

—¿Cómo?

—Pluguiérame poder darme yo mismo alguna explicacion de todo cuanto he visto y cuanto he oido.

—¿Qué quereis decir?

—Que estamos en medio de la más rara aventura que os podeis imaginar.

—¿Qué dice el dueño de este castillo?

—Si no existe tal dueño.

—Entonces será alguna banda de forragidos.

—No sé lo que son siquiera.

—¿Pero han exigido mucho por nuestro rescate?

—Nada.

—¿Y nos dejan libres?

—No lo sé.

—¿Qué ha pasado? Explicaos.

Y el conde fijó una mirada en que se traslucia una sorpresa infinita en el rostro de su amigo.

Éste contestó:

—Dejadme que pueda coordinar mis ideas y tomar un verdadero conocimiento de la situacion en que nos hallamos.

—Reposad cuanto querais.

Pero Fernan no tenia ya necesidad de este permiso, se habia sentado en uno de los divanes que rodeaban la estancia, y habia dejado caer su cabeza sobre el pecho.

Rodrigo le contemplaba cada vez más alarmado.

Para causar á su amigo una preocupacion tan grande era preciso que algo muy extraordinario ocurriese.

Sentía vivísimos deseos de conocer aquel misterio, y por fin sin poderse contener más le dijo:

—¿Os habeis repuesto ya de la impresion que recibísteis?

—Difícil es que uno se reponga de semejante cosa, contestó Fernan alzando la cabeza,—y estoy seguro que

cuando sepais lo que ha pasado, os sucederá lo que á mí.

—Impaciente estoy por saberlo.

—Figuraos que quien manda en este castillo, no es ningun hombre.

—¿Pues quién es entonces?

—Una mujer, un ángel, una hurí del séptimo cielo, como dirian los musulmanes.

—¡Una mujer!

—Una mujer enamorada.

—¿De vos?

—No, conde; no es de mí de quien está enamorada y por quien nos ha traido prisioneros.

—¿Qué quereis decir?

—Que sois vos quien tiene la culpa de todo esto.

—¡Yo! exclamó Rodrigo visiblemente alarmado.

—Sí; porque es á vos á quien ama, porque es de vos de quien está enamorada.

—¡De mí! ¿De mí enamorada una infiel? Vamos, conde, por mi nombre os juro que en esto debe existir alguna grave equivocacion.

—No la hay.

—Si yo no he conocido ninguna princesa musulmana desde que estoy en Castilla.

—Pues esta os conoce y os ha hablado.

—Padeceis tambien algun error,—repuso Rodrigo que en aquel momento lo que más lejos tenia de su pensamiento era la visita que Zoraya le hiciera en su calabozo de Baza.

—Os repito que la habeis hablado; es más, que vuestras palabras excitaron sus celos, y que á no llamarme y hablar conmigo, tal vez mi pobre Zobeiba no lo hubiera pasado muy bien.

—¿Qué quereis decir?

—Que suponia que vos amabais á Zobeiba.

—¿Pero quereis explicaros de una vez?—exclamó Rodrigo que ya principiaba á impacientarse.

Fernan entonces le refirió cuanto habia pasado en la estancia de Zoraya.

II.

La sorpresa de Rodrigo no conoció límites.

Conforme iba hablando su amigo recordaba incidentes, viniendo al fin á caer en la cuenta de quién era la persona en cuyo poder se hallaba.

—Verdaderamente, podeis asegurar amigo mio, que teneis una suerte decidida.

—Ya se conoce,—repuso con un tanto de ironía Rodrigo.

—¿Os atreveríais á negarlo?

—Desde luego. ¿Es acaso suerte ser amado por una de estas mujeres que forman un empeño decidido en hacerse amar á la fuerza? Si al traerme aquí ha creido por este medio obligarme á que la quiera, desacertada anduvo.

—Segun eso, os hallais dispuesto á rechazarla?

—Desde luego. Tengo en Valladolid mi pensamiento fijo, y no es posible que la imágen de esa mujer por muy bella que sea, consiga desterrar de mi pecho la que ya está grabada en él.

—Como gusteis. No seré yo quien os hable más sobre ese particular: despues que la hayais visto, tal vez varieis de opinion.

—Me parece imposible.

—En ese caso, para tiempo creo que tendreis cautiverio.

—¿Os ha encargado que me lo digais?

—No: se ha entregado delirante á la alegría que la ha producido mi revelacion.

Para ella que creia que vos y Zobeiba os amabais, podeis comprender que efecto la habrá hecho obtener la evidencia de lo contrario.

—Segun eso, os dejará en libertad.

—Ignoro cuales sean sus intenciones, pues aunque he tratado de hacer algunas indicaciones sobre el particular, no se hallaba en disposicion de atender á ellas.

—Quiera el cielo que pronto salgamos de dudas, respecto á esta situacion.

—Figúrome que no tardaremos mucho.

Y ambos amigos, entregándose á sus meditaciones, permanecieron largo rato silenciosos, hasta que vino á sacarles de ellas la llegada de algunos esclavos que les sirvieron una comida admirable, á la cual hicieron cumplido honor nuestros dos amigos.

—Durante ella, Fernan aventuró algunas preguntas referentes á la dueña.

Pero los esclavos permanecieron mudos, de la misma manera que lo habian estado los guardias y Aliatar durante el camino.

Esperaron con impaciencia recibir alguna órden de Zoraya que explicase en parte ó aclarase por completo su situacion.

Pero durante aquella noche nadie se presentó á avisarles, y la mitad del dia siguiente trascurrió tambien del mismo modo.

Pero Zoraya no habia permanecido ociosa por esto.

Penetró en la habitacion de Zobeiba, y si sorpresa grande recibió Fernan y Rodrigo al conocer la clase de enemigos con quien tenian que habérselas, no fué menor la de la esposa de Muza.

Al reconocer Zobeiba á Zoraya quedóse inmóvil y fué necesario que esta le explicase el verdadero móvil de su conducta y el estado completo de su corazon para que la jóven se tranquilizara.

Una vez enterada del cariño que profesaba á Rodrigo, compadecióla sinceramente porque hasta adivinaba lo que debia sufrir el corazon amante, destrozado por el terrible aguijon de los celos.

La confesion que Zobeiba hizo de su amor, confesion expontánea y llena de verdad, acabó de tranquilizar por completo á Zoraya que sintió renacer sus esperanzas, respecto al amor de aquel cristiano.

Y cuando salió de la estancia de la jóven, despues de haberla tranquilizado, impaciente por ver á Rodrigo y ansiosa de escuchar de sus lábios una frase de cariño, frase de la cual estaba sedienta su alma, dió órden inmediatamente de que fuese conducido á su presencia.

Al recibirla Fernan le dijo en voz baja.

—Amigo mio, ya ha llegado el momento de la prueba.

—La resistiré impávido, contestó con frialdad el conde.

Fernan se encogió de hombros como queriendo decir. Este hombre no sabe lo que se habla, y Rodrigo salió de la torre siguiendo á la serrana que fué á buscarle.

III.

En la misma habitacion donde el dia antes habia recibido Zoraya al conde de Fuente de Cantos esperaba á nuestro amigo.

Al penetrar en aquella habitacion el conde, no fué dueño de contener un movimiento de sorpresa muy semejante al que hizo Fernan al hallarse en análoga circunstancia.

Durante algunos segundos, Zoraya no pudo articular una palabra.

Levantóse del divan en que se hallaba á la aparicion de Rodrigo y envolviéndolo, por decirlo así, en una mirada poderosa, ardiente y enamorada, estuvo contemplándole con avidez, mientras su corazon latia con extraordinaria violencia.

Rodrigo se hallaba fascinado.

Comprendia que aquella mujer principiaba á ejercer sobre él un dominio irresistible, y haciendo un esfuerzo violento para romper aquella magnética cadena que principiaba á sujetarle, dijo con acento grave y severo.

—¿A qué debo la honra de encontrarme en vuestra presencia, señora?

—Prosigue hablando, repuso con acento enamorado la dama, no puedes comprender el inmenso placer que experimento escuchando tu voz. ¡Hacia mucho tiempo que no la habia oido! Ven, siéntate á mi lado, reposa un momento y déjame que goce la inmensa felicidad de tenerte junto á mí.

Rodrigo permaneció inmóvil.

Se necesitaba verdaderamente un temple especial de alma para resistir la poderosa influencia de aquella mujer.

Rodrigo habia invocado la sombra de doña Catalina y la imágen de ésta, esculpiéndose por decirlo así en su mente, flotaba ante sus ojos impidiendo, si así podemos explicarnos, que apreciase debidamente los encantos de la infiel.

Esta, más sorprendida que irritada por la inmovilidad

del caballero, aproximóse lentamente hácia él y cogiéndole de la mano le dijo con acariciador acento.

—¿Por qué huyes de mí? no comprendes que mi corazon te adora con un amor que Alhá sin duda ha bendecido, toda vez que me ha permitido te vuelva á ver? Ven cristiano, no te separes de mí. ¿Qué apeteces? ¿qué deseas? ¿qué es lo que tu ambiciosa imaginacion anhela? pide, porque mi amor es capaz de darte cuanto quieras.

—No deseo más que la libertad,—contestó Rodrigo con turbado acento, dejándose conducir por la dama hasta el divan inmediato.

—Yo te daré la libertad, sí, pero déjame que sea tu esclava, déjame que te siga donde quieras que vayas, déjame que esté constantemente junto á tí y que pueda escuchar de tus lábios una palabra de cariño, y recibir de tus ojos una mirada de amor. ¡Mira cristiano, si tú comprendieras cómo te amo! Escucha.

Y Zoraya al pronunciar estas palabras dejóse caer á los piés del caballero y apoyando su brazo en las rodillas de este y fijando en él una mirada enloquecedora, continuó hablando con un acento dulce, armonioso y acariciador como el murmullo de la brisa entre las flores de los jardines.

—Yo no habia conocido nunca el amor; muy niña perdí á mi madre y encerrada constantemente en el harem del rey de Granada, mi pariente, salí de él para venir á este castillo como esposa de su alcaide. Pocas lunas habian trascurrido cuando Alhá iluminó mi espíritu

y el ángel Azrael al acariciar mi frente con sus alas, despertó mi corazon que dormia. Adiviné lo que era el amor y me extremecí al considerar que yo no amaba al esposo que me habian destinado, y en las soledades del haren, en la sombría nave de la mezquita, en el mirab que dominaba la sierra y en las humbrías alamedas de los jardines de este castillo lloraba, y á través de mis lágrimas te veía, te veía porque el santo profeta al despertar mi corazon hízome ver tu imágen para que yo te lo entregase todo entero, y desde aquel momento, desde que una revelacion súbita me hizo comprender que existia un paraiso en el mundo tan encantado como el que el profeta nos ofrece despues de la muerte, y que ese paraiso es el amor, yo sufria, porque me veia encadenada á otra voluntad que pesaba sobre mí como un lazo de hierro del cual no podia desasirme; y por donde quiera que iba te buscaba y en mi aposento, en todas partes mi corazon te llamaba y tú permanecias sordo á mis voces. ¡Oh! tú no sabes todo el inmenso amor que yo he venido atesorando hora por hora y minuto por minuto: cuanto tú apetezcas, cuanto tú ambiciones de cariño, de ternura, de abnegacion y de sacrificio todo lo encontrarás en mayor cantidad en mi pecho. Háblame, ¡no comprendes qué por una mirada tuya, por una palabra de amor está suspirando hace mucho tiempo tu pobre Zoraya! ¡Háblame, cristiano, habla!

Y Zoraya se detuvo esperando una palabra de Rodrigo.

IV.

El conde se encontraba en una situacion verdaderamente difícil.

Aquella triple embriaguez constituida en aquella magnífica estancia por los aromas de los perfumeros, por el canto de los ruiseñores y el amor de aquella mujer, iba apoderándose lentamente y sin sentir de nuestro amigo.

Sin embargo, quiso resistir todavía.

Aquella voz que demandaba amores en un tono tan sumiso, tan tierno y tan enamorado á la par, le causaba una emocion indefinible.

Sin embargo, invocó por última vez el recuerdo de Catalina y escudado con él repuso:

—Ya os contesté una noche que mi corazon no me pertenecia; señora, duéleme en el alma volvéroslo á repetir.

Al escuchar estas crueles palabras, alzóse vivamente la musulmana.

Sus ojos brillaron de una manera siniestra.

Agitábanse convulsivamente sus lábios y una excitacion poderosa de cólera, de celos y de amor la dominaba.

Irgióse con fiereza y exclamó

—¿Qué has dicho, cristiano?

—Que no puedo amaros—contestó Rodrigo, á quien agradaba mucho más ver á Zoraya irritada que no tierna y sumisa.

—Y te atreves á pronunciar esas palabras.

—Siempre he dicho la verdad.

—Es decir, que no tienes piedad de mí.

—Prefiero destrozar vuestro corazon, á empañar mis lábios con una mentira.

—¿Con qué no me amas? exclamó Zoraya con voz temblorosa.

—Y pésame en el alma haber de confesároslo.

—¿Conqué para tí no ha servido de nada el verme ante tí humillada y suplicante?

—Señora.

—Pues bien,—exclamó Zoraya con explosion;—yo te obligaré á que me ames.

—Mal medio pensais emplear si creeis doblegarme por la fuerza.

—Quieres mucho á tu amigo, ¿no es cierto?

—Y me duele en el alma que sufra el mismo cautiverio que yo.

—Pues tanto él, como su amada, continuarán presos hasta que doblegues tu altivez.

—Siento mucho su suerte y deploro extraordinariamente vuestra injusticia.

—Más injusto eres tú. Respóndeme, cristiano,—prosiguió con voz dolorida la dama—¿por qué me rechazas? ¿no te parezco acaso lo suficientemente hermosa? ¿no es

acaso mi estirpe digna de compararse con la tuya? ¿no es mi amor grande como el mundo y ardiente como el sol? ¿por qué me desprecias?

—Ya os lo he dicho.

Un relámpago de cólera terrible brilló en los ojos de la dama, que retrocediendo algunos pasos exclamó con voz ronca:

—Pues bien, ya que tú lo quieres, sea. Permanecerás cautivo y tus amigos tambien: ya que yo sufra, quiero que sufra tambien la orgullosa cristiana que te espera en Valladolid y que no te verá jamás. Quiero que sufran cuantos te rodean; quiero que viertan lágrimas tan amargas como las mias, y quiero que sucumban de desesperacion como yo sucumbiré tambien.

—Como gusteis,—constestó con frialdad el conde.

Pocos momentos despues, Rodrigo era conducido de nuevo al torreon.

Al verle entrar, Fernan corrió hácia él precipitadamente y le dijo:

—¿Qué tal os ha parecido esa dama? ¿vencísteis ó fuísteis vencido?

—Vencí,—contestó lacónicamente Rodrigo.

—Es decir, que la habeis rechazado.

—Sí.

—¿Estais en vos?

—He cumplido como mi conciencia y mi deber me mandaba.

Fernan no contestó una palabra.

Le parecia inconcebible semejante proceder, y no encontrando una sola frase á propósito para calificarle, se contentó con encogerse de hombros y murmurar mientras Rodrigo se dejaba caer en el divan.

—No tiene perdon de Dios el hombre que rechaza á una mujer tan hermosa y tan ciegamente enamorada como Zoraya.

CAPITULO XII.

Donde se demuestra que el corazon tiene tambien sus momentos de flaqueza.

I.

Pasaron algunos dias sin que los prisioneros tuviesen noticia alguna de Zoraya.

Fernan, viendo el estado de abatimiento en que su amigo se encontraba, habia omitido el hacerle pregunta alguna.

Así era, que casi ignoraba los detalles de la entrevista que este habia tenido con la dama.

Rodrigo sufria.

Tenia remordimientos, no por haber desdeñado el amor de la musulmana, sino por la suerte á que condenaba á sus amigos.

Pero el sacrificio que se le exigía era harto costoso.

Una vez dominada la impresion que la presencia de

Zoraya le habia causado, comprendia que hubiera sido un crímen monstruoso el dejarse arrastrar por el amor de aquella mujer.

El no amaba á nadie más que á Catalina.

Y este amor, se habia desarrollado en el alejamiento de ella y en medio de la soledad.

Sin embargo, si Zoraya hubiese continuado como principió, Rodrigo se hubiera visto en un compromiso extraordinario.

Porque un amor que suplica y llora, es más difícil de rechazar que un amor que exige y manda.

Además, la poderosa seduccion que emanaba de aquella mujer le hubiera concluido de fascinar y de envolver, y tal vez hubiese sucumbido.

Porque Rodrigo era hombre, y el hombre está sujeto y dominado muchas veces por sus pasiones.

Y Zoraya hablaba á la pasion con un lenguaje elocuente é irresistible.

Pero Rodrigo, como la mayor parte de los hombres, se irritaba cuando se le amenazaba con la fuerza.

Así fué que desde el momento en que la mora se puso en este terreno, el conde fué completamente dueño de sí.

Y rechazó á Zoraya, y no hubiera consentido en aquel instante en aceptar el amor de la jóven, aunque hubiese visto á sus ámigos en el mayor peligro.

Porque para él lo más bochornoso que habia, era verse obligado á ceder á la fuerza.

Mas una vez en su torreon, varió absolutamente el prisma á través del cual miraba la cuestion.

Habia sabido resistir, no le asustaban los peligros que pudiera correr; pero en cambio sus amigos no tenian culpa.

Y este pensamiento le abatia y le llenaba de dolor.

Y no se atrevia á entablar conversacion alguna con Fernan, porque temia dejar escapar su secreto y este secreto le causaba rubor.

Y así se pasaban los dias, y Fernan estaba tan inquieto por el estado del conde, como por la incertidumbre en que se encontraba, respecto á su suerte y á la de Zobeiba.

Mejor dicho, esta era la que más temores le inspiraba.

Habia dirigido algunas preguntas á los esclavos respecto á su amada; pero inútilmente, no obtuvo contestacion.

Por fin un dia se decidió.

Cuando entraron los esclavos que les servian, dijo á uno de ellos:

—Di á tu señora si me concede la honra de que pueda hablarla.

El esclavo no contestó; pero se inclinó delante de Fernan, demostrando con esta pantomima, que cumpliria su encargo.

II.

Rodrigo, al escuchar la peticion de su amigo, alzó la cabeza sobresaltado.

Fijó una mirada interrogadora en él y le dijo:

—¿Quereis ver á Zoraya?

—Es natural; ¿vamos á estar aquí toda la vida?

Rodrigo se extremeció.

Comprendia justo el deseo de Fernan y el remordimiento por ser él quien tenia la culpa, volvió á herirle con mayor fuerza.

Quiso hablar para revelar á su amigo cuanto habia pasado en aquella entrevista, para arrojarse sobre sí toda la culpa de la desgracia que sobre ellos pesaba; pero le faltaron las fuerzas.

Conténtose con contestar:

—Haceis bien.

—Ya que esa señora se obstina en permanecer silenciosa, y vos tambien, justo es que yo trate de averiguar alguna cosa.

—Teneis razon.

—¿Pero qué diablos teneis, conde?—preguntó Fernan,—jamás os he visto así, y eso que hemos atravesado juntos en el tiempo que nos conocemos por circunstancias bien difíciles.

—No tengo nada.

—¿He dejado de merecer vuestra confianza?

—No tal,—repuso vivamente Rodrigo.

—En ese caso, no comprendo vuestro sombrío silencio, ni el estado en que os hallais.

—El disgusto... La ignorancia en que estoy, acerca de nuestra suerte...

—La ignorancia no puede existir, contestó el conde, toda vez que habeis hablado con Zoraya, y que indudablemente os habrá dicho lo que piensa respecto á nosotros.

—Nada me ha dicho,—contestó Rodrigo haciendo un esfuerzo, porque le repugnaba mentir.

—Verdaderamente que es extraño.

Iba á contestar Rodrigo, y tal vez á descubrir el tanto de culpa que le alcanzaba, respecto á la suerte de sus amigos, cuando se abrió con extrépito la puerta de la torre, y Aliatar apareció en ella.

—¿Quién de vosotros desea ver á la sultana?—preguntó.

—Yo le he demandado esa gracia,—repitió Fernan.

—Ven conmigo.

—Hasta despues, dijo el conde, arrojando una última mirada sobre Rodrigo.

El disgusto de este era inmenso.

Y mucho más se aumentó cuando supo que su amigo iba á ver á Zoraya.

Reprochábase el no haber tenido confianza bastante para revelar al conde la verdadera causa de su tristeza.

Nada más natural que Fernan lo averiguase de boca de la misma dama, y doble seria la vergüenza y la confusion del conde al volverse á encontrar en presencia de su amigo.

Este, entre tanto caminaba hácia las habitaciones de la mora.

Iba asaz preocupado, porque no se le oscurecia que Rodrigo le ocultaba algo.

Y deseaba saberlo, y lo temia al mismo tiempo por si se referia á Zobeiba.

En esta disposicion penetró en la estancia de la musulmana.

III.

Zoraya estaba muy cambiada.

Una palidez extraordinaria habíase exparcido por sus mejillas.

Ese círculo morado que imprimen las lágrimas y los insomnios, rodeaba sus ojos.

Todo en ella demostraba el abatimiento y el pesar.

El desamor de Rodrigo la mataba, y ella no se quejaba de su suerte.

Ninguna de sus mujeres, ni Aliatar su capitan favorito la habian escuchado una sola queja.

Ahogaba su dolor dentro del pecho y sufria con una resignacion heróica.

Cien veces habia intentado penetrar en aquella torre, donde yacía el objeto de sus amores, y arrastrándose á sus plantas pedirle aquel amor que tan necesario era para su vida.

Pero otras tantas, su orgullo y su dignidad sublevados, lo habian impedido.

Otras veces cediendo á un impulso de generosidad, quiso ponerle en libertad; pero su amor gritaba en seguida y no la permitia concederle aquella libertad de la cual él se aprovecharía quizás para adormecerse lleno de ventura y de amor en los brazos de la mujer que le amaba.

Así era, que estas luchas que se repetian cien veces cada dia, minaban lentamente su salud.

Pero ella no lo advertia.

En medio de todo disfrutaba de una dicha extraña, inconcebible; pero que en su estado especial era una dicha sin embargo.

Rodrigo dormia bajo el mismo techo que ella.

Allí habitaba, podia verle cuando quisiera, y á ella sola pertenecia, puesto que le tenia en su poder.

Pero esta dicha no era otra, más que hija de la sublimidad de su dolor.

Fernan se quedó asombrado al verla, lo mismo que le sucedió la primera vez.

Con la diferencia que entonces su sorpresa nacia de la expléndida hermosura que ante su vista se ofrecia, y entonces lo fué por el dolor que en aquel semblante se adivinaba.

Zoraya debió comprender lo que pasaba en el corazon del caballero, porque le dijo con una triste sonrisa:

—Te sorprendes de verme, ¿no es cierto, cristiano?

—¿Estais enferma, señora, preguntó Fernan.

—Alhá lo ha querido; escrito estaba, murmuró Zoraya con esa fanática resignacion muslímica.

—¿Pero qué teneis?

—¿Y me lo preguntas? ¿Tan torpe eres que no lo adivinas, ó tan poca confianza tiene tu amigo en tí que nada te ha revelado?

—¡Señora! ..

—Yo le amaba con todo mi corazon,—suspiró Zoraya con un acento dulcísimo;—yo escuchaba anhelante tus palabras cuando me decian que Zobeiba era tu amada; yo me sonreía con las esperanzas que renacian en mi pecho, y sin embargo, tu amigo ha sido muy cruel.

—Quién sabe todavía.

—¿Qué quieres decir?—preguntó vivamente la dama, —habla, ¿te ha dicho él que vengas?

—No señora.

—Entonces, ¿á qué tratas de reanimar mi abatido espíritu? Nada me digas, déjame morir.

—Pero eso es absurdo, es criminal,—repuso Fernan con generoso arranque.—Dios no permite á sus criaturas que se abatan de ese modo.

—Lo que está escrito debe cumplirse. Escúchame, cristiano; escúchame. Un dia, estando yo en Granada y siendo niña todavía, rogó mi nodriza al sábio entre los

sábios Albou-Hacem que me dijese mi horóscopo, y ¿sabes lo que las estrellas contestaron al anciano.

—Quién hace caso de los horóscopos.

—No rechaces lo que ignoras, cristiano,—repuso con severidad la dama.—Las estrellas contestaron que seria muy desgraciada, y que entregaria mi vida por salvar la de un hombre. ¿Comprendes ahora si hablaron con verdad? Mi muerte sola podrá dar la libertad á tu amigo, porque mientras yo viva no tendré valor bastante para dejarle libre.

—¿ Y por qué no?

—Porque tu amigo ama á otra, y si yo le dejase en libertad iria á gozar en sus brazos la ventura que á mí me arrebata.

—¿Y os ha dicho que ama á otra mujer?

—Ha tenido esa crueldad.

—Pero si eso no es cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo le conozco desde que está en Castilla, y puedo aseguráros que un amor como el que suponeis, no se anida en su corazon.

—¿Estás cierto de lo que dices, cristiano?

—Si señora.

—Entonces, ¿por qué no me ama?

IV.

A esta pregunta tan sencilla y tan natural, no supo que contestar el conde.

Zoraya, cuyo semblante se habia animado al escuchar las anteriores palabras, volvió á decaer, y sus lábios murmuraron con desaliento.

—No te canses, cristiano, no te canses; no tengo más remedio que morir.

—Eso es imposible.

—¿Pero te ha mandado él?

—Os repito que nada me ha dicho.

—Entonces, ¿á qué vienes? Déjame sola.

—He venido porque deseaba hablaros.

—Yo no quiero hablar con nadie más que con él.

—Observad, señora, que sois injusta.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que en vuestro castigo, unis á los inocentes con los culpables.

—Explícate cristiano, explícate, porque no acierto á comprenderte.

—Teneis presa á la par nuestra á una dama, que no os ha hecho daño alguno.

—¿Zobeiba?

—Si señora, Zobeiba que sufrirá los rigores del cautiverio, sin haber tenido parte alguna en el amor que os ha inspirado Rodrigo.

—¿Y qué quieres para Zobeiba?

—La libertad,

—¿Y para tí?

—Para mí, participar de la suerte de mi amigo,— contestó con nobleza el conde.

—Entonces no amas á Zobeiba.

—La amo; pero en Castilla acostumbramos á anteponer siempre el deber al amor.

—¿Y qué deberes tienes tú con Rodrigo?

—Le debo la vida que él me salvó en el combate que sostuvimos con las taifas de vuestro hermano, el dia antes de que la traicion nos hiciera cautivos.

—Y te salvó Rodrigo la vida.

—Si señora.

—¡Oh! —murmuró la dama con un acento indefinible, —generoso con todos, y conmigo solo tan inexorable.

—¿Y tú no apeteces la libertad?—prosiguió poco despues.

—Si él no la obtiene, no la quiero. Sálvese Zobeiba y yo continuaré aquí.

—Zobeiba nada tiene que temer. Está en mis habitaciones. ¿No te ha dicho tu amigo nada referente á la entrevista que tuvimos?

—Nada. Ha permanecido triste y abatido, y yo me he creido en el deber de respetar su silencio.

—Yo necesito su amor, porque su amor es mi vida, y yo no quiero morir todavía. Dime cristiano, ¿son más hermosas las mujeres de tus país que nosotras?

—Las castellanas son sérias, señora; pero las musulmanas son huries, contestó con galantería Fernan.

—¿Y es muy hermosa la mujer que ama Rodrigo?

—Ya os he dicho que no ama á nadie.

—Entonces puede amarme todavía.

—Debe hacerlo.

—Es que yo no quiero que me ame por deber.

—Os amará porque sois digna de ser amada.

—Mira cristiano, díle como me has encontrado, díle que estoy muriéndome de amor como la tórtola solitaria que vaga por las umbrías, llorando su perdido compañero. Díle que en mi pecho hay amor bastante para llenar su corazon vacío, dile... Pero no le digas nada, Alhá no ha querido tocar su corazon, y la desventurada Zoraya no puede esperar placer alguno sobre la tierra.

Y concluidas estas palabras, la jóven se dejó caer sobre el mullido divan derramando un torrente de lágrimas.

Fernan respetó su dolor.

Al cabo de algunos momentos se aproximó á ella y la preguntó:

—Y de Zobeiba, ¿qué resuelves?

—Cuando Rodrigo me ame, ó cuando yo muera, podreis todos disfrutar de la libertad; entre tanto permaneced á mi lado.

Fernan se inclinó ante la dama sin contestar.

Zoraya pronunció estas palabras con un acento tan resuelto que no dejaba lugar á esperanza alguna.

CAPITULO XIII.

En que se ve que de las cosas efímeras, la felicidad es la que ménos dura.

I.

Fernan regresó completamente desesperanzado al aposento que se les habia destinado.

El conde esperó con impaciencia la llegada de su amigo.

Este fué más expontáneo que él.

Le refirió toda su conversacion con Zoraya, y al terminar le dijo:

—No sé por qué habeis engañado á esa pobre mujer.

—¡Engañarla! exclamó Rodrigo.

—Sí, diciéndole que no la amábais, porque vuestro corazon no os pertenecia, me parece que la habeis engañado.

—¿En qué os fundais amigo mio?

—¿Acaso amareis en Valladolid á doña Beatriz de Villanueva.

—Ese no ha sido amor, no ha sido más que la fascinacion de un momento.

—Razon mucho más grande en mi abono.

—¿Por qué?

—Porque no amando á esa dama, ignoro á quién podais amar.

—Y sin embargo, ese amor existe.

—¿Pero hácia quién?

—¿Os acordais la noche que hicimos nuestro conocimiento, Fernan?

—Acuérdome de ella, como de uno de los acontecimientos más notables de mi vida.

—Pues de aquella noche data mi amor.

—¿Hácia quién?

—¿Os acordais de aquella litera que fuimos escoltando hasta la casa de su dueña.

—Por mi fé que no habia caido en ello. ¿Amais á doña Catalina de Silva?

—Ignoro si la amo; pero su imágen no se aparta de mi pensamiento, y esa imágen castísima y ese puro recuerdo no dejan lugar ni espacio en mi corazon para otros amores.

—Pero sabeis si ella os ama?

—Lo presumo.

—¿Hablasteis con ella despues de aquella noche?

—Una vez sola.

—¿Dónde?

—¿No os dije que su hermano estuvo á darme gracias por el pequeño servicio hecho á su hermana, y á invitarme para que fuera á su casa?

—Ahora lo recuerdo. ¿Y fuisteis?

—Un dia solo.

—¿Y hablasteis con doña Catalina?

—Ella sola me recibió; pero estaba tan turbada, tan confusa que apenas pudimos cambiar tres palabras.

—¿Y despues?

—Despues, su hermano que trató como sabeis, aunque inútilmente, de atraerme á su bando, se tornó de repente sério y hasta descortés conmigo, y no volví á su casa.

—¿De modo que ignorais los sentimientos que doña Catalina abriga hácia vos?

—Los ignoro, porque cuantos pasos dí entonces para verla y hablarla, no produjeron resultado alguno. Ignoro dónde se fué, ó qué hizo de ella su hermano.

—Y es posible que por semejante sueño, porque no de otra manera puedo calificarlo, desdeñeis un amor real y positivo, un amor que puede y debe enorgullecer á un hombre. ¡Por Dios vivo! que no os conozco D. Rodrigo.

—¿Quereis que os diga una cosa?

—Hablad.

—Yo no rechazo el amor de Zoraya, no puedo explicaros lo que siento; pero hay instantes en que si la viera ante mis ojos me precipitaria á sus plantas suspirando

de amor y de felicidad, mientras que otras por el contrario, me parece que la aborrezco.

II.

Lo que Rodrigo decia era la verdad.

Lo que sentia, era únicamente el fenómeno especial de los dos sentimientos que en su corazon luchaban.

En el organismo humano existen dos fuerzas extrañas, misteriosas y de una fuerza casi igual, que luchan y luchan sin que ninguna de ellas obtenga jamás una ventaja positiva.

Estas dos fuerzas son la pasion y el sentimiento, es decir, el alma y la materia, el espiritualísmo y el materialísmo.

El sentimiento hijo del alma, exhalacion de ese átomo de la divinidad encerrado en un cuerpo de barro, pugna constantemente por aproximarse á la divinidad de quien emana.

La pasion hija exclusivamente del cuerpo, chispa eléctrica que brota del choque de las dos encontradas sensaciones, que fascina la vista y ofusca el entendimiento, atrae constantemente al hombre hácia la tierra centro de gravedad de la materia.

Lo que Rodrigo sentia por Catalina, era el sentimiento purísimo del amor.

Lo que experimentaba por Zoraya, era la sensacion punzante de la voluptuosidad, la pasion ardiente de la materia.

Y el sentimiento y la pasion luchaban en el organismo del conde con una fuerza extraordinaria.

Y ora era vencido el sentimiento, ora se alzaba este vencedor de la pasion.

Y de aquí nacia que en determinados momentos aborreciese á la musulmana, mientras que en otros se creia que la amaba.

Rodrigo no podia explicarse esto.

No podia definir la causa de aquellas luchas que en sí mismo estaban sosteniéndose, y esto, unido al disgusto que le causaba la situacion en que estaban colocados sus amigos, le producia el mal estar que en él advertia su amigo.

Fernan quedó asombrado al escuchar la revelacion que su amigo le hizo.

Durante algunos segundos permaneció silencioso, hasta que por fin le dijo:

—¿Y por qué en uno de esos momentos en que creis que amais á Zoraya, no habeis corrido á buscarla y á poner término á esta situacion?

—Porque temo que al estar en su presencia, quizá se alce en mi pecho esa otra voz que grita en favor de Catalina y me vea obligado otra vez á ser cruel.

—Y por cierto que bastante lo habeis sido.

—¿Os ha referido acaso?..

—Antes de que ella me dijese nada, adiviné el estado en que se hallaba por su triste aspecto.

—¿Qué decís?

—Digo, amigo mio, sin que esto sea haceros un cargo, que Zoraya se muere si vuestro amor no la salva.

—¡Fernan! ¿Estais en vos?

—Hace algunos dias que la ví, y al entrar hoy en su aposento os aseguro que me he quedado suspenso, pues la desconocia casi.

—¿Tanto ha sufrido?

—Mucho.

Y entonces Fernan se puso á referir á su amigo todo cuanto habia mediado en la entrevista que acababa de tener con la dama.

III.

Conforme iba hablando Fernan, iba operándose en Rodrigo una trasformacion completa.

Cuando concluyó le dijo:

—¿Y está resuelta á morir?

—Lo está, pues sabeis lo que es el fatalismo entre esta gente. Abriga la conviccion de que estaba escrito, y se dejará morir gustosa y satisfecha, ciegamente convencida de que tal era su suerte.

—Pero si yo no la amo,—repuso Rodrigo luchando con la pasion que principiaba á arrastrarle.

—Pues descontentadizo sois por vida mia: Zoraya es

de aquellas mujeres que reunen todas las condiciones necesarias para llenar de placer la existencia de un hombre, y os juro por quien soy, que á hallarme en vuestro caso no anduviera con tantos escrúpulos.

—¿Pero y Catalina?

—Sabeis acaso si se acuerda de vos, ó si su hermano la habrá obligado á casarse con cualquier noble de su bando?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque hay una voz en mi corazon que me dice que me ama y que me espera.

—¿Y por escuchar esa voz dejais morir á una pobre mujer, cuyo verdugo sois vos solamente?

—No, no.

—Entonces, decidios. ¡Diablo! pareceis un escolar á quien es preciso empujar para que camine derecho. El amor entra poco á poco, si hoy no la amais, ya la amareis despues.

—Pero la engañaria.

—Engaño que podria devolverle la vida, creo en mi ánima que seria engaño muy caritativo.

—Bien, bien, Fernan, lo pensaré.

—¿Aún necesitais pensarlo? Vamos, haced lo que gusteis, no insistiré más.

Y calló el de Fuente de Cantos, y en todo el di volvió á hablar á su amigo sobre el particular.

Al dia inmediato no habia resuelto nada Rodrigo

cuando Aliatar penetrando en la estancia y dirigiéndose á él, le dijo:

—Sígueme, cristiano. La sultana quiere hablarte.

Rodrigo palideció de una manera intensa, y salió despues de haber arrojado una mirada desesperada sobre su amigo.

Zoraya le esperaba en la misma cámara donde el dia anterior recibió á Fernan.

El mal que la consumia, hacia rápidos progresos y su palidez y su agitacion eran mucho mayores.

Sin embargo, al aparecer Rodrigo en la puerta pareció concentrar toda la vida en su mirada, porque tan ardiente, tan poderosa fué, que el caballero no pudo ménos de cerrar los ojos al sentir aquella vivísima irradiacion.

Adelantóse hácia ella y la dijo:

—Me habeis mandado llamar, señora.

—Sí, contestó Zoraya con voz dulcísima; te he mandado llamar, porque siento que la vida se me acaba por momentos y quiero verte junto á mí.

—Quien habla de morir, cuando la vida se os ofrece llena de atractivos y de placeres.

—Calla, no hables así Rodrigo. No sabes tú que para mí el único atractivo que existe es tu amor, y mi único placer el que este pudiera proporcionarme. Pero tú no me amas, tú no quieres tener piedad de la pobre mujer que te ofrece todo su amor en cambio de una parte del tuyo. ¡Cómo ha de ser! ¡Alhá, lo quiere! Siéntate aquí,

cerca dc mí, donde yo pueda contemplarte y donde puedan llegar hasta mí más claros tus acentos: no desoigas mi súplica; si pudieras comprender cuanto sufro... y ya lo ves, me sonrio porque no quiero causarte disgusto hablándote de mis sufrimientos. ¿Qué tienes? te incomoda el estar cerca de mí: ten paciencia; poco tiempo me queda ya de vida y mi muerte te dará la libertad y la ventura, porque podrás irte á vivir al lado de esa mujer á quien amas. Háblame de ella; de esa manera entretendrás mejor el tiempo; háblame de ella sin reparo alguno; al ménos de ese modo podré escuchar tu voz.

IV.

Rodrigo se encontraba aturdido.

El nuevo aspecto bajo el que aquella mujer se le presentaba; el estado de postracion en que la veia, y postracion producida por el amor que le profesaba, impresionáronle de tal modo que no acertaba á articular una frase.

Habíase aproximado á la jóven: estaba sentado cerca de ella, le acariciaban sus miradas; su perfumado aliento llegaba hasta él, y la mano de Zoraya habia rozado aunque ligeramente su mano.

Y aquellas pupilas brillantes por el ardor de la fiebre, aquel aliento abrasador, y aquella mano que quemaba, acababan de trastornar al caballero.

Comprendia que era necesario que hablase y no podia hacerlo.

Sus ojos únicamente fijos en el rostro de Zoraya, no acertaban á separarse de él.

La musulmana prosiguió al cabo de algunos segundos.

—¿Te has propuesto acaso no hablarme? tanto te he ofendido que no quieres tener piedad de mí? ¿no te he dicho que te olvides de que soy yo quien te escucho, yo la mujer que te ama con locura y me hables de la mujer á quien amas? ¿Dí, Rodrigo, es muy bella? ¿es más bella que yo?

—Esa mujer no existe, contestó Rodrigo por fin haciendo un esfuerzo?

—¿Qué has dicho.

—Que esa mujer á quien aludís, esa mujer de quien os hablé un dia, no ha existido nunca.

Al escuchar estas palabras Zoraya, que ya se habia incorporado á la primera negativa, acabóse de levantar y una reaccion súbita se operó en ella.

Coloreáronse sus mejillas y destellaron sus ojos un fulgor irresistible.

Apoyó entrambas manos en los hombros de Rodrigo, y mirándole fijamente le dijo con voz opaca.

—Por tu vida, Rodrigo, repíteme que esa mujer no existe; díme que todo aquello no fué más que una ficcion tuya; díme que tu corazon no pertenece á ninguna mujer; déjame entrever la esperanza de que algun dia podrás ser mio· habla, hablame por piedad.

—Pues bien, señora, os lo repito, esa mujer no existe. Desde que estoy en Castilla no he amado á nadie.

Rodrigo decia la verdad en aquel momento.

Su pasion poderosamente excitada por la pasion de la dama, ahogó el purísimo sentimiento que sintetizaba el amor de doña Catalina, y avasallando por completo su corazon le impulsaba con una fuerza irresistible hácia aquella mujer.

—¡Oh! ¡bendito seas Rodrigo!—exclamó con efusion. ¿Con que me habias engañado? pues si tu corazon no pertenece á nadie, tu corazon es mio, sí, mio, y lo será siempre. ¿Qué puedes apetecer que yo no me encuentre dispuesta á concederte? ¿Cuál puede ser tu ambicion? gloria, cariño, riquezas, todo lo encontrarás aquí. Las cristianas solo saben amar á medias: nada sacrifican al hombre amado. Las mujeres de mi raza, por el contrario, amamos con locura y aborrecemos con frenesí. Ardientes como el sol que cobija nuestra cuna, nuestras pasiones abrasan, enloquecen, todo lo arrostramos por el hombre amado, y no vacilamos ante nada. ¿Qué sacrificio exiges de mí? ¿qué necesitas en cambio de tu amor? ¿ambicionas gloria? ambicionas renombre? Yo seria capáz de ir á Granada, yo la sultana Zoraya seria capáz de derribar del trono á Ebn-Ostman para darte su trono. ¿Necesitas amor? cuanto quieras, cuanto tu ambicioso corazon aspire, cuanto en tu fantasía hayas soñado, más aún se alberga en mi corazon. ¿Quieres riquezas? aquí encerradas en mi castillo, escondidas en búcaros de piedra,

encerradas en cofres de oro guardo ajorcas de brillantes y brazaletes de perlas y cintillos de rubíes bastantes para comprar un reino. Hablame, por piedad, Rodrigo, que por el Santo Profeta te juro que no tu señora, no tu amada, sino tu sierva humilde seré, si así es tu capricho.

El conde estaba aturdido.

Aquella explosion inmensa le enloqueció en tales términos que no pudo ménos de caer de rodillas á los piés de la dama, murmurando con trémulo acento.

—¡Amor es lo único que necesito!

La expresion que tomó el semblante de Zoraya al escuchar estas palabras, fué completamente indescribible.

Todo el placer del alma en sus más delicados colores, en sus tintas más purísimas y en sus más santas emociones, se reflejó en aquel rostro, momentos antes tan bello; pero tan triste y tan abatido.

La pasion más ardiente, abrasadora y poderosa brilló en sus ojos, cuyas irresistibles irradiaciones acababan de enloquecer al caballero.

Uno de esos coloquios, largos, tiernos é interminables se siguió á aquellas palabras.

V.

Zoraya tenia razon.

Su corazon atesoraba un caudal tan infinito de amor que pasaron muchos dias en aquel vértigo de punzantes sensaciones, y de abrasadoras caricias.

Rodrigo habia olvidado completamente á Valladolid, á sus amigos, á todo el mundo, porque no vivia más que para aquella mujer que llenaba por completo su alma.

Pero como toda situacion extrema tiene su reaccion en sentido contrario, llegó un dia en que se presentó de una manera alarmante.

Zoraya habia vuelto á recobrar su belleza.

El amor la habia aumentado, y Fernan cada dia estaba más admirado de aquel cambio.

Rodrigo que parecia feliz y satisfecho, que habia llegado hasta olvidarse de que Zobeiba y Fernan esperaban su libertad, se tornó de repente, sombrío, cabizbajo y triste.

Pero su tristeza se la ocultaba á Zoraya.

Unicamente en las soledades de su cámara era donde el abatimiento y el hastío aparecian con gráficos caracteres estampados en su rostro.

Fernan advirtió este cambio.

Y como consecuencia de ello le interrogó con su habitual franqueza.

Pero ni aun Rodrigo mismo podia definir la causa de él.

Era una mezcla de deseos extraños, de hastío, de repugnancia y de ambiciones insensatas que no se la podian explicar.

Sin embargo, poco á poco fué dándole forma á sus ideas, fué precisando, aunque con alguna lentitud su ver-

dadero estado, y este era que la pasion que le habia arrastrado durante algun tiempo, principiaba á debilitarse y se enseñoreaba sobre ella el puro sentimiento del amor de Catalina.

Caíasele encima, y permítasenos esta frase tan vulgar, el castillo, y el amor de la sultana principiaba á cansarle.

En este estado y deshecho ya el encanto que durante algun tiempo cubriera sus ojos, recordó que Zobeiba y Fernan permanecian encerrados allí, y que él debia darles libertad.

En su consecuencia, habló á Zoraya, y esta, para quien el amor de Rodrigo era el todo, y que nada más que á él necesitaba, no titubeó un momento en acceder á su peticion, máxime cuando de ella misma nació un dia el decir, que hasta que Rodrigo la amase, sufrirían la misma suerte de él.

CAPITULO XIV.

El abandono de Rodrigo.—La desesperacion de Zoraya.

I.

Obtenida ya la venia de la sultana para la libertad de sus amigos, dirigióse Rodrigo un dia al conde de Fuente de Cantos, y le dijo:

—Amigo mio, podeis disponer vuestra partida para cuando mejor os plazca.

—¿Cómo?

—Durante mucho tiempo envuelto en la atmósfera de fuego que Zoraya describia en torno mio, me he olvidado de la deuda solemne que tenia contraida con vos. Hoy ya es otra cosa.

—Veo que habeis despertado muy pronto, don Rodrigo, y me duele en el alma, tanto el sufrimiento que debeis tener, cuanto la desesperacion que vais á arrojar

dentro de poco en el corazon de esa desgraciada criatura.

—Fatalidad ha sido que ambos nos hayamos encontrado.

—¿Y qué pensais hacer?

—¿Lo sé yo acaso?

—Creo que debierais pensarlo.

—Os aseguro Fernan que tengo hasta miedo de pensar: permanecer aquí es imposible, porque me ahogo en medio de esta atmósfera, porque temo á cada momento que advierta Zoraya en la frialdad de mis miradas y en la tibieza de mi acento lo que está pasando en mi corazon.

—En ese caso no queda más recurso que huir.

—¡Huir! ¿y de qué manera?

—Lo ignoro; pero es el único remedio que hay.

—Ya sabeis que los guardias tienen una vigilancia muy estrecha; que desconocemos completamente el terreno en que nos hallamos; que no tenemos recurso alguno con que poder contar, y que por todas partes tenemos imposibilitada la fuga.

—Pues ello hay que ver como se hace, porque es el único medio que os queda, en vuestra fuga puede conservar esa desdichada algun resto de esperanza; en vuestra tibieza, hallaria la desesperacion.

—Es cierto.

—Permitid, amigo mio, ¿no habeis hablado de mi libertad?

—Sí.

—¿Y es ya cosa resuelta?

—Lo es, y perdonadme que no haya caido antes en ello.

—Quizás haya sido un bién ese olvido.

—¿Por qué?

—Porque marchándome ahora, cuando ya la desilusion se ha apoderado de vos, puedo serviros mucho.

—No comprendo....

—Imaginaos que yo marcho de aquí dentro de uno ó dos dias. En primer lugar debo orientarme acerca del camino que he de seguir, y por lo tanto, conocer el lugar en que se halla este castillo.

—¿Y despues?

—Despues, regresaré aquí nuevamente; recorreré estas cercanías y con la ayuda de Dios encontraré un medio para que os escapeis.

—Gracias, amigo mio, gracias,—exclamó Rodrigo con efusion, estrechando entre las suyas los manos del conde.

—¿Os agrada el plan?

—Sí; pero, ¿y Zobeiba?

—Zobeiba la dejaré en el primer convento que encuentre en el camino y allí esperará el resultado de nuestra empresa.

—Pero, ¿cómo sabré yo cuando habreis llegado, y de qué medio nos valdremos para podernos entender?

—Poned todas las noches á las doce una luz en la

ventana del torreon, y abridla bien, que ya encontraré yo medio de que recibais noticias mias.

—Descuidad, que así lo haré.

II.

Pocos dias despues, Fernan y Zobeiba, acompañados por algunos soldados infieles vestidos á la usanza castellana, abandonaron el castillo.

Rodrigo esperaba con impaciencia el aviso de Fernan.

Pero pasaron algunos dias; volvieron los soldados al castillo diciendo que habian dejado al conde y á Zobeiba cerca de Valladolid, y Rodrigo se impacientaba haciendo esfuerzos inmensos para ocultar á Zoraya el verdadero estado de su corazon.

Entretanto en el interior del castillo reinaba una fermentacion extraña, que Zoraya no veia porque no tenia ojos más que para contemplar al conde de Právia.

Las taifas musulmanas que la jóven tenia allí, estaban formadas por gente bravía, fanática y montaráz, que aborrecian de muerte á los cristianos, y que si alguno escapaba con vida de sus manos, era solo merced al cuantioso rescate que satisfacia.

Fernan, de quien sospechaban era rico y poderoso en su país, habia salido del castillo, sin que á ellos se les entregase la parte que en su rescate les correspondia.

Además, el otro caballero, Rodrigo, andaba por el castillo con demasiada libertad, con demasiada franqueza y aún se murmuraba que la sultana le concedia preferencia, que hasta entonces habia negado á sus más valientes capitanes.

Ellos habian hecho prisioneros para obtener un buen rescate, no para dejarlos libres quedándose ellos sin utilidad alguna.

Así era, que el interés y el fanatismo aguijoneándoles cada uno por un lado, tenia á los soldados islamitas en un estado que de un momento á otro podia trocarse en completa rebelion.

Zoraya tenia contrarios entre sus mismos siervos.

Varios capitanes estaban envidiosos de su audacia y de su poder, y ellos eran los que más atizaban el fuego que ardia en las taifas.

Pero la mayoría admiraba y respetaba á la sultana, tanto por su régia estirpe, cuanto por las relevantes prendas que poseia.

III.

Un dia penetró Aliatar en el aposento de su señora.

El semblante del moro expresaba una inquietud y una zozobra que no se esforzaba en disimular, y que fué inmediatamente advertida por la sultana.

Rodrigo se hallaba á la sazon en su aposento.

El capitan infiel habia esperado aquel momento para hablar con su señora.

—¿Qué te acongoja, Aliatar? preguntó esta con interés; ¿de qué proviene la inquietud que revela tu semblante? Habla, ¿qué nuevas me traes?

—Poderosa sultana, pluguiera á Alhá que mi lábio fuera portador de buenas nuevas; pero no lo quiere y fuerza es resignarnos.

—¿Qué quieres decir? Por el santo Profeta que me has puesto en cuidado y necesito que hables al momento.

—Mucha prisa tienes en conocer la desgracia.

—¡La desgracia! Explícate walí, explícate por tu vida.

—¡Mi vida! Quiera el cielo que pueda serte útil sacrificándola por tí.

—¿Pero por qué has de sacrificar tu vida?—preguntó Zoraya cada vez más sorprendida.

—Porque el peligr o amenaza.

—¡Peligro! ¿Para quién?

—No tengas miedo sultana; no es al walí cristiano á quien ese peligro amenaza en primer término.

—¿Pues á quién entónces?

—A tí.

—¡A mí! no te comprendo: acaso mis taifas y mis soldados berberiscos no han sabido defender siempre á su señora.

—Es que el peligro viene de tus mismos soldados.

—Habla.

—Un cristiano ha salido del castillo puesto en libertad por tí, y ese cristiano valia algunos cientos de *Enriques* (1) de oro.

—Y desde cuando no soy yo dueña de poner en libertad á quien mejor me parezca. ¿Necesito ácaso permiso de mis soldados?

—Tú les has acostumbrado á darles cuenta de todo, y hoy se quejan porque has faltado á la costumbre.

—¿Y qué peligro es el que amenaza?

—Tus taifas sobrescitadas, descontentas y á duras penas podemos contenerlas los más fieles de tus capitanes.

¿Y por eso solo están á punto de sublevarse mis soldados?

—Existe además otra razon.

—Dí cual es.

—Se quejan de que has entregado tu corazon á un infiel, y tú, que como digna descendiente de una raza de poderosos creyentes abrigabas hácia el nombre cristiano un odio inestinguible, has cometido doble crímen amando á ese hombre.

—¿Y se atreven mis soldados á censurar las acciones de su dueña? Por la Santa Kaaba que han de pagar cara su osadía.

---

(1) Moneda castellana.

El rostro de Zoraya se habia trasformado en el momento de pronunciar estas palabras.

Toda la indómita fiereza de su raza, toda la colérica energía de aquella mujer, educada por decirlo así entre las fragosidades de aquella montaña y en medio de los horrores de la guerra, retratándose en su rostro, le daban un aspecto bravío y terrible, capáz de imponer al más osado.

Aliatar la contempló breves segundos con admiracion, hasta que le dijo por fin:

—Paréceme sultana que te exaltas demasiado.

—Acaso no tengo motivos.

—No los niego; pero si tú me lo permitieras me atreveria á darte un consejo, hijo de la fidelidad, que siempre te he demostrado.

—Habla, Aliatar; habla, ya sabes que eres el primero de mis walíes, y en quien tengo depositada toda mi confianza.

—Si me creyeses, transigirías con esas taifas próximas á la rebelion.

—¿Y por qué transigir? ¿por qué ceder?

—Porque si las castigases, su odio más terrible, más vengativo, caeria sobre el walí cristiano á quien has entregado tu corazon.

—¡Oh! no,—exclamó precipitadamente y con inquieta voz la sultana.

—Pues bien, para evitar eso vale más que reunas á tu gente, como lo hacias en otro tiempo, y que repartas

entre tus soldados la cantidad que estimes conveniente por su rescate.

Zoraya quedó algunos momentos pensativa, y al cabo de ellos alzó la cabeza diciendo:

—Está bien; reune las taifas en la plataforma del castillo que voy á hablar con ellas. ¿Pero qué quiere decir eso? preguntó de repente, frunciendo sus espesas cejas al escuchar una tremenda griteria que parecia exhalarse de los patios de la fortaleza.

Aliatar palideció, y prestando alguna atencion repuso.

—Eso indica sultana, que ha venido tarde tu decision: la rebelion que cundia entre los moros ha estallado, y ruega á Alhá que no pasen de gritos y de amenazas.

—¿Le amenaza algun peligro al conde?—preguntó con inquietud Zoraya.

—Lo ignoro. Voy á saber lo que ocurre.

Pero al mismo tiempo que Aliatar iba á lanzarse fuera de la estancia, Rodrigo apareció en ella.

—Zoraya gritó al entrar, dispon que me devuelvan mis armas inmediatamente, ya que esos miserables piden mi vida; juro á Dios, que caro ha de costarles el tomarla.

—¿Qué quieres decir, Rodrigo?—exclamó la dama.

—Que tú te has comprometido por mi amor: que tus soldados te acusan y me acusan, y que ahora mismo acabo de verlos en la plataforma, fijando miradas amenazadoras en el torreon, y pronunciando amenazas de muerte.

—¡Sultana!—exclamó Aliatar entrando precipitadamente en la estancia.—Creo que los amotinados se dirigen hácia aquí.

—¡Pronto, mis armas!—gritó Rodrigo.

—Entra en ese aposento y elige cuanto quieras,—contestóle Zoraya, y dirigiéndose despues á Aliatar, continuó:—Tú, mi buen Aliatar, reune los soldados que nos quedan fieles y sube con ellos.

El musulman salió inmediatamente de la estancia.

IV.

Pocos momentos habian trascurrido; cuando Rodrigo armado de todas armas, y blandiendo una enorme maza aparecia ante la vista de Zoraya, á quien le dijo:

—Hé ahí uno de los peligros que yo temia, y de mis razones para evitar que nuestros amores fuesen conocidos de esa gente.

—¿Y qué me importaria morir, si ya he sido dichosa algunos dias?—repuso Zoraya fijando una mirada enamorada en su amante.

En aquel momento sintiéronse más proximas las voces de los amotinados, y Rodrigo se aproximó á la jóven como si tratara de defenderla.

Pero esta, rechazándole dulcemente, le dijo:

—No tengas miedo por mí: permanece tranquilo y no pronuncies una sola frase. Yo conozco mucho á mis soldados, y verás como los domino.

En aquel momento Aliatar seguido de algunos berberiscos y de un número bastante crecido de oficiales, penetró en la cámara diciendo:

—Aguardamos tus órdenes, sultana.

—Permaneced quietos y no hagais más que lo que yo ordene.

Pocos instantes despues, los gritos se sintieron más cerca, hasta que por fin, un peloton que gritaba: «¡Muera el cristiano!» se presentó en el aposento.

Zoraya estaba inmóvil en medio de él.

Cruzóse de brazos, fijó una mirada terriblemente dominadora en aquella multitud que entraba braveando y con una voz que hacia desconocer por completo el acento dulce, melodioso y acariciador que constantemente tenia exclamó:

—¡Atrás, miserables!

Una cosa extraña pasó entre aquellas turbas.

Algunos de los indivíduos que las componian trataron de dar un paso hácia adelante, obligando á Rodrigo á que de un salto fuera á ponerse delante de la dama.

Pero esta, rechazándole con suavidad sin perder su actitud atrevida y enérgica, dió algunos pasos hácia los amotinados, que fascinados y llenos de supersticioso temor fueron retrocediendo conforme avanzaba ella.

Cuando estuvieron cerca de la puerta, Zoraya gritó con voz sonante.

—Quieto todo el mundo:

Detuviéronse aquellos hombres, y entonces les dijo su dueña.

—Hablad, ahora. ¿Qué quereis?

Toda aquella multitud tan atrevida pocos momentos antes, principió á titubear y no supo qué decir.

Zoraya hizo un movimiento de impaciencia y volvió nuevamente á preguntar.

—¿No habeis oido?

Entonces adelantáronse dos ó tres de ellos, y uno tomó la palabra diciendo:

—Sultana, perdona si te hemos ofendido, aunque no era á tí á quien amenazábamos.

—¿Pues á quién entonces? preguntó con altivez la dama.

—A ese maldecido cristiano que te ha hechizado con sus malos artes, hasta el punto de que dejes marchar á su compañero sin que nos haya pagado el rescate que nos debia.

—¿Y es eso todo?

—Sí.

—Y cuanto quereis por el cristiano que se ha marchado y por el que queda.

—Lo que tú dispongas.

—Está bien; retiraos y el walí Aliatar os dará mis órdenes

Los moros obedientes á aquella voz tan acostumbrada á mandarles, cedieron inmediatamente y aquella rebelion que de tan poderosa manera habia principiado, quedó extinguida por entonces.

Zoraya llamó á Aliatar, le entregó algunos cientos de monedas de oro, y le dijo:

—Toma; averigua quienes han sido los instigadores de ese motin, y castiga sin piedad.

—Apenas quedaron solos Rodrigo y la sultana, dijo aquel.

—Zoraya, necesario es que hablemos con calma y que nos ocupemos de la situacion en que nos hemos colocado.

—Habla Rodrigo,—repuso la dama con apasionado acento.—Ya sabes cuanto placer me causan tus palabras.

—El motin que ha estallado hoy puede muy facilmente reproducirse mañana.

—No tengas miedo.

—Bien sabe Dios que jamás lo he sentido, y que hoy tampoco lo siento por mí.

—¿Por quién entonces?

—Por tí.

—¿Y qué temes? no les he dado ya el dinero de vuestro rescate.

—Es que el motin de hoy no encierra solo el pensamiento del dinero, encierra un pensamiento de más trascendencia: está atizado por el odio de dos razas;es el fanatismo musulman el que grita, no el interés del hombre codicioso.

—No te comprendo.

—Hoy se han contentado porque has cedido á darles el dinero; mañana pedirán mi cabeza...

—¡Rodrigo!

—Y como tú no se la entregarás, los dos sucumbiremos ante la fuerza de esas taifas rebeldes.

—No hables así.

—Esta es la verdadera situacion en que nos hallamos, situacion que por ningun estilo debemos desconocer.

—¿Y qué medio encuentras para salir de ella?

—Separar de tí el objeto que atrae sobre tu cabeza la cólera de tus soldados.

—¡No te comprendo!

—Puesto que has pagado mi rescate, déjame libre.

—¡Separarme de tí! separarme de tí que eres mi vida Rodrigo: ¡imposible!—exclamó Zoraya con exaltacion. —Venga la muerte en buen hora, y la recibiré gustosa escudándote con mi cuerpo. Dar mi vida por tí, esa es mi única ambicion.

Rodrigo conoció que le seria completamente imposible obtener de la jóven la libertad que ambicionaba.

V.

Aquella noche, como todas las anteriores, puso la luz en su ventana esperando con impaciencia una señal de su amigo.

Principiaba ya á desesperanzar de recibirla, cuando un ligero ruido que sintió dentro de la estancia y un

débil silvido que le precedió, hiciéronle volver la cabeza en la direccion que habia sonado.

Una ballesta lanzada por una mano vigorosa y muy ejercitada, habia penetrado por el ajimez, yéndose á clavar en la puerta que frente á él habia.

Una exclamacion de alegría se exhaló de los lábios de Rodrigo.

Apoderóse de ella y vió un pergamino atado al hierro.

Leyólo con avidez y su semblante resplandeció de alegría.

Aquel pergamino era de Fernan.

En él le daba todas las explicaciones y los medios de que habia de valerse para su evasion, fijándola para dentro de tres dias.

Fernan le avisaba tambien que habia traido consigo á Fernando y que un peloton de lanzas les aguardaba en las fronteras, que no se hallaban muy distantes de aquel lugar.

Con vivísima impaciencia ocupóse el conde en hacer los preparativos necesarios para su fuga.

Dejó escrito un pergamino para Zoraya, en el cual la decia que abandonaba el castillo por no exponerla á los peligros que ya la indicara, y encomendándose á su santo patron, se descolgó merced al auxilio de una cuerda que pudo proporcionarse, y pocos momentos despues abrazaba á sus amigos que le esperaban llenos de inquietud.

A corta distancia de Valladolid, supo el torneo que se preparaba y siguiendo el espíritu caballeresco de su época, decidió hacer su entrada en la córte por medio de un hecho de armas que añadiera un quilate más á su reconocido valor y destreza.

CAPITULO XV.

Qué hizo Zoraya despues de la evasion del conde.

I.

La desaparicion de Rodrigo quedó envuelta en el más profundo misterio.

Al dia inmediato, sorprendida de no verle aparecer como de costumbre, llamó á uno de sus esclavos dándole órden de que inmediatamente condujese á su presencia al caballero cristiano.

Pocos momentos despues la anunciaba el esclavo que no le habia encontrado en el torreon, ni que nadie le habia visto por el castillo.

Un presentimiento terrible oprimió el corazon de Zoraya.

Dominóse, sin embargo, y algunos minutos despues se dirigió hácia el torreon que habitara el conde.

Una vez en él, lo primero que hirió su vista fué el pergamino.

Desarrollólo con temblorosa mano, lo leyó con turbada vista, y un grito ronco, inarticulado, uno de esos gritos que revelan un dolor inmenso y una desesperacion sin límites, se exhaló de su garganta contraida.

Largo rato permaneció en aquella estancia.

Torrentes de lágrimas se escaparon de sus ojos y tristísimos sollozos brotaron de su pecho.

Cuando hubo desahogado en parte su pesar, levantóse del divan en que se habia dejado caer y abandonó el torreon, pálida, con el corazon destrozado; pero tranquila y serena en la apariencia.

Una vez en sus habitaciones, mandó buscar á Aliatar.

El walí acudió inmediatamente á su llamamiento.

—Aliatar,—le dijo inmediatamente que le vió,—ahora más que nunca necesito de toda tu lealtad.

—Harto sabes, sultana, que puedes contar con ella.

—Sabes lo que ocurre...

—No.

—Que el conde se ha fugado esta noche.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del musulman, que contestó inmediatamente con acento en que no se traslucía más que la sorpresa.

—¿Qué estás diciendo, sultana?

—Lo que oyes. Alhá, sin duda, ha querido proteger su fuga y ha llenado de amargura mi corazon.

—¿Y para qué te sirve mi lealtad en este caso?

—Escúchame y lo sabrás.

—Habla.

—Tú sabes que ese cristiano era mi vida: en él, la habia concentrado toda entera y al partirse de aquí, me ha dejado la muerte. Yo quiero ir á buscarle.

—¡Sultana!

—He formado esa resolucion, é inútil será cuanto me digas.

—¿Y dónde quieres ir?

—A Valladolid, y tú me has de acompañar.

—¿Ir yo á la córte del monarca castellano?—exclamó Aliatar, brillando en sus ojos un resplandor terrible.

—¿Y por qué nó?

—No me hagas caso, sultana,—repuso Aliatar dominándose,—¿cuándo quieres que marchemos?

—Cuando vuelva un mensajero que voy á mandar hoy mismo al rey de Granada.

—¿Y quién más te ha de acompañar?

—Zaida mi nodriza y ocho hombres de toda tu confianza, que hablen perfectamente el castellano y que puedan pasar por escuderos de nuestra casa.

—Está bien.

—¿Conoces á alguien en Valladolid?

—En la guardia morisca del rey, debo conocer á algunos soldados y especialmente á su alférez, que es un judío converso á quien conocí en otro tiempo en Granada, y que hoy se llama Diego de Villanueva.

—¿Y á nadie más?

—Conozco á otro, pero ese no puede servirme de nada,—contestó con acento lúgubre el walí.

—Con ese alférez nos basta para adquirir las noticias que necesitamos.

Aquel mismo dia, en cumplimiento de lo que habia dispuesto Zoraya, partió para la córte de Mahomet-Ebn-Ostman un adalid, portador de una *gacela* para el rey.

En ella le decia la sultana su resolucion de pasar á la córte de Castilla, y que durante su ausencia quedaria uno de sus mejores walíes encargado de la alcaidía.

Mahomet, que amaba mucho á su parienta, no titubeó en concederla el permiso que demandaba, y algunos dias despues recibia esta al adalid con la contestacion del rey.

Inmediatamente dispuso su viaje.

II.

Pocos dias despues de estos sucesos, penetraba por una de las puertas de Valladolid una litera tirada por dos robustas caballerías, y á cuya portezuela iba un caballero cubierto de un brillante arnés, al que seguian dos escuderos, que cerraban la comitiva. Así que entraron en la ciudad, el caballero se acercó al jayan que cuidaba de las bestias, y le dijo:

—Guia al meson de maese Nicudemus.

El villano se le quedó mirando con sorpresa, y al cabo de algunos momentos se aventuró á decirle:

—Señor, ¿habeis dicho al meson de maese Nicudemus? ¿pues no estarian mejor vuesas mercedes en el del *Moro coronado* ó en el del *Ciervo Real?*

—¿Quién te manda hablar sin que te pregunten?—le dijo el caballero con voz de trueno:—¡guia y calla!

Se santiguó devotamente el buen jayan, y con la cabeza baja tornó á agarrar del ronzal á sus mulas, y se dió á guiarlas por las calles de la régia villa.

Y en verdad que tenia razon para asombrarse y santiguarse.

III.

La casa de maese Nicudemus tenia la peor fama que habia en el mundo. Se contaban cosas horribles de ella. Se hablaba de orgías desenfrenadas, que tenian lugar en las altas horas de la noche.

Se habian oido las blasfemias y juramentos más horribles.

Y en otras ocasiones gritos que hacian erizar de espanto los cabellos de los honrados vecinos que vivian en las casas inmediatas.

Y choques de espadas y de copas y canciones obscenas.

Y llantos y risas, y gritos de placer y de agonía.

Y aun habia alguna vieja quintañona, que aseguraba como artículo de fé, que estando ella asomada un sábado á su ventana á las doce de la noche, sintió un ruido extraño cerca de sí, miró á todas partes y nada vió.

Volvió á repetirse el ruido; que se asemejaba al susurro de un beso, alzó la cabeza y vió infinitas sombras, que, agitándose en el aire, se dirigían á la casa de maese Nicudemus y desaparecian por el tejado.

Y aún añadia, que las tales sombras se abrazaban y besaban con un escándalo tal, que encendieron de rubor su frente de ochenta años, y la hicieron retirarse á su cama invocando á todos los santos.

Nosotros no sabemos á quien invocaria en las soledades de su lecho de solterona la buena anciana, solo sí, que la casa de Nicudemus era el terror del barrio.

Estos clamores, estas acusaciones y estos miedos, llegaron á oidos de la justicia que se decidió á observar la causa de semejantes terrores.

Pero lo cierto fué, que sin saber cómo ni cuando, las falanjes de corchetes, alcaldes y escribanos desaparecieron, y que aunque el vecindario siguió diciendo que se oian las mismas voces, juramentos y carcajadas, la justicia contestó, que eran aprensiones de los buenos vallisoletanos, y que la casa de maese Nicudemus era una honrada y tranquila posada, y su dueño un cristiano de chapa, que pagaba muy bien sus impuestos, y asistia á misa todos los domingos y fiestas de guardar.

IV.

Estas razones no calmaron la inquietud de los vecinos, ni las lenguas de las comadres del barrio.

Lenguas é inquietudes que tuvieron nuevo pávulo, con hacer á su posada Nicudemus, una taberna.

Pero la justicia esta vez no se contentó con decir que el tabernero era bueno y honrado, sino que bajo pena de un castellano de oro, prohibió á los habitantes de las casas inmediatas que molestasen á la autoridad con sus quejas, ni al honrado posadero con sus injuriosas suposiciones.

Desde entonces, solo se murmuró en lo interior de las casas, pero al pasar cualquier persona por delante de la taberna no se olvidaba de hacer la señal de la cruz, como si esperara ver salir por ella una legion de diablos que quisieran apoderarse de él.

Hé aquí el motivo del asombro del muletero.

¿Cómo era posible que un señor tan principal prefiriese el meson de maese Nicudemus al del *Moro coronado*?

Pero en fin, que remedio; el caballero habia dado muestras de incomodarse, y no era muy prudente contrariarle.

En medio de estos pensamientos, la reducida comitiva llegó á la puerta del meson.

Nicudemus salió en seguida á recibir á sus huéspedes, y se llevó respetuosamente la mano á su caperuza.

Llamó el caballero aparte al honrado hostalero, y le dijo algunas palabras en voz baja.

Inmediatamente las maneras de Nicudemus se hicieron más humildes, y llamando á voces á sus criados y dando él mismo el ejemplo, en un instante estuvo el caballero y dos señoras á quien acompañaba, en el mejor cuarto de la casa, los escuderos calentándose en el hogar, las caballerías en la cuadra y los asadores volteando sobre el fogon.

—¿Estais cansada señora?—pregunto el caballero á la más jóven de las dos señoras.

—No, Aliatar, me siento bien.

—Recordad, señora, que estamos en Valladolid, y que vos sois mi prima doña Aldonza Diaz de Haro, así como yo don Lope de Haro.

—Tienes razon.

—¿Pero qué locura ha sido la que hemos hecho?—dijo la otra anciana que aún no habia hablado:—¿abandonar nuestro alcázar por seguir una aventura loca?..

—Calla, Zaida, ¿llamas aventura loca á una que va interesado mi corazon, mejor dicho, una aventura de la cual depende mi felicidad, mi vida?

Los ojos de Aliatar irradiaron una luz terrible, pero en seguida se dominó, y dijo con voz perfectamente serena.

—Tiene razon la señora, y ni á vos ni á mí nos toca hablar ni contradecir una cosa que desee.

—¿Y cuándo vas á ver á ese amigo tuyo que nos ha de dar noticias del conde?

—En seguida que vos me lo mandeis.

—Vé á verlo,—dijo Zoraya, pues ya la habran reconocido nuestros lectores; pero en seguida repuso;—no, no, vendrás cansado y con ganas de comer; descansa y come, y concluido irás.

—Como os parezca, señora.

En esto llamaron discretamente á la puerta, y el posadero entró seguido de dos mozos que llevaban la mesa.

Cubriéronla de manjares y vinos, se sentaron los recien llegados, y maese Nicudemus y sus satélites se retiraron.

Concluida la comida, el caballero se levantó y se dirigió á la puerta, diciendo:

—Voy á cumplir vuestro encargo.

—¡Cuán bueno eres!—le dijo la dama con una expresion de sincero agradecimiento.

Aliatar ó don Lope de Haro, como queramos llemarle, abandonó la estancia, salió á la calle, y preguntando llegó á las casas de San Pablo, morada en aquel tiempo de su alteza el rey don Juan II.

Preguntó por los soldados de la guardia morisca del rey, y al primero que encontró, le dijo:

—Oyes, tú, ¿sabes dónde habita el alférez don Diego de Villanueva?

—Si señor,—le contestó el soldado sorprendido del modo tan brusco del caballero.

—Pues bien, si quieres ganarte un escudo, condúceme á su casa.

—Es que tambien tengo que desempeñar una comision de mi capitan.

—¿Tardarás mucho?

—¡Oh! no señor, en cuanto á eso, ya verá vuestra señoría las buenas piernas y la ligereza que tiene Gil Garcés.

—Entonces anda, aquí te espero.

Y dióse á pasear Aliatar por la plaza de San Pablo.

Y el soldado á correr, hasta que desapareció por una de las calles inmediatas.

Aún no habia trascurrido media hora, cuando ya estaba de vuelta el soldado.

—Cuando gusteis, señor,—le dijo.

—Vamos allá,—le contestó el lacónico caballero.

Anduvieron algunos pasos, cuando al salir de la plaza le dijo el soldado, señalándole á un caballero que se acercaba hácia ellos.

—Mirad, señor; ahí teneis al que buscais.

—Gracias, y toma.

Y una moneda de oro cayó sobre la mano del guia, que haciendo reverencias se marchó corriendo á reunirse á sus compañeros, para gastar alegremente la dádiva del desconocido.

VI.

Entretanto, este habia estrechado la distancia que le separaba del hermano de doña Beatriz.

Se encontraron, y el desconocido le dijo:

—No tan deprisa, señor alférez.

Volvióse Diego, y al reparar en el semblante de su interlocutor, no pudo ahogar una exclamacion de sorpresa, y dijo:

—¡Aliatar!

—No tan alto, si os place, Ismael y Aliatar son dos nombres que no pueden aplicarse á dos caballeros como á nosotros; vos os llamais don Diego de Villanueva: y yo don Lope de Haro.

—¿Y qué os trae por la córte, señor don Lope?

—Un hombre y una mujer.

—¿Y puede saberse quién son?

—El hombre es don Rodrigo Nuñez Osorio,—contestó con acento profundo el musulman.

—¿Y la mujer?

—Es Zoraya la alcaidesa de la Torre del Aguila.

Y la mirada de Aliatar se fijó con una expresion extraña en el rostro de Diego, que permaneció impasible.

—¿Y que tienen de comun esas dos personas con vos?

—El, deshonró á mi hermana, y ella ha olvidado mi cariño.

—¿Segun eso, lo que venís á buscar aquí es la venganza?

—Habeis acertado; y para ello cuento con vos.

—¿Conmigo?... No os comprendo.

—Vos me presentareis en la córte, necesito conocer al conde de Právia

—¿Al conde habeis dicho? ¿Es acaso vuestro rival?

—Sí.

VII.

Una sonrisa de satisfaccion vagó por los lábios de Diego, que tendiendo su mano al judío, y extrechándole la suya afectuosamente, le dijo:

—Contad conmigo para todo.

El moro miró con suma atencion á el supuesto hermano de doña Beatriz.

Aquellas dos miradas se encontraron.

Aliatar leyó en la de Ismael un odio profundo y terrible hácia el conde de Právia, y se lisongeó de aquella adquisicion.

Ismael estaba en el mismo caso; comprendió que en el amante de Zoraya tenia un auxiliar poderoso.

—¿Y dónde ha conocido el conde á la sultana?—preguntó Diego.

—Durante su cautiverio.

—¿Y cómo han podido verse?

—Ella lo ha querido; lo ha visto, se ha despertado su corazon, y el amor infinito; que yo, que tanto la amaba hubiera dado mi vida por poseer, se lo ha entregado á ese hombre que nunca la amará.

—¿Y le aborreceis mucho?-preguntó anhelante Ismael.

—Como se aborrece al hombre que nos roba nuestra felicidad,—contestó con acento reconcentrado Aliatar.

—¡Oh! ¡como yo!—exclamó el hermano de doña Beatriz con feroz alegría.

—¿Qué? ¿Tambien teneis vos motivos de queja contra él?

—¿Que si tengo? ¿Os acordais de Esther?

—La hija del judío Habakuc.

—Justamente; pues bien, esa mujer idolatra al conde, como Zoraya.

—¿Y vos?

—Yo amo á la hebrea, como vos amais á la mora.

Aquellas dos miradas sedientas de venganza se encontraron, y sus dos manos se unieron de un apreton harto significativo.

—Ahora tengo que pediros otra cosa.

—Hablad.

Necesito una casa con todas las comodidades necesarias para que puedan habitarla unas damas.

Los ojos de Ismael se fijaron con una expresion altamente escrutadora en el semblante de Aliatar, que sostuvo con una calma imperturbable aquel exámen inquisitorial.

—¿Acaso Zoraya se ha venido con vos?—le preguntó.

—Zoraya sigue en su alcázar; es mi prima Aixa y sus exclavas.

—¡Ah! ¿con que es Aixa?... ¿yo creí?...

Habeis creido mal,—contestó secamente el moro.

—¿Y quereis una casa tranquila, eh? de apariencia modesta, aunque su interior sea suntuoso y magnífico, ¿no es esto?

—Habeis comprendido perfectamente mi idea.

—Pues bien, la tengo, contad con ella.

—¿Lo decís de veras? ¿Y cuándo podemos habitarla?

—Cuando gusteis.

—¿Dónde está?

—Venid conmigo y os la enseñaré, al mismo tiempo que tomeis posesion de ella.

—¡Oh! ¡no sé cómo pagaros!...

—Ya estoy suficientemente recompensado,—contestó Ismael lanzando una mirada indefinible sobre Aliatar.

Ambos tomaron la calle adelante.

Llegaron á una casa de apariencia bastante mediana.

VIII.

Diego entró en un zaguan bastante oscuro, se acercó á la pared, tocó un resorte perfectamente oculto á la mirada más perspicáz, y una puerta se abrió en el fondo de él.

Subieron una estrecha escalera, al final de la que se abrió otra puerta, y cámaras, retretes misteriosos, habitaciones ricamente decoradas, se presentaron á la asombrada vista de Aliatar.

—¿Os gusta la casa?—preguntó Diego.

—Muchísimo; esto supera á todo cuanto yo hubiera podido imaginarme.

—Pues desde este momento podeis disponer de ella.

—Entonces, con vuestro permiso voy á buscar á mi prima y á traerla á tan encantadora mansion.

—¿Quereis que os acompañe?

—No, seria molestaros demasiado y...

—No quiero insistir más; haced lo que gusteis; ¿dónde quereis que nos veamos?

—Dentro de dos horas, en el meson de maese Nicudemus.

—Estaré; con que hasta dentro de dos horas.

Salieron á la calle otra vez, y cada uno tomó una direccion opuesta.

. . . .

Zoraya y la esclava acompañadas por Aliatar, se instalaron en la casa que Diego les indicó, y allí esperaron los acomtecimientos que no podian tardar mucho en presentarse.

CAPITULO XVI.

Qué sucedió á Catalina despues de haber visto á Rodrigo.

I.

La inesperada aparicion de Rodrigo en el palenque, arrancó dos exclamaciones de alegría, á Catalina y á doña Beatriz.

Pero esta, al apercibirse del grito de la jóven, fijó en ella una mirada tan terrible que no hubiera podido ménos de hacerla extremecer si hubiera podido verla.

La exclamacion de Catalina la hizo comprender todo el peligro que corria el plan que tan bien trazado tenia, y que tan maravillosos resultados estaba dándole.

Así fué, que comprendió que era preciso obrar antes que ambos pudieran verse, y levantándose de su asiento dijo rápidamente á la jóven.

—Venid, doña Catalina; venid al momento y veremos si ha sido de consideracion el daño que vuestro hermano ha recibido.

Catalina despertó con disgusto del dulcísimo sueño en que estaba meciéndose contemplando á Rodrigo, más no pudo hacer objecion alguna, porque el deber la obligaba á correr inmediatamente al lado de su hermano.

Aprovechóse doña Beatriz de la confusion producida por la aproximacion de Rodrigo y Fernan al régio estrado, y salieron dirigiéndose hácia la tienda donde habian entrado á Pero Lopez.

Merced á esto, nuestro amigo no pudo ver á la jóven.

La herida recibida por Pero, no era de consideracion.

Sus escuderos se habian apresurado á conducirle á su casa, adonde se dirigió apresuradamente el bachiller Cibdadreal, y allá marcharon tambien las dos damas.

Tres dias despues, Pero Lopez se encontraba ya en disposicion de sostener una conversacion, y doña Beatriz se encontraba frente á él sentada en un sillon, apoyando su torneado brazo sobre una mesa cubierta con un tapete blasonado.

Obligó á Catalina á que se retirase á descansar, pues la pobre niña no se habia separado un momento del lado de su hermano, y merced á esto pudo hablar con entera libertad á Pero Lopez.

—Cuánto tengo que agradeceros doña Beatriz,—murmuró el herido, fijando una lánguida mirada en la hebrea.

—No encuentro la razon de ese agradecimiento;—repuso esta con una inflexion de voz suave y armoniosa.

—Os habeis estado cuidándome con la misma afectuosa solicítud de una hermana, y eso ha contribuido á aumentar mucho más el amor que os profeso.

—Puesto que ya estoy mejor, permitidme que os diga lo que me he tomado la libertad de disponer en vuestra casa durante estos tres dias que han trascurrido.

—Habiéndolo dispuesto vos, bien hecho está y no teneis necesidad alguna de decirme nada.

—Por el contrario, tengo que deciros mucho.

—¿Acaso ocurre algo de nuevo?

—Bastante.

—Hablad, doña Beatriz, porque con el acento que acabais de pronunciar esas palabras, habéisme puesto en cuidado.

—¿Oisteis algo el dia de las justas respecto á la persona que os hirió?

—Nada pude percibir más que el juramento que hizo de ser caballero, pues ya sabeis que la fuerza del dolor que esperimenté me hizo perder el sentido.

—¿Y no adivinais quién pueda ser?

—No señora.

—Pues es don Rodrigo Nuñez Osorio

Un respingo que dió Pero Lopez en su lecho, demos-

tró con harta elocuencia la impresion que aquel nombre le causara.

—¿No habia muerto ese hombre?—murmuró.

—No, repuso con voz sorda la dama, y ya comprendereis que es necesario obrar con mucha precaucion.

—¡Oh! por Dios vivo que en levantándome he de retarle de solo á solo, y cara he de cobrarme su lanzada de las justas.

—Os guardareis bien de hacer semejante cosa, repuso vivamente daña Beatriz.

—¿Por qué?

—Porque no quiero yo que expongais vuestra vida en un lance de azar.

—¿Tanto os interesais por mí?

—Más de lo que vos creeis.

—Gracias, doña Beatriz, gracias porque me dan la vida vuestras palabras.

—De quien debemos ocuparnos, es de vuestra hermana.

—¿Qué decís? ¿Acaso ha visto á ese miserable?

—No, porque yo he velado con asiduidad y puedo aseguraros que hasta hoy por más esfuerzos que ha hecho, nada ha podido conseguir.

—¡Oh! seguid vigilando, doña Beatriz, seguid vigilando que yo prometo que en hallándome bueno, terminará para siempre este estado. Mi hermana dará su mano al conde, bien sea de grado ó á la fuerza.

—Mucho me temo que no adelanteis nada.

—¿Qué quereis decir?

—Que doña Catalina me suplicó no hace muchos dias que interpusiese toda mi influencia para desbaratar esa boda.

—¡Ira de Dios! que piensa hacer esa desventurada.

—Me dijo que no amaba al conde de Alba.

—¿Qué me importa eso? se casará con él, porque tal es mi voluntad.

—Reparad...

—Nada me digais; respecto á eso seré inflexible siempre. ¿Pero cómo ha vuelto don Rodrigo?

—Parece que ha estado cautivo mucho tiempo hasta que ha podido escaparse.

—¡Oh! si algun dia cayera en mis manos, por mi nombre os juro que no se escaparia con tanta facilidad.

—¿Y qué pensais hacer si doña Catalina se negase á dar su mano al conde?

—Encerrarla en un convento, separarla de todo el mundo é impedirla que viese y hablase con nadie.

II.

Una expresion de gozo cruel y de innoble alegría se dibujó en los lábios de doña Beatriz.

Conocia perfectamente á Pero Lopez y sabia cuan capáz era de hacer lo que decia.

Redobló su vigilancia en virtud de las órdenes recibidas, á fin de que Rodrigo no recibiese noticia alguna

de la jóven, y á pretexto de no dejar á esta sola un momento, no se separaba de su lado.

Conocia perfectamente todas las tentativas que el conde de Právia habia hecho para ver á la jóven, tentativas completamente infructuosas porque ella no se descuidaba ni un instante.

La curacion de Pero Lopez adelantó rápidamente, y algunos dias despues, pudo ya sostener una entrevista con su hermana, y ocuparse de un asunto que tanto le interesaba.

Hízola entrar en su aposento, y una vez allí la dijo:

—Sabeis, señora, que me teneis muy enfadado.

—¿En qué he podido ofenderos, hermano mio? preguntó la pobre niña con voz alterada.

—¿Qué encargo le habeis dado á doña Beatriz?

Catalina recordó inmediatamente lo que dijera á la hebrea algunos dias antes, y se puso á temblar.

Fijó una mirada suplicante en su hermano, y le dijo:

—Os suplico me perdoneis si desobedezco vuestos mandatos.

—¿Qué quiere decir eso?—gritó furioso el caballero.

—El corazon no se manda y...

Catalina no pudo continuar.

Una terrible mirada de su hermano, detuvo las palabras en sus lábios.

—Concluid lo que ibais á decir.

—Hermano mio, me dais miedo y no sé que deciros.

—Quejaos ahora de que yo soy un tirano.

—Jamás me he quejado, y harto sabeis que no fuisteis para mí lo que debe ser el hermano respecto á su hermana.

—¿Qué osais decir?—gritó furioso Pero Lopez.

III.

Catalina no pudo contestar.

Habia tenido atrevimiento para pronunciar las anteriores frases, pero al ver próxima á estallar y de una manera formidable la cólera de su hermano, se contuvo y solamente una lágrima brilló en sus ojos.

Pero Lopez vió aquella lágrima y se aumentó su furor.

Dirigióse á su hermana, y cogiéndola violentamente por un brazo, la dijo con acento brutal.

—Ea; basta de farsa, señora. Os habeis de hacer de mi voluntad ú os juro que os ha de costar caro.

—¿Qué haceis, hermano?—preguntó Catalina con un acento de dignidad tal, que Pero Lopez no pudo ménos de sentirse humillado y de retroceder algunos pasos con los ojos fijos en el suelo.

Pero esto duró muy poco.

Aquella especie de vergüenza producida por lo innoble de la accion que cometiera, desapareció instantáneamente.

Fijó otra vez sus irritados ojos en Catalina diciéndole:

—Dentro de seis dias habeis de ser la esposa del conde de Alba.

Al escuchar esta sentencia que por completo destruia sus esperanzas, Catalina quedó aterrada.

Pero casi en el momento sintió la reaccion, y fijando una mirada atrevida en su hermano, le dijo:

—Esa union es imposible.

Pero Lopez fijó á su vez en la jóven una mirada indescribible.

No podia concebir que aquella niña á quien él habia encontrado siempre tan sumisa á todos sus caprichos, se atreviera á contradecirle de aquella manera tan enérgica.

Sin embargo, allí estaba delante de él con el semblante pálido pero sereno, y completamente resuelta.

—¿Qué habeis dicho señora?—la preguntó haciendo esfuerzos para contener su cólera.

—Os he dicho, que la union que proyectais es de todo punto imposible.

—Dadme una razon.

—Que no amo al conde.

—¿Pues á quién amais entonces?

—Ya os lo habrá dicho tambien doña Beatriz.

—¡Oh! ¡miserable de vos!—exclamó el caballero fuera de sí, alzando su mano para castigar á la jóven.

—Pero esta posó en él su mirada tranquila y altiva con una expresion tal, que el brazo de Pero Lopez vol-

vió á caer á lo largo de su cuerpo, mientras que murmuraba con acento de impotente furor.

—¿Con que es cierto que amais á ese hombre? ¿con que os atreveis á desobedecerme?

—Sí, hermano; os desobedezco; y tened entendido que si me obligárais á dar mi mano al conde, en el mismo altar me negaría á concederle mi mano.

—Perfectamente;—repuso el caballero con una calma más terrible que la más furibunda expresion de su cólera.

—Y tened entendido que no debeis echar á nadie la culpa de este amor, porque vos mismo le hicisteis nacer y le alentasteis vos mismo tambien.

—¡Señora!

—Os lo repito; vos me dijisteis un dia porque convenia así á vuestros intentos, que debia hacerme amar del conde, y yo, sino conseguí que él me amase, al ménos le amé con todo mi corazon.

—Pues os juro por mi nombre que ese amor ha de ser vuestra condenacion eterna, y puesto que no quereis acceder á lo que deseo, entrareis en un convento y allí sucumbireis de angustia y desesperacion.

—Siempre seré más feliz que enlazada á un hombre á quien me veria precisada á aborrecer.

IV.

Aquella violenta escena hizo comprender á Catalina todo lo desdichado de su situacion.

Pero Lopez participó á doña Beatriz lo que habia ocurrido, y esta le dijo:

—Permitidme que medite sobre un plan que me ha ocurrido, merced á lo cual tengo la seguridad de que vuestra hermana llegará á convencerse de lo imposible que es su union con el conde.

—¿Qué pensais hacer?

—Dejadme obrar y permitidme que os reserve mi secreto.

Aquel mismo dia, doña Beatriz trató de hacerse la encontradiza con Rodrigo en las galerías del alcázar.

El conde habia estado en la cámara del rey, y doña Beatriz que constantemente le espiaba desde que habia llegado á Valladolid, buscó pretexto para encontrarse con él apenas abandonó la régia estancia.

Don Rodrigo no fué dueño de ocultar un movimiento de disgusto al verla, movimiento que ella no perdió, y que la hizo palidecer de cólera y de celos.

—¿Os molesta acaso el encontrarme?—le dijo:

—Permitidme señora que me separe de vos, pues tengo ocupaciones que me impiden dedicaros algunos momentos.

—¡Rodrigo! ¿por qué os habeis olvidado de aquel amor que me jurásteis?

—Os suplico, señora, que no evoquemos recuerdos pasados que á nada conducen, más que á hacernos sufrir.

—¿Y creeis, acaso,—repuso con impetuosidad la dama,—que yo no estoy recordando siempre ese tiempo, por más pesares que á mi corazon le causen?—¡Vos ya es otra cosa! Amais á otra, y nada de extraño tiene que os cause tédio el amor de vuestra pobre Esther.

—¿Quién os ha dicho que yo amo á otra persona,—repuso Rodrigo con inquietud.

—Nada os importe el medio porque lo he sabido, cuando el hecho es cierto; pero si algo me satisface, en medio del amargo pesar que me ha causado vuestro desamor, es que vos debeis sufrir lo mismo que yo sufro.

—¿Qué quereis decir?

—Que doña Catalina de Silva ni os ha amado ni os amará.

—Dejadme, señora, dejadme,—contestó Rodrigo dando algunos pasos para alejarse de la dama.

—Y en prueba de ello,—continuó esta con acento implacable,—sabed que dentro de pocos dias va á dar su mano al conde de Alba.

—¡Imposible!

—Podeis preguntar á quien querais y todos corroborarán mis palabras.

Rodrigo no pudo escuchar más.

Abandonó el palacio desesperado, y desgraciadamente á cuantas personas preguntó por el acontecimiento próximo á realizarse en la familia de Silva, todos le confirmaron lo que le habia dicho la hebrea.

En cuanto á esta, gozosa por haber conseguido clavar un dardo en el corazon de su infiel amante, dirigióse á su palacio donde la esperaba un golpe, con el cual jamás habia contado.

Apenas entró en su cámara, cuando uno de sus pajes la presentó un pergamino rollado y sellado que habian traido para ella.

El sello que de él pendia no traia arma ninguna.

Abriólo precipitadamente, y apenas hubo reconocido las primeras líneas, dejólo caer de sus manos, mientras que una agitacion extraña embargaba todo su ser.

Necesitó algunos minutos para reponerse en parte, de la impresion recibida.

Al cabo de ellos volvió á coger aquel misterioso pergamino, y leyó en él lo siguiente:

V.

«Esther: has jugado con la serpiente, y la serpiente se vuelve contra tí.

»Muchas veces me has llamado cobarde, y como cobarde procedo.

»Si hubiera tenido valor te habria rasgado el seno

con mi puñal para vengar la desventura de que has llenado toda mi vida.

»Pero eso hubiera sido una venganza enérgica, atrevida y valiente, y no he podído llevarla á efecto.

La venganza que tomaré de tí, es más baja, más innoble; pero que no dudo ha de hacerte mucho más daño.

»¿Qué dirías tú si mañana, la noble doña Beatriz de Villanueva, la dama cuyas sonrisas y cuya amistad se disputan todo lo más noble de la córte castellana, se viese de pronto convertida en la judía Esther, la hija del astrólogo Habakuc, que confeccionaba bebedizos, y que despachaba drogas en la oscura tienda de la plaza del Ochavo?

»¿Y si además de eso se demostrase que la nobilísima doña Beatriz habia tenido participacion más ó ménos directa en dos ó tres crímenes, que era una de las conspiradoras más atrevidas, y que estaba engañando al condestable para conocer sus secretos y explotarlos en pró de su causa?

»¿No te parece que la venganza de don Alvaro seria terrible?

»Pues bien, yo puedo hacer todo eso, porque yo poseo irrecusables pruebas de todos tus crímenes.

»Yo puedo arrojarte desde lo alto de esa posicion, en que te has colocado, y por el Dios de Abraham que he de hacerlo.

»He aguardado mucho tiempo una palabra tuya.

»He aguardado una expresion de amor, sincera y ar-

diente, que me hiciese olvidar el pasado y que me permitiera vivir á tu lado, y pasar mi vida encerrado bajo tu mismo techo.

»Pero tú no has pronunciado esa misma palabra, y hoy es muy tarde ya para que la pronuncies.

»Como aun en medio de mis cobardías soy un enemigo leal, te aviso para que tomes tus precauciones, precauciones inútiles desde luego, toda vez que al alcance de mi mano tengo los medios para perderte.

»Se me olvidaba darte una noticia, que estoy seguro ha de causarte una alegria extraordinaria.

»¿Sabeis dónde ha pasado el conde de Právia todo el tiempo que de Valladolid ha faltado?

»Pues ha estado en las Alpujarras, cautivo de la sultana Zoraya, que estaba enamorada de él, y con quien se ha venido á Valladolid.

»Aliatar, aquel walí islamita á quien conocimos en Granada, hace algun tiempo, y que habita en la posada de maese Nicudemus podrá darte más pormenores.

»Ya ves que te pongo al corriente de todo cuanto te puede interesar.

»Quédate adios, y no te olvides nunca que por querer estirar demasiado la cuerda del arco ha saltado, y será fácil que te hiera en el rostro.—Tu hermano,—Ismael.»

Fácil es de comprender el efecto que semejante carta produciría en el ánimo de la orgullosa dama.

Y conforme suponia cobarde lo bastante á Ismael,

para atacar de frente al enemigo, creíale en cambio lo suficientemente infame para reçurrir á aquellos medios tan bajos en su venganza.

Sin embargo, en medio de todo, le daba las gracias por la noticia, que respecto á Rodrigo le daba.

En aquellas circunstancias, una noticia semejante podia serle de una utilidad inmensa para acabar de vencer á Catalina.

Pero á pesar de agradecer esta noticia, era necesarío no descuidarse y ver de que manera se podia inutilizar á aquel hombre, que de una manera tan audaz se atrevia á amenazarla.

Largo rato se llevó cavilando de qué medio se valdria para conseguir su objeto, hasta que de repente exclamó:

—¡Oh! solamente Samuel es quien puede sacarme de este apuro.

Y diciendo y haciendo, levantóse de su asiento, llamó á uno de sus pajes, y le dijo:

—Haz que dispongan inmediatamente mi litera.

—¿Vá á salir la señora?—preguntó el pajecillo.

—Sí, ¿por qué me haces esa pregunta?

Porque el condestable acaba de mandar á uno de sus escuderos...

—¿Para qué?

Para demandaros vuestra vénia; porque trata de visitaros esta noche.

Díle que estoy indispuesta, y no puedo recibirle.

—¿Mandais algo más?

—No: quiero salir inmediatamente.

Abandonó el paje la estancia, y poco tiempo despues una litera sin blason, conducida por dos jayanes y escoltada por cuatro escuderos abandonaba el palacio de Villanueva, dirigiéndose hácia la mezquina vivienda del converso Samuel.

CAPITULO XVII.

Del efecto que causó al astrólogo el pergamino que le entregó doña Beatriz de Villanueva.

I.

Acababa de sonar la queda en las torres de las iglesias de Valladolid, cuando á corta distancia de la casa del judío, médico y astrólogo de la córte, se detuvo la litera en que iba doña Beatriz, y descendiendo esta de ella dirigióse con rápido paso hácia la puerta de la mezquina vivienda.

Llamó con fuerza, abrióse aquella silenciosamente y momentos despues la jóven se encontraba en el laboratorio del alquimista.

Los dias que habian trascurrido desde que nuestros lectores le vieron, habian causado una gran trasformacion en este personaje.

Habíanse demacrado mucho más sus mejillas, su pa-

lidez era más amarillenta y sus ojos estaban más hundidos.

Al ver á doña Beatriz, un resplandor siniestro brilló en ellos, resplandor que se apagó instantáneamente.

¡Samuel!—exclamó la dama, apenas penetró en la extancia,—necesito que me salves y que me ayudes.

—¿Qué decís, señora?—repuso Samuel con voz melosa, fijando sus ojos sorprendidos en la hebrea.—¿Qué peligro os amenaza?

—Lee y comprenderás el peligro que me cerca.

Y al pronunciar estas palabras, puso en manos del judío el pergamino que momentos antes recibiera:

Leyólo con profunda atencion el converso, y algo de diabólico pasó por su rostro de una manera tan marcada, que no pudo ménos de decir doña Beatriz.

—¿Qué te sucede?

Repúsose inmediatamente Samuel, y contestó con voz serena:

—Me llena de indignacion semejante proceder. ¿Y qué pensais hacer, señora?

—A eso he venido á buscarte.

—Hablad.

—¿Has visto á Ismael?

—Viene con alguna frecuencia.

—¿Y qué hace?

—Amaros con delirio.

—¿Y qué dice?

—Que se ha de vengar de una manera terrible.

—Yo necesito la vida de ese hombre, Samuel.

—¿De qué manera puedo yo dárosla.

—Citándole un dia en un sitio que yo te diga y donde encuentre la clase de gente que necesita.

—Suplícoos, señora, que no os dejeis arrebatar por la cólera del momento; y que mediteis lo que vais á hacer.

—¿Tratarás de disculparle acaso?

—Líbreme el Dios de mis padres de cometer semejante crímen.

—¿Qué quieres decir entonces?

—Que sin necesidad de comprometeros pudierais muy bien desharceros de él.

—¿De qué modo?—preguntó vivamente doña Beatriz.

—De un modo que nada os compromete y que otro carga con toda la responsabilidad, responsabilidad que hábilmente manejada puede refluir tambien en beneficio de vuestra causa.

—Explicate, Samuel.

—No le indicasteis vos misma en otra ocasion que enamorase á la esposa del condestable...

—Sí.

—Pues bien, esos amores creo que continúan.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que nada más fácil que hacer llegue á noticia de don Alvaro alguna de esas misteriosas entrevistas, ponerlo en situacion de que vea y escuche, y en ese caso don Alvaro vengaría su honra, vos quedaríais satisfecha,

y vuestro bando podria arrojarle al rostro un nuevo asesinato que contribuiría á aumentar el odio que se le profesa.

II.

Doña Beatriz quedó pensativa despues que Samuel hubo pronunciado estas palabras.

Aquel proyecto la parecia bastante aceptable.

Meditó algo sobre él, hasta que alzando la cabeza dijo:

—Verdaderamente que eres hombre de recursos, Samuel.

—Trato solo de complaceros, señora.

—¿Pero crees que los amores de Diego con doña Juana continúen todavía?

—Lo averiguaré.

—Está bien; averígualo y dame la noticia inmediatamente.

—Descuidad, pues harto sabeis que cuanto á vos os toca me hiere á mí como cosa propia tambien.

—Gracias, Samuel.

—¿Y el bebedizo que os dí?

—No hice uso de él.

—¡Cómo!

—No ves que el conde ha estado fuera tanto tiempo.

—Hanme dicho que ha vuelto ya.

—¿No has reparado lo que dice Ismael respecto á la sultana que le ha acompañado?

—¿Es cierto?

—Ya nos ocuparemos de eso.

—Cuando gusteis. ¿Pero os marchais ya?—preguntó el judío ó el conde de Fuentidueña, segun queramos llamarle, al ver que la dama abandonaba su asiento.

—Sí; voy á tratar de ver al condestable esta misma noche.

—Os encargo mucha prudencia.

—Descuidad; pero conviene á nuestro proyecto que yo principie á preparar el terreno.

El judío acompañó á doña Beatriz hasta la puerta de su casa, y cuando la vió alejarse, cerró la puerta y se dirigió al salon que ya conocemos, seguido de su criado que le contemplaba con avidéz.

III.

Sentado en uno de aquellos sitiales y su frente surcada de profundas arrugas, demostraba con suma elocuencia que un pensamiento grave le preocupaba.

Al verle, se hubiera dicho, que en estos dias habia vivido quince años.

Sus ojos se habian hundido extraordinariamente.

Su palidez se habia hecho casi lívida.

Un temblor extraño agitaba sus miembros; de vez en

cuando una carcajada histérica, satánica, horrible, se escapaba de sus lábios cárdenos.

Fortun contemplaba á su señor dolorosamente.

El fiel criado no podia avenirse, ni con las ideas, ni con el estado de su amo.

IV.

Por fin Samuel alzó la cabeza.

Una sonrisa extraña bagaba por sus lábios, y con un acento más extraño todavía, dijo:

—¡Oh! ¡Fortun!... ¡Cuán feliz soy!

—¿Feliz señor? ¿Sois feliz?

—¿No crees acaso lo que digo?—preguntó el médico sorprendido del acento de su criado.

—Segun y como vos comprendais la felicidad.

—La felicidad está en la satisfaccion de un deseo, y yo empiezo á disfrutar con ese goce; mi venganza, esa venganza por la que he suspirado tantos años, la estoy realizando al fin, y por mi nombre que supera á cuanto yo podia esperar.

—Pero señor conde,—dijo Fortun:—¿qué culpa tienen los hijos de las faltas de los padres?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Samuel frunciendo el entrecejo:—el conde de Fuentidueña murió hace mucho tiempo, creí que no lo habias olvidado.

—Dispensadme....

—¿Qué me has hablado de venganza? Creo que

te he oido así, como desaprobar lo que yo habia hecho.

—No desaprobarlo; pero sí únicamente suplicaros que por vos mismo olvideis esa venganza.

—¿Por mí mismo?... No te comprendo.

—Miraos, señor, miraos, y me comprendereis mejor.

Y el anciano criado, alcanzó de la pared una luna de acero, y la puso ante el rostro de su amo.

—Efectivamente, me he puesto mas viejo, pero, ¡voto al Diablo! que es de alegria... já..., já..., já...,—prosiguió Samuel con una carcajada que tenia algo de siniestra;—la felicidad arruga tanto nuestro rostro como el dolor, ¡soy tan dichoso!... já..., já..., já..., que la dicha se refleja en mi semblante....

—Señor, mi querido señor,—dijo Fortun,—olvidad ya esa venganza, no os acordeis de ellos para nada, y volvámonos á nuestra Andalucía, á Granada, donde tan tranquilos se han deslizado algunos años de nuestra vida.

—¡Tranquilos! ¿y crees tú que yo he tenido momento alguno de tranquilidad desde aquel dia terrible? Si me veias sereno era porque la tempestad que rugia en mi alma, la ahogaba dentro del pecho, era porque entonces no tenia lo oportunidad de vengarme, y me resignaba aparentemente con mi impotencia; pero hoy que ha llegado el momento, siento dilatarse mi corazon, siento bullir en mi cabeza una cosa extraña, un fuego abrasador consume mi alma, y gozo, gozo...., porque el placer vuelve á iluminar mi vida.

—¿Y no pudiera ser el remordimiento, ese fuego que abrasa vuestras mejillas, ese pensamiento, que surca de arrugas vuestra frente, y ese desasosiego del corazon, que vos llamais dilatacion?

—¡Remordimientos! ¿de qué? ¿Acaso la venganza es injusta?

—¿Dios no se la trasmite á los hijos? Dios no dice, castiga en el hijo la falta del padre.

—Calla, calla. ¿Conoces la historia de mi familia?

—Sí, señor.

—Entonces comprenderás la maldicion que pesa sobre nuestra familia; aquellos crímenes abortaron estos, y si los mismos de mi raza fueron verdugos de sus parientes, yo tengo necesidad de serlo de los mios: donde quiera que pongas tu vista en las generaciones de mis antepasados, encontrarás el perjurio, el deshonor, el adulterio, el crímen; ¿por qué pues, he de degenerar de mis ascendientes? Se ha cometido una infamia, yo que he sido el agraviado, tengo necesidad de venganza, y ya que está empezada, te juro que ha de concluir dignamente.

—¡Pero, señor!

—¿Recuerdas, Fortun, aquella noche en que loco de amor volvia yo á los brazos de Rebeca?

—¿Para qué evocar esas memorias, señor?

—¿Te has llegado á imaginar que las he olvidado alguna vez? Aquí,—dijo Samuel señalándose á la cabeza, —aquí están esculpidas con caracteres de fuego, todas las escenas de aquella nache. Yo venia pintándote por

el camino todos los goces que iba á disfrutar cuando reposase mi cabeza en el blanco seno de mi esposa, te iba diciendo todas las palabras, todas las caricias, que la haria, caricias y palabras que ella me devolveria con usura. Tú callabas, tú no estabas alegre. ¡Ah! buen Fortun, tú conocerias á Rebeca mejor que yo, y presentias lo que habia de suceder. Por no llamar á la puerta principal, aproveché una llabe de la poterna que llevaba siempre conmigo, y penetramos en el castillo.

—Señor,—dijo Fortun, que temia que la exaltacion en que estaba Samuel, le atragera uno de los violentos ataques que sufria hacia algun tiempo,—señor, dejemos eso y....

Pero Samuel no le oia y prosiguió:

—El primero que ví fué á Fortuñon, mi viejo senescal; su turbacion me sorprendió, le interrogué, le amenacé, y el buen viejo llorando de cólera, me hizo sabedor de mi deshonra. Dos años habia estado yo ausente, dos amantes habia tenido Rebeca, y dos hijos habian sido la consecuencia de aquellos amores. Aún recuerdo que tú y Fortuñon, os arrojásteis á mis plantas pidiéndome gracia, porque leisteis en mi rostro la muerte; pero yo os rechacé y penetré en la cámara de mi mujer: ¡Qué hermosa estaba! Destrenzada su negra cabellera, la envolvia como un manto de terciopelo, que resaltaba doblemente sobre su negro vestido: aquellos lábios sonrosados é incitantes; aquellos ojos semejantes á un círculo de ébano sobre un near de armiño, y cuya mirada anhe-

lante, inmensa, enamoradora, deseaba yo con tanto afan; todo aquello lo estaba disfrutando otro hombre, otro hombre que inclinaba su cabeza sobre aquel mismo seno, cuya agitacion dulcísima ansiaba yo para descansar de mis fatigas, para que compensase todas mis angustias. ¡Oh! pero yo despues que ví roto mi corazon de amante, sentí en mi cabeza la conviccion del hombre, y mi espada se hundió hasta la cruz en aquel seno impuro... já..., já..., já... ¡aquello fué magnifico!... ¿Recuerdas Fortun? recuerdas que aquella mujer... já..., já .., já..., me pidió en sus últimos momentos gracia para sus hijos..., já..., já..., já..., y yo como esposo tierno y cariñoso, lo he cumplido.

—Señor, por Dios, os ruego que os calmeis

—¿Qué hablas tú de Dios? Ese nombre no se debe pronunciar jamás, lo oyes. Entre Dios y yo nada hay ya de comun. Le he pedido á él que me diera la venganza, y no me la ha querido conceder; el infierno á tenido piedad de mí, y yo le estoy sumamente agradecido porque le debo los únicos momentos de felicidad que he disfrutado hace mucho tiempo.

—Pero....

—Ya te he dicho que calles, háblame de mi venganza y te escucharé con gusto. La he ocultado tanto tiempo, la he acallado tantos dias en el fondo de mi pecho, que hoy no encuentro otro placer, no hallo otra conversacion que me halague ni me satisfaga más.

Y la exaltacion de Samuel crecia por momentos.

A la palidez lívida que cubria sus mejillas, habia sucedido un encarnado demasiado vivo.

Su voz era seca y vibrante.

Durante algunos momentos estuvo entregado á sus meditaciones.

Por fin alzó la cabeza, y arrojando una de aquellas carcajadas que hacian erizar los cabellos, gritó:

—Já... já... já... ¡voto á Luzbel! que si cien veces volviera á nacer Rebeca, cien veces seria feliz con la venganza que ella me proporcionaria.

¡Tener dos hijos bastardos, hacerlos que se amen con un amor de Satanás, y que el padre al hijo en un rapto de celos!... Dí, Fortun, ¿dónde encuentras tú un placer que se pueda igualar á este? ¡si la ofensa ha sido grande, la venganza la sobrepuja en cien veces! la resistencia de la hermana, el rubor que cubria su frente, todo lo saboreaba yo con delicia, ni más ni ménos que el dia en que el padre clave el acero homicida en el indefenso pecho de su hijo; las convulsiones de la agonía, las postreras palabras que arroje envueltas en su sangre, ¡con qué placer harán palpitar mi corazon! y luego, cuando mi acento como la voz de la conciencia grite en el oido de ese condestable sacrílego. ¡¡¡Padre!!! ¡qué has hecho de tu hijo! ¡Oh! Fortun, Fortun; los que no comprendeis estos goces os burlais, nos venís con palabras de religion; ¡cuándo la religion ha dado placeres como estos! ¡Oh! despues de ese instante, venga

la muerte, no la tengo miedo porque ya habré apurado la copa de la felicidad.

VI.

Las últimas palabras de Samuel, fueron casi imperceptibles:

El esfuerzo que habia hecho, agotó sus fuerzas.

Fortun le habia contemplado con asombro primero, asustado despues, y finalmente aterrado.

Aquella venganza sobrepujaba á todo cuanto hubiera podido imaginarse.

El amor de los dos hermanos, y aquel padre próximo á ser el asesino de su hijo, hacian erizar los cabellos, del buen Fortun.

El carmin que habia cubierto algunos momentos las mejillas de Samuel, desapareció completamente. Sus ojos perdieron gradualmente su brillantez, y preso de un violento temblor, tras un grito agudo, cayó al suelo arrojando por entre sus cárdenos lábios una espuma sanguinolenta.

CAPITULO XVIII.

En que se ve que Samuel prosigue su implacable venganza contra el condestable.

Fortun debia estar sin duda acostumbrado ya á aquellos extraños ataques de su dueño, porque al verle en semejante estado, exclamó:

—¡Siempre lo mismo! siempre deja que el ataque llegue á su grado máximo, cuando con una gota sola podia contenerle. Ea, aumentemos la dósis ahora.

Y diciendo y haciendo, salió de la cámara, se dirigió al laboratorio y cogiendo una redomita que habia colocada sobre un estante, volvió al lado de su señor.

Este permanecia inmóvil.

El criado valiéndose de la punta de su puñal, le separó los dientes, y derramó cuatro gotas del líquido contenido en la redomita dentro de su boca.

Poco se hizo esperar el efecto.

Tras un ligero extremecimiento, entreabriéronse los ojos del conde, y un débil suspiro se exhaló de su garganta.

En aquel momento sonó un golpe á la puerta de la casa.

Fortun fijó una mirada sorprendida en una pequeña ventana que habia en la estancia y murmuró:

—¿Quién podrá ser á estas horas?

—Volvióse á repetir la llamada, y entonces el criado arrojando una últina mirada á su amo que poco á poco iba volviendo en sí, se aproximó á la ventana, la abrió y miró á la calle.

Al mismo tiempo, el indivíduo que habia llamado y que se apercibió del ruido hecho por la ventana, gritó:

—Abre; Samuel.

—¡Ismael! exclamó con indefinible acento el criado.

—Abre, volvió á decir la voz más impaciente.

—¡Y mi señor que se encuentra en esta situacion! ¿qué hacer?

Y Fortun ni se atrevia á abrir al que llamaba, ni sabia como obrar en aquellas circuntancias.

Aproximóse á Samuel y le dijo:

—¿Ois? llaman.

El astrólogo abrió los ojos, trató de articular algunas palabras, pero su garganta no pudo exhalar más que sonidos completamente ininteligibles.

De nuevo volvió á resonar la aldaba de la puerta cada vez agitada por una mano más impaciente, y

Fortun, tratando de sentar una última prueba, tornó á aproximarse á su amo, y le dijo:

—Señor, ahí está Ismael, el hermano de Esther, el hijo de Rebeca.

Como si estos nombres hubieran sido un poderoso reactivo para el conde de Fuentidueña, dilató los ojos extraordinariamente, é incorporándose por medio de un esfuerzo violento, exclamó con voz sorda:

—¿Dónde está?

—Llamando á nuestra puerta.

—Ayúdame á levantarme y hazle subir.

Fortun estaba atónito.

En aquel momento comprendió todo lo implacable, todo lo terrible que era el deseo de venganza que abrigaba aquel corazon.

Parecia que se habia identificado con su vida, cuando de tal modo, al solo nombre de uno de los objetos de aquella, el mal físico desaparecia bajo el poderoso esfuerzo de una voluntad indomable, y que giraba solamente alrededor de un objeto determinado.

Salió Samuel apoyado en el brazo de Fortun de la cámara en que sufriera tan terrible accidente, y penetró en su laboratorio donde se dejó caer en el sillon que de ordinario le sostenia.

Pocos momentos despues, Ismael penetraba en el laboratorio, diciendo:

—¡Diablo! padre Samuel, sordo estabas, ¿tenias algun tapadillo por aquí?

Y el atrevido alférez fijaba una mirada recelosa en los oscuros ángulos del aposento.

El conde no contestó una palabra.

Parecia absorto en su meditacion, en términos, que de nuevo tuvo que decirle el alférez.

—¿Me escuchas, ó qué diablos tienes?

Samuel alzó la cabeza y posó una mirada indescribible en el jóven, diciéndole con voz reposada.

—El Dios de Abraham venga contigo.

—¿Por fin hablastes? Me alegro, porque ya temia no te hubieses vuelto mudo.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me aconsejes.

—¿Aconsejarte yo?—exclamó con una entonacion tan extraña el converso, que Ismael no pudo por ménos de decirle.

—¿Pero qué tienes, Samuel? parece que te ha picado alguna víbora... ¿Te han pedido acaso alguna droga para dar muerte al condestable, ó á venido la alta y poderosa señora doña Beatriz de Villanueva, mi nobilísima hermana á visitarte?

El conde fijó una mirada escrutadora en el semblante de su interlocutor, y repuso con voz tranquila:

—Has acertado. Esther ha venido á verme.

—Nada de particular tiene; como ya ha parecido el conde de Právia, habrá venido quizás á que la des algun filtro maravilloso para obtener su amor.

—Algo hay de eso; pero tambien ha venido á otra casa.

—¿A qué?

—A quejarse de tí.

—¿Te ha dicho acaso?...

—Todo.

—¿Y qué es todo?

—Que me ha enseñado el pergamino que la has escrito.

—¿Y qué te ha parecido?—preguntó el alférez, cuya voz tembló al hacer esta pregunta.

—Me ha parecido bien.

—¿Es decir que apruebas?...

—Todo lo que tienda á satisfacer una venganza, es justo.

—¿De modo que crees que debo realizar las amenazas que hago en ese escrito?

—No.

—¿Cómo? pues no acabas de decir que santificas la venganza?

—La santifico como idea, pero no puedo aprobar la forma en que tratas de realizarla.

—Habla, padre Samuel, habla, é ilumíname con tus consejos.

—Tú aborreces á Esther, ¿no es cierto?—preguntó el astrólogo fijando una mirada indefinible en su interlo cutor.

—Ignoro si la aborrezco, porque ignoro tambien qué es lo que yo siento dentro de mi corazon.

—¿No deseas vengarte de ella?

—De ella, y de Rodrigo, y del condestable, y del

príncipe y de todos cuantos la miran, la festejan y la adoran. Ignoro si lo que siento son los celos ó es el cariño; no sé si este acerado dardo que me atraviesa el corazon, es la cólera que me causa su desden, ó es el amor frenético que esa mujer ha hecho germinar en mi pecho. Puedo asegurarte que tengo momentos de vértigo, momentos de locura, que mis ojos se cubren con un velo de sangre, y que la mataría sin vacilar.

—¿Y aborreces mucho al condestable?—preguntó Samuel cuyos ojos brillaban de una manera siniestra al pronunciar estas palabras.

—Mucho; por él y solo por él sufro lo que estoy sufriendo. Si él no hubiera puesto á Castilla en el estado en que está, ese maldito Rodrigo no hubiera venido. Esther habria venido á Granada segun habiamos proyectado y quién sabe lo que á estas horas seria de nosotros. Pero vinimos aquí; se presentó en la córte, disputáronse sus sonrisas todos esos corrompidos caballeros castellanos, tú viniste y la hablaste de no sé qué venganza respecto á don Alvaro: los caballeros la abrumaban con sus galanterías; yo tenia que sufrirlas y los celos me desgarraban el corazon; despues vino don Rodrigo y... te repito que aborrezco al condestable como no he aborrecido á nadie; más todavía que á Esther, porque por él me veo precisado á odiar á ella.

—Bien haces en odiarle: aborrécele mucho hijo, porque ese hombre no sabes aún todo el daño que te ha hecho.

—¿A mí?

—Y digo que te lo ha hecho, porque hoy don Alvaro está muy próximo á ser el amante de Esther.

—¿Mientes, judío? gritó colérico el alférez dando un paso amenazador hácia Samuel.

—Te digo la verdad,—contestó friamente el astrólogo.

—¿Pero en qué te fundas?

—En la confesion de la misma Esther.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí; don Alvaro todavía se encuentra bien; es una de esas naturalezas de hierro que halagan y seducen á las mujeres, por más que ya está próximo á pasar el término medio de la vida, y ha sido muy galante, muy audáz y muy enamorado, y cuando ese hombre ha sabido conquistar reinas, ¿por qué dudas que pueda hacer lo mismo con Esther?

—¡Oh! mataré á ese hombre,—murmuró Ismael con voz sorda.

La impresion que le habia causado la revelacion del anciano, le impidió observar la expresion que tomó el semblante de este al escuchar, su terrible amenaza.

Un gozo cruel, una satisfaccion feroz brilló en aquel rostro donde parecia que no quedaba vida alguna, segun lo pálido y abatido que le dejara el anterior ataque.

Contempló silenciosamente al alférez durante un breve espacio, y despues le dijo:

—Mal medio es ese para vengarse.

—¿Crees que la muerte no es la mejor venganza?

—No.

—¿Pues cuál entonces?

—La agonía.

—¿La agonía?

—Sí, una agonía lenta, dolorosa; agonía de meses de años tal vez; agonía que se la va prolongando por medio de la esperanza, que se la hace interminable por el placer que proporciona ver retorcerse el corazon entre esas convulsiones producidas por un golpe recibido hoy, y otro mañana, y otro al siguiente; agonías en que no se derrama una gota de sangre, pero en las cuales se va arrancando el corazon pedazo á pedazo: esa es la manera de vengarse.

El acento conque Samuel pronunciaba estas palabras, infundia miedo.

Vibraba con tal frialdad; habia tanto cinismo y al mismo tiempo una intencion tan dañada, que sus palabras caian como gotas de hielo en el corazon de quien las escuchaba.

Pero que por un efecto especial del organismo que las estaba percibiendo, apenas se disipaba el hielo de de ellas, el fuego que encerraba dentro de sí, prendia sobre aquella materia perfectamente predispuesta y producian un incendio abrasador.

Por efecto de esto, Ismael aproximándose al anciano le dijo con voz sorda, pero que expresaba perfectamente la agitacion de su pecho:

—¿Podrias tú proporcionarme una venganza así?

—Puedo indicarte el medio de llevarla á cabo.

—Habla, Samuel; díme qué debo hacer.

—Ese hombre hay que buscarle las afecciones para herirle en ellas. Deja á los bandos que le arrojen del puesto que ocupa: tú debes buscar otro campo para tu venganza.

—¿Cuál?

—El de su casa, el de su familia.

—¡Oh!—dices bien,—exclamó con feroz alegría el alférez.

—¿Me has comprendido acaso?

—Creo que sí.

—¿Cómo siguen tus amores con doña Juana?

—Es una beldad severa, á quien es necesario arrastrar poco á poco á la pendiente, para que resvale al fin.

—¿Pero confías conseguirlo?

—Sí.

—¿Te ama?

—Lo creo al ménos.

—Eso ya es bastante. Tú sabes que ese hombre descreido y despreocupado para la generalidad de las cosas, tiene en mucho la honra de su nombre y el honor de su casa. Hiérele á ese hombre en la honra y sufrirá horriblemente.

—Gracias, Samuel, gracias.

—Aún no he concluido. Tú conoces á Juan de Luna,

su hijo bastardo, ese hijo á quien tanto quiere, y de quien tan orgulloso está: pues ese hijo debe morir.

—¡Ah! te comprendo, y te doy mi palabra, de que doña Juana encontrará la deshonra en mis brazos, y que el bastardo de Luna morirá de una puñalada.

—Cuando hayas hecho eso, ya habrás dado principio á tu venganza.

—¿Y Esther qué te ha dicho de mí?

—Que queria deshacerse de tí.

—¿Eso ha dicho?

—Sí.

—¿Pero por qué?

—Vosotros sabreis los motivos: ella no es mujer á quien se amenaza impunemente, y tú la has amenazado ya.

—¿Y si yo fuera quien me deshiciera de ella?

—Ya te vengas demasiado, hiriendo al condestable.

—¿Pero supones que ella le ama?

—Sí.

—Tienes razon, —repuso Ismael al cabo de algunos momentos de silencio, durante los cuales una horrible lucha se estuvo librando en su corazon. Si esa mujer le ama, harto vengado estaré con el dolor de él. Y de Rodrigo, ¿no te ha dicho nada?

—No.

—¿Vistes lo que la decia en el pergamino respecto á él?

—Lo he visto.

—Y á pesar de eso, ¿no te ha demostrado la irritacion que debia causarla semejante noticia?

—Parece que, al ménos en la apariencia, lo ha tomado con bastante frialdad.

—¿Y estás seguro de que ella ama á don Alvaro?

—Lo estoy: ¿no recuerdas que noches pasadas, al levantar su horóscopo salia perfectamente aquello del caballero con la corona real?

—Pero don Alvaro no es monarca.

—¡Insensato! Pues su alteza el rey don Juan II, ¿es algo en Castilla? ¿Quién es el verdadero rey más que el condestable?

—Tienes razon, padre Samuel: yo te juro que ese hombre ha de llorar lágrimas de sangre, y que ese llanto será el único que podrá en parte satisfacer mis deseos de venganza.

Pocos momentos despues, el alférez abandonaba la casa del converso Samuel, mientras que este se quedaba murmurando.

—Por Dios vivo, señor condestable, que si de esta hecha no os arrojo al rostro todo el veneno que depositasteis en mi alma, será porque la muerte me sorprenda en mitad de mi camino.

—¿Cómo os sentís, señor?—preguntó Fortun, que entraba en la habitacion en aquel instante.

—¿Y me lo preguntas todavía? cuando me ves próximo á la realizacion de esa venganza, tanto tiempo espera-

da, y por la cual he trabajado tanto, me preguntas cómo me hallo contento, satisfecho, feliz.

El escudero no contestó una palabra.

Fijó en su amo una mirada llena de tristeza y de dolor; contestacion más elocuente que cuantas palabras hubiera podido pronunciar.

CAPITULO XIX.

En que doña Beatriz trabajando en pro del bando rebelde sirve perfectamente á sus intentos particulares.

Han pasado algunos dias desde los últimos sucesos.

Doña Beatriz se encuentra visiblemente satisfecha.

Puesta sobre la pista de Rodrigo con motivo de la noticia dada por Ismael en el pergamino que ya conocen nuestros lectores, ha llegado ha descubrir la casa en que vive Zoraya, y las entrevistas que con ella tiene Rodrigo.

Este ha vuelto á sucumbir bajo la influencia enamorada de la musulmana.

Y no se crea por esto que el carácter de Rodrigo, dotado de una inconsecuencia especial, pudiera amar hoy aquello que aborreció ayer, y aborrecer mañana lo que amaba hoy.

Era una consecuencia lógica de la diferencia de los dos amores que sentia dentro de sí mismo.

Añadamos á esto el carácter especial de nuestro héroe y sus opiniones en determinados asuntos, y comprenderemos que su nuevo amor respecto á Zoraya, no era más que una consecuencia lógica del estado en que le habian puesto los hechos que se relacionaban con Catalina.

Las palabras de doña Beatriz en su encuentro en las galerías de palacio, le impresionaron lo bastante para que no las olvidase con facilidad, obligándole á que por cuantos medios tuvo á su alcance, averiguase lo que de verdad encerraba.

Ferrando le habia dicho que cumplió su encargo, encargo hecho como ya sabemos momentos antes de entrar en batalla con los moros, y sus amigos le corroboraron lo que habia dicho doña Beatriz; es decir, que la jóven era la prometida del conde de Alba y que su casamiento habia de verificarse inmediatamente.

Unamos á esto que el conde en su impaciente afan por tener alguna noticia cierta de Catalina, y viendo que eran inútiles los esfuerzos que para verla hacia, la escribió un dia, esperando con impaciencia el resultado de su carta.

Pero esta habia caido en poder de doña Beatriz.

Ya sabemos que mandaba en la casa de Pero Lopez de Silva durante la enfermedad de este, y nada de extraño tiene que sucediese así.

Rodrigo desconocia por completo la letra de Catalina.

Por lo tanto, nada le fué más fácil á la hebrea que contestar á aquella carta con otra firmada por Catalina, en la que le decia, que estando próxima á casarse con el conde de Alba, y siendo persona á quien no agradaba sostener intrigas que pudieran comprometerla, era inútil que se tomase el trabajo de escribirla ni de intentar verla, porque nada adelantaria con eso.

Esta carta fria, altanera y hasta descortés, produjo en Rodrigo el efecto que doña Beatriz apetecia.

Fué como una masa de hielo cayendo á plomo sobre su corazon, y apagando de repente el fuego de su amor.

Sublevóse el orgullo de nuestro héroe, irritóse contra aquella mujer que de tal modo le despreciaba, y buscando placeres entre los cuales pudiera olvidar aquel cariño con el cual se habia recreado durante tanto tiempo, fué á dar de nuevo con Zoraya que ciega, delirante y enamorada, le envolvió de nuevo en la densa atmósfera de su cariño, atmósfera en la cual, sino olvidó del todo á Catalina, le faltaba muy poco.

Y al volver al lado de Zoraya, ya no volvia Rodrigo arrastrado solamente por una pasion carnal.

El sentimiento tenia su parte tambien, y Rodrigo no podia ménos de apreciar el infinito amor de aquella mujer, amor que con pruebas bien elocuentes le demostrara.

Doña Beatriz, si bien ignoraba todos estos detalles,

conocia el hecho perfectamente y gozaba con el innoble placer de los ángeles caidos, en la misma proporcion que el conde se iba alejando de Catalina.

Al mismo tiempo, y sin descuidar por este amor lo que su interés venia trabajando, el condestable estaba cada vez más enamorado de ella.

Mejor dicho, más que amor, lo que don Alvaro sentia era deseo.

Aquella mujer seductora y provocativa, incitante y atrevida, le fascinaba, le enloquecia y hacia de él un juguete.

Don Alvaro no era de esos hombres á quienes la pasion ciega en tales términos que nada ven fuera de ella.

Veia la terrible situacion en que se hallaba, conocia que él, terrible dominador y altanero, él á cuya sola presencia temblaban los más osados, no era más que un juguete en la presencia de aquella mujer; juguete que ella manejaba á su capricho, arrojándolo lejos de sí cuando mejor le convenia.

Esto lo reflexionaba don Alvaro cuando se encontraba lejos de doña Beatriz.

Entonces formaba el propósito firme de no volver más al lado de aquella mujer.

Pero llegaba la hora acostumbrada, é incapáz de resistir á aquella atraccion que le conducia al palacio de Villanueva, lo olvidaba todo y corria hácia él.

Y muchas veces en presencia de la jóven habíase irritado consigo mismo, proponíase romper aquel encan-

to que le sujetaba, y castigar á aquella mujer que de tal modo abusaba de él, y cuyas intrigas y manejos no le eran desconocidos.

Pero el condestable y doña Beatriz representaban con bastante exactitud al pajarillo y la serpiente de los bosques americanos.

Don Alvaro hacia esfuerzos inmensos para evadirse del círculo magnético, describia á su alrededor, y cuantos más esfuerzos hacia, más se aproximaba á su ruina, más se envolvia en lás redes que le aprisionaban.

En el momento que le presentamos á nuestros lectores han pasado segun ya hemos dicho algunos dias de los anteriores sucesos, y un cambio bastante notable se advierte en el aspecto de don Alvaro.

Su semblante revela las profundas luchas que aquel hombre está sosteniendo con la pasion que le avasalla; luchas impotentes cuyas huellas terribles quedan estampadas en el rostro de quien las sostiene.

Doña Beatriz reclinada en los almohadones que rodean una de las preciosas cámaras de su palacio, adornada segun el gusto árabe, fija una mirada lánguida en el techo de la habitacion, mientras que el condestable devorándola con los ojos se queja de su infortunio y de la desgracia de su suerte.

—¿No me escuchais doña Beatriz?—exclamaba el condestable con reprochador acento: hablándoos estoy desahogando mi corazon en el vuestro, y vos permaneceis indiferente.

—¿Qué quereis que os diga?

—Teneis razon, que habeis de decirme vos que os habeis atravesado en mi camino para aumentar mi amargura y mi desesperacion: al ver la mirada dulce, expresiva é insinuante de vuestros ojos creí encontrar esa apasionada amiga de mi alma, buscada tanto tiempo y no hallada nunca: porque habeis de saberlo, señora, yo me he visto precisado á vivir solo, porque solo vive el hombre que no tiene amor.

—¿Y quereis suponer que no habeis amado?

—No es que lo supongo, es que lo afirmo, lo juro.

—Cuidad no jureis en falso.

—Vuelvo á deciros que he vivido sin amor.

—Recordad, señor condestable que hay dos reinas difuntas ya, que pudieran desmentiros, y una porcion de mujeres nobles y plebeyas que han tenido que llorar vuestro abandono.

—¿Y tratais de confundir el amor de esas dos reinas que no ha sido otra cosa en ellas que la satisfaccion de una pasion impura, y en mí un medio de sostenerme en la posicion que ocupo, con ese amor puro, tierno, desinteresado, verdadero oasis de la vida, donde el espíritu cansado reposa, donde adquiere fuerzas y vigor y energía para luchar de nuevo, y que le alienta, le sostiene y le consuela en los rudos trances de la vida? He tenido muchos amores, señora, es decir, he conocido muchas mujeres, pero en cambio no he encontrado un solo corazon.

—Poco le habreis buscado.

—Estais en un error. He creido encontrarle en vos, y vos misma lo veis, me he engañado tambien.

—Paréceme, señor condestable que sois asáz descontentadizo,—repuso doña Beatriz, arrojando una mirada enloquecedora sobre el desventurado magnate.

—¿Qué quereis decir?

—¿No os recibo en mi casa á horas que la córte no puede ménos de criticar y aun de formar juicios nada favorables á mi reputacion? ¿No es esto un paso demasiado avanzado para ese amor que apeteceis? ¿No os permito que desahogueis vuestro corazon dentro de esta estancia donde solo mi corazon os escucha? ¿No os doy el consejo cuando me le pedís?

—Es verdad, pero vuestro consejo doña Beatriz, es un consejo que me desalienta en vez de alentarme. Nuestras entrevistas hacen arder mi corazon en medio de un fuego terrible, encendido por vuestras miradas y apagado inmediatamente por vuestro acento. Veis mi amargura, escuchais mis quejas, comprendeis toda la sed de amor que en mi corazon existe, y creeis satisfacer esa sed con poner en mis ardientes lábios una sola gota de amor.

—De prisa quereis andar.

—A mi edad, señora, cuando se ha pasado la juventud, cuando la nieve del tiempo principia á blanquear mis cabellos, cuando el porvenir se presenta oscuro y tenebroso, cuando se vé que el pasado ha sido estéril é

infecundo y lleno solo de dolores, se desea de un solo paso recuperar todo el tiempo perdido; se desea con doble ánsia la felicidad y se anhela llegar á la posesion de ella inmediatamente. Si fuese posible doña Beatriz, que vieseis el estado de mi corazon, si en este momento me fuera posible mostrárosle en la palma de la mano, os asustaríais de ver lo ennegrecido y desalentado que se encuentra.

—¿Acaso habeis tenido hoy algun disgusto? ¿Acaso el bando rebelde persiste en haceros la guerra?

—Todos se vuelven contra mí; el dia de hoy no es más que un traslado del de ayer, así como el de mañana lo será del de hoy. Esa nobleza rebelde y á quien me he visto obligado á hacer concesiones para tratar de satisfacer su ambicion, no cesa de hacerme la guerra; aprovechan cualquier momento de descuido que tengo, para introducirse en el ánimo del rey. Ese Alonso de Baena á quien no he hecho más que favores, solo escribe sátiras contra mí, sátiras que el rey como poeta lee con gusto y que como monarca medita algun tanto y comenta en compañía de la reina. Don Suero de Quiñones, el conde de Benavente, el de Castro á quienes no solamente he perdonado, sino que les he devuelto sus villas y castillos, de nuevo se conciertan para destruirme y aniquilarme. Don Juan Pacheco y ese Príncipe que será la deshonra del sólio Castellano el dia en que su padre muera, que el uno me debe su posicion, y el otro la vida, andan en tratos con los rebeldes y el dia ménos pensado

desplegarán al aire su bandera, y otra vez los campos de Castilla se empaparán en la sangre de sus hijos. La reina me acecha sin descanso: ya lo vereis. No tengo en quien depositar mis penas; no tengo una mano que me sostenga ni un corazon que me aliente. ¿Qué quereis que haga, señora? ¿qué quereis que haga?

—¡Matar! mumuró con voz dulce y armoniosa doña Beatriz.

—¡Matar! ¿y para qué? Acaso no he derramado ya bastante sangre? ¿y de qué me ha servido? Siempre me decís lo mismo y sin embargo no es ese el consejo que debierais darme, ni el que yo apetecia. Quisiera otra clase de palabras, quisiera el consuelo del alma, no la excitacion de la cabeza; quisiera veros ménos conspiradora y más mujer.

—Para eso seria necesario tambien que vos no fuéseis favorito del rey y que no tuvieseis enemigos.

—Teneis razon; ¿y vos sois mi amiga?

—Ignoro, qué quiere decir esa pregunta.

—Mucho en estas circunstancias.

—Explicaos.

—Quiero saber si sois mi amiga, porque preveo que una conspiracion está urdiéndose en torno mio y vos debeis saber algo de ella.

—Os aseguro que nada sé.

—¿No habeis visto al conde de Benavente? preguntó don Alvaro fijando una mirada recelosa y suspicáz en el rostro de doña Beatriz.

—Hace algunos dias que no le he visto.

—¿Habeis hablado con la reina algo respecto á mí?

—Hace dias ya que por demás os consta no he puesto los piés en el alcázar.

—Es decir que nada sabeis ó nada me quereis decir.

—Me ofendeis con semejante suposicion.

—No os comprendo.

—Si algo supiese, ¿creeis que yo que soy vuestra amiga por más que lo dudeis, que sino os amo hoy me encuentro muy dispuesta á inclinarme hácia vos, os iria á callar lo que supiera que podia salvaros? Por Dios, señor condestable, que formasteis mala opinion de mí.

—¿Será verdad doña Beatriz, será verdad que vos pudiérais amarme?

—¿Y por qué no?

—¡Oh! seria demasiada felicidad; ¡si viérais que presentimientos tan horribles me asaltan á veces! paréceme que estoy próximo á morir, paréceme que el rey, sacudiendo de una vez ese letargo en que yace tantos años, me entrega en manos de mis enemigos, y qué se yo, las mas espantosas visiones se ofrecen entonces á mi imaginacion, y siento el horrible frio de la muerte, y mi corazon se retuerce en medio de dolorosas convulsiones.

—Delirios, señor condestable, delirios de una imaginacion enferma, y nada más.

—Será cuanto vos querais, pero ese funesto presenti-

miento se me ofrece á cada paso, y me aterra y me aniquila.

—¿Quereis que os dé un consejo?

—¡No he de quererlo, cuando sabeis que siempre os lo demando!

—¿Habeis oido hablar de ese judío converso, llamado Samuel?

—¿Ese médico famoso y astrólogo consumado segun dicen?

—El mismo.

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Id á verle, que os diga vuestro horóscopo: él calmará para siempre vuestras inquietudes.

—¿Creeis que verdaderamente tenga ese hombre la virtud de leer en lo porvenir?—preguntó don Alvaro con anhelo, pues á pesar de su talento no vulgar, participaba tambien de las supersticiones de su época, y creia en la astrología judiciaria elevada entonces á tan alto grado por los hebreos que á élla se dedicaban.

—Tengo la seguridad de que Samuel podrá deciros lo bastante para que quedeis tranquilo.

—¿Y si no fuese así? ¿Y si ese hombre descubriese ante mi vista misterios que hoy permanecen ocultos y llegase á justificar mis temores?

—Tened fé en mís palabras y no dudeis de lo que os digo. Vuestra estrella podrá eclipsarse algunos momentos, pero no puede por ménos de reaparecer brillante y pura inmediatamente.

—Quiero creeros doña Beatriz, quiero creer en vuestras palabras, porque ellas me dan aliento. Sí, voy á ver á ese hombre. Que descorra de una vez ante mis ojos ese velo tras del que se oculta mi porvenir, y bueno ó malo, próspero ó adverso lo conoceré de una vez.

—Samuel es un sábio y podeis estar cierto que lo que él os diga se cumplirá.

—No sé qué extraño poder tienen vuestras palabras, que creo en ellas como un niño, y creeré á ese hombre como un oráculo. Ahora os ruego, que si sois mi fiel amiga, si al uniros conmigo habeis obedecido á una instigacion tierna y amorosa de vuestro corazon, que me ayudeis con todo vuestro poder, que trateis de descubrir entre esos hombres amigos vuestros y que os creen de su bando, el secreto de la frialdad que hoy he advertido en el monarca, del orgullo y altivez que brilla en su rostro y de las misteriosas reuniones que se tiene en el misterioso palacio de «Los caballeros del amor.»

—¡Cómo, ¿suponeis?...

—Sé que en esas reuniones que tienen la apariencia de fiestas de placer se reunen todos los indivíduos del bando rebelde, sin que dejen ingresar en ella á ninguno de mis amigos, y cuando esto se hace en una asociacion que solo es para el deleite, de sospechar es, señora, que otro pensamiento más trascendental se oculte bajo esa apariencia.

—Razon teneis,—repuso doña Beatriz dominando por

medio de un esfuerzo supremo la impresion que las palabras de don Alvaro la causaran.

—¿Lo hareis?

—Confiad en mí.

No trascurrió mucho tiempo, sin que don Alvaro abandonase la casa de doña Beatriz, tomando apresuradamente la direccion de la del converso Samuel ó del conde de Fuentidueña, pues ya sabemos que este título encubria el nombre del astrólogo.

CAPITULO XX.

El horóscopo del condestable.

Apenas hubo salido don Alvaro de casa de la hebrea, dirigióse esta á una mesa que habia en la estancia, escribió algunas palabras en un pergamino, lo enrolló apresuradamente y llamando á uno de sus escuderos, le dijo:

—Toma; acaba de salir de aquí un caballero que va á casa del converso Samuel; es necesario que tú llegues antes y entregues esto al judío.

—Lo haré—repuso el escudero.

—Ahora,—continuó doña Beatriz, tan luego como salió aquel de la estancia,—vamos en busca de Catalina y matemos de una vez en su corazon el amor que todavía profesa al conde.

—Y llamando á otro escudero le dió órden de que preparasen su litera, en la que precedida de algunos hombres de armas se dirigió hácia la casa de Pero Lopez de Silva.

Mientras que estos sucesos tenian lugar, el astrólogo Samuel sostenia una conversacion, asáz interesante sin duda por la atencion que á ella dedicaba con Ismael.

—El alférez fijaba una mirada, respirando venganza, en el judío que trataba de calmar la cólera del jóven.

—Ya no tiene duda, Samuel,—decia el alférez,—cuando me digisteis la otra noche que el condestable amaba á Esther, á pesar de la fé que siempre me han merecido vuestras palabras, dudé; pero hoy ya es imposible la duda.

—¿Con que has visto?...

—Sí; he visto y he creido.

—¿Y qué dices ahora?

—Que necesito vengarme, y me vengaré.

—¿De quién?—preguntó el astrólogo fijando una mirada indescribible en el alférez.

—De ella, de él, de todos cuantos me engañen, y de todos cuantos se han interpuesto entre esa mujer y yo.

Una sonrisa de cruel satisfaccion se dibujó en los lábios del converso, que murmuró:

—Dices bien, hijo. La venganza es lo único que satisface. ¿Seguiste mis consejos?

—Sobre qué.

—Sobre el condestable. ¿Bajo qué pié se encuentran tus amores con doña Juana?

—Próximos á su desenlace.

—Ese es uno de los golpes que más han de herirle.

—Además, en estos dias he procurado ganar la confianza de don Alvaro, y casi tengo la seguridad de poderme apoderar de algunos de sus secretos para volverlos contra él.

—Bien, hijo mio, el dia en que eso suceda seré completamente feliz, porque te habrás vengado de ese hombre.

—¿Pero, y ella?

—Ella... necesita otra clase de venganza.

—No os comprendo, padre Samuel.

—Yo pondré en tus manos un secreto de Esther que te permitirá herir al condestable en el corazon, y destruir todos los proyectos de ella, proyectos que se cifran solo en el poder que la dá el amor de ese hombre.

—¡Oh! ¿si tal hicierais?...

—Lo haré, porque te amo como si fueras mi hijo.

Y el acento de Samuel tembló ligeramente al pronunciar estas frases.

—Sí, mi padre, mi padre sois,—repuso con arranque el alférez.

Samuel fijó una mirada terrible en el jóven; mirada que este no pudo percibir, porque volvió la cabeza hácia la entrada de la estancia sorprendido por un golpe que acababa de sonar á la puerta de la calle.

El astrólogo no dijo una palabra.

Apagó inmediatamente el brillo de sus pupilas, y esperó á Fortun que subia pesadamente la escalera que conducia desde el zaguan al torreoncillo que ocupaba su amo.

—Esto acaban de traer para vos,—dijo presentando á Samuel el pergamino de doña Beatriz.

Abrióle precipitadamente, y apenas habia fijado sus ojos en él, exclamó:

—Gracias, gracias, Dios mio, yo le aterraré, sí; yo derramaré en su alma el temor, y la duda en su corazon.

—¿Qué teneis, padre mio?—preguntó Ismael sorprendido por la agitacion y satánica alegría que habia inspirado al anciano la lectura del pergamino.

—Vete, Ismael, vete al momento,—le contestó.

—¿Qué os pasa? decid.

—Va á venir.

—¿Quién?

—El.

—No os entiendo.

—Va á venir tu enemigo, el mio. ¡Oh! vete, vete antes de que te encuentre aquí.

—¿Pero quién es ese enemigo?

—¿No me has comprendido, desventurado? Don Alvaro.

—¡El condestable! ¿Y á qué viene?

—A que le diga su horóscopo.

—¡Ah!

—¿Comprendes? Voy á tener el derecho de emponzoñar á mi alvedrío su alma, voy á llenarla de terrores. Yo te juro que desde hoy no tendrá una hora tranquila. Yo te prometo que él mismo se lanzará bien pronto en una senda que le conducirá á la muerte; sí, á la muerte.

Diego sorprendido por la entonacion que el judío habia dado á sus palabras, no pudo ménos de decirle:

—¿Tanto le odiais?

—Más que tú, más que todo el mundo. Mi odio solo, bastaria para derribarle de su posicion si ya no le empujasen tanto sus mismos enemigos. Pero vete, vete, puede llegar de un momento á otro.

—Está bien, padre Samuel, me marcho pero no os olvideis de mí.

—Descuida.

Ismael abandonó la casa del astrólogo preocupado por todo cuanto acababa de oir.

Mientras tanto, este se habia levantado de su sillon; cogió una redoma de cristal, arrojó una parte del líquido que contenia en una vasija de barro, y la colocó sobre una trípode de hierro que habia en un ángulo de la estancia.

Despues apagó el velon, dióselo á Fortun y le dijo:

—Toma; la lud de ese filtro hará mas efecto.

Encendió una pajuela y con ella prendió fuego al líquido que puso en la vasija.

Tenia razon Samuel.

La luz que brotó del trípode daba un aspecto ver-

daderamente fantástico á todos los objetos del laboratorio.

Azulados y amarillentos sus reflejos, dejaban caer sobre ellos su cualidad de tintas, y al iluminar estas la fisonomía del anciano, le daban una apariencia diabólica.

Aquella torre ochavada, profundamente agrietada por el tiempo, no contenia más que retortas, crisoles, frascos de formas extrañas, un mochuelo colocado gravemente sobre su percha, algunos esqueletos y un cráneo humano á cuyos ojos naturales habian sucedido unos de cristal que brillaban de una manera siniestra y con los mismos resplandores que los del mochuelo.

Una mesa ancha y robusta ocupaba una gran parte del aposento, y sobre ella, esferas, compases, pergaminos, un reló de arena y un sapo dentro de una redoma de cristal, amen de una porcion de infolios empolvados y roidos por los ratones.

Tales eran los objetos que alumbraba aquella luz extraña y que les daba un aspecto más fantástico y más aterrador que el que en sí tenian.

Concluido de preparar todo lo que creia necesario para el acontecimiento que le indicaba doña Beatriz en el pergamino, sentóse en su sillon y apoyando los brazos sobre la mesa, sepultó la cabeza entre sus manos.

No tuvo mucho tiempo para permanecer en esta postura.

Un golpe seco y fuerte resonó en la mezquina casa.

—Corre Fortun,—exclamó Samuel,—no le hagas esperar.

—¿Pero qué pensais hacer, señor?—preguntó Fortun fijando una mirada de espanto en el conde.

Este le indicó la puerta con un ademan imperativo y le dijo:

—Vé y abre.

El criado obedeció.

Samuel volvió á sumergirse en sus meditaciones, hasta que le sacó de ellas una exclamacion de asombro que escuchó cerca de él.

Alzó los ojos y vió al condestable cubierto el rostro con el embozo de su capa, inmóvil á la puerta del laboratorio.

Don Alvaro no tenia nada de cobarde.

Mas el aspecto que ofrecia el aposento iluminado por aquella luz, tenia tanto de fascinador y de extraño, que no pudo ménos de sentirse impresionado.

—Samuel comprendió lo que pasaba á don Alvaro y le dijo:

—Pasad si gustais, caballero.

—El condestable abanzó silencioso hasta la mitad del aposento, y fijó una mirada escrutadora en Samuel.

Este la sostuvo sin vacilar, y viendo que su misterioso huésped permanecia silencioso é inmóvil, le volvió á decir:

—Servios tomar asiento y manifestarme el objeto que os trae por mi casa.

Don Alvaro se sentó y dijo por fin.

—Mucho me han hablado de tu talento, y he tenido curiosidad de verte.

—Si no ha sido más que la curiosidad lo que os ha traido á mi casa, ya que la habeis satisfecho podeis retiraros.

El condestable exhaló una exclamacion de cólera.

El acento sarcástico y desdeñoso del astrólogo le habia herido.

Este, sin cuidarse de la impresion recibida por el caballero, fijó toda su atencion sobre los pergaminos que habia esparcidos sobre la mesa.

Don Alvaro permaneció silencioso contemplando á aquel hombre que le despreciaba.

De repente, su cólera que rugia sordamente dentro del pecho estalló, y levantándose, dijo:

—¡Miserable judío! ¿Sabes con quien estás hablando?

—¿Todavía estais ahí?—exclamó Samuel separando sus miradas de los pergaminos para fijarlas en el condestable.

—¿Sabes con quien hablas, te repito?

Oscura é incompleta fuera mi ciencia, sino lo supiese.

El condestable se extremeció.

Aquel hombre habia adivinado quién era, cuando él no dejaba visibles de su rostro más que los ojos, y sabiendo quién era le trataba así.

Esto ya era más que bastante para causar admiracion á don Alvaro.

Sin embargo, se repuso y dijo:

—¿Sabeis quién soy?

—Se que os llamais don Alvaro de Luna, y sois el favorito de su alteza el rey don Juan II de Castilla.

—¿Y sabiéndolo, te has atrevido á despreciarme?

—Antes lo habeis hecho vos.

—¡Yo!

—Si señor, habeis despreciado la ciencia; habeis dicho que habíais venido solamente por curiosidad.

—Y es cierto.

Y la ciencia, señor condestable, está por encima de todas las gerarquías, de todas las clases, de todos los hombres.

—Buena ciencia, llena siempre de misterios.

—Misterios para el profano, no para el que la respeta y la comprende.

—¿Y tu ciencia es tan infalible?

—Tanto que vos mismo podeis juzgarla.

—¿De qué manera?

—¿Ella me ha dicho á lo que veníais?

—Por curiosidad.

—No señor.

—¿Por qué entonces?—preguntó don Alvaro con alguna inquietud.

—Para que os diga vuestro horóscopo.

El condestable fijó sus ojos, en los que brillaba una expresion de terror en el astrólogo, y el embozo de su capa cayó, dejando al descubierto su semblante.

Samuel prosiguió:

—¿Y quereis que os diga más?

—Habla,—repuso don Alvaro en voz baja.

—Habeis venido porque una dama os lo ha indicado.

Un relámpago de desconfianza brilló en los ojos del condestable.

Samuel lo vió y se apresuró á decir:

—No desconfieis por eso, señor condestable, no creais que esto es una farsa representada de acuerdo con esa dama.

—Nada os he dicho,—repuso el condestable completamente desconcertado por este último golpe.

—Ya lo sé que nada me habeis dicho, si lo hubiérais indicado, la ciencia entonces era inútil.

—¿Pero esa dama de quien habeis hablado?...

—Ahí ya no llega la ciencia, descubrirá la persona, pero no puede decir su nombre.

—¡Extraña ciencia, que precisamente se detiene en el punto más esencial.

—Es que si hubiese un hombre que poseyese la ciencia en los términos que vos suponeis, es decir, que no solamente descubriese el hecho, sino que lo detallase minuciosamente, seria otro Dios, y harto sabeis que no existe ni puede existir más que uno.

—¿Y estais seguro que esa dama ha sido verdaderamente quien me ha impulsado á venir á veros?

—Si señor. Ella ha sido, mejor dicho, ella á alentado

un deseo que hace tiempo estaba germinando en vuestro pecho.

—Habla con mas claridad.

—Quiero decir, que hace tiempo sentíais el deseo de conocer lo que el porvenir os guarda entre sus tenebrosos pliegues, y que únicamente vuestro orgullo era el que os detenia.

—¡Mi orgullo! ¿qué estás diciendo judío?

—Temíais rebajaros, viniendo á una casa tan miserable como la mia, y únicamente la instigacion de esa dama á quien vos nada podeis negar, ha podido decidiros á semejante paso.

—¿Qué quieres decir? ¿con que yo no puedo negar nada á esa dama?

—Que la amais.

—¡Judío!

—La ciencia no engaña,—repuso con frialdad Samuel.

Hubo algunos momentos de silencio.

El condestable estaba visiblemente impresionado.

Samuel le contemplaba con una mirada insistente que acabó de turbarle.

Por fin le dijo:

—¿Y crees que tu ciencia es infalible?

—Unicamente la voluntad del que todo lo puede, es capáz de cambiar los sucesos que ella anuncie; mas para eso es necesario que el hombre crea en ella y conocido su porvenir sepa evitar los pasos difíciles que ella le anuncie.

—¿Y si esa fé no existe?

—Es inútil entonces interrogarla.

—Y estais bien seguro de poderme predecir lo que ha de sucederme?

—¡De qué me serviría el saber entonces!

—Presuncion tienes.

—No es presuncion señor condestable, si como yo hubierais pasado años enteros estudiando esas estrellas que para vos no tienen significacion alguna, y que para mí son otras tantas luces colocadas por la mano del Hacedor para iluminar el destino de los hombres; si hubiérais investigado los secretos que la naturaleza guarda en el cáliz de una flor, en las entrañas de un reptil ó en el corazon de un hombre, si os hubieseis pasado noches enteras leyendo los libros caldeos y los de nuestros sábios rabinos, entonces no seria presuncion la que tendríais, seria el convencimiento de vuestro propio saber y os reiríais como yo me rio si alguien fuera á deciros: «Tienes mucha presuncion de tus conocimientos.»

—Pero...

—Vuelvo á repetiros lo que antes os dije. Si no teneis fé, inútil será que me hagais pregunta alguna.

—Pues bien, la tengo; quiero conocer lo que me tiene reservado el porvenir. ¿Te atreves á decirme mi horóscopo?

—Sí, señor.

—Pues, habla.

—Permitidme que me ocupe algunos instantes en él.

—Toma el tiempo que quieras.

Y el condestable se puso á recorrer con la vista toda aquella estancia, mientras que el astrólogo hacia sus preperativos para la solemne escena que iba á seguirse.

CAPITULO XXI.

Un horóscopo terrible.

Satisfecha la curiosidad del condestable respecto á los objetos que habia en el laboratorio, circunscribióse toda entera despues en el hebreo segun él le suponia.

Este principió sus operaciones por abrir la ventana del torreon, fijando sus ojos con extremada insistencia en el inmenso horizonte que desde ella se descubria.

Hacia una de esas noches templadas de otoño, y ni el más pequeño celaje empañaba la azulada cortina del firmamento.

Las estrellas, esas luces que segun el dicho de Samuel servian para alumbrar el destino de los hombres, brillaban en todo su explendor.

Largo rato estuvo contemplándolas, hasta que bus-

cando en su mesa, cogió un planetario y trazó en él algunas señales con una tinta rojiza.

Hecho esto, cogió uno de los volúmenes empolvados de que hablamos anteriormente, y se puso á leer una de sus páginas escrita con caracteres caldeos.

Despues tomó de una vasija de barro, un puñado de granos de maiz y los arrojó al azar sobre el planetario.

Repitió tres veces esta operacian recogiéndolos y arrojándolos sucesivamente, estudiando con profunda atencion los lugares en donde caian, y á la tercera vez cogió el mochuelo de la percha y lo colocó sobre la mesa.

El ave cabalística principió á picar algunos granos de maiz, y el astrólogo seguia con supersticioso respeto todos los movimientos del ave y los granos que comia y los que dejaba.

Cuando el mochuelo no quiso más, tornó á colocarle en su percha, y fijando sus ojos otra vez en el cielo principió á hacer varios signos sobre uno de los pergaminos que habia sobre la mesa.

Mientras habia estado practicando estas operaciones, su fisonomía habia ido tomando cada vez un tinte más sombrio y más siniestro.

La sorpresa, la inquietud y el temor, habian ido sucesivamente apareciendo en él, hasta que por fin exclamó:

—Hagamos la última prueba.

Y levantádose del sillon, sacó de una halacena una redoma semi esférica, llena hasta la mitad próxima-

mente, de un líquido azulado, y cogiendo otros dos frascos más pequeños, arrojó algunas gotas de uno de ellos en la redoma grande.

A los breves segundos, el líquido que esta contenia, se puso claro y cristalino como el agua.

Entonces cogió el segundo frasco, vertió una parte de su contenido en la redoma y fijó toda su atencion en ella.

Al principio permaneció el líquido que contenia en el mismo estado que antes.

Pero de repente surgió del fondo de ella una burbuja negra, á la cual siguieron algunas otras, constituyendo el conjunto una gran mancha del mismo color.

Entonces excesivamente pálido y con mano temblorosa agitó la redoma precipitadamente, y volvió á dejarla inmóvil.

El líquido recobró su anterior trasparencia y diafanidad.

Pero á los cinco minutos tornaron á surgir las burbujas y quedó formada la misma mancha.

Sin duda esta prueba fué bastante, porque volviendo á dejar la redoma en la alacena de donde la tomara, murmuró con extraño acento:

—No tiene remedio; lo que estaba escrito debe cumplirse.

Y fijando la mirada en el planetario entregóse de nuevo á sus meditaciones.

En cuanto al condestable, que habia seguido con vi-

sible curiosidad é impaciencia todas las operaciones practicadas por Samuel, no pudiendo contenerse más le preguntó:

—¿Has concluido ya?

El astrólogo contestó con una inclinacion de cabeza.

Entonces se aproximó don Alvaro á la mesa, y fijando su mirada en el pergamino,—preguntó:

—¿Es ese acaso mi porvenir?

—Sí, señor.

—Y esa estrella que se destaca en el planetario, y alrededor de la cual has trazado ese circulo, ¿es la mia?

—La vuestra es poderoso, señor,—contestó Samuel con voz apagada.

—¿Con que es decir, que ha respondido la ciencia?

—Ha respondido, porque la ciencia responde siempre á aquel que sabe interrogarla.

—¿Y ha sido favorable su respuesta?

Samuel vaciló en contestar.

Impaciente don Alvaro por su silencio, le dijo de nuevo.

—¿Decid, ha sido favorable su respuesta?

—No, señor.

—El acento conque el anciano pronunció estas frases, extremeció al condestable.

Sus ojos se fijaron con una atencion extraordinaria en aquel papel, cuyos misteriosos signos no acertaba á descifrar, y dijo sacudiendo bruscamente el brazo del astrólogo.

—¿Acabarás de explicarte?

—Más os valiese no haberme hecho que interrogase á la ciencia.

—¿Qué es lo que me predice para el porvenir?

—Muchas calamidades, poderoso señor.

—¿Pues acaso desde que estoy en el poder, he disfrutado de alguna ventura? Habla, judío: no temás, que me asuste el anuncio de nuevas desgracias.

—Es que las desgracias que os amenazan ahora son de un género muy distinto de las que os han sucedido hasta ahora.

—¿Pues de qué genero son?—contestó el condestable palideciendo,—¿no poseo acaso el favor del rey?

—Mirad, señor, aquí teneis al leon que es el rey: seguid la huella trazada por el ave consagrada y vereis el grano de maiz á los piés de Venus.

—¿Y qué quiere decir eso?—preguntó el condestable que á pesar suyo iba sintiendo un horrible frio en el corazon.

—Eso quiere decir que el rey llegará á ser dominado por la reina. Ahora reparad. Veis los dos gemelos, símbolo de la amistad; pues bien, seguid esa línea que ha respetado el ave y vereis á la serpiente que se enrosca alrededor del robusto tronco, del cual el ave se ha comido un grano.

—¿Pero qué quiere decir eso?—explícate en un lenguaje que te pueda comprender, porque, ¡vive Dios, que todas tus cábalas son incomprensibles!

—Teneis razon: la ciencia no habla más que al sábio; el profano no puede comprenderla. Esos dos gemelos son el símbolo de la amistad, y la amistad os ha sido perjudicial siempre.

—Tienes razon, judío; cuantos amigos he tenido, otros tantos me han vendido.

—¿La veis, esa serpiente que se enrosca? es la amistad; se abraza á vos, que sois el robusto tronco, para heriros en mitad del corazon.

—¿Y si yo la mato antes?

—Ya sabeis que la serpiente, como todos los reptiles, conserva la vitalidad en todos los pedazos de su cuerpo.

—¿Quieres decir con eso que tendré que encenagarme entre la sangre?

—Debeis matar si no quereis ser muerto; y aun matando, no os podreis sustraer á la influencia de vuestro destino.

—¿Tienes todavía que anunciarme mayores males?

—Duéleme en el alma tener que decíroslo, señor; pero habeis interrogado el porvenir, y el porvenir ha contestado.

—¿Ha dicho acaso que perderé mi privanza?

—¡Sino hubiese sido más qué eso!

—¿Qué cosa peor puede decir?—preguntó don Alvaro cada vez más alarmado.

—¿No creeis que es peor que perder la privanza perder la honra?

—¡Miserable!—exclamó don Alvaro con voz de trueno lanzándose sobre Samuel.

Este se contentó con responderle friamente:

—Queríais saber vuestro porvenir, y la ciencia os responde.

El condestable se dejó caer anonadado en el sillon.

En los ojos de Samuel brillaba una cruel satisfaccion.

De repente alzó el condestable la cabeza y preguntó con voz sorda:

—Explícame eso de perder la honra.

—Ved, señor; aquí teneis trazada la huella del ave: primero ha puesto su planta en la luna, despues en la tierra y ha cogido el grano de maiz que habia en el sol. Vos sois el sol, vuestra esposa es la luna, y la tierra...

—¡Acaba, miserable!

—La tierra es quizás alguno de esos amigos que se han enroscado á vuestro tronco, para heriros en mitad del corazon.

El condestable habia escuchado estas tremendas palabras convulso y agitado.

Sus ojos parecian querer saltarse de las órbitas.

Sus apretados dientes rechinaban á impulsos del temblor que agitaba sus miembros.

—Anchas gotas de sudor caian por su helada frente, y todo en aquel hombre demostraba el infierno que rugía en su corazon.

—¿Y quién es la tierra? ¿quién es ese miserable? su nombre pronto, judío.

—La ciencia no dice nombres: no hace mas que significar hechos.

—¿Tiene mas que decirme tu ciencia?

—Mucho, si mas quereis saber.

—Ya me has anunciado que caeré de mi privanza, me has anunciado la deshonra, ¿qué puedes decirme más todavía?

—El porvenir abraza hasta la muerte,—repuso con acento lúgubre el astrólogo.

—¿Y la ciencia te anuncia mi muerte próxima?

—No, noble señor.

—¡Oh! entonces.... antes que mi privanza se derrumbe, antes que esa reina á quien yo he colocado en un trono que no me agradece, incline á ese rey débil encontra mia, yo mataré esas serpientes que tratan de ahogarme entre sus anillos; yo acuchillaré sin compasion á esa nobleza rebelde y turbulenta, ó sucumbiré como noble y caballero en medio del campo de batalla.

—Es que no morireis así,—contestó con voz helada el supuesto hebreo.

El acento de este hombre causó una impresion extraña al condestable.

En aquel momento se olvidó de todo cuanto habia oido para fijar su atencion absoluta en el pensamiento que encerraban las últimas palabras.

Miró con un terror supersticioso al astrólogo, y le dijo:

—¿Qué has querido decir?

—Vos os imaginais la muerte noble, digna y leal de los caballeros en medio del campo de batalla, y no es esa la que tendreis.

—¿Pues dónde he de morir?

—Nada me pregunteis: bastante sabeis ya.

—Habla judío, ya que has tenido valor para desgarrarme el corazon de la manera que lo has hecho, no te detengas.

—Vos lo habeis querido.

—Sí, lo he querido, porque ahora que conozco el porvenir no me aterra. Muchos años llevo de luchar, no me asusta llegar al fin de mi vida luchando tambien.

—Pero perdida la privanza del monarcar ya no podeis luchar.

—Mientes, judío, la lucha es posible hasta el último momento. Habla. ¿De qué muerte he de morir?

—Vos lo habeis querido: morireis en cadalso.

Lo terrible de la prediccion y lo lúgubre del acento de Samuel al pronunciarla, llenaron de terror el corazon de don Alvaro, que pálido, jadeante, horriblemente dilatados los ojos y crispadas las manos, retrocedió algunos pasos.

De repente se exclareció su fisonomía.

Sonrióse con cierto desden y exclamó con un acento indescribible.

—¡Cuán necio soy! he ido á impresionarme por un anuncio semejante, sin pensar que una de las últimas donaciones que el monarca me ha hecho ha sido de un

pueblo que lleva ese mismo nombre. Reponde, judio: es á ese punto al que has querido aludir?

—Vuelvo á repetiros poderoso señor, lo que os he dicho varias veces. La ciencia no determina lugares ni personas; solo afirma los hechos.

—¿Y crees que son ciertos todos esos hechos que me has vaticinado.

—Ciertísimos, señor.

—¿Con que la amistad me envuelve entre sus traidoras redes; caeré del puesto en que me hallo envuelto entre la deshonra de mi casa, y sucumbiré tal vez de una manera ignorada? está bien. Te doy gracias judío, te doy gracias por tus predicciones y en cambio de ellas, toma.

Y el condestable arrojó sobre la mesa un pesado bolsillo que sacó de su limosnera.

—¿No quereis saber nada más?

—¿Tienes algo que decirme todavía?

—¿No le interesa á vuestra señoría saber algo respecto á esa dama que le ha obligado á venir aquí?

—¿Ha dicho tu ciencia algo sobre ella?

—La ciencia dice siempre todo cuanto se refiere á la persona que la interroga.

—¿Y qué dice de esa dama?—preguntó el favorito con la voz ligeramente alterada.

—Dice que ella ha de ejercer una gran influencia para la deshonra que os amenaza.

—¿Nada más tienes que decirme?

—Nada más.

—Está bien.

—Siento que la ciencia haya respondido de la manera que lo ha hecho.

—Nada sientas, porque si tu ciencia es cierta y lo que me has vaticinado se cumple, fuerza y energía tengo sobradas para luchar hasta el último extremo y morir como á Dios le plazca.

Y el condestable, despues de terminadas estas últimas palabras, se envolvió en su capa y salió de la habitacion del nigromante, que se quedó mumurando mientras aquel bajaba la escalera.

—Anda con Dios, miserable. Ya llevas la ponzoña en el alma, y el diablo soplará en tu oido lo que debes hacer para caminar á tu ruina. Sí; las estrellas han hablado con verdad; no es mentira la ciencia que he aprendido. Morirás, no en tu villa de Cadalso, sino en el cadalso afrentoso donde mueren los traidores.

Mientras tanto, don Alvaro habia salido de la casa del hebreo y se dirigia pensativo y caviloso hácia su palacio.

Próximo ya á él, vió un bulto que se destacaba del tapial que formaba uno de los costados del palacio, que se recataba misteriosamente y que parecia evitar su encuentro.

Detúvose el condestable y fijando su vista en él, siguióle largo rato hasta que al pasar por delante de un nicho donde habia una imágen, pudo á la dudosa clari-

dad del farolillo que la alumbraba, ditinguir mejor aquella figura.

Entonces se le oyó murmurar.

—Por mi nombre, que aquel hombre se parece al alférez don Diego de Villanueva. ¿De dónde diablos vendria por aquí? Pero, ¡bah! ¿á mí que me importa? ese maldito astrólogo me preocupa demasiado. La caida, la muerte, la deshonra.... que querría indicarme con esto? Mi esposa doña Juana es harto noble y harto virtuosa para..... ¡pero que diablos! tambien me ha dicho que doña Beatriz ejercerá una gran influencia..... ¿De dónde vendria su hermano, si por acaso lo era ese embozado?... Dejémonos de esas quimeras y pensemos en lo principal. Ocupémonos del rey.

Y el condestable á la par que decia esto, caminaba hácia su casa á la que llegó pocos momentos despues.

Sus presunciones repecto á la persona que habia visto salir del callejon que rodeaba su palacio, eran fundadas.

El señor Diego de Villanueva habia salido momentos antes por una puertecilla que daba á aquel callejon.

Embebido en sus pensamientos caminaba el supuesto hermano de doña Beatriz, cuando de repente se detuvo exclamando:

—Calla, ¡pues no me encuentro frente á la casa de Zoraya! tan distraido estaba que he equivocado el camino. Necesito volver atrás para dirigirme hácia mi casa. ¿Pero qué es aquello?—prosiguió mirando con atencion

á un punto determinado de la calle:—parece que allí hay dos bultos recatándose..... Observemos.

Efectivamente, en el hueco de un portal próximo á la casa de Zoraya, habia dos bultos cuyas facciones no era posible distinguir, porque un espeso manto los envolvia cuidadosamente.

El alférez fué á buscar la misma acera en que se hallaban, y fingiendo que marchaba por una de las bocacalles inmediatas, volvió sobre sus pasos, andando cautelosamente, hasta que llegó á acurrucarse en el umbral de una puerta al lado de la casa en cuestion, é inmediato al portal en que se hallaban los dos bultos, que era el opuesto á la casa de la sultana.

Una vez allí, púsose á escuchar con atencion.

El silencio que reinaba en la calle era tan profundo, que se percibian las agitadas respiraciones de aquellas dos personas.

De repente una de ellas exclamó en voz apenas perceptible.

—¡Cuánto tardan!

—Tened paciencia querida mia. Debe ser cerca de la media noche, y á esta hora acostumbra á salir Rodrigo.

—Diablo, dijo para sí el alférez; esa es la voz de Esther, ¿quién será la persona que está con ella?

—¡Si supierais como sufro!—exclamó la que habia hablado primero.

—La prueba es terrible pero nesaria para curaros vuestro insensato amor.

—Ya sé quién es,—exclamó el alférez.—Mi señora hermana gusta de los recursos extremos. Esa pobre doña Catalina, aborrecerá á Rodrigo conforme le amaba antes. ¡Y Esther le quiere todavía! necesario será que ese hombre sucumba tambien.

Un ligero rumor que se percibió en la puerta de la casa de Zoraya, interrumpió el monólogo del hebreo.

Abrióse aquella sigilosamente, y dos sombras aparecieron en ella.

La una era la de un hombre.

La otra la de una mujer.

Percibióse el rumor de un beso, y una voz trémula que decia:

—Adios Rodrigo, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y la sombra del caballero se deslizó sobre el desigual empedrado de la calle, mientras que la de la dama desaparecia tras de la puerta de la casa.

Tan luego como el caballero abandonó aquel lugar, las dos personas en quienes el alférez habia reconocido á doña Beatriz y á doña Catalina, abandonaron su escondite y la primera dijo con voz recatada á la segunda.

—Ya lo habeis visto y ya lo habeis oido.

—Y quisiera morir, contestó con voz acongojada doña Catalina.

—Venid; apoyaos en mi brazo y vamos á buscar nuestra litera.

Y las dos mujeres desaparecieron por una de las inmediatas callejuelas, mientras el alférez se quedaba murmurando:

—Buen golpe ha estado el de Esther, pero yo sé darlos todavía mejor que ella.

CAPITULO XXII.

Una trama bien urdida.

Al dia siguiente al en que han ocurrido los anteriores sucesos, doña Beatriz estaba visiblemente preocupada.

Repasaba en su imaginacion todos los acontecimientos de la noche anterior, y estos eran los que la producian semejante preocupacion.

Y razon tenia para ello.

En primer lugar su entrevista con el condestable.

Segun de ella se dejaba comprender, el favorito estaba completamente vencido.

Un poco de destreza más y su triunfo era completo.

Merced á sus espías, habia averiguado tanto donde vivia Zoraya, como las horas en que Rodrigo iba á verla.

Por este medio habia conseguido convencer á Catalina de la falsedad del hombre á quien amaba.

Es verdad que este convencimiento podria causar tal vez la muerte de la jóven, ¿pero qué la importaba esto?

Su objeto estaba conseguido, y esto era lo principal.

Ahora solo la faltaba separar tambien del lado de Rodrigo á Zoraya.

Pero esto era mas difícil.

La sultana tenia en su casa dos criados solos, pero fieles, incorruptibles y capaces de dejarse matar antes que su dueña sufriese el menor daño.

Por otra parte, Rodrigo parecia estar muy enamorado, y ella estaba ya segura de haber perdido toda su influencia respecto á él.

Y esto era lo que más la irritaba.

Así era que á la par de su venganza, respecto al condestable, gritaba tambien su venganza hácia el conde.

Largas horas pasó sumida en su preocupacion, hasta que de pronto alzó la cabeza exhalando una exclamacion de alegría.

Su rostro expresaba una satisfaccion cruel.

Brillaban sus negros ojos con un resplandor sombrío.

Habia encontrado ya el medio que con tanto afan buscaba.

Podia vengarse de Rodrigo, sin herirle, sin hacerle el daño físico, que era lo que ella apetecia.

Entregábase al placer que el hallazgo de una idea semejante la proporcionaba, cuando el maestresala que vigilaba las habitaciones exteriores, anunció con voz campanuda.

—El alto y poderoso señor maestre de Calatrava, y el noble conde de Castro.

Semejante anuncio hizo cambiar inmediatamente el semblante de doña Beatriz.

Ahogó la alegría que en él brillaba, dentro de su pecho, y tomó su rostro una expresion de circunstancias, si esta frase se nos permite.

El maestre y el de Castro penetraron en la cámara de doña Beatriz.

Don Pedro Giron y su amigo, personificaban con bastante exactitud á los caballeros de su tiempo.

Habia en ellos una mezcla de rudeza y de galantería, de astucia y crueldad, de franqueza y de doblez que halagaba y repugnaba al mismo tiempo.

Saludaron respetuosamente á doña Beatriz, y despues que estuvieron sentados, díjoles esta.

—Supongo, señores, que nuestros asuntos marcharán con toda felicidad, cuando en vuestros semblantes no veo señal alguna de disgusto.

—Razon teneis;—repuso el maestre,—aunque todavía nos falta bastante para triunfar.

—¡Cómo! ¿Acaso no os habeis entendido con el conde de Haro y con la reina?

—Su alteza no puede adelaptar mucho en el ánimo

del rey, á quien tienen rodeado además, todas las hechuras del condestable.

—¿Y no encontrais medio para separar esas gentes del lado del monarca?—preguntó con acento incisivo la hebrea.

—Se ha intentado varias veces, como vos misma sabeis, pero inutilmente.

—¿Y tan desprovistos os hallais de recursos, que cuando uno fracasa, ya no encontrais otro de que echar mano?

—¿Qué quereis que hagamos?

—Cuando la astucia no consigue triunfar, se emplea la fuerza.

—¡La fuerza! ¿Creeis acaso que si nuestras mesnadas pudieran entrar en Valladolid, tendríamos que esperar tanto? Mas vos lo sabeis, aquí no existen más que las lanzas del rey que son las del condestable, y no hay medio de entablar una lucha.

—¿Y para qué os sirven los bandidos y los pelones del populacho?

—¡Diablo! señora, teneis razon,—exclamó el de Castro, que hasta entonces no habia pronunciado una frase.

—No sé que quereis decir,—repuso el maestre.

—Escuchad, don Pedro, ¿cuántas lanzas tiene el condestable en Valladolid?

—Seiscientas.

—Muchas son, pero no importa.

Los dos caballeros miraban con curiosidad á doña Beatriz que parecia meditar.

Al cabo de un momento les dijo:

—¿Quienes son los caballeros que más influencia ejercen en el ánimo del monarca, y que emplean esa influencia en favor de don Alvaro?

—¿No lo sabeis tan bien como nosotros?

—Ya se que don Rodrigo Nuñez Osorio y el conde de Fuente de Cantos, se separan muy poco del alcázar, pero deseaba saber si alguno más les ayudaba.

—Ya lo creo, están Alonso Perez de Vivero, el mayordomo mayor, y algunos otros; pero exceptuando al contador Alonso Perez, los demás son de poca importancia.

—¿Y ese poeta Rodrigo de Cotta?

—Ese podrá ser muy mucho del condestable, pero respecto al rey, no ejerce la influencia que Juan de Mena.

—Y ese, ¿no quiere entrar en nuestro bando?

—No señora. Tiene escrupulos que causan risa, y no abandona á don Alvaro.

—Pues bien, nos pasaremos sin él. ¿Qué diríais si yo os propusiera un medio para deshacernos del conde de Právia?

—¡Cómo! ¡Una muerte! Sois terrible, señora:—dijo don Pedro Giron sonriéndose de una manera feroz.

—¿Quién os dice que sea preciso matarle para ponerle en estado que no nos perjudique?

—¿Cogerle preso?

—Tampoco. Ya veo don Pedro que vos podreis servir mucho al frente de vuestras lanzas, pero se os alcanza muy poco respecto á esta clase de empresas.

—Confio en aprender algo al lado vuestro,—repuso el maestre inclinándose y con un acento en el cual no sabemos si vibraba más la ironía que el respeto.

Para inutilizar á don Rodrigo, no hay que matarle, no hay que cogerle, no hay más que herirle en medio del corazon.

—¿Y no quereis matarle?—preguntó serprendido el de Castro.

—No, señor conde. La herida de que yo hablo no es la herida abierta con la espada ó con el puñal, es la herida moral.

—Explicaos.

—¿Siguen todavía *Los caballeros del amor* haciendo sus nocturnas espediciones?

Ya lo creo. El príncipe no gusta de que pase una noche en claro y las batidas se rep ten, con suma frecuencia; lo malo es que la caza ya se ha puesto en guardia y es dificil encontrar una preciosa muchacha que tenga la honra de ser cazada por los monteros de su alteza.

Para comprender mejor las palabras pronunciadas por el conde de Castro, acompañadas de una innoble sonrisa, diremos á nuestros lectores lo que eran *Los caballeros del amor*.

Harto conocidas son por la historia las impurezas y

disolucion del hijo de don Juan II, que á la muerte de este, subió al trono bajo el nombre de Enrique IV.

Secundado por aquellos cortesanos, que halagaban sus vicios para hacer de él un arma que esgrimir constantemente contra el condestable, le llevaban de orgía en orgía y de placer en placer, embruteciendo su inteligencia ya de suyo no muy clara, entre el abuso del amor y el abuso de la bebida.

Una noche se le ocurrió á su paje favorito don Juan Pacheco, decir que seria muy conveniente salir por Valladolid y hacer una cacería de mujeres.

La idea fué aceptada con entusiasmo.

Salió la turba capitaneada por el príncipe, y nobles y plebeyas, cuantas jóvenes encontraron, fueron conducidas á las habitaciones que el príncipe ocupaba en el el alcázar.

El escándalo fué mayúsculo.

El monarca tomó cartas en el asunto á instigacion del condestable, y algunos caballeros salieron desterrados da la córte.

Pero esto no fué más que añadir nuevos combustibles al fuego.

Deseóse con nuevo ardor la repeticion de aquellas batidas, y principióse por buscar un local donde pudieran reunirse los caballeros afiliados, sin temor de que el rey pudiera enterarse.

Encontróse un antiguo caseron agrietado y amenazando ruina, restauróse en lo que fué posible, adornóse

con extraordinario lujo, y quedó constituida la asociacion bajo el gráfico título de *Los caballeros del amor*.

Desde aquel momento dieron principio las batidas nocturnas, pero sin el escándalo de la primera.

Omitióse el coger á las damas de la primera nobleza y solo se circunscribieron á las del estado llano, plebeyas y judías.

Las quejas de los parientes de estas desventuradas no eran oidas, y las víctimas de este puñado de miserables, eran conducidas al «palacio de Venus» de donde no salian hasta despues de haber hecho el sacrificio de de su honra.

Tales eran los caballeros por quienes acababa de preguntar doña Beatriz.

—¿Y qué tienen que ver *Los caballeros del amor* con el asunto que nos ocupa?—preguntó el maestre.

—Figurémonos,—repuso doña Beatriz sin hacer caso de él,—que don Rodrigo tiene amores con una mujer hermosísima que le ama con frenesí.

—Nadie se los conoce en la córte.

—Y figurémonos que *Los caballeros del amor* salen una noche, penetran en la casa, roban á la dama y responden á sus gritos y á sus denuestos diciéndola, que Rodrigo harto de ella la ha entregado á sus compañeros de placer.

—Pero. . .

—¿No os parece que don Rodrigo al saber esto por medio de los criados de la dama se pondrá furioso, y no

se ocupará de otra cosa mas, que de averiguar quien ha podido asegurar que él haya dicho eso?

—Es lo natural, y mucho más en el que se precia de respetar á una dama y de hacer frente á un hombre.

—Y desde el momento en que ese hombre herido en medio del corazon, se ocupe solo de su herida, abandonará la cámara del rey, y tendremos una influencia menos en pró del condestable.

—¡Por mi nombre!—exclamó el conde de Castro con explosion,—que sois una mujer admirable, doña Beatriz.

—Soy una mujer que quiere vengarse.

—Pero nos queda todavía el conde de Fuente de Cantos.

—Pero señores; tengan un poco de paciencia, y todo se andará. Ocupándome estoy de él y confío en alejarle tambien.

—Pero esa dama del conde de Právia, ¿dónde está?

—En Valladolid.

—¿Es casada?

—No.

—¿Noble?

—De la primera nobleza.

—Entonces seria aventura que meteria mucho ruido, y no podemos comprometernos ahora.

—Con la dama de quien yo hablo, no existe compromiso alguno, porque aun cuando es noble, su nobleza pertenece á su país; aquí no la conoce nadie.

—¿Pero para llegar hasta ella?

—Nos proporcionaremos una llave de la puerta de su casa.

—En todo pensais.

—Os aseguro que si fuera otro mi sexo, tiempo ha que don Alvaro no existiría.

—¿Con que tanto le aborreceis?

—Más que ninguno de vosotros.

Y la voz de Esther vibró de tal manera, y sus ojos brillaron con una expresion tan terrible, que los dos caballeros no pudieron ménos de extremecerse.

—¿Y á pesar de odiarle tanto le recibís en vuestra casa, y aun segun se asegura alentais su amor?

—Es cierto.

—No comprendo....

—¿No comprendeis que la venganza sepa envolverse en una sonrisa tierna, ó en una mirada de cariño? ¿no es cierto? Eso es porque no sabeis odiar.

—Señora.

—Yo recibiéndole en secreto, alentando su amor, haciéndole que sienta un infierno de celos y de desesperacion en su pecho, me vengo de un modo lento y terrible, hasta que llegue la ocasion de poderme recrear en su agonía. Yo, yo soy la única que podré entregaros al condestable.

—¿Lo creeis así?

—Lo juro.

—¿Y qué haremos al tenerle en nuestro poder?

—¿Qué hemos de hacer?—repuso doña Beatriz con un acento de ferocidad inconcebible,—matarle.

—Verdaderamente que teneis unas preguntas extrañas, conde,—dijo el maestre al de Castro.—¿Creeis que si cogiéramos á don Alvaro, habriamos de contentarnos con quitarle el puesto y concederle la vida? Eso fuera lo mismo que no hacer nada.

—Yo me comprometo, tan luego como nos hallamos desembarazado de esos dos hombres que le defienden y trabajan en su favor, á entregaros al condestable.

—Pero si estamos sin fuerzas.

—¿Creeis acaso que don Alvaro ha de llevar para acudir á una entrevista conmigo un centenar de lanzas?

—En ese caso...

—Tened dispuestas vuestras mesnadas cerca de Valladolid, y tan luego como le tengais cogido, salid de la ciudad y desplegad vuestros pendones.

—Precisamente sobre eso veniamos á hablaros.

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestras gentes de guerra.

—A mi vez me toca no comprenderos, señores.

—Harto sabeis que hace tiempo tenemos nuestras fuerzas en pié de guerra, aunque están ocultas en nuestros castillos.

—¿Dónde vais á parar?

—Todos los caballeros que pertenecemos al bando que hace la guerra al condestable, hemos sacrificado lo que poseiamos para sostener á nuestras gentes, y hoy

todos estamos recibiendo noticias harto desagradables.

—¿Cómo?

—Nuestros soldados murmuran, principian á cansarse, y hay muchos que abandonan las villas y castillos para buscar en los caminos el dinero que nosotros no les damos. Los judíos no quieren adelantar ni un cornado y estamos temiendo que el dia en que queramos echar mano de nuestra gente, no podamos hacer frente á las lanzas reales.

—¿Y qué pretendíais de mí?

—Un favor que vos sola podíais hacer, y que refluiría en beneficio de todos.

—Decid que clase de favor es ese.

—Vos señora, disfrutais de gran favor con la reina y...

—¿Y quereis que yo pida á la reina la cantidad que se debe á vuestros soldados?—preguntó Esther con una entonacion extraña.

—No señora, no es eso.

—¿Entonces?

—La reina puede valerse del rey de Portugal, y éste puede facilitarnos recursos, tanto de hombres como de dinero.

—¿Y es eso todo?

—¿No os parece bien?

—No, señores, contestó con sequedad la dama.

Los dos caballeros, á pesar de ser audaces y atrevidos, quedaron llenos de asombro.

—He dicho que no me parecia bien, porque no creo

digno de los nobles castellanos, mendigar dinero y hombres á nadie, para hacer triunfar su causa.

—¿Entonces, qué pensais?

—Pienso lo que os he dicho ya antes de ahora, que no sabeis vengaros.

—¡Señora!...

—Que no sabeis aborrecer.

—Mas...

—Cuando el deseo de venganza es verdadero, cuando se está firmemente resuelto á vengarse, se sacrifica todo de la manera que yo lo hago. Esperad.

Y Esther con un ademan de reina, indicó á los dos caballeros que permanecieran quietos, y salió de la estancia.

—¡Diablo! señor maestre,—dijo el de Castro así que estubieron solos,—¿sabeis que esta mujer es terrible?

—Quién sabe el misterio que encierra esa mujer.

—No le auguro nada bueno al condestable si cae en su poder.

—Y caerá, no lo dudeis

—Es cierto; por aquello de que lo que quiere una mujer.....

—Lo quiere el diablo,—repuso con voz sorda el maestre.

En este momento apareció Esther en la cámara.

En la mano traia un pequeño cofre de ébano con incrustaciones de oro.

Sentóse, y poniendo el cofrecito en manos del maestre le dijo:

—Tomad, con eso podeis pagar á vuestros soldados. Así es como obran los que quieren vengarse.

Don Pedro Giron abrió el cofre y vió que estaba lleno de joyas de inestimable valor.

Una exclamacion de sorpresa se exhaló de sus lábios, mientras sus mejillas se enrojecian de vergüenza.

—¿Son vuestras alhajas señora?—exclamó.

Sí, señor maestre; son mis joyas de las cuales me deshago satisfecha. Si como yo obrasen todos los caballeros que aborrecen á don Alvaro, hubieran levantado ya un ejército diez veces más formidable que las lanzas reales y las mesnadas de los parciales del condestable.

El maestre permaneció silencioso breves segundos.

Al cabo de ellos dijo:

—Puesto que vos nos dais el ejemplo, por mi fé de caballero os juro que todos le seguiremos

Y volvió á depositar el cofrecito en manos de su dueña.

—¿Qué haceis?—le dijo esta

—No puedo consentir que os priveis de vuestras joyas teniendo nosotros tambien.

—No puedo conformarme.

—Es necesario.

—Pues bien; si no las quereis todas, tomad.

Y eligió entre las alhajas que habia en el cofrecillo algunas que debian ser las de más valor.

—Yo tambien quiero contribuir con mi parte.

El maestre no pudo negarse á esto.

Guardó las joyas de Esther, y la dijo:

—¿Cuándo nos entregareis á ese hombre?

—Muy pronto. Pero Antes habeis de desembarazaros de sus amigos.

—Esta noche se cogerá á esa dama.

—No; ya os avisaré cuando os mande la llave de su casa.

—Como gusteis.

Y los dos nobles, despues de haber cruzado algunas otras frases con la dama, abandonaron su casa murmurando el de Castro:

—¡Diablo de mujer! Tiene ella sola más energía y más resolucion que todos nosotros juntos.

CAPITULO XXIII.

Los caballeros del Amor.

Tan luego como doña Beatriz quedó sola en su aposento, murmuró:

—¡Qué gente! ¿Y esa es la nobleza de Castilla? ¿Esa es la nobleza que trata de vengarse del hijo bastardo de un gran señor y de una mujer como la Cañeta (1)? Mentira parece que corra sangre hidalga por sus venas. Quieren el oro para sí, y piden empréstitos para no tocar á lo suyo. ¡Oh! no os necesito á ninguno, miserables: para vengarme bástome yo sola, y me vengaré. Me vengaré de él y de todos vosotros tambien, que hoy os arrastrais

(1) Creemos que la mayoría de nuestros lectores, sabrán que don Alvaro de Luna era hijo de don Alvaro de Luna, señor de Cañete, y una mujer de oscuros antecedentes de la misma villa, por lo cual sus enemigos más tarde, le apellidaron el «hijo de la Cañeta.»

á mis piés porque me necesitais, y mañana quizás me despreciaríais.

Y quedó pensativa un no muy largo espacio, hasta que incorporándose de repente, exclamó:

—Y yo que ya me habia olvidado de esa mujer y de Fernan. Es necesario que todo esté dispuesto.

Y llamó á uno de sus escuderos, al mismo á quien dias antes dió el encargo de llevar á Samuel el pergamino en que le anunciaba la ida del condestable para que le leyera su horóscopo, y le dijo:

—Mendo, tu eres capáz de servirme con lealtad, ¿no es cierto?

—Señora, sabeis que hace tiempo puse á disposicion vuestra mi brazo y mi voluntad.

—Te salvé la vida y me la ofreciste.

—Y estoy dispuesto á arriesgarla por vos.

—No se trata de tanto ahora.

—Mandad lo que gusteis.

—¿Te acuerdas bien de la casa que te mandé espiar, y donde va todas las noches el conde de Právia?

—Vaya si me acuerdo.

—Es menester que saques en cera el molde de la cerradura, y que mañana por la noche tengas en tu poder una llave.

—La tendré.

—Cuida de no excitar sospechas.

—Ya sé como se hacen esas cosas,—dijo el escudero que tenia más trazas de bandido que de hombre honrado.

—Además, voy á darte otro encargo.

—Hablad.

—¿Conoces bien á don Fernan Comez conde de Fuente de Cantos?

—Sí, señora.

—¿Tienes algun amigo entre su servidumbre?

—Tengo un paisano mio, que á pesar de tratarnos con alguna frialdad, tal vez nos pueda servir.

—Pues bien, sea por ese medio ó por cualquiera otro, es preciso que te apoderes de algun secreto de ese hombre, pero secreto de importancia, ¿comprendes?

—Harto os comprendo, y puedo aseguraros que habeis de quedar satisfecha de mí.

—De ti depende.

—¿Mandais algo más?

—Sí. Toma esas monedas por si acaso te se originan algunos gastos en esas comisiones que vas á desempeñar, y cuenta con que si sé premiar los servicios que se me hacen, castigo tambien sin compasion á los que me son traidores.

—Inútil es semejante advertencia, tratándose de mí, pues debe alcanzárseos que nada ganaria haciéndoos traicion.

—Me alegro que pienses así. ¿Sabes algo de mi hermano?

—Nada nuevo. Que se ha hecho muy amigo del condestable, y que entra con más frecuencia de la que el decoro permite en la cámara de doña Juana de Pimen-

tel, su esposa, cuando don Alvaro no está en su casa.

—Y por la noche, ¿qué hace?

—Dos noches ha entrado despues de sonar la queda por la puerta del callejon que rodea la casa del condestable, y á vuelto á salir muy tarde.

—Está bien. Véte y no te olvides de mis encargos.

Mañana quiero la llave, y el secreto del conde, á la mayor brevedad.

—Tendreis una cosa y otra.

Y el escudero salió, y la dama se quedó combinando planes, cuyos resultados no tardaremos en conocer.

Tres dias despues, y ya bien cerrada la noche, don Rodrigo se encontraba en la misteriosa habitacion que ya conocemos, en casa de Zoraya.

La musulmana habia embellecido doblemente, si su belleza era susceptible de aumento desde el dia que la encontramos en Valladolid por primera vez.

El hallazgo de su perdido bien, producia este fenómeno.

El placer del amor y del amor satisfecho, brillaba en su semblante.

Rodrigo estaba sentado en un divan, y Zoraya á sus piés le contemplaba con religiosa atencion.

Nada turbaba el silencio que reinaba en aquella estancia.

Nuestro amigo parecia estar pensativo.

Una tenáz arruga surcaba su frente, y en vano ha-

bia Zoraya agotado todos los recursos de su amor para hacerla desaparecer.

El conde continuaba preocupado.

—¡Por Allhá te pido,—le dijo por fin la sultana,—que me digas qué tienes! ¿Qué pesar te aflije? ¿Qué dolor te tortura?

—No tengo nada Zoraya, no tengo nada, podria jurártelo.

—¿Es que ya no posee mi amor tu confianza? Habla Rodrigo; ¿no comprendes que tu silencio es peor cien veces que la mas dura palabra?

—Vuelvo á repetirte que no tengo nada. Es decir, tengo una opresion extraña, parece que el presentimiento de alguna horrible desgracia, más horrible todavía, por lo mismo que me es desconocida, me amenaza.

Ignoro lo que siento, si me pidieras la definicion exacta, no te la podria dar, porque no tiene comparacion mi estado más que con lo que te he dicho.

—¿Me juras que es así?

—¿Dudas de mi palabra?—preguntó Rodrigo á su vez con la voz ligeramente alterada.

—Perdóname Rodrigo, perdóname. Si tú supieras cómo me aflije notar en tu acento una vibracion de indiferencia, ó en tu mirada un rayo de frialdad... Me parece que el mundo se acaba para mí, y puedes creerlo, se acabaria, porque yo no puedo vivir sin tu amor.

—No temas que el mio te falte, sultana mia.

—Y díme, eso que experimentas ahora, ¿lo has sentido ya otras veces?

—Sí, y en circunstancias bien terribles.

—¿En cuáles?

—Primero en Francia, el mismo dia en que murió mi primera esposa.

—¡Oh! ¿Y despues?

—Despues, otro dia, horas antes de caer herido en un combate.

—¡Poderoso Allhá! Y en Castilla. ¿has sentido eso tambien?

—Sí, lo he sentido.

—¿Cuándo?

—Cuando cerca de Orihuela caí en poder de los moros.

—¿Y nunca más?

—Sí, el dia en que mi tentativa de evasion fué descubierta.

Zoraya inclinó la cabeza, impresionada por lo que acababa de escuchar.

Rodrigo habia vuelto á su anterior mutismo.

—De modo, que siempre que has sentido eso, has tenido una desgracia, ¿no es así?—preguntó de repente la musulmana.

—Siempre.

—Pero esas desgracias eran probables en la situacion en que te hallabas.

—Desde luego.

Mas ahora no existe esa probabilidad. Aquí no te se ofrece la perspectiva de ningun combate, ni Allhá lo permita tampoco, se lo pido con todo mi corazon. Ya tu ves como ese malestar, no puede ser presentimiento de una desgracia.

—Tienes razon.

—Vamos, Rodrigo, amado mio, haz que desaparezca de tu frente esa nube de sombría tristeza que me llena de angustia.

—¡Pobre Zoraya!—repuso Rodrigo estrechando con amor la linda cabeza de su amada,—te estoy haciendo sufrir, y puedo jurarte que lo siento.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó la musulmana, viendo que Rodrigo abandonaba su asiento:—¿te marchas ya?

Sí, voy á casa del condestable, por si ha tenido alguna noticia de mis lanzas y de las suyas, que juntas regresaban de la última correría hecha por la frontera.

—¡Te marchas tan pronto!—murmuró con un acento lleno de tristeza la dama.

—Tiempo ha que sonó la queda, y aunque el condestable suele recogerse muy tarde; no quisiera molestarle.

—Fuérame doloroso que por mí te detuvieras; mas si fuera posible que vieras el dolor que siento al separarme de tí esta noche!... Todas he sentido nuestra separacion, porque parece que con tu ausencia te llevas mi vida, más hoy no sé por qué me hace más daño.

—Aprensiones, Zoraya,—repuso Rodrigo, que no queria decir á su amada que él tambien experimentaba lo mismo.

—Pues que tú lo crees así, así será.

Lo cierto era, que ambos sin saber por qué, sin poderse explicar la causa, se encontraban tristes y apesarados al separarse, tristeza que hasta entonces no habian sentido.

Pero era forzoso hacerlo, y Rodrigo haciéndose superior á la emocion que sentia, se arrancó de los brazos de la dama y salió á la calle dirigiéndose hácia la casa del condestable.

Zoraya le contempló alejarse con una tristeza inexplicable, y despues cerró la puerta y regresó lentamente á su aposento.

En él estaban Zaida, y Aliatar.

Al verla, ambos la preguntaron.

—¿Qué tienes señora?

—Lo ignoro yo misma.

—Acaso vuestro amor...

—No, Aliatar, Rodrigo se ha marchado lo mismo que yo; parece que nos amenaza una desgracia, y sin embargo, no sabemos adivinar qué pueda ser.

—¡Una desgracia has dicho! Habla sultana, habla, ¿qué recelas?

—No lo se.

—¿Tienes indicios de algo?

—Ninguno.

—Entonces son quimeras de la mente. Tranquilízate sultana, tu fiel Aliatar vela por tí.

En aquel momento sintióse un ligero ruido en la puerta de la estancia, y al volver la cabeza los tres personajes, tres exclamaciones distintas brotaron de sus lábios.

En el umbral habia media docena de caballeros con las espadas desnudas y los rostros cubiertos con antifaces de seda.

Verles Aliatar, sacar la espada, pues ya sabemos que vestia á la usanza castellana, y lanzarse sobre ellos, fué obra de un instante.

En cuanto á las dos mujeres, quedaron inmóviles de terror.

Las seis espadas se cruzaron á la vez con la del musulman.

De los seis embozados uno dijo:

—Desarmadle solamente; Rodrigo no quiere que se le haga ningun daño; nos abandona su querida pero nada más.

Estas palabras fueron á herir como un rayo á Zoraya y á Aliatar.

Este se detuvo, y sus contrarios aprovecharon aquel momento para desarmarle y atarle con unas cuerdas que llevaban prevenidas.

La musulmana con los ojos horriblemente dilatados, no pudo pronunciar mas que, «¡Rodrigo!»

—Por mi fé, que la mora es bocado de rey,—dijo el

que habia hablado ya, posando una mirada ardiente sobre la jóven.

—¡Rodrigo!—murmuraba esta.

—Sí, Rodrigo, vuestro amante que se ha cansado ya de vos, en lo que hace mal, porque sois una hermosa querida, y os abandona en nuestro poder.

—¡Mientes, miserable!—gritó furioso Aliatar haciendo un desesperado esfuerzo para romper sus ligaduras.

—¡Por san Enrique mi patron! que eres atrevido. A ver, ponerle una mordaza á ese perro.

La órden dada por el encubierto que habló primero fué ejecutada inmediatamente.

Zoraya habia caido desmayada al escuchar lo que se referia á Rodrigo.

Zaida, trataba de hacerla volver en sí, pero inútilmente.

—Eh, aparta de ahí, bruja maldita, ahora veras que pronto vuelve en sí.

Y el desconocido cogió á la jóven en sus brazos y se dirigió hácia la puerta.

Pero Zaida desesperada, se abalanzó al raptor de su señora, y tal vez este embarazado con la carga que llevaba no lo hubiera pasado muy bien, á no sujetarla algunos de los que le acompañaban.

—Atar á esa bruja tambien. Ya podia Rodrigo habernos dicho algo,—murmuró el encubierto saliendo de la estancia.



—A fé de Enriquillo que la muchacha bien merece el trabajo que nos hemos tomado.

Ataron á Zaida, aunque no de la manera que lo hicieron con Aliatar, y un momento despues se encontraron los raptores en la calle.

A corta distancia de la casa habia una litera.

Depositaron en ella á Zoraya, y el que la habia conducido volviéndose á sus compañeros, les dijo:

—A fé de Enriquillo, que la muchacha bien merece el trabajo que nos hemos tomado.

—Ya habia tenido el honor de indicárselo á vuestra alteza.

—Gracias, don Juan Pecheco, estoy contento de tí. Ahora señores, corramos al palacio de Venus.

Dióse órden á los jayanes que conducian la litera, y toda la comitiva se puso en marcha.

Apenas salieron los embozados de la habitacion de Zoraya, Aliatar que se ahogaba con la mordaza que le habian puesto, fijó una mirada elocuente en Zaida.

La vieja comprendió lo que aquella mirada queria decir, y se puso á hacer esfuerzos extraordinarios para romper sus ligaduras.

Estas como ya hemos dicho, no fueron tan fuertes como las del musulman.

Comprendieron que era más débil que aquel y la trataron con alguna consideracion.

Así fué, que al cabo de un buen espacio de movimientos supremos, consiguió verse libre.

Inmediatemente corrió adonde estaba Aliatar.

El desventurado se hallaba próximo á sucumbir.

Zaida le quitó la mordaza, y aunque con sumo trabajo desató sus ligaduras.

Aliatar trató de levantarse, pero inútilmente.

Volvió á caer bajo el peso de la misma emocion que sentia.

Necesitó algun tiempo para reponerse, y cuando lo hubo conseguido, cogió su espada y se lanzó á la calle.

Cuando regresó á la casa estaba próximo ya el dia.

Zaida estaba llorando.

Al verle fijó en él sus ojos.

—Aliatar debió comprender lo que aquello queria decir, porque contestó con voz sombría:

—Nada he podido descubrir, pero yo la vengaré.

Y se sentó en el divan y escondió el rostro entre sus manos.

Cuando ya fué bien de dia alzó la cabeza, se levantó, cogió un puñal, ciñóselo en la cintura y envolviéndose en su capa se dispuso á salir.

Entonces Zaida se acercó á él y le dijo:

—¿Dónde vas?

—A matar á don Rodrigo.

—¿Crees que haya sido él?...

—Sí.

—Entonces haces bien, ve Aliatar, y ya que no puedas salvarla, véngala.

El musulman se lanzó á la calle.

Algunas horas despues, doña Beatriz recibia un pergamino que decia lo siguiente:

«Rodrigo ha recibido ya el golpe en mitad del corazon.

»Pronto sabrá lo sucedido.

»Hoy no tendrá ya el rey más que un guardian.

»Decidnos que debemos hacer.»

Esther permaneció algunos segundos meditabunda, hasta que cogiendo otro pergamino escribió en él:

»Esta noche, despues de la queda estad dispuestos en el callejon que está á la derecha de mi casa.

»Vos y tres caballeros más entrareis hasta mi antecámara.

»Mandad órdenes á vuestras gentes de armas para que se aproximen inmediatamente á Valladolid.

»No desperdicieis la ocasion que se os presenta.»

Enrolló cuidadosamente el pergamino en que acababa la hebrea de escribir estas palabras, sellólo con su sello, y se lo entregó al portador del que habia recibido.

Al mismo tiempo que esto sucedia, el alférez de la guardia morisca sentado en el laboratorio de Samuel, le decia:

—Os aseguro, padre Samuel que de hoy no pasa.

—Trabajo te cuesta,—contestó el conde.

—Es una fortaleza que no se rinde tan fácilmente.

—Pues las damas castellanas no tienen hoy la mejor fama de mujeres fuertes.

—Lo que es doña Juana se resiste hasta el último extremo, pero ya veis lo que ella misma me dice:

—¿Y cómo te has compuesto para obtener esa llamada tan impaciente?

—Escribiéndola hoy un pergamino, participándola mi resolucion de marchar á las fronteras de Andalucía, y hacerme matar por los moros, toda vez que ella no me amaba.

—No ha estado mal,—repuso Samuel con una sonrisa horrible.

—Y ya veis, no dice este pergamino más que tres palabras, pero son suficientes. «Venid esta noche.»

—Bien, hijo bien, que me place ver que vas á herir á ese hombre donde precisamente le duele más.

—A vos lo debo todo, padre Samuel, á vos, á quien deberé tambien mi venganza sobre Esther.

—Ya te dije que podias contar conmigo para todo.

—Conque ya sabeis lo que va á suceder. Preparadlo todo para que dentro de dos dias sepa el condestable lo que esa mujer me escribe.

—Lo sabrá, yo te lo prometo,—repuso con un acento indefinible el astrólogo.

—Guardáos de decírselo antes, porque yo no podré ocultarme antes de dos dias, y ese hombre seria capáz de matarme, y yo no quiero morir todavía.

—Lo sabrá á su tiempo.

—Está bien. Ya vendré á veros.

—El Dios de Israel sea contigo.

Y el alférez abandonó la casa del falso judío, mientras que este se quedó murmurando.

Por fin se acerca la hora de la apetecida venganza; por fin ese hombre va á dar principio á su lenta agonía, sí, porque ha de ser muy lenta. Unicamente así podria satisfacerme.

Y la cabeza calló entre sus manos, y así permaneció largo tiempo hasta que la llegada de Fortun interrumpió su sombría meditacion.

—Señor,—le dijo,—esta carta han traido para vos de parte de doña Beatriz.

El conde tomó el pergamino que le presentó el criado, y leyó lo siguiente:

«Esta noche quedaré vengada.

»El condestable viene á una cita de amores, y en vez de ella se encontrará con mi venganza.

»Si quieres participar de ella, ven despues de la queda.»

—No,—exclamó Samuel despues que hubo leido,—no iré, pero estorbaré esa venganza. Yo no quiero que muera el condestable todavía, porque su vida es á mí á quien pertenece. Yo le salvaré esta noche.

Y cogiendo apresuradamente un pergamino se puso á escribir.

CAPITULO XXIV.

Donde se vé lo que sucedió aquella noche en casa del condestable de Castilla.

Rodrigo habia pasado una noche terriblemente agitada.

Estuvo segun dijo á Zoraya en casa de don Alvaro, este le dijo que sus lanzas debian estar muy cerca de Valladolid, segun las noticias que habia recibido.

Retiróse á su vivienda, pero no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Ya bien entrado el dia, rindióle el mismo cansancio, y dando órden á sus criados de que no le molestasen se quedó dormido.

Su sueño fué agitado.

Cien horribles pesadillas le asaltaron durante aquellas horas, hasta que una voz bastante conocida le despertó.

Era la del conde de Fuente de Cantos.

Abrió perezosamente los ojos Rodrigo, y dijo apenas le conoció:

—Cuanto me alegro que me hayas despertado.

—Pues precisamente á mí, es lo que mas me molesta, tanto, que he dudado algun tiempo en hacerlo.

—He pasado una noche terrible.

—Ya me ha dicho Ferrando que habias dado órden de que no te incomodaran.

—Pero esa órden, ya saben mis criados que no debe ni puede aplicarse á ti.

—Gracias, amigo mio. ¿Pero qué tienes?—prosiguió Fernan, reparando en la preocupacion de su amigo.

—¿Lo sé yo acaso? Desde ayer que están asaltándome no se qué sombríos presentimientos que me hieren, y no me dejan estar tranquilo.

—Lo mismo me sucede, aunque yo creo tener un motivo.

—¡Motivo!

—Sí. Hace dos dias he creido ver un encubierto que me sigue do quier que voy, y aunque varias veces he tratado de arrojarme sobre él y descubrirle, ha desaparecido siempre, sin que hasta ahora sepa quien es. Ahora mismo á la puerta de tu casa me ha parecido verle tambien, y cuando me he lanzado en su persecucion, ya no le he visto.

—¡Diablo! ¡Sabes que eso es interesante!

—Pues te confieso francamente que me desespera y me preocupa mas de lo que quisiera.

—¿Has visto al condestable?

—Acabo de dejarle á las puertas de Valladolid, pues creo que va al monasterio del Abrojo á ver á su gran amigo Alonso de la Espina.

—¿Y quién le acompaña?

—Sus escuderos y algunas lanzas.

—¿Por qué no has ido tú?

—Yo tengo que hacer en Valladolid.

Rodrigo se puso mas pensativo y á pesar de que Fernan estuvo allí mucha parte del dia, fueron pocas las palabras que entre ambos mediaron.

Cuando Fernan salió de casa de su amigo, era ya muy cerca de anochecer.

Rodrigo quedó solo, y volvió á abismarse en sus meditaciones.

No hacia mucho que se hallaba en este estado, cuando entró Ferrando y le dijo:

—Señor, ahí ha llegado un embozado con la pretension de veros; no quiere decir su nombre y tres veces con esta se ha llegado á la puerta en demanda de veros.

—¿Y por qué no se me ha avisado?

—Como habíais dicho que no os molestaran, y además estaba el señor conde de Fuente de Cantos.

—Bien; hazle que entre.

—Reparad que viene embozado y no ha querido decir su nombre.

—¿Ya volvemos á tus recelos y tus temores? Anda Ferrando, dí á ese hombre que pase.

El escudero salió refunfuñando y poco despues Aliatar embozado completamente, penetraba en la cámara.

Una vez solos, dijo Rodrigo:

—Hanme dicho que deseabais hablarme.

—Y han tenido razon. ¿Me conoceis?

Y el musulman se desembozó.

—¡Aliatar!—exclamó Rodrigo presintiendo algo de terrible al reparar la fisonomía del moro.

—Sí, Aliatar soy; ¿y sabeis á lo que vengo?

—Habla, habla.

—Vengo á mataros.

—¡A matarme!—exclamó Rodrigo como si no hubiera comprendido bien.

—Sí; á mataros como á un perro por infame, por villano y por mal caballero.

—¿Y Zoraya?—preguntó Rodrigo, que casi no se habia hecho cargo de los anteriores denuestos.

—Vos lo sabeis mejor que nadie; vos que la habeis vendido cobardemente á vuestros amigos.

—¿Qué dices?—gritó con explosion Rodrigo, arrojándose de repente sobre Aliatar y cogiéndole con fuerza por un brazo. ¿Qué dices? Habla por tu vida infiel.

Aliatar era demasiado buen fisonomista, y además habian pasado ya muchas horas desde el rapto de Zoraya, y por lo tanto, pudo meditar con calma.

Así fué, que en la impresion recibida por Rodrigo, y

en la expresion de su fisonomía, comprendió que si era culpable lo fingia admirablemente.

—Habla, habla por tu vida,—repetia Rodrigo.

—Zoraya ha sido robada esta noche.

—¡Robada!

—Sí, robada por vuestros amigos, robada porque vos se la habíais vendido segun dijeron.

—¡Poder de Dios! ¡Miserables de ellos quien quiera que sean! ¿Estás cierto de lo que dices?

—Tan cierto, que he venido aquí para mataros.

—¿Y has podido creer?... ¡Oh! pero yo los encontraré, yo sabré quienes son y ¡ay! de ellos. ¿Conociste á alguno? ¿Escuchaste algun nombre?

—Ninguno. Iban cubiertos con antifaces.

—Pues bien, vamos á buscarlos.

Y Rodrigo asió convulsivamente la mano del musulman y le arrastró hácia la puerta.

Aliatar estaba aterrado á su vez.

En el extravío de las miradas del conde, en el furor de que éste se hallaba poseido, encontró algo que le infundió miedo.

—¿Pero no veis que apenas estais vestido?—le dijo.

—¿Y eso qué importa? Vamos á buscarla.

Y Rodrigo seguia arrastrándole hácia la puerta.

—Mas en el momento en que llegaban á ella, se abrió y Ferrando apareció con un pergamino.

La aparicion del escudero hizo al conde recobrar la razon.

—Señor,—le dijo;—esto acaban de traer para vos.

Tomó Rodrigo el pergamino, y durante un buen espacio le estuvo dando vueltas entre sus manos.

Por fin lo abrió y se puso á leer.

A medida que adelantaba en su lectura, temblaban sus manos y empalidecia su rostro.

Por fin murmuró con indefinible acento:

—El infierno se conjura contra nosotros.

—¿Os dicen algo de Zoraya?—preguntó Aliatar.

—No, mira:

El pergamino era un anónimo escrito por Samuel, en que participaba al conde que don Alvaro corria un grave peligro aquella noche; que si queria salvarle estuviera despues de la queda al frente de sus lanzas delante de la casa de doña Beatriz, y que saltase al jardin y penetrase en la casa.

Rodrigo quedó aterrado.

Ya era de noche y no contaba con fuerzas para rechazar cualquier ataque.

De pronto alzó su cabeza.

—Ferrando,—dijo;—monta á caballo y parte al camino de Búrgos hasta que encuentres mis lanzas que ya deben estar cerca, y condúcelas á las espaldas del palacio de Villanueva. Haz que se armen mis pajes, mis escuderos, todos los hombres de mi casa, y manda á uno de ellos á buscar al conde de Fuente de Cantos, á Alonso Perez de Vivero y á Rodrigo de Cotta, y que armen á todas sus gentes y que vengan aquí al instante. Corre,

que los momentos son preciosos. Manda tambien un ginete á la abadía del Abrojo, y si está allí el condestable que le diga que no entre en Valladolid esta noche. No te detengas.

Ferrando salió á cumplir las órdenes de su señor, y momentos despues toda la casa se hallaba en movimiento.

—¿Y yo qué hago? dijo Aliatar.

—Ven conmigo si quieres. Antes que el amor es el deber. Yo tengo el corazon destrozado, y ya lo ves; voy primero á salvar al condestable si aún es tiempo.

Iba á replicar Aliatar, pero una gritería espantosa atrajo toda su atencion.

En aquel momento entró un escudero.

—¿Qué es eso?—le greguntó Rodrigo.

—Que ha estallado un motin, y esas voces que escuchais, señor, son voces que piden la cabeza del condestable.

—Pronto, pronto,—exclamó el caballero;—armaos y vamos á ver lo que valen unas cuantas espadas leales para cien puñales de asesinos.

No trascurrió mucho tiempo sin que el conde de Fuente de Cantos, Alonso Perez y algunos otros caballeros seguidos de sus gentes se encontrasen reunidos en casa de Rodrigo.

Este les enseñó el pergamino y les dijo:

—Si las lanzas reales y las mias no llegan á tiempo, creo que seremos vencidos, más eso no debe importar-

nos; los que de buenos se precian deben demostrarlo en semejantes casos. Vos Fernan, dirigios al alcázar con vuestros escuderos, y los demás que vengan conmigo.

Poco despues, las dos comitivas salian á la calle tomando cada una opuesta direccion.

En aquel momento sonaba el toque de la queda en todas las iglesias de Valladolid.

CAPITULO XXV.

Una aparicion inoportuna.

I.

Aquella misma tarde Ismael habia recibido una carta de doña Beatriz que solo le decia:

«Necesito verte esta noche.

»Al momento que suene la queda ven á mi casa y escucharás de mis lábios lo que tanto deseas y yo tengo tanta impaciencia por decirte.»

El alférez besó con entusiasmo aquella carta que para él representaba toda su ventura, y murmuró:

—La suerte me proteje. Esta tarde será mia doña Juana; podre herir de muerte á ese hombre, y esta noche Esther caerá en mis brazos.

Y sonriendo con tan seductoras esperanzas, vistióse con más esmero que de costumbre y se lanzó á la calle.

Diego sabia que el condestable pasaria el dia en el Abrojo y no temia que interrumpiese su entrevista con doña Juana.

Así fué, que se dirigió á su casa sin vacilar.

Hácia las cinco de aquella tarde, una calma y una tranquilidad extraordinaria, reinaban en el palacio del poderoso privado.

En el fondo de su rica y extensa cámara, sentada en un blasonado sillon, doña Juana de Pimentel, esposa del condestable, se encuentra asáz preocupada.

De pié junto á ella nuestro conocido Ismael, ó Diego de Villanueva, luciendo su airosa figura mal encubierta, bajo los pliegues de su blanco alquicel, fijaba una mirada intensa en doña Juana.

Al presentar á nuestros lectores este nuevo personaje, no podremos ménos de darles algunos antecedentes.

II.

Doña Juana de Pimentel, era diez años antes una bellísima jóven, de mirada dulce y tranquila, mejillas sonrosadas, lábios de coral siempre sonrientes, talle voluptuoso, y pié y mano de niño. Sin haber sentido el amor; su padre, con algunos puntos de ambicion, vió en don Alvaro una potencia que se elevaba; pensó que aquel hombre llegaría á ser el primero en la córte, que él, como casi toda la nobleza estaba siempre en lucha con la

corona, y que le sería muy conveniente estar emparentado con el hombre que le pudiera hostilizar, y como las mujeres en aquella época eran aún cosa que servian solo, ó para monjas, ó para sellar pactos y afirmar alianzas, la presentó al paso del favorito, que ansioso de grandeza y de añadir á su blason otro, aunque tuviese la barra de bastardía, toda vez que este bastardo era hijo de don Enrique II de Castilla, la vió, le pareció bien, la pidió á su padre, y su desposorio se verificó con la pompa que á tan elevados personajes correspondia.

Conseguido el objeto, doña Juana quedó arrinconada en su cámara como un mueble inútil, y del que ya se ha sacado todo el partido que se queria.

Casada sin amor, iniciada en ciertos misterios de la vida, y abandonada más tarde, las pasiones que yacian dormidas en el corazon de la esposa del condestable, se despertaron con doble fuerza, y en las inmensas soledades de sus aposentos vertió bastantes lágrimas y exhaló algunos suspiros.

De ese modo pasó algunos años, al cabo de los cuales se la ocurrió mirarse á una ancha luna de acero bruñido, que tenia en su tocador, y se encontró asáz hermosa para no encontrar algun consuelo.

III.

Presentóse en los saraos y en las fiestas, pero el carácter severo y enérgico del condestable alejaba de su esposa las adoraciones, y solo se la tributaban esas galanterías que los caballeros de todos tiempos han tributado á las señoras.

Doña Juana se desesperaba, y su deseo acrecia más y más.

En esta época se presentaron en la córte Ismael y Esther, bajo los nombres de doña Beatriz y don Diego de Villanueva.

Al ver á ella se enfureció de celos.

Al ver á él, suspiró de impaciencia.

Pasaron dias, y el alférez se entregaba á otros amores que la hacian temblar de cólera.

Y ella guardaba para él sus más seductoras sonrisas.

Sus miradas más lánguidas, más excitantes.

Su acento más suave, más acariciador.

Y sin embargo, Diego nada la decia.

Y ella le maldecia, y despues le amaba más.

Por fin, llegó un dia en que la miró con más atencion, y ella devoró aquella mirada.

Se llegó á hablarla, el amor se mezcló en su conversacion, y aspiró con delicia aquel lenguaje que no habia oido jamás.

Y su corazon se dilató, se vivificó, por decirlo así, y en pocos dias, bajo el influjo de aquella pasion, se trasformó; su hermosura se desarrolló, y al cabo de diez años de casada, en la época que la presentamos, era de las primeras damas de la córte, en cuanto á belleza.

El condestable, entregado á sus sueños de ambicion, siempre con conspiraciones que ahogar, con enemigos que descubrir, y un si es no es, amando á doña Beatriz de Villanueva, ni pudo atender á la revolucion que se operó en su esposa, ni pudo sospechar la causa de ella.

Dados estos ligeros antecedentes, necesarios para el mejor conocimiento del personaje, continuaremos nuestra narracion.

IV.

Al cabo de algun tiempo de permanecer silenciosa doña Juana, alzó sus bellos ojos, y con un acento un tanto dolorido, dijo:

—¡Vos no me amais, Diego!

—¿Por qué señora?—preguntó el alférez.

—Porque si me amárais, no me diríais lo que acabais de decirme, y lo que habeis escrito en este malhadado pergamino.

—¿Qué no os amo yo? preguntadle al aire que recoge en su vuelo los suspiros que lejos de vos exhalo, preguntadle á las paredes de mi estancia, á todos los si-

tios donde voy, mudos confidentes de mis amores, si os amo: interrogue vuestro corazon al mio, y verá si en él hay, no amor, adoracion sin límites, suprema, infinita hácia vos, señora. ¿Qué os he dicho yo para que digais que no os amo? decídmelo, porque yo no lo recuerdo.

—Me habeis pedido mi honra, y si me amais como decís, comprendereis que por lo mismo que yo os adoro, no debo acceder á vuestra peticion.

—Siento haberme equivocado, señora,—contestó el alférez con un acento en que se advertia un profundo dolor.

—¿Por qué?—preguntó sorprendida y anhelante doña Juana de Pimentel.

—Porque creí que habia encontrado el corazon que buscaba, porque yo, cansado de ver villanas que se me rendian, porque las honraba demasiado el que un caballero las dijera amores; damas que me tendian sus brazos, y con las manos recogian las joyas que las regalaba, ó me dejaban á mí por otro amante, cansado, en fin, de ver el vicio en toda su hediondez, y la degradacion en su mayor grado, deseaba encontrar una mujer honrada, de quien el vulgo nada tuviese que decir; una mujer que á una altura superior á la mia, no pudiese yo nunca creer que esta mujer me amase por el interés; una dama como vos, que aunque casada, tuviera el corazon vírgen de amores, y me entregase su tesoro, que yo le guardaría en lo profundo de mi alma; una mujer que teniendo algo que sacrificar, no vacilase en hacerlo, cayendo en mis

brazos ruborosa y palpitante, entregándome su honra, como lo habia hecho con su corazon; una mujer, en fin, que fuese mia, exclusivamente mia, pues aunque llevase el nombre de otro, á aquel se entregaba por obligacion; á mí por el corazon, por el amor, es decir, por los únicos lazos poderosos que hay en la vida. Todo esto, señora, que yo habia soñado, que creí encontrarlo en vos, vos misma me habeis hecho conocer que me he engañado.

V.

Era tan triste el acento del alférez al pronunciar las últimas palabras, que doña Juana, con voz sofocada por los sollozos, fijando en el jóven una mirada lánguida, dolorida, intensa, levantándose hasta poner sus lábios tan cerca de su rostro, que casi su aliento le rozaba la mejilla, murmuró:

—¿Pero y mi deber?

—¡Vuestro deber! ¿vuestro deber decís, señora? Un deber que se os ha impuesto y que vuestra alma rechaza, un deber que no lo es, porque si el condestable se casó con vos, fué por su ambicion, por añadir un timbre más á su blason, y si vuestro padre asintió á ese casamiento, fué porque adivinaba el futuro poder de vuestro esposo, es decir, que ambos especularon con vos.

Los ojos de la esposa del condestable se llenaron de lágrimas, que resbalando por sus mejillas, esparcian por

su semblante una belleza triste, que la daba un doble atractivo.

Las duras palabras de Diego al levantar aquel velo que ella misma se habia atrevido á descorrer, aunque comprendia todo el cieno que á través de él habia, la afectaban doblemènte; pensaba en la inmensa dicha que hubiera podido poseer si cuando soltera hubiera conocido á Diego, felicidad que ya habia muerto, pues no podia amarle abiertamente: la sociedad que sacrifica á una mujer, ligándola con vínculos que no comprende, hasta el momento en que su alma despierta del letargo, y que la pide cuentas estrechísimas, si por un acaso busca la dicha que ella misma le ha arrebatado, se interponia cual un espectro aterrador entre ella y Diego.

El alférez contemplaba la lucha que estaba sosteniendo doña Juana, y temblaba por su resultado. La rendicion de la esposa del condestable, no significaba solo para él el triunfo de una mujer jóven y hermosa, significaba la venganza de doña Beatriz, y el premio que de ella conseguiria.

VI.

Por fin, la dama con voz un tanto conmovida, le dijo:

—Me habeis herido, Diego, me habeis mostrado la verdad desnuda, y no sabeis cuanto daño me habeis hecho.

—Sensible me ha sido, señora, porque un dolor vuestro lo siento yo mil veces más, pero era necesario; era preciso que vos conocierais la infamia del tráfico que con vos se habia hecho, para que aceptárais con doble entusiasmo mi cariño, para que llegue un día, en que completamente desengañada de esos falsos deberes que la sociedad os ha impuesto, os arrojeis delirante en mis brazos, os entregueis por entero á mí, que os juro guardar en lo profundo de mi alma el depósito sagrado de vuestra honra: ¿hay alguien en el mundo que os ame más que yo, señora? Decidmelo, ¿ha habido alguna persona que compadecida de vuestros dolores se haya atrevido á arrostrar la cólera de vuestro esposo para consolaros? ¿Hay alguien que viva como yo con vuestra mirada, sonria con vuestra sonrisa y llore con vuestras lágrimas? Decídmelo, señora, y si existe, la juzgaré más digna de vuestro amor, más digna de que la entregueis ese tesoro de ternura que tanto ansío, y cuya posesion colmaría mi orgullo.

Era tan dulce, tan acariciador el acento del alférez al pronunciar estas palabras, era tan brillante, tan magnética la irradiacion de sus negros ojos que doña Juana se sentia fascinada, arrastrada hácia él por el iman irresistible de aquel amor tan tierno, tan grande, que nadie le habia dicho todavía; sin embargo, haciendo un postrer esfuerzo exclamó:

—¡Diego, Diego, yo os adoro y siento á pesar mio una fuerza extraña que me impele hácia vos! si me amais,

¿por qué me exigís una cosa de la que vos mismo os avergonzaríais despues? Si lo que yo os he inspirado á sido amor, ha sido una pasion purísima que tiene en sí misma goces infinitos, sin tener que recurrir á ese placer material que tan pronto concluye, dejando en pós de sí la vergüenza y el hastío, ¿por qué me pedís ese materialísmo, que alejaría de nosotros la castidad de nuestro amor? Decidme que mi hermosura tan solo os ha inspirado deseo, y aunque esa confesion me desgarre el alma, al ménos me habreis hablado con franqueza y os lo agradeceré.

VII.

Doña Juana se encontraba en uno de esos momentos supremos que hay en la vida, impulsada por su amor, fascinada por el acento apasionado de su amante, sentia decaer su firmeza. Aquellas teorías que el alférez sentaba sobre sus deberes, aquella contraposicion entre su esposo interesado por su grandeza y su poder, y Diego que solo la amaba por su corazon, no aspirando á más recompensa que su amor, acababa de cegar su entendimiento; sus sienes ardian, y solo seguia defendiéndose por un resto de pudor, que el menor esfuerzo de su amante haría desaparecer.

Este lo comprendió así, y se decidió por apurar definitivamente la situacion, diciéndola:

—Habeis dicho, señora, que el vardadero amor se contenta solo con las dulces palabras que brotan de los lábios de dos amantes, y eso no puede ser cierto, señora: ¿cómo es posible que el amor, más impetuoso cuanto más grande es, se contente con tan efímera recompensa? Decid que mi amor os cansa, decid que nunca me habeis amado y nos evitamos, vos el que os moleste con mi presencia, y yo el deciros amores que os han de impacientar.

Y diciendo esto se dirigió hácia la puerta de la cámara con el semblante un tanto contraido por el amor y la desesperacion.

Al verlo así doña Juana, incapáz de contenerse más, se levantó de su asiento y dirigiéndose á él, echándole los brazos al cuello, exclamó con voz trémula y agitada:

—¡Oh! ¡Diego! ¡Diego! ¡Tuya soy; pero no te vayas! Y ruborosa, palpitante, cayó en los brazos del alférez que asáz interesado en su triunfo, depositó su carga en el mismo sitial donde estaba antes. Se arrodilló junto á ella, y estampó un beso ardiente, apasionado en una mano que no podia ni pensaba en retirar.

Y al contacto de aquellos lábios se extremeció doña Juana y lanzó una mirada voluptuosa y apasionada á su amante, que este pagó con otra no ménos abrasadora, y el seno de la esposa del condestable aumentaba su agitacion.

VIII.

El fuego que los abrasaba encendia sus mejillas y secaba sus lábios.

De pronto sus brazos se entrelazaron.

Sus rostros se aproximaron tanto que sus alientos se confundian.

Sus miradas se absorbieron una en otra, y por un movimiento febril, sus lábios se chocaron, y un beso ahogado, ardiente, arrebatador, resonó en el aposento.

A este pequeño ruido se siguió otro, y apareció en la puerta de la cámara la sombría figura del condestable que severo y fijando una mirada letal y amenazadora sobre los dos amantes, avanzó hasta la mitad del aposento.

Hacia algunos instantes que acababa de llegar del Abrojo, y penetró sin anunciarse en *la cámara* de su esposa.

Preocupado como caminaba no pudo escuchar el rumor de aquel beso, mancha infame estampada en su honra; pero la turbacion de ambos culpables á su aparicion le sorprendió y paseó su mirada del uno al otro.

Doña Juana comprendió que un momento más que permaneciera así la perdía, y con ese espíritu que solo poseen las mujeres en las más dificiles situaciones, dijo:

—Ya que tan inesperadamente ha llegado mi esposo

podeis, señor alférez, hacerle la misma peticion que me hacíais hace poco.

Diego miró lleno de sorpresa á doña Juana.

El condestable dijo:

—¿Una peticion habeis dicho?

—Sí, señor. Don Diego de Villanueva se interesa mucho por ese pobre soldado de la guardia morisca sentenciado á muerte y me suplicaba os demandase su perdon.

—Grande ha sido su delito.

—Pero su disculpa la tiene en sus celos,—repuso el alferéz que habia conseguido dominarse y sobreponerse á la situacion.

—¡Los celos! ¡Los celos! ¿Y estais cierto que ellos son los que le hicieron traspasar el corazon de esa mujer?

—Sí, señor condestable. A falta del hombre que habia seducido á la mujer que amaba y que habia burlado su confianza se vengó en ella.

—Si los celos le cegaron, merece disculpa,—repuso don Alvaro, á cuya imaginacion se presentó en aquel momento lo que noches antes le digera Samuel.

—Ya lo oís, don Diego, mi esposo se encuentra inclinado al perdon y eso ya es mucho.

—Sí, os prometo ocuparme mañana de ese asunto, y...

—Es que mañana se ha de ejecutar la sentencia.

—Mañana se suspenderá la ejecucion.

—¡Oh! Gracias os doy, señor.

—Intercediendo mi esposa debíais estar seguro de obtener lo que desearais.

Diego comprendió que no debia permanecer más en aquella casa.

Así fué que pocos momentos despues salia á la calle y al par que se dirigía á la casa de doña Beatriz murmuraba:

—No he tenido poca suerte: ¡Oh! ¡las mujeres!... Las mujeres valen más que nosotros cien veces.

CAPITULO XXVI.

Una noche terrible.

I.

No hacia mucho tiempo que el alférez habia salido de casa del condestable, cuando un embozado que parecia espiar la salida de aquel, se dirigió resueltamente hácia la puerta principal del palacio y entregó á uno de los escuderos un papel ordenándole que con toda urgencia se lo entregase á su señor.

Obedeció el escudero y penetró resueltamente en la cámara de doña Juana.

Don Alvaro departia con ella amigablemente.

Todas las sospechas que pudiera concebir al encontrarse con el alférez, y que hicieron nacer hasta cierto punto la turbacion y el embarazo de los dos culpables, se habian desvanecido.

Hablaba con su esposa de los acontecimientos de la córte, cuando el escudero se presentó en la estancia diciéndole:

—Un desconocido acaba de entregarme esto para vuestra señoría diciéndome que era urgente os lo entregase.

—¿Espera contestacion?

—No, señor. Se ha marchado.

—Está bien. Vete.

Salió el escudero y el condestable desenrolló el pergamino y cayó al suelo un papel.

Cogióle don Alvaro y al fijar sus ojos en él palideció de una manera intensa.

Leyó con avidez el pergamino y cuando concluyó se cubrió el rostro con las manos.

El desgraciado acababa de recibir el golpe en mitad del corazon, segun habia dicho Samuel.

El papel que iba dentro del pergamino era la carta que doña Juana escribiera á Diego, y que ya conocen nuestros lectores.

La deshonra, como se ve, abrasaba el rostro del condestable, y al desplomarse sobre él le aturdió.

Un velo de sangre cubrió sus ojos, y su cabeza vacilaba.

Necesitó algunos momentos para reponerse.

Consiguiólo por medio de un esfuerzo supremo, y con acento sordo y terrible murmuró:

—¡Y haberle tenido aquí y no saber su infamia!

—¿Qué teneis, señor?—preguntó doña Juana que habia seguido con visible inquietud todas las impresiones de su esposo.

Don Alvaro no la contestó.

Levantóse de su asiento y severo, impasible y más terrible por la misma calma que afectaba, aproximóse á su esposa y mostrándola su carta la dijo con voz sorda:

—¿Conoceis esto, señora?

Doña Juana quedó aterrada.

Fijó sus extraviados ojos en el condestable y murmuró con voz desfallecida:

—¡Perdon, señor!

Don Alvaro la contempló breves segundos con una expresion indescribible.

Su mano temblorosa buscó la empuñadura de su daga; pero la separó inmediatamente.

—Nó, matemos primero al miserable.

Y arrojando una última mirada sobre el inanimado cuerpo de su esposa, salió del aposento diciendo:

—Corramos á casa de doña Beatriz donde, segun dice, este pergamino debe estar el infame seductor.

Y tomando su capa y envolviéndose en ella, abandonó su casa dirigiéndose precipitadamente á la de la judía.

En el momento que entraba en ella tocaban la queda todas las campanas de las iglesias de Valladolid.

Poco tiempo antes que él, y segun nuestros lectores

han debido preveer, Diego de Villanueva penetraba en el palacio de Esther.

Esta se encontraba muy ajena de semejante visita.

Así fué que al ver al alférez ella que no podia abrigar respeto á él mas que odio y resentimiento, levantóse irritada de su asiento y dijo:

—¿Quién te ha dejado entrar?

A esta pregunta, el alférez se quedó inmóvil.

Era tan distinto el recibimiento que esperaba, que no pudo articular una sola frase en los primeros momentos.

—Responde miserable, ¿á qué has venido?

La cólera que sintió Diego le hizo encontrar una frase, pero terrible, para Esther.

A vengarme de tí.

—¿Qué dices? Habla, habla pronto,—exclamó la hebrea, que temió no hubiese Ismael destruido todo su plan.

Pero este habia lanzado una palabra á ciegas, y no sabia como sostenerla.

—¿No has oido?—volvió á decir Esther.

—He venido, porque tú me has llamado.

—Mientes, judío,—repuso Esther con voz cada vez más terrible.

—¿Te has arrepentido ya?

—¿De qué?

—De haberme llamado.

—Repito que mientes, jamás me hubiera rebajado hasta mandarte llamar.

A este último insulto, ya no pudo resistir el alférez.

Lívido de furor, tembloroso el lábio y crispadas las manos, dió un paso hácia la hebrea, diciendo:

—Tú me has llamado, y aquí tengo el pergamino en que me citabas; pero una vez que así faltas á tu palabra, una vez que tan miserable eres, yo el esclavo, el indigno, el cobarde, como tu dices, voy á clavarte el puñal de mis celos y de mi desesperacion en tu pecho.

—Véte, fuera,—gritó doña Beatriz.

—No, no saldré de aquí hasta que te haya visto dolorida y agonizando de angustia, arrastrarte á mis plantas demandándome compasion.

—¿Yo pedirte compasion, villano?... Por quien soy, que antes has de humillarte á mis piés.

—Cuando veas el cadáver de Rodrigo, te arrastrarás ante mí.

El golpe estaba bien dirigido.

Ismael sabia que esto habia de herir á Esther y mintió para aterrarla.

El efecto fué inmediato.

Palideció la judía de una manera intensa, se llevó entrambas manos al pecho.

Mas la reaccion fué instantánea, y fijando una mirada encendida en el alférez, le preguntó con voz sorda:

—¿Y tú has muerto á Rodrigo?

—Sí, le he muerto.

—¿Y no sabias que su muerte era la señal de la tuya?

—preguntó Esther con el acento más lúgubre, y dando un paso hácia Ismael.

—No, porque aun te queda que saber más, y no me matarás, porque antes morirás tú ahogada por la cólera.

—¿Qué más has podido hacer?

—Separarte del condestable, hacer imposible tu venganza sobre él revelándole todo lo que eres, diciéndole que si yo he amado á su esposa y la he obligado á que manche su honor, ha sido por instigacion tuya, tuya solo, ¿lo comprendes?

—¿Y tú has hecho eso?—preguntó Esther con un acento que nada de humano tenia.

—Sí.

—¿Y te ha creido el condestable?

—Sí.

—Pues vas á morir.

Cada una de las tres preguntas dirigidas por doña Beatriz á Ismael fué hecha con una entonacion tan extraña, y con una mirada tan poderosamente dominadora, que este no pudo ménos de sentir un frio horrible en el corazon.

La última amenaza hecha por la hebrea, ya tenia un carácter distinto, pero más aterrador aún.

La pronunció con una calma y una tranquilidad indescribibles.

Dió algunos pasos para aproximarse á su falso hermano, y estos pasos tenian la rigidez y la solemnidad de los de la estátua del comendador.

Ismael sentia miedo.

Pero un miedo infinito, miedo que paralizaba su accion completamente.

La mirada de Esther le fascinaba.

Sin embargo, comprendió que estaba perdido si permanecia inmóvil, y dando un paso hácia la puerta dijo:

—No, tú no me matarás porque gritaré antes de herirte.

En este momento sonó la queda y se escucharon á á lo lejos las voces del motin:

Pero doña Beatriz no oyó nada de esto.

Continuó avanzando hácia el alférez, diciendo con acento frio y acerado:

—Te mataré, te mataré.

—Tú morirás tambien,—exclamó exasperado Ismael tirando de su espada con nerviosa escitacion.

—¡Oh! Vas á morir,—repuso doña Beatriz con rugiente acento, cogiendo un puñal que habia encima de una mesa.

Mas abrióse con violencia la puerta de la cámara y el condestable apareciendo en ella pálido, letal y sombrío, gritó con voz colérica.

—No le matareis vos, señora, que seré yo quien le mate.

Y tirando de la espada, se lanzó sobre Ismael.

Este quedó aterrado en el primer momento.

En el rostro del condestable y en sus palabras, comprendió que todo lo sabia

Samuel le habia hecho traicion.

Esther quedó anonadada al ver á don Alvaro.

En su acaloramiento anterior, en la impresion que la habian causado las palabras del alférez, se olvidó de todo.

Se olvidó de don Alvaro, de los conjurados, de todo lo que para ella representaba la satisfaccion de su venganza sobre el condestable.

Mas al recordarlo, una siniestra sonrisa vagó por sus descoloridos lábios.

Diego habia aceptado la situacion tal como se presentaba.

Púsose en guardia, y sus lábios hicieron una mueca extraña que podia pasar por una sonrisa.

El condestable avanzaba hácia él con la espada desnuda.

II.

El silencio que reinaba entre aquellos personajes era tan terriblemente sombrío, que llegó á aterrar á la hebrea.

Horriblemente abiertos sus ojos, seguia toda aquella escena sin perder un detalle, pero sin poder articular un palabra.

El alférez al ver el movimiento de don Alvaro, se habia puesto en guardia.

Sus aceros se cruzaron.

El condestable atacaba con furor.

La sonrisa sarcástica, desdeñosa de Diego, se hacia más punzante cada vez.

El combate tenia mucho de siniestro, mucho de horrible.

Esther no pudia moverse del sitio en que se hallaba.

Parecia que sus piés habian echado raices en él.

Y el condestable seguia cada vez acreciendo más su furia.

Aquella estancia estrecha, debilmente iluminada por los rayos de una lámpara, y aquellos dos hombres batiéndose con encarnizamiento, formaban un cuadro espantoso.

III.

Diego quiso desenlazar de una vez semejante drama.

Se tiró á fondo, y la punta de su acero fué á buscar el pecho del condestable.

Pero el arma se partió en dos pedazos.

La cota de maya de don Alvaro le habia salvado la vida.

El alférez exhaló un grito de rábia.

El de Luna una carcajada de placer.

Los ojos de doña Beatriz se dilataron más, si más dilatacion cabia en la que ya tenian sus órbitas.

El marido dió un paso hácia el amante.

La sonrisa de este desapareció de sus lábios.

El miedo empezaba á apoderase de él, y le hizo retroceder el mismo paso que su enemigo habia adelantado.

El esposo ultrajado no decia una palabra, pero la inexorable expresion de su rostro, y su silencio tenaz y sombrío, nada de bueno auguraba.

Volvió á avanzar y Diego á retroceder.

De pronto el alférez dió un grito.

Habia tropezado contra la pared, y don Alvaro habia sacado su puñal.

—¡Muere, miserable!... gritó trémulo de cólera y sin añadir una palabra más, sin cambiar ninguno de los músculos de su fisonomía, hundió hasta la empuñadura el acero en el seno de su enemigo.

Diego cayó al suelo sin exhalar un gemido.

El condestable permaneció durante algun tiempo contemplando aquel cadáver.

Esther tambien se sentia conmovida.

De pronto, la puerta de la cámara se abrió y un escudero apareció en ella.

Al ver al alférez tendido y nadando en un charco de sangre, no pudo contener un movimiento de terror.

—¿Qué quieres?—le preguntó doña Beatriz sobreponiéndose á su emocion.

—Este pergamino acaba de traer un embozado en-

cargando se entregue con toda urgencia al señor condestable.

Cogióle doña Beatriz y se lo presentó á don Alvaro.

En este momento se percibieron más cerca los gritos del motin.

—¿Qué es eso?—preguntó doña Beatriz al escudero.

—Los villanos que se han reunido en el campo grande y gritan.

Don Alvaro no oyó nada de esto.

Esther hizo una seña al escudero, y este desapareció.

El condestable habia leido el pergamino y quedó aterrado.

Su contenido decia lo siguiente:

«Cuando recibas este ya habrás muerto al alférez Diego de Villanueva ó él te habrá herido mortalmente.

»De cualquier modo este pergamino llegará á tiempo.

»El alférez Diego de Villanueva, el ladron de tu honra á quien ya habrás castigado, es tu hijo, es el hijo de Rebeca.

»He principiado á vengarme de tí, acuérdate del esposo de Rebeca y teme su postrera venganza.»

Estas cortas líneas hicieron al condestable una impresion horrible.

Contempló con secos ojos aquel cadáver y con el cabello erizado y descompuesta la voz murmuró:

—Mi hijo, es mi hijo. ¡Oh! estoy maldito de Dios.

Y sin poder apartar sus ojos del alférez, cayó de rodillas murmurando:

—Sí, estoy maldito de Dios.

Esther escuchaba asombrada aquellas palabras.

Lo que sucedia era muy superior á cuanto ella habia imaginado.

Contemplaba al condestable y no sabia qué pensar.

De pronto los cristales de la casa retemblaron á impulsos del formidable estruendo que se percibió en la calle.

Los gritos eran cada vez más furiosos.

Doña Beatriz fijó sus ojos en la puerta de la cámara y una sonrisa diabólica brilló en sus lábios.

En el umbral de la puerta acababan de aparecer el maestre de Calatrava, el conde de Benavente, el de Castro, don Suero Quiñones y Pero Lopez de Silva con los rostros cubiertos con negros antifaces.

La hebrea les señaló con el dedo al condestable.

La gritería resonó de nuevo más formidable y mas aterradora en la calle.

Entonces alzó sus ojos don Alvaro.

Escuchó los mueras que le daban, y una nube de inquietud pasó por su frente.

Los rebeldes dieron un paso hácia el interior del aposento.

Al rumor que produjeron sus arneses volvióse don Alvaro y los vió.

Una sospecha horrible se apoderó de su espíritu.

Fijó una mirada en doña Beatriz.

Pero el semblante de esta expresaba una sorpresa y un disgusto tan admirablemente fingidos, que don Alvaro se avergonzó de haber sospechado.

—¿Qué quereis, señores?—preguntó con voz tranquila á los caballeros.

—Perdonad, señora,—dijo el maestre de Calatrava dirigiéndose á la hebrea,—perdonad si nos hemos atrevido á penetrar en vuestra casa del modo que lo hemos hecho, mas sabiamos que el condestable estaba aquí, y nesitábamos apoderarnos de él.

—¿Con que tratais de cogerme?—exclamó don Alvaro á quien la inminencia del peligro hizo recobrar su habitual valor.

—Si no lo llevais á mal.

—Por ahora os cogeremos, y despues ya veremos lo que hemos de hacer con vos,—añadió brutalmente Pero Lopez de Silva.

—En cuanto á cogerme será si yo me dejo.

Y el condestable dió un salto resguardándose con la pared; puso delante de sí dos sillones y blandiendo la espada dijo:

—Veamos, señores, ¿quién es el que me ha de coger?

—Nosotros.

—Duéleme que os equivoqueis, nobles caballeros,—repuso un acento burlon que salia de una habitacion inmediata.

Volviéronse todas las miradas hácia el punto de

donde esta voz partia, y alzándose los tapices apareció Rodrigo seguido de algunos caballeros y gentes de su casa.

Al verle Esther arrojó una exclamacion de insensata alegría.

Los rebeldes rugieron de cólera y quedaron inmóviles.

—Salid sin miedo, don Alvaro,—continuó Rodrigo,—salid por aquí y tras de las tapias del jardin encontrareis vuestras lanzas y las mias. Nosotros entretanto nos las habremos con estos señores.

Y diciendo y haciendo lanzóse espada en mano sobre el maestre y los suyos, mientras que el condestable salia de la estancia por aquel camino tan inesperadamente franqueado.

Momentos despues no se oia, tanto en la casa de doña Beatriz, como fuera de ella, mas ruido que el del choque de los aceros, los gritos de agonía, y los ayes de los heridos.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

En que se habla de un bosque, de una abadía y de otras cosas que verá el curioso lector.

Ha pasado algun tiempo desde los sucesos conque terminamos nuestro libro anterior.

Exceptuando al alférez Diego de Villanueva, todos los demás personajes de nuestra obra permanecen en el mismo ser y estado que cuando los dejamos.

Es decir, Rodrigo con un tanto más de odio hácia doña Beatriz, á quien cree autora del rapto de Zoraya, cuyo paradero se ignora todavía, y al condestable, más viejo, más huraño y más sombrío que nunca.

El terrible descubrimiento hecho por aquel pergamino recibido cuando acababa de matar al alférez, le hirió de una manera terrible.

Distrájose por el momento con el combate que se em-

peñó; mas terminado aquel, dominado el motin y refugiados en sus casas los nobles que trataron de prenderle, y á quienes no pudo descubrir, merced á su precaucion de cubrirse el semblante, el recuerdo de la terrible escena de casa de la hebrea, presentóse con más fuerza á su imaginacion.

Temeroso de un escándalo, y ya que habia desaparecido el principal causante de su deshonra, contentóse con tratar con una frialdad y un desden inmenso á doña Juana que no pudo quejarse, porque comprendia perfectamente la enormidad de su falta, y no volvió á pronunciar más palabra respecto á aquel asunto.

Mendo, el escudero favorito de doña Beatriz, habia sido peligrosamente herido en la noche de la pasada refriega, y fué necesaria toda la ciencia del bachiller Cibdadreal y del judío Samuel para que sanara.

En el momento en que nuevamente seguimos la narracion de los sucesos de aquel reinado tan desgraciadamente fecundo en ellos, nos encontramos otra vez en casa de doña Beatriz de Villanueva.

En su cámara y sentado á muy corta distancia, Pero Lopez fija una mirada avara en la hebrea, dando vuelta entre sus manos á su rico birrete de brocado.

Doña Beatriz le contempla á hurtadillas y aparentando no mirarle.

—¿Con que decíais Pero Lopez,—exclamó la dama con un acento de exagerada indiferencia,—que la cacería se ha aplazado para dentro de tres dias?

—Así, he tenido la honra de decíroslo, hermosísima señora,—repuso el hermano de doña Catalina.

—Que me place se haya retrasado así.

—Quiera el cielo que no pase de ese dia, porque cuanto más se escapa ese hombre de nuestras manos, más ánsia tengo de cogerle.

—¡Oh! los castellanos no saben ni aun ser rebeldes,—murmuró Esther con un acento indefinible.

—Mal nos tratais, señora.

—Culpa vuestra es, si así os trato: os estoy viendo luchar tiempo hace para derribar á un hombre, y todavía no habeis podido conseguirlo.

—Ya veis que se ha trabajado y se trabaja.

—Sí, se trabaja, pero sin resultado.

—¿Pues qué hubiérais hecho en nuestro lugar?

—Ya os lo he dicho muchas veces; cuando las espadas son impotentes debe echarse mano del puñal.

—Serian necesarios muchos.

—Siempre se encuentran cuando se pagan bien.

—Veremos en esa cacería si encontramos lo que apetecemos.

—No lo encontrareis.

—Terribles son vuestras predicciones.

—Y desgraciadamente ya veis que todas se han cumplido.

—Paréceme, que lo que para nosotros es una fatalidad que nos persigue constantemente, es para ese hombre una providencia que le salva y le sostiene.

—¿Y con qué medios contais para esa cacería?

—¿Vos conoceis el bosque del Abrojo, señora?—preguntó Pero Lopez.

—No, pero sé que es enmarañado y espeso, lo suficiente para que se oculten entre su espesura algunos centenares de lanzas.

—Teneis razon.

—¿Y contais con las lanzas suficientes para poder hacer frente en caso necesario á las que el condestable y sus amigos puedan presentar?

—Debo deciros en primer lugar, que ni el condestable, ni don Rodrigo, ni ninguno de sus parciales, sospechan el lazo que se les tiende, porque como la cacería no ha salido de nosotros, sino de ellos, no es posible se imagine de la manera qué vamos á utilizarla; y en segundo, que hoy tiene el condestable sus lanzas repartidas entre sus villas de Escalona, Piedrahita y Santisteban, y solo quedan en Valladolid las de don Rodrigo y las de Fuente de Cantos.

—Buen número y sobre todo bravas y aguerridas.

—Pero que no pueden competir en manera alguna con las mesnadas de los condes de Alba y de Haro, con las lanzas de la órden que el maestre de Calatrava traerá para este objeto, y con los hombres de armas del conde de Plasencia y de los hermanos Quiñones.

—Y qué vais á hacer con tanta gente.

—Cercar el bosque para que nadie pueda salir de él

—Atrevido es el paso.

—Necesario es terminar de una vez.

—¿Pero y el rey?

—El rey caerá en nuestro poder lo mismo que el favorito y todos sus parciales, y de ese modo tendremos completa libertad para obrar.

—Doña Beatriz quedó pensativa, y así lo estuvo durante un breve espacio.

Al cabo de él exclamó:

—Ese Rodrigo ve tanto como nosotros y ese es un grave mal.

—¿Sois de parecer que le quitemos de en medio?

—¿Qué quereis decir?—preguntó Esther fijando sus asombrados ojos en el caballero.

—Yo tengo que cobrarme todavía la lanzada que me dió ha tiempo cuando las justas; por lo tanto, hállome dispuesto á cruzar mi espada con la suya y á dejarle completamente inútil é imposibilitado de asistir á la cacería.

—¡Qué quereis decir! ¿Tratais de matarle?

—¿No habeis dicho que ese era el mejor medio para concluir de una vez?

—¡Oh! pero eso no puede referirse en manera alguna con el conde de Právia.

—Paréceme que os interesais mucho por él, señora;—dijo Pero Lopez con acento receloso.

Doña Beatriz comprendió que habia cometido una imprudencia, y trató de enmendarlo diciendo inmediatamente:

—Receloso estais, y harto sabeis que yo no consiento que de mí se dude.

Y la mirada con que acompañó estas palabras fué tal, que el bravío caballero no pudo ménos de bajar sus ojos murmurando:

—No me mireis así, doña Beatriz, no me mireis así, porque me matais.

—Irreparable desgracia seria para mí causar la muerte á nn tan cumplido caballero como sois vos.

—Y sin embargo, me herís sin compasion.

—¿Que os hiero?

—Sí, me herís porque sabeis que os amo con idolatría.

—¿Y acaso no creo en vuestro amor?

—Vos podeis creerlo, pero lo demostrais bien poco, —contestó Pero Lopez con su habitual rudeza.

—Ya os he dicho una vez, que quien ha vivido tanto tiempo para la venganza, no es posible que se entregue en brazos del amor sin haberla satisfecho antes.

—¿Pero si esa venganza se retarda?...

—Culpa vuestra es y no mia. Decidme si no cumplí perfectamente mi compromiso poniendo al condestable en vuestro poder.

—Y nosotros tambien cumplimos...

—No; que á haber cumplido, el condestable no escapara con vida aquella noche.

—¿Mas quién pudiera creer?...

—Los que conspiran deben creerlo todo, deben adivinarlo todo y no dejarse sorprender jamás.

—Pero señora, ni aun vos misma sospechabais lo que podia suceder en vuestra casa.

—No es precisamente á lo ocurrido en mi casa á lo que yo me refiero: ¿sinó contabais con las lanzas suficientes para sostener el combate, á qué provocarlo?

—Y quién habia de pensar que las lanzas del condestable entrasen en Valladolid.

—¿Que quién habia de pensarlo decís?

—Yo misma lo pensé, yo misma le pregunté al maestre de Calatrava por ellas, y me contestó que no pasase temor alguno.

—Tal lo suponíamos.

—En estos asuntos no se puede suponer; se debe tener la seguridad.

—Suplícoos que no hablemos ya de lo que ha pasado; pensemos solamente en lo porvenir.

—Decís bien; ¿cuándo pensais que se verifique el casamiento de vuestra hermana?

—Cuando vos lo dispongais.

—Reparad caballero, que van á decir que soy yo quien manda en vuestra casa.

—¿No mandais acaso en mi corazon?

—Es que en el corazon puede mandarse sin riesgo alguno, mientras que en los intereses y en la familia, se corre uno, bastante terrible.

—¿Cuál?

—El de perder la honra.

—Harto sabeis, que yo la sabré defender.

—¿Cómo se encuentra doña Catalina?

—Triste y su tristeza únicamente fué la que me detuvo hasta ahora en apresurar ese enlace, lo cual tanto os ha disgustado, obligándoos á tratarme con tamaña severidad.

—Deseo tanto la felicidad de esa pobre niña,—dijo con acento hipócrita doña Beatriz.

—Así lo creo.

—Que anhelo verla ya esposa del conde de Alba, porque estoy segura que será dichosa.

—Pues bien, fijaremos la boda si os place para dentro de quince dias.

—Convenido: ¿y dónde ha de verificarse?

—En nuestro castillo de Simancas.

—No puedo oponer inconveniente alguno.

—¿Asistireis á la cacería?

—Posible fuera el que yo faltara tratándose del triunfo de nuestra causa.

Pocos momentos habian trascurrido, cuando Pero Lopez abandonó su asiento, saliendo á poco de la casa de la hebrea.

Y no trascurrieron muchos más, sin que esta viese alzarse el tapiz que cubria la puerta de su cámara y aparecer en ella su escudero Mendo.

Conociásele perfectamente al truhan que aún se hallaba en la convalecencia de las tremendas heridas que

recibiera durante el combate sostenido en casa de doña Beatriz.

Esta habia hecho armar á todos los escuderos de su casa, los cuales mezclados con la gente del pueblo, y con los escuderos y hombres de armas de los rebeldes, habian peleado bizarramente con los parciales del favorito.

La fisonomía de Mendo á pesar de la inmensa palidez de que se hallaba cubierta, resplandecia á impulsos de una alegría innoble.

—¿Cómo estás?—le preguntó la dama al verlo.

—Voy mejor, señora, y mucho más con las buenas noticias que he podido adquirir.

—¿Qué noticias son esas?—preguntó doña Beatriz que casi habia olvidado el encargo que le diera en otro tiempo.

—¿Os hábeis olvidado de la comision que os dignasteis confiarme hace ya muchos meses?

—No recuerdo...

—¿Acaso ha dejado ya de interesaros el conde de Fuente de Cantos?

—¿El conde dices? habla, explicate.

—No me dijisteis un dia: «procura apoderarte de un secreto del conde.»

—Sí, sí,—exclamó doña Beatriz recordando—¿lo has conseguido acaso?

—Sí, señora.

—¿Y es secreto que puede utilizarse?

—Créolo así.

—¿Y puede hacerle daño?

—Mucho.

—¡Oh Mendo, cuanto tendré que agradecerte!

—He cumplido mi deber solamente,—repuso el escudero con hipócrita humildad.

—Habla, ¿qué secreto es?

—Son dos.

—¿Dos secretos?

—Sí, señora.

—Pues si son como dices, cuenta con que mi recompensa excederá en mucho del servicio que me haces.

—Los acontecimientos que ocurrieron cuando me hicisteis ese encargo, los muchos meses que he pasado luchando con la muerte, impidiéronme dar cima al proyecto que tenia: pero en cuanto he podido salir á la calle, mi primer cuidado y mi único deseo han sido el de poder complaceros.

—Acaba de explicarte.

—¿Sabeis á quién ama don Fernan Gomez?

—¿A quién?

—A doña Mencía de Padilla.

—¿A doña Mencía has dicho?

—A doña Mencía, á quien suele visitar á muy altas horas de la noche y de cuyas habitaciones sale cuando el dia principia á alborear.

—¿Y estás seguro de lo que dices?

—Estoilo tanto, que obran en mi poder cartas de doña Mencía dirigidas á él, en algunas de las cuales le

descubre algo sobre los proyectos del bando rebelde.

—¿Con que nos hace traicion? tienes razon Mendo: secreto bien utilizable es. ¿Y el otro?

—El otro, es que don Fernan Gomez se trajo al salir de su cautiverio en Baza, una mora que tiene en una casa cerca de Valladolid instruyéndose en la religion cristiana, y á la cual visita con frecuencia y con quien espera casarse.

—¿Qué dices, Mendo?

—Lo que oís, señora.

—Y sabes qué nombre llevaba esa mujer allá en su país.

—Zobeiba.

—Esther quedó profundamente pensativa.

Largo rato se llevó sin pronunciar una palabra, ocupándose tal vez en atar perfectamente los hilos del plan que se la habia ocurrido.

Cuando los hubo combinado ya, dirigióse nuevamente al escudero, y le dijo:

—¿Te atreverias á marchar á Baza?

—Por qué nó si vos me lo mandais.

—¿Sabes el árabe?

—Le entiendo lo bastante para que se me pueda tomar por uno de los mejores creyentes.

—¿Podrás montar á caballo y hacer el viaje desde aquí á Baza?

—Me parece que todavía es pronto, porque aún me resiento de las heridas.

—Vete á ver á Samuel y que te diga cuando podrás marchar.

—Está bien, señora; ¿mandais algo más?

—No, toma.

Y la hebrea puso en manos del escudero, cuyos ojos brillaron de codicia, una bolsa llena de monedas que sacó de su limosnero.

—No teníais necesidad de...

—Yo siempre pago cuando se me sirve bien, de la misma manera que castigo cuando se hace lo contrario.

—Mi deber es serviros.

—Y el mio pagarte. Ve, ve á que te diga Samuel que dia podrás marchar, y ven á participármelo en seguida.

—Voy á obedeceros señora.

Y el escudero salió de la cámara, dejando á doña Beatriz bastante preocupada con el nuevo campo que se presentaba á su maquiavélica imaginacion, para herir mortalmente á uno de los más fieles amigos de don Alvaro.

CAPITULO II.

Una leccion de historia.

Antes de seguir adelante con nuestra narracion, y para el mejor conocimiento de los hechos que han de seguirse, necesario nos es decir algunas palabras acerca de la situacion en que Castilla se encontraba, puesto que enlazada nuestra novela con los sucesos políticos de aquella época, no podrian comprenderse quizás muchos de nuestros episodios.

El matrimonio del rey con doña Isabel de Portugal fué á la vez que el verdadero precipicio en que mas tarde se hundió don Alvaro de Luna, la inauguracion de una nueva era de trastornos y de disgustos para aquel país que tan asendereado y mal trecho traian ya los bandos y parcialidades anteriores.

Regida por manos débiles la monarquía, el favoritismo era ambicionado, y de aquí nacian los émulos y las luchas que una nobleza turbulenta y revoltosa desconociendo por completo el principio de autoridad, y teniendo en cuenta solamente el derecho de la fuerza, combatian la autoridad real para derribar al favorito, cuyo puesto ambicionaban.

Pocos dias despues del matrimonio del monarca, pudo convencerse don Alvaro; de que al querer hacerse con una aliada en la reina por el agradecimiento que esta debia profesarle, toda vez que le debia un trono, solamente se habia creado una enemiga formidable.

El rey se casó á disgusto.

Hallábase poco dispuesto á amar á la que el condestable le imponia como esposa, y sin embargo, tal era la belleza y tales las dotes que adornaban á doña Isabel, que su régio esposo llegó á quererla ciegamente.

El condestable adivinó esto á los pocos dias de verificada la boda, y no pudo ménos de extremecerse al considerar las consecuencias que podrian resultarle de aquel inesperado incidente.

En este estado era necesario crearse ó buscarse un apoyo, con el cual pudiera contrabalancear siquiera aquel nuevo poder que se alzaba, creado por él mismo.

Para esto ajustó un tratado de alianza con el favorito del príncipe don Enrique; tratado cuyas consecuencias fueron, que el príncipe inconsecuente y voluble en demasía abandonó á los nobles que pertenecian á su bando,

y entre él condestable y él prendieron á muchos de ellos pertenecientes á las primeras familias castellanas.

Esto fué arrojar nuevo combustible al fuego.

Hábilmente explotadas por los contrarios del condestable estas prisiones, la indignacion fué general, y tanto la plebe como el estado llano, y los caballeros como los prelados, lanzaron un grito de completa reprobacion.

Unióse á esto, que para repartirse los bienes de los nobles encarcelados, convocáronse córtes en Tordesillas, córtes en las cuales la mayor parte de los procuradores asintieron aquel proyecto.

Pero uno hubo que disintió, y esto fué bastante, si no para que se desistiese de aquella reparticion, al ménos para que su conducta corriese de boca en boca, y para que se comentase su enérgica protexta, condenando el abuso que del poder se hacia.

Mosen Diego de Valera, fué este procurador, y de tal manera consiguió captarse las simpatías, que don Pedro de Zúñiga, conde de Plasencia, mandóle llamar á su lado encargándole la educacion de su nieto.

De tal manera se habia sembrado el descontento por todas partes, y de tal modo se hallaban conculcados los deberes, y la venalidad llegaba á tal extremo, que los mismos alcaides de las fortalezas en que se hallaban presos aquellos nobles, favorecian su huida mediante las ofertas y aun concesiones que se les hicieron y doblemente furiosos por la encarcelacion sufrida, se lanzaron á la arena promoviendo nuevos desórdenes en el reino.

El repostero mayor don Pedro Sarmiento, gobernador de Toledo, con una audacia infinita, alzóse con la ciudad, atreviéndose á hacer fuego á la persona del monarca que trató de hacer entrar en órden á la ciudad rebelde, y sin fuerza bastante para dominarla y luchar al mismo tiempo con la nobleza que braveaba por todas partes, no tuvo mas remedio que ceder, y cediendo dar nuevo pábulo á las rebeldías que á cada paso brotaban.

Navarra, enemiga de Castilla, no cesaba de atizar el fuego de las civiles discordias, y don Alvaro, viéndose obligado á usar de la fuerza para hacer entrar en razon á los nobles, aumentaba la animosidad y el aborrecimiento que se le tenia.

Hase juzgado en nuestra opinion, con suma parcialidad al desgraciado favorito del débil don Juan II.

Nosotros somos los primeros en confesar que cometió desafueros y tropelías; pero, ¿acaso la nobleza y el clero que representaban dos de las primeras fuerzas de la nacion se mostraron mas dignas y mejores que él?

Si el país hubiera estado tranquilo, si las ambiciones encerradas dentro del círculo de lo prudente y de lo justo, no se hubieran desbordado como lo hicieron, y el condestable hubiese cometido esos desafueros y tropelías de que se le acusa, justa, justísima creeriamos la censura lanzada sobre él.

Pero cuando en vez de eso se encontraba sin una autoridad real que le mandara y le protegiese, cuando se veia abandonado en su puesto á que la indolencia y la

debilidad real le habia conducido, y sintiendo á su lado no solamente rugir las ambiciones, sino desembozarse y amenazar para repartirse los despojos de aquel desdichado reino, cuando veia que cuantos le debian favores, atenciones y dignidades, eran sus primeros enemigos; ¿no merece disculpa el abuso que del poder hacia?

La mayor parte de la responsabilidad de los actos cometidos por el condestable, creemos que residia en el rey de derecho, no en el monarca de hecho.

Pero don Juan II, que fuera de la esfera real hubiera sido un buen caballero y un buen poeta, fué como rey una verdadera calamidad para su país, y mucho más despues de aquella regencia tan perfectamente desempeñada durante su minoría por el infante de Antequera.

Vuelta al fin á la obediencia, la ciudad de Toledo, y dado el perdon á los mismos nobles, á quienes se habia encarcelado poco tiempo antes, tornaron de nuevo á agitarse las conspiraciones, conspiraciones que se ahogaban hoy para reaparecer mas encarnizadas al inmediato dia.

La reina, imbuida tambien por los enemigos de don Alvaro, y celosa de la autoridad real, autoridad á que su mismo esposo habia renunciado en favor del condestable, si bien no se habia atrevido á declararse abiertamente su enemiga, demostraba su hostilidad de una manera que podia hacerse verdaderamente temible.

El mismo rey, á pesar del cariño que á don Alvaro tenia, cariño que no se puede negar, á pesar de cuanto digan algunos historiadores, principiaba tambien, sino á

aborrecerle, porque esto era imposible, al ménos á demostrarle alguna frialdad hija mas bien de su fastidio por las eternas quejas que á cada paso le daban sus enemigos, que no de maldad en su carácter.

Añadamos á esto las contínuas escaramuzas, las repetidas tentativas para arrebatar el poder á don Alvaro, la penuria del pueblo, los reveses sufridos en algunas de las alcaidías de la frontera, y la guerra que á cada paso estaba sosteniéndose con Navarra y Aragon, y tendremos una idea del desastroso estado de Castilla en la época que reanudamos de nuevo nuestra narracion.

Los parciales del condestable eran ya muy pocos, y la adhesion de algunos de estos tan dudosa, que el más pequeño accidente podia cambiarlos en enemigos y dar al traste con aquel poder que por tan largo espacio y tan combatido siempre se habia sostenido.

En el decurso de nuestra obra, veremos de que manera y por que medios, personas en quien el condestable tenia puesta su confianza faltaron á ella, arrojándole desde lo alto de su poder hasta la enlutada plataforma del cadalso.

CAPITULO III.

De lo que sucedió en los bosques del Abrojo durante la cacería.

En la época que vamos hablando, habia entre Simancas y Valladolid un espacio enorme, formado por un paisaje agreste y bravío que se denominaba el Abrojo, y pertenecia á un convento de franciscanos, elevado en medio de él.

El bosque en cuestion se asemejaba á uno de esos bosques vírgenes de la América, donde la maleza impedia el paso, donde los árboles entrelazaban sus ramas ó sus raices, y donde el sol penetraba con mucha dificultad.

La abadía del Abrojo, edificio enorme en que dominaba el órden bizantino, tenia sobre la ogiva de su gran puerta de entrada un escudo, en el que, bajo los atribu-

tos religiosos, se veian los signos que marcaban el señorío de horca y cuchillo, que ejercian los abades del monasterio.

Las comunidades religiosas de ambos sexos de aquella época, disfrutando de privilegios inmensos, tenian en su mayor parte mucho más de mundanas que de religiosas.

Y tan es así, que el cardenal Francisco Gimenez de Cisneros, algunos años despues, creyó tan necesaria la reforma de los conventos, que no cesó hasta obtener por medio de los reyes Católicos una bula pontificia para llevar á cabo aquella reforma.

Mas en la época que hablamos no se habia verificado esto, y el abad del Abrojo lo mismo que otros muchos, ejercia la alta y baja justicia en su jurisdiccion, mantenia pajes y escuderos como el primer señor del reino, sostenia lanzas á sueldo, y tenia su sayon que hiciese las veces de verdugo y ahorcase en las encinas de sus seculares bosques los cazadores furtivos ó los bandidos que casi siempre los infestaban.

Abundaban los bosques del Abrojo en caza de todas especies, y el rey don Juan II reconciliado con su hijo en Tordesillas poco tiempo antes, queria solemnizar este acontecimiento con una cacería, segun ya hemos oido en la entrevista que tuvo doña Beatriz con Pero Lopez.

Tres dias despues, y segun la hebrea anunció al hermano de doña Catalina, desde las primeras horas de la

mañana advirtióse un movimiento extraño en los bosques de la abadía.

En lo más espeso de ellos, y sentados sobre una roca negruzca á la que se aferraban las raices de una colosal encina, hallábanse algunos hombres de fisonomía siniestra y bravía, cuyas facciones curtidas, cuyos trajes destrozados y cuyas ballestas demostraban, que pertenecian al número de aquellos cazadores, á quienes el poderoso abad colgabá de vez en cuando en los árboles del mismo bosque en que se permitian cazar contra su voluntad.

El número de los que allí descansaban tranquilamente alrededor de una hoguera en la que estaba asándose un cuarto de venado, no pasaba de doce, y se consideraban sin duda tan tranquilos, que ninguno vigilaba una pequeña vereda que daba acceso hasta aquel sitio.

De repente todos ellos volvieron la vista hácia su derecha y se pusieron á escuchar con profunda atencion.

Un oido ménos ejercitado que el suyo, no habria podido percibir más que el rumor de las hojas al ser agitadas por la brisa de la mañana.

Mas ellos algo de extraño debieron advertir, porque incorporándose retratada la inquietud en su semblante exclamaron:

—Soldados acaban de entrar en el bosque.

—Voto á brios,—dijo uno:—pareceme que hoy se ha dado cita en el bosque del Abrojo medio Valladolid.

—Serán las gentes de la cacería, repuso otro.

—Ahora lo sabremos, exclamó un anciano de blanca barba y de curtido rostro que parecia ser el jefe de los demás.

Y tendiéndose en el suelo, aplicó el oido en la direccion que se percibia el rumor.

Algunos minutos despues levantóse diciendo:

—No son las gentes de la cacería.

—¿Pues quién entonces?

—Lanzas, y lanzas buenas, porque el paso de los caballos es muy igual y demuestra que vienen mejor formados que los que hemos sentido entrar esta mañana en el bosque.

—¿Si tendremos batalla por aquí?

—Tal anda el reino que nada de extraño tendria.

—Apenas almorcemos iremos á ver que quiere decir esto.

—Pero cuidad no os descubrais demasiado y caigais en manos del abad.

—Por mi santiguada que eso fuera peor que topar con las gentes del rey.

—Bien decís, Fortun; las gentes del rey se contentarian con darte una docena de cintarazos con el plano de sus espadas, mientras que el abad del Abrojo te mandaria poner bonitamente una cuerda al pescuezo, y colgarte de un árbol y que despues te cantasen un responso en la iglesia de la abadía.

—¿Y todo por qué? por matar una pieza en sus bosques cuando tantas tienen que le sobran.

—Ahí lo verás; el señor todo lo quiere para sí.

—Diéranles algo los señores á los pobres y no anduvieran las cosas de Castilla tan mal paradas como van. ¿No digo bien, Diego Vazquez?

El montero anciano, de quien ya hemos hablado, levantó la cabeza al oirse nombrar, y preguntó:

—¿Qué has dicho, *Pié de ciervo*?

—¿Estabais ya meditando?

—Pluguiera al cielo que mis meditaciones consiguieran evitar los males que se preparan.

—¿Pero qué males son esos.

—Eh, ¿que os importa á vosotros?—contestó de mal talante el montero.

—No os ofendais señor Diego: como os quejabais.

—Yo no me quejo, imbécil.

—Bueno, bueno: mirad, ya está el venado en disposion, ¿quereis que lo traiga?

—Traelo y á hincarle el diente con buen ánimo.

—Eso sí, pese al demonio, comeremos como si no hubiéramos de hacerlo mañana.

—¿Y por qué no hemos de comer mañana Fortun? —preguntó otro de los cazadores.

—¿Tienes acaso algun seguro del abad para cazar en sus bosques?

—Bien sabes que no.

—Entonces hijo, paréceme que tan segura tienes la vida como yo...

Trajeron el venado colocáronlo en medio de ellos, y

sirviéndose de sus puñales á guisa de cuchillos, dividiéronle en trozos que se pusieron á engullir con la mayor voluntad, remojándolos con sendos tragos de vino.

Entretanto, y como digera muy bien el montero Diego Vazquez, habian penetrado en el bosque por la parte de Simancas, un escuadron de lanzas admirablemente ordenadas; pudiéndose comprender por el pendon que flotaba desplegado en manos de un alférez, que pertenecia al nobilísimo don Rodrigo Nuñez Osorio.

Un poco despues de estas, penetraron á su vez otra buena porcion de hombres de armas, llevando por enseña la del condestable, y finalmente otros pelotones en más corto número, llevando los colores de algunos de los parciales de aquel.

Toda esta gente cuyo número era bastante crecido, observaba cuidadosamente el terreno hasta que al llegar á un pequeño claro que habia á los trescientos pasos de la entrada del bosque, levantóse un hombre que estaba tendido en el suelo, aproximándose al jefe de todas aquellas fuerzas.

—¿Qué hay, Albar Yañez?—preguntó el jefe dirigiéndose al que se habia levantado.

—Hay que esta noche han entrado en el bosque, y creo que están corriéndose por la parte izquierda, con objeto sin duda de cortar el camino de Valladolid, apenas hayan entrado los cazadores, muchas y numerosas mesnadas, entre las cuales he creido percibir los ginetes y soldados de la órden de Calatrava, con los tiros grue-

sos de artillería de la Orden y las lanzas del conde de Plasencia.

—¿Y dónde han tomado posicion?

—Hanse colocado en el extremo opuesto al que nos hallamos nosotros, pero segun he podido calcular por los adalides que he visto explorando el terreno, su intencion debe ser ponerse en medio del camino tan luego como dé principio la caceria y dar una batida al bosque, batida de la cual no podria escapar ninguno de los que en él se hallasen.

—Está bien. ¿Y para nuestros soldados has elegido posiciones?

—Ninguna mejor que esta: á cien pasos de nosotros, forma el bosque una gran plazoleta en la cual desembocan todas las veredas que le atraviesan, hasta esa plazoleta tratarán de conducir los rebeldes á sus prisioneros, por lo cual me parece prudente que ahí nos encontraremos dispuestos á recibirlos; y apoyándose en ese punto el resto de nuestras fuerzas tendidas á derecha é izquierda, pueden servir de valla para contener á los rebeldes.

—Me parece bien esa idea. ¿Y es de fácil accesion el bosque por esa parte?

—Sí, señor, inclinándose hácia la derecha el bosque toma un carácter tan salvaje y tan áspero, que á duras penas podria pasar un peon cuanto ménos un ginete.

—Está bien; has cumplido fielmente tu comision.

Y dirigiéndose el caballero que mandaba aquellas

fuerzas, que no era otro que nuestro amigo Rodrigo, á sus alféreces, les dió las órdenes concernientes.

Despues de esto quedóse pensativo breves instantes, hasta que exclamó.

—Vive Dios, que no he pensado en una de las cosas más principales; si los rebeldes cortan el camino de Valladolid, más fácil es que ellos se apoderen de la ciudad, y no podemos nosotros retirarnos á ella: aquí es necesario ocupar la misma posicion que ellos aunque á mayor distancia.

Y dirigiéndose al que le habia dado las noticias anteriores le dijo:

—Albar;—¿conoces el bosque?

—Lo conozco por la parte que es practicable.

—¿Y crees que fuera fácil hacer pasar un centenar de lanzas, y colocarlas á quinientos ó seiscientos pasos detras de la línea de los rebeldes?

—¡Imposible señor!

—¿Por qué?

—Porque tendriamos que tropezar con ellos y entablar la accion antes de tiempo.

—Y ello es necesario que pasen, murmuró Rodrigo con impaciencia.

—Vuelvo á repetiros que es muy arriesgado.

—Por más riesgo que se corra, es menester hacerlo.

—Pues mandad.

—No; quedaos aquí, que voy á buscar quien pueda guiarnos á través de esas espesuras.

Y diciendo y haciendo, Rodrigo clavó los acicates á su corcel, el cual, escitado por el dolor, se lanzó por una vereda estrecha que iba serpenteando por entre unas rocas negruzcas y sombrías.

Los monteros habian terminado su frugal almuerzo y Diego Vazquez les dijo:

—Ahora conviene ocultaros en lo más espeso del bosque y tened cuidado no os tropiecen las gentes de la abadía ó las del condestable, porque no lo pasaríais muy bien.

—Figuraos señor Diego, si el abad del Abrojo se privaria del placer de mostrar á la córte un par de monteros ahorcados con las mismas cuerdas de sus arcos.

—Pues evitad que eso suceda.

—¿Y al Gamo no se le avisa?—preguntó uno de los monteros.

—Estaba en el otro lado del bosque y él sabrá ya lo que tiene que hacer.

Los monteros siguiendo las instrucciones de su jefe, cogieron sus armas y se lanzaron hácia lo más espeso del bosque, casi al mismo tiempo que Rodrigo se internaba en la selva con objeto de ver si encontraba quien le pudiera guiar sus tropas á través de aquel enmarañado laberinto.

Diego Vazquez se quedó sentado en el mismo lugar que estaba.

Apoyó la frente en su mano, sumergiéndose en una meditacion extraordinaria.

De repente sus lábios principiaron á agitarse hasta que por fin murmuró de una manera hastante perceptible.

—Sí, era él, no tengo duda ninguna: parecióme en el primer momento que el difunto conde habia salido de su tumba para recordarme el cumplimento de aquella palabra. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿si será él?...

Y el anciano volvió á inclinar la cabeza sobre sus manos entregándose de nuevo á su sombría meditacion.

Pasó algunos minutos en aquel estado, hasta que de repente alzó la cabeza y mirando con inquietud hácia la izquierda, exclamó:

—¿Cómo un ginete atraviesa el bosque por esta parte? ¿Quién podrá ser? Y se acerca hácia aquí... dejémosle que venga, es un hombre solo y yo gracias á Dios soy fuerte todavía.

Y cogiéndo la ballesta que tenia al lado, púsose de pié apoyado en uno de los árboles de la plazoleta.

Pocos instantes habian trascurrido, cuando Rodrigo apareció en ella.

Al verle el montero, su semblante tomó una expresion tal de espanto, que el caballero no pudo ménos de decirle.

—¿Qué es eso, buen hombre? no abrigueis temor, que no trato de haceros daño alguno.

—¡Otra vez él!—murmuró Dicgo Vazquez lleno de terror:

—Decídme, buen montero, ¿querríais ganaros un par de Enriques de oro?

—Eso nunca viene mal señor caballero,—contestó Diego haciendo un esfuerzo para dominar su turbacion.

—¿Podríais guiar un centenar de lenzas á través del bosque sin tropezar con los soldados que hay en la parte opuesta, y dejarlas en posicion sobre el comino de Valladolid?

—Créome que sí.

—¿Vos sereis sin duda cazador de estos bosques?

—No lo digais muy alto si os place, no ande por ahí cerca algun ballestero del alto y poderoso señor abad del Abrojo, que no llevaria á bien vuestras palabras.

—Comprendo: sois cazador furtivo.

—Los tiempos están malos y es necesario vivir.

—¿Con que os comprometeis á lo que os he dicho?

—¿Dónde decís que hay que llevar las lanzas?

—Detras, muy detras de donde se hallan los soldados que esta noche han entrado en el bosque.

—¿De manera, que vos perteneceis sin duda á los que entraron poco ha en él?

—Sí.

—Pues bien, yo os conduciré.

—Cuida con hacerme traicion

—No las he hecho nunca, y Diego Vazquez no os las haria jamás á vos.

El acento conque pronunció el montero estas pala-

bras, llamó la atencion de Rodrigo que no pudo ménos de decirle:

—¿Me conoceis acaso?

Vaciló el montero, pero contestó al fin:

—Sí; os conozco.

—¿Dónde me has conocido?

—Ha muchos años, pero esto no hace al caso. Marchemos si así os place. ¿Dónde están vuestras lanzas?

—A unos seiscientos pasos de aquí.

—Vamos á buscarlas.

Y diciendo esto el montero, más bien para evitar nuevas preguntas de Rodrigo, que para cumplir sus órdenes, lanzóse por la vereda que habia traido el caballero dirigiéndose hácia donde estaba la hueste.

Mientras estas escenas tenian lugar en el bosque del Abrojo, reuníase en el alcázar de Valladolid lo más apuesto de la córte castellana para la cacería á que habia sido invitado.

Un observador que se hubiese fijado un poco en aquellos grupos, no habria podido ménos de sorprenderle que la mayor parte de los caballeros llevaban espada de combate, en vez de las de córte, y que á algunos se les advertia demasiado la cota ó la losiga debajo de la ropilla que vestian.

Pero su sorpresa hubiese sido mayor si hubieran visto que al amanecer los escuderos del maestre de Calatrava, del conde de Benavente y de otros muchos caballeros, salian de Valladolid llevando las armaduras de sus seño-

res que se internaban en el bosque del Abrojo, y dirigiéndose á la abadía permanecian en ella.

Mas en la córte de Castilla habia muy pocos que se dedicasen á observar y únicamente el bachiller Cibdadreal dijo al famoso poeta Juan de Mena, á la par que cabalgaban, fijando sus miradas en el cielo.

—Paréceme que el aire huele á sangre.

—¿Y en qué os fundais para ello, señor Cibdadreal?—preguntóle el poeta.

—Fúndome en que lo huelo. Ya sabeis que los médicos solemos olfatear los cadáveres desde alguna distancia. Pues tened por cierto que alguno de los que van aquí no ha de volver á Valladolid de la manera que sale.

—Siempre habeis de estar anunciando motines, y previendo calamidades.

—Pluguiérame equivocarme, señor Juan de Mena, pero decidme si en el estado que anda Castilla puede esperarse otra cosa que motines y desventuras.

—Pues si preveis algo para hoy, ¿por qué no prevenírselo á don Alvaro?—repuso el poeta, que fué uno de los más fieles amigos que tuvo el condestable.

—¿Pará qué? Desengañaos, señor Juan de Mena; dejad las cosas que sigan su curso. Si hoy llegasen á morir cinco caballeros, serian cinco enemigos ménos para mañana.

—¡Desventurado país!

—Razon os sobra. Mala época hubimos; pero tened

en cuenta que los que nos sucedan han de encontrarla peor todavía.

—Es cierto,—repuso profundamente impresionado el poeta.

—Y el conde de Právia, ¿le habeis visto?—preguntaba el de Castro al maestre de Calatrava.

—No, y me parece muy extraño que no sea de la partida.

—¿Si estará en desgracia con el condestable?

—¡Quién sabe! para nosotros seria una gran ventaja.

—Pero no creo á don Rodrigo hombre capáz de ceder ante el convencimiento de cierta especie. Es terco, y solamente su terquedad es la que le conserva al lado de don Alvaro.

—¿Habeis tenido noticia del bosque?—preguntó el de Castro en voz baja.

—Sí,—repuso de la misma manera el maestre.

—¿Se han colocado bien nuestros soldados?

—Lo supongo, porque bien precisas eran las órdenes que les dí.

—Si hoy se nos escapa el condestable, es necesario creer que tiene algun pacto firmado con el diablo.

Pocos momentos despues, y causando una extrañeza profunda la ausencia de Rodrigo, se puso en marcha la comitiva, dirigiéndose hácia el Abrojo.

CAPITULO IV.

En que se demuestra que no es prudente el hablar en un sitio que se desconoce.

Próximamente llegarian á la mitad del camino que conducia al bosque, cuando todos los caballeros volvieron sus ojos hácia Valladolid, excitada su curiosidad por el galopar de algunos caballos que en aquella direccion se oian.

—Será algun convidado dormilon,—dijeron algunos caballeros.

—¿Si habrán descubierto algo y mandarán un aviso al condestable?—dijo Pero Lopez al de Haro.

—Todo podria suceder.

—¡Es el conde de Právia!—exclamaron muchos.

Efectivamente, Rodrigo á quien hemos dejado en medio del bosque en compañía del montero, aparecia en

aquel momento como si viniera de Valladolid seguido de sus escuderos.

Merced á la práctica que tenia Diego Vazquez en el bosque, colocó sus lanzas en una magnífica posicion para acometer por la espalda á las de los rebeldes si llegaba el caso, y atravesando trochas y veredas seguidos de sus escuderos, salió al camino despues de haber dejado que pasase adelante la comitiva á fin de hacer creer que salia de Valladolid donde el sueño le habia hecho retrasarse.

Creyólo de buena fé todo el mundo, aunque la mirada recelosa y suspicáz del maestre de Calatrava, reparó que los vestidos del jóven estaban asáz ajados y polvorientos para el corto espacio que acababa de recorrer.

En este estado llegó la comitiva á la entrada del bosque.

Allí la esperaba el abad del Abrojo, seguido de toda la comunidad, acompañado de sus pajes y escuderos, y protegidos por sus hombres de armas.

El abad habia salido en una litera conducida por dos jayanes, litera que dejó á la aproximacion del monarca.

—Bien venido seais señor,—dijo al monarca,—á las tierras de mi abadía, y pláceme en gran manera que se me presente esta ocasion para haceros patente la adhesion que os profeso, y lo que me regocija el felíz resultado que ha tenido la entrevista de Tordesillas, y pluguiérame tambien que en esta cacería destinada á solemnizar tan grato acontecimiento, quedasen para siempre se-

pultadas todas las animosidades, todos los odios y todas las desgracias que hasta hoy han oprimido á estos reinos.

El acento conque el abad pronunció estas últimas palabras, no dejó de extrañar á muchos de los caballeros que acompañaban al monarca; pero en cambio hubo otros, que conocedores tal vez del doble sentido que en ellas se encerraba, sonrieron de una manera irónica y expresiva.

Agradeció el rey los buenos deseos del abad, y despues de aceptar la oferta que este le hizo de un pequeño refrigerio en el refectorio de la abadía, la comunidad se dirigió á aquel punto mientras el monarca y su comitiva se lanzaban alegremente al bosque.

La reina doña Isabel, seguida de todas sus damas, acompañaba al rey, tanto porque este lo habia deseado así, cuanto porque habian hecho nacer su curiosidad algunas de las frases que intencionadamente pronunciaron la condesa de Benavente, doña Mencía y la misma doña Beatriz, respecto al acontecimiento que iba á tener lugar en aquella cacería.

La ausencia de Rodrigo habia llamado la atencion de la hebrea y aun disgustóla en extremo, porque habia contado hablar con él allí, y ver si podia reconquistar aquel corazon, ahora que estaba herido por la desaparicion de Zoraya.

Así fué que al verle, una sonrisa de satisfaccion vagó por sus lábios.

Sonrisa que no pasó desapercibida para Pero Lopez que cabalgaba á su lado, y que la dijo:

—¿Qué teneis, señora? ¿Acaso la llegada de ese don Rodrigo, á quien Dios confunda, es la que os produce semejante cambio?

—Mal pensador sois, Pero Lopez,—repuso con alguna seriedad la dama.

—Eso probará que el amor trastorna mi razon, y que por do quiera no veo más que peligros que le amenacen. Si supiérais...

—Ruegoos que no pensemos en amores hoy. Paréceme que asuntos más graves deben de llamarnos la atencion.

—Pero esa sonrisa...

—Esta sonrisa la motivaba ver lo que veo, y lo que quizá vos no habreis visto.

—¿Qué es señora? ¿El gesto que ha puesto el hijo de la Cañeta al escuchar el discurso que ha hecho al rey el abad del Abrojo?...

—No.

—¿La mirada de enojo que la reina ha dirigido á don Alvaro, porque se ha mezclado en la conversacion que el rey sostenia con ella?

—Tampoco.

—¿Pues qué es entonces?

—Mirad alrededor vuestro á ver si distinguís algo.

Hízolo así el caballero, y contestó al cabo de algunos instantes:

—No veo más que caballeros que rien con las damas,

y damas que escuchan complacidas las galanterías de los caballeros, y sobre todo, señora, os veo á vos que para mí sois lo principal.

—Pues no es muy larga vuestra vista, á lo que parece,—replicó la dama sonriéndose.

—Si vos os dignáseis dirigirla.

—Reparad á vuestra izquierda quien va.

—Las damas de la reina.

—¿Y entre ellas no observais una mirada que busca otra, y la habla, y le...

—No distingo... más... sí; la condesa de Benavente tiene la vista fija...

—Ya os vais aproximando. Seguid esa mirada.

—Ya la sigo.

—¿Y dónde se detiene?

—¡Voto á mi nombre! Ya di con ello.

—¿De veras?

—¿No es aquel, el señor Rodrigo de Cotta?

—Justamente.

—Pues allí se detiene la mirada y... Reparad, el señor poeta se detiene y... Vamos, diestro ha sido, ya está al lado de la condesa.

Efectivamente, Rodrigo que caminaba al lado del conde de Fuente de Cantos cerca del condestable, llamado sin duda por aquella mirada que tanto amaba, obligó á su caballo que diese unos cuantos botes, lo cual produjo alguna confusion entre los demás ginetes, y por efecto de esta, se vino á encontrar al lado de la condesa

sin que nadie pudiera advertir en aquel cambio otra cosa que un incidente sumamente casual.

—¿Qué diria el conde si se le pudiera hacer que viese claro en este asunto?—dijo doña Beatriz con incisivo acento.

—Paréceme que no habia de pasarlo muy bien el señor poeta.

—Y tened entendido que él es muy mucho del condestable.

—Demasiado se sabe.

—Y la condesa le ama, y la condesa posee todos nuestro secretos.

—Por fortuna hoy quedará todo concluido.

—Mucho asegurais.

—¿Sabeis señora la gente que se oculta dentro del bosque?

—No.

—Pues hay más de quinientas lanzas, pero buenas, con sus correspondientes peones y los tiros de artillería de la Orden.

—Pues qué quereis que os diga, aún no tengo confianza.

—Presto habeis de convenceros.

—Separaos, Pero Lopez,—dijo de repente Esther:—observad como nos mira el condestable. Quizás sospeche lo que estamos hablando.

—Por mi nombre os juro, que dentro de poco no ha de causaros estorbo alguno.

Al mismo tiempo la condesa de Benavente obligando á su hacanea de la misma manera que Rodrigo hiciera poco antes, encontróse tan cerca del jóven, que pudo decirle en voz muy baja:

—¿Venís armado?

—¿Por qué me lo preguntais?—repuso Rodrigo.

—Porque preveo que han de haceros falta las armas de combate más que los venablos de montería.

—Descuidad, señora, que ya estamos prevenidos.

Y la condesa se separó del jóven, y poco despues éste, como si ya hubiera conseguido dominar á su corcel, fué á ponerse al lado del condestable.

Conforme habian ido hablando penetraron en el bosque y fueron á detenerse en una ancha plazoleta, en la cual los monteros estaban ya reunidos.

Fijáronse los puestos, dividiéronse las cuadrillas, y momentos despues hacian las trompas la señal de que daba principio la cacería.

Los ojeadores comenzaron la batida, y la mayor parte de los caballeros se lanzaron por las estrechas callejuelas del bosque en pos de las damas.

Solamente quedaron en la plazoleta, los reyes, el príncipe y don Alvaro, rodeados de algunos ginetes de la guardia morisca y de los contínuos.

Las piezas levantadas y acorraladas por los ojeadores habian de venir á parar allí.

Doña Beatriz lanzó su hacanea por una de las veredas, y muy presto refrenándola con arte, se quedó

muy atrás de las damas y caballeros con quienes iba.

Tan luego como desaparecieron aquellos de su vista, cambió súbitamente de direccion y cruzando veredas, se halló muy pronto bastante lejos del sitio donde debia tener lugar la cacería.

De repente se encontró en un gran descubierto donde se interrumpia el bosque por medio de un pedregal áspero y sombrío, en medio del cual se veian las ruinas de un antiguo castillo.

El paisaje era excesivamente lúgubre y triste.

El pedregal, elevándose poco á poco, se convertia en una pequeña eminencia erizada de rocas sobre la que estaban las ruinas.

Al lado opuesto de la eminencia, el bosque se extendia más agreste y más bravío.

Desde el pedregal y serpenteando por entre las rocas, se abria una estrecha senda por la cual lanzó resueltamente su cabalgadura la dama.

Al final de la senda, habia una puerta con dos pequeños torreones y una muralla que partiendo de ellos, circumbalaba el castillo.

Tras de la puerta se veia un gran patio, un foso cegado por los escombros y un puente sobre él, que daba ingreso á la puerta del edificio, puerta defendida tambien por otros dos torreones, murallas y adarves.

Pero tanto estos como los que constituian las primeras defensas del castillo, estaban tan deteriorados que más eran un monton de ruinas, que no otra cosa.

Sentado sobre una piedra cerca de la primera puerta, habia un hombre.

Su traje era el mismo que el de los monteros que vimos con Diego Vazquez en el bosque, es decir un traje compuesto de un coleto de cuero, calzas de paño, y perneras y abarcas de cuero tambien; un birrete de piel de oso, un largo puñal, una ballesta y una docena de venablos atravesados en el cinturon que oprimia su talle.

Antes de abandonar el bosque la damá, ya habia percibido el rumor de las pisadas del caballo, porque se incorporó exclamando:

—Ya está ahí.

La fisonomía de aquel hombre nada de bueno anunciaba.

Mientras que en la de Diego Vazquez se veia la bravura y la energía, pero la honradez, la franqueza y la lealtad al mismo tiempo; en la de este se leia la astucia, la maldad y la doblez, doblemente terribles por la ferocidad y la valentía que las hacia resaltar doblemente.

Cuando doña Beatriz llegó á la pequeña plataforma, en que terminaba el estrecho sendero, el montero púsose de pié y llevando la mano á la gorra dijo:

—Guárdeos el cielo, noble señora.

Esther examinó atentamente al que acababa de saludarla, y sin duda debió quedar satisfecha de su exámen, porque una tinta de satisfaccion apareció en su rostro.

—¿Eres tú el montero á quien llaman *El Gamo*?—preguntóle.

—Para serviros.

—¿Qué prueba me das para que pueda reconocerte?

—Vedla.

Y el montero sacó de una bolsa de cuero que llevaba pendiente del cinturon á guisa de escarcela, una sortija que presentó á la dama.

Cogióla esta y despues de haberla examinado se la devolvió diciendo:

—Está bien. Guárdala.

—Ahora ya podeis mandarme cuanto gusteis.

—¿Te ha hablado Mendo de los servicios que me habias de prestar?

—Solo me preguntó si me convendria ponerme á sueldo de una poderosa señora, y yo le respondí que mientras se ganase para comer con todo me conformaba. Entonces me indicó que me hallase hoy en este sitio á esta hora, y que vendríais vos misma.

—¿Y nada más te dijo?—insistió doña Beatriz.

—Nada más.

—¿Y estás resuelto á entrar á mi servicio?

—Ya lo sabeis, mientras que pagueis bien.

—Yo he sabido siempre recompensar á los que me han servidô.

—Pues si la paga es buena ya podeis mandar, que en todo habeis de quedar complacida.

—Se que eres hombre dispuesto, y que tienes algo que temer de la justicia.

—Son cuentas que no pienso pagarle nunca, mientras tenga este bosque á las puertas de Valladolid.

—Es que tendrás que dejarle.

—Imposible, señora. Esa es precisamente mi primera condicion. Yo no abandonaré el bosque para irme á vivir á vuestra casa.

—Pues allí te necesito yo.

—Permitidme os diga que no encuentro una razon.

—¿Entonces, para qué habia de pagarte?

—Los mismos servicios que en vuestra casa pueda haceros, os los haré desde aquí, y todos estamos más tranquilos.

—¿Pero no comprendes que los servicios que yo he de exigirte, tienen por precision que ser en la córte?

—En ese caso, iré; pero tan luego los haya despachado volveré á mi albergue. Aquí nadie me perseguirá, porque aquí hay un centenar de monteros que me defienden.

—¿Eres tú su jefe?

—No señora; es Diego Vazquez.

—¿Se podria contar con él?

—Imposible. Es hombre honrado á su manera; pero no paseis cuidado por eso, yo os juro que os serviré por diez.

—Es que me hace falta más gente.

—¿Cuántos hombres quereis?

—¿Cuántos tienes á tu disposicion?

—Podré contar con diez ó doce. Todos son gente bravía y buena que tienen cuentas, como yo, con la justicia, y que viven en el bosque, porque el bosque les da comida y casa segura.

—Pues me quedo con todos.

—Está bien, señora.

—Y para que esteis dispuestos, toma.

Y la hebrea arrojó una bolsa á los piés de el Gamo, que este se apresuró á recoger.

—¿Cuándo principiamos á trabajar?

—Tal vez hoy, tal vez dentro de un mes.

—¿Y qué he de hacer hoy?

—¿Tú conoces á don Rodrigo Nuñez Osorio?

—Le ví en Valladolid cuando venció en las justas á á los caballeros mantenedores. ¡Buena lanza!

—¿Y le conocerías si le volvieses á ver?...

—Ya lo creo.

—Pues es necesario que reunas á tu gente, y te pongas á buscar por el bosque á don Rodrigo, sin que le pierdas de vista en toda la cacería.

—¿Desde ahora mismo?

—No. Dentro de dos horas toda la córte estará en la abadía del Abrojo. Allí estará don Rodrigo. Desde ese momento no le pierdas de vista.

—¿Y despues?

—Despues, cuando percibas en el bosque el rumor de la batalla...

—¿Qué decís? ¿habrá batalla?—interrumpió el montero.

—Sí. Aprovechas un momento y te arrojas sobre él, pero sin hacerle daño, ¿lo entiendes?

—Perfectamente.

—Y despues que lo tengas cogido ocúltalo en estas ruinas, si es que existe algun lugar habitable, hasta que yo disponga lo que debes hacer.

—Aquí estará como un rey.

—Si en la abadía ves que yo me llevo el pañuelo á la frente, es señal de que nada has de hacer de cuanto te digo, y en ese caso vas mañana por la noche á mi casa de Valladolid.

—¿Y si nó os llevais el pañuelo á la frente?

—Será señal de que debes cogerle.

—Podeis quedar descuidada. Todo se hará como vos deseais.

—Sírveme bien, que sé pagar bien, igualmente.

—Vos lo vereis.

—No te olvides de nada de cuanto te he dicho, ni de estar en la abadía á la hora indicada.

—Estaré.

—Quédate, adios.

—El cielo os guarde, noble señora.

Y Esther, revolviendo su cabalgadura, la hizo atravesar el pedregal lanzándole de nuevo al bosque.

El Gamo estuvo contemplándola algun tiempo hasta que la perdió de vista, y despues murmuró:

—Atrevida se conoce que es la dama, y por mi áni-

ma, creo que nos ha de poner en más de un aprieto; pero baáh, mientras lo pague...

Y el montero pensando así, abandonó su puesto, y se dirigió hácia el bosque por un camino distinto del que llevaba la hebrea.

CAPITULO V.

Ojos que ven y oidos que escuchan.

Apenas el montero hubo desaparecido del sitio en que habia tenido lugar su entrevista con Esther, apareció entre las ruinas el oscuro hábito y la capucha de un fraile, cuyas miradas se dirigieron cautelosamente de una á otra parte temeroso de ser descubierto.

Cuando se convenció de que podia salir sin riesgo, franqueó la derruida puerta de las primeras defensas del castillo y apareció en la plataforma.

El aspecto de aquel humilde hijo de San Francisco, pues así lo demostraba su hábito, tenia un aspecto tal de ascetismo que causaba pena el mirarle.

Su rostro escesivamente demacrado, le hacia aparecer de más edad de la que realmente tenia, por su misma demacracion.

Un áspero cilicio debia macerar sus carnes de continuo, porque á cada paso que daba parecia que su semblante se contraia á impulsos de un dolor que en vano trataba de disimular.

Al aparecer en la plataforma, sus ojos horriblemente dilatados expresaban el espanto.

Dejóse caer en la misma piedra en que estuvo sentado el montero, y con un acento trémulo y augustiado murmuró:

—¡Dios mio! ¿No son bastantes los años que llevo de penitencia y de sufrimientos, que aún he de sufrir el martirio de escuchar su voz y de ver su rostro? Sí, continuó con un acento de infinita amargura, es tan hermosa como su madre y como ella tan mala. No puedo equivocarme. Desde ese sitio he podido verla y son sus mismas facciones, aquellas facciones donde estaba escrita la maldad entre la hermosura más perfecta. Ha venido para buscar los medios de realizar un crímen. Señor, Señor, ilumina mi espíritu, aconséjame qué debo hacer.

Y el fraile inclinó la cabeza sobre su pecho permaneciendo así algunos instantes.

—Si ese Rodrigo que ha nombrado,—dijo de repente con un acento de terror infinito,—será su... No, no puede ser, aunque ese apellido, sí, es el mismo. Tengo tan débil mi pobre cabeza... Horrible destino el de esas dos familias. Siempre en lucha. Pero no, Dios no puede consentir eso. Ese hombre será otro tal vez... Pero sea quien fuere, aquí se trata de un crímen y es necesario impe-



Y D. Alvaro se arrodilló á los piés del ermitaño.

dirlo... ¡Oh! ¡triste destino el mio! Hace muchos años tuve que luchar con la madre de esa criatura, porque es hija de Rebeca, no tiene duda, y hoy tengo que luchar tambien con su hija: pero Dios está conmigo, Dios que vé mi dolor, que ha escuchado tal vez mis ruegos, no puede consentir otra desgracia. Vamos, vamos á la abadia. Allí ha dado cita á ese hombre y es menester que yo vea lo que hace.

Y el religioso, calándose más la capucha en términos que casi le cubria el rostro, dirigióse hácia el opuesto lado del bosque donde se encontraba la abadía del Abrojo.

Entretanto, Esther, guiándose por el rumor de la cacería se adelantaba en aquella direccion.

Proxima ya á encontrarse con los cazadores, toda vez que el sonido de las trompas se percibia mas claro y las voces de los cazadores mas distintas, se detuvo sorprendida por el galopar de un caballo que percibió en la misma direccien que ella llevaba.

En el primer momento parecióle que el caballo marchaba delante de ella, y contentóse con refrenar el suyo á fin de no darle alcance.

Pero bien pronto se convenció de que se aproximaba hácia ella, y entonces fué cuando detuvo por completo su cabalgadura.

De pronto exhaló un grito de sorpresa.

Le habia parecido reconocer através de los árboles en el ginete que se aproximaba á Rodrigo.

Así era.

El conde venia de reconocer todos los puestos donde estaba su gente, acompañado de Diego Vazquez.

De la misma manera que Esther habia escuchado el rumor que producia el caballo de Rodrigo, éste ó mejor dicho Diego, escuchó el de Esther.

Entonces dirigiéndose al jóven, le dijo:

—Señor, se aproxima algun extraño y yo no debo ni puedo presentarme á él.

—Está bien, retirate, pero no te olvides de lo que te he dicho. Está en la abadía con tus monteros.

—¿Pero y si nos conocen?

—Tienes razon. En ese caso escóndete por los alrededores y cuando salgamos de allí procura que yo sepa donde estás.

—Eso ya es otra cosa. Estaré.

—Vete que el ginete se aproxima.

—Todavía tardará porque parece que se ha detenido. El cielo os guarde.

Y Diego Vazquez deslizándose por entre el ramaje se alejó del sendero que llevaba Rodrigo.

Pero no se apartó tanto que á par que se ocultaba á las indiscretas miradas no le fuera fácil ver lo que en el sendero pasaba.

Así fué que de repente sus ojos tropezaron con la inmóvil figura de doña Beatriz.

Al verla, una expresion extraña se dibujó en su rostro.

Contrajéronse de una manera espantosa sus facciones y murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Rebeca!

En este momento Rodrigo llegaba frente á la jóven.

Al reconocerse, dos exclamaciones brotaron de sus lábios.

—¿Os habeis extraviado, señora?—preguntó el conde conociendo que era necesario dijese alguna cosa.

—Os buscaba Rodrigo,—murmuró la dama con dulsimo acento.

—¿Qué me buscabais?

—Sí, porque queria hablaros por última vez.

—No comprendo qué querais decir con esas palabras.

—¿Os molesto acaso?

—No me molestais. Hablad.

—Siempre grave y severo conmigo,—exclamó la hebrea con dolorido acento,—conmigo que tanto te amo.

—Basta Esther, si es para hablarme de eso para lo que me habeis detenido, suplícoos que nos separemos.

Un resplandor siniestro irradiaron las pupilas de la hebrea, resplandor que apagó instantáneamente su poderosa fuerza de voluntad.

—¿Es posible Rodrigo que así os hayais olvidado?—dijo con voz doliente.

—Harto sabeis señora que en la vida humana hay momentos en que á pesar de estar el hombre despierto, sueña solamente.

—¿Y qué quereis decir con eso?

—Que nuestros amores no han sido mas que un sueño cuyo despertar vos misma habeis hecho más terrible.

—¡Yo!

—Sí, vos: ¿Creeis acaso que amenazando, tendiendo asechanzas y tejiendo traiciones se puede obligar que ame un corazon como el mio? Equivocada anduvísteis, y me pesa, me pesa porque pudiendo haber sido amigos, hermanos ya que no amantes, vivimos siendo enemigos y luchando frente á frente.

—¿Con que decididamente creeis que somos enemigos?—preguntó Esther con un acento indefinible.

—No por culpa mia.

—¿Pues por quién entonces?—preguntó la hebrea con explosion.

—Por culpa vuestra.

—¿Es acaso culpa mia el que te pusieras en mi camino, que hicieras extremecerse mi corazon con tus mentidas frases y que me abandonases luego dejándome un infierno de celos y de desesperacion en el alma? ¿Era culpa mia que mi pasion escitada por tu desvio solo pensase en la venganza? ¿He sido yo culpable de que al vernos en Valladolid, yo amante siempre y tu engañador y artero, volvieras á hacerme abrasar en tu amor para dejarme despues el frio hielo de tu olvido? ¿Responde, he sido yo culpable de todo eso?

—Sí, has sido culpable porque tu amor siempre ha sido voluntarioso, exigente y altanero, tú no has sido

la mujer amante, sino la despótica señora; tú has querido esclavos no hombres, y como yo tengo tambien un corazon altivo, como yo no se doblegar mi cuello bajo fuego alguno por mas que se trate de cubrirlo con las flores del cariño, me he visto precisado siempre á huir de tu amor porque tu amor no enaltece sino que rebaja.

—¿Pero no has temido mis celos?

—No.

—¿No sabes que en Francia mi venganza te ha perseguido?

—Sí, lo sé y la he despreciado.

—¡Rodrigo!

—Ya sé lo que has hecho en Valladolid.

—¿Y eso nada te dice?

—Nada.

—¿Pero no comprendes que mi venganza puede alcanzar á todo cuanto ames?

A estas palabras una idea se presentó á la imaginacion del conde.

Recordó á Zoraya.

¿Sería acaso Esther la autora de su rapto?

No, no podia serlo porque él que conocia muy bien á la hebrea, suponia que se lo hubiese manifestado solamente por hacerle sufrir.

Además, Esther nada sabia de sus amores con la sultana.

Por lo tanto esta idea se borró en el mismo momento casi de aparecer.

—Puedes hacer cuanto quieras; pero te juro que todo ello no será bastante para obtener mi cariño.

—¡Rodrigo!

—El amor se obtiene y se asegura con la dulzura, con la ternura, con la humildad, no con la amenaza ni con la fuerza.

—Es decir que me desprecias,—dijo con acento concentrado la dama.

—No te desprecio Esther, te compadezco.

—Miserable compasion.

—Suplícoos, señora, que terminemos esta enojosa conversacion y si gustais os acompañaré donde están los cazadores.

—No os necesito. Pero, recordad, Rodrigo, que siempre he llegado de paz hasta vos, que os he ofrecido amor, y lo habeis rechazado siempre, y que las mujeres de mi raza, se humillan, se arrastran por el suelo, mas el dia en que se levantan altivas y amenazantes, no retroceden ante nada. Recordad eso, y vivid prevenido.

Y la hebrea, sin añadir más palabra, lanzó su caballo por el sendero, y pasando por el lado de Rodrigo desapareció entre el bosque.

El caballero pensativo por lo que acababa de oir, inclinó la cabeza sobre el pecho y dejó que su corcel le llevase por donde quisiera.

Tan luego como él se alejó de aquel sitio, Diego Vazquez apareció en el sendero, pálido y con el semblante contraido.

—¡Ira de Dios!—exclamó,—la hija tambien amenaza al hijo, como su madre amenazó al padre.... Por mi santo patron, que lo que es con esta no tendré la compasion que con la otra.

Y el montero con el entrecejo fruncido y terriblemente amenazador el semblante, siguió caminando murmurando toda clase de amenazas contra doña Beatriz.

CAPITULO VI.

De qué manera terminó la cacería.

Al mismo tiempo que mediaban las escenas que nuestros lectores han presenciado con Esther y Rodrigo, los demás caballeros castellanos fingian entregarse con extraordinario ardor á los placeres de la caza.

Y decimos que fingian, porque en realidad ninguno de ellos lo hacia verdaderamente.

Tanto los partidarios del condestable como los rebeldes, se miraban con recelo, y puede decirse que solo esperaban la ocasion oportuna para manifestar unos y otros sus opiniones.

Al mismo tiempo, la reina, inquieta y disgustada contra don Alvaro, á quien hacia responsable de la intranquilidad y de los desórdenes que afligian al reino,

habia aprovechado un momento en que el condestable, hablando con una de las damas de la córte, parecia no prestar la mayor atencion, y dijo á su esposo:

—No habeis reparado, señor, en el adusto semblante y en las miradas de desconfianza que recíprocamente se dirigen el maestre de calatrava y vuestro favorito?

—No he observado nada mas que la inquietud y el disgusto que aparecen en tu rostro, Isabel mia.

—Harto sabeis que la inquietud y la zozobra que yo siento solo es por vos.

—¿Creeis acaso que yo corro algun peligro?

—En la época que estamos atravesando, y con los odios que el condestable ha atraido hácia sí, envolviendo tambien al trono con ellos, no existe tranquilidad posible.

—Parece que vos tambien aborreceis á don Alvaro,— dijo el monarca con un ligero acento de resentimiento.

—No le aborrezco, pero duéleme sí, que por un hombre que ha abusado de la confianza que vos depositásteis en él, se vea á cada paso el reino envuelto entre los horrores de esas guerras civiles que tantas desventuras causan.

—¿Y suponeis que don Alvaro tenga la culpa de todo eso?

—¿Quién puede tenerla, señor?

—¿No creeis que la nobleza, de suyo turbulenta y ambiciosa, sea la que á cada paso esté promoviendo esos desórdenes para obligarme á que separe de mi lado al

único hombre que ha sido capáz de hacerla frente?

—Lo único que creo es que ese hombre en quien tanta confianza teneis, os ha de ser muy fatal.

—Delirios hijos de vuestro cariño, Isabel mia. La nobleza de nuestros reinos, es por desgracia, harto ambiciosa; nuestros antecesores viéronse obligados á hacerle demasiadas concesiones, y han abusado de ellas. Creedme, Isabel; nadie mas que don Alvaro ha podido hacerles frente: nadie mas que él los conoce, y nadie mas que él, con esa bravura y esa audacia que no es posible negarle, ha podido sostener la lucha que há tiempo viene sosteniendo.

—¿Pero y su ambicion?

—No os comprendo.

—¿No está á cada paso obligándoos á que le hagais mercedes sobre mercedes? ¿No tiene su misma casa montada bajo un pié que supera al de vuestro real alcázar? ¿No tiene él más villas y señoríos que el más poderoso de los grandes del reino? ¿No mantiene á sueldo lanzas, que no las tiene el mismo rey?

—Es cierto, Isabel: pero esas lanzas que mantiene solo se ocupan en nuestro servicio: esos señoríos que le hemos concedido le sirven para emplear sus rentas en el sostenimiento de esas lanzas y ese número de pajes y escuderos que en su casa existen forman un número de leales servidores, que, al defenderle á él, acuden tambien en nuestra defensa, si por acaso los necesitamos.



El rey y el condestable, diestros en todos los ejercicios de montería, esperaron con valor á las fieras.

—Permitidme señor os diga, que el condestable, con todo eso, mira más por sí que por el trono de vuestra alteza. Esas lanzas, esos pajes, esos escuderos y esos señoríos los tiene para sí, los sostiene por él, porque conoce que no tiene otra fuerza en que apoyarse, y necesita á cada paso robustecerla. Se ve odiado por el pueblo, á quien veja de una manera horrible; se ve aborrecido de la nobleza, á quien insulta á cada momento...

—Y finalmente, Isabel, vos tampoco parece que le quereis mucho,—interrumpió el monarca con un acento que demostraba la mortificacion que sentia escuchando hablar á la reina de aquel modo.

Doña Isabel tambien lo comprendió así, y terminó aquella conversacion diciendo:

—Perdonadme señor si me he escedido hablándoos del condestable, pero he creido siempre que ese hombre os habia de ser perjudicial, y por más que digais no podrá borrarse esta idea de mi imaginacion.

Los gritos de los cazadores, el sonido de las trompas y los ladridos de la jaurías anunciaron entonces que el círculo de los ojeadores se iba estrechando, y que no tardarian mucho en aparecer las acorraladas piezas en la plazoleta donde se encontraban las personas reales.

Así sucedió con efecto.

El rey y el condestable, diestros en todos los ejercicios de montería, esperaron con valor á las fieras, y despues de haber muerto á algunas de ellas, dirigié-

ronse hácia la abadía del Abrojo, donde los monjes obsequiaron á sus reyes con una comida, si no delicada y abundante en la variedad de platos, suculenta lo bastante para satisfacer las necesidades de los hambrientos cazadores.

. Al entrar en la abadía doña Beatriz, que iba mirando con curiosidad á todos lados, reparó en un hombrecillo jorobado y tuerto que la miraba atentamente y que le hacia algunas señas de inteligencia.

Observóle con detencion, hasta que por fin reconoció al Gamo.

Miróle fijamente, tuvo algunos momentos de vacilacion, llevó la mano á su limosnera con ánimo tal vez de hacer la seña convenida con el montero, pero de repente su fisonomía tomó una expresion de feroz energía, y penetró en la abadía sin hacer movimiento alguno.

—Bien,—murmuró el Gamo:—no ha hecho la señal; es necesario coger al conde.

Y satisfecho porque nadie le habia visto, se alejó, confundiéndose entre los escuderos, ojeadores y demás criados que se hallaban á la puerta de la abadía.

Pero el montero se habia equivocado al pènsar que no fué visto de nadie.

El fraile á quien vimos ya en las ruinas del castillo, y que escuchó su conversacion con Esther, hallábase con el resto de la comunidad en el pórtico de la abadía para recibir al monarca, y no separó un momento su mirada de la dama ó de él.

Y cuando vió que aquella no hacia señal alguna, cuando se convenció de que estaba decretada la prision de Rodrigo, entonces murmuró con un acento indescriptible:

—No, no será eso, porque Dios no puede permitirlo.

Comieron alegremente los caballeros, satisfízose la general necesidad, y restauradas las abatidas fuerzas, dispusiéronse para lanzarse de nuevo en el bosque á continuar la cacería.

En el momento de salir el maestre de Calatrava, dijo al conde de Benavente:

—Es necesario ir á prevenir al capitan Diego Rivera y al conde de Plasencia.

—¿Hácia qué lado se encuentran?

—A la izquierda.

—¿Y los caballeros de la Orden?

—En medio de las lanzas que manda el conde de Plasencia y de las del de Cifuentes, Haro y todos los demás amigos.

—¿Y qué hay que decirles?

—Que vayan rodeando el bosque, y se vengan acercando hácia el claro en que estará el monarca lo mismo que esta mañana.

—¿Han de tardar mucho?

—No; dentro de dos horas estará terminada la cacería, dentro de dos horas tambien debemos coger nosotros la pieza que ambicionamos.

—Parece que no sospecha nada.

—Sin embargo, si os he de hablar con franqueza, no tengo confianza alguna.

—¿Qué quereis decir, don Pedro?—exclamó sorprendido el de Benavente.

—Hay en las miradas del condestable y de sus parciales algo de tan insolente desden, que me hiere y me hace temer que no se hallan tan desprevenidos como aparentan.

—¿Pero qué diablos de prevenciones quereis que hagan? ¿acaso no sabeis que la mayor parte de sus lanzas, ó se hallan lejos de aquí ó han sido vencidas en la frontera de Aragon?

—Pues á pesar de eso, ese conde de Právia me asusta sin saber por qué.

—¿Que os asusta?—exclamó el de Benavente sorprendido de que un hombre como el maestre de Calatrava, dijera que otro hombre le asustaba.

—Os lo confieso ingénuamente; ese hombre al lado nuestro hubiera sido nuestra salvacion; al lado del condestable está estorbando y estorbará siempre la realizacion de nuestros designios. Tiene una sagacidad y una energía superiores á todo, y además de eso conocimientos en el arte de guerrear y gente tambien enseñada, que sus lanzas solas bastan á desbaratar nuestras mesnadas aunque sean más numerosas.

—¡Oh! pero sus lanzas se encuentran muy lejos á Dios gracias.

—¡Oh! no hay que fiarse.

—Vamos, vamos, maestre, maestre, no abrigueis tan ridículos temores en momentos como estos; voy á cumplimentar vuestras órdenes.

—Id y sobre todo recomendadles gran prudencia y mucha precaucion.

—Descuidad.

Y el conde clavó los acicates á su corcel y tomó una direccion opuesta á la que llevaban los cazadores.

Rodrigo se habia hecho el remolon hablando con el abad.

El fraile de quien ya hablamos en otro lugar y que habia escuchado la conversacion entre Esther y el Gamo, no cesaba de mirarle con una insistencia extraña, dibujándose en su rostro una expresion de terror y de sorpresa inconcebible.

Tan luego como creyó el conde que ya se habian alejado lo suficiente los cazadores, dispúsose á abandonar la abadía.

El fraile salió antes que él, y al encontrarse en la puerta le dijo rápidamente y en voz baja:

—Guardaos, señor; tened presente que en esta cacería hay quien abriga malas intenciones respecto á vos.

Rodrigo volvióse lleno de sorpresa hácia el extraño penitente, pero antes de que pudiera hacerle pregunta alguna, habia desaparecido por entre los cláustros del edificio.

Permaneció silencioso é inmóvil el caballero durante

breves segundos, preocupado por la extraña advertencia de que habia sido objeto, más recordando sin duda que en otra parte le estaban esperando, montó á caballo y se dirigió al bosque.

No habia andado doscientos pasos, cuando le salió al encuentro por la vereda en que caminaba, nuestro conocido Diego Vazquez.

—¿Qué tenemos señor?—le dijo.

—Es necesario que reunas á tu gente al momento y que te ocultes cerca de la plazoleta en que se halla el monarca.

—¿Y qué más he de hacer?

—Pon algunos centinelas para que puedan avisarte oportunamente cuando se acerquen los soldados de los rebeldes.

—¿Y una vez recibido este aviso?

—Apareces en la plazoleta, y si yo estoy en ella me lo dices, y sinó, comunícaselo al condestable inmediatamente.

—¿Y despues?

—Despues, rodeas con tu gente al monarca, y á través de esos senderos que tú solo conoces, sácale del bosque y llévale hasta las puertas de Valladolid.

—Descuidad, que todo lo haré así:

—Necesito que mandes dos guias seguros é inteligentes á mis soldados, para que tan luego como sientan que la cacería se va retirando hácia la plazoleta en que está el rey, avancen ellos tambien circunvalando el bosque,

y con todas las precauciones necesarias para no ser descubiertos.

—Os comprendo, señor: ¿suponeis acaso que el golpe no ha de darse hasta el final de la abatida?

—Es lo más probable, porque es cuando supondrán que estamos más cansados y que será mayor nuestro descuido al entregarnos á esas últimas emociones naturales en esos postreros instantes.

—¿Y si fuera antes?

—Por eso te digo que reunas á tu gente y acudas al momento á ponerte en acecho cerca del rey, y si advirtieras algo...

—Comprendo.

—¿Me prometes salvar al monarca?

—Os lo prometo.

—Está bien: marchemos ahora cada uno á nuestro destino: hasta la vista.

—El cielo os guarde, señor.

Y el caballero penetró resueltamente en el bosque, mientras que el montero contemplándole con ternura, murmurba.

—Tan noble y tan valeroso como su padre, y como su padre perseguido por esa infame mujer: pero yo velaré por él ya que no pude hacerlo por el conde mi señor.

Esther estaba sombría y preocupada.

Las palabras que entre ella y Rodrigo habian mediado aquella mañana, la causaron un efecto extraordinario.

Habia recibido de Rodrigo la última ofensa y no habia ya posibilidad alguna de arreglo ni avenencia entre ambos.

Pero sin embargo, ella queria luchar aún.

Ya que no podia obtener su amor, queria vengarse de él, haciéndole sufrir todos los tormentos imaginables.

Comprendia muy bien que para Rodrigo el mayor tormento que habia, era separarle de las personas con quienes estaba ligado por su honra y por su afecto, y llenar su alma de amargura con las revelaciones de los sufrimientos de Zoraya, sufrimientos provocados por él mismo.

Pero esta revelacion no podia hacérsela Esther mientras el conde estuviera libre, porque le conocia lo bastante para saber que se lanzaria en su busca, y que la llegaria á encontrar por más escondida que estuviese.

Para hacerle esta revelacion y para que verdaderamente lo sintiese, era necesario que se encontrara imposibilitado de poder volar en su socorro.

La idea de que iba á vengarse por fin, hacia resplandecer su rostro con una innoble alegría.

Pero Lopez advirtió su preocupacion y aventuró algunas frases sobre ella.

Pero la dama le contestó que su alegría reconocia por causa la próxima venganza que iba á tomar del condestable, y no tuvo más remedio que contentarse con aquella respuesta.

—¿Y nuestros soldados?—preguntó la dama en voz baja al caballero.

—Ya deben irse aproximando hácia donde está el rey.

—Cuanto deseo que llegue el instante en que pueda ver á ese miserable en nuestro poder.

—Recordad, señora, lo que me habeis prometido.

—Jamás olvido lo que prometo;—repuso daña Beatriz.

—Satisfecha vuestra venganza...

—Nos queda nuestro amor,—murmuró la hebrea con voz opaca.

Pero Lopez arrojó una mirada llena de pasion y de deseo sobre la dama, y la dijo de repente:

—¿Oís?

—¿Qué?

—El sonido de las trompas.

—¿Y qué quiere decir?

—Que la cacería se halla próxima á terminar.

—¡Oh! pues corramos al lado del condestable: quiero gozarme en su impotente cólera; quiero contemplarle haciendo desesperados esfuerzos para luchar, y ver la agonía que ha de retratarse en su semblante al convencerse de la suerte que le espera.

—No os precipiteis, señora, ya llegaremos á tiempo pero llegaremos con los demás cazadores.

Doña Beatriz tuvo que resignarse, porque no queria dejar escapar su secreto.

No era precisamente por ver al condestable por lo que ella deseaba dirigirse á la plazoleta.

Era por ver á Rodrigo; á Rodrigo á quien segun ya sabemos, habian de coger el Gamo y los suyos tan luego como los soldados de los rebeldes se arrojasen sobre el favorito.

La cacería, como habia dicho muy bien Pero Lopez, tocaba á su término.

En confuso tropel monteros, ojeadores y caballeros, aparecieron en la plazoleta persiguiendo á un jabalí, que al verse acorralado por todas partes, se detuvo fijando su encendida mirada en los que le rodeaban, como eligiendo entre todos el adversario que más digno creyera de él.

Iba ya el monarca á lanzarse frente á la fiera, cuando Diego Vazquez lanzándose en medio del claro del bosque se aprosimó á Rodrigo.

Este le comprendió, y lanzando su caballo junto al monarca, le dijo rápidamente y en voz baja.

—Señor, ¿tiene vuestra alteza confianza en mi lealtad?

—¿Por qué me preguntais eso conde?—preguntó don Juan II sorprendido.

—Porque si la tiene, es necesario que ahora mismo monte á caballo y abandone este sitio.

—¿Qué quereis decir?

—Que detras de este montero que está á tres pasos de nosotros se aproximan ochocientas lanzas de los rebeldes.

—¿Estais en vos Conde?

—Mas no abrigueis temor alguno; en el lado opuesto se hallan las del condestable y las mias que tambien deben aproximarse.

—¿Y qué quereis que haga?

—Seguir á ese hombre: es un guia fiel y os conducirá hasta Valladolid.

—¿Pero y la reina?

—Irá con vuestra alteza.

—Pues vamos.

—Y el monarca volviendo su caballo, se aproximó á doña Isabel y le dijo:

—Venid, señora.

Rodeáronles los monteros conducidos por Diego Vazquez, y este indicó una vereda por la que podian marchar sin riesgo alguno.

Fué tan rápido todo esto, que los caballeros á quienes habia sorprendido el movimiento de Rodrigo no pudieron adivinar lo que en él se encerraba hasta que vieron la marcha del rey.

Entonces el maestre de calatrava, adelantóse diciendo:

—¿Qué sucede aquí señores?

—Sucede que la traicion nos rodea y es necesario que los leales servidores del monarca se pongan á su lado, —contestó Rodrigo al par que desnudaba su espada.

—¡Traicion! ¡traicion!—gritaron por todas partes.

En este momento el conde de Benavente al frente de un centenar de lanzas apareció en la plazoleta.

Al verle su esposa corrió hácia él, y le dijo en voz baja:

—Huid antes de que os vean, todo está perdido; el rey marcha hácia Valladolid, unios á él.

Al mismo tiempo las lanzas reales se presentaron en el lado opuesto.

—¡Voto á mi nombre!—gritó Pero Lopez crispando los puños de coraje.

—Vencidos otra vez,—murmó Esther,—¿no os lo dije?—prosiguió dirigiéndose á Pero Lopez,—la condesa de Benavente ama á Rodrigo de Cotta, y Rodrigo de Cotta es amigo del condestable.

Ya no fué posible cambiar palabra alguna.

El condestable, á quien sus escuderos, prevenidos ya, habian armado apresuradamente, lánzose rodeado de sus parciales sobre los rebeldes que al verse descubiertos, corrieron á ocultarse entre el bosque, dando antes la órden á sus mesnadas de que se retirasen antes de entablar una lucha que desde luego habria de serles altamente perjudicial.

Tal fué el desenlace que tuvo la cacería dada en los bosques del Abrojo, para solemnizar la reconciliacion del monarca castellano y su hijo.

CAPITULO VII.

Ocho dias despues.

Han pasado ocho dias de la cacería verificada en los bosques del Abrojo.

Don Suero Quiñones y algunos otros caballeros que tomaron ostensiblemente parte en la refriega, tuvieron que huir mientras que el maestre, el de Benavente, Pero Lopez, el conde de Alba y el de Haro, bastante hábiles para aproximarse á don Alvaro cuando comprendieron que estaban descubiertos, continuaron en la córte donde se los toleraba aunque se sabia que eran de los mayores enemigos que tenia el favorito.

Verdadero fué el enojo del monarca al ver que su placer se habia visto turbado de aquel modo, y encargó al condestable que castigase con rigor á los rebeldes.

Mas don Alvaro una vez obtenido el triunfo, no quiso ensangrentarlo.

Por el contrario, reunió sus tropas en Valladolid y no quiso que á nadie se persiguiese.

Doña Beatriz estaba furiosa.

Todo su plan se habia deshecho, más no por eso se desalentó.

Por el contrario, con más decision luchaba y estaba resuelta no solamente á vengarse de Rodrigo, á quien creia y con algun fundamento, el escudo donde se embotaban todas las flechas dirigidas al condestable, sino que tambien de todos los amigos que él tuviera.

Las últimas palabras que pronunció la tarde de la cacería al oido de Pero Lopez, produjeron su efecto.

El záfio y brusco caballero, incomodado por el mal éxito de su empresa, dijo pocos dias despues en ocasion que el conde de Benavente se lamentaba de la mala suerte que acompañaba á todas sus tentativas para derribar á don Alvaro:

—Pues vos conde debíais adivinar ya lo que podia suceder.

—¡Yo!—exclamó el conde, por Dios vivo que no os comprendo.

—No habeis visto las buenas relaciones que parecen mediar entre vuesta esposa y ese Rodrigo de Cotta tan amigo del condestable?

—¿Qué osais suponer?—gritó el de Benavente encendido de cólera.

—Yo no supongo nada. No os digo más que lo que vos y los demás caballeros que asistian á la cacería pudiero ver.

—¿Y qué vieron? ¡Ira de Dios!

—Vieron que la condesa hablaba con mucha amistad al tal poeta.

—¿Y sospechais?...

—Las mujeres son frágiles conde, y quien sabe si la vuestra sin intencion acaso pronunciara alguna palabra que diera á entender al sagaz coplero nuestro plan y...

—Teneis razon, y por mi nombre os juro que averiguaré y castigaré á los culpables.

Y el conde sintiendo rugir un infierno de celos y desesperacion en su pecho, se separó de sus amigos.

Aquella noche Pero Lopez decia á doña Beatriz:

—Si la condesa nos ha hecho traicion cara ha de pagarla.

—¿Cómo?—preguntó la hebrea.

—Porque le he hecho al marido que abra los ojos.

—¿Qué quereis decir?

Y Pero Lopez refirió á la jóven lo que dijera al conde de Benavente.

Llena de placer escuchó Esther aquel relato.

La venganza, respecto de uno de los amigos de Rodrigo, daba principio.

A esta debia seguir la del conde de Fuente de Cantos, y finalmente la de él mismo.

En el dia que vamos hablando, la hebrea no podia disimular su impaciencia.

Rato hacia que la noche habia cerrado, y más de una vez llamó la dama á sus pajes, preguntándoles si habia ido un montero en demanda de hablarla.

Pero el Gamo, que era á quien ella esperaba, no parecia, y su impaciencia se iba agotando.

Por fin, un maestresala se presentó y dijo:

—El hombre que espera vuestra señoría demanda licencia para hablaros.

—Que pase, que pase.

Poco despues, el montero completamente trasformado, así en el traje como en el semblante, se hallaba en presencia de Esther.

Tan luego como esta le vió, preguntóle con viveza.

—¿Qué has hecho?

—Nada; ¡pese á mi nombre!—contestó el montero de mal talante.

—¡Oh! ¡cobardes!—murmuró la dama.

—No tal, señora, y vive Dios que nadie hasta ahora ha podido decir de el Gamo semejante cosa.

—¿Pues de qué servís, si un solo hombre os vence siempre?

—Es que ese hombre es el diablo.

—Le habreis dejado escapar.

—Preguntádselo á Gago, que ha quedado sin vida en la calle.

—¡Oh!

—Y sinó á *Piel de Zorro*, que ya no volverá á perseguir á sus compañeros por el bosque.

—¡Dos hombres muertos!—exclamó sorprendida la hebrea.

—Tres si os place, buena señora.

—¡Tres!

—Tambien ha quedado tendido con una buena estocada, ¡vòto á mi nombre! el pobre Peraton, y un servidor de vuestra señoría tambien ha recogido dos ó tres arañazos, sin contar con algunos otros repartidos entre el resto de la gente.

—¿Y él?—preguntó la hebrea con impaciencia.

—Tambien me parece que se ha llevado algo, aunque no mucho.

—¿Es decir, que nada se ha hecho?

—¿Os parece poco tres muertos y algunos rasguños?

—¡Oh! si yo fuera hombre...

Y doña Beatriz, presa de una cólera infinita, se puso á pasear por la cámara.

El Gamo la contemplaba sonriendo y silencioso.

Comprendia, que pasada la primera explosion, estaria más acsequible á lo que iba á decirla.

Las presunciones no fueron vanas.

Poco á poco fué calmándose la excitacion de la hebrea, hasta que volviéndose hácia el montero le dijo:

—¿Con que tendremos que renunciar á coger á ese hombre?

—No, señora.

—Me parece que con tres tentativas vanas...

—Ahora es cuando yo he formado el más decidido empeño, y os juro que tarde ó temprano caerá en vuestro poder.

—En mal camino estais.

—Quien sabe.

—¿Has descubierto algo?

—He descubierto un medio que creo debe darnos muy felices resultados.

—Habla, ¿cuál es?

—Debo advertiros que es algo costoso.

—No importa; habla.

—Ya comprendereis que solo mi afan de serviros...

—¿Pero hablaras?...

—¡Oh! señora, nos habeis insultado llamándonos cobardes, y yo voy á pagar tamaño insulto haciéndoos un descubrimiento que estoy seguro os ha de agradar.

—Habla de una vez.

—Es que... como vos no estais convencida de los buenos deseos que respecto á vos me animan...

—Toma, y habla.

—Y doña Beatriz que hasta entonces no se la habia ocurrido que lo que el montero necesitaba para hablar eran algunas monedas, le arrojó su bolsillo.

Cogiólo el bandido en el aire y murmuró con acento de satisfecha codicia:

—Esto se llama obrar con nobleza.

—¿Hablarás ya?—exclamó cada vez más impaciente doña Beatriz.

—Figuraos, señora, que ya debemos convencernos de que por la fuerza es imposible apoderarse de ese caballero á no ser tirando á darle, y vos nos habeis prohibido que se le hiera.

—Es verdad.

—Para eso es menester usar de la astucia.

—¿De qué modo?

—El conde necesita dos escuderos porque se le han muerto dos á consecuencia de las heridas recibidas en el bosque.

—Explícate más.

—Los escuderos están con gran facilidad al lado de sus señores.

—Esa es su obligacion.

—Un escudero puede con mucha facilidad ceñir á su señor una espada que esté rota, sin que por ello se le pueda hacer un cargo.

—No comprendo.

—Además los escuderos suelen acompañar algunas veces á sus señores.

—¿Acabarás de una vez?

—Voy al momento. Esas dos plazas de escuderos me han chocado desde el primer momento que he sabido trataban de proveerse.

—Principio á comprender.

—¿Y aprobais mi plan?

—No le conozco todavía.

—Todo está reducido á que entren dos de mis hombres en casa del conde.

—¿Y despues?

—Una noche cuando salga se le ciñe una espada rota.

—¿Para que no pueda defenderse?

—Justamente, señora, veo con satisfaccion que vais comprendiendo todo el pensamiento de vuestro humildísimo servidor.

—¿Y qué hareis despues?

—Le esperaremos muy bonitamente. El tratará de defenderse á pesar de su espada rota...

—Eso sí, porque es valiente.

—Ya lo sabemos. Pero en aquel momento aparecerán como por encanto los dos nuevos escuderos.

—Y él los llamará en su auxilio.

—Y ellos correrán á prestárselo. Se aproximarán á él sin oposicion alguna y sacarán las espadas.

—¿Para hacer uso contra él?

—En realidad para eso, ostensiblemente para nosotros. Se pondrá uno á cada lado y á una señal convenida todos nos arrojaremos sobre él y quedará perfectamente sujeto.

—¿Pero sin daño?

—Se supone.

Esther quedó pensativa algunos instantes.

Al cabo de ellos preguntó:

—¿Pero cómo van á entrar esos escuderos en casa del conde?

—Para eso precisamente he contado con vos.

—¡Conmigo!

—Sí, señora, vos podeis proporcionarles la recomendacion bastante para que lo consigan.

—¡Oh! Déjame que piense.

Y la hebrea depositó la cabeza en sus manos.

El montero respetó su meditacion.

Despues la dama como si hablase consigo misma murmuró:

—No hay mas remedio. Pero Lopez puede hacer que el conde de Alba se los recomiende á Rodrigo. Del conde no sospechará, sí, es lo mejor.

Y volviéndose al Gamo le dijo:

—Ya están las dos recomendaciones.

—Perfectamente, señora. Veo que me habeis comprendido y me felicito por ello.

—¿Es decir que tienes confianza en el plan?

—Mucha.

—Quiera el cielo que de una vez salgamos de eso.

—Por ahora ocurre una pequeña dificultad.

—¿Cuál?

—Esos dos escuderos deben de presentarse como dos hermanos segundones de una casa hidalga de las montañas de Leon.

—¿Y qué?

—Que es menester que vayan bien portados y con buenas armas.

—Eso desde luego.

—Y como para eso se necesita dinero...

—¿No te he dado ya?

—Este, señora, si no lo llevais á mal, es en pago de nuestro último servicio.

—Servicio que no habeis cumplido.

—Pero servicio que ha costado la vida de tres valientes y algunos ojales en el pellejo de los que les sobreviven.

—Está bien. Toma.

Y doña Beatriz sacó un puñado de monedas de un cofrecito que tenia en la estancia, y se las dió al bandido.

—El cielo os premie, noble señora, por lo bien que sabeis atender á las necesidades de los pobres diablos que teneis á vuestro servicio.

—Ahora escúchame á tu vez,—dijo la hebrea.

—Soy todo oidos, señora.

—¿Cuánta gente tienes á tu disposicion?

—Ahora hemos quedado pocos, y lo que es con los monteros de Diego Vazquez no hay que contar.

—¿Por qué?

—Porque no obedecen mas que á él.

—Pues cómprale con sus monteros.

—¡Voto á brios! ¿sabeis, señora, que valeis un tesoro?

—No se trata de eso. Compra á Diego Vazquez si es preciso.

—Imposible.

—¿Cómo?

—Diego Vazquez es honrado á su manera.

—El oro honra tambien.

—Pero él no lo necesita.

—Porque no lo tiene.

—Además existe otra razon.

—¿Cuál?

—Que Diego Vazquez protege al conde.

—¡Que le protege! ¿Y cómo le conoce? ¿Quién es ese Diego Vasquez? ¿Qué favor le debe?

—Sobradas preguntas me haceis para lo que yo puedo contestaros.

—¿Nada sabes?

—No se más, sino que Diego apareció en la selva hace diez años, sin que supiese nadie de donde venia, ni quién era. Dijo que se llamaba así, probó que era hombre diestro y valiente, tomó el mando de los monteros, y nada más se ha podido averiguar.

—¿Pero de dónde sabes tú que protege al conde?

—¿No lo visteis el dia de la cacería?

—¿Era aquel que salvó al rey, y que despues, segun me digiste habia escudado con su gente á Rodrigo?

—El mismo; y si no es por él aquel dia, por Dios vivo que cae el conde en nuestro poder.

—¿Y tú no has hablado con Diego Vazquez, de ese asunto?

—Sí, señora; y, ¿sabeis qué me contestó?

—¿Qué?

—Miróme de una manera fosca y terrible, y me dijo: «Basta, señor tunante; yo protejo á ese caballero, y cuenta con hacerle daño alguno, porque te juro que el mejor venablo de los mios se ha de abrir camino hasta tu corazon.» Y cuando él lo dice, lo hace.

—¿Y no has vuelto á decirle nada?—preguntó Esther pensativa.

—Ni á verle. Me separé con mi gente, y evito el encontrarme con él.

—Pués bien, es necesario que busques algunos hombres decididos.

—¿Y no podríais decirme para qué?

—Para penetrar en un palacio donde siempre tendreis que sostener alguna lucha, aunque corta.

—¡Diablo! ¡Un palacio!

—Sí.

—¿Y sabeis si tiene muchos defensores?

—Siempre habrá quince ó veinte, ó cincuenta tal vez.

—En ese caso mucha gente se necesita.

—Por eso te he dicho que busques.

El buscarla es lo de ménos, porque los rufianes no escasean en Valladolid, pero si me quisiérais decir cuál es el palacio, tal vez yo encontraria algun medio...

—¿Has oido hablar de los *Caballeros del Amor*?

—Ya lo creo.

—Pues en su palacio habeis de entrar.

—¿Pero estando ellos?

—No; habeis de aprovechar una noche que no estén, ó despues que se hayan retirado.

—En ese caso con quince hombres decididos me basta.

—Eso es cuenta tuya.

—¿Y qué se ha de hacer allí?

—Poner en libertad á todas las mujeres que haya en él.

—Obra de caridad vais á hacer, señora.

—Y solamente cogereis á una que conducireis tú y otro de toda tu confianzan á una casa que te diré.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Es mora y se llama Zoraya.

—Descuidad, no se me olvidará el nombre.

—¿Cuándo podrás cumplir mi encargo?

—Mañana ó pasado, en fin, en el momento en que tenga mi gente dispuesta y me haya enterado de algunos pormenores respecto á la casa.

—Está bien. No descuides por esto lo de los dos escuderos.

—Tan luego me deis las recomendaciones, irán los dos á casa del conde.

—Mañana estarán corrientes.

—Y ellos irán mañana mismo.

—¿Con que estás ya enterado de todo?

—De todo, ménos de la manera con que he de enganchar á mis nuevos soldados.

—No te entiendo.

—Diablo señora, pareceme increible que vos no me entendais, cuando tan claro teneis el ingenio.

—Habla y acabemos.

—Se trata de que necesito algun dinero para pagar á los que me ayuden.

—¡Dinero! ¿Pues no te he dado acaso?

—Habeisme dado lo necesario para las dos cosas que debíais; ahora falta la tercera.

Esther hubiera dejado estallar su furor ante las exigencias de aquel bribon descarado, pero arrojándolo de su presencia, quedaba sin poder vengarse.

—Lo comprendió así, y transigió.

—Dióle más dinero, y poco despues el bandido salia de casa de doña Beatriz satisfecho por el buen éxito de su audacia, y soñando con un porvenir de oro.

Esther se volvió á sumergir en su habitual meditacion.

Así pasó algun tiempo.

Un ligero rumor que percibió en la puerta de la cámara sacándola de su ensimismamiento, la hizo volver la cabeza hácia donde habia sonado.

Mendo estaba allí.

—¿Me permitís, señora?—dijo.

—Acércate.

El escudero obedeció, y la dama le preguntó:

—¿Estás ya en disposicion de montar á caballo?

—Sí, señora.

—¿Puedes partir mañana?

—Puedo.

—Corriente.

—Solo me resta saber, cuál es la mision que he de desempeñar en Baza.

—Averiarguar quien era Zoraya, y qué hacia allí.

—Descuidad que lo averiguaré.

—Y si crees que pueda sacarse partido del descubrimiento que hagas, mándame aviso.

—¿Con quién?

—Con un hombre de toda tu confianza que puedes llevarte.

—Me llevaré á un amigo mio, soldado de la guardia morisca.

—¿Pero necesitará un permiso?

—Vos podeis pedirlo al señor Hernando Carrillo.

—Tienes razon.

Y aproximándose á una mesa, trazó algunas líneas sobre un pergamino, el cual enrolló y selló, entregándoselo al escudero:

—Toma,—le dijo,—ve á casa del capitan de la guardia morisca y dejará libre á ese hombre.

—¿No necesitais nada más?

—Nada. Parte mañana y no olvides mis instrucciones.

El escudero se inclinó respetuosamente ante su señora, y salió de la cámara.

Al mismo tiempo que esto sucedia, Rodrigo sostenia

con Ferrando una discusion sobre el tema favorito del viejo escudero.

—Os lo repito señor, esa mujer ha de ser vuestra perdicion.

—Vamos, Ferrando, pareceme que ya estás harto cansado con esa manía.

—Si no es manía señor, vos os empeñais en verlo de otro modo. ¿Negareis acaso que el dia de la cacería no iban decididos contra vos todos aquellos rufianes que os rodeaban?

—No.

—¿Y quién podia infundirles la animosidad que contra vos demostraban?

—Fácil es de comprender.

—Ya lo creo.

—Todos saben que yo soy uno de los más fuertes apoyos del condestable, y desaciéndose de mí tienen ya mucho adelantado respecto á él.

—Vos lo veis así.

—Y es lo más probable.

—Pues yo os digo y me atreveria á jurarlo por mi santo patron, que todo es obra de esa infernal mujer.

—¿Y esas dos tentativas de robo tambien?

—Tambien.

—Vamos, Ferrando, la edad te hace ver visiones.

—¡Pluguiera á Dios que vos creyereis en ellas!

—Pero como no creo, figúrome que lo mejor que podemos hacer es no ocuparnos de eso.

—¿Mas accedereis á mi demanda?

—¿Cuál?

—La de que os acompañe á todas partes.

—Basta Ferrando; puedo tolerarte que me aconsejes, que me cuides, pero no que dudes de mi valor.

—¡Líbreme el cielo de semejante cosa! Pero lo que yo os pido no es para empañar en lo más mínimo vuestra honra. Yo os seguiré siempre de lejos.

—No lo consiento.

—Mas...

—Basta, vuelvo á repetir. Para defenderme de mis enemigos ó de los puñales de unos cuantos asesinos, me basto yo.

—Es que...

—No necesito auxilio de nadie.

Ferrando comprendió que no debia insistir.

Era demasiado resuelto el acento de Rodrigo, y el escudero sabia por experiencia, que cuando así hablaba no retrocedia jamás.

—Largo tiempo pasaronse así señor y escudero, cuando la llegada de Aliatar vino á cambiar por completo su estado.

El musulman, desde el infame rapto de Zoraya, no abandonaba casi la casa del conde.

—Triste y afligido estaba Rodrigo, pero mucho más lo estaba el moro.

En el momento que entró en la cámara, su rostro estaba de tal manera trastornado, que no pudo por mé-

nos el conde de exhalar una exclamacion de sorpresa.

—¿Qué teneis Aliatar?—le dijo.

—¡Oh! Dejadme que respire.

—Pero qué os sucede.

—Que la he encontrado.

—¿A quién?—preguntó vivamente el conde.

—A ella.

—¿A Zoraya?

—Sí, sí.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—¡Ah! no lo sé.

—Desdichado.

—Pero lo sabré mañana.

—¡Mañana!

—Sí, mañana lo sabré.

—¿Quién la ha robado?

—Lo ignoro.

—Entonces no sabeis nada.

—Dejadme que sosiegue.

Aliatar necesitaba efectivamente de sosiego.

Su agitacion era tan violenta que le impedia pronunciar una palabra.

Conocíase que habia dado una carrera asáz violenta porque sus pulmones apenas podian aspirar la cantidad de aire suficiente.

Rodrigo le contemplaba con impaciencia.

Deseaba conocer en todos sus detalles el medio porque habia hecho aquel descubrimiento.

Así fué, que tan luego como le vió un poco mas sosegado le preguntó:

—Y decid, decid, ¿cómo ha sido eso?

—De una manera sumamente sencilla.

—Explicaos.

—Paseábame por el Campo Grande como sabeis que acostumbro.

—Lo sé.

—He ido allí para ver si podia entre los rufianes que frecuentan aquellos sitios, coger alguna palabra que me sirviera de indicio.

—¿Y habeis acertado hoy?

—Sí. Hallábame sentado sobre unos maderos. Las sombras de la noche me envolvian de tal modo, que sin duda no me vieron dos hombres que se vinieron á sentar casi á mi espalda.

—Seguid, seguid.

—El uno de ellos, despues de mirar á todas partes para asegurarse de que nadie le escuchaba, dijo con grande misterio al otro:—«¿Puedo contar contigo para una noche de estas?»—«¿Ha caido algo que hacer?» —preguntó el segundo.—«Sí, hay que robar á una mujer, á una mora.»—«¿Y lo pagan bien?»—interrogó de nuevo el segundo.—«Toma á cuenta.» Y le dió algunas monedas.

—¿Y qué más?

—El otro preguntó dónde habia que ir, y entonces le contestó el primero que mañana, despues de la queda,

le esperase en aquel sitio, y le diria la casa y el dia que debia verificarse el rapto.

—¿Pero no han pronunciado nombre alguno?

—Ninguno.

—¿Y cómo sospechais que pueda ser Zoraya?

—¿Vos la amais, y no lo habeis sospechado? Por Allhá que mi corazon es más leal entonces que el vuestro.

—Sí, mi corazon tambien presiente que es ella; pero ¿quién la habrá robado? ¿A qué clase pertenecerán sus raptores, y quiénes serán estos segundos?

—De esto no debemos ocuparnos.

—Teneis razon, porque nosotros la salvaremos antes.

—¿Es cierto que la salvaremos? — preguntó Aliatar con extravío.

—Sí, os lo repito, el juramento que os hice el dia en que me comunicásteis tan infausta nueva.

—Pero es que hemos de vengarla tambien.

—La vengaremos.

—Gracias, cristiano, gracias, tú amas á la sultana.

—¡Maldito amor!—murmuró Ferrando que habia estado escuchando toda la conversacion anterior.

—¿Qué dices?—le preguntó Rodrigo.

—Digo que quién sabe si la judía andará mezclada tambien en este asunto.

Esta vez el conde prestó atencion á las palabras de su escudero.

Recordó la amenaza de Esther y tembló no se refiriese á Zoraya.

—Puede que aciertes en esto, Ferrando,—le dijo.

—Lo mismo que en todo, señor.

—¿Qué es eso?—preguntó Aliatar.

—Nada, temores y alucinaciones de Ferrando que cree ver en todo cuanto sucede la mano de una mujer vengativa.

—¿Existe acaso alguna mujer que quiere vengarse de vos?—preguntó el moro.

—Sí.

—Entonces, razon tiene el anciano, una mujer que quiere vengarse, es peor que todos los enemigos del mundo. Si esa mujer ha descubierto á la sultana y desea vengarse ¡guay de mi hermosa señora!

El conde no pudo ménos de impresionarse, y tanto él como Ferrando y Aliatar, se sumergieron en profundas y sombrías meditaciones motivadas por aquellas palabras del musulman.

CAPITULO VIII.

Los poetas del rey y los caballeros de la reina.

La misma noche que tenian lugar los anteriores sucesos, en la cámara del rey, de aquel pobre monarca completamente inepto para el gobierno, rey irrisorio cuyo poder abandonaba en las manos de su favorito, que en el mero hecho de serlo ya llevaba consigo un gran crímen, tenia lugar uno de aquellos brillantes certámenes donde la poesía, aquella poesía tan llena de riquezas, de el siglo XV, recibia proteccion é impulso por el hombre-rey.

Don Juan II, como ya hemos dicho en otra parte, inhábil, abandonado, perezoso, incapáz para el elevado cargo en que el destino le habia colocado, el rey-materia en todo, al hallarse reunido con sus poetas, era el poeta

espiritual, el génio creador y crítico severo que se atrevia á corregir á Juan de Mena, y cuyas correcciones este respetaba siempre.

En el momento que penetramos en la cámara, estaba esta en el silencio más profundo.

Juan de Mena leia algunas estancias de *La segunda órden de Mercurio*, y cuantas personas allí habia, escuchaban con religiosa atencion.

Sentados alrededor de una mesa, sobre la que ardia una enorme lámpara de plata, estaba el rey en un sillon de alto respaldo blasonado, y en banquetas á corta distancia de él, Juan de Mena, el marqués de Santillana, Jorge Manrique, Rodrigo de Cotta, el judío converso Alonso de Baena, el condestable, el conde de Fuente de Cantos, el de Benavente, y el bachiller Cibdadreal.

Estos últimos asistian al certámen con el carácter de meros aficionados, y los cinco primeros con el de poetas de la córte castellana.

El conde de Benavente se hallaba sombrío y preocupado.

Alguna que otra vez, sus ojos se fijaban en Rodrigo de Cotta, y entonces sus pupilas despedian un fulgor siniestro.

Pero nadie sorprendia estos efluvios de una cólera sorda y terrible que rugia dentro de su pecho, porque la atencion general estaba concentrada en la lectura.

El poema que leia el poeta, era la continuacion del *Laberinto* que estaba escribiendo entonces.

Cuando hubo terminado dijo el monarca.

—¡Bravo! mi buen poeta, mereces mi collar de San Miguel y un *albalá*, que mañana firmaré de doscientas doblas sobre nuestras rentas. Esto es lo que el rey puede darte, en cuanto al hombre, toda su admiracion, todo su respeto, todo su cariño.

Inclinóse Juan de Mena conmovido ante el entusiasmo del monarca, y contestó:

Pláceme mucho más señor, la aprobacion del hombre que las dádivas del rey. Cuando la poesía encuentra protectores como vuestra alteza, crece y se levanta ostentando todas sus brillantes galas como la flor al sentir en su corola los vivificantes rayos del sol.

—¿Apruebas mi resolucion, don Alvaro?—preguntó el rey á su favorito.

—No es el súbdito quien debe aprobar lo que el monarca dispone, sino quien debe obedecer.

Don Juan II arrojó una mirada sobre el condestable, mirada en la cual fácilmente pudiera comprenderse que no siempre el súbdito era el que obedecia, sino el monarca, quien respetaba lo que disponia el súbdito.

Volvióse hácia el poeta y le dijo:

—Quieres dejarme que repase tu obra, pues creo que hay una *estancia* que pudiera corregirse.

—Por demas sabe vuestra alteza que sus correcciones me placen y me honran.

Y presentó el manuscrito al rey, quien se puso á hojearlo hasta llegar á una estrofa que decia así:

«O miedo mundano, que tu nos compeles
muchos placeres fingir por pesares,
que muchos entelles fagamos ya dares,
y muchos tambien de dares, entelles.»

Detúvose el monarca en ella, y despues de algunos momentos de reflexion dijo:

—Paréceme que este último verso tendria más cadencia, y sonaria más pulidamente, diciendo: *é muchos de dares fagamos entelles* (1).

—Razon sobrada tiene vuestra alteza, y agradezco la correccion, porque en verdad le hace ganar al verso.

Y Juan de Mena corrigió el verso con gran contentamiento de su señor.

—Y tú mi buen Jorge Manrique,—prosiguió este dirigiéndose al otro anciano que estaba junto al marqués de Santillana,—¿qué nos vas á ofrecer?

—Ved señor lo que mi pobre musa ha compuesto, y que ahora, despues de escuchar las bellísimas estancias de mi docto amigo Juan de Mena, ha de parecer mucho mas frio y desaliñado.

Y el poeta se puso á leer con voz tranquila y reposada esa bellísima composicion que ha llegado hasta nosotros, y que principia:

(1) Histórico.

«Nuestras vidas son dos rios
que van á dar
en el mar de
que es el morir.»

El entusiasmo del rey no tuvo límites, apenas terminó su composicion el inspirado poeta.

El mismo Juan de Mena le felicitó cordialmente, y aún el conde de Benavente, á pesar de su preocupacion no pudo ménos de conmoverse al escuchar aquellos sentidos versos.

Pero la exaltacion fué gradualmente calmándose, y el monarca dirigió sus miradas hácia otra parte.

Entonces le tocó su turno á Rodrigo de Cotta.

—Y tú mi gentil Rodrigo de Cotta,—dijo el rey,—¿qué nos traes de bueno?

—Nada, señor,—contestó modestamente el jóven,—nada traigo á vuestra alteza, porque nada bueno puedo hacer.

—Modesto estás, mi buen poeta.

—Soy verdadero apreciador de mi trabajo.

—¿Pero no has escrito nada?

—He escrito una sencilla poesía, que no tiene más mérito que el de haber dejado á mi corazon que hable en ella.

—¡Por vuestro santo patron!—exclamó el rey,—¿y te parece acaso poco mérito ese? ¿Oyes condestable?

—Paréceme, señor,—repuso don Alvaro,—que siendo

la poesía la expresion del sentimiento, y encerrándose de una manera tan exquisita en el corazon de don Rodrigo, si á él solo le ha dejado hablar, debe ser muy buena la poesía.

—Eso mismo me parece. Vamos, lee.

El conde de Benavente habia fulminado más de una terrible mirada sobre el poeta.

Varias veces estuvo á punto de soltar alguna frase, mas quizás pensó que seria indiscrecion el pronunciarla, y se contenia mirando al jóven con irritados ojos.

Rodrigo de Cotta sacó un papel de su escarcela y se puso á leer.

Era como habia dicho perfectamente, una poesía llena de amor y sentimiento.

El alma del poeta se exhalaba en ella en un lánguido suspiro de ternura y de adoracion.

Su amor hácia la condesa, se veia en ella con caracteres tan gráficos, á pesar del figurado lenguaje que usaba, que era imposible desconocerlo.

El conde temblaba de furor.

Su celosa mirada perseguia al poeta con terrible encarnizamiento, y todos sus miembros se agitaban á impulsos de un temblor convulsivo.

La terminacion de la lectura, fué seguida de calorosas muestras de aprobacion.

—Y decias que tus versos eran malos, eso ya no es modestia, Rodrigo, es casi un crímen.

—Señor, vuestra alteza me confunde con su bondad.

—Es una poesía de enamorado,—repuso Jorge Manrique,—y cuando el amor se siente y se expresa de ese modo, tanto honra á la persona que lo siente, como á la que lo hace sentir.

—Teneis razon, señor Jorge Manrique, amores de esa especie engendran grandes pensamientos, é impulsan grandes empresas.

—En esa poesía, hay bajo esa forma, en apariencia frívola, un análisis especial del amor en su más pura y en su más cándida expresion.

—Ola, ola, como se expresa el señor Cibdadreal,—dijo el rey alegremente, al escuchar lo que acababa de decir su sábio médico.

—Que quereis, señor, tambien nosotros, aunque materialistas por necesidad, gustamos y sabemos apreciar la idealidad de la poesía, cuando es una idealidad por el estilo de la de que nos acaba de dar tan brillante muestra el señor Rodrigo de Cotta.

El jóven no sabia qué responder á tamaños elogios, con el rostro encendido y los ojos bajos aspiraba con delicia aquellas palabras.

Y tú buen conde de Benavente, ¿qué opinas de esos versos que con tanta expresion acaba de leernos el señor Rodrigo?

—Yo, señor, tenia ya la satisfaccion de conocer esa poesía,—repuso el conde con un acento indefinible.

Todos se volvieron sorprendidos hácia él, mientras el semblante de Rodrigo palidecia de una manera intensa.

—Qué, ¿la conocias ya?—dijo el rey.

—Y en prueba de ello, que aquí tengo una copia que se conoce se le habia extraviado á este caballero.

Y al decir estas palabras sacó el conde de su escarcela un papel que puso con mano temblorosa sobre la mesa.

La turbacion de Rodrigo aumentó mucho más.

Todos los circunstantes comprendieron que en aquel se encerraba alguna historia, terrible conviccion á la que daba mas fuerza la irritada mirada del conde y la turbacion de Rodrigo.

Durante algunos segundos nadie se atrevió á pronunciar una palabra.

Todos se hallaban dominados por el peso de aquel acontecimiento en el cual aunque de una manera vaga presentian algo de terrible y amenazador.

Felizmente llegó á poner termino á aquel estado un paje que apareció en la puerta de la cámara.

—Su alteza, mi señora la reina doña Isabel, me envia hasta vuestra señoría en demanda de que hagais la merced de pasar á sus habitaciones.

El rey hizo un gesto de sumo disgusto, y despues de haber fijado una tímida mirada en el condestable, repuso:

—Vé, mi buen paje, vé y dí á nuestra muy amada esposa que nos hallamos muy ocupados en este momento, y que nos es imposible acceder á lo que desea; y sino,—prosiguió el monarca, dirigiéndose á Rodrigo,—

vé tú don Rodrigo, y ten la honra de manifestar á la reina la imposibilidad en que nos hallamos.

Abandonó el jóven su banqueta, y se dispuso á cumplimentar la órden del monarca.

En el momento en que iba á franquear la puerta de la estancia, el conde de Benavente se aproximó á él y le dijo en voz baja, pero con un acento terriblemente amenazador.

—Guardad esa trova y tened cuidado por vuestra vida con volver á perder otra en el sitio en que perdisteis esa.

Rodrigo quedó aterrado.

Dos dias antes habia entregado á la condesa de Benavente aquellos versos escritos para ella, é inspirados por ella misma.

En el trayecto que tuvo que recorrer desde la cámara del rey á la de la reina, trató de componer su semblante, á fin de poder presentarse de una manera conveniente.

El paje que habia llevado al rey la súplica de que pasase á verle, se presentó en la puerta de la cámara y anunció con su atiplada vocecita:

—El señor Rodrigo de Cotta.

Doña Isabel de Portugal se encontraba como siempre, es decir, triste, apesarada y meditabunda.

La causa de su llamamiento al rey, era la siguiente:

Casi al mismo tiempo que los poetas, se reunian en la cámara de don Juan II, el maestre de Calatrava y el conde de Plasencia penetraban en la de la reina.

Doña Isabel, sorprendida por semejante visita, les dijo:

—¿Qué motivo trae á tan nobles caballeros á visitar una reina que se encuentra tan sola como yo?

—Nuestro cariño á esa reina y nuestro afecto hácia el país en que ha venido á reinar.

—¡Pobre reina sin corona!—repuso doña Isabel,—y pobre país sin rey que le gobierne.

—En cuanto á lo primero, no diré que vuestra alteza no tenga razon; mas no lo creo así respecto á lo segundo,—contestó el conde de Plasencia.

—¿Pues acaso gobierna el rey?

—No, señora, mas en cambio gobierna el condestable.

—Y no es criminal que un hombre de esa especie tenga en vergonzosa tutela á todo un rey de Castilla?

—Tanto lo es así, señora, que la nobleza castellana ha hecho juramento de no consentir por mas tiempo un estado de cosas semejante.

—Huélgome de semejante resolucion, pero ya sabeis señor maestre de Calatrava que hace mucho tiempo se trabaja por derribar al condestable, sin que hasta ahora se haya obtenido resultado alguno.

—Hemos sido derrotados muchas veces, teneis razon, señora; pero confiamos en que desde hoy han de variar extraordinariamente los acontecimientos.

—Ignoro con que recursos contais.

—Contamos con el completo cambio de nuestra conducta.

—Explicaos señor maestre.

—Hasta hoy hemos sometido siempre el resultado de nuestra empresa al triunfo de nuestras armas.

—Triunfo que la suerte se ha complacido en negarnos siempre.

—Hoy por el contrario,—añadió el conde de Plasencia,—usaremos de las armas como último recurso.

—Entonces, ¿cuál vais á emplear como primero?

—La astucia. En las lides cortesanas trataremos de vencer á ese hombre ya que en el campo de batalla parece haberse hecho imposible su derrota.

—Pues si en la córte se halla el rey rodeado constantemente de hechuras del condestable, de hombres que todo se lo deben á él, de hombres que le sirven como el perro á su amo, y obedecen ciegamente sus órdenes.

—Sin embargo señora; al lado del rey se halla vuestra alteza; vuestra alteza, á quien ama con un cariño superior al que profesaba á la difunta doña María de Aragon que Dios tenga en su gloria, y vos podeis hacer mucho.

—¿Que yo puedo hacer mucho decís? ¿pues sabeis acaso al extremo á que me veo reducida? Ignorais que yo para ver á mi esposo me veo precisada á esperar que el condestable le dé permiso para venir á verme. ¡Ay! ¡amigos mios! vosótros no veis mis lágrimas en las soledades de estas cámaras, y no podeis comprender por lo tanto toda la nulidad de mi influencia.

Los dos caballeros quedaron pensativos algunos momentos, hasta que por fin dijo el maestre:

—Pues á pesar de eso, vos podeis hacer mucho señora: siempre podeis encontrar algun recurso, algun medio que el condestable no pueda sospechar para hablar con el rey, para ir minando aunque sea con lentitud, el pedestal sobre el que ese hombre se asienta hasta que consigamos derribarle del todo. Escuchad, señora. Toda la nobleza castellana ha firmado un pacto solemne, por el cual se compromete á hacer la guerra al privado, pero la guerra de córte, la guerra de asechanzas, de emboscadas y de lazos en los cuales no tiene mas remedio que caer. Los más poderosos amigos del condestable, todos esos hombres en cuya amistad mas confianza tiene, hemos de ir arrebatándoselos uno á uno hasta dejarle solo, y cuando en esa situacion esté, cuando no vea en su derredor más que enemigos al frente de los cuales se encuentre vuestra alteza misma, no tendrá más remedio que sucumbir: esto es lo que veniamos á decir á vuestra alteza. ¿Quiere ponerse al frente de nuestra conjuracion?

Doña Isabel se tomó algun tiempo para contestar.

Reflexionó detenidamente todas las consecuencias que semejante paso podia tener, y dijo despues de un largo espacio:

—Hónrame el puesto que quereis darme en la empresa que habeis formado, más por ahora no creo conveniente que yo me ponga de una manera ostensible á vuestra

cabeza. Unid vuestro esfuerzo, yo trabajaré tambien, y cuando encuentre una ocasion favorable, cuando por efecto de una de esas circunstancias que no pueden ménos de presentarse en la situacion en que nos hallamos colocados, pueda yo lanzar resueltamente la máscara con que me he encubierto, entonces combatiré de frente al condestable y no tendrá más remedio que sucumbir.

—Corriente, señora: respetamos semejante resolucion y pláceme sobre manera las buenas disposiciones en que vuestra alteza se halla respecto á nosotros.

—Y para que veais si me hallo resuelta, desde este momento voy á dar principio á mi plan mandando llamar al rey á mis habitaciones.

—¿Y confia vuestra alteza que acuda á su llamamiento?

—No; pero esto me servirá de pretexto para lo que algun dia podré decirle.

Los dos caballeros hicieron nuevas protextas en nombre de sus demás compañeros de adhesion á la reina, y abandonaron la cámara de doña Isabel, la cual mandó inmediatamente á su paje á las habitaciones del rey, en momento bien inoportuno por cierto, segun ya hemos podido ver.

Al anuncio de Rodrigo de Cotta no fué dueña la reina de contener un movimiento de cólera.

Enrojeciéronse vivamente sus mejillas, y fué necesario un desesperado esfuerzo para que mostrase un continente digno al poeta que ante ella se presentaba.

Rodrigo se aproximó á doña Isabel, y doblando una rodilla ante ella la dijo con un acento respectuoso.

—Salud, noble señora. ¿Me concederá vuestra alteza la merced de darme á besar su mano?

Doña Isabel permaneció silenciosa algunos momentos, hasta que por fin tendió su mano al poeta diciendo:

—Levantáos, señor Rodrigo de Cotta. ¿Qué mision os ha encargado el rey mi señor?

—Su alteza el rey don Juan II, me ha ordenado os diga que con harto sentimiento suyo veíase obligado en este momento á no poder acceder á vuestra demanda.

—¿Y tendríais la bondad, señor Rodrigo, de decirme que causas impiden al rey de Castilla pasar á las habitaciones de su esposa cuando esta lo demanda?

—El monarca se encuentra en este instante presidiendo uno de esos certámenes de poetas á que vuestra alteza sabe es tan aficionado.

—¿Estaba allí el condestable acaso, caballero?

—Sí, señora.

—Entonces, á él y no ha vuestro certámen es al que debo la negativa de mi rey y señor.

—Mal le juzgais, señora,—repuso Rodrigo con respetuoso acento.

—Ya sé que sois muy su amigo señor Rodrigo de Cotta, y duéleme en el alma que vos, el hombre de talento, el hombre de génio, el poeta que remonta su pensamiento hasta el cielo y que desde allí lanza sus acentos envueltos en torrentes de armonía que llenan de con-

suelo el alma y de embriaguéz el corazon, descienda hasta la tierra para servir rastreramente á un hombre tan indigno como el condestable.

—Señora...

—Os lo repito; servís á un hombre indigno, porque ese hombre abusa de la bondad de un rey débil y abandonado, porque ese hombre usurpando una corona que en mal hora quiso tenerle por su sosten, obliga al rey á que se postre de rodillas ante él, obliga al pueblo á que se doblegue ante su voluntad, y obliga á la reina á que permanezca sola y abandonada en sus habitaciones, haciéndose el señor absoluto del rey, del país y de las afecciones del esposo.

—Permitidme señora que diga á vuestra alteza, que hay algun tanto de exageracion en lo que decís.

—¡Exageracion señor Rodrigo de Cotta!—exclamó la reina exaltándose gradualmente.—¿Existe exageracion en decir que ese hombre se ha atrevido hasta lo más santo, hasta lo más sagrado, hasta la honra de su mismo rey?

—¡Señora!...

—No recordais ya lo que de ese hombre se ha dicho respecto á la infortunada reina doña María, no escuchais á cada paso las quejas de ese pueblo envilecido, vejado horriblemente y maltratado por ese hombre? ¿No veis las quejas de la nobleza, de esa nobleza que castiga sin piedad, cuyos derechos desconoce y á la que desprecia á cada paso? ¿No veis finalmente ese rey que no se atreve á dar un paso sin consultarle y que no es más

que un niño que obedece ciegamente lo que él le manda? Por Dios, señor Rodrigo de Cotta, que es necesario estar muy ciego para no ver eso, y vos me parece que teneis sobrada buena vista.

El poeta permaneció algunos momentos sin contestar.

Su respeto hácia la reina le impedian contestar lo que sus convicciones le dictaban.

Sin embargo, demasiado franco y demasiado leal, para dejar que ofendiesen al hombre á quien debia su posicion, repuso:

—Señora; profunda pena me causa escuchar á vuestra alteza expresarse de ese modo. No seré yo quien pretenda desvanecer esos rumores, respecto á los escándalos ocurridos en vida de la reina doña María. Pero respecto á lo que decís del pueblo y de la nobleza, no puedo pasar en silencio lo que á mi juicio sucede. Don Alvaro ha creido necesario sacar al pueblo del envilecimiento en que se hallaba desde épocas anteriores, y darle las libertades que le habian ido arrebatando los señores feudales á quienes habian dado señoríos y feudos con una prodigalidad extremada los monarcas anteriores. Ha querido reducir á la nobleza á que obedezcan á su rey, y los nobles, pequeños reyes en sus señoríos, acostumbrados ya á imponer su voluntad al monarca en vez de acatar la de este, se han opuesto porque han visto en don Alvaro no el representante del monarca, no el hombre de corazon y de energía en quien el rey de-

legaba sus facultades, sino el hombre hijo de una mala mujer y del señor de Cañete, ennoblecido por el capricho de doña Catalina de Lancaster y favorito de don Juan II. Le han hecho la guerra, y el condestable la ha aceptado; han buscado todos los medios de desacreditarle, y el pueblo dócil instrumento de ambiciosas manos, el pueblo completamente ignorante, se ha dejado seducir por los nobles que necesitan hacer causa comun con él para derribar á su enemigo, y maldice el gobierno de ese hombre, no porque este sea don Alvaro de Luna, sino porque sus antiguos señores le dicen que le maldiga. Y ahora bien, señora, ¿cree vuestra alteza que seria más dichoso el país si cualquiera de esos nobles que hacen la guerra al condestable llegase á ocupar su puesto? Fijad vuestra mirada desapasionadamente en todos los que os rodean, y vez si en alguno encontrais la energía y el valor, la grandeza del pensamiento y la perseverancia que el condestable ha demostrado desde que se encuentra en el poder.

—Buen defensor haceis señor Rodrigo de Cotta,—dijo la reina, tratando de romper la impresion que la habia producido la elocuente defensa del poeta.—Sois muy buen defensor, pero defendeis una mala causa.

—Duéleme que vuestra alteza lo juzgue así. Yo creo por el contrario que la causa es buena; lo que unicamente hay de malo es el prisma porque vuestra alteza la vé.

—Si os halláseis en mi lugar la veríais por el mismo prisma que yo la veo. En fin señor Rodrigo de Cotta,

vos defendeis á quien os ha dado su proteccion y su favor, y yo no puedo culparos por ello: yo por el contrario como no he recibido de él más que desdenes y sinsabores, como desde mi trono de reina fijo mi mirada en el pueblo que esperaba con mi venida á Castilla una mejora de su condicion, y como desde mi corazon de esposa, veo en él á la persona que me arrebata mi cariño y mi felicidad, no puedo amarlo, no puedo hacer más que quejarme y aborrecerle.

—Funesta enemistad.

—Pero enemistad que yo no la he buscado.

—Ni creo que el condestable tampoco la desea.

—Quizás tengais razon. Ahora,—prosiguió la reina,—id y decidle á mi esposo que habeis cumplido vuestro encargo, y que yo pobre reina y desdichada esposa, me conformo en un todo con la voluntad del que manda hasta que llegue el dia en que el rey sea lo que debe ser, y el esposo guarde las consideraciones que debe á la esposa.

Rodrigo comprendió que la reina le despedia de su cámara, y aunque con el corazon oprimido por las palabras que habia escuchado y por lo que para el porvenir anunciaba aquel rencor de la reina, abandonó la cámara con el semblante sereno aunque con la angustia en el corazon.

CAPITULO IX.

Donde se ve el efecto que produjeron las palabras de Pero Lopez de Silva.

Antes de continuar adelante nuestra narracion, nos parece muy oportuno manifestar á nuestros lectores, por qué medios habia llegado á manos del conde de Benavente la poesía que Rodrigo de Cotta leyera en el certámen presidido por el monarca de Castilla.

Las palabras pronunciadas por Pero Lopez, excitaron los celos del viejo conde, y harto sabido es, que los celos han sido en todos tiempos el peor consejero de los corazones.

El conde de Benavente, ocupaba respecto á la esposa una situacion bastante excepcional, si así podemos expresarnos.

Viejo, ambicioso y turbulento, llevaba inoculada en

sus venas aquella sávia rebelde del primitivo bastardo de don Enrique II su antepasado, y su mente inquieta soñaba siempre con puestos, á los que su inexorable destino le impedia constantemente llegar.

El conde, viviendo entre aquella atmósfera que principió á aspirar durante la minoría del rey Doliente, y que le desarrolló de una manera colosal en la larguísima de su hijo don Juan II, carecia de puros sentimientos en su alma, y de nobles aspiraciones en su corazon.

En él no reinaba más que la ambicion, pero de mala especie, la ambicion descarnada y fria que rebaja, no la noble y digna que enaltece.

Su íntimo amigo, y como él tambien rebelde y ambicioso, el señor de la Torre del Duero, tenia una hija tan discreta como hermosa, y tan buena para brillar en un sarao, como para urdir una conspiracion.

Ambos señores ambicionaban, ambos estaban siempre en perenne lucha contra el poder constituido, y siendo tan idénticas sus aspiraciones lógico era que un mismo lazo los uniese.

El conde de Benavente fué un dia á ver á su amigo, y prescindiendo desde luego de todas esas rebuscadas frases conque generalmente trata de revestirse cualquier peticion, le dijo:

—¿Sabeis, amigo mio, que vengo á demandaros una gracia?

—Por mi santo patron, que sea la que quiera, acordárosla he de antemano.

Vos sois ambicioso y yo tambien, con la diferencia de que yo por mi estancia en la córte me hallo en mejor situacion que vos para alcanzar lo que desee.

—¿Os place decirme dónde vais á parar?—interrumpióle su amigo.

—A mi en la córte me hace falta una persona sagáz y entendida que secunde mis proyectos y me ayude á realizarlos.

—Y quereis que os dé la mano de mi hija, ¿no es eso?

—Perspicáz anduvísteis, buen amigo. Habeis acertado.

—Pues bien, os la concedo.

Y de esta manera, y sin tener para nada en cuenta la desproporcion de edades que existia entre el conde y su hija, el señor de la Torre del Duero consintió en aquella union que se realizó pocos dias despues.

Pero ni el conde ni el padre de la jóven, contaron con el carácter resuelto de esta.

Doblegose ante la voluntad paterna, pero una vez casada, la misma noche de sus bodas, llamó al conde á sus habitaciones y le dijo:

—Desde hace algunas horas el destino ha querido que seais mi señor y dueño, pero respecto á mi corazon podrá respetaros como padre, mas no amaros como esposo.

—¿Sabeis señora que tiene poco de grato lo que estais diciendo?

—Algo más ingrato es el proceder de quien ha buscado una esposa con el deseo tan solo de satisfacer su ambicion y de obtener su lucro personal.

—¿Qué quereis decir?—preguntó el conde alarmado por el giro que amenazaba tomar aquella conversacion.

—Quiero decir que al casarme con vos lo hé hecho resuelta á ser vuestra esposa, vuestra aliada, la fiel guardadora de vuestro honor, vuestra amiga para ayudaros á medrar, pero nunca vuestra mujer.

No le supo esto muy bien al conde porque doña Isabel era hermosa y él á pesar de sus años y de la vida agitada y turbulenta, todavía se prendaba de un rostro bello y de unas formas delicadas, pero como doña Isabel se mostró tan resuelta y tan altiva, no tuvo más remedio que resignarse.

Además como para él lo principal era llegar á conseguir su objeto respecto á la ambicion que era el principal movil de sus acciones, toda vez que la jóven estaba dispuesta á ayudarle, lo demás podia prescindir esperando que tal vez con el tiempo desapareciese aquel capricho segun él lo calificaba.

Así fué que la dijo:

—Accedo á lo que decís y como vos habeis comprendido muy bien, somos y seremos dos aliados que se ayudarán recíprocamente, más he de advertiros una cosa. Desde este momento vais á ser libre para obrar como mejor os plazca, divertios en buen hora pero evitad que el fuego de vuestras diversiones llegue á quemarme el rostro, porque os juro por quien soy que os castigaria sin compasion.

De esta manera pasó el conde de Benavente su pri-

mer noche de bodas y el esposo no fué jamás el marido de su mujer.

Pero la condesa era muy diestra, sabia sostener perfectamente la alianza contraida con su esposo, y este habia visto aumentar el poderío de su casa, con los señoríos que el rey le habia dado en distintas ocasiones, cuando solo merecía la proscripcion ó la muerte por sus repetidas rebeldías.

Observador de la conducta de su esposa á pesar de la libertad en que parecia dejarla, pudo apreciar debidamente que en medio de aquella córte tan llena de impurezas y de escándalos, su esposa si bien tenia fama de diestra, de astuta y de artera, no la tenia de liviana como muchas otras.

Y por lo tanto se entregó tranquilo y confiado á el porvenir que constantemente le ofrecia la inagotable fecundidad de la condesa en proyectos bien combinados de rebelion.

Pero la pérfida insinuacion de Pero Lopez, fué hacerle despertar de su tranquilo sueño.

Sí, reparó que su esposa habló con Rodrigo de Cotta en aquella malhadada cacería, pero no se le pudo ocurrir ni por un momento que aquella conversacion pudiera significar una mision más íntima.

Mas las malignas palabras del ciego instrumento de doña Beatriz, al par que iluminaron con un resplandor terrible su pensamiento, clavaron un sangriento dardo en su alma.

Entonces conoció lo que desconociera durante algun tiempo de olvido.

Solamente entonces se hizo cargo de que siendo su mujer tan bella, hallándose en la edad en que el amor hiere con más fuerza, y en medio de una córte de suyo corrompida, era muy difícil que pudiera sostenerse.

Y al adquirir este convencimiento sintió un dolor terrible.

En aquel mismo momento conoció que amaba á su mujer.

Y se reprochó por el olvido en que durante tanto tiempo la tuviera, y los celos al rugir sordamente en su corazon, le produjeron un malestar inexplicable.

Pero sin embargo, tuvo la bastante fuerza de voluntad para dominar la tempestad que braveaba dentro de su pecho, y aparecer ante Isabel tranquilo, indiferente y frio como de costumbre.

Contentóse, pues, con vigilarla, y nada vió en su conducta que pudiera justificar su sospecha.

Mas á pesar de eso, aguijoneado siempre por el demonio de los celos, penetró una noche en la cámara de su esposa en ocasion que esta se hallaba en el alcázar, y registrando por todas partes ansioso de encontrar algun indicio, tropezó con la trova que Rodrigo de Cotta noches antes la entregara.

Esto nada decia, nada justificaba, pero sin embargo, en el grado de escitacion que se hallaba el conde y con las envidiosas frases pronunciadas por Pero Lopez y que

ni un momento cesaban de resonar en su oido, formó por decirlo así un capítulo de cargos para anonadar bajo el peso de ellos á la que él creyó esposa culpable.

Durante los primeros momentos que se siguieron á aquel malaventurado encuentro, permaneció el conde aturdido bajo el peso de aquella desgracia en que jamás habia pensado.

Pero gradualmente fué calmándose su excitacion, y la reflexion ocupó su lugar.

Comprendió que aquel papel nada le aclaraba, nada de cierto le decia, y que era necesario adquirir pruebas mas claras de la culpabilidad de su esposa.

Por lo tanto, contentóse con guardar cuidadosamente aquel papel sin renunciar por ello á continuar sus investigaciones.

Hé aquí por qué motivo llegó la trova á poder del conde de Benavente, y como este pudo confundir de la manera que lo hizo á Rodrigo de Cotta la noche del real certámen.

Anonadado quedó el poeta con aquel descubrimiento y desde que salió del alcázar hasta que llegó á su casa no cesó un momento de pensar en como habia podido llegar á manos del conde aquel papel, y qué habria podido mediar entre la condesa y su esposo para semejante incidente.

Dejémosle nosotros poner su cabeza en tortura para buscar una razon suficiente, y vamos á ocuparnos de otros personajes no ménos interesantes tambien.

CAPITULO X.

Otro nuevo desengaño.

Recordarán nuestros lectores que Aliatar, refiriéndose á lo que habia escuchado á los dos rufianes en el Campo Grande, aplazó para la noche siguiente el poderle decir á Rodrigo el sitio donde estaba escondida Zoraya.

No se habia engañado el musulman en lo que oyera á los dos hombres.

El uno era el Gamo, y el otro un rufian reclutado en las tabernas de los arrabales.

El bandido fué á la mañana siguiente á ver á doña Beatriz, y apenas le vió ésta, le preguntó:

—¿Tienes ya dispuesta á tu gente?

—Sí, noble señora.

—¿Cuántos hombres has reclutado?

—Diez.

—¿Tendrás bastantes?

—Todos son gente de buenos puños y de corazon bien puesto.

—¿Y los dos que han de entrar de escuderos en casa del conde de Právia?

—Solo esperan la recomendacion que os dignasteis ofrecerles.

—Toma.

Y la hebrea entregó al montero un pergamino rollado y sellado con el sello del conde de Alba.

—¿Y cuándo piensas robar á esa mujer?

—Esta noche segun confio en Dios y en mi ánimo.

—Sobre todo tened cuenta conque se la trate con las mayores consideraciones; lleva contigo una litera.

—¿Dónde hay que conducirla, señora?

—Ahí tienes las señas.

Y la dama puso en manos del bandido un papel donde estaban las señas de la casa donde debian conducir á Zoraya.

—Darás dos golpes á la puerta de esa casa y apenas se abra, introduces la litera dentro del patio: evita el que tus hombres entren, porque no es necesario se enteren.

—Os comprendo, noble señora, mas decidme; ¿quién saldrá á recibirnos?

—Esa no es cuenta tuya,—contestó secamente la hebrea.

—Perdonad...

—Ahora escúchame.

—Hablad.

—Es necesario que veas si en el castillo que existe en el bosque del Abrojo puede habilitarse alguna cámara.

—¿Para quién?—preguntó sorprendido el montero.

—¿Sabeis que estais molesto, señor pregunton?—repuso doña Beatriz con altivez;—os pago para que obedezcais, no para que pregunteis.

El bandido dirigió una mirada en que brillaba tanta sorpresa como irritacion á doña Beatriz, mirada que tropezó con la que esta desplomaba sobre él tan poderosamente terrible, que aquel no pudo ménos de extremecerse.

—Al tomarte á sueldo,—prosiguió la dama con acento—duro, ya te dije que tu mision era la de obedecer, te dije que compraba tu vida, y ahora te repito, que si estás arrepentido puedes dejarlo; en la inteligencia, que si piensas hacerme traicion, ha de ser únicamente á costa de tu cabeza; ahora responde.

—Qué diablo, señora, tomais las cosas de un modo... Muérame de repente si he pensado en haceros traicion; nada volveré á preguntaros; mandad y sereis obedecida.

—Está bien, para tí obras solamente; si me sirves con fidelidad tienes hecha tu fortuna... Si me vendes...

—No paseis temor alguno.

—Ahora respóndeme á lo que antes te dije; ¿podrá habilitarse esa cámara?

—Créome que sí, señora.

—¿Pero no lo sabes cierto?

—Muchas veces he entrado en aquellas ruinas, pero no he adelantado gran cosa en mis investigaciones.

—Es necesario que te enteres bien, á fin de que pueda disponerse lo conveniente.

—Mañana, si quedo con vida en la empresa de esta noche, iré al bosque, y os diré lo que se puede hacer.

—No precipites el apoderarte de don Rodrigo, hasta que yo te dé el aviso.

—Así lo haré.

—Ahora vete, y cuenta con lo que haces esta noche; toma bien tus disposiciones, á fin de que el golpe no se dé en vago.

—Donde el Gamo entra, no es fácil que dé un golpe sin resultado.

—Mucho pudiera hablarse de eso; pues ya ves que tres tentativas se han verificado respecto al conde, y las tres han sido inútiles.

—Pero la cuarta no lo será.

—Así lo deseo.

—Es necesario conocer á las personas, y una vez conocidas, ya es otra cosa.

—Puedes marcharte.

El bandido no se hizo repetir aquella órden, y cuando salió á la calle murmuró fijando una mirada amenazadora en la casa de doña Beatriz.

—Voto á mi nombre, que no se puede jugar con la tal

dama. ¡Por mi santiguada! que es muy capáz de hacer lo que dice; procedamos con cautela, y ya que aquí se presenta una mina, explotémosla hasta el fin.

Y el Gamo se dirigió lentamente hácia los arrabales á concluir de reclutar la gente que le hacía falta para la proyectada expedicion.

Aliatar y Rodrigo esperaban llenos de impaciencia que llegase la noche.

Tan luego como las sombras de esta envolvieron la ciudad, dirigióse el musulman hácia el Campo Grande en cuyo punto sabemos que el montero tenia citados á algunos de sus hombres.

Largo rato se pasó Aliatar oculto entre los tablones, esperando que los rufianes se reunieran.

Su anhelante mirada registraba con impaciencia toda la extensa plaza, sin poder descubrir en ella lo que tanto deseaba.

Sonó la queda, y la impaciencia del musulman se aumentó mucho más.

De repente, una exclamacion de alegría estuvo á punto de exhalarse de sus lábios.

Acababa de ver dos bultos que se aproximaban hácia el sitio en que él se hallaba.

Pero en vez de sentarse, como la noche anterior, sobre los maderos, pusiéronse á pasear por delante, lo cual impedia á Aliatar escuchar distintamente las palabras que pronunciaran.

Sin duda venian ya hablando de aquel mismo

asunto, porque el moro no pudo percibir en las distintas vueltas que dieron más que lo siguiente:

—¿Y dónde se ha de dar el golpe?

—En el palacio de Venus,—contestó el Gamo.

—¿Cuánto se le va á pagar á cada hombre?

—Veinticinco Enriques de oro hay para todos.

—Será reñida la lucha.

—No lo creo; pero á pesar de eso, conviene ir prévenidos.

—¿Dices que habrá algunos otros negocios que hacer?

—Sí; la persona que paga, se conoce que tiene mucho trabajo.

—¡Voto á cien rayos! de dónde sacas tú esos conocimientos.

—Buscándolos, hijo; en este mundo es necesario no dormirse.

—Razon te sobra.

—¿Conque estamos convenidos?

—Desde luego.

Y los dos bribones se separaron definitivamente del lugar en que estaba oculto el musulman, dirigiéndose á una de aquellas inmundas tabernas, tal vez á sellar el pacto que acababan de hacer.

Todas estas frases recogidas por intervalos, causaron á Aliatar una impresion extraordinaria.

Habia oido hablar del palacio de Venus, de una manera vaga y misteriosa, pero siempre como el templo

destinado á las liviandades y á los placeres de una córte crapulosa y corrompida.

—Así fué, que el primer pensamiento que se le ocurrió al escuchar aquel nombre, si por acaso Zoraya habria sido pasto de la lujuria de una juventud desenfrenada y libertina.

Y á este pensamiento temblaban de cólera sus miembros, y sus ojos brotaban llamas.

Despues, ¿quién podria ser aquel personaje que segun el dicho del bandido tanto trabajo habria de proporcionarles?

Luchando su imaginacion con cien ideas distintas corrió hácia la casa del conde.

Este le esperaba ávido, de saber lo que habia descubierto.

Escuchó lo que Aliatar le dijo, y exclamó:

—¡Oh! ¡desgraciada Zoraya!

—¿Qué quereis decir, cristiano?—preguntó Aliatar alentando apenas.

—¿Sabes lo que es el palacio donde está?

—He oido algo, pero no recuerdo bien.

—Pues ese palacio está dedicado exclusivamente al amor.

—¿Y quienes son los miserables que?...

—Esos miserables,—repuso Rodrigo con sarcástico acento,—son los caballeros más nobles de Castilla, á cuyo frente se halla el príncipe don Enrique.

—¡Poderoso Allhá!—exclamó el moro aterrado.

—Ya ves si es grande nuestra desgracia.

—¡Oh! por el Santo Profeta os juro que si alguno de esos caballeros sea príncipe ó vasallo, se ha atrevido á abusar de la debilidad de la sultana, hay de él.

—¿Y cuándo van á robarla?—preguntó Rodrigo que no cesaba de pasearse por la extensa cámara, presa de una agitacion indefinible.

—No he podido escucharlo.

—Menester es no descuidarnos.

—Al momento,—repuso Aliatar haciendo un movimiento para dirigirse hácia la puerta.

—Detente Aliatar,—le dijo Rodrigo,—ahora fuera imprudente tal vez ir á ese palacio.

—¿Por qué?

—Por que si no están los caballeros, es posible que los criados permanezcan despiertos todavía, y para nuestro propósito no nos conviene encontrar á nadie que nos interrumpa el paso.

—Como quieras cristiano, manda y te obedeceré.

—Algunas horas despues, Rodrigo, Aliatar y Ferrando, que á todo trance quiso ser de la expedicion, envueltos en sus capas, bajo de las cuales llevaban linternas perfectamente cubiertas, se dirigieron hácia el palacio del amor.

Próximos á él, distinguieron por una de las bocacalles inmediatas una masa confusa de hombres que se alejaban rápidamente.

—Ved,—dijo Rodrigo señalando á Aliatar aquella ma-

sa que se desvanecia entre la sombra de la calle,—esos serán sin duda los caballeros que se retiran de la inmunda bacanal.

—¡Oh! corro á castigarlos...

—Permaneced quieto, Aliatar, despues que hayamos libertado á Zoraya tiempo desobra, tendremos para castigar á esos miserables.

Comprendió el musulman la justicia de esta razon, y continuó su camino, acompañado del amo y del escudero.

Una vez delante del palacio principiaron á recorrerlo por su parte exterior, á fin de ver el punto que era mas axequible para el escalo que meditaban.

A la espalda del edificio se extendia un jardin cercado por ruinosos tapiales.

Sacó Ferrando una escala que á prevencion llevaba, arrojóla por la tápia, á fin de que sus garfios se enganchasen en el caballete de aquella, y asegurada ya, subieron sin temor alguno.

Momentos despues se hallaban en el jardin.

Un silencio extraño reinaba en el edificio.

No se veia una luz á través de sus ojivas, ni el más mínimo rumor se exhalaba de él.

—Parece que todo el mundo duerme,—dijo Rodrigo.

—¡Hum! no me fio yo mucho de esa quietud,—repuso Ferrando, mirando la casa con inquietos ojos.

—Siempre has de ser desconfiado,—dijo Rodrigo.

—Diéraos yo mis años, y fuérais tan desconfiado como yo.

—Vamos, marchemos.

Y los tres hombres con la espada desenvainada y prevenidas las linternas, lanzáronse hácia el edificio.

Subieron una escalinata que daba acceso hasta una puerta, y al ser movida para ver de franquearla, cedió con la mayor facilidad.

—Buen principio,—dijo el conde.

—Adelante,—repuso con impaciencia Aliatar.

Y se adelantaron por un estenso vestíbulo, hasta que con las puntas de las espadas, reconocieron los primeros peldaños de una escalera.

Subieron por ella, y apenas llegaron á la última meseta, detúvose Aliatar que iba delante, exclamando:

—¿Qué es esto?

El moro acababa de tropezar con un bulto.

Inmediatamente se descubrieron las linternas, y á los pálidos reflejos de ellas, vieron que aquel bulto era un cadáver que estaba nadando en medio de un charco de sangre.

—¡Oh! hemos llegado tarde,—exclamó el musulman con desesperacion.

—Adelante, adelante,—gritó Rodrigo con voz sorda.

Y los tres hombres pálidos y anhelantes, principiaron á recorrer cámaras, encontrando en todas ellas señales de una lucha reciente y los cadáveres de algunos escuderos.

—Se la han llevado,—murmuró Rodrigo con un acento de dolor infinito.

—Venid, señor,—dijo en aquel momento Ferrando que se habia inclinado sobre uno de los escuderos al cual creyó ver que se movia.—Aquí hay uno que no está muerto y tal vez él pueda decirnos algo.

Aproximáronse Aliatar y Rodrigo, y el primero, poniendo una mano en el pecho del herido, exclamó:

—Vive. Buscadme un poco de agua.

Lanzóse Ferrando fuera de la cámara, y al cabo de dar una porcion de vueltas por toda la casa encontró la cocina de la cual tomó una vasija con agua, corriendo inmediatamente al lado de su señor.

Aliatar lavó con un pañuelo las heridas del escudero, arrojóle agua en el rostro, y merced á esto, abrió los ojos al cabo de algunos momentos.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿Quién os ha herido?

—¿Dónde está Zoraya?

Estas tres preguntas brotaron simultáneamente de los lábios de los tres personajes agrupados junto al herido.

—Agua... agua...—murmuró este con desfallecido acento.

Hiciéronle beber, y repuesto algun tanto, dijo:

—¿Se han marchado ya?

—Sí, no teneis que temer nada, os hallais entre amigos, ¿quién han sido los que os han puesto así?

—No sé... no sé... agua... me abraso... Entraron aquí y á pesar... que nos defendimos.... eran... muchos.

—¿Y las mujeres que habia en este palacio?—preguntó Rodrigo despues de haber dado un poco de agua al moribundo.

—Todas... todas... libres. ¡Oh! me ahogo; aquí... aquí...

Y el escudero se retorcia entre las últimas convulsiones de la agonía.

—¿Todas están libres?—preguntó Rodrigo tratando de detener la vida que estaba próxima á abandonar á aquel cuerpo.

—No... una no...

—¿La amada del príncipe acaso?

—No... ella no... le... queria.

—¿Y dónde se ha ido?

—No puedo... no puedo, agua... me ahogo... ah.

Y el escudero despues de retorcerse en una contínua convulsion, quedó rígido y tieso sobre el pavimento.

—Ya ha muerto.

—¡Oh! y no saber nada,—exclamó Rodrigo con acento desesperado.

—Es necesario buscarla,—repuso Aliatar.

Ferrando que en aquel momento volvia de recorrer la casa, dijo:

—Nada, no hay nadie, esceptuando doce cadáveres que prueba la desesperada resistencia que han hecho.

—Salgamos de aquí,—repuso Rodrigo,—nada tenemos que hacer ya en esta casa; pero yo os juro que he de encontrar á Zoraya, aunque hubiera de perder la vida.

Y aquellos tres hombres sombríos, desesperados y silenciosos, abandonaron el palacio de Venus, donde poco tiempo antes habian entrado tan llenos de esperanza.

CAPITULO XI.

En que se vé el resultado que tuvo la entrevista de Rodrigo con Esther.

Terribles fueron las horas que siguieron al desengaño esperimentado por nuestros amigos.

Ninguno de ellos pudo dormir, y toda la noche se la llevaron combinando planes que poder realizar al dia siguiente á fin de que les diera el apetecido resultado.

Reflexionó Rodrigo acerca de las palabras que Aliatar habia escuchado á los bandidos, referentes á aquel personaje que tan bien pagaba y que tanto trabajo tenia, y al cabo de dar cien vueltas en su imaginacion á aquellas frases, brilló un rayo de luz que poco á poco fué tomando cuerpo hasta que no tuvo ya duda alguna.

Este rayo de luz fué el recuerdo de Esther.

La judía únicamente podia haber hecho aquello.

Se le representaron las amenazas que le dirigió el dia de la cacería, y las tres tentativas que para apoderarse de él se habian llevado á efecto.

Comprendió que Ferrando andaba acertado al acusar de todo á la hebrea, y no dudó que la que á él le habia amenazado de tal modo, podia ser únicamente la que para herirle se hubiera apoderado de Zoraya.

Pero, ¿cómo habia sabido ella que Rodrigo la amaba?

En este punto se detenian las ideas del conde y no acertaba á pasar mas adelante.

Mas fuera de ello lo que quisiera, únicamente la hebrea debia ser la autora de aquel rapto, y únicamente á ella debia pedírsele cuenta de él.

Así fué que decidió verla al dia siguiente y reclamar de ella de una manera enérgica la libertad de la musulmana.

Ferrando, el viejo escudero que en todo sabemos que estaba siempre en contra de la hebrea, no vaciló un momento en achacarla toda la culpabilidad de aquel asunto, excitando con esto mucho más á Rodrigo para la realizacion de la proyectada idea.

En cuanto á Aliatar, su mutismo tenia mucho de terrible.

Era la sombría desesperacion del hombre que ha recibido el más terrible de los desengaños donde creyera encontrar la más completa satisfaccion.

Porque debemos decirlo de una vez.

Aliatar amaba á la sultana hacia mucho tiempo.

Su amor principió de niño llenando una parte de su existencia, y concluyó siendo hombre por llenarla completamente.

Pero su corazon poseia un temple especial.

En él no cabia la animadversion ni la envidia, y desde el momento en que abrigó la conviccion de que amaba á Zoraya más como hombre que como súbdito, se decidió por sacrificarla su vida si con este sacrificio podia proporcionarla alguna felicidad.

Y cuando la sultana pasó al lado del walí como su esposa, ahogando dentro de su pecho los horribles celos que le devoraban, marchó tambien con ella á los breñales de las Alpujarras, porque se habia hecho á sí mismo el juramento de no separarse jamás de aquella mujer.

Cuando murió el walí, el corazon de Aliatar se extremeció de alegría.

Pero cuando conoció que la sultana amaba á Rodrigo, cuando con la vista de enamorado pudo sondear lo profundo de la herida que tenia la jóven en el corazon, entonces sintió que las fuerzas le abandonaban, que vacilaba su resolucion, y que él no podia permanecer junto á una persona que tanto martirio le causaba.

Y tuvo momentos de vértigo en los cuales estuvo á punto de abandonar el castillo del Aguila.

Sin embargo, al cabo de sostener luchas encarnizadas entre el sentimiento y el deber, entre el corazon y la cabeza: venció esta, y Aliatar encerró de una mane-

ra tan ruda el amor dentro de su pecho, que jamás volvió á salir de él.

Y con más entereza juró sacrificarse por la mora, y con mayor resolucion se dedicó á su servicio.

Habia sufrido sin exhalar una queja todas las manifestaciones, todos los delirios, todas las espansiones del amor de Zoraya y Rodrigo.

Su rostro no le vendió un momento, ni su corazon llevó á sus lábios palabra alguna que sirviera de desahogo único á su desventurado amor.

Pero aquel hombre fuerte para ahogar su pasion y sacrificarse por el objeto de ella, era cobarde y débil ante la ausencia de la musulmana, ante la ignorancia absoluta en que se hallaba sobre lo que pudiera haberle ocurrido.

Por un momento abrigó una ilusion, formó una quimera, y le halagó la esperanza de recobrar aquella mujer tan querida.

Pero su esperanza se desvaneció como el humo y sus ilusiones desaparecieron como la espuma que forman las olas al romperse sobre la arena movediza de la playa.

Así era, que anonadado, confundido y horriblemente desesperado, no hablaba una palabra desde que entró en casa del conde, ni parecia escuchar siquiera lo que delante de él se decia.

Y llegó la hora de marchar Rodrigo á casa de doña Beatriz sin que él hubiese salido de su sombría taciturnidad.

Entonces el conde le dijo:

—Vamos, Aliatar basta ya de desesperacion, ya hemos sentido bastante, ahora es necesario vengar.

—Sí, hay que matar al príncipe,—contestó Aliatar con voz ronca.

Rodrigo se extremeció.

La desesperacion de aquel hombre le causaba espanto.

—¿Dónde está?—volvió á preguntar con acento más horrible cada vez.

—Es necesario que ante todo seais hombre.

—Lo soy para matar.

—Lo sois para buscar á Zoraya y vengarla, sino se la encuentra.

—¿Y por qué no vengarla antes de partir en su busca?

—Porque el que nos ha ofendido está muy alto, y era fácil que se quebrase nuestra espada antes de llegar á su pecho.

—Y vos la amais, y decís eso,—exclamó Aliatar con acento lleno de sorpresa,—si el mismo emir se hubiera atrevido á la señora de mi alma, á la sultana de mi corazon, por el Santo Profeta os juro, que le arrancara la vida aunque supiera perder la mia despues. ¡Oh! ¡los cristianos no sabeis querer!

—Los cristianos, Aliatar, sabemos querer lo mismo que vosotros los musulmanes; si el príncipe don Enrique hubiese atentado á la honra de la mujer que amo,

podeis estar seguro que frente á frente y con toda la lealtad de un caballero, reclamárale la satisfaccion que me debia, más como hoy nada se; como está envuelta en el más completo misterio la desaparicion de Zoraya, necesito buscarla antes para saber de quien debo vengarme.

—¿Dónde vais?—preguntó el moro, viendo que Rodrigo se disponia á abandonar la cámara.

—A buscar un indicio, mejor dicho, á buscar á la única persona que puede decirme dónde está Zoraya.

—¿Quién es?

—Esa dama de quien os hablé en otra ocasion, y cuyo desventurado amor no me ha proporcionado nunca más que dolores.

—¿Y creeis que ella?...

—No solamente lo creo, sino que recordando todas las amenazas que esa mujer me dirigió, no hace muchos dias, abrigo la conviccion de que ella es la autora de este segundo rapto.

—¡Oh! sí, sí, corred á verla, suplicadla si es necesario, y arrancadle el sitio donde la oculta.

Rodrigo no tenia confianza alguna en el resultado del paso que iba á dar.

Conocia perfectamente á la hebrea, y por lo tanto no era posible que ella, poseedora de su rival, fuera á entregarla al hombre que sabia no la amaba.

Sin embargo, era de su deber no omitir medio alguno para encontrar á Zoraya, y no vaciló ante el cumplimiento de él.

Dirigióse, pues, á casa de la hebrea, y esta, llena de sorpresa al escuchar en boca del maestresala el nombre de su amado, no fué dueña de reprimir una exclamacion de gozo, ni de contenerse en los límites de lo prudente.

Levantóse del sitial en que se hallaba, y corriendo al encuentro de Rodrigo, le dijo con apasionado acento:

—¡Tú en mi casa, Rodrigo! por fin has tenido piedad de mí ¡oh! ¡bendito seas! bendito seas porque has venido á dar la ventura y la felicidad á un corazon que se rompia entre la amargura y la desesperacion.

El conde permaneció inmóvil.

En el primer momento sorprendióle la explosion de la dama, mas sobreponiéndose inmediatamente, contestó con sequedad:

—Señora, no he venido aquí á escucharos frases de un amor completamente imposible.

Esther enmudeció de repente.

Parecia que una masa de hielo habia caido en su corazon.

Su rostro tomó una expresion amenazadora, y con acento glacial preguntó:

—¿A qué debo, señor conde, la honra de vuestra visita?

—Seré muy breve.

—Lo deseo.

—Hace algunos dias, con motivo de una negativa que os hice, proferísteis palabras de amenaza respecto á mí...

—Qué, ¿os ofendieron acaso?—preguntó con acento ligeramente irónico la dama.

—Habeis acertado; me ofendieron, porque es verdaderamente ridículo que una dama trate de hacerse amar por medio de las amenazas.

—Duéleme, señor conde, verme obligada á deciros que padeceis un error.

—¿En qué? si os place decírmelo.

—Respecto á ese amor de que hablais.

—Sobre el que me habeis pedido.

—Sobre el que os pedí.

—Paréceme que no hace mucho me hablásteis de lo mismo.

—Fué un momento de locura.

—¿Y ahora estais más cuerda?

—Sí, señor.

—Que me place, porque de ese modo será más fácil que podamos entendernos.

—¿Lo creeis así?

—¿Por qué no?

—Porque si mi amor se ha concluido, en cambio se ha despertado mi deseo de venganza más grande y más terrible que nunca.

—Precisamente de ella vengo á hablaros.

—Me agrada.

—¿Tendreis la bondad de decirme qué objeto os habeis propuesto, haciendo robar á Zoraya?

A esta pregunta, lanzada por decirlo así, á quema

ropa, y para la cual no estaba prevenida la hebrea, no pudo ménos de extremecerse.

Fijó una mirada escrutadora en el semblante de Rodrigo, y una palidez excesiva se esparció por sus mejillas.

Sin embargo, no era mujer la judía que se dejase dominar tan pronto.

Púsose á la altura de la situacion y dijo:

—¿Me habeis preguntado, señor conde?...

—Que me dijérais qué idea os habíais llevado al hacer que desaparezca Zoraya.

—Fácil es de comprenderlo, y extráñame que siendo vos tan entendido, no lo hayais adivinado.

—Yo no adivino infamias, señora, —repuso el conde con tan acerado acento que la hebrea se extremeció de nuevo.

—¿Tendreis la bondad,—dijo,—de explicarme qué es lo que comprendeis por infamia?

—Vuestra conducta.

—¡Mi conducta! ¿Y de qué modo calificais la vuestra?

—¿Es decir que confesais haber robado á esa desventurada?

—Ni confieso nada, ni nada niego.

—Os advierto, señora que soy poco aficionado á los enigmas.

—No creo que exista ninguno en lo que os dije.

—Veo que nos separamos de la cuestion principal, y no ha sido mi objeto al venir aquí andar perdiendo el tiempo en divagaciones.

—Hablad si os place.

—Os repito mi pregunta por tercera vez, ¿qué habeis tratado de hacer robando á Zoraya?

—¿Quién os ha dicho que yo la haya robado, y quién, que yo conozca á esa dama?

—Recuerdo vuestras amenazas perfectamente, y os conozco bastante para comprender donde pueden llevaros vuestros celos.

—Luego confesais que amais á esa dama.

—¿Y qué daño existe en eso?

—Pues si la amais, y sabeis de lo que yo soy capaz, á qué venís á preguntarme la idea que en ese rapto puedo haber llevado?

—Es que hay cosas, señora, tan absurdas, tan monstruosas, tan repugnantes, que por más que se evidencien, por más que se les presente con caracteres tales que no ofrezcan duda, no se les cree, se desconfia de su realizacion, y se abriga siempre la esperanza de que no sean ciertas.

—Pues si en este caso abrigásteis esperanza alguna de que no fuese cierto lo que con caracteres tan seguros se os ha presentado, error y muy grave cometísteis, señor conde, conociéndome como me conoceis, no debiérais dudar de nada.

—Es decir, que confesais ingenuamente que la habeis arrebatado de la morada donde la habian conducido los *Caballeros del Amor*.

—Sí, señor, y os confesaré más todavía,—repuso la hebrea con un cinismo extraordinario.

—Explicaos.

—Os confesaré que yo misma fuí quien la puso en manos de esos caballeros que hacen sus expediciones nocturnas.

—¡Oh! miserable de vos,—exclamó Rodrigo exaltado por la maldad de aquella mujer.

—Cuidado, caballero que la calificacion es dura, y pudiera devolvérosla tambien á vos.

—¿A mí?

—A vos, que abusando de la candidez de una niña, la hicísteis vuestra manceba durante quince dias, á vos que os olvidásteis de que judía ó cristiana, que noble ó plebeya, hija de una raza maldita, ó descendiente de una casa honrada, su corazon era el mismo que el de las demás, su honra era tan digna como la de otras mujeres, y vuestro abandono era tan inícuo como vuestra seduccion; si algun miserable hay aquí, interrogad á vuestra conciencia, y ella sola os contestará.

—¿Pero mi falta acaso, excusa la vuestra? Si falta cometí respecto á vos siendo un niño, casi en esa edad en que no se piensa ni se medita, harto cara me la hicísteis pagar con la muerte que dísteis á mi esposa, y con los lazos que á cada paso me tendíais.

—¿Y creeis habeis expiado ya con eso toda la inmensidad de vuestro crímen? acaso con la muerte de una mujer y con el peligro que corrísteis, ¿creeis satisfecha ya una deuda de honra y de cariño? ¿creeis suficientemente compensada la desesperacion que me causásteis

entonces, y la que aquí en Valladolid recien venido de Francia volvísteis á causarme? No, Rodrigo, yo pudiera muy bien haber perdonado al jóven que me abandonó en Francia, pero no puedo perdonar, ni perdonaré nunca al noble caballero, que seducido por mi hermosura en Valladolid, ha sido mi amante quince dias, ha comprometido mi honra y mi reputacion, y me ha dejado despues expuesta al ludibrio general; amada, todo lo hubiera olvidado, amada, de qué me servia la pública opinion, yo no hubiera tenido otra que la del amor de mi amante, su cariño hubiera llenado mi existencia y existencia que el amor absorbe, cuídase muy poco de las murmuraciones del vulgo; despreciada por el contrario, mi venganza sobrepujará á cuanto podais imaginaros, tened en cuenta que yo no amenazo en balde don Rodrigo, me vengaré en vuestras mas caras afecciones, en vuestras queridas, en vuestros amigos, en todo cuanto querais y os quiera, en todo cuanto respeteis y os respete.

Con profunda atencion escuchó Rodrigo el largo parlamento de la hebrea, reflejándose en su rostro las impresiones que le causara: cuando terminó la contestó con un acento de punzante desden:

—¿Habeis concluido ya?

—Pudierais haberos ahorrado cuanto acabais de escuchar, si no hubierais sido tan curioso.

—¿Y quién os ha dicho que me duela semejante conversacion?

—Pudiera haberos impresionado.

—A mí nada me impresiona ya, y mucho ménos viniendo de vos, de vos señora, que hija de un judío, en París, amante durante algunos dias de un caballero, mujer vengativa y sanguinaria cuando vuestro amante os abandonó, más por la violencia de vuestro carácter y por los resabios de una educacion descuidada que por la bajeza de vuestro orígen, de vos que habeis considerado el asesinato como un medio lícito y honrado, de vos que os presentásteis en la córte castellana con un título comprado tal vez por medio de una caricia impura, que ennoblecisteis á vuestro esclavo Ismael encenagándoos en la más inmunda de las pasiones, de vos cortesana diestra que enloqueceis al condestable á quien pensais herir, y fascinais al príncipe á quien aborreceis, nada puede sorprenderme ya.

—Me habeis insultado de una manera horrible—murmuró Esther con ronco acento.

—La verdad no es un insulto, señora.

—¿A qué habeis venido aquí?—preguntó de repente la hebrea.

—A saber por qué habíais arrebatado á Zoraya, ya os lo he dicho.

—Porque la amais.

—¿Dónde la habeis conducido?

—Donde no la vereis mas.

—¡Esther!

—Donde conduciré todas las afecciones que tengais.

—¡Esther!

—Hasta que os conduzca á vos tambien porque quiero haceros sufrir todos los tormentos en vuestras mas caras afecciones hasta que os vea consumir en una agonía lenta y dolorosa.

—¡Esther!—gritó Rodrigo, cuya cólera creciendo doblemente á cada una de las exclamaciones que pronunciara, habia llegado á su grado máximo.

—Herid,—contestó la hebrea con sarcástico acento al ver el movimiento hecho por Rodrigo,—herid y envileceos hasta el punto de tocarme.

—¡Oh! esto es horrible.

Y Rodrigo loco, desatentado, preso de un vértigo terrible producido por todo lo que acaba de oir, abandonó la cámara de la hebrea saliendo poco despues de su casa.

CAPITULO XII.

Una interrupcion fuera de tiempo.

Ha pasado un mes desde los anteriores sucesos.

Durante este tiempo, infinitos cambios se han operado en algunos de nuestros amigos.

La reina doña Isabel ha dado á luz en Madrigal una robusta infanta á quien el destino en sus misteriosos arcános tiene reservado algunos años adelante reunir las dos coronas de España elevando la nacion á un grado de prosperidad imposible completamente de prever en la desdichada época en que vamos hablando.

Rodrigo de Cotta, el poeta querido de don Alvaro y su amigo íntimo lo mismo que del conde de Fuente de Cantos y del de Právia, ha desaparecido ignorándose por completo su paradero.

Rodrigo Nuñez Osorio ha desaparecido tambien, y estas dos desapariciones han causado en la córte una impresion tal, que todo el mundo ocupándose de tan extraños acontecimientos, ha dado tregua á sus asuntos particulares para buscar la clave de tan confuso enigma.

Mas á pesar de todo, los dos personajes contínuan completamente perdidos, y el condestable que en la desaparicion de sus dos amigos ve una amenaza oculta y una intencion marcada de separarle de las personas que mas le pueden servir, principia á sentir ese temor oscuro é inexplicable que acomete al hombre cuando presiente un peligro que no puede definir.

Doña Beatriz continúa en Valladolid, pues habia pretestado para no trasladarse con la córte á Madrigal, una ligera indisposicion.

El condestable adivinaba en la dama una enemiga formidable, por mas que para él reservase sus mas incitantes miradas y sus mas abrasadoras palabras, y esquivaba en cuanto podia las ocasiones de encontrarse á solas con aquella mujer, porque á su pesar se sentia arrastrado hácia ella por una fuerza irresistible.

Catalina de Silva habia entregado pocos dias antes su mano al conde de Alba.

El pensamiento de Esther se habia realizado; conocedora en gran manera del corazon de las personas que la rodeaban, sabia muy bien que mientras no interpusiera una barrera insuperable entre la jóven y Rodri-

go, no podia considerarse en completa seguridad por aquel lado.

Sabia muy bien que la jóven no podia ser feliz con semejante matrimonio, pero, ¿que la importaba hacer una víctima más si evitaba con ello el triunfo de una rival?

Aliatar y Fernan estaban desesperados.

El primero especialmente que sufria la pérdida de Zoraya, y despues la del conde, habia intentado aproximarse varias veces á Esther sin obtener resultado alguno.

El plan propuesto por el Gamo á la hebrea, se habia realizado de una manera maravillosa.

Rodrigo, despues de su entrevista con Esther, habia reflexionado, y comprendió que ya que la fuerzá era impotente para conseguir nada de ella, la astucia tan solo podia darle el resultado apetecido.

Así era, que todas las noches iba á situarse cerca de la casa de Esther, á fin de verla si salia y seguirla, á ver si por este medio podia descubrir el sitio donde ocultaba á la mora.

Pero los dos escuderos que el Gamo puso en la casa, le tenian al corriente del nocturno expionaje ejercido por Rodrigo, y Esther, permanecia encerrada en su casa.

Una noche, Rodrigo, oculto en el umbral de una puerta, próxima al palacio de Villanueva, vió dirigirse hácia él seis embozados, cuyos movimientos le parecieron sospechosos.

Púsose en la calle, resguardó la espalda contra la

pared y esperó impávido la aproximacion de aquellos hombres.

Estos eran el Gamo y sus secuaces.

Brillaron las espadas, cruzáronse con encarnizamiento, y uno de los rufianes cayó al suelo exhalando la vida entre una blasfemia.

Por un olvido imperdonable en los dos escuderos, á quienes el Gamo se lo habia recomendado muy especialmente la espada que don Rodrigo llevaba, no estaba partida, segun quedaran concertados, sino que por el contrario, se hallaba muy entera, y su temple era exquisito.

Sintió este contratiempo el bandido, mas como ya no era ocasion de remediarlo, ayudado de su gente, estrechó cuanto pudo al conde, quien á pesar de la desventaja que tenia se defendia con furor.

Pero dos nuevos auxiliares que se arrojaron sobre él, dieron á los bandidos la ventaja necesaria.

Rodrigo fué desarmado y amordazado, y sujeto conducido á una litera que estaba esperando en una callejuela inmediata.

Encerráronle en ella, rodeáronla los rufianes, levantáronla en peso los dos jayanes que la habian de conducir y todos se pusieron en marcha hácia el bosque del Abrojo donde estaba el arruinado castillo que ya conocen nuestros lectores.

El Gamo, en virtud de las instrucciones que le diera doña Beatriz, habia arreglado una de sus cámaras, y á ella fué conducido don Rodrigo.

La habitacion estaba perfectamente defendida.

El Gamo lo entendia, y el conde podia renunciar por completo á toda tentativa para escaparse.

Para mayor seguridad amarráronle con una cadena bastante sólida, y allí le dejaron.

Todas las noches iba el Gamo á llevarle los alimentos necesarios para el dia, y á cuantas preguntas le hacia el conde le contestaba lo siguiente:

—Aquí os encontrais tratado como un príncipe, por lo tanto nada más os hace falta saber.

A Rodrigo le hacia falta saber mucho más; pero como comprendia que aquel hombre no habia de decirle nada, resignóse con su suerte, y dejó pasar los dias.

Y como la córte nada de esto sabia, y como sus amigos lo ignorasen tambien, nacia de aquí, la sorpresa de aquella, y el disgusto y la inquietud de estos.

En cuanto á la desaparicion del poeta, era todavía de peor especie.

La condesa de Benavente habia echado de ménos la trova de Rodrigo de Cotta.

Pero se guardó muy bien de preguntar por ella á su esposo, prescindiendo de que lo que ménos se la ocurrió fué que este la hubiese recogido.

En cuanto al poeta, comprendió desde luego el peligro que estaban corriendo su amada y él.

Pero debemos decir, haciéndole verdadera justicia, que no le asustó por si mismo, sino por la mujer que amaba.

En su consecuencia, evitó las ocasiones de poderla comprometer.

Dejó pasar algunos dias sin verla, como tenia de costumbre, por la comunicacion interior que saben nuestros lectores existia entre las dos casas, y esta suspension de entrevistas llamó la atencion de Isabel que no atinaba con la verdadera causa.

Ocurriósela tan solo lo que se les habria ocurrido á la mayor parte de las mujeres.

Que Rodrigo andaba distraido con otros amores.

Y este pensamiento, al apoderarse de su imaginacion, la causó un malestar inexplicable.

Y esperó con impaciencia á Rodrigo, y Rodrigo no iba.

Un dia le encontró en el alcázar.

Aprovechó un momento en que creyó nadie podria repararla, y le dijo rápidamente y en voz baja:

—Necesito veros.

—Es imposible por ahora,—respondió el jóven del mismo modo.

—¿Por qué?

—Porque os comprometeria.

—No me importa.

—A mí, sí.

—Quiero hablaros.

—Dejad pasar unos dias.

—No puede ser.

—Reparad...

—Nada, lo quiero.

—Mas...

—Os espero esta noche.

—Isabel, que os perdeis.

—Os repito que he de veros esta noche.

Rodrigo hizo un movimiento de resignacion, y comprendió que seria inútil hacer desistir á la jóven.

Miró á todas partes, por si alguien podia haberles observado, y no vió más que semblantes indiferentes.

Esto le tranquilizó algo.

No habia visto que el conde de Benavente, fingiendo no ver nada, todo lo habia reparado.

Aquella noche fué Rodrigo á ver á la condesa.

Esta solo habia visto en las negativas de su amante una prueba de que amaba á otra.

Así era que le esperaba impaciente y furiosa.

—Por fin habeis venido, caballero,—exclamó al verle, con voz vibrante y enojada.

—Callad Isabel, callad, porque os comprometeis.

—¿Qué quiere decir eso? Ya me habeis dicho lo mismo esta mañana, y si es que con eso tratais de disculpar vuestra frialdad y vuestra falsía, inútil es que disimuleis, porque harto bien la comprendo.

—¿Dudais de mí?

—Vos mismo me habeis puesto en ese caso.

—¡Yo!

—Vos. ¿Me negareis que amais á otra?

—¡Isabel!

—Responded, no esquiveis mi pregunta.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—¿Qué, tratais acaso de marcharos?

—Sí, nos conviene á los dos.

—Teneis razon,—exclamó llena de cólera la dama,—á los dos nos conviene; á vos porque os esperan quizás en otra parte, á mí, porque me librais de la presencia de un hombre falso, perjuro é indigno que ha engañado lo más santo que existe en el mundo, y mancillado la honra de la mujer que le amaba.

—¡Isabel!

—Salid, caballero, salid.

—¡Oh! me estais matando,—exclamó el poeta con angustiado acento.

—Bien sabeis fingir.

—Pluguiera al cielo que fuese fingimiento.

—Salid, os he dicho.

—Escuchad.

—Nada, ni una palabra.

—Escuchadme por piedad.

—No quiero escuchar una nueva impostura.

—Isabel, por Dios, decidme, ¿qué se ha hecho de la trova que os dí?

—Teneis razon,—repuso la condesa sintiendo que las lágrimas tanto de cólera como de amor se agolpaban á sus ojos,—no debo tener nada de vos.

—No es eso, no es eso; ¿os pregunto que donde está?

Esta pregunta, el acento con que fué hecha y el

trastorno que habia en el semblante de Rodrigo, fueron una revelacion para Isabel.

Aproximóse al poeta y le dijo:

—Explicaos, explicaos Rodrigo

—Es inútil,—dijo una voz harto conocida de ambos, —yo os lo explicaré.

Y el conde de Benavente pálido y sombrío apareció en la puerta de la estancia.

Al verle Isabel, empalideció de una manera horrible y corrió á ponerse delante de Rodrigo.

El conde sonrió de una manera siniestra.

Rodrigo separó dulcemente á Isabel, y dirigiéndose al conde le dijo:

—Estoy dispuesto á seguiros, caballero.

—No tan deprisa,—contestó el conde con un acento glacial,—no tan deprisa, quiero hablar antes con esta señora.

—Matadme á mí señor,—exclamó la condesa con desesperacion;—yo he sido quien os ha engañado; yo soy la culpable solamente.

—No,—repuso el conde;—vos no morireis, señora, porque si murieseis, la córte trataria de averiguar la causa de vuestra muerte y el ridículo caería sobre mí de una manera espantosa.

—¿Qué quereis hacer entonces?—exclamó Isabel mas aterrada por aquella calma de su esposo que por la mas furiosa explosion de su cólera.

—Ya lo sabreis.

—Espero vuestras órdenes señor conde,—volvió á decir Rodrigo de Cotta.

—¿Os acordais señora lo que os dije la noche de nuestras bodas?

—He olvidado ya aquel incidente, lo mismo que he tratado de olvidar todos los que precedieron á nuestra union.

—Comprendo que lo habeis olvidado y con eso me obligais á que os lo recuerde.

—Desearia que terminaseis cuanto antes esta desagradable escena.

—Voy á complaceros. Os dije que erais muy dueña de divertiros cuanto quisierais; que teníais libertad absoluta para obrar, pero que os guardárais mucho de que vuestras diversiones llegaran á quemarme el rostro porque seria inexorable.

—¿Qué quereis decir?—preguntó doña Isabel que entreveía algo de siniestro en la calma de su esposo.

—Olvidasteis esa advertencia y vuestras diversiones me han quemado el semblante.

—Comprendo lo que quereis decir y estoy pronto á entregaros mi vida; salgamos de aquí.

Y Rodrigo al pronunciar estas palabras hizo otro movimiento para salir de la habitacion.

Pero el conde le contuvo con un ademan, y dirigiéndose á la puerta la cerró guardándose la llave.

Doña Isabel le veia hacer y su palidez se aumentaba.

—¿Qué haceis, señor?—le dijo.

—Ya lo veis, cierro la puerta para que el aire de vuestra deshonra quede supultado en vuestra cámara.

—Permitid que os diga señor conde...

—Basta,—gritó éste con iracundo ademan;—nadie tiene aquí derecho para hablar mas que yo, y nadie debe interrumpirme.

—Pero es que yo tengo derecho á que no cometais ninguna violencia en mi cámara.

—Vos habeis cometido la deshonra en mi casa, y aún no os he dicho una palabra.

—Prefiriera veros irritado y furioso, á escuchar ese acento frio y amenazador.

—Es que, bajo este acento se oculta lo que vos no podeis prever.

—¡La muerte!

—Acertásteis.

—Matadme en buena hora.

—No, no sois vos quien va á morir, ya os lo he dicho.

—Entonces es á mí á quien se amenaza,—exclamó el poeta sintiendo un extremecimiento de terror inexplicable.

—Justamente, como el conde de Benavente no amenaza nunca en balde, vais á morir.

Y diciendo estas palabras sacó el puñal y se adelantó hácia Rodrigo.

Este, fascinado por la mirada que sobre él destallaba el conde, y presa de un terror invencible pudiera decirse que habia perdido el uso de sus movimientos.

Y el conde continuaba avanzando.

Y Rodrigo inmóvil no se ponia en defensa.

De pronto Isabel, que con los ojos horriblemente dilatados y tembloroso el cuerpo, habia perdido el uso de la voz por efecto de las encontradas emociones que sentia al ver la inminencia del peligro, arrojó uno de esos gritos frenéticos y delirantes, manifestacion suprema de un dolor infinito.

A este grito despertó Rodrigo de aquel letargo que le dominaba, y tiró de la espada.

Pero el conde estaba ya demasiado cerca, y separando violentamente la espada del jóven, dijo:

—No, fuera honrarte demasiado cruzar mi espada con la tuya, muere como debes morir.

Y al mismo tiempo clavó el puñal en el pecho de Rodrigo, que cayó sin exhalar una queja.

Isabel habia presenciado, petrificada de espanto aquella terrible escena; la fuerza de la impresion que experimentaba, la tenia muda é inmóvil.

El conde se aproximó á ella y la dijo:

—Los versos que ese hombre os escribió, los encontré yo en esta misma cámara, he escuchado cuanto hablásteis, he adquirido el convencimiento de mi deshonra; más como no quiero que llegue á trasparentarse fuera de aquí, ese hombre que era el único que podia hablar está ya castigado, y en cuanto á vos, os quedareis con ese cadáver ahí; podeis llamar á la doncella vuestra cómplice, y entre las dos obrad como mejor os plazca,

en la inteligencia, que os juro por esa misma honra que habeis pisoteado, que si dais un grito, si llega á traslucirse algo de lo ocurrido aquí, os acuso de haber dado muerte á ese hombre; ahora obrad como mejor os cuadre.

Y el conde, despues de pronunciar estas palabras, sombrío, severo é implacable, abrió la puerta y abandonó el aposento.

Isabel quedó anonadada por las palabras que acababa de oir.

Largo tiempo permaneció inmóvil, hasta que por fin la reaccion se apoderó de ella, y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

Al dia siguiente, cuando el conde preguntó por su esposa, le dijeron que se hallaba un poco indispuesta.

Penetró en sus habitaciones, y nada absolutamente denunciaba en ellas el drama representado durante la noche anterior.

Dos dias despues, ambos esposos marcharon á Madrigal, donde estaba la córte y nadie pudo sospechar que Rodrigo de Cotta habia caido atravesado de una puñalada terrible en las habitaciones de la condesa de Benavente.

CAPITULO XIII.

Donde volvemos á encontrarnos con el judío Samuel, quien parece preocuparse demasiado de lo que hace doña Beatriz.

Satisfecha aunque en parte solo la venganza del astrólogo Samuel ó del conde de Fuentidueña, calmóse algun tanto su terrible excitacion que tanto cuidado le daba á Nuño.

Mucho tiempo permació sin ocuparse de Esther ni de don Alvaro, hasta que habiendo sabido el matrimonio de Catalina de Silva con el conde de Alba, exclamó:

—Hé aquí un casamiento en el cual veo sin que me quede la menor duda la mano de Esther; ya ha puesto una barrera entre el conde y Catalina. Y á propósito del conde, —prosiguió dirigiéndose á Nuño,—¿qué hay de él?

El anciano criado habia sabido cuanto en la córte

ocurria, mas nada quiso decir á su señor temeroso de volver á exaltarle.

Pero al sentirse tan directamente interrogado, no supo mentir y contestó:

—¡Oh señor! han ocurrido en la córte muchas novedades desde que vos no os ocupais de ella.

—¿Cuánto tiempo hace que murió Ismael? — preguntó el astrólogo fijando una mirada distraida en Nuño.

—Muchos meses han trascurrido ya, señor.

—El dia que muera el condestable, moriré yo tambien.

—Por piedad, señor, no hableis así, os habeis propuesto acaso entristecer á vuestro leal servidor; olvidad ya esa venganza, que harto os habeis vengado en el hijo, de la falta de la madre, y del condestable ya os vengará el monarca.

—Asaz aconsejador estais, señor Nuño,—repuso de mal talante el judío,—¿que yo olvide mi venganza dices? imposible parece que estés á mi lado tantos años y que me desconozcas todavía: ¿crees tú que tan facilmente se olvida una venganza por la cual me he envilecido, por la cual he renegado hasta de mi nombre, y cuyo pensamiento es el único que me ha acariciado durante muchos años? no; venganzas así no se olvidan jamás.

—Pero reparad que es una venganza impía la que estais verificando.

—Impio tambien fué el crímen, y aun creo que mi venganza es inferior á él.

—¡Señor!...

—Primero me vengaré de Esther, despues de su padre.

—Y decidme, señor. Si por una de esas fatalidades inconcebibles no fuesen Esther ni Ismael los hijos de Rebeca.....

—¡Qué quieres decir!—preguntó con acento conmovido el astrólogo.

—Esto no es más que una suposicion, bien sabeis que la vieja Sarah tenia en su casa tambien una hija y un hijo del conde de.....

—¡Ah! pero esas criaturas murieron.

—Así lo dijo Sarah.

—Y así es la verdad; ellos son los hijos de Rebeca, porque mi corazon me lo ha dicho y el corazon no se engaña; el odio que hácia ellos siento, la inestinguible sed de venganza que en mi corazon existe no da lugar á duda alguna, habla, refiéreme todo lo que ha ocurrido en la córte durante ese largo espacio que yo he permanecido sin ocuparme de nada; ya he dejado reposar bastante mi vengaza y necesito volver á principiarla de nuevo.

—El conde de Právia ha desaparecido.

—¡Cómo!

—Como lo oís; ha desaparecido hace algunos dias, ignorándose su paradero.

—Esther únicamente lo sabe.

—¿Sospechais?...

—No sospecho, tengo la evidencia, ¿qué otra persona mas que Esther tiene interés en la desaparicion de ese hombre? ¿el condestable?

—Como siempre.

—¿Es decir que la nobleza?...

—Y la reina tambien está en contra suya.

—La reina, esa reina que él ha traido de Portugal para colocarla en un trono y adquirirse por ese medio un nuevo poder que le ayudase á sostenerle, tambien se vuelve en contra suya, ¡oh! la fatalidad, la fatalidad persigue á ese hombre y la fatalidad ayuda á mi venganza.

Iba Nuño á contestar á las palabras de su señor, cuando resonó un golpe en la puerta que hizo exclamar al astrólogo:

—¿Quién puede ser ahora? indudablemente es algun forastero, porque los nobles castellanos no se atreven á llamar de dia á la casa del hechicero judío.

El anciano tenia razon, los nobles señores y las damas castellanas que iban á buscar los bebedizos y los maravillosos filtros del alquimista ó á que les leyese su horóscopo, eran demasiado orgullosos para presentarse de dia en una casa de la cual se exhalaba un olor bastante pronunciado de nigromancia y hechicería.

Así era que Nuño bajó lleno de asombro á abrir la puerta al que llamaba, mientras que Samuel fijaba una

mirada impaciente en el arco que daba entrada á su laboratorio.

De repente apareció en él un hombre con el semblante cubierto por el embozo de su capa.

Fijó una mirada en el judío, y sin duda debió quedar satisfecho de aquel exámen, porque se desembozó y adelantándose hácia él, le dijo:

—Por Allhá que ya has perdido tu perspicacia, Samuel.

—¡Aliatar!—exclamó el judío reconociendo al recien llegado,—¡tú en mi casa! el Dios de Jacob sea contigo.

—Hace pocas horas he sabido que estabas en Valladolid y he venido á verte porque necesito de toda tu ciencia.

—¿Qué puede pedirme Aliatar, el walí favorito del poderoso y omnipotente Mahomet-Ebn-Otsman, que no tenga concedido de antemano?

—Gracias judío, veo que eres agradecido á los favores de mi señor, y me complazco de ello.

—Habla, ¿qué deseas?

—Hace muchos dias que estoy en Valladolid.

—Y no has venido á honrar la modesta casa del amigo de tu señor.

—Te repito que hasta hace poco no he sabido estabas aquí.

—¿Y la sultana Zoraya la hermosa hermana de mi noble amigo? ¿siguen todavía deslizándose sobre su frente los dias sin dejar huella alguna?

—La sultana Zoraya ha venido á Valladolid conmigo.

—¿Qué dices, Aliatar?

—A venido á Valladolid y ha desaparecido.

—¡Que ha desaparecido!

—Sí, el ángel del amor tocó en su corazon, y las rosas de Alejandría y los jazmines de Alepo no fueron bastantes con su fragante aroma á disipar la negra melancolía de la sultana. Amó á un cristiano y sufrió sus desdenes pero ¡ay! Samuel, estaba escrito, y lo que Allhá escribe en el misterioso libro del destino debe cumplirse. La sultana abandonó su castillo de la montaña, abandonó sus taifas de valientes bereberes, abandonó sus rosales de Alejandría, las guzlas de marfil y oro de sus esclavas, lo abandonó todo y vino á Castilla en pos del nazareno que la habia robado el corazon.

—¿Pero quién es ese cristiano Aliatar? ¿dónde le ha conocido?

Entonces Aliatar le refirió cuanto ya saben nuestros lectores respecto al incidente por el cual Zoraya conoció á Rodrigo.

—¿Y el conde ama á Zoraya?—preguntó sorprendido Samuel.

—Sí, Samuel, la ama.

—¿Y dices que ha desaparecido?

—Y de una manera tan misteriosa que ignoro lo que hacer, así como ignoro tambien lo que ha sido del conde.

—¿No sospechas?...

—Sí.

—¿De quién?

—De una mujer.

—Me parece que has acertado.

Aliatar entonces, refirió á Samuel todo lo que ya sabemos referente á las confidencias hechas tanto por Rodrigo como por Ferrando respecto á Esther.

El astrólogo le escuchó con profunda atencion.

Apenas hubo terminado, le dijo:

—Teneis razon al pensar que solamente Esther puede tener la culpa de la desaparicion de Zoraya.

—¿No te digo que ella misma se lo confesó al conde?

—¿Y tú dices que has estado á verla?

—Sí, pero inútilmente.

—Yo seré más feliz que tú.

—¿La conoces acaso?

—Mucho,—contestó con un acento indefinible el astrólogo.

—¿Pero por qué profesa ese odio tan encarnizado hácia el conde?

—Porque le ama.

—Desventurado amor y desventurada de ella si llega ha hacerle algun daño á Zoraya.

—No.

—¿Tanta seguridad tienes Samuel?

—Si que la tengo.

—¿Y conseguirás que la deje libre?

—Ella no lo haria nunca.

—¿Entonces quién?

—Yo.

—¡Poderoso Allhá! ¿tú puedes hacerlo?

—Esa mujer me pertenece, ella persigue á Rodrigo con su venganza, y yo la persigo á ella con la mia, ¡oh! no tengas cuidado Aliatar, tú recobrarás á Zoraya, Zoraya encontrará al conde, pero Esther solo encontrará mi venganza.

El acento del astrólogo vibraba de una manera siniestra.

Aliatar no pudo ménos de extremecerse, y fijando una mirada llena de sorpresa en el rostro del anciano, le dijo el cabo de algunos segundos:

—¿Tanto la aborreces?

—Como tú no puedes imaginar, como es imposible que aborrezca el más vengativo corazon de tu raza.

—En fin, judío, yo lo que necesito es que me devuelvas á Zoraya.

—La tendrás.

—¿Y el conde?

—¿Para qué te hace falta si recobras á la sultana?

—Porque la sultana moriria de pena si estuviese ausente el conde, y yo no quiero que muera.

A su vez fijó una mirada escrutadora en Aliatar.

Y sin duda con ella pudo penetrar hasta el fondo de su pecho, y leer lo que pasaba en él, porque le dijo con acento conmovido:

—Aliatar, eres honrado, y honra das á aquel con quien hables.

—¿Por qué me lo dices?

—Porque acabo de leer en tu corazon, y te admiro.

—¡Allhá lo ha querido así! cúmplase su voluntad, con que no te olvidarás de mi cuita.

—No, prescindiendo de que pago una deuda contraida con tu señor y el mio Mahomet-Ebn-Otsman, sacando á Zoraya y á Rodrigo del poder de Esther, me vengo tambien de ella.

—¿Por qué?

—Porque estorbando sus venganzas, natural es que se irrite, y esa irritacion realiza una parte de la mia.

—¿Cuándo me darás noticias de la sultana?

—Dentro de pocos dias.

—Vendré á verte.

—Yo te avisaré, confía en mí.

Poco despues, Aliatar, algo más tranquilo, abandonaba la casa del judío.

CAPITULO XIV.

En que se ve que bien pueden encontrarse en un bosque dos hermanos despues de haberse buscado inútilmente por las ciudades.

El astrólogo quedó profundamente pensativo despues que se marchó Aliatar.

Unicamente salió de su ensimismamiento para decir á Nuño que le contemplaba como de costumbre sombrío y triste:

—Nuño, es necesario que hoy demuestres que aun no has perdido tus buenas dotes de antiguo montero.

—¿Acaso vamos á volver á los buenos tiempos?—preguntó con inmutada voz el escudero.

—Ya sabes que eso es imposible.

—¿Por qué, señor?

—Porque lo pasado ha muerto ya para nosotros.

—Pluguiera á Dios que así fuese.

—¿No lo crees acaso?

—Os veo ocupado siempre en la venganza de una cosa pasada, y me duele mucho, señor.

—Ya estás cansado con ese mismo tema. Si no me sostuviera la venganza, ya hubiera muerto y el dia en que la satisfaga moriré.

—Pues no la satisfagais jamás.

—¡Necio! ¿Crees que el destino se cambia con tanta facilidad?

—¿Por qué no?

—Yo que he aprendido á leer el destino de los demás hombres, ¿crees acaso que no sabré leer el mio?

—¿Y lo habeis leido?

—Sí.

—¿Y era acaso el que sufrís?

—Ese era.

—¿Pero la venganza?...

—Tambien está en él. Yo debo vengarme y morir.

Pronunció el anciano estas palabras con tal seguridad, con acento de tan profunda conviccion, que el buen escudero sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Su señor se apercibió de la impresion que recibia y para distraerle de aquella idea, le dijo:

—Es necesario que vayas á situarte cerca de casa de Esther.

—¡Cómo! ¿no he de entrar?

—No.

—¿Y si me ve alguno de los escuderos?

—Torpeza tuya será.

—¿Es decir que voy á observar?

—Recuerda tus buenos tiempos, cuando en nuestros bosques se sonaban las trompas de caza, y se escuchaba los ladridos de los perros y los gritos de los cazadores, y comprenderás que hoy se trata de una cacería tambien.

—Pero no en nuestros bosques, ni con aquel aparato.

—Y sin embargo, la pieza que se ha de levantar vale algo más que las que tú ojeabas.

—Hablad, señor, hablad.

—Debes ponerte en acecho cerca de casa de Esther, y si acaso la ves salir, síguela é infórmate del punto donde vá, y del objeto que la conduce á él.

—Está bien.

—No te espero más que con una buena noticia. Sí,—continuó el viejo como si hablara consigo mismo,—hace quince dias que el conde desapareció, y cerca de un mes que robaron á Zoraya, no tiene duda, ella debe ya de ir á ver á uno ú otro.

—¿Tratais de salvar á los cautivos?

—Sí. Haré esas dos buenas acciones en cambio de algunas malas que habré hecho en esta vida.

Nuño le miró, como diciendo, que para compensar el mal que hiciera, muchas buenas acciones debia practicar, pero se contentó solamente con esta mirada sin que sus lábios expresasen su pensamiento.

—¿Te has enterado?—preguntóle el judío.

—Sí, señor.

—Elige bien tu punto de observacion, á fin de que no te se escape.

—Ya sabeis que cuando se trata de serviros, tengo harta sutileza para no venderme.

—Así debe ser.

—¿Y si no sale en toda la tarde?

—Saldrá por la noche.

—Eso quiere decir, que no me necesitais aquí.

—No.

El escudero comprendió que el último monosílabo de su amo envolvia una despedida.

No se la hizo repetir y salió de la estancia.

El astrólogo volvió á caer en su meditacion.

Largas horas se pasó así.

De vez en cuando se le podia escuchar alguna palabra, pero que no tenia hilacion con las que pronunciaba despues.

Conocíase que en la vida de aquel hombre debian existir muchos y terribles misterios, porque sus frases, cada una se referia á una cosa distinta.

—¡Oh!—murmuraba,—mis hermanos, mis pobres hermanos á quienes yo...

Y su voz se perdia, para decir poco despues:

—¡Los Lunas! Raza de víboras. Yo los destruiré, yo solo.

Y tornaba al silencio, y otra vez su acento resonaba, diciendo:

—Nuño es un insensato. Querer que me olvide de mi venganza. Ellos son los hijos de Rebeca, sí, los que Sarah tenia murieron.

Y de este modo pasó el dia, y llegó la noche sin que se apercibiera de ello.

Largas horas se pasaron sin que hubiera vuelto de su extraña inmovilidad.

Sentado en el sillon, con los codos apoyados sobre la mesa, y la cabeza sepultada entre sus manos, aquel hombre no daba más señal de vida que las entrecortadas frases que alguna vez que otra, brotaban de sus lábios.

Era más de media noche, cuando llamaron á la puerta de la casa del judío.

Este ruido le sacó de su ensimismamiento.

Miró á su alrededor con ojos extraviados, y murmuró:

—¿Cuánto tiempo he pasado así?

Encendió la lámpara y se dirigió hácia la puerta de la calle, diciendo:

—¿Si será Nuño?

Efectivamente, era el escudero.

Nuño debia haber hecho una larga caminata, porque sus vestidos estaban cubiertos de polvo.

Subió con su amo á la cámara que ya conocemos, y una vez en ella le dijo este:

—¿Has descubierto algo?

—Sí, señor.

—¿Salió Esther?

—Esta noche. Y tomando todas las precauciones posibles.

—Explícate.

—Ha salido precedida por cuatro escuderos con antorchas, y escoltada por seis ú ocho perfectamente armados.

—¿Y dónde iba con todo ese acompañamiento?

—Al Abrojo.

—¿A la abadía?

—No, señor, al bosque.

—¿Fuiste siguiéndola?

—Esas órdenes me habíais dado, y ya sabeis que yo no falto á ellas jamás.

—¿Y á qué iba al bosque del Abrojo?

—Lo ignoro.

—¿Cómo?

—Figuraos, que yo iba siguiendo á alguna distancia el cortejo, cuando le veo penetrar en el bosque.

—¿Por qué parte?

—Cerca del sitio donde están las ruinas del castillo.

—¿Y tú no entraste con ellos?

—Al hacerlo tropecé con un escudero, que poniéndome la espada al pecho me dijo. «Alto. No podeis pasar.» ¿Desde cuándo no se permite entrar en el bosque? —interrogué yo.—Des que hay quien tiene asuntos particulares que evacuar en él.

Yo comprendí que estos asuntos se referian á doña

Beatriz, y me separé de allí decidido á entrar por otro lado.

—¿Y lo conseguiste?

—Nó, señor. Toda esa parte del bosque estaba defendida por los escuderos colocados de trecho en trecho.

—¿Y Esther ha permanecido en el bosque mucho tiempo?

—Hora y media hará que salió de él.

—¿Ha vuelto á su casa?

—Yo la he venido siguiendo.

—Está bien Nuño. Obraste con discrecion, y estoy contento de tí. Mañana trataré yo de continuar la obra. Ahora descansa.

Momentos despues, amo y criado estaban en sus respectivas habitaciones.

Al dia siguiente, Samuel se presentó en la casa de Esther.

La hebrea acababa de despedir á Pero Lopez que cada dia se la iba haciendo mas insoportable.

Habia ya conseguido de él cuanto queria, que era el casamiento de Catalina, y por lo tanto ya le fastidiaba.

El rudo y montaráz caballero estaba cada dia más exigente, y la hebrea tenia que esforzarse en demasía para no arrojarle de su casa.

Y no lo hacía porque lo necesitaba aún.

Debia vengarse del condestable, y por mas que su venganza estuviera encomendada por decirlo así á toda la nobleza de Castilla, ella queria por su parte hacer

mucho más dolorosa la agonía de aquel hombre.

De aquí nacia el que aún conservase á aquel hombre.

Al anuncio de Samuel, una sorpresa extraordinaria se retrató en el rostro de la jóven.

El astrólogo no habia estado en su casa jamás.

Así fué que al verle le preguntó:

—¿Cómo es esto padre Samuel? ¿A qué debo la honra de tu visita?

—Al interés que me inspiras, hija mia,—repuso el anciano con un acento de cariño imposible de describir.

Esta respuesta tranquilizó á la dama.

Temblaba siempre en presencia del judío, porque este parecia leer en su corazon como en un libro, y ya en muchas ocasiones la habia sorprendido su extraordinaria perspicacia.

—Mucho tiempo hace que no he estado en tu casa, —repuso la hebrea.

—Sí, hija mia; se conoce que como ya no me necesitas te acuerdas muy poco de mí.

—¿Que ya no te necesito?

—Desde luego. Antes ibas á mi casa muy amenudo porque estabas impaciente por vengarte de dos hombres y sufrias el desamor de otro. Y cuando he visto que pasaban los dias y los meses sin que Esther, la luz de mis ojos, fuese á pedirme un filtro ó un consejo, no he podido ménos de decir:—Hela ahí, que tal vez habrá conseguido el amor del hombre que amaba, habrá

satisfecho ó estará próxima á satisfacer su venganza y ya se olvida de mí.

—Mal me juzgaste padre Samuel.

—¿No es cierto acaso?—preguntó el astrólogo fijando una mirada escrutadora en el rostro de la dama.

—No.

—¿Padeces todavía?

—Si que padezco Samuel, si que padezco.

—¿Y nada me dices de Ismael?

—¡Oh! no hablemos de eso,—repuso Esther cuyo semblante se oscureció á aquel recuerdo.

—¿Tanto te afecta?

—Mucho, mucho.

Reinaron algunos momentos de silencio.

—Y ese disgusto que esperimentas,—dijo al cabo de algunos segundo el astrólogo,—es por no haberte vengado de una manera suficiente ó por remordimiento acaso.

—Es una impresion tan extraña, padre Samuel, que ni yo misma puedo definirla; hay instantes en que si yo pudiera comprender el remordimiento, creería que era eso lo que sentia; pero no, no, el remordimiento se siente cuando se comete una accion injusta, pero yo me he vengado porque me habian ofendido antes.

—Dices bien, y del condestable.

—De ese me vengaré.

El judío fijó una mirada tan expresiva en la hebrea, que ésta no pudo ménos de decir:

—¡Oh! ¡oh! te alegras padre Samuel.

—Sí, me alegro, porque tu venganza es justa y debe realizarse.

—Me vengaré de él y de todos cuantos me ofendan.

—¿Y Rodrigo?—pregunto el anciano mirando fijamente á la jóven.

—Rodrigo le he olvidado ya,—contestó Esther tratando de eludir la pregunta del astrólogo.

—¿Que le has olvidado?

—Sí.

—Imposible, hija mia; estoy leyendo en tu corazon y sé que te ocupas de él.

—Para vengarme.

—¿De qué manera?

—Mucho te interesas por el conde,—repuso la dama fijando una mirada recelosa en su interlocutor.

—Me intereso por tí: ¿qué te ha hecho Rodrigo?

—Nada.

—¿Te molesto con mis preguntas?

—No hablemos más respecto al conde.

—Precisamente de él venia yo á tratar contigo.

—¡Como!

—Por una coincidencia muy singular, he sabido que el conde amaba á una princesa musulmana que ha venido con él desde Granada.

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó la hebrea aumentando más su recelo.

—Un oficial que ha venido acompañando á la sultana.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Hace ya muchos dias.

—¿Y hasta ahora no me lo has participado?

—Esperaba que hubieses ido á verme.

—Paréceme que al ver que yo no iba, pudiste muy bien haberme avisado.

—Mas natural es que tú fueras á verme, toda vez que cuando me necesitabas lo hacias, que no que viniese yo aquí. Tú eres jóven y yo soy viejo, tú eres rica y yo tengo necesidad de componer filtros, bebedizos y ungüentos para poder mantenerme.

—Pero te he pagado bien cuando he ido á tu casa.

—Tambien mis servicios te han valido algo.

—¿Estás descontento?

—Veo que te quejas de mí, y por el Dios de Israel que no tienes motivo para ello.

—Y díme, Samuel, ¿qué más te indicó ese walí que ha venido con la sultana?

—Me dijo muchas cosas.

—¿No quieres referirmelas?

—¿Por qué nó? En primer lugar me habló de los amores de la sultana con Rodrigo.

—¡Malditos amores!—murmuró Esther.

—Despues me dijo que habian robado á la sultana.

—¿Quién?

—Ahí está precisamente el negocio; que no sé como

diablos han podido descubrir que tú amabas á Rodrigo y que tú la has robado.

—¡Yo!

—Al ménos así lo dijo Aliatar. Tú podrás desmentirlo ó concederlo.

Esther miró con escrutadora expresion á Samuel.

Sospechó que el anciano sabia mas de lo que decia, y que solo habia ido á su casa con una segunda intencion.

Así fué, que decidió estar en guardia á fin de no dar pié con una sola frase á que descubriese nada.

—Desde luego que es una impostura semejante suposicion,—contestó la hebrea.

—Ya lo creia yo tambien así, pero ahora ha ocurrido otro incidente que complica mucho este asunto, y que verdaderamente es el que me trae á esta casa.

—¿Qué quereis decir?

—Tú lo habrás oido ya regularmente.

—¿El qué?

—La misteriosa desaparicion de Rodrigo.

—Sí, ya lo se,—contestó la jóven, sin tener fuerza bastante para dominar su primera turbacion.

—¿Y qué opinas de eso?

—¡Yo! ¿y yo que tengo que ver? ¿Qué me importa que el conde aparezca ó desaparezca de Valladolid?

—¡Ah! ¿Con que ya no le amas?

—Me es completamente extraño,—contestó la jóven,

principiando á sentirse mal, bajo el peso de la mirada que el judío desplomaba sobre ella.

—Pronto ha cambiado tu corazon.

—¿Para qué habia de amarle, si él no me amaba?

—Como me pedíste un filtro que hiciera desfallecer de amores á la persona que lo tomase, creí que...

—Nada, todo lo he dejado ya como una cosa completamente perdida.

—Me place que de tal manera te hayas desengañado, comprendiendo que nada habias de adelantar con el conde. ¿Y no opinas tú lo que pueda haber sucedido tanto á Zoraya como á Rodrigo?

—¿Por qué me haces esa pregunta, Samuel?

—Por nada; únicamente por si tú que estás más enterada en las intrigas cortesanas sospechabas si habia sido cosa de los enemigos del condestable...

—Si hubiese sido cosa de sus enemigos, natural era que yo lo supiese.

—Tienes razon.

Samuel comprendió que nada adelantaria con aquella mujer.

En sus respuestas advertia la contrariedad causada por las preguntas que la hiciera, y antes de aumentar su desconfianza prefirió callar.

Despidióse de ella y salió del palacio de Villanueva plenamente convencido de que solo Esther era quien habia hecho desaparecer á Rodrigo y á la sultana.

Aquella tarde, el astrólogo salió de Valladolid y se

dirigió al bosque del Abrojo, decidido á averiguar de una vez cuanto sobre el particular hubiera.

Penetró en el bosque, y desde el momento en que se halló bajo aquellos árboles seculares, oscurecióse mucho más su fisonomía, y murmuró á la par que iba caminando:

—¡Cuánto tiempo que no habia pisado estos lugares! Desde aquella funesta noche no habia vuelto aquí, y mi corazon se extremece, y parece que tiembla medroso el cuerpo. ¡Bah! prescindamos de ridículos temores, y continuemos adelante; no me he lanzado en el camino en que estoy para vacilar ahora.

Mas á pesar de cuanto decia, y á pesar de los esfuerzos que estaba haciendo para dominarse, la agitacion iba en aumento, y apenas se atrevia á levantar sus ojos del suelo.

Insensiblemente se fué aproximando á las ruinas que ya conocen nuestros lectores, y una vez ante ellas se detuvo, murmurando:

—¿Quién ha conducido mis pasos hácia este sitio? ¿qué invisible poder me ha traido al mismo sitio donde se consumó el crímen, y donde principió la venganza? ¡Oh! no quiero, no puedo permanecer aquí.

Y diciendo estas palabras, hizo un movimiento para retroceder.

Pero en aquel momento, una aparicion extraña que salia de las ruinas del castillo, le hizo detenerse.

El fraile, á quien ya vimos, cuando durante la cace-

ría tomó doña Beatriz al Gamo á su servicio, salió de las ruinas cabizbajo y meditabundo, y descendiendo por el estrecho sendero, atravesó el pedregal, penetrando á poco en el bosque.

En el camino que llevaba, tenia necesariamente que encontrarse con el astrólogo.

Este no acertaba á moverse.

La extraña aparicion le habia fascinado, y aunque no podia distinguir bien las facciones del monje, por llevar como de costumbre la capucha caida, sentíase impresionado por aquella figura severa y grave que al aparecer enmedio de aquellas imponentes ruinas, tomaba un aspecto que tenia mucho de fantástico.

El fraile seguia aproximándose, y al encontrarse cerca de Samuel levantó la cabeza.

Por un momento aquellas dos miradas se encontraron, y una expresion extraña brilló en ellas.

El asombro, la sorpresa, la alegría y el dolor reflejáronse en ellas, y el fraile, con un acento que participaba de estas mismas sensaciones, exclamó:

—¡Beltran! ¡hermano mio!

—¡Diego!—exclamó á su vez el astrólogo.

Y ambos, por un movimiento irresistible se arrojaron uno en brazos de otro, permaneciendo largo tiempo en aquella postura, mientras que se exhalaban de sus pechos ahogados sollozos.

CAPITULO XV.

Qué iba ha hacer el monje del Abrojo, al castillo del bosque.

Trascurridos aquellos primeros momentos de natural espansion y de emociones consiguientes al encuentro despues de una larga ausencia, ambos hermanos se desasieron, y contemplándose con tristeza dijo el fraile:

—Diez y ocho años buscándote, sin haber podido hallarte.

—Lo mismo me ha pasado á mí.

—¿Te acuerdas, Diego?

—Calla, no hablemos todavía de eso, marchemos de aquí.

Y el judío y el fraile, tristes ambos y preocupados y sombríos se separaron de aquel lugar dirigiéndose á lo más intrincado del bosque, y sentándose junto á una pe-

ña, de la cual brotaba un caño de agua cristalina, ambos como si obedecieran á un mismo pensamiento, inclinaron la cabeza sobre el pecho, permaneciendo largo rato en aquella postura.

De repente alzó la cabeza el fraile, y reparando en el traje de su hermano, le dijo:

—¿Pero qué es eso Beltran? ¿qué quiere decir ese traje?

—Esto quiere decir que soy el astrólogo de su alteza don Juan II de Castilla, así como lo he sido del rey de Francia y de Mahomet-Ebn-Ostman, rey de Granada; esto quiere decir que soy un miserable judío que sabe hacer maravillosos filtros y terribles bebedizos, merced á los cuales pueden satisfacerse cien venganzas, esto quiere decir, hermano Diego, que soy un hechizero, que por medio de diabólicas artes puedo levantar una figura ó descifrar un horóscopo, merced á los cuales puede sembrarse la angustia y la desesperacion en una alma; esto soy, y esto hago, hermano.

—¡Oh! pero eso es horrible, tú, el primogénito de nuestra casa; tú, el poderoso conde de Fuentidueña, señor de horca y cuchillo, noble infanzon de estos reinos, descender á un extremo semejante.

—Diego, nuestra raza era una raza maldita, ya sabes la tradicion de nuestra casa.

—Calla, Beltran; diez y seis años hace que estoy rogando á Dios porque no se realice esa prediccion siniestra, y tú vienes á recordármela ahora, que precisamente se aproxima el dia en que ha de cumplirse.

—Desengáñate, hermano, lo que estaba escrito ha sido y será.

—No, Dios no quiere el crímen.

—Y sin embargo, el crímen se ha realizado.

—¿Pero por qué haces responsable á la Providencia de las miserias de los hombres?

—Yo no acuso á la Providencia; lo que únicamente te digo, es que sucederá lo que debe suceder y que yo contribuyo á ello con todas mis fuerzas.

—Por piedad, harto te has vengado ya.

—No;—repuso el judío á quien llamaremos Beltran puesto que ya sabemos su nombre;—no me he vengado lo suficiente: ¿acaso te has olvidado ya Diego?

—¿Ignoras acaso que yo tambien la amaba?—repuso el fraile con un acento de dolor indescribible.

—Sí,—repuso Beltran con un acento cuya verdadera expresion era la del sarcasmo mas sangriento que pueda imaginarse;—sí, es verdad, aquella mujer tenia el raro privilegio de hacer que todos los corazones se prendasen de ella. ¡Era muy hermosa Rebeca! la hermosura de Satanás brillaba en su semblante: todos la amamos; tú Diego, Rodrigo y yo todos la amamos y se burló de todos nosotros; y aún dices que me he vengado lo suficiente, ves que está vivo el condestable y aún eres capáz de decirme eso.

—Hermano; el perdon es la venganza mejor que se puede tomar de una injuria.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Sé que Dios castiga al que se venga.

—¿Y qué castigo guarda para el miserable que abusa de la confianza que en él se deposita? Para el ladron que arteramente se introduce en la casa del hermano, que le roba sus bienes, que le roba su honra y que le roba su vida, dí, ¿qué castigo le guarda?

—El remordimiento; su misma conciencia.

—¡Conciencia! ¡remordimientos! palabras estúpidas solo á propósito para aterrar á un vulgo ignorante. ¿De que le sirve miserable hijo de una mala mujer y ennoblecido por un magnate caprichoso, la conciencia y el remordimiento? ¿ha corrido á caso al pié de los altares á pedir el perdon de su culpa? ¿le ha castigado acaso la Providencia por aquel crímen, dándole más honores, más dignidades y mayor poder? ¡bravo castigo por mi vida!

—Calla, Beltran, estás blasfemando de una manera horrible; ¿eres tú capáz de adivinar el castigo que le está reservado á ese hombre? ¿acaso tú, miserable mortal lo mismo que yo, puedes atreverte á leer en los altos juicios del Señor?

—¿Quieres saber el castigo que aguarda al condestable?

—¡Beltran!...

—La sagrada escritura lo dice, «ojo por ojo y diente por diente,» y yo te aseguro que ojo por ojo he de cobrarme, y diente por diente me ha de dar.

—Hermano, abre los ojos á la verdadera luz; tu razon está extraviada.

—No Diego, no estoy loco: ¿y sabes tú por qué no lo estoy? porque la venganza me ha sostenido, porque ella es la única que ha alumbrado mi camino.

—¡Terrible luz!

—¿Tú sabes el castigo del condestable cual ha de ser? escucha: yo pude perdonar á mi hermano que amase á mi mujer porque ignoraba quien era, y aún así, ¿te acuerdas Diego?

—Calla, calla,—exclamó el fraile con ahogado acento.

—Pude perdonarte á tí porque eras mi hermano tambien, y porque tu amor puro como el de los ángeles no manchó la frente de aquella miserable que tan manchada estaba; pero á quien no he perdonado ni perdonaré nunca, es á don Alvaro, á ese miserable á quien yo recogí herido y moribundo, á quien yo introduje en el sagrado de mi casa, á quien yo mismo puse en presencia de aquella desventurada, y á quien yo le franqueé todos los secretos de mi corazon; á esa víbora que yo alimenté en mi seno para que me le destrozara mas tarde: ¿crees tú que yo puedo perdonar? no, yo he sacrificado á mi venganza afecciones y honra, yo me he envilecido hasta el punto de ocuparme en una tercería infame porque quería que el hijo impuro manchase el tálamo conyugal de su padre, yo he hecho que los dos hijos del crímen se amasen con ese amor de Satanás.

—¡Beltran, por piedad!

—Yo he hecho que la espada del padre atraviese el corazon del hijo y me he recreado en el sufrimiento de

ese hombre al reconocer á la persona que habia muerto.

—¡Calla, hermano, calla!

—Y yo te juro por mi nombre, que pondré el puñal en la mano de la hija para que atraviese el corazon de su padre.

—¡Oh! señor, piedad, piedad, no permitais iniquidad semejante.

Y el fraile cayó de rodillas alzando los brazos al cielo con ademan suplicante.

Beltran no pudo ménos de impresionarse al escuchar el acento desesperado de su hermano.

Calló dominado por él, y durante algun tiempo no se apercibió más que el leve rumor de las hojas de los árboles movidas por el viento, y el murmullo apenado y contrito del monje que oraba.

Cuando terminó su oracion, dirigióse hácia su hermano y le dijo:

—Díme, Beltran, la hija de Rebeca, ¿vive?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En Valladolid.

—Entonces era ella.

—¿Quién?—preguntó con extrañeza Beltran.

—La que yo he visto.

—¡Tú! ¿Dónde?

—Aquí.

—Sí, es verdad,—repuso Beltran recordando lo que Nuño le dijera.

—Ella vino al castillo.

—Sí, pero no traspasó sus umbrales.

—La hija del crímen viene á visitar el lugar donde se cometió la infamia.

—Díme,—dijo el fraile interrumpiendo á su hermano, —¿y los hijos de Rodrigo?

—Murieron dos, y únicamente uno vive.

—Cómo se llama.

—Rodrigo tambien.

—¡Oh! la Providencia,—exclamó Diego con voz conmovida.

—¿Qué quieres decir?—preguntóle su hermano.

—¿Sabes á lo que vino la hija de Rebeca al castillo donde nació?

—¿A qué vino?

—A comprar á un miserable, para que asesinasen á Rodrigo.

—¿Y tú lo oiste?

—Sí, escuchelo y le avisé.

—¿Y crees haberle salvado?

—Acaso no.

—Hé ahí tu providencia,—repuso Beltran con sarcástico acento,—le salvaste de un peligro para caer en otro nuevo.

—Habla, ¿qué le ha sucedido?

—Que Rodrigo ha caido en manos de Esther, que así se llama la hija de Rebeca, y que se ignora por completo su paradero.

—¡Dios mio!—exclamó el fraile.

—Ya ves tu providencia como te ha servido.

—No ultrajes lo que desconoces.

—Tú, con tu providencia le has perdido, mientras que yo con mi sed de venganza voy á salvarle.

—¿Cómo?

—¿Sabes por qué persigue Esther á Rodrigo?

—¿Por qué?

—Porque le ama.

—¡Maldito amor que tan funesto ha sido á nuestra raza.

—Porque nuestra raza está maldita.

—Por eso yo ruego á Dios que acepte mi vida, en cambio de su purificacion.

—Ya es tarde.

—No, para el perdon no es tarde nunca, así como tampoco lo es para el arrepentimiento.

—Te repito que es tarde.

—¿Y Rodrigo, ha amado á Esther?

—Sí.

—¿Quién ha hecho brotar ese amor?

—La fatalidad que pesa sobre nuestra raza.

—¿Y por qué aborrece Esther al mismo que antes amaba?

—Porque ama á otra; porque Esther, lo mismo que su madre no puede inspirar más que amor de los sentidos, amor que nace un dia para morir al siguiente; porque Esther, lo mismo que su madre es altiva, exigente y do-

minadora, porque Esther no puede ser más que, ó reina ó esclava del hombre á quien ame, y Rodrigo tiene el carácter de su padre.

—¿Entonces, Esther debe tratar de tomar una venganza espantosa?

—Sí, ya se ha apoderado de él, y tambien de la mujer á quien ama.

—Es necesario salvarlos.

—A esa causalidad se debe nuestro encuentro.

—No ha sido la casualidad, hermano mio.

—¿La Providencia, acaso?—preguntó irónicamente Beltran.

—Sí, la Providencia, esa Providencia que desconoces, y que por sus misteriosas vias nos ha aproximado el uno al otro para evitar muchos crímenes.

—¿Cómo?

—¿Acaso no piensas salvar á Rodrigo y á su amada de las garras de esa mujer?

—Sí, pero si los libro, es porque así le conviene á mi venganza.

—Olvida esa venganza, Beltran, olvídala, porque es inícua.

—No.

—¿Conoces tú á Esther?

—Sí.

—¿Y has hablado con ella?

—Hace tiempo que ha seguido mis consejos.

—¡Oh Dios mio! perdon para él y para ella.

—Yo no necesito perdon alguno.

—Habla hermano, ¿por qué has dicho que venias á este bosque para salvar á Rodrigo?

—Porque aquí viene Esther.

—¿Y á qué viene?

—Lo ignoro.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque ayer Nuño vino siguiéndola hasta aquí y vió las precauciones que se tomaban para que nadie pasase por el bosque.

—¿Y tú crees?...

—Nada creo hasta que no vea el motivo que conduce á esa mujer aquí.

—¿Y Rodrigo te conoce?

—No.

—Vale mas así.

—Rodrigo es despreocupado como su padre y no ha querido venir jamás á casa del astrólogo Samuel, á que le diga su horóscopo, ó á que le componga un bebedizo.

—Pero hermano, ¿es posible que á semejante extremo hayas descendido?

—Mi venganza es antes que todo.

—No pronuncies más esa palabra.

—¿Por qué no he de pronunciarla cuando es ella mi vida?

—Maldita venganza.

—Malditos tambien estamos todos los individuos de

nuestra familia desde hace cuatro generaciones, y la terrible maldicion debe cumplirse.

—No se cumplirá, Beltran, yo te lo prometo.

—Acaso piensas estorbar mis planes.

—Dios me iluminará.

Y los dos hermanos, cada uno abismado en distintas reflexiones permanecieron abstraidos y silenciosos durante un largo espacio.

CAPITULO XVI.

Donde Beltran encuentra defraudadas todás sus esperanzas.

Largo rato hacia que anocheciera, y ni Beltran ni su hermano salian de su extraña inmovilidad.

Unicamente pudo hacerles salir de ella, el sonido de la campana del monasterio, que se percibió claro y distinto en el lugar en que se hallaban.

Ambos levantaron la cabeza á un mismo tiempo, y Beltran preguntó á su hermano:

—¿Qué quiere decir eso?

—Es la campana de la abadía que llama á la oracion.

—Y qué, ¿no asistes tú á ella?

—No. Tengo permiso del Abad que conoce la historia de nuestra familia, y que me permite ir á la ruinosa, capilla del castillo, á rogar por mis antepasados.

—¿Y entras tú en el castillo, hermano?

—¿Por qué no? acaso porque se haya cometido un crímen no debe entrarse en él. En el lugar donde se ha hecho el daño debe pedirse el perdon, la oracion tiene doble fuerza desde allí.

—Tantos crímenes se han cometido en el castillo.

—Por eso hay mucho que rogar en él.

—¿Y cómo se conserva?

—Muy mal; es imposible que te imagines el dolor que inspiran esas ruinas al que como yo le ha conocido robusto y altanero, lleno de vida y de movimiento, y hoy le vé desmoronado y convertido en escombros.

—¿Y tú no sabes lo que grita cada piedra derribada de ese castillo?—preguntó Beltran con voz siniestra.

—Cada piedra de ese castillo, á poder hablar, no lo dudes hermano, pediría perdon por las iniquidades que á su sombra se han cometido.

—No, Diego; cada una de esas piedras grita, «venganza,» cada una de esas piedras es un ser animado que grita á cada momento en mi oido, «estamos manchadas por el crímen, vénganos.»

—Qué obcecado estás.

—No es obcecacion, es deber.

—No opinamos de un mismo modo.

—Es otra de las herencias de nuestra familia: ¿recuerdas la tradicion?

—Sí, pero tambien la tradicion dice, que si existe un hermano que tenga la virtud bastante para resistir los

denuestos y las sugestiones de los demás, y para permanecer puro en medio de la impureza que parece ser el patrimonio de nuestra familia, y que tenga la abnegacion necesaria para entregar su vida para salvar la de sus hermanos, la justicia de Dios se habrá satisfecho y cesará la maldicion que pesa sobre ella.

—Y ese hermano, ¿dónde está?

—En tu presencia.

—¿Cómo, tú?

—Sí, yo que escucharé con paciencia tus insultos, yo que me arrodillaré ante tí para pedirte que olvides esa venganza inicua, yo que finalmente entregaré mi vida si es necesario para salvaros á todos vosotros.

Beltran contempló á su hermano con admiracion, y tal vez le hubiera dicho algunas palabras dictadas por la emocion que sentia, cuando un ligero rumor que llegó á ellos desde la entrada del bosque, impidióles cuntinuar su conversacion.

—Pusiéronse ambos á escuchar, hasta que de repente exclamó Beltran:

—Ya están ahí.

—Quien.

—Esther y sus escuderos.

—¡Oh!

—Ocultémonos entre estas malezas.

Internáronse los dos hermanos por el bosque, y fuéronse á colocar á unos cincuenta pasos del sendero que conducia á la fuente, en un sitio á propósito para no

perder nada de lo que por allí pasase y que estuviesen perfectamente á cubierto de las miradas indiscretas.

—Efectivamente, Beltran habia acertado.

—La hebrea precedida y acompañada de los mismos escuderos con quienes Nuño la viera la noche anterior, acababa de entrar en el bosque.

—Dejó la litera á la entrada de él, y guiada por el Gamo, se lanzó por el sendero que conducia al pedregal.

Cuando pasó por delante del lugar en que se hallaban escondidos Beltran y Pedro, no iban ya con ella mas que cuatro escuderos.

Los demás habianse ido quedando escalonados por el bosque.

Atravesó la distancia que la separaba del castillo, y cogiendo el Gamo una antorcha de mano de uno de los escuderos, penetró resueltamente en las ruinas seguido de la dama.

Al ver Beltran la direccion que tomaba la hebrea, dijo á su hermano:

—Se dirige hácia el pedregal.

—Sí, irá al castillo.

—¡Ella en el castillo! ¡ella profanando aquel sitio!... pero que de extraño tiene si tan profanado está.

—Y dado caso que vaya al castillo, ¿qué tiene que hacer en él?

—Eso es lo que necesitamos saber.

—Vamos hácia allá.

Y los dos hermanos salieron al sendero y tomaron la misma direccion que la dama.

Iban ya á flanquear el pedregal, cuando levantándose un bulto que estaba tendido en el suelo, les gritó á la par que desenvainaba la tizona.

—¡Alto! ¿quién va?

Detuviéronse los dos hermanos y permanecieron algunos momentos silenciosos.

Este inesperado contratiempo les desconcertó.

—¿No habeis oido?—volvió á decir el escudero,—respondeis ó va mi espada á sacaros las palabras del cuerpo.

—Dejadnos pasar,—dijo el fraile adelantándose.

—¿Quién sois?

—Un monge de la abadía del Abrojo.

—¿Dónde vais?

—Al castillo.

—¿Quién es ese que os acompaña?

—Mi hermano.

—¿Sabeis la seña?

—No, porque yo no tengo necesidad de seña alguna para recorrer el bosque del Abrojo.

—Podeis retiraros hermano, y dar gracias al diablo que no os lo digo de otro modo.

—Reparad que tengo precision de ir al castillo.

—Y yo os digo que no pasareis.

—¡Ira de Dios!—exclamó Beltran no pudiendo contenerse más;—queremos pasar.

—Y yo os digo que no pasareis y guardaos de dar un paso porque os atravieso.

—Vamos, hermano,-dijo Diego deteniendo á Beltran y llevándoselo hácia el interior del bosque;—retirémonos.

—¡Voto á!...

—Silencio.

—¿Por qué?

—Mañana lo sabremos todo, —dijo rapidamente y en voz baja el fraile.

Beltran más tranquilo con esta oferta dejóse conducir por su hermano, y muy pronto se hallaron lejos del círculo formado por los escuderos alrededor de aquellas ruinas.

Entretanto, Esther precedida por el Gamo entró en el castillo, pasó por entre los escombros que entorpecian el paso á cada instante, y subió por una escalera ruinosa y agrietada.

Atravesaron varias habitaciones sin techo y cuyos muros estaban derruidos, hasta que llegaron á una pequeña escalera que descendia dentro del mismo muro hasta una habitacion subterránea.

Una vez allí, el bandido se aproximó á una puerta, oprimió un resorte que él conocia sin duda, y la puerta quedó franca.

Una pequeña estancia pero bien amueblada, aunque los muebles estaban ya antiguos y estropeados, se ofreció á la vista de la dama, iluminada por una lámpara que pendia del techo.

En uno de los rincones del aposento y perfectamente asegurada á un poste de piedra, habia una cadena que venia á ceñir por su otro extremo el cuerpo de Rodrigo.

Este se hallaba sentado en un divan que á la vez le servia de cama.

Al sentir el ruido de la puerta contentóse con levantar la cabeza y fijar una mirada en ella, y cuando apareció la dama, ni se levantó, ni su rostro expresó otra cosa que un profundo desprecio.

—Sal y espérame,—dijo la hebrea al bandido.

Este contentóse con entornar la puerta y salió del aposento.

Una vez solos, aproximóse Esther á Rodrigo y le dijo:

—El cielo os guarde, conde.

Rodrigo no contestó.

Palideció Esther, y sus ojos brillaron de una manera terrible.

—Os he dado las buenas noches,—repitió la dama.

—Y debiérais haber comprendido que cuando no he contestado, es porque no queria.

—Es decir, que os habeis propuesto agotar mi paciencia.

—¿Y á mi que me importa vuestra paciencia? ¿Os he exigido acaso que la tengais?

—¿No me lo habeis exigido?...

—¿Cuándo?

—Este amor que yo siento, ¿quién me lo inspira?

—Satanás.

—Tienes razon,—repuso con triste acento la judía,—Satanás es quien me inspira este amor que me consume y me devora.

—Os suplico que me dejeis morir tranquilamente.

—¡Morir!—exclamó Esther con extravío,—nunca, nunca.

—Entonces, ¿qué os habeis propuesto?

—¿Lo ignoras acaso?

—Si no quereis matarme, ignoro de todas veras lo que quereis.

—Quiero vencer tu indomable entereza, quiero doblegar tu corazon hasta que se aproxime al mio.

Una carcajada irónica que retumbó de una manera siniestra bajo la bóveda del techo, fué la única contestacion de Rodrigo.

Pero contestacion tan expresiva, que la dama palideció más todavía, y fijó una mirada terriblemente amenazadora sobre aquel hombre, que á pesar de hallarse en su poder se atrevia á desafiarla.

—¿Qué quiere decir esa risa, caballero?—le preguntó con acento trémulo de furor.

—En la palidez que cubre vuestro rostro, y en el fuego de vuestras miradas, estoy leyendo que lo habeis comprendido.

—Es decir, que no me amais.

—No.

—Habeis de amarme.

—Imposible.

—Lo veremos.

—¿Cómo he de amaros, si os desprecio?—repuso Rodrigo irritado ya.

Al escuchar estas frases tan duras, y mucho más por el acento conque fueron pronunciadas, la hebrea, ciega de cólera se levantó, y acercándose á Rodrigo le dijo con un acento ronco y amenazador.

—¡Oh! miserable conde, he de vengarme de tí como tú no puedes imaginarte.

—Mátame de una vez.

—Eso es lo que tú quisieras, pero no será así.

—Impórtame muy poco cuanto hagas.

—Te importa más de lo que crees.

—El resultado ha de ser el mismo, de todos modos.

—¿Y qué resultado esperas?

—Morir.

—Pero morirás desesperado.

—Moriré contento, porque me veré libre de tu presencia.

—¿Tanto te disgusta ahora?—preguntó Esther brillando en sus ojos un fuego diabólico.

—Sí.

—Pues hubo un tiempo en que mi presencia te fascinaba te enloquecia y cifrabas todo tu placer en disfrutar de ella.

—Era por efecto del hechizo, que respecto á mí ejercias; entonces no experimentaba más que la fascinacion

de la serpiente, hoy veo á la serpiente solo, pero ya no puede nada en mí su fascinacion.

—Pero la serpiente guarda su veneno, que mata.

—Eso es lo único que espero.

—¿Y tú sabes lo que la serpiente hace con sus víctimas antes de emponzoñarlas con su venenoso aspid?

—Tú puedes explicármelo,—repuso Rodrigo con frialdad.

Va rodeando lentamente el cuerpo de la víctima con sus terribles anillos, y le ahoga poco á poco, y le extruja, y le descoyunta, hasta que despues de un largo espacio de dolores y sufrimientos, con los cuales ha estado recreándose, le mata.

—¿Y es eso lo que piensas hacer conmigo?

—Lo has adivinado.

—Puedes principiar, pero te prevengo que con mi agonía disfrutarás poco.

—Mas de lo que tú crees.

—Si tuvieras la bondad de explicarme,—dijo Rodrigo con un acento tan irónico, que la hebrea no pudo ménos de extremecerse.

—Escucha.

—Escucho.

Y el conde se acomodó mucho mejor en el diván, para poder oir lo que Esther iba ha decirle.

Esta no fué dueña de reprimir un movimiento de despecho, al ver la inalterable sangre fria de aquel hombre, y murmuró:

—Nada, nada le conmueve.

—Espero que me digas...

—Tienes razon. Figúrate que hay alguien que se aproxima á don Alvaro, á tu amigo íntimo, y le dice: «El conde de Právia os ha hecho traicion, se ha apoderado de todos vuestros secretos, y ahora se ha pasado al bando rebelde, y teneis por enemigas las poderosas lánzas en que tanta confianza teníais.» ¿Qué te parece que pensaria don Alvaro?

—Nada absolutamente,—contestó el conde, que habia palidecido en el primer momento, pero que inmediatamente se repuso,—don Alvaro no podrá creer nada de eso, porque mis lanzas no le faltarán.

—Hé ahí precisamente tu error.

—¿En qué?

—A estas horas, tu capitan Mendez Osorno, ha recibido un pergamino que él cree escrito por tí, y sellado con tu sello, en el cual le ordenas que ponga tus lanzas á disposicion del maestre de Calatrava, pues tú te hallas ya á su lado.

El golpe era terrible.

Sin embargo, Rodrigo le recibió con calma y repuso:

—¿Y qué más hay?

—Figúrate tambien que tú has mandado al emir Ayub un aviso de que su amada Zobeiba está para casarse con el conde de Fuente de Cantos, y que llega Ayub, coge á Zobeiba, se la lleva, y tu amigo sabe que has sido tú quien le ha vendido. ¿Qué juicio formará de tí?

Rodrigo se extremeció de nuevo, pero contestó con su irónico acento:

—Ignoro qué juicio podrá formar de mí, pero en cuanto á mí, solo te contestaré ahora y siempre, que te desprecio.

Esther fijó una mirada de hiena en el conde, y con acento que nada de humano tenia, continuó:

—Escucha.

—¿Tienes más que decirme?

—Sí; figúrate que á tu amada Zoraya, á esa mujer tan pura, tan amante, tan enamorada la asesinan lentamente porque cada dia, cada hora la van diciendo: «Tu amante Rodrigo te ha vendido, tu amante Rodrigo ama á otra mujer y quiere deshacerse de tí; tu amante Rodrigo no te ha amado jamás, y esta mujer, cuya salud va minándose cada dia con estas noticias, espira al fin y espira maldiciéndote. ¿No crees que será una deliciosa muerte la de esa mujer?... ¿No crees que estos son los anillos de la serpiente que yo voy enroscando poco á poco en tu corazon, á fin de que sufras, de que te retuerzas entre todos esos dolores de tu honra mancillada, de tu amigo que te desprecia, y de tu amada que te maldice, porque para todos has sido infame y desleal? Responde, ¿no sufrirás más que si te matará de un golpe?»

—Antes te despreciaba, ahora me das asco. Sal de aquí, porque ni aun con mi mirada quiero honrarte.

Y Rodrigo, que habia hecho un esfuerzo supremo pa-

ra dominar la impresion que le causaran las palabras de aquella mujer, la volvió la espalda.

Esther arrojó una mirada implacable sobre aquel hombre á quien no podia vencer, y se lanzó fuera de la estancia, exclamando:

—¡Oh! ¡no ha temblado! ¿Por qué no me ama como yo le amo?

CAPITULO XVII.

La conclusion de una noche.—Al dia siguiente.

I.

Esther habia salido desesperada.

Apenas llegó al sitio en que la esperaba el Gamo, le dijo:

—Ve, y cierra.

El bandido comprendió por el semblante que sacaba la dama y por el acento conque le hablára, que la escena habia sido borrascosa.

Pero sus impresiones se las guardó para sí.

Habia llegado á cobrar miedo á su señora.

El bandido, el asesino, el hombre desalmado, el bribon que ante nada retrocedia, habia reconocido en Esther una superioridad extraordinaria sobre él y se doble-

gaba y temblaba si aquella le dirigia una mirada de cólera.

Contentóse pues con mirarla y partir á obedecerla.

Una vez encerrado Rodrigo en su habitacion, en la cual habia ya depositado un canasto con provisiones, reunióse con su señora y la dijo:

—Cuando gusteis.

—Vamos.

Y Esther, siguiendo á su guia que iba alumbrando lo mismo que al entrar, salió del castillo.

Entonces el Gamo imitó por tres veces con bastante propiedad el graznido de la lechuza, señal convenida con los escuderos para que se reunieran en el bosque, y se pusieron en marcha.

Una vez en el lugar donde les esperaba la litera, preguntó el bandido á la jóven:

—¿Dónde quereis ir, señora?

—A Valladolid.

—¿A vuestra casa?

—No.

—Entiendo.

Y el Gamo sin añadir más palabra, dió órden á los jayanes para que cogiesen la pesada máquina, y todos se dirigieron hácia Valladolid.

Penetraron en la ciudad, y entonces el bandido fué guiando hasta una casa de mezquina apariencia, donde se detuvo la comitiva.

Llamó á la puerta, y poco despues se abria esta y

litera y escuderos penetraron en un ancho portalon.

La dama descendió del vehículo y subió por una escalera no muy ancha, al final de la que habia una puerta.

Junto á ella habia una mujer.

Al verla Esther, la preguntó:

—¿Cómo sigue?

—Llora cuando está sola y permanece altiva y ceñuda cuando me vé.

—¿Y no se queja?

—No señora.

—Está bien, baja y dile á tu marido que entre en casa con los escuderos por la puerta de comunicacion.

La mujer hizo una reverencia y abandonó el sitio en que se hallaba.

II.

Así como el Gamo era la personificacion exacta del bandido audáz y sanguinario, su mujer, que era la que estaba en la puerta, era un tipo que guardaba una completa analogía con él.

Alta y descarnada, de rostro anguloso y pálido, de ojos fieros y atrevidos, veíanse escritas con caracteres gráficos todas las malas pasiones que ennegrecen el corazon humano.

Esther franqueó la puerta que habia en la escalera,

siguió algunas cámaras adelante hasta que llegó á un aposento reducido y adornado con elegancia, en el cual, y reclinada sobre algunos almohadones estaba Zoraya.

Segun habia dicho muy bien la guardiana, lloraba la jóven cuando estaba sola y aparecia altiva y severa cuando estaba delante alguien.

Zoraya habia cambiado bastante desde que no la hemos visto.

El dolor habia estampado su terrible pisada en aquel rostro que el amor y la felicidad embellecieran antes, y la musulmana pálida, delgada y triste, era el verdadero tipo del dolor y de la desesperacion.

Obligada á contener los brutales deseos del príncipe don Enrique, vióse precisada en más de una ocasion á amenazarse con un puñal que pudo proporcionarse, puñal que ocultaba cuidadosamente y que en más de una ocasion la salvó.

Porque el príncipe estaba ciego.

La hermosura de Zoraya le habia seducido, y á todo trance deseaba que fuera suya aquella mujer.

Sin embargo, Zoraya podia ser fácil para el hombre á quien amase, más en cambio era excesivamente dificil para el que aborreciese.

Y el príncipe estaba en este caso.

Zoraya no podia perdonarle su rapto, y aunque desde el principio la dijeran que Rodrigo habia dispuesto aquello porque deseaba deshacerse de ella, ni le dió crédito, ni su corazon dejó de amarle.

Por el contrario, le amó con doble frenesí desde que se vió separada de él.

Y este amor la prestó fuerzas mayores para resistir y para vencer.

Porque el príncipe no pudo jamás vencer su resistencia.

Y cuando pasó del palacio del *Amor* á la casa de Esther, cuando vió que para llegar hasta ella se habia muerto á los pobres escuderos que en cumplimiento de su deber defendieron el edificio, y que solo por ella se hacia esto, aquella mujer que no habia temblado en la presencia de un hombre acostumbrado á cumplir siempre su voluntad y de un hombre envilecido por el deseo, tembló y esperimentó un terror desconocido.

Comprendió muy bien que habia caido en poder de un enemigo terrible, y esperó.

Y pasaron los dias, y solo veia á la mujer de el Gamo.

Aventuró alguna pregunta, pero las contestaciones fueron tan secas que no pudieron satisfacer su curiosidad, y como comprendió que nada adelantaria omitió el hacer pregunta alguna.

En este estado llegó la noche en que vamos hablando.

III.

Esther no habia visto aún á Zoraya.

Así fué, que al penetrar en la estancia, y al verla, á pesar de la palidez de su rostro y de la demacracion de sus mejillas, comprendió lo hermosa que aquella mujer debia ser, y devorándola con la vista murmuró:

—¡Qué hermosa es!

Zoraya fijó una mirada en Esther, y su corazon le anunció que estaba en presencia de su enemiga, enemiga tanto más terrible, cuanto que era su rival.

Dominó la impresion que acababa de recibir, y esperó tranquila á que la dirigiese la palabra.

—Guardeos el cielo,—dijo Esther, aproximándose á ella.

—Allhá sea contigo, cristiana.

Y despues de esta salutacion, la hebrea permaneció silenciosa.

No sabia cómo empezar aquella conversacion.

Y ello era menester hacerlo, porque aquella situacion no podia prolongarse.

Por fin, haciendo un esfuerzo dijo:

—Tal vez os haya extrañado el modo con que habeis sido conducida á esta casa.

—A mí nada me extraña ya, cristiana. Desde que estoy en Castilla, me han pasado ya tantas cosas, que no debo sorprenderme por una nueva.

—Era necesario salvaros de los atrevidos caballeros que os tenian en su poder.

—Para quedar en el tuyo, no es así,—repuso Zoraya fijando una mirada tranquila y serena en el semblante de la hebrea.

IV.

Esta no pudo ménos de sorprenderse.

Aquella acusacion lanzada sin preparacion de ninguna clase, la causó un efecto extraordinario.

Cómo podia saber aquella mujer, que ella era la causante de su rapto.

De cualquiera manera que fuese, se le habia franqueado el camino.

Aprovechóse, pues, de esto y preguntó con un acento glacial.

—¿Y quién os ha dicho que estais en mi poder?

—Nadie me lo ha dicho, mi corazon, cristiana.

—¿Y qué motivo he de haber tenido yo para semejante accion.

—Pregúntaselo á tu corazon, no al mio.

—Veo que os agradan los enigmas.

—Por el contrario, gusto de las situaciones despejadas.

—Pues despejad esta si os place.

—Antes de verte, dudaba en poder de quién estaria, desde que te he visto, ya no dudo.

—Explícate.

—¿Para qué he de hacerlo; no sabes tú mejor que yo el motivo de mi prision?

—Tendria gusto en escucharlo de vuestros lábios.

—Puesto que tú lo quieres, sea. Amo á Rodrigo.

A esta respuesta tan concisa y que tanto decia, sin embargo, Esther palideció de cólera y de celos, y murmuró con acento indefinible.

—¡Oh! tan indomable como él.

La musulmana seguia contemplándola con altivez.

Lo que habia dicho á la hebrea era la verdad.

Unicamente al verla, adivinó que aquella mujer era su rival, y que estaba en su poder.

Y desde el momento en que abrigó esta conviccion, hallóse doblemente resuelta á sostenerse, de una manera digna, en el terreno que la correspondia.

—¿Con que no ignorais quién soy?—dijo Esther, al cabo de breves segundos.

—Ya lo ves.

—Sin duda, Rodrigo os hablaria de mí, burlándose de mi insensatez.

—El conde, señora, es demasiado caballero para burlarse de una pasion que haya inspirado, mal le conoces, y poco le amas cuando así le juzgas.

—¿Que no le amo, decís?

—No.

—Vos delirais, señora, ¿que yo no amo al conde, cuando solo por él estoy sufriendo; cuando solo por su amor

me siento capáz de cometer los mayores crímenes?

—Te repito que no le amas.

—Guardaos de mi amor.

—Lo que tú sientes cristiana, no es amor, te repito, es orgullo, es afan de ser querida para poder dominar, el verdadero amor es el que yo siento en mí, vosotras las mujeres nazarenas no sabeis querer.

—Es que yo no soy cristiana, por mis venas como por las tuyas, corre fina sangre, distinta de la sangre castellana; yo soy judía.

—¡Judía!—exclamó Zoraya con una expresion marcada de desprecio;—judía, es decir, hija de una raza cobarde y envilecida; sangre raquítica, enervada por la abyeccion de tu raza, ¿qué pasion noble puede sentir tu corazon? si creyéndote castellana te dije que no sabias amar, ahora que sé eres hebrea, te repito que no puedes mas que aborrecer.

—Razon te sobra, mora,—contestó Esther con acento trémulo de cólera,—sé aborrecer por que tú y los tuyos, de la misma manera que los castellanos, habeis nutrido nuestro corazon en el aborrecimiento y en la venganza; sé aborrecer por que amo.

—Tu aborrecimiento es hijo de tu impotencia, si conocieras el verdadero amor si en tu corazon hubiera un sentimiento puro, grande y celestial, como ese átomo que Allhá ha depositado en el nuestro, suave como la sonrisa de una hurí, y tierno como el arrullo de una tórtola, no aborrecerias, porque el amor verdadero no aborrece

nunca, compadece, sufre, llora, pero no sabe odiar.

—El amor que yo siento en mí, sultana, pudo muy bien ser plácido como los sonidos del harpa de David, pudo ser puro como los aromas de la mirra y del aloe, pudo ser tierno y embriagador como el aura que sujeta los cedros del Líbano; pero le he trasformado en el impetuoso torrente que arrastra y destroza cuanto á su paso encuentra, implacable y terrible como la cólera del Dios de Judá, porque mi pasion no ha sido correspondida, por que se la ha aceptado un dia para darle años de desdenes, y mi pasion desbordada hoy con encantadores recuerdos en su ayer, y ninguna esperanza para mañana, debe arrastrarlo todo, debe secar cuanto á su lado encuentre, y tú sucumbirás lo mismo que el hombre que me ha ultrajado.

—¡Pobre mujer!—repuso Zoraya con dolorido acento,—¿crees acaso adelantar algo con eso? te compadezco hebrea, ya ves la diferencia que hay de mi amor al tuyo, tú me aborreces, yo te tengo lástima; tú deseas aniquilar, yo por el contrario, te perdono, ¿sabes de qué nace esta diferencia de sentimientos, de la distinta clase á que pertenece nuestro amor: yo he sufrido como tú, yo he soñado mucho tiempo con un amor hácia un hombre, que el Santo Profeta me presentaba dormida y no me negaba despierta, y llegó un dia en que le ví, y aquel hombre respondió con desden á mis amorosas frases, y yo sabia que aquel hombre amaba á otra y no la aborrecia, la envidiaba, pero no podia odiarla, porque aquella

mujer amaba al hombre á quien yo amaba, y como para mí él lo era todo aunque yo sufriera, agradecia á aquella mujer su amor, porque era para el mismo que poseía todo el mio, y llegó un dia en que ese hombre me amó y yo le entregué mi alma y mi vida, sin conservar un pensamiento de odio ni una idea de aborrecimiento contra nadie, sí, en mi corazon no hay espacio más que para su amor; ¿cómo he de poder sentir aborrecimiento hácia nadie? te lo repito, judía, si tú amaras como yo, no podrias odiarme, tú me has separado de él, tú podrás arrancarme la vida, que sin él para nada quiero, mas á pesar de eso yo no te aborreceré.

—Conque tanto le amas, exclamó la hebrea con sordo acento.

—Le amo con toda mi alma.

—Y si yo te dijese que ese hombre estaba en mi poder.

—No lo dudaría.

—Y si te dijese que en la dura alternativa de aceptar mi amor ó morir....

—Aceptaría Rodrigo la muerte antes que tu amor, le conozco demasiado y sé que la fuerza no consigue nada de él.

—Y si para salvarle te exigieran que renunciaras á su amor.

—No renunciaría.

—Y le dejarías morir.

—Sí, porque él preferiría la muerte siempre á envilecerse debiendo la vida á una mentira.

—Y eres tú la que le amas.

—Sí, yo soy, yo que le conozco más que tú que tanto blasonas de amor, yo que le encuentro más superior y más noble que los demás hombres, mientras que tú le juzgas con tu corazon mezquino.

—Conque no me temes.

—Por qué he de temerte; teme acaso la víctima inocente al verdugo: el poderoso Allhá, el altísimo y el único que lee en el corazon de sus creyentes, sabe que en el mio no hay nada que le avergüence; tú quizas tendrás miedo á la muerte porque aborreces, yo que solo le amo no se lo tengo.

—Es decir que nada quieres de mí.

—La muerte, porque es lo único que tú puedes darme.

—Y no te intimida la muerte de Rodrigo.

—No, el Santo Profeta ofrece á los justos un lugar privilegiado en su paraiso y yo estoy segura de pasar el Sirat (1) sin caerme.

—¡Oh! esta mujer es tan implacable como él.

Y la hebrea ciega, desesperada, al ver que no podia doblegar aquellas dos poderosas naturalezas, salió de la estancia arrojando una mirada terrible sobre Zoraya, que continuaba tranquila y resignada.

---

(1) El Sirat, segun el corán, es un puente tan estrecho como el filo de una espada, el cual han de atravesar las almas de los justos para entrar en el paraiso.

CAPITULO XVIII.

En que se demuestra hasta qué punto puede cegar á una mujer el deseo de venganza.

I.

—Al dia siguiente á la noche en que Esther estuvo á visitar á Rodrigo y á Zoraya, hallábase la dama pensativa y sombriamente preocupada, á juzgar por la expresion lúgubre y siniestra de su rostro.

Imposible la habia sido conciliar el sueño durante aquella noche.

Las dos escenas en que tanta parte habia tenido, produjéronla como es consiguiente un grado de irritacion tal, que su deseo de venganza habíase trasformado en una especie de monomanía si así podemos expresarnos, que la hacia no ver ni pensar en otra cosa más que en vengarse de los que así la ofendian.

Cien proyectos á cual más terribles le ocurrieron á

su imaginacion, proyectos que desechaba en el momento porque no la satisfacian lo bastante para lo mucho que ella apetecia.

Largas horas se pasaron sin que nadie se atreviera á penetrar en la cámara.

Alguna que otra vez sus lábios se entreabrian para pronunciar una frase, frase que demostraba aunque de una manera muy pálida el estado de su corazon.

De repente su fisonomía se exclareció.

Brilló en sus ojos un fulgor siniestro, y exclamó:

—Insensata de mí; no habia pensado en lo mismo que yo misma indiqué; sí, me vengaré de Rodrigo en sus amigos y en su honra, y arrojaré á esta mujer en los brazos del príncipe. Qué mejor venganza puedo apetecer.

Sonriyose un largo espacio acariciada por el feliz pensamiento que la hadia ocurrido, cuando de pronto el maestresala que se hallaba en una de las antecámaras inmediatas, apareció en la puerta diciendo:

—Perdonadme, señora, si me atrevo á contravenir á vuestras órdenes.

—Que quieres.

—Acaba de llegar vuestro escudero Mendo y demanda hablaros con urgencia.

—Dile que entre.

II.

Pocos momentos despues, el escudero á quien ya conocen nuestros lectores, y que como sabemos habia ido á Baza por encargo especial de doña Beatriz, con objeto de saber que misterio y á qué familia pertenecia, Zoraya apareció en el aposento.

El escudero habia cumplido perfectamente el encargo de su señora.

Maravillosamente secundado por el soldado de la guardia morisca que se llevó consigo, pudo en muy en pocos dias enterarse de lo ocurrido en el alcázar de Baza y saber el interés que Ayub se habia tomado en el castigo de Rodrigo y de Zoraya.

Todas estas noticias se las participó á su señora por medio del soldado que le acompañara y Esther recapacitando sobre ellas, comprendió que el mejor medio para separar á Zobeiba de Fernan y vengarse en él de la amistad que á Rodrigo profesaba, era no el de avisar al emir Muza-Ebn-Otsman, sino ponerlo en conocimiento de Ayub, el cual habia podido sobrevivir á la terrible herida que le hizo el conde de Fuente de Cantos en el torneo, y que cuando tanto se habia encarnizado persiguiendo á la jóven, acusándola y sosteniendo su acusacion en palenque cerrado, era prueba de que tenia algun resentimiento que vengar de ella.

Obrando por simples apreciaciones, Esther habia acertado.

Ayub residia á la sazon en Cuevas de Vera, de cuyo punto se le habia dado la alcaidía.

Mendo partió para Cuevas con la carta que Esther le mandara y una vez enterado de ella el emir, su furor no conoció límites.

Quiso partir en el momento para Valladolid, mas como no podia dejar abandonada la alcaidía fuéle necesario tomar algunas disposiciones á fin de que todo estuviera tranquilo hasta su vuelta.

Mendo salió de Cuevas algunos dias antes que el musulman y apenas llegó á Valladolid deseó ver á su señora para darle cuenta de su mision.

Y no púdo llegar en mejor ocasion por cierto.

III.

Esther que revolvia en su imaginacion el proyecto de herir á Rodrigo en sus afecciones se extremeció de gozo con semejante noticia.

Apenas apareció Mendo le preguntó la dama:

—¿Qué has hecho Mendo?

—He tratado de complaceros, señora.

—¿Y lo has conseguido?

—Paréceme que sí.

—¿Qué ha dicho el emir?

—Resplandecieron de alegría sus ojos al leer vuestra carta é inmediatamente trató de venir conmigo.

—¿Y ha llegado?

—No, señora.

—¿Ha renunciado acaso?

—El cargo que desempeña se lo ha impedido por algunos dias.

—¿Pero vendrá?

—Vendrá para matar al conde de Fuente de Cantos y arrebatarle la mujer que ama.

—Conque él ama á Zobeiba.

—Con delirio.

—¡Oh! la suerte se empeña en protegerme y no debo quejarme de ella.

—¿Teneis que mandarme algo?

—No, vete á descansar, pero toma antes.

Y la judía sacó un puñado de monedas de oro que puso en manos del escudero, añadiendo:

—De este modo premio yo el celo de los buenos servidores.

—Gracias, señora, ya sabeis tambien que vuestros servidores se dejarian matar por vos.

Una vez fuera de la cámara el escudero, doña Beatriz estúvose algun tiempo cavilando sobre lo que convenia hacer en aquel caso, y despues se acercó á la mesa y cogiendo un pergamino, se puso á escribir en él á la par que murmuraba:

—Sí es necesario prevenir á esa doña Mencía tan or-

gullosa y tan altanera. De este modo á la vez que doy un golpe terrible al corazon de la amante, tambien se le doy á la mujer porque ella que tan cuidadosa se muestra de su honra, no perdonará jamás á Fernan el que haya revelado á nadie el secreto de sus amores.

Escrito ya el pergamino, volvióle á leer la hebrea, y satisfecha de su contenido, añadió:

—No quiero mandarlo ahora, se lo remitiré esta noche por si acaso se encuentra allí Fernan, de este modo la explosion será más terrible.

Su presuncion salió por desgracia harto cierta.

IV.

Fernan se encontraba poco tiempo despues de haber sonado la queda, en la cámara de doña Mencía.

La esposa del capitan Hernando Carrillo se habia embellecido por decirlo así bajo el influjo del ardiente amor del caballero.

Sin embargo, despues que regresó de su cautiverio habia advertido la dama cierta frialdad en aquel, que sorprendiéndola, al principio, concluyó por herirla con bastante fiereza.

Pasó mucho tiempo dando quejas á Fernan por el cambio que en él advertia, más éste, en cuyo carazon cogian perfectamente aquellos dos distintos amores, no podia imaginarse que faltara en lo más mínimo, ni que

nada pudiera dar á conocer, y se esforzaba en persuadir á la dama de todo lo que habia de infundado en sus suposiciones.

Y este esfuerzo le hacia mostrarse más amante, más rendido, más tierno y más cariñoso con aquella mujer, haciendo que resaltase despues de aquella pasajera excitacion con doble fuerza la frialdad que advertia la noble dama.

Y generalmente en todas sus entrevistas habian de escucharse quejas.

Y estas quejas irritaban al caballero.

Una de estas escenas tan frecuentes ya en aquellos amores principiados con tanta pasion, tenia lugar la noche en que vamos hablando.

El disgusto de doña Mencía, influyendo de una manera bastante perceptible en su físico, habia empalidecido sus mejillas y rodeado sus ojos de ese círculo que imprime el insomnio y el dolor.

—No te esfuerces en persuadirme Fernan,—decia la dama,—bien se me advierte que amores como los nuestros, tarde ó temprano se acaban.

—Duéleme, adorada Mencía el escucharte semejantes frases; por más que trato de buscar en mi conducta algo que pueda justificar esa presuncion que tienes, nada encuentro.

—¿Qué has de encontrar si eres tú mismo quien lo hace? advirtiéraslo cual yo lo advierto si fuese mi amor el que se entibiase.

—¿Pero qué causa puede haber para que se entibie el mio?

—Mejor que yo puedes tú conocerlo.

—Vamos, Mencía, desecha semejantes ideas.

—No puedo.

—Son aprensiones que solo te causan daño.

—Pluguiera al cielo que solo fuesen aprensiones.

—Reflexiona que me ofende el que así pienses.

—Si á tí te ofenden, á mí me hieren.

—Te hieren por tu culpa.

—Me hieren por tu desamor.

—Mencía...

—Tengo celos, sí, Fernan; pero celos horribles, celos que me despedazan el pecho y que me hacen sufrir lo que no te puedes imaginar.

—¿Pero de qué tienes celos?

—Que se yo; de una vision, de un fantasma, de un ser que presiento pero que no puedo definir.

V.

Fernan se encontraba violento.

Repugnábale á su corazon el mentir, y aunque el amor que por la dama sentia era positivamente verdadero en aquellos momentos, no por eso dejaba de conocer que las suposiciones de la jóven eran fundadas, y que él la engañaba de una manera miserable.

Aproximóse á la dama, y estrechando entre las suyas su mano,—le dijo con un acento de ternura infinito:

—Mencía, adorada Mencía, ¿por qué creer que no te amo? juzga mi corazon por el tuyo y no le juzgues por os de la generalidad: ¿crees acaso que el amor sentido de niño, que el amor contrariado un dia por tu acrisolada lealtad para reaparecer de nuevo más potente y más impetuoso, pueda entibiarse con tal facilidad?

—Sí,—repuso Mencía con acento lleno de profunda conviccion,—amor sentido con tales condiciones, amor sentido por un hombre que con el amor ha estado jugando durante tanto tiempo; desengáñate, Fernan, no puede ser un amor duradero.

—Empeñada estás en hacerme desesperar, parece que te has propuesto tú misma convencerme de que positivamente mi cariño es hoy distinto del que en otro tiempo sentia.

—Y lo es.

—¿Pero desde cuándo adviertes esa trasformacion, qué es lo que en mi conducta adviertes que te pruebe semejante cosa?

—Voy á decírtelo, por más que estas palabras abrasen mis lábios al pronunciarlas.

—Habla.

—He advertido tu frialdad despues que volviste de tu cautiverio, y, ¿sabes lo que he pensado, Fernan mio?

—¿Qué has pensado?

—Dicen que las moras adoran á los cristianos, y que

su amor lo mismo que el sol de su país abrasa el corazon del hombre, á quien aman, dicen que esas mujeres poseen filtros, que hacen desfallecer de amores al hombre que ellas quieren, y dicen tambien que en la lucha de amor entre una mora y una cristiana, queda siempre vencedora la primera y vencida la segunda; tú que has estado entre ellas, tú que debes haberlas visto, tú que eres hermoso y valiente y galan, ¿cómo no has de haber inspirado amor á alguna de esas mujeres? y si así ha sucedido, ¿cómo no te han de haber dado algun filtro de esos que poseen para obligarte á que las ames? eso es lo que pienso, Fernan, eso es lo que pienso, y ese pensamiento quema mi frente, descolora mis mejillas y me arrebata la calma, porque le veo justificado por tu misma frialdad; yo no te diré que en tu conducta exista nada que me pueda ofender, pero en cambio, en tu acento existe algo que me hace comprender lo que te he dicho.

—Es decir, que tú supones que mi estancia en el cautiverio, y mi empresa para libertar á Rodrigo pueden haber influido en el amor que te profesaba.

—Si que lo creo.

—Error, querida Mencía, te amo lo mismo que te amaba, y aunque entre los moros haya esas mujeres tan hermosas y tan amantes como dices, ninguna de ellas puede eclipsar á la que reina en mi alma.

—¿Es cierto eso Fernan?

—¿Por qué dudarlo?

—Yo no quisiera, porque no es posible que te imagines lo que sufre mi corazon, no he amado á nadie más que á tí, y cuando en un amor se concentra la vida, un desengaño en él causa la muerte de aquella.

—No sufrirás ese desengaño, hay en mi pecho amor bastante para satisfacer el tuyo por inmenso que sea.

Iba á continuar Fernan, pero la aparicion inesperada de un paje de Mencía suspendió en sus lábios la frase que pensaba pronunciar.

—¿Qué quieres?—preguntó Mencía al pajecillo.

—Acaban de traer este pergamino para vos, señora,—contestó el paje presentándole uno.

—¿De parte de quién?

—Nada me han dicho, únicamente que era urgente llegase á vuestro poder, cuya razon me ha movido á penetrar en esta cámara sin pediros vuestra venia.

—Dame acá, mi gentil pajecillo, y retírate.

VI.

Retiróse el paje, y abrió la dama el pergamino que acababa de recibir.

Pero apenas hubo fijado en él la vista, una palidez horrible se esparció por su rostro.

Tembló el pergamino en sus manos, y tan violenta fué la emocion que experimentó, que Fernan no pudo ménos de preguntarle:

—¿Qué teneis, señora?

—Nada, nada,—contestó Mencía con una expresion indescribible.

Y volvió de nuevo á fijar sus ojos en el pergamino, el cual decia lo siguiente:

«Mencía: un amigo tuyo que hoy no puede presentarse á tí por efecto de circunstancias puramente suyas, va á descubrirte un secreto que debe hacerte daño; pero que en su deber y en su conciencia cree necesario hacer.

»Por tu mismo amante, de quien soy casi un hermano, he sabido los vínculos que os unen, y hoy, que conozco la verdad, lo deploro.

»Fernan ama á otra.

»Ama á una musulmana que se trajo de Baza, y á quien tiene aquí.

»Si quieres convencerte, véte despues que cierre la noche al camino de Búrgos, y en la primera alquería que hay á la derecha, infórmate y encontrarás á Zobeiba y á Fernan.

»Duéleme desgarrarte el alma; pero mi deber me lo exige.

»Mi amistad con Fernan no me ha permitido afearle su proceder, aunque comprendo que nada hubiera adelantado.

»Ten paciencia y haz acopio de resignacion que bien la necesitas.»

Tal era la carta que leyó Mencía y que le causaba,

una impresion tan grande como fácilmente puede comprenderse.

Sin embargo, hizo un exfuerzo supremo, y todo el inmenso dolor que sentia, lo encerró en su pecho y fijó una mirada en su amante.

—¿Qué te dicen en esa carta que así te ha impresionado?—preguntó Fernan.

—Nada, son asuntos referentes á nuestras conspiraciones.

Y la sonrisa con que acompañó la jóven estas palabras tenia tanto de doloroso, que no pudo ménos de decirla su amante:

—Tú me engañas.

—¿Te quejas tú de mi engaño?...

—Me duele que no tengas confianza.

—Sí, la tengo, ¿y cómo no tenerla si me amas tanto?...

—Puedes creerlo.

—Sí, sí, lo creo, lo creo.

Fernan miró cada vez más lleno de asombro á aquella mujer, y no cesaba de pensar en el misterioso contenido de aquel pergamino que tal efecto habia causado.

Poco despues pretextó Mencía una ligera indisposicion, y el conde al salir de su casa, lo hizo pensativo y meditabundo murmurando:

—¿Qué podria decir ese pergamino? ¿De quién será?

CAPITULO XIX.

Donde se ve el efecto que produjo el anónimo de doña Beatriz.

I.

El golpe que habia recibido doña Mencía la anonadó.

Apenas se marchó Fernan torrentes de lágrimas que habia estado conteniendo á duras penas mientras el caballero estuvo en su presencia, brotaron de sus ojos.

No podia acabar de comprender cómo Fernan la engañaba á ella que le amaba tanto, y que tanto le habia sacrificado.

Entonces vió claro el motivo de la frialdad que advirtiera en su amante.

Y su corazon se indignó con semejante falsía.

Momentos antes le habia interrogado, le habia puesto, por decirlo así, en el caso de que la confesase con ingenuidad el estado de su corazon, y él habia persistido en su engaño.

Esto sublebaba su orgullo.

Ella se reconocia bastante leal, bastante franca para decir la verdad por terrible que fuera, y no disculpaba por ningun estilo la falsedad y el doblez de Fernan.

Las horas que se siguieron al recibo de aquel anónimo, fueron horas terribles para la desventurada amante.

El dolor destrozaba su pecho.

Pero despues vino la reaccion.

Reaccion terrible: por que en ella se envolvia una amenaza implacable, tanto al hombre que la habia engañado, cuanto á la mujer que se atreviera á disputarle su amor.

Y esperó con impaciencia el inmediato dia para adquirir la verdadera certeza de su inmensa desgracia.

Porque desgracia, y muy grande era, la que sobre ella se acababa de desplomar.

Alma enérgica y apasionada la suya, habia concentrado en el caballero todo el inmenso recuerdo de su amor.

Casada por la fuerza, unida con un hombre á quien no podia amar; obedeciendo únicamente á la acrisolada lealtad de su corazon, no habia faltado á su esposo, que no ignoraba la carencia de cariño que hácia él tenia, concediéndole á Fernan el amor que de soltera le profesaba.

Habia pasado largos dias de amargura y desesperacion, mientras que el jóven, irritado por lo que él creia infidelidad, fijaba apenas la vista en ella, y se entregaba con frenesí á otros amores.

Pero desde el momento en que por efecto de una circunstancia puramente inesperada, sus corazones se encontraron y sus almas se confundieron, una nueva vida corria por sus venas, y un horizonte completamente despejado se ofreció ante sus ojos.

Y sin presentimiento para mañana, sin una nube en su porvenir, sin un remordimiento en el presente, doña Mencía, la mujer más hermosá de la córte, la envidiada esposa del rudo y bravío Hernando Carrillo, miraba trascurrir los dias, cobijada siempre por aquel cielo sin nubes, donde brillaba resplandeciente y serena la estrella de sus amores.

Así era que el golpe que acababa de recibir, tenia que herirla con mayor fuerza.

Tuvo momentos en que creyó morirse.

Entrever el paraiso y hundirse en el infierno; aspirar con delicia el perfume de la flor, y encontrarse de repente con el venenoso aspid oculto en su corola, vivir feliz y placentera y entrar de repente en una via de luto y desconsuelo, es una cosa superior á la fuerza humana, y doña Mencía se hallaba próxima á sucumbir.

Pero queria apurar hasta el fin aquel cáliz de dolor.

Era preciso que viera al infiel amante al lado de la mujer que la heria, y semejante deseo la prestó fuerza.

Durante aquellas largas horas de agonía empalidecieron sus mejillas, perdieron sus ojos aquella húmeda trasparencia que tan encantadores les hacian en sus dias de bonanza.

Y la aurora la sorprendió llorando, y el sol, al acariciar su nacarada frente, hizo resaltar doblemente su palidéz.

II.

Algunas horas despues, llamó al mismo pajecillo á quien ya vimos entregarle el anónimo de doña Beatriz, y le dijo:

—Mi buen paje, de tí, que tan fiel me eres, necesito una prueba de fidelidad.

—¿Quereis mi vida, señora?—preguntó el paje, fijando sus juveniles ojos en la dama.

—No quiero tanto,—contestó esta cariñosamente.

—¿Qué puede hacer por vos vuestro pajecillo?

—Vigila con atencion la casa del conde de Fuente de Cantos, y cuando esta noche le veas salir síguele, y si sale fuera de la ciudad, ven al momento á participármelo.

—¿Nada más, noble señora mia?

—Nada más, buen paje.

El niño fijó su inteligente mirada en la dama, comprendió que en aquella comision iba interesada la ventura de su señora, y dijo:

—Os juro que vuestro paje sabrá cumplir dignamente la mision que le confiais.

Salió el imberbe comisionado, y doña Mencía esperó llena de anhelante inquietud su vuelta.

Muy cerrada ya la noche, tornó el paje á su casa, penetró en la cámara de doña Mencía, y si la aurora la encontró llorosa, el crepúsculo vespertino la vió sollozante y apenada.

El apuesto paje la contempló con tristeza y la dijo:

—Vengo á daros parte de lo que he visto.

—¿Viste al conde?

—Vile.

—¿Salió de su casa?

—Sí, señora.

—¿Ha mucho?

—El tiempo que yo he tardado en seguirle y en venir á avisaros.

—¿Y donde ha ido?—preguntó anhelante doña Mencía.

—Ha salido de Valladolid y se ha dirigido hácia el camino de Búrgos.

—¿Viste dónde entró?

—En una alquería que hay á la derecha.

—¿Podrás conducirme á ella?

—Si lo deseais...

—Dí que preparen mi litera y que vengan cuatro escuderos conmigo.

Y las lágrimas se secaron de repente en las mejillas de la dama, y el carmin de la fiebre enrojeció su rostro.

El paje se dirigió lentamente á cumplir el encargo de su señora.

Su imaginacion de niño comprendia bien, que en la

mision que su señora le confiara, y en el paso que ahora iba á dar se hallaba oculto un grave dolor para ella, y él sentia este dolor porque amaba á doña Mencía como si fuera su madre.

Esta tomó apresuradamente un manto, se envolvió cuidadosamente en él, y entrando poco despues en la litera, dijo al paje que la contemplaba triste y dolorido.

—Guia tú, pajecillo.

III.

Segun este habia dicho muy bien, Fernan á la hora que tenia de costumbre se dirigió á la alquería.

Pertenecia ésta al conde, y á ella habia conducido á Zobeiba, y allí, mientras se instruia en todos los misterios de nuestra religion, esperaba impaciente el dia en que pudiera unirse para siempre al hombre que amaba.

El amor de Fernan no se habia entibiado en lo más mínimo.

Ya hemos explicado en otra parte el fenómeno que existia en el corazon de aquel hombre, donde cabian dos amores igualmente grandes, igualmente verdaderos é igualmente intensos y dominadores.

El uno era hijo de la pasion.

El otro hijo del sentimiento.

Este era el amor puro, ideal; el amor emanacion purísima de la divinidad, por medio del cual atrae hácia sí á la criatura.

Aquel era el amor impetuoso, ardiente, encarnacion viva de la materia ávida de goces sensuales y de carnales placeres.

El primero estaba sintetizado por Zobeiba.

Doña Mencía de Padilla personificaba el segundo.

La angelical belleza, el purísimo contorno y la angelical dulzura de la mora, se avenian perfectamente para ese amor tranquilo que produce inefables goces á el alma, y eleva el espíritu á las regiones ideales de la divinidad.

El ardiente fuego de las pupilas de doña Mencía, la excitante morbidez de sus formas, lo atrevido y enérgico de su continente, el encendido color de sus lábios, la blancura de su cútis bajo el cual circulaba por sus azuladas venas una sangre bullente y abrasadora, escitaban el deseo, enloquecian la razon y sumergian á la materia en uno de esos voluptuosos éxtasis donde el placer lo es todo, donde el alma no es nada.

Sabiendo esto, fácilmente se comprende cómo aquellos dos amores podian residir en un solo corazon.

Puesto que el hombre no es más que un pedazo de barro sostenido por un átomo de la divinidad que le dá vida, Fernan, mezcla de tierra y cielo, amaba con el amor terrestre á doña Mencía, y con el celestial á Zobeiba.

De aquí, que él no pudiera comprender como doña Mencía se habia apercibido de su frialdad, cuando él ex-

perimentaba que su amor por ella en nada se habia entibiado.

IV.

Fernan como de costumbre se dirigió á la alquería.

Penetró en la habitacion que le habian destinado á Zobeiba, y en la cual se hallaba ésta con una doncella que el conde pusiera á su servicio, y apenas le vió la jóven, se dirigió á él llena de alegría diciéndole.

—¡Oh! Fernan mio, que feliz soy.

—¿De veras?—preguntó el conde;—¿y es acaso hoy tu felicidad mayor que ayer.

—Sí.

—Gustárame conocer los motivos de esa felicidad de hoy.

—¿Sabes lo que me ha dicho el docto padre Alonso de la Espina?

—¿Qué te ha dicho?

—Que para las próximas fiestas podré ya recibir el santo bautismo.

—¡Ah!

—Y como eso es lo único que se opone á mi completa ventura, aproximándose como se aproxima ese dia, ¿no he de estar contenta?

—Tienes razon.

—¿Y tú no te alegras?

—Sí, mi querida Zobeiba, me alegro porque te amo y ansío ya el momento en que pueda llamarte mi esposa.

—Y yo me alegro porque á cada momento estoy temblando perderte.

—¡Perderme! ¿Por qué?

—Hanme dicho que las damas castellanas son muy bellas y temo que alguna me arrebate mi tesoro.

—Cierto es que son muy bellas, pero ninguna puede compararse contigo. ¿Qué me importan sus encantos, si tengo en tí un tesoro inapreciable?

—Me muriera si tú me olvidases.

—¿Pero á qué piensas en eso ahora?

—¡Ay, mi Fernan! ¡Si supieras qué terribles presentimientos me asaltan á veces!

—¡Presentimientos! ¿De qué?

—¿Puedo explicártelos acaso?

—Entonces...

—Presiento no sé que mal extraño y misterioso que me oprime el alma y lleva, sin saber por qué, las lágrimas á mis ojos.

—¿Y cuándo sientes eso?

—Cuando estás lejos de mí.

—Es decir que estando á tu lado...

—Soy muy dichosa, más que todas las mujeres del mundo, porque creo que mi amor supera al de todas ellas.

—Y yo tambien, Zobeiba mia, yo tambien creo amar-

te como no saben amar los demás hombres. Léjos de tí, ni el dia tiene encantos ni la noche placeres. Sola tú llenas mi existencia, y anhelo más que tú todavía la hora en que el sacerdote una para siempre nuestros destinos.

—Quiera tu Dios, que ya es el mio tambien, que desaparezcan entonces esos presentimientos que me amedrentan.

—Ahora mismo puedes ahuyentarlos tambien.

—¿Cómo?

—Teniendo confianza en mi amor.

—Sí, la tengo.

—No comprendo entonces la razon de semejante estado.

—Ni yo tampoco, pero es lo cierto que existe.

—Es una ilusion de tu exaltada fantasía, y crees ver un peligro donde su realidad no existe.

—Si existe, aunque sin yo poderlo definir, porque el corazon jamás presiente en balde.

—¿Dudas acaso de mí?

—No dudo. Tú no conoces la historia de mi familia.

—Sí: me has referido ya varias veces que tu madre murió víctima de su amor, bárbaramente sacrificada por tu feróz padre.

—¿Y no crees que el destino de mi madre pesa tambien sobre el destino mio?

—Imposible: en las supersticiones de tu país no ne-

garé que supusieran podria ejercer influencia en tu vida la suerte de tu madre, pero nuestro Dios nos obliga á rechazar tan gratuitas suposiciones: podrá existir entre el padre y el hijo la aligacion material, la aligacion de organismo, por decirlo así, pero en cuanto al encadenamiento moral, seria un absurdo; ¿qué razon hay para que tú sufrieses la misma suerte de tu madre? ¿estás acaso en idénticas circunstancias que ella?

—Sí, por más que quieras negarlo, la verdad es, Fernan mio, que yo he faltado á mis deberes por seguirte.

—Es que Muza-Ebn-Otsman no era tu esposo.

—Si nó lo era de hecho, porque me amaba con un cariño puramente paternal, lo era de derecho, y para el castigo que nuestras leyes imponen á los culpables como yo, es lo mismo.

—No lo creas, vuestras leyes no alcanzan hasta aquí, nuestra religion rompe todos los deberes de tu pasado, porque nuestra religion te da, desde el dia que penetres en ella, una nueva vida con nuevas libertades y derechos; vuelvo á repetirte, desecha esas preocupaciones, desecha esos terribles presentimientos, hijos solo de una cavilosidad exajerada, y no pienses más sino en que creo, que dentro de poco las aguas del bautismo van á purificar tu cuerpo y tu alma, y que esas mismas aguas van á darme la felicidad que ambiciono tanto, y á tí la dicha que tanto deseas.

—Sí, repíteme que me amas, Fernan, repíteme que me amas, porque me parece que al escuchar tu amante

voz se calman mis temores y me circunda la felicidad.

Iba Fernan á contestar á su amada en los términos que esta deseaba y que le dictaba su corazon, cuando un incidente inesperado vino á llenar de terror el corazon del caballero y á aumentar el negro presentimiento de Zobeiba.

La puerta de la estancia se abrió y doña Mencía apareció en ella.

V.

La dama, guiada por el pajecillo, habia llegado pocos momentos antes á la alquería.

Penetró en ella, y dirigiéndose á las sencillas gentes á cuyo cargo estaba, les dijo:

—¿Donde se halla vuestro señor y esa jóven mora con quien se vá á casar?

Los labriegos vacilaron en contestar, pero la dama continuó:

—No abrigueis desconfianza alguna, porque vuestro mismo señor me lo ha revelado todo, y me espera aquí.

—¿Nuestro señor os espera?—exclamaron los villanos.

—Sí, y me han dicho que ya dejaria dadas órdenes para que me condujérais al aposento en que se halla.

—Nada nos ha dicho.

—Se habrá olvidado, harto se sabe que los enamorados pecan casi siempre de olvidadizos.

Los labriegos no vacilaron ya.

Gente crédula y poco desconfiada; no creyeron que las palabras de doña Mencía no eran otra cosa que un lazo tendido á su buena fé, y uno de ellos se ofreció á guiarla.

De este modo llegó hasta el aposento en que Fernan se hallaba muy ageno de la visita que iba á tener.

Así fué, que en el momento de verla quedó aterrado, murmurando con un acento indefinible:

—¡Mencía!

La dama abrazó de una ojeada todo el cuadro, devoró con anhelante mirada la belleza de Zobeiba, vió la turbacion del caballero, y la fiebre que hasta entonces enrojeciera sus mejillas, desapareció de repente, dejándole la palidez de la cólera.

Mas hizo un violento esfuerzo y se dominó por completo.

Entonces se adelantó hácia el interior del aposento, y dijo:

—¿De qué os sorprendeis, conde? ¿de qué os sorprendeis, cuando vos mismo me habíais dado permiso para que viniese á esta casa á conocer á la persona que va á colmar vuestra felicidad? Perdonadme, hija mia,—prosiguió la dama aproximándose á Zobeiba, cuyo corazon se habia oprimido dolorosamente á la aparicion de la dama,—perdonadme, si en semejante hora y en tal momen-

to me presento á veros, pero el conde no me habia hablado hasta hoy de vos, rogándome que fuese vuestra madrina de boda, y no he querido demorar un dia el placer de conoceros.

—Señora,—balbuceó Zobeiba,—placer y muy grande tengo con la honra que me haceis.

—Sois muy hermosa y abrigo la conviccion de que Fernan será muy feliz con vuestro amor, ¿no es cierto, conde?

Este, aterrado al principio, segun ya hemos dicho, fué poco á poco recobrándose conforme hablaba doña Mencía, y al dirigirse esta á él pudo contestar.

—Ya os he manifestado mis convicciones respecto á ese particular.

—¿Y vos, querida niña, le amais mucho?

—Sí, señora,—contestó Zobeiba ingénuamente.

—Bien haceis,—repuso Mencía llevándose ambas manos al pecho, como si tratara de ahogar los latidos de su corazon;—bien haceis, porque es digno de ello, creedle cuando os diga que os ama, porque el conde no sabe mentir; hoy en la córte castellana existe mucha galantería, existe mucho amor en los lábios de los más apuestos caballeros, pero mucha falsía en sus corazones. Fernan por el contrario, no dice más que lo que siente, y lo que siente es honrado y leal.

Vibraba con una expresion tal el acento de doña Mencía al pronunciar estas palabras, que el conde palideció cada vez más, bajo el peso de aquella ironía tan punzan-

te, mientras que Zobeiba. intranquila y zozobrosa sentia oprimido su corazon por aquel presentimiento de que antes hablara.

—¡Señora!—murmuró el conde.

—¿Qué es eso Fernan, os ofende el que elogie las nobles cualidades que os adornan?

—Son elogios que no merezco.

—¿Lo creeis así?

—No hallo ningun mérito en ello.

—¿Y vos, señora, lo encontrais?—preguntó doña Mencía dirigiéndose á Zobeiba.

—Yo, señora, ignoro por completo lo que en el mundo se oculta, incapáz de fingir, incapáz de hacer que mis lábios pronuncien una palabra, que mi corazon rechace, creo á Fernan porque necesito creerle, porque mi corazon es sincero, mi corazon le ama y ha creido lo que el suyo me decia.

—Felíz sois en creer.

—¿Acaso no creeis vos?

—Yo he creido.

—¿Y dudais ahora?

—Nada creo.

—¡Cuánto debeis sufrir!

Mucho, ¿no es cierto conde que debo safrir mucho?

Fernan no sabia qué contestar.

Era tan nueva, tan extraña la situacion en que se hallaba, que perdida completamente su habitual serenidad, no sabia como salir de ella.

Sin embargo, era preciso salir de cualquier modo y contestar á tan directa pregunta, y haciendo un esfuerzo dijo:

—Y quién no sufre en el mundo, señora.

—Luego vos creeis que es una necesidad de la especie humana el sufrir.

—Tal creo.

—Pues por vuestro mismo bien, os ruego que eviteis el que padezca esta dama: el que sufran algunos en el mundo, no es una razon para que sufran todos; ¿no es cierto, señora?

—Si vos lo decís...

—En vuestro rostro brilla la angelical pureza de los ángeles, y sería una crueldad infinita empañarla con los dolores de la tierra; felicito al conde por su buena eleccion; para un corazon tan franco y tan leal y tan honrado como el suyo, solo convenia una alma candida, inocente y buena cual la vuestra; creedle en todo, fiaos en sus promesas, que el conde sabe prometer muy bien y cumplir más de lo que promete.

—Zobeiba no sabia definir el efecto que aquellas frases la causaban; oprimíase su corazon cada vez más, é incapáz de resistir aquella impresion que la dominaba, subió desde su pecho hasta sus párpados una lágrima, y allí se quedó temblorosa entre ellos.

Fernan estaba cada vez más turbado.

Doña Mencía vió aquella lágrima y dijo:

—¿Llorais, señora?

—No sé que efecto me causan vuestras palabras, que á pesar de cuanto bien me dicen, me afectan, y ya lo veis, lloro.

—Llorais, enjugad vuestro llanto, no son lágrimas amargas las que vos debeis derramar; llanto de placer, llanto de alegría es el que debe haber en vuestros ojos, sed muy dichosa hija mia.

Y la dama se levantó de su asiento disponiéndose á marchar.

El conde, para quien aquella escena habia sido verderamente terrible, se levantó tambien.

—Al verle doña Mencía, le dijo:

—¿Dónde vais?

—Me permitireis que tenga la honra de acompañaros.

—Os lo agradezco, pero me esperan abajo mis escuderos y ellos me bastan para guardarme hasta mi casa; en cuanto á vos, hermosa niña, quererme como á una hermana y yo os querré como á una hija; ya tendré el placer de volver á veros.

Y antes de que Zobeiba tuviese tiempo de contestarla una sola frase, lanzóse fuera de la extancia.

La desventurada sentia que su corazon se la deshacia en el pecho, y no queria que ni Zobeiba ni el conde se apercibiesen de ello.

Loca, desesperada y ciega por las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, abandonó la alquería, corriendo á encerrarse en su litera.

CAPITULO XX.

Donde se vé que doña Beatriz continúa su obra de venganza.

I.

Apenas doña Mencía hubo salido del aposento, Zobeiba fijando sus bellos ojos en Fernan, le preguntó:

—Fernan, ¿quién es esa dama?

El conde tampoco esperaba esta pregunta.

Así fué, que de la misma manera que habia quedado aterrado y sorprendido á la aparicion de Mencía, quedóse algunos momentos suspenso antes de contestar.

—¿No me has oido?—volvióle á preguntar la jóven.

—Sí.

—Como nada me dices.

—Esa dama es doña Mencía de Padilla, esposa del señor Hernando Carrillo, capitan de la guardia morisca del rey.

—¿Y por qué ha venido?

—Ella misma lo ha dicho, á conocerte.

—Tú me engañas Fernan, dijo Zobeiba mirando de una manera encantadora á su amante.

—¡Zobeiba!

—Sí, me engañas, porque esa dama no ha venido aquí porque tú se lo hayas dicho.

—¡Cómo! ¿Crees acaso?...

—Que esa mujer es tu amante.

—¡Ah!

—Sí, tu amante, y sus celos son quien la han conducido hasta aquí.

—Me ofendes con tal suposicion, y á ella la ofendes tambien.

—¿Cómo no me dijiste nada?

—No se presentó ocasion, ni tampoco creí que tan pronto viniese,—repuso Fernan que en la situacion en que se hallaba no tenia más recurso que mentir.

—Pues si sabias que habia de venir hoy ó mañana porque tú mismo se lo habias dicho revelándola el secreto de nuestros amores, ¿de qué nacia tu sorpresa al verla? ¿de qué tu turbacion? ¿de qué las palabras que ella ha pronunciado?

—¿Es un interrogatorio el que me haces sufrir?—preguntó á su vez Fernan adoptando el medio de fingirse ofendido é incomodado para poder defenderse.

—Sí, un interrogatorio es; pero interrogatorio que es mi corazon quien te lo hace.

—¿Por qué motivo?

—Porque tiene celos.

—¡Celos! ¿Y de quién?

—De esa mujer.

—¡Zobeiba!

—He ahí mi presentimiento realizado, he ahí mi desgracia que se ha presentado real y positiva á pesar de las seguridades que tú me dabas.

—¿Es decir que no crees en mis palabras?

—Sí, creo, quiero creer, pero hay una voz misteriosa que está gritando en mi oido, y esa voz me dice que esa mujer te ama y que tú.... y que tu la amas tambien.

Y Zobeiba deshecha en llanto, inclinó la cabeza ocultando el rostro entre sus manos.

II.

Fernan quedó petrificado.

Durante algun tiempo, no pudo pronunciar una sola frase.

La jóven, con su instinto de mujer, y de mujer que amaba, habia descubierto el verdadero móvil del paso que Mencía acababa de dar.

Y comprendia que su silencio le perjudicaba, é hizo un esfuerzo para hablar.

Aproximóse á Zobeiba, y separando dulcemente las manos de su semblante la dijo:

—Alma de mi alma, desecha ese pensamiento impío. Tu sola reinas en mi corazon, y solo á tí te amo. No existe la falsía en mis palabras por mi honor de caballero, te juro que sola tú serás mi esposa. Enjuga ese llanto que me entristece, que me mata. Tranquilízate y fia en mi amor, en mi amor que no te faltará nunca, en mi amor que no te engaña.

—¿Pero y esa dama?

—Esa dama te quiere tambien.

—¿Y tú?

—Yo la respeto como se merece, y la profeso la mas franca amistad.

—Pero su acento bien claro decia que te amaba, y que tú la habias engañado.

—Tu eres la que has creido ver en su acento lo que no existe.

—¿Y su dolor?

—Sufre porque.... porque está unida á un hombre á quien no ama.

—¿Y tú la amabas?

—Yo te amo á tí solamente.

—Mas....

—Basta, Zobeiba, si no tienes confianza en mi amor, inútil es que yo me esfuerce en disuadirte de semejante idea. Yo no te engaño.

—¿De veras? ¡Oh! repíteme que me amas. No puedes comprender la necesidad que tengo hoy de escuchar esas palabras, quiero creer lo que me dices, quiero

creer que nada te ligue con esa mujer, pero á pesar de todo, mi terror es tal, que á cada instante temo que voy á perderte.

—Deséchalos, mi amor es tal, que si hubiera algun peligro te salvaré de él por grande que fuese.

Poco tiempo despues Fernan abandonaba la alquería.

Le era imposible permanecer allí más tiempo.

Las mil encontradas sensaciones que habia experimentado, le hacian necesario el poder respirar libremente, y entregarse solo y por completo á la impresion que le causara.

Entonces, y solo entonces, comprendió lo difícil de la situacion en que se hallaba.

Frente á frente con aquellos dos amores, frente á frente con aquellas dos mujeres, las dos amándole con igual vehemencia, no sabia ni qué hacer ni qué resolucion tomar.

Y ello era necesario sacrificar á una de las dos.

Y en esto precisamente estribaba toda la mayor dificultad.

No sabia cual de las dos sacrificar.

Porque aquellos dos amores imperando en él de una manera vigorosa, le impedian decidirse por el uno ó por el otro.

Por fin al cabo de largas horas de lucha pudo decidirse.

Es verdad que á esta decision contribuyó mucho el

convencimiento en que se hallaba, de que jamás Mencía podria ver en él ya, al antiguo amante.

Unido á esto el que al deslindar verdaderamente los límites de aquellos dos amores, el amor ideal de Zobeiba dominó por completo á la materia, haciéndole triunfar de la pasion escitada por Mencía.

Y Fernan comprendió que debia una explicacion á la esposa de Hernando Carrillo.

Y á pesar de que le repugnaba el volverla á ver porque temia los reproches de que iba á ser objeto, decidióse por cumplir su deber hasta el fin, y fué á verla al dia siguiente de su visita á la alquería.

III.

El golpe que Mencía recibiera, fué terrible.

Aquella pobre mujer confiada en el amor de Fernan, halagada por él y creyendo participar siempre de aquella inmensa dicha, habia recibido un desengaño tal como no lo podia imaginar.

Tuvo algunos momentos de duda antes de ir á la alquería.

Pero una vez en ella, una vez de frente con la terrible verdad, hizo un esfuerzo supremo para permanecer allí, esfuerzo que la aniquiló por completo cuando penetró en la litera y pudo encontrarse sola.

Cuando al dia siguiente la anunciaron la visita de

Fernan, quiso en los primeros momentos negarse á recibirle.

Pero algunos minutos de reflexion la bastaron para comprender que no debia hacerlo.

El conde penetró bastante turbado en la cámara de la dama.

Aproximóse á ella, y la dijo:

—Mencía, perdóname si...

La dama no le dejó proseguir; fijó una mirada altiva en el caballero, y le interrumpió diciendo:

—Supongo, caballero, que no habreis olvidado que entre la Mencía á quien hablabais hace dos dias y la que hoy teneis presente, media un abismo lleno de falsía y de falta de fé imposible de salvar.

—Teneis razon, señora; soy digno de vuestros reproches, y derecho teneis para motejarme por mi conducta, pero ya que otra cosa no me sea permitida, dejad que al ménos os dé una explicacion de ella.

—¿Qué explicacion podeis darme?—repuso con frialdad la dama.

—La única que me es posible, la del engaño de que yo tambien he sido víctima.

—¿Qué quereis decir, caballero?

—Quiero decir, señora, que me he engañado en los sentimientos de mi corazon.

—Y al engañaros vos, habeis engañado á dos mujeres, á dos mujeres que os aman; porque aquella pobre niña os ama tambien.

—Lo sé, señora.

—Y sabiéndolo os habeis atrevido á estarla engañando fingiéndola un amor que no sentíais: indigno proceder es el vuestro caballero; pudiéraseos dispensar el que engañárais á una pobre mujer, pero engañar á dos, hacerlas creer en un amor que no sentíais, burlar su fé y destrozar lo más santo que en el corazon existe, eso no tiene perdon: yo no me quejo por mí ahora, me habeis hecho sufrir mucho, y vos no podeis comprenderlo porque no sé comprende lo que no se siente; más esa pobre niña que en vos ha fiado, esa pobre niña que abandona su país, su familia, y que todo os lo sacrifica, es acreedora á una reparacion, y espero que se la dareis.

—¡Mencía!...

—Vuelvo á repetiros que no pronuncies el nombre que en otro tiempo pronunciabais; entre ayer y hoy existe una gran diferencia, diferencia que vos sin duda no sabeis apreciar.

—La aprecio en lo que es, la aprecio tanto, que comprendo bien no puedo ni debo permanecer más en este sitio.

—No os diré lo contrario.

—Es decir, señora, que no quereis perdonarme.

—Perdonaros yo,—exclamó con impetuosidad la dama, pero dominándose inmediatamente continuó:—nada tengo que perdonaros porque no me habeis ofendido, lo que con vos he hecho me lo absuelve mi conciencia; creí amar á un caballero, creí amar á un hombre digno

de mi amor, y se lo entregué por completo; no ha sido así, no habeis correspondido á la confianza que en vos deposité, culpa mia es tan solo por haberme equivocado en la eleccion, nada tengo que perdonaros.

IV.

El acento con que pronunció estas palabras doña Mencía era tan frio, tan desdeñosamente glacial, que irritó al conde obligándole á decir:

—Duramente me castigais.

—¿De qué castigo hablais? si á alguien tratase de castigar, sería únicamente á mí, á mí que he sido la engañada.

—Pero vuestro acento.

—Mi acento caballero, es el que debo usar con quien de tal modo á procedido; si algo de extraño encontrais en él, pudiérais habéroslo evitado no habiendo venido á darme esa explicacion de que hablasteis.

—Creia obedecer á un deber haciéndolo así.

—Sois muy feliz si os habeis acordado que teníais deberes que cumplir.

—Vuestro sarcarmo, ofende.

—Y vuestra imprudencia, irrita.

—¿Qué quereis decir?

—Paréceme que ya no teneis el derecho de preguntar.

—Teneis razon, señora,—repuso Fernan dominado á su pesar por aquel acento,—he perdido ese derecho, y haceis muy bien en recordármelo.

—Me parece que haríamos muy bien en no prolongar más esta entrevista.

—¿Me despedís de vuestra casa?

—No es despediros el deciros mi opinion.

—Perfectamente: dispensadme el atrevimiento que he tenido volviendo á poner los piés donde vos habitais, y tened presente que si á costa de mi vida pudiera redimir la falta que con vos he cometido, entregaríala gustoso.

—Eso es, y aquella pobre niña que tenia derecho á esperarlo todo de vos, quedaria abandonada y... id, conde, id y cumplid como debeis, ya que en otra parte habeis cumplido de manera tan indigna.

Fernan salió de casa de doña Mencía completamente confundido.

Creyó al entrar en aquella casa presenciar una de esas escenas de lágrimas y de reproches naturales en casos semejantes, y se encontró con que la dignidad de la mujer indignamente ultrajada, le abrumó mucho más que el llanto y los sollozos.

Y sin embargo, no podia por ningun estilo quejarse de Mencía, porque su manera de proceder era como él no tenia derecho á esperarlo.

Su mayor deseo, su único encargo era el que hiciese feliz á Zobeiba.

Fernan apreciaba en lo que valia semejante proceder.

Durante todo aquel dia fué tranquilizándose hasta que cuando llegó la noche se dirigió á la alquería mucho más sereno y más confiado en el porvenir, toda vez que aquella incógnita que algunas veces le habia preocupado, habia llegado á despejarse por completo.

V.

Pero en la alquería le esperaba un nuevo disgusto.

Apenas entró en ella, el labriego que estaba al cuidado de la posesion le detuvo, y haciéndole penetrar en un aposento retirado del en que se hallaba Zobeiba, le dijo:

—Señor, tengo que deciros una cosa.

—Habla.

—Y os lo digo porque á todos nos ha puesto en cuidado, y lo ocurrido hoy se enlaza perfectamente con otro hecho del cual no habia creido necesario deciros una palabra.

—Explícate, ¿qué es lo que sucede?—preguntó Fernan alarmado por el exordio del labriego.

—Hace ya muchos dias que se presentó aquí un desconocido en ocasion en que yo me hallaba en la huerta.

—¿Y qué dijo?

—Mi mujer tampoco estaba, y únicamente uno de los chicos jugueteaba á la puerta.

—¿Qué pasó? Habla.

—Se conoce que habia visto á la señora en la ventana de su aposento, porque preguntó si pertenecia á vos esta alquería.

—¿Y qué dijo el chico?

—La verdad: despues volvió á preguntarle quién era aquella dama, y el muchacho, como cosa de chicos, le contestó que os íbais á casar con ella, y que la habíais traido de tierra de moros.

—¿Por qué no me lo digiste entonces?

—Porque no lo he sabido hasta hoy.

—¿Cómo ha sido eso?

—El chico no nos dijo nada, y hoy, despues que se ha marchado ese hombre, ha sido cuando ha dicho que era el mismo que estuvo aquí hace tantos dias.

—¿Y á qué ha venido hoy?

—A preguntar si os habíais casado.

—¿Y qué le habeis dicho?

—¿Qué queríais que le dijera, señor? Que nosotros no sabemos nada de los negocios de nuestro amo.

—¿Nada más ha preguntado?

—Dijo tambien que si habia estado aquí anoche una dama de la cual era pariente, y en fin, señor, tales noticias y tales preguntas nos ha hecho referente á la señora, y tantos detalles nos ha dado de vos, que ha sido ne-

cesario que yo recordase bien vuestras órdenes para impedir que pasase á ver á la señora.

—¿Pues acaso queria verla?

—Sí tal, y con mucha insistencia.

—¿Dices que ese hombre es el mismo que ya estuvo aquí?

—Al ménos así lo ha dicho el muchacho.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuró Fernan,—¿si será cosa de Mencía?

—Yo he creido prudente daros aviso para que vos dispongais.

—¡Oh! es necesario que vigileis bien, es menester que no creais en nada ni dejeis que nadie penetre en la extancia de la señora.

Y Fernan, bastante preocupado por aquellas noticias, se dirigió hácia el aposento de Zobeiba.

Lo que el labriego habia dicho, era la verdad.

VI.

Nuestros lectores recordarán que Esther habia dado órden á Mendo para que averiguase algun secreto de Fernan, secreto que pudiera comprometerle.

El escudero, puesto inmediatamente en acecho, dióse tan buena maña, que pronto descubrió las visitas del conde, tanto á casa de doña Mencía como á la casa donde estaba oculta Zobeiba.

Y hablando con algunos de los escuderos de la princesa, y averiguando que en la alquería se ocultaba una dama, sacó en consecuencia que el conde tenia relaciones con las dos.

Entonces se puso á espiar la casa donde estaba Zobeiba, y aprovechó un momento en que no estaban los labradores, y sí el muchacho para sonsacarle con maña cuanto necesitaba saber.

Aquellos descubrimientos utilizados por Esther, la sirvieron para preparar los acontecimientos que ya han visto nuestros lectores.

De vuelta Mendo de su espedicion á Baza segun ya hemos visto, deseosa la hebrea de tenerlo todo prevenido para cuando llegase Ayub, dió órdenes á Mendo para que rondase la alquería sin que por eso dejase de vigilar la casa de doña Mencía, para ver lo que esta hacia despues de recibido el anónimo que la mandara.

De este modo el escudero pudo saber que la dama habia estado la noche anterior, y aprovechar semejante descubrimiento para sonsacarle al hortelano lo que queria, inspeccionar la casa y saber poco más ó ménos la gente que habitaba en ella.

Conseguido este objeto, dió parte de él á su señora y ambos esperaron con impaciencia la llegada del emir.

CAPITULO XXI.

Catástrofe inesperada.

I.

Dos dias despues de estos sucesos, hallábase Esther en sus habitaciones cuando entraron á avisarla que un caballero que no habia permitido dar su nombre, demandaba licencia para hablarla.

Sorprendida la dama, dió órden para que no se le recibiese, mas recapacitando despues que quizás fuese algun enviado de los conjurados, revocó su disposicion ordenando que el desconocido fuese introducido.

Momentos despues, un caballero vestido á la usanza castellana aunque demostrando que su cuerpo se avenia mal con aquel traje, se encontraba delante de la jóven.

—Perdonad señora si os molesto;—la dijo saludándola respetuosamente.

—Antes de todo,—interrumpióle Esther,—desearia me dijeseis si el mismo motivo que os ha impedido decir á mis criados vuestro nombre, os lo veda tambien decírmelo á mí.

—A vos os lo puedo decir; soy el emir Ayub, y vengo á veros en cumplimiento de esta *gacela* que me habeis mandado con uno de vuestros escuderos.

Y al decir estas palabras, el musulman sacó de su escarcela la carta que por medio de Mendo le habia mandado la hebrea.

Placenteramente sorprendida quedóse esta, al escucharle, y le dijo:

—Me felicito, príncipe, de la buena ocasion que se me presenta para demostraros todo el afecto que me mereceis y el interés que por vos me tomo.

—Os agradezco el interés que me demostrais, aunque presumo, señora, que no es completamente desinteresado.

—¿Qué quereis decir?—preguntó Esther llena de asombro ante aquellas palabras disparadas por decirlo así, á quema ropa.

—Señora, nuestra ley nos prohibe decir una cosa distinta de la que sintamos, y yo soy muy buen creyente para faltar á los santos preceptos del Coran.

—No os comprendo.

—Me explicaré: al recibir vuestra gacela y al ver por ella el interés que hácia mí os tomais sin conocerme y sin que yo os haya hecho beneficio alguno, no he podi-

do ménos de pensar que alguna secreta idea os llevais en este asunto.

—Mucho aventurais vuestro juicio,—repuso la hebrea sonriéndose.

—Si al asociaros á mí ó mejor dicho, al tratar de protegerme fuera porque hubiéseis sabido que mi pensamiento era bueno y de él habia de resultar algun bien, comprendería vuestro afan de protegerme, hijo de un sentimiento puramente desinteresado.

—¿Y por qué no creerlo ahora?

—Porque el mal, generalmente hablando, señora, no se hace por el solo placer de hacerlo.

—¿Por qué sino?

—Por el beneficio que á uno le puede reportar.

—Mal pensado sois.

—Por el contrario, creo que pienso razonablemente: ¿para qué andaros con rodeos? yo soy malo porque lo conozco, porque no me hago ilusiones respecto á mi modo de pensar. Seguro estoy de que el Profeta me negará un asiento en su bendito paraiso; ¿pero qué me importa si yo he hecho ya de mi vida sobre la tierra un paraiso verdadero? aborrezco al cristiano, y satisfago mi aborrecimiento haciendo talas en sus tierras y castigando sin compasion á los cautivos, y esto no tanto lo hago por la satisfaccion de un deseo sanguinario, como porque de este modo excito más el fanatismo de mis soldados, y aumento la adoracion del pueblo: respecto á mí, si encuentro algun hombre que se interpone en mi ca-

mino, me deshago de él porque me importa hacerlo así, y por esto os digo que cuando en el mundo se trata de hacer algun mal, siempre se lleva algun objeto.

—¿Y si yo os dijese que no me llevo ninguno?

—No os creeria, señora.

—Sois franco, emir.

—Ya os he dicho que respeto mucho las leyes del Coran que nos prescriben la lealtad y la franqueza.

—Pues lo que antes acabais de decir no habla mucho en favor de vuestra creencia.

—Puede muy bien creerse en una cosa y ser completamente incrédulo respecto á otras.

—Me agrada vuestra manera de razonar.

—Y á mí, señora, la predisposicion que teneis para el mal.

—¡Emir!

—¿Os ofende acaso lo que os digo? pues si así principiais á ofenderos, os auguro desde luego muchas incomodidades conmigo, porque preveo que he de deciros muchas verdades.

—Paréceme que debierais ser mas comedido.

—¿Para qué, señora? yo no soy como esos estúpidos caballeros castellanos que sin ver apenas lo que tienen delante, solamente se seducen y se deslumbran por vuestros encantos: yo veo más que ellos.

—¿Y qué es lo que veis?

—Veo en esos ojos, donde todos no verán otra cosa que una ternura, una voluptuosidad y un placer infinito,

un alma más negra que el pelo de mi yegua cordobesa, en esa frente tan pura, tan tersa y tan trasparente adivino un pensamiento enérgico, duro é implacable; veo altivez en vuestras mejillas, pasiones ardientes y abrasadoras en vuestros lábios, y, finalmente, señora, tanto veo en vos, que yo, que de nada me asusto, temblaria á la sola idea de enamorarme de vos.

—Desventurada de mí si los caballeros castellanos pensasen como vos pensais.

—Los caballeros castellanos son unos perros bergantes que se doblegan ante la belleza de una mujer, así como tiemblan cobardemente ante la presencia de un guerrero del Islam.

—Pues paréceme, si mal no recuerdo,—repuso Esther acentuando intencionadamente cada una de sus frases,—que caballero castellano ha habido que os ha dejado tendido en tierra bastante mal parado.

II.

A este recuerdo del incidente ocurrido en Baza cuando el juicio de Dios, el emir palideció de cólera y exclamó:

—Por el Santo Profeta que si ese atrevido castellano ha tenido la audacia de vanagloriarse por su accion, brios me sobran y corazon no me falta para ir á buscarle aunque fuera ante el trono de su rey, y arrancarle su villano corazon.

—Serenaos, señor, ese castellano no ha tenido necesidad de vanagloriarse porque harto probado tiene que es valiente.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Devolveros franqueza por franqueza.

—Está bien, decidme lo que necesito saber.

—Amable sois para demandar.

—Si desinteresadamente me sirviérais, con humildad os demandára; mas como en esto obrais como yo im-impulsada por la venganza, no hallo necesidad alguna de emplear otro lenguaje.

—Por la venganza decís.

—Lo mismo que yo, vos sin duda amais al amante de Zobeiba, y quereis vengaros de él; yo amo á Zobeiba y quiero vengarme de su amante.

—Buena manera de suponer.

—Yo no supongo, creo.

—Pues bien: ¿á qué hemos de andar con misterios?

—Eso es lo que os estoy diciendo hace rato.

—Yo quiero vengarme.

—Y yo tambien.

—Y para eso os he llamado.

—Y yo he venido precisamente por eso: acaso creeis que si en vuestra gacela no hubiese visto el alma vengativa de una mujer, dejado hubiera mi alcaidía.

—Perspicaz sois.

—Me parece que los dos tenemos algo de ello.

—Dificil debe ser el engañaros.

—Lo mismo debe suceder con vos.

—Y me felicito de un encuentro así.

—Suprimid felicitaciones y hablemos de lo que á entrambos interesa.

—Hablemos.

—¿Ama Zobeiba al cristiano que estaba cautivo?

—Sí.

—¿Dónde está?

—El cristiano en Valladolid.

—¿Y Zobeiba?

—En una alquería próxima.

—Es decir que ese hombre la ha hecho su manceba.

—No.

—¿Cómo?

—Tiene otros pensamientos respecto á ella.

—¿Piensa acaso vendersela á su rey?

—En Castilla no se hace eso, emir.

—Se hacen otras cosas peores, teneis razon. Vamos, contestadme, ¿qué es lo que piensa hacer el cristiano de su esclava?

—Su esposa.

—¡Poderoso Allhá! ¿tanto la ama?

—Ya lo veis.

—Así sufrirá más.

—¿Qué pensais hacer?

—Y me lo preguntais vos que me habeis mandado este aviso y esperábais mi venida.

—¿Luego pensais llevárosla?

—¿Qué otra cosa quereis que hiciera?

—Matarla tal vez.

—¿De qué me serviria su muerte? Su vida sí me sirva para hacerla que sufra, se la enturviaré todo çuanto pueda, y pagará el haber rechazado mi amor en la época que se lo ofrecí.

—¿Y Muza?

—¿Qué me importa mi tio?

—Si se la devolviérais.

—Mi tio seria demasiado benigno con ella, y por lo tanto nada sabrá.

—¿Luego pensais utilizarla para vos?

—Lo que yo pienso, señora, me lo reservo para mí.

III.

Esther se encontraba visiblemente mortificada por la injustificable conducta de aquel hombre.

Habia en él hasta grosería, y esta grosería la irritaba extraordinariamente.

Así fué que de mal talante le contestó:

—Observo que sois bien poco cortés.

—¿Qué quereis, señora? yo soy una persona que voy únicamente á mi negocio: en vos no veo otra cosa mas que la aliada que obra tambien por su propio interés; así que creo inoportuno el usar frases y rodeos que á nada conducen.

—Ya veo que mirais las cuestiones bajo un punto de vista especial.

—Siempre las he mirado lo mismo. Pero á mí me urge el tiempo, y no puedo tener abandonada mi alcaidía: puede robarse á esa mujer.

—Mi escudero Mendo, el mismo que os entregó mi carta, podrá daros más pormenores sobre ese particular.

—¿Y teneis gente dispuesta para acometer una empresa de esa especie?

—Mendo os lo dirá, porque yo, como debeis comprender, no me ocupo tambien más que de los asuntos mios.

—Sin embargo, creo que de los mios tambien os habeis ocupado.

—Por lo que se enlazan los unos con los otros.

—¿Luego confesais que no es desinteresada vuestra cooperacion?

—Desde luego.

—¿Y cuándo me mandareis á ese escudero?

—Cuando gusteis. ¿Dónde habitais?

—En la hostería de maese Nicudemus.

—Está bien: allí irá Mendo á buscaros.

—Y en cuanto al cristiano...

—El cristiano me pertenece.

Ayub fijó una mirada en Esther, y contestó despues:

—Corriente: accedo desde luego, porque es que le hareis padecer más que yo.

—¿Cómo?

—Porque sois peor que yo.

—Lisonjero estais.

—Digo la verdad siempre.

—Hay verdades que ofenden.

—Pero que no por eso debe callárselas.

—Sin embargo, una dama...

—Cuando la dama desciende al terreno que vos descendeis, puede decírsele todo sin que tenga derecho alguno á ofenderse.

—Duéleme ya el haberme tomado ese interés por vos.

—Si os lo tomásteis, era porque yo os hacia falta; luego no teneis derecho ninguno á quejaros.

—Teneis razon: la culpa es mia.

—Hemos quedado en que me mandareis vuestro instrumento.

—Mi escudero querreis decir.

—Yo tengo por costumbre siempre aplicar á cada cosa el nombre más adecuado.

—Y creeis que Mendo...

—Es un bribon de siete suelas que teneis á vuestro servicio, y que os sirve maravillosamente. Confío en vos. Allhá os guarde.

Y Ayub, haciendo una *zala* ó reverencia no muy profunda, abandonó la cámara de Esther, dejando á esta llena de cólera y de resentimiento.

Efectivamente, el emir era la única persona que has-

ta entonces hablara á la hebrea en los términos que él lo hiciera.

Con una brutalidad extremada la habia definido, y el desden con que la tratara y el cinismo y osadía de sus palabras, causáronla una impresion extraña.

Durante algun tiempo estuvo dudando si proseguiria ayudando á aquel hombre, ó si se volveria en contra suya.

Pero la reflexion la demostró que esto seria contrario á sus mismos intereses.

Se habia propuesto vengarse de Rodrigo, hiriéndole tambien en una de sus afecciones de amistad, y para ello no podia retroceder del emprendido camino.

Por lo tanto, Mendo fué á la posada que ya conocemos, y en ella concertó con el emir lo necesario para el rapto de Zobeiba.

IV.

Como fácilmente puede comprenderse, el Gamo y su gente ocupaban en semejante empresa un lugar muy importante.

Ellos eran los que debian sujetar á la gente de la alquería y vigilar el camino, por si acaso Fernan llegaba en aquellos momentos.

Pero Mendo estaba ya enterado de las horas á que acostumbraba ir el caballero, y en su consecuencia lo

dispuso todo en la seguridad de que no seria interrumpida la operacion.

Y llegó la noche, y Mendo, el Gamo y los suyos, acompañados de Ayub, se dirigieron á la alquería.

Muy agenos los sencillos labriegos de la suerte que les amenazaba, franquearon la puerta, por la que se precipitaron el Gamo y seis de los suyos, arrojándose sobre los desprevenidos y confiados habitantes de la alquería.

—Nada de hacerles daño,—dijo el emir,—amarradlos y nada más.

Zobeiba se encontraba en su habitacion esperando con impaciencia la llegada de Fernan.

La pobre niña no habia podido desterrar aquellos sombríos presentimientos que la aterraban y deseaba con impaciencia la llegada de su amante, al lado del cual únicamente, se sentia más tranquila.

Al escuchar el rumor producido en el piso bajo por la imprevista agresion de los bandidos, sobresaltóse y preguntó á la doncella que el conde pusiera á su servicio, qué podria ser aquello.

La doncella salió á informarse, y ya no volvió á subir.

En vez de ella, el emir apareció en la puerta de la cámara.

Al verle la jóven, exhaló un grito de terror, murmurando con voz desfallecida:

—¡Ayub!

El musulman sonrióse con expresion siniestra, y repuso:

—¿Qué te sorprende? ¿No esperabas verme acaso?

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—murmuraba Zobeiba con desesperado acento,—socorredme en mi cuita.

—¡Creias que el cristiano habia dado fin de mi existencia! ¡Necia credulidad! ¡El emir Ayub no puede morir dejándose una ofensa sin vengar!

—Pero si yo no os he ofendido.

—¿Con que no me has ofendido? ¡Por Allhá que tienes más imprudencia de la que yo creyera!

—¿Y qué quereis?—preguntó Zobeiba que habia ido recobrándose algun tanto de la impresion que le causara Ayub.

—¿Qué quiero? debes comprenderlo.

—No lo adivino.

—He venido por tí.

—¡Por mí!

—Y has de seguirme al momento.

—¡Nunca!

—Sella tu lábio y ven.

—No saldré de aquí.

—Lo veremos.

Y el feroz musulman se aproximó á la jóven y á pesar de la resistencia de esta, cogióla en sus brazos y la lanzó fuera de la alquería, diciendo á los suyos:—nada tenemos que hacer aquí.

Los bandidos salieron con él; pero Mendo subió á

la habitacion de la jóven y dejó un pergamino rollado sobre la mesa.

Despues de practicada esta operacion, abandonó la alquería como los demás.

Algunos segundos despues el emir, llevando á Zobeiba desmayada en sus brazos, y precedido por uno de los individuos del Gamo que iba sirviéndole de guia, se lanzó á campo traviesa en direccion de la alcaidía.

CAPITULO XXII.

Rosolucion de Fernan al saber el rapto de Zobeiba.

I.

No habia trascurrido mucho tiempo desde que Mendo participára á su señora lo ocurrido en la alquería, cuando Fernan, segun su costumbre, llegaba á ella.

Al ver la puerta abierta á semejante hora, detúvose en el umbral, y un presentimiento terrible le oprimió el pecho.

Penetró resueltamente, y sorprendido por la oscuridad que allí reinaba, preguntó:

—¿No hay nadie? ¡Há de la casa!

—Señor,—exclamó el labriego que acababa de reconocer á su amo.

—Gil, ¿dónde estás?

—Aquí, atado.

—¡Oh!

Y tras esta exclamacion lanzóse precipitadamente por la escalera que conducia al aposento de la jóven.

Tan luego como penetró en él, le abrazó de una ojeada y conoció las huellas de la lucha que habian sostenido Ayub y su víctima.

Un grito desgarrador se exhaló de su pecho.

Presa de una agitacion febril acercóse á la mesa para recoger la lámpara que sobre ella ardia, y vió el pergamino que habia dejado Mendo.

Con febril ansiedad le cogió; desenrollóle, y púsose á leer su contenido.

Este era como sigue:

«Ayub se lleva á tu amada.

»Rodrigo ha sido quien por celos te ha descubierto á doña Mencía, y ha dado parte al emir del lugar en que se hallaba Zobeiba.

»Los servidores de Rodrigo le han servido maravillosamente.

»Cuando deposites en alguien tu confianza procura hacer mejor tu eleccion, y ya que no puedas recuperar á la que iba á ser tu esposa, véngate al ménos.»

Este extraño documento dejó á Fernan anonadado durante un largo espacio.

Conque Rodrigo, su amigo íntimo, su hermano de armas, el hombre en quien más fé habia tenido acababa de venderle tan ignominiosamente; ¿de quién fiar entonces si la amistad mentia?

¿Y dónde estaba Rodrigo?

Hacia muchos dias que se ignoraba su paradero.

Pero esta ausencia no podria ser debida al miedo.

Porque si Fernan tenia reputacion de diestro en todos los ejercicios de armas, de diestro y mucho tenia ya tambien el conde para habérselas con él.

Y ello era necesario dar algun paso para, como decia muy bien aquel documento, ya que no recuperarla, vengarla al ménos.

Fernan trató de no dar crédito á lo que allí se decia; pero era imposible.

Harto sabido es que en las situaciones extremas, en esos momentos de vértigo y de locura, se cree mas fácilmente todo lo absurdo que lo razonable y prudente.

Así fué, que Fernan á vuelta de dudar un poco de tiempo respecto á aquella calumnia, concluyó por creerla denostando á Rodrigo con cuantos epitetos le sugeria su exaltada imaginacion.

Agarró la luz y descendió al piso donde se hallaban los labriegos.

—Y bien, Gil,—preguntó al anciano,—¿qué ha pasado aquí?

—Servíos desatarnos, señor,—repuso el labriego.

—¿Pues qué estais atados?

—¿Creeis que á no haberlo estado se hubieran llevado á la señora mientras hubiésemos tenido vida?

—Vamos, cuéntame lo que ha ocurrido.

Y Fernan desató al villano, el cual á su vez practi-

có la misma operacion con su mujer, sus hijos y la doncella de Zobeiba.

—Figuraos, señor, que estabamos sentados junto al hogar encargando yo á los mozos la mas activa vigilancia respecto á la señora, cuando llaman de repente á la puerta.

—¿Y no sospechaste?

—No fiándome de ninguno, fuí á abrir yo mismo.

—¿Y quién se presentó?

—No os lo podria decir.

—¡Cómo!

—Apenas hube entreabierto la puerta, diéronla un recio empujon, hiciéronme caer de espaldas, y se precipitaron aquí dentro media docena de bandidos que en un momento nos maniataron.

—¡Oh! miserables,—exclamó furioso el conde.

—Entre ellos estaba el mismo que vino hace pocos dias y de quien ya os hablé.

—Ha venido tambien.

—Si señor, él ha sido uno de los que han subido á la extancia de la señora.

—Y ¿quién se la ha llevado?

—Un caballero alto, mal encarado, de continente altivo y de bruscos modales.

—Y dime, Gil, si vieses ahora á ese hombre con quien hablaste el otro dia y que segun me dijiste habia estado ya en otra ocasion, ¿le conocerias?

—Sí, señor.

—Pues bien, vente conmigo.

—Voy á disponerme para acompañaros.

Y el labriego sin preguntar á su señor dónde le llevaba, volvió á aparecer al cabo de algunos segunos disponiéndose á marchar con él.

Poco tiempo despues, ambos silenciosos y preocupados se encaminaban hácia Valladolid.

II.

Una vez en la ciudad, dirigiéronse apresuradamente hácia la casa donde vivia Rodrigo.

En ella se hallaban Ferrando y Aliatar.

El uno y el otro estaban inconsolables por las pérdidas que habian experimentado.

Nada se sabia de Rodrigo, nada se sabia de Zoraya, y aunque Ferrando decia á cada paso que la culpa de todo aquello solo podia tenerla aquella mala hembra de doña Beatriz de Villanueva, Aliatar no se atrevia á dirigirse á su casa confiando en la palabra que le diera el judío Samuel de que él encontraria al conde.

Pero este dia no llegaba y la impaciencia de ambos crecia.

Precisamente en el momento mismo en que Fernan y el labriego se dirigian á la casa, el viejo escudero y el musulman estaban ocupándose del atentado cometido con aquellas personas que tan queridas les eran.

Veian que los dias se pasaban, y el musulman á pesar de las seguridades que le habia dado Samuel, desconfiaba ya del cumplimiento de su promesa, y estaba casi resuelto á ir á ver á Esther, á quien el viejo escudero echaba la culpa de lo que pasaba.

El conde de Fuente de Cantos apareció de repente en la extancia donde se hallaban conversando los dos.

Al verle, ambos exhalaron una exclamacion de sorpresa.

Fernan fijó su mirada en ellos, y dirigiéndose á Gil que le acompañaba, le preguntó:

—¿Cuál de estos dos hombres es el que ha estado en la alquería?

Aliatar y Ferrando escucharon llenos de asombro semejante pregunta, mientras que el labriego, despues de haberlos observado algunos segundos, repuso con voz segura:

—Ninguno de los dos.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, señor.

—¿Tendreis la bondad de explicarme señor conde lo que esto significa?—preguntó Aliatar.

—¿Dónde está Rodrigo?

—Ya sabeis que lo ignoramos,—repuso Ferrando.

—No lo ignorais.

—¡Señor conde!

—Vuestro amo es un villano que se oculta para escapar á mi justa cólera.

—Basta, señor conde.

—Lo repito.

—Ignoro lo que pueda haberos sucedido señor conde, —dijo Aliatar,—pero desde luego puedo juraros que Rodrigo se halla completamente limpio de esa mancha que le acabais de arrojar, y que yo en su nombre recojo vuestras palabras para responder á ellas en su dia.

—¿Pero estais seguro de que su desaparicion es cierta?

—¡Pluguiera al cielo que así no fuese!

—Entonces, ¿qué quiere decir eso?

El conde puso en manos de Aliatar el pergamino encontrado en el aposento de Zobeiba.

Conforme lo iba leyendo el musulman, la sorpresa y la indignacion se retrataban en su rostro.

Cuando concluyó exclamó:

—Esto es una miserable impostura.

—¿Estais cierto, Aliatar?

—Lo estoy, don Rodrigo es incapáz de semejante infamia.

—¿Entonces, quién puede?...

—¿Pero qué sucede, señores?—preguntó Ferrando para quien era sumamente extraño lo que sucedia.

—Mirad, Ferrando, mirad la acusacion que lanzan contra vuestro señor.

Y el musulman puso en manos del viejo escudero el pergamino que acababa de leer.

III.

Tan luego como este se enteró de su contenido contestó sin vacilar:

—¿Y no adivinais quién pueda ser el autor de este escrito?

—Nó: ¿lo adivinais vos?

—Paréceme que no es muy dificil.

—¿Cómo?

—¿Quién puede tener interés en malquistar á mi señor con sus amigos? ¿quién puede tener interés en perjudicarle?

—¿Creeis que doña Beatriz?...

—Lo creo.

—¿Doña Beatriz puede ser la autora de esta infamia? —preguntó lleno de asombro Fernan.

—¿Quién sino ella es la autora de la desaparicion de mi señor y del rapto de Zoraya?

—¡Oh! corro á verla.

—Deteneos, señor conde,—contestó Aliatar,—no os precipiteis porque no adelantaríais nada yendo á casa de doña Beatriz.

—¿Qué quereis decir?

—Que es harto astuta para hacer las cosas de modo que no la comprometan, y nada podríais probar.

—Entonces...

—Aquí quien mas peligro corre es Zobeiba.

—Es cierto.

—Pues bien, armad vuestros vasallos y vuestros deudos: corred á la frontera y haced una correria evitando que los moros puedan enterarse de nada; llegad al castillo de Cuevas, y si teneis fuerzas bastantes, y vuestro Dios os ayuda, tomadle y recuperad á vuestra amada.

—Pero esa mujer...

—No paseis cuidado alguno, nosotros nos encargaremos de vengaros al par que nos venguemos tambien.

Fernan comprendió que este era el mejor consejo que podia seguir

Convencido de la inocencia de Rodrigo tanto por lo que el escudero y Aliatar le digeran, cuanto porque su mismo corazon le decia respecto á que el conde de Právia era inocente, hizo juramento de rescatar á Zobeiba ó de morir en la demanda.

Aliatar le dijo que si él no estuviese comprometido en libertar á Zoraya y á Rodrigo, él le acompañaria tambien, y Ferrando á la vez, le ofreció la mitad de las lanzas de su señor para aquella empresa, no haciéndolo del resto por si acaso ellos tenian necesidad de utilizarlas en la defensa de su amo.

IV.

Fernan abandonó la casa de Rodrigo, y de regreso á la suya, principió á dictar algunas disposiciones

mandando distintos emisarios á todos sus deudos y amigos, á fin de que armasen á sus gentes y acudieran inmediatamente á Murcia á reunirse con él.

Verificado todo esto, dió órden á las lanzas de Rodrigo para que estuviesen aderezadas y dispuestas para salir al amanecer unidas con las suyas, y él seguido de algunos escuderos y una veintena de hombres de armas partió inmediatamente con direccion á Murcia, cuyo adelantado era íntimo amigo suyo.

Mientras tenian lugar estos sucesos en el bosque del Abrojo se hallaban reunidos el monje del monasterio y el astrólogo de la córte.

Nada habian podido saber de cierto ninguno de los dos hermanos.

El fraile habia penetrado en las ruinas del castillo, las habia recorrido con profunda atencion, mas no habia podido descubrir el lugar en que se hallaban las personas á quienes iba á ver Esther.

—¿Qué hacemos, hermano,—preguntó Beltran que ya sabemos se llamaba así el astrólogo.

—Paréceme de todo punto necesario que tenga yo una entrevista con la hija de Rebeca.

—¿Y qué conseguirás?

—Dios tal vez me ilumine.

—No es Dios quien puede herir el corazon de esa mujer.

—Calla, hermano, duéleme en gran manera escucharte hablar así.

—Te lo repito, con Esther no existe otro medio que aterrarla.

—¿Y crees que la cólera divina no es suficiente para aterrar al más osado?

—El mal es lo único que puede hacer mella en su corazon; yo la conozco mucho, la he estudiado perfectamente, y puedo decirte desde luego la fibra única que puede hacerse vibrar en su alma.

—Pues bien, á pesar de todo intentaré esa prueba, y veremos.

—¿Pero en qué sitio podrá tener encerrados á Rodrigo y á Zoraya?

—Todas las noches viene; pero me ha sido imposible descubrir nada: sus recelos sin duda se han despertado, y antes de penetrar en el castillo hace que se registre perfectamente.

—Yo hablé con ella y nada pude descubrir tampoco, Esther desconfia de todo, y muy dificil nos ha de ser descubrir lo que apetecemos.

—No desconfies, Beltran.

—¿Cuándo piensas hablarla?

—Esta noche.

—¿Y si no viniera?

—La hablaria mañana.

—Ya tarda.

—Desgracia seria que hubiese trasladado á otra parte á sus prisioneros.

—¿Y si así fuese?

—Entonces iria á su casa,—contestó resueltamente el fraile.

—¿Es decir que estais decidido á hablarla?

—Lo estoy.

—¿Qué vas á decirla?

—Lo ignoro; pero tengo toda mi confianza puesta en el que todo lo puede, y estoy seguro de que él sabrá inspirarme.

—Presumo que no ha de darte resultado tu empresa.

—Yo presumo lo contrario.

—Hermano, los dos caminamos por distintas sendas, y tengo la seguridad de que no es la tuya la mejor.

—Creo la tuya la más errada.

—Poco tardaremos en saberlo.

—Detente,—exclamó el fraile escuchando con atencion,—me parece haber sentido...

—Sí, ya está ahí.

—En ese caso déjame.

—¿Estás decidido?

—Vuelvo á repetirte que lo estoy.

—Entonces que la suerte te proteja.

—Dios es únicamente quien lo puede hacer.

Y los dos hermanos, despues de cambiar algunas palabras de despedida se separaron.

V.

Esther acaba de penetrar en el bosque.

Habia recibido por Mendo la noticia del rapto de Zobeiba, y queria participársela á Rodrigo para gozarse en la desesperacion que esto le produciria.

Abismada en sus pensamientos, caminaba seguida de Mendo, el Gamo y algunos de los bandidos, cuando de repente vió aparecer ante sus ojos la sombría figura del austero fraile.

Detúvose sorprendida mientras Mendo y el bandido arrojándose sobre él gritaron:

—¿Quién eres?

—Ya lo veis,—contestó tranquilamente Pedro,—un fraile de la abadía del Abrojo.

—¿Y qué quieres?—preguntó Esther.

—Hablar con vos, señora.

—¡Conmigo!

—Con vos, si conservais algun recuerdo de Rebeca.

—¡De mí!... retiraos,—prosiguió dirigiéndose á su gente.

Obedeciéronla y aproximándose al monje le dijo:

—¿Habeis conocido á mi madre?

—Sí.

—¿Qué quereis?

—Pediros la libertad de dos personas.

—¿Quién son?

—Rodrigo y su amada.

—¿Y á vos qué os importa?

—Impórtame tanto como á vos; se trata, señora, de evitar muchos crímenes; se trata de que la fatalidad viene pesando sobre vuestra familia de una manera horrible, y es necesario poner un término á esa fatalidad.

—¿Y conoces tu á mi familia?

—Mucho.

—¿Y quién eres tú?—preguntó la jóven sorprendida por el acento con que el fraile pronunciara su anterior respuesta.

—Ya lo veis, un pobre penitente que hace muchos años ruega al cielo borre de una familia la maldicion que sobre ella pesa.

—¿Y podrias tu explicarme algunos misterios que en mi familia existen?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras.

—Mañana. ¿Dónde?

—En las ruinas del castillo.

—¡En las ruinas!—exclamó Esther fijando una mirada recelosa en su interlocutor.

—Sí.

—¿Y por qué en ese lugar?

—Porque ahí se han cometido muchos crímenes, se

ha derramado mucha sangre, y se han vertido muchas lágrimas.

—¿Pero ese castillo tiene algo que ver con mi historia?

—Ahí habeis nacido vos, señora.

—Vendré.

—¿A qué hora?

—Despues que suene la queda.

—Os prevengo que la historia es larga.

—Aunque hubiera de estarme cuatro dias con sus noches escuchándote, nada me detendria.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

Y se separaron, dirigiéndose Esther asaz confusa y preocupada hácia el castillo, mientras el fraile caminaba lentamente hácia la abadía, murmurando:

—¡Hermosa como su madre! Señor: obraré bien ó mal relatándola esa terrible historia.

CAPITULO XXIII.

Un dia y una noche.

I.

Al dia siguiente regresó la córte á Valladolid, y don Alvaro de Luna no pudo ménos de extremecerse al apercibirse del desamparo en que quedara.

Tres amigos de confianza tenia, tres brazos con quienes podia contar con toda seguridad, y estos tres amigos habian desaparecido, sin dejar la más leve huella en pos de sí.

Rodrigo habia desaparecido, lo mismo habia pasado con el poeta, y finalmente, el último que restaba, que era Fernan, tambien acababa de abandonarle.

Y decimos abandonarle, porque habia sabido que el dia anterior se hallaba en Valladolid todavía, y que solo habia partido aquella misma mañana, horas antes de que él llegase.

En la situacion en que él se hallaba necesariamente, debia todo inspirarle recelo, y creyó ver en esto una amenaza de sus enemigos, amenaza tanto más terrible, cuanto que jamás se habian mostrado tan sumisos y tan respetuosos con él.

Harto conocedor del terreno que pisaba, sabia muy bien que cuanto mayores muestras de amistad le dieran, mayor y más grande era el peligro que le amenazaba.

Así fué, que se decidió por vivir muy prevenido tratando de evitar la presencia de Esther, presencia que le fascinaba, le aturdía, sujetándole por completo al poder de sus encantos.

En cuanto á la hebrea, no habia podido apartar un momento de su imaginacion la aparicion que tuvo en el bosque.

Se la habia ofrecido la historia de su familia, y aunque era cierto que el astrólogo le contó ya una, segun recordarán nuestros lectóres, aquella historia no la satisfacia por completo, porque habia dejado algunos vacíos bastante grandes que llenar.

La habia hablado de crímenes, la habia hablado de una maldicion que pesaba sobre su raza, y al considerar ella lo que durante toda su vida hiciera, y las circunstancias por que la habia hecho atravesar, lo desordenado de su amor: no podia ménos de comprender que existia alguna analogía extraña entre lo que el fraile la dijera y lo que ella habia experimentado y experimentaba.

Con extraordinaria impaciencia deseaba que llegase la noche, para descubrir aquel misterio, cuando un paje, penetrando en su aposento, la dijo que acababa de presentarse un montero á la puerta del palacio en demanda de hablarla con urgencia.

Esther no queria recibir á nadie, pero pensando despues si podria relacionarse algo la venida de este hombre con la aparicion del fraile, ordenó que se le dejase pasar.

Pocos momentos despues, nuestro conocido Diego Vazquez, el montero de los bosques del Abrojo, aparecia en la cámara de doña Beatriz.

II.

Apenas la vió quedóse algunos momentos suspenso, obligando á la jóven á que le dijese:

—¿Qué demandais?

—Os contemplaba, señora,—repuso Diego,—y me pareció estar viendo á vuestra madre.

—¡A mi madre!... ¿Qué la has conocido acaso tú tambien?

—Mucho, por desgracia, señora.

—¿Cómo por desgracia?

—Porque vuestra madre llevaba la desgracia á cuantos la conocian.

—¡Anciano!

—Y su hija debe ser lo mismo,—repuso este sin intimidarse por el acento con que la jóven pronunciara la anterior exclamacion,—y digo que debe ser lo mismo porque yo conozco ya uno que ha sufrido y sufre mucho por su causa.

—¿Qué quereis decir?

—Señora, hablemos claros: vos no podeis imaginaros á lo que yo he venido aquí.

—Impaciente estoy por saberlo.

—No creais que vengo á pediros una gracia.

—¿Pues qué entonces?

—El cumplimiento de un deber.

—No os comprendo.

—Vos teneis preso al noble conde de Právia.

—¿Os ha hablado el fraile de eso tambien?

—¿Qué fraile?—preguntó sorprendido el montero.

—El del Abrojo. ¿No le conoceis?

—No, señora.

—Entonces ¿por qué habeis venido?

—Ya lo ois, á reclamaros la libertad del conde.

—Vos delirais.

—¿Qué quereis decir?

—Que me ofende el escucharos.

—Más me ofende á mi vuestra conducta.

—Reportaos ó llamaré á mis escuderos.

—¡Ay de vos si tal hiciérais!

—Me amenazais.

—Y más seguro que vos. Llamad si quereis, ¡voto á

mi nombre! yo diré á vuestros escuderos y á todo el que quiera oirme, que vos no sois tal doña Beatriz de Villanueva, que ese es un nombre supuesto, que vos sois la impura hija de la judía Rebeca y...

—¿De quién?—preguntó anhelante doña Beatriz.

—Del diablo,—contestó bruscamente el montero.

—Habla, anciano, habla, ¿de quién soy yo hija?

—Lo ignoro.

—¡Oh! ¿quieres oro, quieres riquezas? pídeme lo que necesites y yo te lo daré todo en cambio de ese nombre.

—Dadme á don Rodrigo.

—Imposible.

—Os prevengo que yo le salvaré, á pesar vuestro.

—Te desafío á que lo hagas.

—Olvidais que yo soy el rey de la selva.

—¡Tú!

—Yo soy el montero, Diego Vazquez, el montero que tiene á sus órdenes cien hombres como él, que conocen el bosque mata por mata y piedra por piedra.

—¿Y qué harás tú?

—Yo sé que el conde está en el castillo.

—¡Ah!

—Yo le he registrado escrupulosamente, y no he podido hallarle.

—Ni le hallarás.

—Sé tambien que ese traidor del Gamo se ha vendido á vos con otra docena de bandidos como él.

—Y bien, ¿qué?

—Que el Gamo caerá bajo el peso de mi justicia, y yo salvaré al conde.

—Pues si tanta seguridad tienes de salvarle, ¿á qué has venido aquí.

—He venido á vos porque necesitaba que vos le salvárais.

—¡Yo!

—Sí, vos, de esa manera no hacíais más que una restitucion.

—¿Qué quieres decir?

—Vuestra madre perdió al padre de don Rodrigo.

—¡Mi madre!

—Y vos quereis perder á su hijo.

—¡Oh! esa historia, montero, esa historia.

—No.

—Dímela.

—Necesito á Rodrigo.

—Pues no lo tendrás,—contestó con desesperado acento la hebrea.

—Quiero que vos le salveis.

—No le salvaré sino me refieres la historia.

—No la sabreis sino le salvais.

—No te dejaré salir de aquí.

—Saldré, porque si usais de la violencia diré á todos lo que acabo de deciros.

—Pues bien, dílo.

Y doña Beatriz dió algunos pasos hácia la puerta.

Pero el montero cogiéndola de un brazo la condujo

á una de las ventanas, y la dijo señalándola á la calle:

—Mirad, señora.

—¿Qué?

—¿Qué veis á la puerta de vuestra casa?

—Esos hombres...

—Son cincuenta de mis monteros, que solo esperan una señal mia para precipitarse en vuestra casa y arrebatarme de vuestro poder.

—¡Ah!

—Ya veis si vine prevenido. ¿Me entregareis ahora á don Rodrigo?

—No.

—Pensadlo bien.

—Lo he pensado.

—Está bien, señora, he venido hasta vos de paz, porque la paz queria.

—Díme quién es mi padre.

—Solo lo sabreis con una condicion.

—¿Cuál?

—Que deis la libertad al conde.

—No admito condiciones.

—Como querais, pero os advierto que el conde quedará libre.

—Como no le habeis dado ya esa libertad.

—Porque hasta ayer nada he sabido.

—Está bien, retiraos y dejadme en paz.

—¿Conque no accedeis?

—No.

—Tened presente que las consecuencias han de seros terribles.

—Sean las que quieran, nada me importa.

—En primer lugar, morirá el Gamo.

—Y vos tambien.

—No lo creais.

—¿Pues qué hareis?

—Despues de muerto el Gamo pondré en libertad al conde.

—Pues no habeis registrado ya el castillo segun dijisteis.

—Volveré á registrarlo, y aunque tuviera que demoler piedra por piedra hasta sus cimientos, os juro por quien soy que le salvaria.

III.

El resuelto acento del montero no dejó de impresionar á doña Beatriz.

Pero esta impresion la duró muy poco.

Reflexionó que aquella misma noche despues de haber escuchado la historia que el fraile habia de referirla podia traerse al conde á Valladolid y allí tenerle seguro.

Así fué, que mirando al montero con insolencia, le dijo:

—¿No has oido que te marches?

—Esperaba á ver si cambiabais de resolucion.

—No, yo no cambio jamás.

—La reflexion...

—Mi reflexion no me obliga á nada absolutamente.

—Reparad, señora, que soy un enemigo bastante temible.

—Mas temibles los he desdeñado.

—Debeis tener en cuenta, que yo guardé una vez consideraciones á vuestra madre, y estas consideraciones perdieron á un hombre á quien amaba mucho.

—¿Y qué quereis decir?

—Que hoy no tendré ninguna con vos si tratais de hacer daño al hijo de aquel hombre.

—Está bien.

—Es decir que no cedeis.

—No.

—Pues de lo que suceda, á nadie os quejeis.

Y el montero, despues de arrojar una mirada terrible sobre la dama, salió de la cámara abandonando poco despues el palacio.

Fácil es de comprender la situacion en que quedaria Esther despues de semejante entrevista.

Las palabras del montero envolvian otro nuevo misterio en la vida de su madre, misterio que ella ignoraba por completo.

Su madre habia conocido al padre de Rodrigo, y habia sido causa de su perdicion; ¿qué queria decir aquello?

Tal vez el fraile que le habia ofrecido referir la historia de su familia, pudiese darla alguna luz sobre tan misteriosos hechos.

Así fué que su impaciencia aumentó, y á cada instante miraba al cielo esperando que las sombras de la noche se extendiesen ante él.

Y llegó la noche por fin.

Y apenas sonó la queda, precedida de sus escuderos y acompañada por Mendo, el Gamo y mayor número de criados, se dirigió hácia el bosque.

Apeose Esther de la litera y penetró resueltamente en él.

Delante, alumbrando su camino, marchaban dos criados con antorchas.

Detras iban Mendo y el bandido, y doña Beatriz les seguia á corta distancia seguida por el resto de los rufianes.

El sendero era muy estrecho y bastante tortuoso.

Al entrar en él la hebrea, no pudo ménos de extremecerse.

Recordó la amenaza que la habia hecho Diego Vazquez, y fijó sus ojos con una involuntaria expresion de terror en el bandido, que caminaba á una corta distancia de ella.

De repente vió salir de la inmediata enramada una mano armada con un puñal, la cual cayó con fuerza sobre el Gamo.

Al mismo tiempo una voz gritaba:

—Por traidor.

Y el bandido cayó al suelo como herido por un rayo, teniendo tiempo apenas para murmurar:

—¡Diego Vazquez!

Desapareció la mano, y mientras Esther pálida de terror apenas pudo exhalar una exclamacion, escuchó la misma voz que alejándose decia:

—El traidor ha muerto, el conde quedará libre.

Efectivamente, el Gamo habia dejado de existir.

Los bandidos se lanzaron por el bosque en persecucion del matador, pero volvieron al cabo de algunos minutos sin haber podido descubrir nada.

Doña Beatriz terriblemente preocupada, prosiguió lentamente su camino hácia el castillo.

Una vez en él, la severa figura del fraile se presentó á sus ojos.

Entonces olvidó la terrible escena que acababa de presenciar.

Dirigióse á él y con voz anhelante le preguntó:

—¿Estais dispuesto?

—Lo estoy, ya veis como no he faltado á mi palabra.

—Dónde vamos.

—Venid conmigo á la capilla del castillo.

Mendo, obedeciendo á las instrucciones de su señora, fué siguiéndoles con una antorcha, y una vez en la capilla dejó la luz y salióse á reunirse con los escuderos.

—Hablad padre, hablad,—exclamó la dama apenas se quedaron solos.

—Escuchad, y quiera el cielo que lo que á contaros voy sea bastante á evitar los males que se preparan.

Y el fraile dió principio á su relato en los términos siguientes.

FIN DEL LIBRO TERCERO Y DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

de las materias comprendidas en este tomo.

LIBRO PRIMERO.

Páginas.

Páginas.

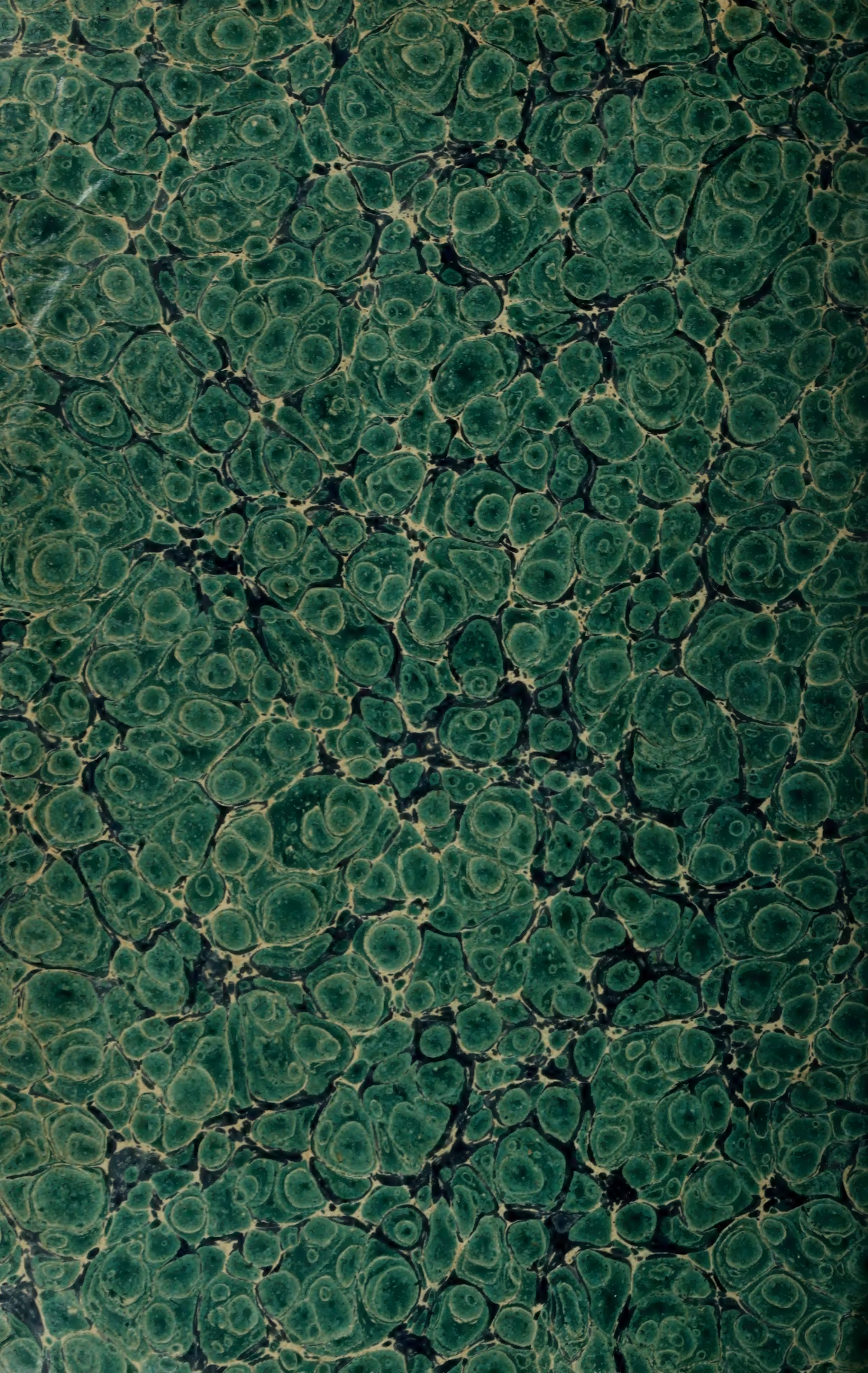
LIBRO SEGUNDO.

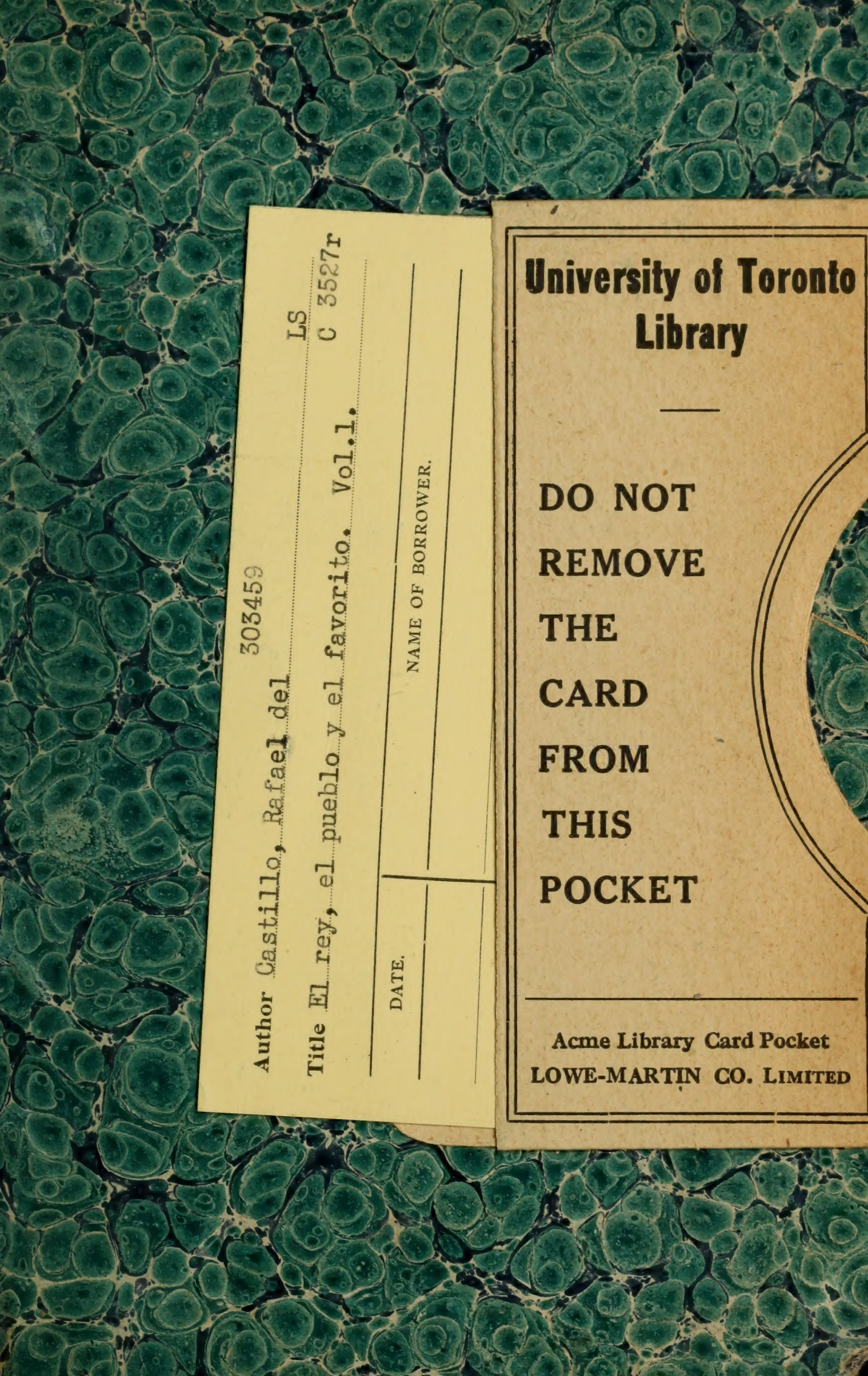
Páginas.

LIBRO TERCERO.

ADVERTENCIA.

La plantilla para la colocacion de las láminas, se dará al final de la obra.





University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
303459
Author Castillo, Rafael del
LS
C 3527r
Title El rey, el pueblo y el favorito. Vol.1.
NAME OF BORROWER.
DATE.

